

MADRID EN LA PROSA DE VIAJE III

Estudio y selección
de Juan Antonio Santos

MADRID EN LA LITERATURA







Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

Esta versión digital de la obra impresa forma parte de la Biblioteca Virtual de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y difusión de encuentran amparadas por el marco legal de la misma.

www.madrid.org/edupubli

edupubli@madrid.org



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid



Biblioteca Virtual

COMISIÓN DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

MADRID
EN LA
PROSA DE VIAJE
III





MADRID EN LA PROSA DE VIAJE III

(siglo XIX)

Estudio y selección
de Juan Antonio Santos



Comunidad de
Madrid

Consejería de Educación
SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA
Servicio de Publicaciones
C/ Alcalá, n.º 30-32
28014 MADRID



MADRID EN LA LITERATURA



Comunidad de
Madrid

Reg. : 0511



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

Cubierta: *Tipos madrileños en la Puerta del Sol antes del derribo*
Ramón Cortés. Colección particular.

Dirección editorial: Agustín Izquierdo

Diseño de la cubierta: M^a Gonzalez-Conejero Hilla

Gestión administrativa: Sección de Publicaciones de la Consejería
de Educación y Cultura

Eduardo Garrigós Picó

Ricardo Álvarez Fernández

Maquetación y preimpresión: Ediciones Gavia S.A.

© Comunidad de Madrid

Consejería de Educación y Cultura

Secretaría General Técnica, 1994

© Del estudio y la selección, Juan Antonio Santos Ramírez

Depósito Legal: M. 13.179-1994

I.S.B.N.: 84-451-0798-4

Imprenta de la Comunidad de Madrid



Presentación

La Comunidad de Madrid, a través de la colección «Madrid en la literatura», pretende ofrecer a los ciudadanos la imagen especular, tanto de su ciudad como del resto de la región, que a lo largo de la historia han dejado en sus obras literarias generaciones de escritores. La refundación de la ciudad, que tuvo lugar cuando ésta dio cabida a la Corte de los Reyes españoles, vino acompañada de numerosos escritos, pertenecientes a todos los géneros literarios, cuyo objeto era la Villa y Corte, produciéndose así la invención literaria de Madrid, lo que le permitió ocupar un lugar preeminente dentro del universo de las ciudades literarias.

Poetas, novelistas, dramaturgos, no han dejado desde entonces de construir en la ficción una ciudad en constante devenir, una ciudad que continúa inventándose en la actualidad, tanto en la experiencia como en la imaginación. La reunión de esta serie de textos, agrupados por su pertenencia a los distintos géneros literarios, hace posible que nazca en el lector una visión rica y variada, llena de registros de la villa y sus alrededores, de lo que hoy definimos como Comunidad de Madrid, cuyos múltiples aspectos permanecerían de otro modo ocultos e insospechados.

Estoy seguro de que la riqueza y calidad de estos textos acrecentará en el lector su atracción por este Madrid diverso y polifacético y, a través de él, su amor por la mejor literatura de todos los tiempos.

JAIME LISSAVETZKY DÍEZ
Consejero de Educación y Cultura





Introducción

El siglo XIX español se ha considerado con bastante justicia el período histórico de máxima postración de nuestro país. La decadencia iniciada en el siglo XVII bajo los últimos Austrias, frenada y en cierta medida enmendada en el XVIII con los primeros Borbones, culminará durante el XIX en una serie de desastres nacionales cuyas consecuencias no es difícil rastrear hasta nuestros días. «El fin de la etapa reformista de los Borbones ilustrados -Fernando VI, Carlos III- fue el fin de una gran ilusión y provocó una frustración en la conciencia nacional, como lo prueba la ejemplaridad que aquel período tendrá para los hombres del año 8»¹. Perdida la ilusión, lo que vino después es tristemente de dominio público: el aciago reinado de Carlos IV, la cruenta guerra contra el invasor francés, la «década ominosa» bajo Fernando VII, el estancamiento económico, las guerras carlistas, la pérdida de las colonias; en fin, todo un conjunto de desgracias patrias que nutrirán acerbamente el «dolorido sentir» de los intelectuales del 98.

*«De todas las historias de la Historia
sin duda la más triste es la de España,
porque termina mal.»²*

Estos versos de Gil de Biedma, aunque directamente referidos a la guerra civil y al franquismo, ilustran con lúcida crueldad el sentimiento de desmoralización que hemos heredado los españoles (salvo los más jóvenes) de nuestro lamentable siglo XIX. ¿Qué se puede esperar de un país en el que la Inquisición no se suprimió definitivamente hasta 1834? Cómo no dolerse de aquella España sombría del fementido Fernando VII, aquella España empobrecida por la desidia y el mal

gobierno, la España esperpéntica del «¡Vivan las caenas!» y de la tétrica sor Patrocinio, la del Madrid que es Corte de los milagros y «centro de los empeños, los cargos, las intrigas, los títulos, las condecoraciones y el pillaje; es la carroña en torno a la que se congrega la tribu de buitres de los buscadores de destinos y los pretendientes...»³ En efecto, repasando la historia de ese siglo, panorama de un país cada vez más hundido y cabizbajo, hasta el más optimista puede adivinar que aquello va a terminar mal.

Pues bien, en esa época, en concreto hacia la mitad de la «década ominosa», empieza paradójicamente lo que bien se puede llamar la edad de oro de la literatura de viajes de tema español. Es una paradoja aparente, como veremos, que cabe simplificar diciendo que España se pone de moda en Europa cuando peor le van las cosas. Si analizamos las causas de este fenómeno obtendremos algunas claves imprescindibles para entender los relatos de los viajeros que visitaron Madrid en el siglo XIX.

Romanticismo y diferencia de España

El lector ya ha tenido ocasión de familiarizarse con los relatos madrileños de los viajeros ilustrados, recogidos en el segundo volumen de esta serie⁴. Ahora bien, la relativa abundancia de esos textos, sobre todo si se compara con la escasez de los siglos anteriores, no debe hacer olvidar el prolongado aislamiento en el que vivía nuestro país con respecto a Europa. No es exagerado decir que a comienzos del siglo XIX España era una tierra ignota para el europeo. Por ello un viajero anónimo francés de 1805 puede afirmar: «He notado que hablar de España a un francés es como hablarle de la China, de los Patagones, tan desconocido nos es este antiguo país!»⁵.

A partir de la Guerra de la Independencia esta situación cambiará radicalmente. Como muestra del nuevo interés de los europeos por nuestro país, señalemos que en la bibliografía de Foulché-Delbos se registran apenas doscientos relatos de viajes por España hasta 1800, y casi seiscientos sólo durante el siglo XIX⁶. ¿A qué se debe este cambio? Cabría indicar diversos factores, pero es indudable que como cambio profundo de actitud hacia España su causa principal fue el Romanticismo.

Cronológicamente se puede rastrear su origen en los interesantes relatos (en forma de diarios, cartas o memorias) escritos por los soldados franceses e ingleses que intervinieron en la guerra, unos como ene-

migos y los otros como aliados de los españoles. Estos relatos, publicados con mayor o menor fortuna, y antes que ellos la relación oral de sus andanzas por tierras españolas, empezaron a despertar la curiosidad del público europeo por este país geográficamente cercano, pero política y culturalmente tan apartado. La gran resonancia europea que tuvo aquella guerra, junto con hechos posteriores como el pronunciamiento de Riego, la expedición de los Cien Mil Hijos de San Luis y las sucesivas oleadas de exiliados que se refugiaron en Francia, Inglaterra e Italia, contribuyeron a avivar en estos países el interés naciente por España. Con todo, fue fundamentalmente el Romanticismo el que consolidó esta tendencia y, arrojando una nueva luz sobre nuestra patria, produjo a la postre ese insólito florecimiento de la literatura viajera de tema español.

En efecto, para explicar este fenómeno es preciso acudir a las fuentes de la sensibilidad romántica. Lleó Cañal, al preguntarse por lo que buscaban los viajeros románticos en España, señala certeramente el cambio de perspectiva que tanto influirá en la nueva visión del paisaje y las costumbres españolas: «El hombre romántico no mira ya al mundo desde una posición ética, como el ilustrado, sino desde una visión estética. El mundo va a ser juzgado, no ya en la medida en que siga los principios de la Razón, sino en la medida en que conmueva el alma. Y para el alma europea, la propia «diferencia» de España, es decir, todo aquello que nos había mantenido marginados durante el siglo XVIII, va a convertirse en fuente de exquisitas o atroces emociones.»⁷

Así pues, aquella España alicaída, destrozada por la guerra, en plena crisis de la monarquía, atrae y seduce a los románticos precisamente porque sigue siendo diferente de las demás naciones de Europa. Nuestra rareza, hasta entonces tan reprobada, empieza a ser alabada como pintoresca; nuestro atraso secular, que en el Siglo de las Luces era un baldón, pasa a ser casi una virtud a los ojos de muchos europeos, que agobiados por el racionalismo ilustrado y el incipiente positivismo de sus sociedades descubren en España la última reserva europea de independencia y autenticidad. Dicho de otro modo, «ese hundimiento y debilitación históricos confirmaban una imagen ya bien consolidada de diferencia, odiada antes y subyugadora ahora, desde el momento en que triunfó en Europa la revolución burguesa con todas sus connotaciones. El romanticismo fue, desde luego, el que revolucionó el tradicional criterio de homologación cultural, que sirvió de base para que se acreditara como un bien la diferencia española.»⁸

Este fenómeno se manifestó con especial intensidad en Francia. En realidad, el romanticismo francés, sobre todo el teatral, tuvo desde su

mismo origen un marcado colorido «español». Es célebre la historia de Hernani, el drama en verso de Victor Hugo cuyo estreno en 1830 provocó la llamada «batalla de Hernani» entre los jóvenes románticos y los indignados defensores del teatro clásico francés, y cuyo éxito se vivió como el triunfo del Romanticismo. El propio Hugo (que vivió en Madrid de niño durante la ocupación francesa, en la que su padre, el general bonapartista Léopold Hugo, tuvo un destacado papel) insistiría en 1838 con Ruy Blas, y en 1869 con Torquemada, otros dos dramas de exaltado ambiente español. Pero no fueron estas obras de indudable envergadura literaria las que crearon o reflejaron la moda dominante, sino sus hermanas menores, los innumerables vodeviles, operetas y dramones «históricos», de vida generalmente efímera, que halagaban el gusto un tanto tosco del público de los bulevares parisinos. Hernani se estrenó en la Comédie-Française; descendiendo de escenario encontramos los del Ambigu-Comique, la Gaité, el Gymnase, la Opéra-Comique, las Variétés, las Folies-Dramatiques, etc., en los que sólo de 1837 a 1843 se representaron docenas de españoladas de títulos tan inequívocos como Le Toréador, La Gitana, La Mantille, Rita l'Espagnole, Micaëla, Juana, Les Trois Muletiers, L'Andalouse de Paris, Don Pèdre le justicier, La Cachucha, Les Contrebandiers de la Sierra Nevada, etc.⁹ (Recordemos como curiosidad otra obrita cómica, titulada Une vision, que se estrenó en el Gymnase en 1838 y que revive nada menos que el mito clásico de Pigmalión ambientado en escenarios madrileños, que a los franceses de la época debían parecerles de lo más exótico.)

Como se ve, todos los tópicos pueriles que teñirán y deformarán irremediablemente la visión de España que aún hoy tienen algunos franceses proceden de ese romanticismo degradado, y a menudo grotesco, que llegó al público a través de estas obras. Como indica un crítico contemporáneo, esta moda española del teatro de bulevar sólo ofrecía «un romantisme superficiel et une couleur locale de pacotille»¹⁰. El propio Gautier, cansado de la mediocridad de estos engendros que como crítico teatral debía reseñar puntualmente, a su regreso de España se divirtió escribiendo un vodevil, precisamente titulado Un voyage en Espagne, a través de cuyo protagonista, el vehemente Reniflard, satiriza amablemente al viajero francés de la época que, atiborrado de rancias referencias literarias y de vanas ilusiones turísticas, se disponía a atravesar los Pirineos. Tan fuerte era la moda española que hasta esta parodia, estrenada en el Théâtre des Variétés en septiembre de 1843, alcanzó el considerable éxito de treinta y cuatro representaciones.

Por supuesto, no todos los viajeros franceses que vinieron a España en busca de nuestras supuestas esencias eran tan ridículos como Reniflard. De 1830 a 1850 nos visitan (algunos varias veces) los más célebres escritores románticos del país vecino, como Chateaubriand, Mérimée, Gautier, Didier, George Sand, Victor Hugo y Alexandre Dumas.

Los románticos ingleses, tan diferentes de los franceses en muchos aspectos, coinciden con ellos en su interés por España. Este interés se remonta a la época cervantina; como se sabe, el Quijote tuvo en Inglaterra numerosos imitadores, algunos de tanta valía como Henry Fielding. Ya en el siglo XIX, aunque en Londres no hubo una moda teatral hispanófila comparable a la de París, la novela gótica inglesa mostró una marcada preferencia por los escenarios y argumentos españoles, cuanto más siniestros mejor. En cuanto a los viajeros, Lord Byron, que atravesó la Península en 1809, fue el más ilustre precursor. Después fueron legión los viajeros ingleses que escribieron sobre nuestro país; sólo en la primera mitad del siglo queda constancia de 124 relatos¹¹. Los de Richard Ford y George Borrow son sin duda los más conocidos, pero su fama eclipsa los valiosos testimonios de muchos otros compatriotas suyos. Como muestra de la nutrida presencia inglesa en las rutas españolas de la época, recordemos que en Carmen, en su primera aparición a orillas del Guadalquivir, la seductora gitana pregunta al viajero francés (el narrador) de qué país es, añadiendo en seguida: «Anglais sans doute?», y Mérimée incluye una nota para explicar que «en España, todo viajero que no lleva consigo muestras de calicó o de seda pasa por inglés, inglesito»¹².

En Alemania, la huella de Cervantes y sobre todo de Calderón había mantenido en los círculos literarios cierto interés por las cosas españolas, que se avivará notablemente en la época romántica. Aunque las nostalgias culturales de los poetas alemanes les llevaron preferentemente por los derroteros idealizados de la Grecia clásica (el caso de Hölderlin es en este sentido paradigmático) y de Italia, no por ello dejaron de contribuir al «descubrimiento» romántico de España. Así, si se ha hablado de la «Sehnsucht» (anhelo, añoranza) helénica de los poetas alemanes, también se puede hablar de una «Sehnsucht» hispánica, como hace oportunamente Farinelli en su bibliografía refiriéndose a autores como Rahel, Arnim, Schiller y Brentano¹³. Este anhelo se tradujo en numerosos viajes y relatos de autores menos conocidos, pero que en conjunto constituyen la tercera gran aportación, después de las de franceses e ingleses, a la literatura de viajes por España en el siglo XIX.

Una vez descrito el fenómeno, es necesario preguntarse por sus consecuencias, que a la postre, por una de esas refinadas ironías de la Historia, serán bastante negativas para nuestro país (al menos para su imagen en el mundo, ya que no para sus ingresos en divisas). En efecto, ese interés de los románticos por España, que en principio puede parecernos halagüeño, era lo que se suele llamar un regalo envenenado: al resaltar la «diferencia» española frente a Europa, reduciéndola al más burdo pintoresquismo y obviando toda su complejidad, terminará por deformar irreparablemente la visión de España que se forman los europeos del siglo XIX, y que, cada vez más adulterada y tipificada en unas cuantas imágenes espurias, heredarán los turistas de nuestros días.

Como ha señalado López Ontiveros, «el tópico turístico del momento actual, «España es diferente», sin duda tiene su base en la comprensión estética que a España y Andalucía aplicaron los románticos. Y de él está a un paso la aseveración hecha por A. Dumas -otro tópico mayúsculo- «África empieza en los Pirineos», piedra angular de la geografía que transmiten los románticos»¹⁴. Es decir, que la tan traída y llevada, denostada pero siempre pujante «España de pandereta», es en buena medida una invención de aquellos viajeros románticos que tantas páginas entusiásticas dejaron escritas sobre el país y su capital.

El pertinaz tósigo romántico

Cabe preguntarse también por las repercusiones que tuvo el fenómeno en el propio ánimo de los españoles, es decir, cómo les afectó el ser «descubiertos» en pleno siglo XIX, cómo reaccionaron -los pocos que se enteraron- ante esa imagen deforme configurada por los románticos. Parece que no muy bien, por regla general. En todo caso, como veremos, nuestra conciencia histórica salió bastante malparada de la prueba.

Uno de los enigmas de la producción literaria de Larra es su colaboración en la obra del barón de Taylor, Voyage pittoresque en Espagne, en Portugal et sur la côte d'Afrique, de Tanger à Tetouan, publicada en fecha incierta¹⁵. Parece que a Larra le encargaron la parte relativa a España, pero no se ha podido probar con seguridad su autoría. Sea como fuere, en una carta a su amigo Delgado escrita en 1835, el propio Larra confirma su contribución a esta obra, que explica así: «Como ahora toda la atención de Europa está fija en España, un español que escribe correctamente en francés cosas de España es un

*tesoro para ellos, que no conocen sino imperfectamente nuestro país, y a mí no me causa molestia, puesto que el francés fue mi primera lengua.»*¹⁶

Más arriba refiere a su amigo lo bien que le han pagado los editores franceses, los «obsequios y finezas» de que le han colmado. Así pues, la actitud de Larra ante el acuciante interés de los extranjeros por España puede calificarse de razonablemente «colaboracionista»: dado que tienen tanta curiosidad por nuestro país, será mejor que se lo describamos nosotros, que lo conocemos mejor que ellos (y si de paso se gana uno unos miles de reales, miel sobre hojuelas). Sin embargo, esta juiciosa actitud apenas fue secundada, en parte porque era peligrosamente sospechosa de afrancesamiento, y sobre todo porque pocos autores españoles tuvieron la oportunidad de colaborar con editores extranjeros.

La reacción más común, si nos atenemos a los documentos existentes, fue la de indignarse airadamente ante los excesos interpretativos de los viajeros franceses e ingleses, y también, cuando sus relatos se traducían al español, la de intentar refutarlos mediante sátiras, parodias o simplemente invectivas periodísticas. En general se puede decir que los españoles del siglo XIX no se reconocieron en el retrato que de ellos presentaban estos libros de viajes, como tampoco admitieron, por amable y elogiosa que fuera (y no siempre lo era), la imagen de España que transmitían, una imagen más o menos idealizada, pero casi siempre parcial y arbitraria.

Lo curioso es que la literatura romántica europea (no sólo los libros de viajes) se conoció tarde y mal en nuestro país, por lo que a veces resultan desfasadas y desproporcionadas las reacciones que suscitaron algunas obras. Así ocurrió con Carmen, sin duda la que más ha contribuido a fraguar esa imagen estereotipada de España. Mucho antes de que se tradujera al español, tanto la novela de Mérimée como la ópera de Bizet eran ya popularísimas en toda Europa; los ecos de esta fama llegaron a España con bastante retraso, provocando las trasnochadas invectivas de algunos críticos finiseculares. Por ejemplo, en 1902 el Diario Universal de Madrid publicó una reseña de The Land of the Dons, del hispanista galés Leonard Williams, en la que el censor arremetía destempladamente contra Mérimée y sus epígonos: «Aquí tenemos, por fin, a un autor no español que para hacer un libro sobre España no ha creído necesario acumular una serie de fábulas... Los franceses nos habían acostumbrado a toda clase de mentiras... Mérimée hace medio siglo, y en nuestros días Richepin, Maurice Barrès y Pierre Louis. No llegamos a entenderlo; pues los franceses, después de todo, no son tan tontos como parecen»¹⁷. Así se explica que

todavía en la época de entreguerras se cantara en los teatros de Madrid una graciosa copla en defensa de la virtuosa mujer española, la auténtica Carmen de España, tan vilipendiada por el avieso francés...

Otro autor en el que se cebaron las reacciones indignadas fue curiosamente Théophile Gautier, uno de los viajeros más veraces que hayan escrito sobre Madrid y Andalucía. A Gautier, que se mofa abiertamente de la insistencia de sus compatriotas en resaltar el «color local», le llovieron insultos celtibéricos por todas partes, quizá porque el éxito de su libro le convirtió en un cómodo chivo expiatorio, y quizá también porque el preciosismo de su prosa y la liviandad de su ironía nunca han tenido muchos aficionados a este lado de los Pirineos. El caso es que hasta Bretón de los Herreros tuvo una violenta agarrada literaria con él, a causa de un pequeño plagio del francés. En una peculiar «seguidilla» incluida entre los poemas que acompañan a su Voyage en Espagne (tomada del vodevil homónimo que antes mencionamos), Gautier había hecho libre uso de una letrilla de Bretón sobre la manola madrileña, cuyo estribillo dice así: «¡Alza, hola! / ¡Vale un mundo mi manola!»¹⁸ Gautier transformó sosamente el estribillo en «Alza! Olà! / Voilà / La véritable manola», por lo que podía haber sido justamente acusado de poetaastro, pero no de mala intención. Bretón no lo entendió así, montó en cólera y en seguida escribió una comedia satírica, titulada Un francés en Cartagena, con el propósito expreso de denigrar a Gautier y la intención general de ridiculizar a los viajeros franceses.

En realidad, la refutación patriótica de las tesis antiespañolas mantenidas por viajeros o historiadores viene de muy lejos, concretamente del siglo XVI, cuando al calor de la conquista de las Indias se fragua nuestra Leyenda Negra, alimentada al mismo tiempo por el saco de Roma, la dominación de Flandes y la pervivencia de la Inquisición. Sin ánimo de remontarnos hasta esa época podemos señalar, como antecedente inmediato de la que nos ocupa, la obra monumental del ilustrado Antonio Ponz, titulada Viage de España (1772-1794), que alcanzó una merecida celebridad ya entrado el siglo XIX. De ella nos dice Morales Moya: «Con sus libros, que se suceden a lo largo de veintitrés años, trató Ponz de responder a los errores con que nutrió su obra -Lettere d'un vago italiano ad un suo amico- un religioso italiano, el Padre Norberto Caino, viajero por España entre 1775 y 1776, una muestra más de la importancia que en la época adquiere una afirmación nacional que impide pasar por alto la deformación del puesto, valor y posibilidades que España tiene dentro de la historia y de la presente realidad europea.»¹⁹

A partir de la época romántica, con la misma intención pero con motivos diferentes (como diferentes son las tesis que se intentan impug-

nar), se multiplican considerablemente estas refutaciones. Recordemos dos de las más chuscas. En 1846 viaja por España el argentino Domingo Faustino Sarmiento, «el principal representante», nos informa Farinelli²⁰, «de la demagogia literaria y futuro Presidente de la República Argentina». Sarmiento recoge sus impresiones en la obra Viajes en Europa, África y América, cuyo ambicioso título es ya todo un programa. No habría mucho que decir de la pretenciosidad de este autor si no fuera porque en la parte dedicada a España utiliza todos los recursos de su artillería demagógica para infamar y vilipendiar a nuestro país, y con especial saña a su capital. Pues bien, pocos años después se publicó en Madrid un humilde librito, en decimotercero, con un título tan expresivo que nos exime de añadir cualquier comentario, a saber: «Sarmenticidio ó A mal sarmiento buena podadera. Refutación, comentario, réplica, folleto ó como quiera llamarse esta quisicosa que en respuesta á los viajes publicados sin ton ni son por un tal Sarmiento, ha escrito á ratos perdidos un tal J. M. Villérgas»²¹.

En 1849, también en Madrid, publica don Francisco de Paula y Mellado sus voluminosos Recuerdos de un viage por España, obra muy leída y reeditada desde entonces (la última vez, sorprendentemente en 1985), que a pesar de su farragosidad podría ser una fuente interesante de datos, si no tuviera el grave inconveniente de ser un viaje ficticio, que se presenta como verdadero. Pero lo que ahora nos interesa es un pasaje de su introducción en el que el supuesto viajero, antes de su supuesta partida, se encuentra con un amigo (naturalmente en la Puerta del Sol) al que comunica su proyecto de viaje. En el diálogo que entablan le dice el amigo:

«Tè veo entusiasmado, y lo que es más, decidido: si he de decir verdad, me alegro porque desde que Pons escribió sus escelentes cartas, el monopolio de los viages por España lo han ejercido casi esclusivamente los franceses, y á fé que han abusado del privilegio para darnos un género detestable. No te olvides, si llegas á escribir el viage de un buen correctivo á Roger de Bouboir, Teofilo Guotier, Alejandro Dumas, y otros cuantos que han disparatado más al hablar de nosotros, que si hablasen de la luna.»

A lo que contesta sibilinaamente don Francisco:

«Verdad es que los franceses nos han tratado muy mal: pero desgraciadamente hay españoles que lo han hecho peor.»²²

Nos quedamos con las ganas de saber a quién se refiere. ¿A Bartolomé de las Casas? ¿A Larra? ¿A Blanco White, quizá? Posibilidad esta última harto dudosa, porque el gran proscrito sevillano era por entonces casi desconocido en España. Sea como fuere, es interesante señalar el resentimiento que se desprende de este diálogo como

síntoma de que los españoles de mediados del siglo XIX (aunque fueran tan poco de fiar como don Francisco) empezaban a ser dolorosamente conscientes de la visión sesgada que se tenía de nuestro país en el extranjero, tanto si se debía a su mala fama tradicional (la insidiosa Leyenda Negra) como a los despropósitos y exageraciones de los viajeros románticos. Como es natural, a medida que avanzaba el siglo y arreciaban las desgracias sobre el solar patrio, esa incómoda lucidez fue aumentando, y con ella el pesimismo de la mayoría, contra el que reaccionarían mal que bien los hombres del 98.

El caso es que, pese a todos los intentos de refutarla, la imagen de España reflejada en los libros de viajes fue calando gradualmente en la conciencia nacional, con efectos bastante desmoralizadores. Poco a poco, a fuerza de recibir extranjeros que venían buscándola, se fue asimilando la visión machacona de la «España de pandereta»; y lo que es más significativo, mientras unos se lamentaban amargamente, otros empezaron a explotar el filón de forma sistemática. López Ontiveros señala cómo «a finales de siglo -1888- Héctor France detecta ya una explotación en regla de los turistas por los gitanos con «juergas» organizadas, precios abusivos, venta de «Murillos» falsos, etc.»²³

Así pues, cabe decir que lo peor del Romanticismo para España fueron sus efectos «secundarios» sobre la conciencia patria. Caro Baroja, al estudiar el progresivo empobrecimiento de la capacidad de observar y describir la realidad de los españoles, indica varios factores que han contribuido a ello, en un texto que merece citarse por extenso:

«En primer lugar, al caer el Imperio colonial, las últimas posibilidades de ciertas acciones desaparecieron casi en absoluto. En segundo término, la reducción del ámbito de acción, para hombres de cierto tipo, les desvió y condujo a actuaciones muy modestas. España no es ya una potencia temible; es un país folklórico más, en el que los literatos franceses, ingleses, etc., buscan el color local y en el que los políticos no ven más que una sombra del pasado. La conciencia del español moderno se ha formado sobre estas dos imágenes recibidas y se ha visto a sí mismo como sombra histórica, o como ser folklórico. En cualquier caso, como algo que no entra dentro del gran concierto de los pueblos que mueven al mundo; una curiosa pieza de museo a lo más, que puede catalogarse al lado de una antigüedad egipcia o babilónica o de un fetiche africano.»

Y concluye lapidariamente:

«El Romanticismo fue para España un tósigo terrible, porque le hizo perder gran parte de su identidad, gran parte de su autenticidad.»²⁴

Esa autenticidad que, paradójicamente, pretendían descubrir los viajeros románticos en la diferencia española frente a Europa. De ahí que habláramos antes de la ironía de la Historia: de la exaltación de lo español como algo diferente, genuino, se llega a la trivialización y degeneración de los valores que alimentaban esa misma diferencia. Aún así, el juicio de Caro Baroja parece demasiado severo, y más abajo intentaremos matizarlo.

Madrid - Palmira, o el exotismo como género

«Cuando llegamos aproximadamente a una legua de Madrid, de súbito la ciudad apareció ante nuestros ojos con sus numerosos campanarios y agujas, semejante a Palmira, en medio de un desierto.»²⁵ Quien así escribe no es ningún visionario exaltado, ningún poeta decadente bajo los efectos del opio, sino Michael J. Quin, un sensato viajero irlandés que visitó Madrid en 1822. Tres años después, otro viajero no menos prosaico, el francés Adolphe Blanqui, describe como sigue el mismo panorama: «Algunos olivos desmedrados y el viñedo de Fuencarral constituyen la única decoración del paisaje, bordeado en el horizonte por las agujas de los campanarios de Madrid. Este conjunto de alminares le dan un aire de ciudad oriental. Veremos que, en otros aspectos, la comparación será más justa y patente.»²⁶ Por su parte, el marqués de Custine escribe en su primer día en Madrid: «No es a Grecia a lo que recuerda España, es a Oriente; la sangre africana se mezcla aquí en todo. Las pasiones son más ardientes que tiernas; los ojos de las mujeres y hasta la blancura de sus dientes afilados, todo recuerda a la raza árabe.»²⁷ El célebre Richard Ford no se queda atrás; veamos cómo describe una corrida: «El fiero sol africano, con su deslumbrante relucir, calcina los cielos y la tierra. calentando al hombre y a la bestia hasta la misma locura; y ahora vemos cómo, llevada de una feroz sed de sangre, que se ve en los ojos relucientes y en el nervioso cuchillo listo, la pasión del árabe vence a la frialdad del godó...»²⁸ Y un poco más abajo, hablando del paseo del Prado: «De las otras siete fuentes, las de Apolo y Cibeles son las más admiradas: pero estos objetos de piedra no tienen comparación alguna con los grupos vivientes de todas las edades, colores y atavíos que se pasean y charlan, se sientan y fuman, como verdaderos orientales; contentos se gastan el tiempo y la vida en humo, fumando y diciéndose a sí mismos que no es más que humo y pensando que piensan.»²⁹

A primera vista resulta chocante esta insistencia en el carácter exótico (africano, oriental) de la ciudad y sus habitantes. ¿No es acaso un despropósito comparar el aspecto de Madrid con el de Palmira? Nada más natural, sin embargo, para los románticos europeos, que viajaban buscando manjares estéticos para su desmedido apetito de exotismo, y que en la ignota España, aislada durante siglos, esperaban encontrar por todas partes la pervivencia de los rasgos árabes y de las costumbres orientales. De nuevo es Richard Ford, con su ironía habitual, quien mejor resume esta actitud: «Esta tierra y este pueblo de rutina y costumbres están ahora como en conserva para los amantes de las antigüedades, porque aquí las costumbres paganas, romanas y orientales, pasadas ya hace largo tiempo en otros sitios, surgen a cada paso en la iglesia y en las casas particulares, en los salones y en el campo.»³⁰

Dicho de otro modo, «España aparece como un país al margen de la civilización moderna y en donde perduran modos de vida anteriores, siendo éstas las características que el viajero romántico va a valorar en su búsqueda de ambientes y formas que contrasten con las suyas propias, producto de una civilización extremadamente mercantilizada. El viajero, pues, presenta una nueva sensibilidad que estima de modo distinto los valores estéticos de la vieja Europa, y España parece reunir lo necesario para alimentar su sensibilidad, su imaginación y sus ansias de paraísos nostálgicamente soñados»³¹. Naturalmente, la realidad que encuentran estos viajeros suele ser muy distinta de la imaginada, y rara vez colma sus expectativas, pero no por eso les desengaña. Cuando el lugar visitado les permite recrear cómodamente el edén soñado, como ocurre con la Alhambra de Granada, se limitan a describirlo de forma más o menos hiperbólica: cuando no es así, como ocurre con Madrid, se ven obligados a inventar una ciudad oriental, unos rasgos árabes, un sol africano.

En este sentido, los viajeros románticos son los primeros turistas, es decir, los primeros que entienden el viaje como un fin preciso, como la obligada confirmación de una realidad prefigurada, y no como un medio de descubrir una realidad imprevisible; los primeros que viajan para huir de lo conocido, que les hastía, satisfaciendo así una necesidad casi higiénica (por eso, para responder a sus expectativas, el destino del viaje debe ser marcadamente diferente, es decir, exótico: es la receta baudeleriana de exotismo contra ennuí, que algunos, como Gauguin o Rimbaud, llevarán hasta sus últimas consecuencias, mientras que otros -los tour operators- la trivializarán en fórmulas estereotipadas de «evasión» a Oriente o a los trópicos): en fin, son los primeros que conciben el viaje como algo que se hace, no como algo que

se vive: coleccionan lugares como quien colecciona tarjetas postales, pues lo importante no es ya la experiencia viajera ilustrativa, el descubrimiento, la observación y la reflexión sobre otras culturas y otras sociedades, sino la experiencia personal gratificadora, el deleite de viajar y sobre todo de atesorar imágenes y nombres del mapa: la satisfacción tartarinesca de haber estado allí, de haber «hecho» tal o cual lugar.

Esta actitud tiene una consecuencia directa para los relatos de viajes, a saber: que empiezan a convertirse en un género, en una manifestación eminentemente literaria, con sus especialistas, sus reglas, sus trucos, su inevitable superficialidad y, por supuesto, su público. Pocos son los que escapan a esta tendencia: Mérimée, Gautier, Borrow, el marqués de Custine y alguno más. Es precisamente un estudioso de Custine, Julien-Frédéric Tarn, quien mejor ha sabido definirla: «Es que el turismo, en su lastimosa acepción moderna, excluía ya la mirada hacia lo que hay detrás; no exigíamos demasiado: que pese a las rutas llenas de dificultades (cumplidamente celebradas) se adivinaba ya la facilidad; que la inanidad sonora salpicada de color local preludiva, en suma, la ceguera ruidosa del ocio huero: que, se enarbolase o no la bandera del Romanticismo, el motus vivendi se resumía en agitación. Entonces se hacían Madrid o Granada como hoy se hacen, con preferencia, las antípodas: perfunctoriamente. Sólo que la sintáxis era menos escueta, el vocabulario más fastuoso.»³²

Otra consecuencia de esta tendencia es que cada vez son menos y tienen menor eco los viajeros «oficiales» o eruditos que escriben sobre Madrid, pues su testimonio queda oscurecido por el de los hombres de letras. A partir del siglo XIX, las obras de diplomáticos, cortesanos y científicos se ven desbancadas por las de poetas, novelistas y plumíferos de variado plumaje, pero temática cada vez más uniforme. Poco a poco se va configurando un nuevo género, el del libro o más bien relato de viaje, caracterizado precisamente por la preeminencia de la narración frente a la descripción o la reflexión; a diferencia del viajero ilustrado, que pretendía ante todo informar e instruir al lector, el viajero romántico aspira fundamentalmente a deleitarle, casi siempre con el señuelo del exotismo.

De este modo se pierde en buena medida la variedad formal que hasta entonces ofrecía la prosa de viaje (memorias, cartas, diarios, crónicas cortesanas, relaciones de embajada, etc.), y a cambio se gana en homogeneidad temática y, por lo general, en esmero estilístico. El viajero romántico, a menudo profesional de las letras, escribe deliberadamente una obra literaria: como hijo de su época, su intención es contar su experiencia viajera, por lo que suele escribir en primera per-

sona e incluso se presenta descaradamente como protagonista de la acción (en este sentido, el «divismo» de autores como Dumas llega a ser ridículo); por otra parte, como escritor pretende contar esa experiencia de la forma más atractiva -literaria- posible, por lo que no tiene ningún empacho en fabular y retocar la realidad a su gusto y medida.

Recordemos, en fin, que los románticos son los primeros que escriben libros de viajes por encargo, pues los editores, una vez descubierto el filón del exotismo, están dispuestos a explotarlo con todos los medios a su alcance. La oferta literaria responde así a una demanda creciente y al mismo tiempo la estimula, creando un público cada vez más amplio. Hacia la mitad del siglo el género está ya bastante consolidado, el número de lectores se multiplica de día en día y las obras de autores famosos alcanzan tiradas considerables para la época.

Es entonces cuando se inauguran las primeras líneas de ferrocarril en España, que no tardarán en enlazar Madrid con la frontera francesa. A partir de 1860, la facilidad del viaje atrae cada vez a más viajeros, y la simplificación de los itinerarios (las escasas vías férreas sustituyen en gran medida a las variadas rutas de las diligencias) les llevará casi siempre a la capital, destino final del viaje para los más apresurados. Los que no tienen como meta -como Meca- la mítica Andalucía. «Madrid señala el término de la mayoría de los viajes emprendidos en España. Se tiene la impresión -ilusión engañosa, en realidad- de dominar desde allí una vista panorámica del país, sobre todo si se completa la visita de la capital (el Prado, el Palacio Real, algunas iglesias) con la de varios lugares turísticos cercanos: Toledo, El Escorial y Aranjuez. De este modo, con un mínimo de gastos y en poco tiempo (a menudo de diez a quince días), se habrá cumplido el objetivo básico: ver España con los propios ojos y desde el interior, como se ve un castillo desde lo alto del torreón.»³³

Pero la verdad es que el ferrocarril no cuadra bien con la imagen romántica de España. A los viajeros europeos les cuesta asociar los brillantes raíles y las humeantes locomotoras inglesas con los feroces bandoleros y las siniestras ventas solitarias a los que les tenían acostumbrados los libros de viajes. Este cambio, junto con otros paralelos que irán transformando gradualmente la economía, las costumbres y hasta el paisaje del país, anuncia el ocaso de esa imagen romántica original (no de sus derivaciones estereotipadas, que como hemos visto se prolongan hasta nuestros días). Los autores tardan un poco en ajustar su mirada a la nueva realidad, mucho más difícil de retocar

que la precedente; no así los editores, que en seguida descubren un rico filón en las necesidades de información de la nueva generación de lectores, los cuales, a diferencia de los anteriores, son además viajeros potenciales. Así nacen las guías de viajes, un subgénero pujante que irá invadiendo el terreno de la literatura viajera tradicional hasta eliminarla casi por completo, como demuestra el lamentable panorama que ofrece hoy la sección de viajes de cualquier librería.

Así, cuando en 1877 el alemán Theodor Simons afirma que «si Madrid se ha convertido en una verdadera capital, un gran centro de actividad intelectual y material, un poderoso foco de atracción, se debe únicamente a la creación de los ferrocarriles que la comunican con todas partes»³⁴, su opinión, aunque un tanto exagerada, refleja perfectamente el cambio de perspectiva de los nuevos viajeros, obligados a fijarse en aspectos modernos de la ciudad que hasta entonces se habían desdeñado como irrelevantes. España, que gracias a los románticos había dejado de ser una tierra ignota, a partir de ahora va a dejar de ser también una tierra exótica. Jean-René Aymes resume así esta etapa de cambio: «La abundante literatura de tema hispánico, alimentada por los relatos de viajes, no se agota hacia los años 1860- 1870, pero entra en crisis. Las obras que irán apareciendo a partir de entonces se nutrirán unas veces de informaciones prácticas -acaba de empezar la era de las «guías del viajero»-, otras veces se inclinarán hacia la política, o se limitarán a la descripción de monumentos famosos. (...) Los nuevos autores se dedican al plagio, se abstienen de preguntarse por el alma española, en suma, se muestran incapaces de la menor renovación. No son enteramente culpables, a fin de cuentas, pues sus lectores potenciales han comprendido que España, en vías de europeización y modernización, ha dejado de ser esa nación que creían varios siglos atrasada con respecto a su vecina del Norte; las fronteras del exotismo se han alejado; habrá que ir a buscarlo en África o en Asia.»³⁵

Costumbrismo feliz y temas recurrentes

Ya hemos apuntado que el aspecto de Madrid dejaba mucho que desear a los ojos de los viajeros románticos, que suplían con su imaginación las carencias de exotismo de la ciudad. El urbanismo dieciochesco, al resultarles familiar, no les interesaba demasiado, pues los románticos sólo prestaban atención a las rarezas que podían conmoverles, produciéndoles emociones intensas. No es de extrañar, por

tanto, que de los relatos más representativos publicados en esta época se desprenda una visión extremadamente parcial y subjetiva de Madrid; el autor, como indica Dolores Brandis, «no notará todo aquello que ve, que le sale al paso, sino principalmente lo que vale la pena ver, lo que más contrasta con lo habitual en la Europa moderna»³⁶.

Por otra parte, ni las reformas urbanas de los Borbones ilustrados, ni las grandes construcciones impulsadas por Carlos III (la puerta de Alcalá, la Aduana, San Francisco el Grande, el museo del Prado), ni las mejoras realizadas tras la muerte de Fernando VII parecen atenuar en los viajeros la impresión de penuria monumental que produce Madrid. Son frecuentes las comparaciones con París y otras grandes capitales europeas, de las que nuestra ciudad sale bastante malparada, y hasta autores tan bien dispuestos como Gautier no dejan de señalar «que Madrid no abunda en magnificencias arquitectónicas, y que una calle es tan curiosa como cualquier otra»³⁷. Otros son mucho más severos, como el italiano Adolfo de Foresta, que en 1877 escribe: «Lo que sorprende además en esta ciudad, que ha sido capital de uno de los estados más ricos y grandes del mundo, y que lo es todavía de una nación de diecisiete millones y medio de habitantes, es no ver en todo Madrid un solo monumento que resalte a los ojos del extranjero y sea verdaderamente notable.»³⁸

Sin embargo, la mayoría de los viajeros muestra cierta indiferencia ante esta penuria monumental. Su interés se centra en lo que para ellos es más novedoso y atractivo: la gente, y sobre todo el pueblo, las clases bajas. Éste es uno de los aspectos fundamentales de la sensibilidad romántica, en contraste con la razón ilustrada: más que la arquitectura, a los visitantes de Madrid les interesa la animación de las calles; más que la religión, sus manifestaciones populares; más que la buena sociedad, la abigarrada multitud; más que las instituciones, las costumbres, las formas en que la gente se viste, se relaciona y se divierte. En este sentido resulta paradigmático el célebre pasaje en el que Borrow expresa su entusiasmo por la población madrileña:

«He visitado casi todas las capitales importantes del mundo; pero, en conjunto, ninguna me ha interesado tanto como la villa de Madrid, donde a la sazón me hallaba. No hablo de sus calles ni edificios, de sus plazas ni de sus fuentes, aunque algo de esto hay en Madrid digno de nota; Petersburgo tiene calles más hermosas; París y Edimburgo, edificios más suntuosos; Londres, plazas más bellas, y Shiraz puede alabarse de poseer fuentes más lujosas, aunque no aguas más frescas. ¡Pero la población!... Cercados por un muro de tierra que apenas mide legua y

*media a la redonda, se agolpan doscientos mil seres humanos, que forman, con toda seguridad, la masa viviente más extraordinaria del mundo entero; y no se olvide nunca que esta masa es estrictamente española.»*³⁹

Esta atracción por lo popular condiciona decisivamente la temática de los viajeros que escriben sobre Madrid a lo largo de todo el siglo XIX. Los espacios urbanos más frecuentemente descritos y admirados (a veces hasta el panegírico) son aquellos donde se congrega la multitud, entre los que destacan dos: la Puerta del Sol y el paseo del Prado. En ambos casos apenas se apuntan sus rasgos urbanísticos: lo que fundamentalmente se aprecia es su valor como marco de costumbres, como escenario de la población. Así, las costumbres populares serán en cierta medida el sucedáneo de ese exotismo tan problemático en una ciudad como Madrid, y los viajeros se dedicarán de buen grado a su estudio y descripción, es decir, al costumbrismo.

Sin embargo, poco tiene que ver ese costumbrismo de los libros de viajes decimonónicos con el de la literatura española de la época. Sin duda coinciden a veces en la búsqueda de lo pintoresco, pero en nada más. Son raros los viajeros que comparten la intención crítica o satírica de los costumbristas locales, pues por lo general no pretenden analizar a fondo lo que ven, sino simplemente contarlo de la forma más amable y vistosa posible. Por eso, nada hay tan diverso y hasta antagónico como una página de Larra, por ejemplo, y otra de Gautier en la que aparentemente se describe la misma realidad. Y es que a un francés, por lúcido que fuera, no podía dolerle la España de la época como a un español. (En este sentido, la obra de Richard Ford supone la mordaz excepción que confirma la regla, como veremos en su sitio.)

Así pues, los viajeros románticos (y después sus imitadores) practican un costumbrismo risueño y despreocupado, que suele cristalizar en una prosa vivaz y colorista. Su interés por lo pintoresco les lleva a adoptar una actitud marcadamente esteticista, a fijarse en los aspectos visualmente más atractivos de la realidad madrileña. No en vano son muchos los que destacan la pureza del aire y la luz de Madrid, esa especial limpidez de la atmósfera que resalta los perfiles y colores de las cosas, propiciando las descripciones eminentemente cromáticas. Así, admirados de la apariencia cosmopolita de la población, en la que descubren acrisolada toda la diversidad española, describen con profusión de detalles los trajes y las maneras de los aguadores asturianos, los mozos de cordel gallegos, los caleseros y horchateros valencianos, los mayordomos vascos, las nodrizas pasiegas, los mayores y toreros andaluces, los arrieros manchegos y, naturalmente, los manolos y manolas madrileños. Por la misma razón, dedican buena parte de sus textos (a menudo la mejor)

a las diversiones populares; además de la Puerta del Sol y el Prado, frecuentan con gusto los cafés y los teatros, y participan con lúdico fervor (que transmiten a sus relatos) en las verbenas, romerías y procesiones. Si tienen ocasión, asisten a los carnavales y otras fiestas típicas; también acuden con interés a las ejecuciones públicas, y en fin, salvo raras excepciones, no dejan nunca de ir a las corridas de toros, a las que, una vez superada la repulsa inicial, se aficionan en seguida.

En definitiva, es un costumbrismo feliz, que busca complacer al lector y sin duda lo consigue en muchas ocasiones. Cabe incluso decir que el lector actual, con la transparencia que da la distancia temporal, puede disfrutar de estos relatos con más intensidad que los coetáneos de Gautier o De Amicis. A su valor literario y documental se superpone el elemento añadido de la nostalgia, que tiñe con gratos colores la visión de un pasado sin duda lejano, pero no tanto como para que nos sea ajeno. Y aunque esos colores resulten a veces un tanto artificiosos, no por ello son menos brillantes y atractivos, precisamente en virtud de esa pureza tan celebrada de la luz de Madrid, que no admite falsificaciones.

Es en este sentido en el que calificábamos de exagerada la severidad de Caro Baroja con los románticos. Aun admitiendo que el Romanticismo fuera a la larga un «tósigo terrible» para España, porque le hizo perder buena parte de su autenticidad, también es cierto que las obras de los viajeros románticos aumentaron el interés y el amor por nuestro país en el extranjero, que sus relatos hicieron soñar a varias generaciones con la tierra legendaria de nuestros antepasados, y que, en fin, todavía hoy muchos de los que visitan Madrid comparten la admiración de aquellos viajeros por la vitalidad y la singularidad de la que Borrow llamó «la masa viviente más extraordinaria del mundo entero».

* * *

La presente antología sigue un orden estrictamente cronológico, de comienzos a finales del siglo XIX. Dada la abundancia de textos disponibles, la calidad literaria y el carácter eminentemente narrativo de buena parte de ellos nos ha parecido el criterio más adecuado para reflejar con claridad la evolución temática y estilística de las obras sobre Madrid escritas en este siglo, destacando al mismo tiempo el período de apogeo o «edad de oro» de la literatura de viajes de tema español. Así, se advertirá que el mayor número de textos corresponde



proporcionalmente a los años 1825-1845, en los que se registra el aluvión de viajeros románticos que visitan Madrid. Otro núcleo importante dentro de la antología lo aportan las décadas de 1860 y 1870, en las que el ferrocarril hace más accesible a los europeos el viaje a la capital de España.

En cuanto a los criterios de selección, se ha atendido fundamentalmente al valor literario y al interés histórico de las obras existentes, que son legión. Esta abundancia nos ha obligado a sacrificar algunos autores más o menos valiosos en favor de otros que creemos preferibles por una u otra razón.

El lector avisado advertirá, por ejemplo, que la antología se inicia con unos pasajes de las Cartas de España de Blanco White fechados en 1807 y 1808, por lo que quizá eche en falta el interesante Spanish Journal de Lady Holland, escrito pocos años antes. Ahora bien, el Madrid que conoció Lady Holland tiene poco que ver con el del siglo XIX, y su diario refleja la pervivencia de unas costumbres y unos rituales cortesanos y aristocráticos de resonancias inequívocamente medievales. Valga como muestra la descripción que hace del palacio de Medinaceli:

«La mansión es inmensa, cubre varias áreas de terreno, pertenece a tres parroquias y se comunica con tres iglesias por medio de galerías cubiertas. Bajo su techo se alojan tres mil personas, incluidos los quinientos sirvientes con sus esposas e hijos. Sólo los Medinaceli siguen con la costumbre de tener pajes, los llamados «caballeros», vestidos de amarillo con medias negras. (...) En la casa hay sastres, zapateros y muchos otros artesanos que únicamente trabajan para la familia. Casi todos los muebles y enseres provienen de las posesiones de la familia y han sido elaborados por sus empleados, el mármol viene de sus canteras, la madera de sus bosques, las colgaduras de seda, de sus fincas y heredades, los paños de lana y algodón han sido tejidos con su lana y su lino. Sólo los espejos provienen de la real factoría de San Ildefonso. Los Medinaceli por sí solos conforman una suerte de Estado soberano, cosa que antes era más común entre los grandes de España que ahora. En la mesa, el duque y la duquesa son atendidos por gentileshombres arrodillados. Ambos son intolerantes e iletrados, y no se relacionan con sus iguales, sino que están siempre rodeados de monjes y sacerdotes.»⁴⁰

Cuesta creer que este pasaje haya sido escrito en 1803. Como se ve, estamos todavía en el Antiguo Régimen, aunque la descripción parece más cercana a la época de los Austrias que a la de Carlos IV. Nada anuncia en el libro de Lady Holland que ese trasnochado mundo dieciochesco tiene los días contados. Por eso hemos preferido empezar la

antología con *Blanco White*, que a través de sus crónicas del motín de Aranjuez y el Dos de Mayo nos introduce cabalmente en el escenario madrileño del siglo XIX español.

Por otra parte, habrá quizá quien eche de menos en nuestra selección a algunos viajeros ilustres, como Chateaubriand, Washington Irving, George Sand y Victor Hugo, que contribuyeron en mayor o menor medida a crear el mito de la España romántica. Su ausencia se explica por la sencilla razón de que nunca estuvieron en Madrid, o no escribieron nada interesante sobre su estancia en la ciudad. La España de Irving, como es sabido, se reduce prácticamente a Granada (Cuentos de la Alhambra), y la de Sand a Mallorca (Un invierno en Mallorca). En cuanto a Chateaubriand, en *De París a Jerusalén* no dedica ni una sola línea a Madrid, y apenas un párrafo a *El Escorial*, aunque más tarde lo describirá por extenso en sus *Memorias de ultratumba*. Victor Hugo, por su parte, después de su infancia sólo cruzó una vez la frontera española, y no pasó del pueblo guipuzcoano de Pasajes (*Voyage dans les Pyrénées*), donde fue a ocultar sus amores adúlteros. Más corto aún se quedó el gran Flaubert, que en un viaje de juventud se asomó apenas a Fuenterrabía (*Viaje a los Pirineos y Córcega*). Finalmente, cabe lamentar que ese magnífico autor de libros de viajes que fue Stendhal no escribiera nada sobre Madrid, y muy poco sobre España, por donde viajó brevemente hacia 1834: en *De l'amour* dedica un capitulito a nuestro país, donde, como dice Farinelli, «describe con bastante atrevimiento el pueblo español y sus costumbres»¹¹.

Una vez seleccionados los autores resulta menos problemático el criterio de elección de los propios textos, pues tanto su carácter narrativo como la homogeneidad de los temas recurrentes delimitan claramente el terreno. Hemos procurado alternar los textos largos y apenas expurgados, que conservan todo el sabor y el ritmo del relato original, con otros más breves que completan algún aspecto del mosaico temático general. Ya hemos apuntado algunos temas recurrentes; entre los más importantes cabe señalar el paisaje de los alrededores de Madrid, la llegada a la ciudad y las impresiones generales que produce; la Puerta del Sol, la calle y la Puerta de Alcalá, el paseo y el museo del Prado, el parque del Buen Retiro, la Plaza Mayor, el Palacio Real y la Armería, el puente de Toledo y el Manzanares; las iglesias y conventos, los usos y ceremonias religiosas, las procesiones y romerías; los oficios callejeros, los mendigos, las gentes de mal vivir, las cárceles y las ejecuciones; la comida y la bebida, la indumentaria, la fisonomía y las costumbres de los madrileños; las corridas de toros, los cafés, las tertulias y los teatros, los juegos de azar, las fiestas populares; y por último,

los Reales Sitios cercanos a Madrid, principalmente El Escorial y Aranjuez. En el caso del museo del Prado y de los espectáculos taurinos hemos aplicado un criterio bastante restrictivo, pues las descripciones de los viajeros suelen ser tan prolifas y reiterativas que a la postre resultan tediosas (sobre todo para el lector español) y parecen fuera de lugar en una antología general como la presente.

Para terminar, una palabra sobre la traducción. Cerca de la mitad de las obras seleccionadas están traducidas al español, algunas incluso en varias versiones; sin embargo, no todas las traducciones son aceptables, bien porque su lenguaje ha quedado anticuado o bien porque su falta de rigor las hace poco fiables, y a menudo por ambas razones. Por eso sólo hemos utilizado las que ofrecían un buen nivel de calidad y fidelidad al original, entre ellas las de Blanco, Inglis, Ford, Borrow, Andersen y Teste; en los restantes casos (Gautier, Dumas, Davillier, De Amicis y otros) hemos preferido traducir nuevamente los pasajes que nos interesaban. Por otra parte, quince de los textos escogidos no estaban hasta la fecha, que sepamos, traducidos al español. Los más extensos (Mackenzie, Custine, Simons y Luffmann) han sido elegidos por su gran interés; otros más breves (por ejemplo, los portugueses) nos parecen un curioso complemento del conjunto de la antología. En cualquier caso, se presentan por primera vez al público español como una modesta aportación a la literatura de viajes de tema madrileño.

(Con el fin de amenizar la lectura, los textos largos se han dividido mediante epígrafes que no pertenecen a la obra original. Las palabras y frases en cursiva, salvo en casos evidentes, aparecen en español en el original.)

NOTAS

¹Miguel Artola: *Historia de España Alfaguara V. La burguesía revolucionaria (1808-1874)*, Madrid, Alianza, 1976, p. 7.

²Jaime Gil de Biedma: «Apología y petición», *Colección particular*, Barcelona, Seix Barral, 1969, p. 55.

³Richard Ford: *Manual para viajeros por Castilla y lectores en casa*, trad. de Jesús Pardo, Madrid, Turner, 1981, vol. I, p. 25.

⁴Vid. *Madrid en la prosa de viaje II*, estudio y selección de José Luis Checa, Madrid, Comunidad de Madrid, 1993.

⁵Citado por F. Herán: «L'invention de l'Andalousie au XIXe s. dans la littérature de voyage. Origine et fonction sociales de quelques images touristiques», en A.M. Bernal y

otros: *Tourisme et développement régional en Andalousie*, París, 1979, p. 21.

⁶Vid. R. Foulché-Delbosc: «Bibliographie des voyages en Espagne et Portugal», *Revue Hispanique*, núm. 3, París, 1986.

⁷V. Lleó Cañal: «España y los viajeros románticos», en *Estudios Turísticos*, núm. 33, Madrid, 1931, p. 16.

⁸F. Calvo Serraller: «Los viajeros románticos franceses y el mito de España», en *Imagen Romántica de España*, Madrid, 1981, p. 22.

⁹Vid. Patrick Berthier en el prólogo a Théophile Gautier: *Voyage en Espagne*, París, Gallimard, 1931, pp. 7-13.

¹⁰P. Berthier: *op. cit.*, p. 10.

¹¹Vid. J. Alberich: «En torno a los viajeros



ingleses de la época romántica», en *Imagen Romántica de España*, p. 33.

¹²Prosper Mérimée: *Oeuvres*, vol. III, París, Larousse, 1927, p. 91.

¹³Vid. Arturo Farinelli: *Viajes por España y Portugal*, Madrid, 1920, pp. 297 y ss.

¹⁴Antonio López Ontiveros: «El paisaje de Andalucía a través de los viajeros románticos: creación y pervivencia del mito andaluz desde una perspectiva geográfica», en *Viajeros y paisajes*, Madrid, Alianza, 1988, p. 33.

¹⁵R. Foulché-Delbosc: *op. cit.*, pp. 191-192.

¹⁶A. Farinelli, *op. cit.*, p. 368.

¹⁷Vid. Leonard Williams: *Granada* (prólogo de Fernando García Izquierdo), Granada, Diputación Provincial de Granada, 1991, p. 14.

¹⁸Théophile Gautier: *op. cit.*, pp. 470 y 589.

¹⁹Antonio Morales Moya: «Conocimiento de la realidad y pretensión reformista en el viaje ilustrado», en *Viajeros y paisajes*, p. 19.

²⁰A. Farinelli: *op. cit.*, p. 395.

²¹R. Foulché-Delbosc: *op. cit.*, p. 224.

²²Francisco de Paula Mellado: *Recuerdos de un viaje por España*, ed. facsimil, Madrid, G. Blázquez, 1985, p. 14.

²³A. López Ontiveros: *op. cit.*, p. 35.

²⁴Julio Caro Baroja: *Una imagen del mundo perdida*, Santander, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 1979, pp. 18-19.

²⁵Michael J. Quin: *Visit to Spain in 1822 & 1823*, Londres, 1824; recogido por Hugh Thomas: *Madrid. Una antología para el viajero*, trad. de Montserrat Serra Ramoneda, Barcelona, Grijalbo, 1988, p. 59.

²⁶Adolphe Blanqui: *Voyage à Madrid (août et septembre 1825)*, París, Doudey-Dupré, 1826.

²⁷Marquis de Custine: *L'Espagne sous Ferdinand VII*, París, F. Bourin, 1991, pp. 52-53.

²⁸Richard Ford: *op. cit.*, p. 53.

²⁹Richard Ford: *op. cit.*, p. 55.

³⁰Richard Ford: *Manual para viajeros por España y lectores en casa. Observaciones generales*, Madrid, Turner, 1982, p. 14.

³¹Dolores Brandis: «El paisaje urbano madrileño en las obras de viajeros extranjeros», en *Viajeros y paisajes*, p. 126.

³²Marquis de Custine: *op. cit.*, p. II.

³³Jean-René Aymes: *L'Espagne romantique (Témoignages de voyageurs français)*, París, A. M. Métailié, 1983, pp. 15-16.

³⁴Théodore Simons: *L'Espagne*, trad. par Marcel Lemerancier, París, Léon Vanier, 1884, p. 49.

³⁵J.-R. Aymes: *op. cit.*, pp. 24-25.

³⁶D. Brandis: *op. cit.*, pp. 127.

³⁷Théophile Gautier: *op. cit.*, p. 140.

³⁸Adolfo de Foresta: *La Spagna. Da Irán a Málaga*, Bologna, N. Zanichelli, 1879, pp. 174-175.

³⁹George Borrow: *La Biblia en España*, trad. de Manuel Azaña, Madrid, Alianza, 1987, p. 161.

⁴⁰Count of Hechester: *Spanish Journal of Elizabeth. Lady Holland*, Londres, 1910; recogido en *Madrid. Una antología para el viajero*, pp. 221-222.

⁴¹A. Farinelli, *op. cit.*, p. 374.



1. José Blanco White (1807-1808)

Todavía hoy parece increíble que las Letters from Spain de José Blanco White (1775-1841), publicadas en Londres en 1822, hayan sido prácticamente desconocidas en España durante siglo y medio. «No hay elogio digno de ellas», escribió en 1882 Menéndez Pelayo para destacar su gran valor historiográfico y literario; sin embargo, no fueron traducidas y editadas en español hasta 1970. Como señala su prologuista, Vicente Llorens, «es indudable que la heterodoxia religiosa y las opiniones políticas del autor contribuyeron decisivamente a impedir la difusión de su obra entre españoles: fenómeno ya en sí mismo significativo».

José Blanco White, de ascendencia irlandesa por parte de padre, nació y se educó en Sevilla. Ordenado sacerdote en 1799, poco después se sumió en la angustiosa crisis religiosa que relata en la carta tercera, y en 1805, abandonando su puesto de capellán en la catedral de Sevilla, se trasladó a Madrid. Residió en la capital dos años y medio; a finales de 1808, huyendo de las tropas de Napoleón, volvió a Sevilla, y en enero de 1810 siguió a la Junta Central hasta Cádiz, donde se embarcó para Inglaterra. Nunca volvería a su patria, en la que su posición favorable a la independencia de las colonias americanas y su posterior conversión al anglicanismo le hicieron recibir enconados ataques, que a la postre le condenaron al exilio de por vida y al silencio de su obra.

De las Cartas de España (publicadas originalmente con el seudónimo de «Leucadio Doblado») se suele resaltar el magnífico cuadro de las costumbres sevillanas de finales del siglo XVIII trazado por Blanco, en detrimento quizá de su última parte, dedicada al Madrid de los años postreros del reinado de Carlos IV y al estallido de la guerra. Ésta es la parte que nos interesa, por razones no tan obvias como en

principio podría parecer. En las Cartas hay excelentes descripciones de ciudades y relatos de viajes, pero no es un libro de viajes: es mucho más. El gran escritor sevillano, viajero atento y perspicaz en Madrid, El Escorial y Aranjuez, dispuso después desde su exilio londinense de la distancia necesaria para acrisolar literariamente sus recuerdos de estos lugares; pero su obra cumbre ofrece además una perspectiva histórica y una hondura reflexiva que desbordan los límites del género, a menudo tan angostos.

Aparte de la información de primera mano adquirida durante su estancia en Madrid de 1805 a 1808, Blanco tuvo en Londres otra importante fuente de datos sobre la vida en la Corte española, pues fue preceptor del hijo de Lord y Lady Holland y amigo de ambos, que habían pasado largas temporadas en Madrid y mantenían buenas relaciones con la nobleza española. En suma, su profundo conocimiento del país y su condición de español que escribía en inglés para ingleses permitieron a Blanco colmar las inevitables lagunas perceptibles hasta en la mejor literatura de viajes, como suele considerarse la inglesa. Ya en la carta décima expone claramente su intención: «No me gustan las descripciones, probablemente porque creo que no sirvo para hacerlas. Así que si quiere usted conocer cómo es esta villa -debe saber que a Madrid no la contamos entre nuestras ciudades- tendrá usted la bondad de dirigirse a Burgoing, Townsend o a cualquier otro viajero de profesión. Mi narración se limitará, como he venido haciendo hasta ahora, a lo que estos caballeros no pudieron ver o comprender con la exactitud y claridad de un nativo.»

Lo esencial de esa narración se recoge en las cartas undécima y duodécima, de las que reproducimos a continuación amplios extractos (en la impecable traducción de Antonio Garnica), con el convencimiento de que constituyen la mejor introducción posible a los libros de viajes sobre el Madrid del siglo XIX.

Los pretendientes

Voy a darle en esta carta un esbozo de la vida privada de Madrid, empezando por la descripción de unos personajes característicos de este país, conocidos con el nombre de *pretendientes* o cazadores de empleos. Pero estas expresiones no quieren decir lo mismo en español que en inglés. Nuestras mejores familias envían normalmente a sus hijos a la Corte con tal fin, y pocos son los caballeros que, al destinar a sus hijos a la Iglesia o a la Magistratura, no tienen en

cuenta los medios económicos para mantenerlos durante tres o cuatro años en Madrid como regulares y declarados pretendientes. El hecho es que, a excepción de tres sillas corales en las catedrales y colegiatas, que se ganan por oposición, no hay ningún puesto de rango o dinero que no se consiga por el único medio de la recomendación de la Corte. De aquí la necesidad de los que no tienen bienes de fortuna -o en otras palabras, de más de las dos terceras partes de la hidalguía española- de dirigirse a la capital de la nación para procurarse por cualquier medio el favor de la Corte. [...]

Los pretendientes a los más importantes empleos de Hacienda tienen que ser capaces de presentarse más brillantemente en la Corte, si quieren triunfar. Pero no es al ministro del ramo al que tienen que adular para conseguir uno de estos lucrativos puestos, porque si el ministro se permitiera tener un plan personal a este respecto, no sería nada extraño que una recomendación de la reina o del príncipe de la Paz se lo echara abajo. Para obtener el favor de la primera, el medio más eficaz es tener un buen tipo o alguna otra cualidad agradable, como cantar al estilo español acompañado de la guitarra y así atraer la atención de su majestad o el afecto de alguna de sus camareras favoritas. Hay que decir con justicia que la no menos poderosa recomendación del príncipe de la Paz no es siempre la recompensa de la adulación o del más degradante servilismo. Es verdad que su protección no está regulada por la justicia y la debida atención a los méritos del candidato, pero, a diferencia de lo que sucede con los ministros, que tiemblan en su presencia, cualquier persona del reino puede acercarse a él sin necesidad de presentación, con la seguridad de que, por lo menos, recibirá una respuesta cortés. Sin embargo, como su gran debilidad es el amor a los placeres, nadie puede estar más seguro de una acogida favorable que el que se presenta en sus recepciones públicas acompañado de una hermosa mujer o una hija seductora. Este hecho es tan notorio en toda España y -lo digo con vergüenza- el carácter nacional se está degradando tanto bajo la influencia de este Gobierno libertino, que nuestras más bellas mujeres acuden en masa desde todas las provincias para probar la suerte de que el favorito se fije en ellas. De esta manera los besamanos del príncipe de la Paz ofrecen todas las semanas una exhibición de las mujeres más bellas del país, acompañadas de sus padres o esposos. Pleito así defendido nunca se pierde. [...]

Los trabajos de la vida de un pretendiente, especialmente los que no buscan un puesto en la Iglesia, han facilitado divertidas escenas a nuestro teatro. La proverbial imprecación española: *arrastrado te veas como un pretendiente*, sólo puede ser comprendida por los que, como



yo, han sido amigos íntimos de algunos individuos de esta desgraciada especie. Una corta suma de dinero, que recibe de su familia, es lo único que el joven pretendiente a una toga tiene para atender a su subsistencia, para hacer tres o cuatro viajes al año a los Reales Sitios con objeto de estar presente en la Corte, para comprar el vestido cortesano que tiene que llevar casi diariamente y para los momentos de mala suerte en los juegos de cartas de su protectora. ¡Qué idea se formaría un inglés sobre la elegancia española si entrara en una de las casas de huéspedes de Aranjuez y se encontrara con aquel gran patio empedrado, rodeado de cuartos, y cada uno de ellos ocupado por un diferente grupo de inquilinos, con tres o cuatro camas desvencijadas y otras tantas sillas por todo mobiliario! Por un lado, uno limpiando los zapatos, otro remendando las medias, un tercero cepillando el traje de corte que tiene que llevar a la recepción del ministro, mientras que un cuarto está todavía en la cama descansando como puede del baile de la noche anterior. Como ni en Madrid ni en los Sitios se conocen los coches de alquiler, causa compasión y risa al mismo tiempo el ver salir, después de un laborioso tocado, a estos jueces, intendentes y gobernadores en embrión, vestidos de gala, caminando en medio del barro y dirigiendo ansiosas miradas a las chorreras y puños de encaje, mañosamente atados a las mangas y al chaleco, que a causa de un desgraciado accidente pudieran mostrar a la luz pública la basta y descolorida camisa que intentan ocultar. Así van penosamente camino del Palacio para vagar por sus galerías durante horas y horas hasta que consiguen hacerle una reverencia al ministro o a cualquier otro gran personaje del que dependen sus esperanzas. Cumplido este importante deber, vuelven a la pensión a tomar una escasísima comida, a no ser que su buena estrella les haya deparado una invitación. Por la tarde tienen que hacer acto de presencia en el paseo público donde la familia real toma el aire diariamente, tras el cual terminan la jornada asistiendo a la tertulia de alguna gran señora, si han tenido la suerte de obtener su venia para presentarle este diario tributo de respeto.

Madrid en 1807

Los que visiten Madrid y los Sitios sin buscar el favor de la Corte podrán divertirse durante algunas semanas con lo peregrino de este espectáculo. Por lo demás, la Corte española es demasiado aburrida, afectada y formal para ser un interesante lugar de residencia. La



única buena sociedad se encuentra en el Cuerpo Diplomático. El rey, que no se ocupa más que de la caza, y la reina, de su tocador, son desde hace poco tiempo totalmente enemigos del teatro. Todavía hay dos que abren sus puertas todas las noches, pero la ópera lleva varios años cerrada sólo porque era el diario lugar de reunión de la buena sociedad. Tanta envidia le inspiran a la reina las reuniones elegantes que los grandes de España no se atreven a admitir en sus tertulias a más de cuatro o cinco personas y apenas si se da un baile en Madrid a lo largo del año, y aun este único baile no se organiza sin pedirle permiso a la reina. La marquesa de Santiago, a cuya tertulia asistía lo mejor de Madrid, hace poco tiempo se vio intimada por la Policía a cerrar su casa a sus amigos.

Se han prohibido hasta las corridas de toros, y a la ociosa población de la capital de España no se le ha dejado otra distracción que la de reunirse por la tarde en el largo paseo conocido con el nombre de El Prado, después de haber estado haraganeando toda la mañana por las calles o de haberse calentado al sol durante el invierno en la Puerta del Sol, una plaza bastante grande casi rodeada de edificios públicos. En el tiempo frío los cafés se ven abarrotados una hora después de la comida, es decir, de tres a cuatro de la tarde, y también en las primeras horas de la noche, pero el ruido y el humo del tabaco hacen que estos sitios sean tan desagradables como cualquier taberna de Londres. Sería absurdo esperar una conversación sensata en estos lugares. Los asuntos más interesantes se evitan con todo cuidado por miedo a la Policía y a la Inquisición, que tienen espías en todas partes. De aquí el mal gusto que degrada nuestro trato social, que se convierte en una constante payasada.

El Escorial

El primer síntoma visible de las convulsiones que nos amenazaban fue el arresto de Fernando, entonces príncipe de Asturias, por orden de su padre. Mi inseparable amigo Leandro había sido durante algún tiempo amigo de un favorito del príncipe de la Paz que era, como mi amigo, muy aficionado a la música y nos había invitado con frecuencia a sus recitales de aficionado. El día 2 de noviembre nos vimos sorprendidos por una carta de este caballero en la que pedía a mi amigo que fuera inmediatamente a El Escorial para un asunto de gran importancia. Mientras nos dirigíamos a la Puerta del Sol para procurarnos una *calesa*, un conocido a quien encontramos en aquel



lugar de diversión invernal de los madrileños ociosos nos informó confidencialmente del arresto del príncipe. Durante breve tiempo nos preguntamos sobre la conveniencia de acercarnos a la madriguera del león en unos momentos en que su majestad estaba tan airado, pero prevaleció la curiosidad y un cierto amor a la aventura, y así partimos a buen paso camino de El Escorial.

El pueblo que está junto al gran monasterio que lleva este nombre es uno de los más miserables de esta parte de Castilla. Para acomodo del séquito del rey se han construido unas casas muy cerca del palacio monástico que la real familia comparte con la numerosa comunidad jerónima, a la que Felipe II asignó un ala de aquel soberbio edificio; pero los que siguen a la Corte por razón de su oficio y se ven obligados a buscar alojamiento en el pueblo tienen que contentarse con las casuchas más destartadas. En una de ellas encontramos a nuestro amigo el coronel A[morós], que, aunque era preceptor militar del hijo menor de los reyes, hubiera cambiado de buena gana su habitación y mobiliario por el de la más miserable posada inglesa. [...]

El Escorial incluye dentro del recinto de sus altos y macizos muros el Palacio del rey, el Monasterio con su majestuosa iglesia y el panteón o bóveda subterránea de ricos mármoles en cuyas paredes están los espléndidos sarcófagos que guardan los restos de los reyes españoles y su familia. Está situado no lejos de la cima de una alta montaña, en la cordillera que separa las dos Castillas y cerca de un enorme macizo de roca granítica que suministró los materiales para su construcción. Esta facilidad de sacar la piedra necesaria para el edificio fue lo que decidió al sombrío tirano Felipe II a escoger este sitio sobre otros igualmente alejados y menos expuestos a la furia de los vientos, que allí soplan con increíble violencia. Para facilitar un adecuado refugio contra sus fuertes ráfagas, el arquitecto hizo un amplio pasadizo, bien aireado e iluminado, que lleva desde el palacio al pueblo.

El adusto aspecto del edificio, la solitaria y escabrosa cima de la montaña en cuyas proximidades se encuentra, más para rivalizar que para servir de contraste; la selvática y extensa cañada que se abre allá abajo, sembrada de toscas e informes encinas rodeadas de zarzas y matorrales; la soledad y el silencio que la media luz de la tarde prestaba a la escena, aumentada por las tímidas y retraídas maneras de una escasa población acostumbrada a vivir alternativamente bajo el temor de la Corte o el de sus señores directos, los monjes: todo eso, unido a la sobrecogedora situación que había creado la prisión del heredero de la corona y el cauto aspecto de los pocos servidores

que habían seguido a la real familia en esta ocasión, nos hizo sentirnos vagamente inseguros, de manera muy difícil de analizar o expresar. Dentro del recinto del templo no estábamos más que nosotros y los monjes que iban por los claustros con cirios encendidos en las manos para entonar cantos fúnebres en memoria del fundador y bienhechores. Nuestros pasos despertaron los ecos de las altas bóvedas, mientras un coro de profundas voces de bajo respondía a las temblorosas preces del anciano sacerdote que presidía la ceremonia. Ocultarnos en la oscuridad hubiera podido levantar sospechas, y acercarnos a la luz de los cirios de los monjes era el mejor medio de excitar su ilimitada curiosidad. Así que optamos por desaparecer apresuradamente por los claustros próximos a la iglesia, y como no conocíamos bien la distribución del inmenso y complicado laberinto que el monasterio es para un extraño, el miedo de entrar en terreno prohibido o de permanecer encerrados toda la noche nos indujo a retirarnos a nuestro alojamiento.

Con la aprobación de nuestro huésped nos aventuramos la mañana siguiente a solicitar del monje que actúa como guía del monasterio una visita a las principales curiosidades que contiene. Nos permitió recorrer la espléndida y valiosa biblioteca, considerada como una de las más ricas colecciones de antiguos manuscritos que hay en Europa, tesoro que, en medio de estas montañas y bajo el control de un Gobierno antiliberal y de un grupo de ignorantes, puede decirse que está enterrado en las mismas entrañas de la tierra. También es inmensa la colección de pinturas de primera calidad que hay en El Escorial, y los muros están literalmente cubiertos por ellas. Basta vagabundear por los numerosos claustros del monasterio para saciar de bellezas artísticas al más incansable aficionado. Pero nuestro guía, que no encontraba especial interés en pasar por el mismo sitio por diezmilésima vez, se dio prisa en llevarnos a la colección de reliquias, en la que parecía encontrar incansable satisfacción. No le voy a dar una lista de estos tesoros espirituales, que ocupan una gran mesa de tres a cuatro pies de longitud y anchura desproporcionada, situada a la entrada del coro; pero no puedo dejar de decirle que nos mostraron el cuerpo de uno de los inocentes asesinados por Herodes y un poco de leche coagulada de la Virgen María. El monje nos miró con sus ojos negros y penetrantes mientras nos enseñaba las reliquias; pero el aire de El Escorial tiene la virtud singular de alargar y fijar los músculos de la cara. En el mismo aposento donde se guardan las reliquias hay una curiosa caja de madera negra brillante, tal vez de ébano, cuya tapa está interiormente cubierta por las guardas de una complicadísima cerradura. Se afirma que contuvo la correspon-



dencia secreta del infortunado príncipe don Carlos, que su desnaturalizado padre, Felipe II, usó como pretexto para ponerlo en prisión y probablemente para la muerte violenta que, según se dice, acabó con su desdichada existencia.

El último besamanos de Godoy (1808)

Aunque yo no tenía ningún otro interés en asistir a un besamanos de Godoy más que la simple curiosidad de ver una brillante ceremonia, accesible por otra parte a cualquier hombre o mujer decentemente vestido, lo cierto es que esta tentación me llevó al último que el príncipe de la Paz celebró en Madrid. Apareció, como de costumbre, por el extremo de un largo salón o galería, rodeado de un numeroso acompañamiento de oficiales, y empezó a caminar lentamente por entre los reunidos, que le iban abriendo paso. Los que querían hablar con él procuraban ponerse en primera fila, en tanto que los que, como yo, nos limitábamos a agradecer la admisión con una inclinación nos manteníamos detrás. Godoy se paró delante de mi grupo, en el que yo era una de las figuras menos visibles, y, saludando cortésmente, según su costumbre, dijo en voz alta: «Caballeros, los franceses están avanzando rápidamente sobre nosotros; debemos estar en guardia, porque hay mucha mala fe de su parte.» Era evidente que Napoleón se había quitado la máscara con que había actuado hasta entonces, y los que escuchamos sus palabras no tuvimos la menor duda de que la llegada de Izquierdo, el agente confidencial de Godoy en París, le había abierto los ojos, llenándolo al mismo tiempo de vergüenza y confusión por el gran engaño de que había sido víctima.

Esto sucedía a principios de marzo. La Corte se había trasladado a su residencia de primavera en Aranjuez, y el príncipe de la Paz se reunió con la real familia poco tiempo después. Una tristeza bien visible ensombrecía Madrid por estos días, principalmente a consecuencia del rumor de que los reyes iban a huir a Méjico siguiendo el ejemplo de la familia real portuguesa. Entre las clases altas, pocos eran los que, movidos por el afecto o la lealtad, se oponían a esta determinación; pero Madrid y los Reales Sitios perderían toda su importancia si la Corte se trasladaba a un país tan lejano. La descomposición aun del más ruin de los gobiernos llena siempre de consternación a sus servidores, y aquellos privilegiados guardias que el orgullo de la realeza española había colocado junto al trono no



podían soportar la idea de verse rebajados, en ausencia de los soberanos, al mismo nivel del resto del Ejército. Por tanto el plan de la huida de España, con el Océano a unas cuatrocientas millas de distancia, era completamente absurdo e irrealizable.

El motín de Aranjuez

La partida de la familia real se había fijado, con el mayor secreto, para el 19 de marzo. Sin embargo, al empezarse los preparativos del viaje, los partidarios de Fernando tomaron medidas para hacer fracasar el plan de los reyes y del favorito. Así empezaron a llegar a Aranjuez grandes grupos de campesinos que venían de los pueblos más distantes, y lo mismo la guardia valona que la de caballería se comprometieron a ponerse de parte del pueblo. Poco después de la medianoche del 19 el populacho atacó furiosamente la casa del príncipe de la Paz, que apenas tuvo el tiempo justo de saltar del lecho y escapar de los cuchillos que apuñalaron con furiosa rabia el sitio en que el calor de las sábanas mostraba que su cuerpo había estado descansando hasta pocos minutos antes. Como las puertas estaban cuidadosamente guardadas, no había duda de que Godoy se encontraba todavía en la casa. Después de un escrupuloso registro con antorchas y velas se decidió que todas las salidas permanecieran estrechamente vigiladas hasta el amanecer.

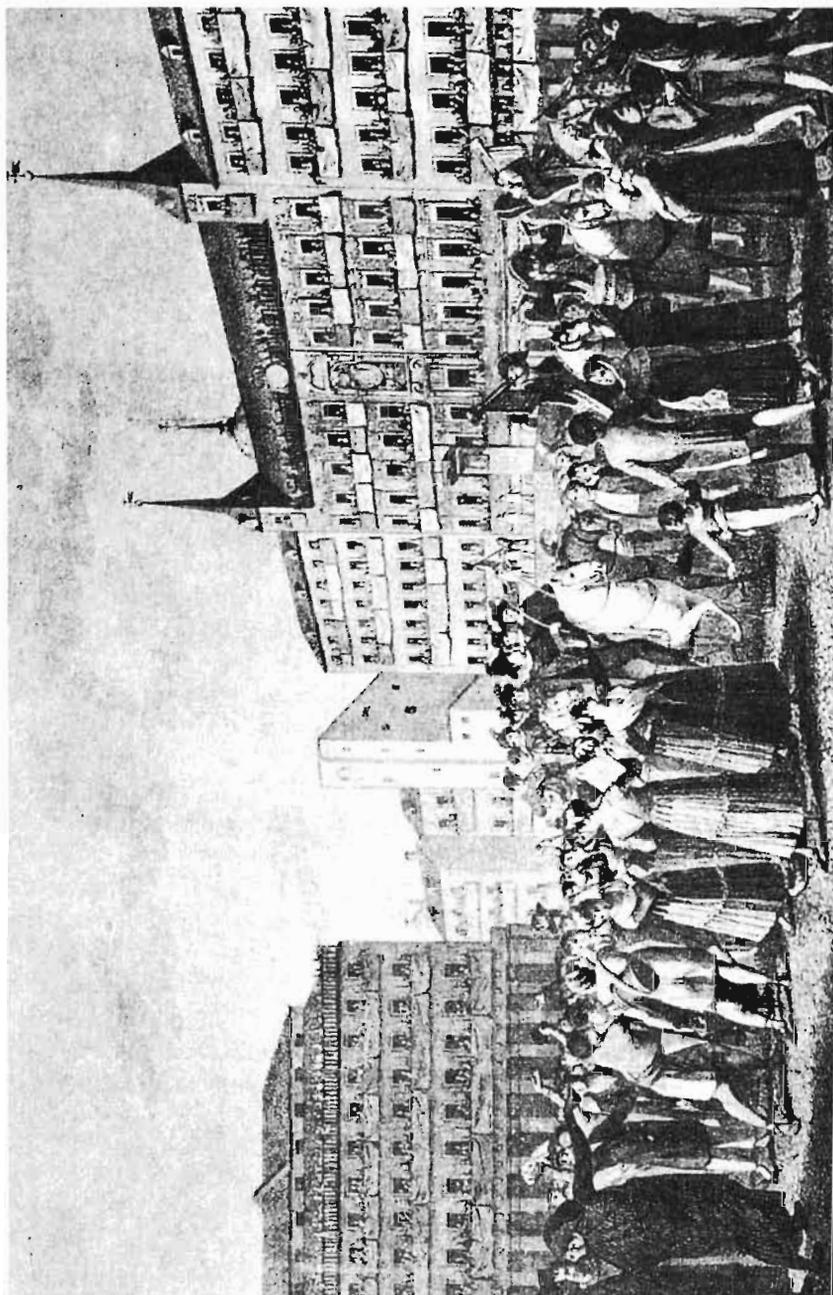
La alarma llegó pronto al Palacio real, donde los amigos del príncipe de Asturias, entre los que el interés había colocado en aquel momento crítico a los ministros que le debían casi todo a Godoy, vieron unánimemente en el miedo del rey y en la ansiedad de la reina por salvar la vida de su amante la mejor oportunidad para sentar a Fernando en el trono de España. Mientras tanto, la luz del día había permitido a los cabecillas del motín empezar una nueva y más cuidadosa búsqueda del príncipe de la Paz, y la certeza de su presencia en la casa hacía su muerte inevitable. Ciertamente honra el carácter afectuoso y humano de Carlos IV, a pesar del juicio que merezcan sus otras cualidades, que el ansia de rescatar a su desleal amigo lo llevara a abdicar su corona. La abdicación del rey fue dada a conocer a los amotinados, con quienes la guardia real había colaborado abierta y decididamente, y Fernando salió a la calle, montado a caballo, para cumplir el compromiso hecho a sus padres de defender al favorito contra los que querían asesinarlo. El infortunado Godoy llevaba encerrado más de doce horas en un escondrijo del desván de su casa,



casi desnudo y sin nada de comer o beber, hasta que, por fin, si damos crédito a lo que se cuenta, la sed le obligó a pedir ayuda a un criado, que lo delató a sus perseguidores. No sé si lo que lo salvó de caer allí mismo víctima de la crueldad de sus enemigos fue el deseo de los cabecillas de darle una muerte pública e ignominiosa o por el contrario otros sentimientos más favorables de los que estaban a su lado en tan peligroso momento. Tampoco quiero privar al nuevo rey de su posible derecho a ser alabado por la humanitaria conducta que mostrara con el favorito. Sólo puedo certificar que Godoy, escoltado por Fernando, fue llevado como prisionero al cuartel de la guardia, no sin recibir en el camino crueles heridas, producidas por los que no querían perderse el honor de clavar sus cuchillos en el cuerpo de un hombre que pocas horas antes no se hubieran atrevido a mirar a la cara.

Las noticias del motín de Aranjuez se extendieron por la capital en la noche del mismo día 19, y se hizo evidente que una tormenta estaba a punto de descargar sobre los parientes más cercanos de Godoy. Apenas cerró la noche, una furiosa turba invadió la casa de don Diego, hermano menor del favorito. El amplio espacio que hay en la unión de la calle de Alcalá con el Paseo del Prado, con el cual esta casa forma esquina, ofrecía sitio suficiente no sólo para los amotinados, sino para una multitud de curiosos, entre los cuales estaba yo. Después de romper las puertas de la casa y de encontrarla desierta, empezaron a tirar por las ventanas todo el rico mobiliario del interior. El mismo camino siguieron puertas y adornos de todo género, hasta que se formó una enorme pila de mesas, camas, armarios y pianos, a la que se prendió fuego, que de no ser por la falta de viento, se hubiera extendido a las casas del inocente vecindario. Cuando la plebe terminó de disfrutar de esta espléndida y riquísima hoguera, formó una procesión con antorchas encendidas, que sacaron de las numerosas cererías de Madrid, y se dirigieron a la casa del príncipe Franciforte, cuñado de Godoy.

Pero ya los alguaciles habían colocado una tabla en la puerta de esta casa, y también en la de Godoy, anunciando que las propiedades del favorito y de sus parientes próximos habían sido confiscadas por orden del nuevo rey. Esto bastó para apartar a los amotinados del objeto de su furia y, sin hacer más daño, se contentaron con pasar toda la noche por las calles portando antorchas encendidas y bebiendo a costa de los taberneros, cuyos despachos, como sucede con las tabernas inglesas, son el lugar de reunión de nuestras clases humildes. El tumulto no cesó al llegar la mañana. Numerosos grupos de hombres y mujeres se pasaron todo el día en la calle gritando: «¡Viva



La Plaza Mayor de Madrid el 24 de Agosto de 1808, día de la proclamación de Fernando VII.

el rey Fernando! ¡Muera Godoy!» Grupos de mujeres con cántaros de vino lograron sacar de sus cuarteles a toda la guarnición de Madrid, y por la tarde del mismo día se pudo contemplar una extraña procesión, en la que los soldados, mezclados con el pueblo, llevaban en sus fusiles los ramos de palma benditos que se colocan en las ventanas como protección contra el rayo. Sin embargo, en medio de todo este tumulto, nadie se atrevió a ofender o insultar a las muchas personas de las clases altas que se atrevieron a acercarse a la plebe. Una prueba evidente de la buena condición del pueblo madrileño fue su abstención de todo pillaje en la casa de Diego Godoy; todo, incluso los objetos de más valor, fue fielmente entregado a las llamas.

Mientras pasaba todo esto, Murat, a la cabeza de sus tropas, se encontraba muy cerca de Madrid. El plan de fuga de la familia real había sido frustrado por el motín de Aranjuez y por la inesperada accesión de Fernando al trono. Como tanto el nuevo rey como sus padres se apresuraron a pedir el apoyo francés con renovadas profesiones de amistad, Murat entró en la capital de España para seguir desde allí el curso más conveniente a las intenciones de su soberano. Yo vi personalmente la entrada de la división que iba a poner su cuartel general en Madrid. El resto del ejército se alojó en los alrededores, unos acampados a media milla de la capital y los demás en los pueblos cercanos. Los franceses entraron como amigos y no pueden decir que el pueblo les mostrara en tal ocasión el menor síntoma de hostilidad. Aunque los sentimientos dominantes eran de preocupación y expectación por el futuro, conozco varios casos de soldados franceses que fueron socorridos por el pueblo, y si Murat hubiera reconocido a Fernando VII, él y sus tropas hubieran sido agasajados y tratados como hermanos.

Muy pocos días llevaban las tropas francesas en Madrid, cuando Fernando salió de Aranjuez camino de la capital, donde ya Murat se había instalado en la magnífica mansión del príncipe de la Paz, situada a corta distancia del Palacio Real. Desde allí alentó las esperanzas del nuevo rey haciéndole creer en un inmediato reconocimiento de parte del emperador, pero excusándose al propio tiempo de no conocer oficialmente su llegada y presencia tanto él personalmente como sus tropas.

Sin más aparato que el entusiasmo popular de los madrileños entró Fernando a caballo por la puerta de Atocha, acompañado de un reducido grupo de la guardia. Yo estaba allí, muy cerca de la misma entrada, y pude verlo perfectamente cuando, rodeado por el pueblo, cabalgaba lentamente en dirección al hermoso Paseo del Prado. Nunca recibió monarca alguno tan sincera y cariñosa bienvenida de

parte de sus súbditos, y nunca pueblo alguno contempló cara más vacía e inexpresiva, aun entre las alargadas facciones de los Borbones españoles. A una presencia nada cautivadora se unía tal timidez o torpeza de expresión que, de no ser por el movimiento natural del cuerpo, hubiéramos podido pensar que estábamos malgastando nuestro homenaje ante una figura de cera.

Murat en el Prado

En cambio, como si fuera un contraste directamente buscado, Murat, elegantemente montado en su caballo y vestido de forma casi teatral, se presentaba delante de los madrileños en el Paseo del Prado los domingos por la mañana, acompañado de sus generales y ayudas de campo, no menos espléndidamente ataviados, para pasar revista a las selectas tropas de su ejército. Al principio un público muy numeroso acudía al Prado atraído por la magnificencia de esta parada militar, pero pronto el recelo y la desconfianza cedieron paso a las esperanzas que las diestras evasivas del príncipe francés habían sido capaces de mantener durante algún tiempo.

La primera explosión de indignación popular contra los franceses fue a consecuencia de su intervención en favor del príncipe de la Paz. El pueblo de Madrid tenía tantos deseos de ver ajusticiado a Godoy que, cuando se enteró que el hombre que todos los días esperaban ver colgado para alegría de sus ojos salía fuera del reino bajo escolta francesa, mostró su amargo resentimiento ante su frustrado desquite con comentarios agresivos dichos a viva voz por todos los barrios de la capital. Todavía hubiera podido Napoleón haberse ganado el afecto de los españoles con el reconocimiento del rey Fernando, esperado ya durante tanto tiempo. Incluso después de que Fernando fue conducido a Bayona por los medios indignos que todo el mundo conoce y el pueblo madrileño esperaba con ansiedad el resultado del viaje, yo fui también testigo de la alegría de una inmensa muchedumbre reunida en la Puerta del Sol cierto día a la caída de la tarde, cuando, sin duda con la intención de dispersarla, se propagó la noticia de que el correo que habíamos visto llegar traía el mensaje secreto del reconocimiento de Fernando por Napoleón y su deseo de adoptarlo casándolo con una princesa imperial. Pero la verdad no pudo seguir oculta mucho tiempo más, y al descubrirse el plan de usurpación a la mañana siguiente aparecieron las señales más claras de una inevitable catástrofe.



Con escasa reserva empezaron a discutirse en público los planes más violentos para acabar con la división francesa acuartelada en Madrid. Nada habla más claramente de nuestro desconocimiento del poder y eficacia de unas tropas regulares como los proyectos que circulaban por la capital para atacar a los soldados franceses, que seguían desfilando por el Prado los domingos por la mañana. Se pensó en distribuir entre los espectadores que se solían colocar detrás de la caballería, unas picas cortas dotadas en sus puntas de unas afiladas cuchillas en forma de media luna. A una señal convenida este grupo se lanzaría a desjarretar los caballos, en tanto que otros atacarían a la infantería con puñales. No sólo era inútil sino peligroso intentar poner objeciones a planes tan absurdos y visionarios o incluso aconsejar a sus promotores que tuvieran cuidado en no manifestar tan abiertamente sus intenciones hostiles, porque ya esto solo era suficiente para desbaratar la conspiración mejor tramada. La agitación popular fue creciendo rápidamente, y Murat, completamente al tanto de sus progresos no perdió tiempo en manifestar su intención de anticiparse a la resistencia.

Un domingo por la tarde, a finales del mes de abril, mientras me paseaba con un amigo por los amplios jardines del viejo Palacio Real del Buen Retiro -que, por estar cerca del Prado, es el sitio normal de recreo de los que no quieren caminar por un lugar tan frecuentado-, se oyó el redoble de los tambores militares en varios barrios de la ciudad llamando a los soldados a las armas. No sin temor nos dirigimos a la puerta interior de la ancha plaza por donde teníamos que salir del palacio. Las confusas voces de los hombres, los más audibles gritos de las mujeres y la vista de los regimientos franceses que, formados militarmente en la plaza, cargaban sus fusiles, nos hubiera puesto en el difícil dilema de aventurarnos a salir o permanecer en los solitarios jardines no sabemos cuánto tiempo, si un oficial francés, al que me dirigí, no nos hubiera asegurado que podíamos pasar con toda tranquilidad delante de la tropa. El Prado, que poco antes habíamos dejado abarrotado de gente, estaba ahora completamente desierto, con la única excepción de algunas patrullas de caballería que andaban en todas direcciones. Al acercarnos al centro de la ciudad nos enteramos de que la alarma había sido inesperada y general. Varios cuerpos de caballería francesa empezaron a dispersar a la gente y, en un despliegue de insolencia militar, los soldados habían dado algún que otro sablazo a los que no huían demasiado rápidamente delante de ellos. Todas las puertas de las casas estaban extrañamente cerradas como si fuera la hora más intempestiva de la noche y sólo se veían algunos dispersos grupos de hombres que



comentaban la reciente alarma, ya de pasada. Entre ellos vimos a uno que mostraba su sombrero partido en dos por el sablazo de un dragón. Nadie sabía ni adivinaba la causa del alboroto, pero yo estoy convencido que aquello fue una maniobra de Murat para intimidar al pueblo y para impedir reuniones masivas en los paseos públicos. Fue un preludio del 2 de mayo, día en que todos los españoles han lanzado sus más duras maldiciones sobre la cabeza que fue capaz de planear sus horrores y sobre el corazón que los pudo llevar a cabo hasta el final sin estremecerse.

El Dos de Mayo

El levantamiento del 2 de mayo no surgió a consecuencia de un plan preparado por los españoles, sino que, por el contrario, fue provocado por Murat, que para intimidar a todo el país ideó astutamente la manera de producir una explosión de violencia en la capital. Ese día el hermano y el hijo menor del rey Carlos, que hasta entonces habían permanecido en Madrid, tenían que salir para Bayona. La salida del país de los últimos miembros de la familia real en tales circunstancias no podía menos de impresionar fuertemente a un pueblo cuyos sentimientos habían sido cruelmente torturados durante los últimos meses. El Consejo de Regencia recomendó encarecidamente que la salida del infante fuera de noche, pero Murat insistió en que sería a las nueve de la mañana. Mucho antes de esta hora la espaciosa Plaza de Oriente estaba llena de gente del pueblo. Al aparecer los príncipes vestidos con ropas de viaje, hombres y mujeres rodearon los carruajes y, cortando los tirantes que los unían a los caballos se mostraron resueltos a impedir su marcha. Un edecán de Murat, que se presentó en aquel momento, fue instantáneamente agredido por la muchedumbre y hubiera caído allí mismo víctima de la furia popular de no ser por la ayuda que le prestó la fuerte guardia francesa que estaba estacionada cerca de la casa del general. La guardia formó inmediatamente y recibió la orden de hacer fuego sobre el pueblo.

Mi casa no estaba lejos del Palacio, en una calle que conduce a uno de los principales centros de comunicación con la parte mejor de la capital. La primera noticia del tumulto nos la trajo un tropel de gente que pasó gritando: «¡A las armas!» Aunque oí decir que los franceses estaban disparando sobre el pueblo, esta atrocidad me pareció tan enorme y tan impolítica que no paré hasta salir a asegurarme de la verdad. Apenas había llegado a la llamada Plazuela de



Santo Domingo, donde confluyen cuatro grandes calles, una de las cuales lleva a Palacio, cuando oí el redoble de un tambor francés en esa dirección y me paré junto con un buen número de gente formal y pacífica a los que la curiosidad había llevado al mismo lugar. Aunque vimos avanzar rápidamente sobre nosotros a un fuerte piquete de Infantería no podíamos imaginar que corriéramos peligro alguno. Con esta equivocada idea esperamos que se acercaran, hasta que al ver que los soldados hacían alto y preparaban las armas, nos dispersamos en un santiamén. Inmediatamente sonó una descarga de fusilería, y un hombre cayó a la entrada de la calle por donde yo y otros muchos íbamos corriendo. Este inesperado ataque, para el que no habíamos dado ningún motivo, nos hizo temer que podíamos caer víctimas de una matanza general, por lo que buscamos refugio en las callejuelas que se encontraban a ambos lados de nuestro camino. Yo corrí hasta mi casa y, tras cerrar la puerta de la calle, no encontré mejor solución, dado mi gran sobresalto, que dedicarme a hacer cartuchos para una escopeta que tenía. El fuego de fusilería continuaba oyéndose en varias direcciones. Poco después se oyeron también cercanos disparos de cañón, que aumentaron más nuestra alarma. Estas grandes piezas de ordenanza estaban situadas en un Parque de Artillería que el Gobierno español mantenía con gran negligencia y sin objeto definido en aquella parte de la ciudad. Murat había puesto a todas sus tropas sobre las armas y, al determinar los puntos que tenían que ocupar, no había olvidado este parque. Una fuerte columna francesa se aproximó a él por una calle que llevaba directamente a la puerta de entrada, en la que el coronel Daoíz, paisano y amigo mío, que era el oficial de mayor graduación en servicio, había colocado dos grandes piezas cargadas de metralla. Resuelto a morir antes que rendirse y acompañado en esta determinación por unos cuantos artilleros y algunos soldados de Infantería al mando de Velarde, otro patriótico oficial, causó tremendo estrago en la columna francesa, hasta que, dominados por el número, cayeron aquellos dos bravos defensores de su patria, el último muerto y el primero gravemente herido. El silencio de las armas nos hizo sospechar que las piezas de artillería habían caído por fin en poder de los asaltantes, y unos cuantos rezagados que pasaron por allí nos confirmaron esta suposición.

Mientras tanto, un hombre muy bien vestido había pasado por nuestra calle gritando a todos los vecinos que se dirigieran a un viejo depósito de armas, pero su invitación no tuvo éxito en esta parte de la capital. Realmente intentar armar a la gente en aquellos momentos era una verdadera locura. Poco después del comienzo del tumulto, dos o tres columnas de la Infantería francesa entraron en Madrid por



puertas diferentes y se apoderaron de la ciudad. La columna principal pasó por la calle Mayor, donde las casas de cuatro o cinco pisos facilitaban a los vecinos la mejor manera de descargar su venganza sobre los soldados franceses sin exponerse al peligro de sus armas. Los que tenían fusiles los disparaban desde las ventanas, y los demás arrojaban sobre los soldados tejas, ladrillos y muebles pesados. Pero los franceses consiguieron ocupar todos los lugares estratégicos de la capital y su artillería llenó de pánico a la alborotada multitud. Los soldados entraron a saco en algunas casas desde las que habían disparado contra ellos, y la caballería empezó a hacer prisioneros a los que no se habían puesto a salvo a su debido tiempo. Como el pueblo madrileño había dado buena cuenta de todo soldado francés que habían encontrado desarmado por las calles, la represalia hubiera sido espantosa si las autoridades españolas no hubieran obtenido un decreto de amnistía que leyeron en las partes más alborotadas de la ciudad.

Pero Murat pensó que su objetivo quedaría incompleto si no hacía un escarmiento ejemplar en cierto número de revoltosos de las clases bajas. Como la amnistía excluía a todos los que encontraran con armas, las patrullas de caballería que vigilaban las calles empezaron a registrar a todos los hombres que encontraban a su paso y, tomando como pretexto para su vil y cruel propósito las navajas que nuestros artesanos y trabajadores suelen llevar en el bolsillo, llevaron a cien de ellos a ser juzgados en un consejo de guerra o, en otras palabras, a ser asesinados a sangre fría. Esta terrible ejecución, tal vez el hecho más negro que ha manchado el nombre francés a lo largo de su campaña de conquistas, tuvo lugar a la caída de la tarde. Un supuesto tribunal de oficiales franceses, después de asegurarse que no había ninguna persona importante entre los condenados, ordenó que fueran sacados del Retiro, lugar de su breve prisión, y llevados al Prado para ser fusilados por los soldados.

Desconociendo el verdadero estado de la ciudad y creyendo que el tumulto había cesado, me aventuré a salir a primera hora de la tarde camino de la Puerta del Sol con el fin de saber lo que había ocurrido. Las callejuelas que conducían a aquel lugar estaban extrañamente desiertas, pero al llegar al comienzo de una de las grandes avenidas que llevan a aquel gran centro de reunión de Madrid oí mucho ruido y pude ver una avanzadilla de soldados franceses formados de dos en dos a través de la calle, en la que sólo dejaban libre un espacio de casi un tercio de su anchura. A cierta distancia detrás de ellos, en la plaza de forma irregular que lleva el nombre de Puerta del Sol, podía distinguir dos piezas de artillería y un fuerte



destacamento militar. Un despliegue menos hostil que éste hubiera sido más que suficiente para refrenar mi curiosidad de no haber sido que, dominado todavía por la idea de que a los franceses no les interesaba tratarnos como enemigos, seguía pensando, igual que algunos otros que estaban conmigo en el mismo sitio, que los vecinos pacíficos podíamos caminar tranquilamente por las calles de la ciudad. Así que avancé sin vacilar hasta llegar a unas cincuenta yardas de la avanzadilla. En ese momento resonó en la plaza el grito de «¡A las armas!», que fue repetido por los soldados que tenía delante de mí, en tanto que el oficial daba la orden de «¡Listos!» La gente salió corriendo calle arriba en la mayor consternación, pero el miedo me permitió calcular en un instante la distancia y el peligro en que me hallaba y me lancé con todas mis fuerzas hacia el espacio que dejaban libre los soldados, por donde me metí en un estrecho callejón que rodea la iglesia de San Luis, librándome así en pocos segundos de la amenaza de los fusiles franceses. Sin embargo, no llegué a escuchar ninguna descarga, por lo que deduje que lo único que había pretendido aquella alarma era despejar las calles al acercarse la noche.

El horror de los madrileños al enterarse de tan tristes noticias a la mañana siguiente hubiera bastado para que los franceses consiguieran lo que pretendían sin necesidad de ulteriores esfuerzos. Los cuerpos de las víctimas que se veían por diferentes lugares, los heridos con que nos tropezábamos por las calles, el visible dolor de los que habían perdido a algún familiar, y el rumor de que todavía había muchos presos esperando su triste suerte en el Retiro, todo esto aumentó tanto y tan dolorosamente los temores del pueblo que las calles estaban totalmente desiertas mucho antes de llegar la noche. Las puertas de las casas permanecían cerradas y un lúgubre silencio reinaba por todas las calles por donde pasaba. Dominado por las más tristes ideas me acercaba a mi casa por un lugar llamado Postigo de San Martín, cuando vi a cuatro soldados españoles que conducían a un hombre sobre una escalera, cuyos extremos apoyaban en sus hombros. Al pasar junto a mí, la escalera se inclinó hacia adelante y pude reconocer los rasgos lívidos de mi paisano y amigo Daoíz, ya próximo a la muerte. Había estado desangrándose desde las diez de la mañana en el mismo sitio en que cayó herido. Cuando me encontré con él no había perdido completamente el conocimiento. Nunca se me olvidará el débil movimiento de su cuerpo ni sus gemidos cuando la desigualdad del piso de la calle hacía que aumentaran sus dolores.

Mis pobres cualidades de escritor se ven totalmente superadas por las impresiones de una noche pasada bajo tales circunstancias.

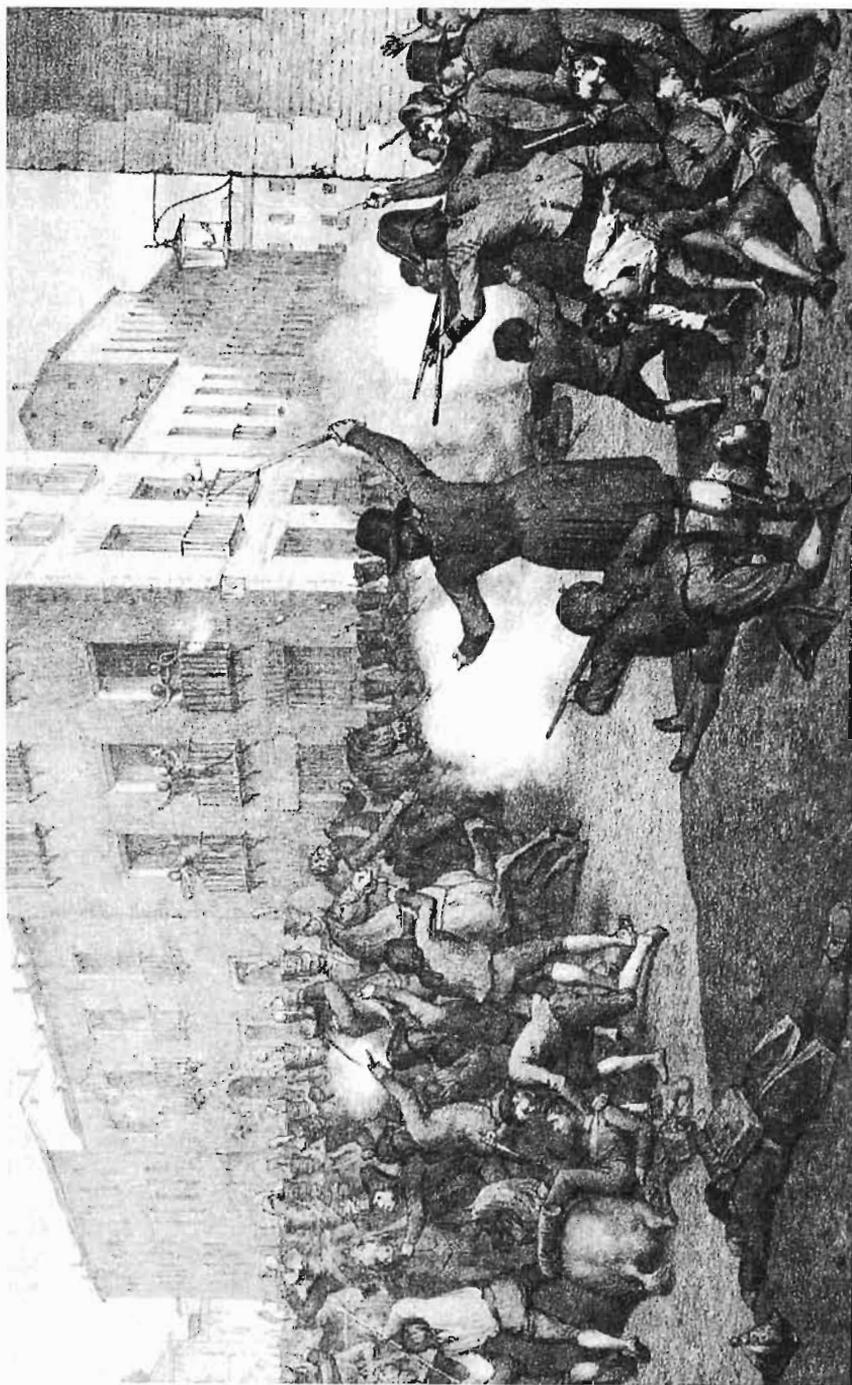


Estos acontecimientos de inaudita crueldad y traición, que exceden los límites de lo imaginable, provocaron en nosotros incontenibles sentimientos de temor que no podían ser refrenados por la serenidad del espíritu. El absoluto silencio que reinaba por las calles desde las primeras horas de la noche, sólo roto por los cascos de los caballos que de vez en cuando pasaban en gran número, llenaba de profunda tristeza a una populosa ciudad siempre animada por un continuo bullicio. Por las mañanas echábamos de menos los típicos pregones de Madrid, los más sonoros y variados de España, y ninguna puerta se abría antes de las diez. La gente no salía de sus casas como no fuera obligados por la necesidad más imperiosa.

Tres días después de la carnicería, una esquila de un amigo íntimo me hizo atravesar casi toda la ciudad; pero, aunque tuve que caminar por las calles principales, el número de madrileños con que me encontré no pasó de seis, hablando al pie de la letra. En todas las calles y plazas de alguna importancia había fuertes retenes de infantería francesa. Los soldados estaban echados en el suelo con las armas al lado, a excepción del centinela, que se paseaba de un lado a otro a corta distancia de sus compañeros. Cierta orgullo mortificado se unía al sentimiento de inseguridad que experimentaba cada vez que me acercaba a estos grupos de soldados extranjeros, que habían convertido Madrid en un desierto. Cuando tenía que pasar junto a ellos, me iba al otro lado de la calle sin levantar la vista del suelo. Una vez se me ocurrió mirar a un suboficial -creo que era sargento- que llevaba la cruz de la Legión de Honor, y el francés interpretándolo como un insulto, me llenó de improperios y amenazas en el lenguaje más grosero. La Puerta del Sol, el salón favorito del pueblo madrileño, era ahora el vivac de una división francesa de Caballería e Infantería y habían colocado dos cañones de doce libras apuntando en la dirección de las calles principales que desembocan en la plaza. Todas las tiendas estaban cerradas, y no se oían otras voces que aquellas que herían los oídos con su acento extranjero.

Traducción de Antonio Garnica





El dos de Mayo de 1808 en Madrid.

2. Charles Bouffleur (1812)

Existen numerosos relatos de la liberación de Madrid, en agosto de 1812, por las tropas de Wellington, algunos escritos por los propios protagonistas, esos curiosos «viajeros» que eran los soldados ingleses. El propio Lord Arthur Wellesley, entonces conde y más tarde duque de Wellington, declaró por carta al conde de Bathurst la imposibilidad de describir «el júbilo que los habitantes de Madrid manifestaron a nuestra llegada»¹. (Años después, con su habitual causticidad, diría al historiador Stanhope que «sin las Cortes y sin los grandes de España, Madrid no sería nada. Quedaría reducida a una aldea lúgubre con el peor clima del mundo»².)

Más interesante y emotivo nos parece el testimonio del soldado británico John Green, perteneciente al primer regimiento que llegó a la ciudad, que cuenta con gran viveza sus recuerdos de aquella entrada triunfal: «Por fin llegamos a las puertas; el pueblo había invadido las calles, y los balcones estaban llenos de señoras; las terrazas y los tejados estaban igualmente atestados de gente. Avanzamos por las calles entre estentóreos y entusiastas gritos de «¡Vivan los ingleses!» En la iglesia se habían echado a vuelo las campanas; las mujeres agitaban sus pañuelos desde los balcones y todo respiraba la alegría con que se acogía a los liberadores; en algunos casos los españoles abrazaban a los soldados.»³

Fueron varios días de alegría y celebraciones, de corridas, bailes y banquetes, de luminarias y fuegos de artificio con los que el pueblo madrileño se resarcía de cuatro años de padecimiento bajo el yugo francés, y sobre todo del último, el terrible «año del hambre» que tantos estragos había causado entre la población civil. Quizá el mejor relato de aquellos días nos lo ofrece sintéticamente Charles Bouffleur, oficial médico del Segundo Regimiento de Somerset, de cuyo diario de campaña reproducimos dos páginas vibrantes.

El 12 [de agosto] vivaqueamos a unas tres leguas de Madrid, y ese mismo día Lord W., junto con el cuartel general, entró en la capital. Casi la totalidad de la población salió a recibirlo, viejos y jóvenes, ricos y pobres; nuestra entrada en la ciudad se realizó con dificultad; tan excesiva era la alegría del pueblo. En el amanecer del día 13 nuestra división emprendió el camino de Madrid y vivaqueó en un bosque que se halla a un kilómetro y medio de la ciudad, junto a la residencia de verano del rey. Llegué a la ciudad hacia las ocho, hora en que la concurrencia de gente era inmensa. Los últimos tres kilómetros de acceso a Madrid resultaron muy agradables, y la propia ciudad es la más hermosa que jamás viera; hay un número ingente de palacios y de otras casas señoriales, y las casas son amplias y bien construidas, de modo que sobrepasa lo que cualquiera podía esperar. El día 13 por la tarde fue proclamada la Constitución redactada por las Cortes. Fue un espectáculo impresionante: las casas ante las que pasaba la procesión estaban engalanadas con sedas de varios colores, las ventanas llenas de mujeres de extraordinaria belleza, y todo parecía reflejar la alegría más espontánea. Por fin se proclamó la Constitución entre las aclamaciones de miles de personas que volvían a respirar el aire de la libertad después de haber soportado durante cuatro años las mortificantes cadenas de la más odiosa esclavitud. Los regocijos duraron tres días, y durante el mismo número de noches la ciudad apareció maravillosamente iluminada. En medio de toda esa alegría se llevaban a cabo con energía los preparativos de las operaciones que debíamos desarrollar contra el Retiro. El día 13 por la noche asaltamos y tomamos las fortificaciones exteriores, y la mañana siguiente, a las diez, se escogió de la Tercera División un número de tropas que se estimó suficiente para atacar el resto de las fortificaciones. En el momento en que se disponían a marchar hacia su objetivo, en el fuerte izaron una bandera de tregua; el resultado de la conferencia, que duró bastante tiempo, fue la rendición del fuerte y de todo lo que contenía al ejército aliado. Fue tan grande la sorpresa suscitada por ese acontecimiento imprevisto, que resultó difícil que le prestaran fe. A las cuatro de la tarde la guarnición salió con los honores de guerra; eran unos dos mil, casi todos en estado de embriaguez, y sus gestos y lenguaje eran muy violentos: gritaban que los habían vendido y que todos sus oficiales debían creer que el gobernador se había rendido ante la *Auri sacra fames*, aunque en nuestro cuartel general tal opinión se investiga asiduamente. De cualquier modo, se puede inferir sin temor a equivocarse que ese caballero no faltará nunca a su palabra. En el fuerte encontramos 190 piezas de artillería, 20.000



mosquetes, municiones en la misma proporción, y un inmenso surtido de cartuchos de todas clases.

El día 18 nuestra división se puso en camino y vivaqueó en los mismos terrenos que ocupó el día 12. El 19 llegó a El Escorial, donde todavía nos encontramos. Personalmente, no salí de Madrid hasta el 19, y llegué aquí al mismo tiempo que la división. Debo confesar que nunca abandoné un sitio con mayor pesar, dado que pasé en Madrid una semana encantadora. Al llegar tuve la singular fortuna de ser presentado a una familia de alto rango y de un talante de lo más afable, que me dispensó unas atenciones y amabilidades que no olvidaré; el padre es un anciano general que bajo Carlos IV ejerció el cargo de ministro de la Guerra, y que también es consejero privado del Imperio. Las dos grandes molestias que padecimos en Madrid fueron el calor (con mucho el mayor que he experimentado en mi vida) y la dureza del pavimento, una particularidad tan pronunciada que todos, en general, se quejaban de llagas en los pies. Lo que más impresiona al extranjero en la ciudad de Madrid es la elegancia de las mujeres, la belleza de su atuendo y la gracia inimitable de su modo de andar.

Traducción de Montserrat Serra Ramoneda

NOTAS

- ¹*The Despatches of Field Marshal the Duke of Wellington*, compiled by Lieut. Col. Gurwood, Londres, 1834-39.
- ²Philip Stanhope: *Notes of Conversations with the Duke of Wellington*, Londres, 1833.
- ³John Green: *The Vicissitudes of a Soldier's Life from 1796 to 1815*, Londres, 1827.





3. Charles D'hautefort (1814)

Frente a la alegría del Madrid liberado por el victorioso ejército de Wellington, Charles d'Hautefort representa la otra cara de la moneda de la Guerra de la Independencia, es decir, la de la derrota francesa en España, que precipitó la caída del Imperio napoleónico. Este funcionario francés, auditor del Consejo de Estado, fue durante tres años intendente del cuerpo de ejército que había ocupado Aragón y Cataluña comandado por el mariscal Suchet, duque de Albufera. En 1814, tras la Restauración, acudió a París para presentar su sumisión al nuevo Gobierno, pero como tantos otros colegas suyos se encontró con que contra él pesaban graves acusaciones por sus leales servicios al régimen anterior. Picado en lo más vivo de su celo funcional, Hautefort decidió volver inmediatamente a Zaragoza para reclamar a las nuevas autoridades españolas un juicio público de su conducta política y administrativa durante su misión.

El viaje no fue nada fácil, pues las rutas del sur de Francia estaban cortadas por las tropas aliadas y Hautefort debió dar un gran rodeo por Londres, Lisboa y Madrid. Ello le permitió conocer estas ciudades y, agradablemente impresionado, olvidar momentáneamente sus problemas para escribir un curioso libro, que tituló Coup d'oeil sur Lisbonne et Madrid en 1814, en el que complementa sus notas de viaje con unas reflexiones sobre la Constitución de las Cortes de Cádiz, y para mayor variedad, una «notice sur l'état moderne des Sciences mathematiques et physiques en Espagne».

De las páginas de Hautefort dedicadas al Madrid de 1814, sin apenas referencias a la guerra y a la ocupación francesa, se desprende una impresión de normalidad, como si la ciudad, tras un lustro de sobresaltos y sinsabores, hubiera recuperado ya su ritmo habitual de actividad. Un ritmo que en algunos lugares, como el paseo del Prado,



le parece casi excesivo a este calmoso funcionario, pues «fatiga demasiado los sentidos y la vista».

Una vez pasado Móstoles, que está a tres leguas de esta capital, el terreno se extiende ante los ojos como una vasta llanura, sin ningún objeto intermedio: entonces empieza a divisarse la ciudad de Madrid, alzándose en medio de los campos incultos sobre los que está construida, como se descubre un inmenso navío detenido por la calma sobre la superficie uniforme del océano.

El suelo de los alrededores de Madrid está compuesto por colinas de yeso y arcilla, cubiertas de cantos de granito, que siguen la cadena de montañas de la frontera de Castilla; estos cantos llaman la atención por la venturina que a menudo se encuentra en ellos.

El aire que ocupa la capital de España es de una prodigiosa elevación; está situado a seiscientos ocho metros sobre el nivel del mar, lo que hace que el aire sea muy vivo, y que en verano haga un calor abrasador y en invierno un frío glacial.

Un río, o más bien un arroyo, el Manzanares, más célebre por los loores que le han dedicado los vástagos de las Musas castellanas que por el caudal de sus aguas, fluye de norte a sur; al oeste de Madrid, y baña las murallas de esta ciudad. Crucé este río por el puente de Segovia, realizado conforme al diseño de Juan de Herrera durante el reinado de Felipe II. Está compuesto por nueve arcos, y tanto en su forma como en su desarrollo tiene toda la belleza característica de las obras de este arquitecto. Este puente está construido con grandes hileras de piedra *berroqueña*, el granito del país, al igual que una bella calzada que se hizo expresamente para nivelar el terreno, y que se extiende desde el puente hasta la puerta que da entrada a la ciudad.

A medida que penetraba en Madrid, el aspecto de esta capital me parecía el de una ciudad italiana. La manera en que están construidas las casas, la anchura y limpieza de las calles, las fachadas de las iglesias, todo contribuía a establecer este paralelismo en mi imaginación. [...]

El dueño de la Fontana de Oro regentaba también un restaurante. Cené en él regularmente durante todo el tiempo que estuve en Madrid, y la verdad es que comía casi tan bien como se come en nuestros restaurantes de segunda clase. Sin embargo, los precios son un poco más altos que entre nosotros, salvo los de los vinos, que además de ser baratos, son infinitamente preferibles a esas bebidas adulteradas y artificiales que se venden aquí cada día como producciones de nuestros viñedos más alabados.

En la planta baja de la Fontana de Oro hay un café muy espacioso, pero que, al igual que los demás cafés de Madrid, no tiene nada en común con la riqueza y elegancia de estos establecimientos en París. En cambio, todo lo que en ellos se sirve a los parroquianos es de excelente calidad, especialmente los helados, que me parecieron tan buenos como los que se toman en Italia, y poco más o menos del mismo precio. El consumo de helados es muy frecuente en España, incluso entre la clase media del pueblo, que va a refrescarse a las *botillerías* por la tarde, al ir o al volver del paseo.

La hostería de la Fontana de Oro añade a estas ventajas la de estar situada junto a la famosa Puerta del Sol, que sirve de punto de reunión a todos los habitantes y de lugar de cita general a todos los negociantes. Cinco de las calles más hermosas de Madrid, las de la Montera, Carretas, Alcalá, la calle Mayor y la carrera de San Jerónimo, desembocan en la Puerta del Sol. Todo alrededor se ven casas bien construidas, entre ellas la Casa de Correos. Es un gran edificio que fue acabado en 1768. Tiene un patio espacioso, rodeado de un pórtico sostenido por columnas. Una bella escalinata conduce a la entrada de este edificio, cuyo suelo está bastante elevado sobre la calle. Una fuente de forma circular contribuye al embellecimiento de la Puerta del Sol, y facilita a los aguadores el despacho de agua, que se vende en Madrid como en París, con la diferencia de que los *aguadores* de la capital de España utilizan un barril que llevan a la espalda, y que tiene casi el triple de cabida que el cubo de nuestros auverneses.

Frente a la fuente se yergue la iglesia del Buen Suceso. La arquitectura es regular, y dentro se pueden ver muy buenos cuadros y esculturas.

Lo mismo ocurre con las demás iglesias de Madrid. Todas sin excepción albergan alguna obra maestra, ya sea de escuelas extranjeras o de la escuela española. [...]

Recorriendo la ciudad de Madrid vi pocos edificios públicos y casas particulares que mereciesen un examen detenido; pero no puedo pasar en silencio la Aduana, el Ayuntamiento y el palacio de Consejos.

Especialmente este último es una construcción majestuosa de una perfecta regularidad. Recuerda, a mi juicio, a uno de esos soberbios edificios que Palladio dejó como modelos a sus raros imitadores. Otro edificio que merece ser destacado es la cárcel de la Corte. Sin las rejas y los barrotes que guarnecen las ventanas cabría dudar, por el aspecto de la fábrica, de si está destinada a encerrar a esos desdichados que la voz de la acusación señala a la venganza de Temis. [...]

Madrid tiene hermosas plazas; las dos mayores son la del Palacio y la *Plaza Mayor*. Esta última tiene forma rectangular, y el recinto está formado por edificios de cinco pisos, bajo los que se abren amplias arcadas. Dicen que en estas casas viven más de cuatro mil personas. Esta plaza es la más frecuentada de la ciudad; en ella se venden toda clase de comestibles y mercancías. Está destinada a las fiestas públicas, que, según me han asegurado, producen un efecto maravilloso.

Las calles, aunque en su mayor parte anchas y bien trazadas, están pavimentadas con guijas puntiaguadas que hacen sufrir bastante a los que no están acostumbrados a ellas. Es verdad que a lo largo de las casas han colocado grandes piedras planas a modo de acera, pero aparte de que la anchura de estas piedras sólo permite el paso de una persona a la vez, su superficie lisa como el cristal las hace sumamente resbaladizas para los peatones. Yo mismo pude comprobarlo varias veces en mi propia carne; y, cosa bastante curiosa, fue siempre un eclesiástico quien me ayudó a levantarme.

Un placer, o más bien una verdadera necesidad, que se echa en falta en el recinto de Madrid, son las plantaciones de árboles que, al igual que nuestros bulevares, permitirían pascos saludables sin que uno se viera obligado a ir a darlos fuera de la ciudad, como en los paseos de los Altos, de Chamberí, los de la Florida y los de las Delicias. En estos diversos lugares, frondosas alamedas de árboles y bancos de piedra adecuadamente dispuestos ofrecen a los aficionados la alternativa del reposo y el ejercicio. Pero su lejanía hace que cueste demasiado una satisfacción que en un país cálido agrada encontrar más a mano.

Es verdad que el Prado, ese paseo tan justamente alabado, está dentro de la ciudad; pero fatiga demasiado los sentidos y la vista por la multiplicidad de escenas ruidosas de las que es teatro, y por la cantidad de accesorios que interrumpen esa dulce y melancólica uniformidad que le placería encontrar bajo una sombra apacible al cuerpo agobiado por los ardores de la canícula.

Estas reflexiones, que hacía al ver la inmensa multitud que se congrega todos los días en el Prado cuando el sol empieza a ponerse sobre el horizonte, no impiden que este paseo, por la disposición de las alamedas que lo flanquean en toda su extensión y por las estatuas y las fuentes que lo embellecen, sea indiscutiblemente uno de los más hermosos de Europa.

Traducción del compilador



4. Clerjon de Champagni (1823)

En abril de 1823 entraron en España los Cien Mil Hijos de San Luis (que en realidad eran más de 130.000), el ejército enviado por Francia para librar a Fernando VII de la tutela de las Cortes y los gabinetes liberales. Con él venía el soldado Clerjon de Champagni, un joven diletante, de inclinaciones más artísticas que belicosas, que años después publicaría sus recuerdos de aquella expedición bajo el título Album d'un soldat pendant la campagne d'Espagne en 1823.

No hay que buscar, en este librito tan francés, la crónica de unos hechos de armas: lo único que pretende Champagni -según declara en el prólogo- es dar a conocer una colección de trajes españoles típicos. En efecto, el texto de la obra, caprichoso y desigual como el propio itinerario del viaje que relata, siguiendo las vicisitudes, los golpes y contragolpes de la campaña del duque de Angulema contra el desmoralizado ejército español, no parece sino un pretexto para acompañar las excelentes litografías que en ella se muestran. Sin embargo, algunos pasajes no carecen de interés, y entre ellos destacan los dedicados a Madrid y Aranjuez.

¡La una y media! ¡Tiempo sereno! Estos gritos proferidos por una voz sepulcral y a la vez gangosa, me despertaron la primera noche que pasé en la capital. Curioso por conocer al amable personaje que me ponía al corriente de la hora y del tiempo, corrí a la ventana y descubrí, gracias a un hermoso claro de luna, a uno de esos pájaros nocturnos conocidos en España con el nombre de *serenos*, debido a la serenidad del cielo que anuncian habitualmente a los pacíficos ciudadanos cuyo descanso perturban. Me dieron ganas de tratarle como merecen que se les trate esos bromistas que vienen a despertarnos

para preguntaros la hora, pero pensé que en un país donde no hay otra policía, estos alborotadores quizá sirvan para algo.

Harapos cubiertos de una dalmática negra salpicada de lágrimas blancas, una campanilla y una alabarda, tales son el uniforme y el equipo del *sereno*.

Estuve suficiente tiempo en Madrid para poder ver todas las curiosidades que encierra esta ciudad. Podría hablar del Prado, del Retiro, del Palacio del Rey, rodeado de chozas y montones de estiércol; del lecho del Manzanares, aunque no de sus olas; del Museo, donde *respiran* tantos bellos retratos de Velázquez y hay tantas obras maestras de Murillo; de las asombrosas columnas de granito del palacio de Godoy, y sobre todo de la preciosa *Armería*, donde pasé revista a todas las armaduras de Carlos V, desde la que soportaron sus delicados miembros a una temprana edad hasta su hábito monacal, un casco que perteneció a César y un sinfín de armas y utensilios de guerra de todas las épocas y naciones. Todas estas rarezas se encuentran en una sola galería, colocadas en un orden admirable; pasé allí un día entero y no pude verlo todo. Hay en Madrid un jardín botánico poco notable; sólo vi una planta extraordinaria: un rosal con una flor del más hermoso color negro.

La biblioteca real no es muy rica; algunas colecciones incompletas de objetos de historia natural ocupan los anaqueles destinados a recibir estos alimentos espirituales proscritos por la Santa Inquisición. En cambio se encuentran batintines chinos, osamentas de animales antediluvianos y todos los diferentes matices de mezclas de sangre, desde los cafres hasta la decimoctava generación, cruzando las razas por cada sexo con blancos, mestizos, etcétera. Estas pinturas, como todas las modernas, no alcanzan siquiera la mediocridad. Si España tiene hombres de genio o talento, de la clase que sea, no se atreven aún a mostrarse. Sin embargo se fomenta el mérito: hay hábiles toreros.

Aranjuez

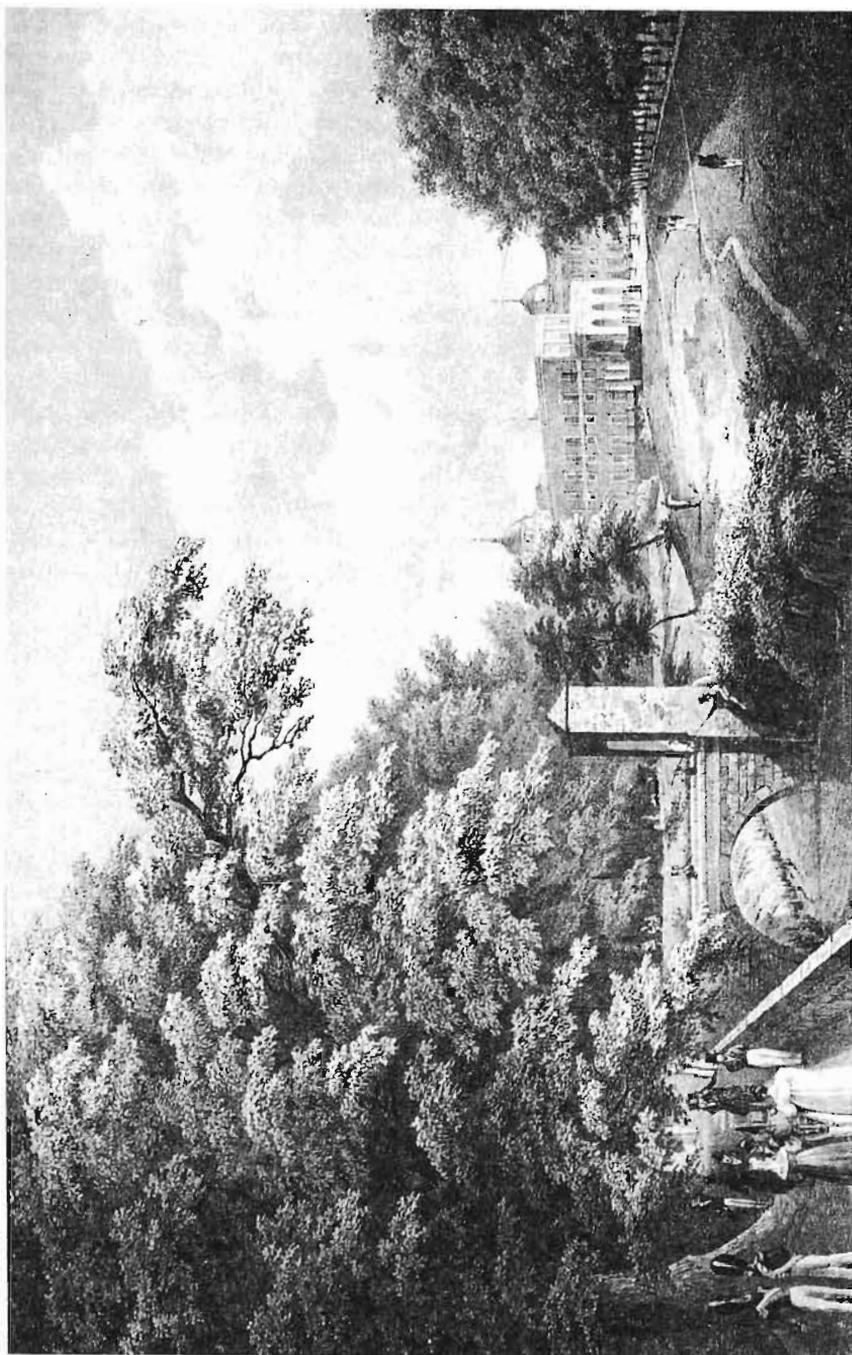
Real sitio donde el Tajo, precipitándose en una amplia catarata, adorna un jardín delicioso. Hay en este palacio varias cosas notables, entre ellas un gabinete donde todo, hasta las fallebas de las ventanas, es de porcelana procedente de una fábrica que la envidiosa política de los ingleses ha destruido; también hermosas estatuas y una colección de las más bellas obras de Murillo. Hay una sala de espera tapi-

zada exclusivamente con figuras de mendigos de este maestro, lo que le da un aspecto chocante de tristeza y pobreza.

La *Casa del labrador* es un lugar de delicias. Construida por Carlos III, esta casita, en medio de un parque inmenso, es una especie de *Bagatelle*. Quedan hermosos restos de magnificencia en esta joyita; he visto allí con placer las cuatro estaciones pintadas por nuestro Girodet, que destacan cruelmente de las pinturas vecinas, aunque algunas no carecen de mérito, sobre todo los frescos de López.

La remonta de Aranjuez, aunque en mejor estado que la mayoría de las que tenemos en Francia, lo que no es mucho decir, no se puede comparar, según dicen, con lo que era antes de las últimas guerras que han desgarrado España desde hace veinte años. Se criaban aquí sobre todo unos caballos conocidos con la denominación de *hacas de la reina*, muy notables por su flexibilidad, la delicadeza de sus miembros, la belleza de sus formas y la singularidad de su pelaje, que no ha variado en numerosas generaciones; es un color isabelino oscuro, o bayo dorado muy claro.

Traducción del compilador



El Palacio de Aranjuez visto desde el jardín de la Isla. Bambrilla. Colección de vistas de los Sitios Reales.

5. Adolphe Blanqui (1825)

Jérôme-Adolphe Blanqui (1798-1854) era hermano de Louis-Auguste Blanqui, el célebre carbonario francés recordado como uno de los cabecillas de la revolución de 1848. Frente a las ideas incendiarias de su hermano, Adolphe, economista e historiador, mostró en sus escritos un talante más comedido y liberal; sin embargo, compartía con él su anticlericalismo visceral y el mismo odio por la monarquía absolutista.

Por eso, cuando vino a España en 1825 no pretendía escribir un simple relato de viaje, sino denunciar «el resultado de instituciones socavadas por el tiempo y restablecidas momentáneamente por la violencia», es decir, por la expedición del duque de Angulema, que acabó con el Trienio Constitucional. Estas anteojeras políticas limitan la visión de Blanqui a los peores aspectos de la España más negra que quepa imaginar, que en su Voyage à Madrid (août et septembre 1825) aparece casi exclusivamente poblada por frailes, alguaciles, bandoleros, mendigos y energúmenos. Como muestra del tono y el contenido del libro podemos señalar algunos títulos de sus capítulos: «La delación ordenada bajo pena de pecado mortal». «Seis mil olivos arrancados por los monjes», «Bandidaje en la aduana», «Miseria espantosa». «Prohibición de silbar en el teatro bajo pena de galeras», etc.

Naturalmente, en la capital se concentran e intensifican el oscurantismo religioso y la tiranía policial que a los ojos de este autor caracterizan al país, hasta el punto de que el Madrid de Blanqui, con sus tintes fantásticamente siniestros, recuerda a veces al de algunas novelas góticas, como El Monje de Matthew Lewis. Para no abrumar al lector, sólo hemos seleccionado unas páginas sobre la llegada y la primera noche del viajero en tan lóbrego lugar.



Así se llega a los alrededores de la capital, tan tristes como los demás puntos de la llanura de Castilla. Algunos olivos desmedrados y el viñedo de Fuencarral constituyen la única decoración del paisaje, bordeado en el horizonte por las agujas de los campanarios de Madrid. Este conjunto de alminares le dan un aire de ciudad oriental. Veremos que, en otros aspectos, la comparación será más justa y patente. Ahora pido permiso para entrar en un sinfín de detalles puramente personales: son indispensables para juzgar cabalmente el régimen que pesa sobre España, y la cantidad de aire que se puede respirar bajo una administración monacal.

Al llegar a la barrera de Fuencarral, el delegado de la policía nos pidió los pasaportes, que ya habían sido inspeccionados más de veinte veces en sesenta horas. El mío estaba perfectamente en regla; llevaba el visado de todos los comisarios instalados a trechos en el camino de Bayona a Madrid, y las palabras *para viajar por España y Portugal* aparecían en él escritas con todas las letras. Cuál no sería mi sorpresa cuando el delegado de la puerta me anunció que no podría entrar en Madrid, dado que mi documento no indicaba como destino esta capital. «Cómo, señor», le dije, «¿es que Madrid no está acaso en España?» «La cosa no tiene remedio», respondía a todas mis preguntas. Durante este coloquio el coche había pasado la barrera, y yo me quedé en el cuerpo de guardia sin ropa, sin efectos, sin la menor indicación que pudiera sacarme de aquel aprieto. Dos dragones se encargaban de vigilarme. Tras una hora de espera se me ocurrió preguntar qué harían conmigo: el empleado, hombre afable y honrado, no se atrevió a responder. Más tarde, cuando su superior se ausentó unos minutos, me enteré de que el único recurso que me quedaba era enviar un recadero con mi pasaporte a la comisaría de la policía general, para conseguir el permiso de entrar. Un dragón que se ofreció a hacer de recadero fue vivamente increpado por el delegado, y mis documentos no pudieron expedirse a Madrid hasta el mediodía; estaba bajo vigilancia desde las ocho de la mañana. Mi enviado volvió a la una, pretextando que le habían echado de las oficinas de la policía, y exigió una nueva retribución para volver a ponerse en camino.

Durante estas largas horas de espera examiné con atención la fisonomía ruin, innoble y estúpida del delegado, que se daba, en la especie de portería que llamaba su despacho, toda la importancia de un prefecto de policía. Los campesinos, los hortelanos, los viajeros a pie o a caballo no podían entrar en la ciudad sin presentarle un permiso, un pasaporte o un salvoconducto. La mayoría de ellos padecía incluso un auténtico interrogatorio, aunque sus documentos estuviesen totalmente en regla.

Finalmente, a las tres de la tarde, volvió mi enviado con un permiso de residencia de veinticuatro horas de validez, con orden de presentarme en este plazo en la comisaría de policía de mi barrio. Lo primero que me llamó la atención al entrar en la ciudad fue la increíble variedad de hábitos de frailes y religiosos de toda clase que pululaban por las calles. Unos, destocados, iban enteramente vestidos de casimir blanco; otros, vestidos de negro, no llevaban calcetines ni sandalias. Algunos, de aspecto repelente, llevaban la cabeza afeitada dos dedos por encima de las orejas; los escasos cabellos que les quedaban formaban una especie de corona monacal, cuya fealdad no puede describirse. Varios de éstos, cargados con alforjas, recorrían los diferentes barrios para pedir limosna y reunir, a expensas del público, las provisiones del día. A medida que avanzaba hacia el centro de la ciudad, este espectáculo producía en mi espíritu una impresión de tristeza y asco que jamás había sentido.

La ciudad, cuya extensión apenas llega a un cuarto de la de París, es sumamente limpia. Todas las calles, incluso las más estrechas, tienen aceras de losas, del tipo de las que se han instalado recientemente en París, en la rue des Coquilles. Las tiendas, escasas y sombrías, no ofrecen ni con mucho el aspecto de riqueza y elegancia de los almacenes de París, ni siquiera de los de Lyon o Burdeos; están repletas de mercancías de contrabando, debido al estado de abandono de las principales manufacturas del reino.

Me alojé cerca de la famosa *Puerta del Sol*, lugar de cita habitual de los ociosos de Madrid. A cualquier hora del día, pero sobre todo cuando se pone el sol, esta plaza, adornada con una fuente abundante, está llena de una muchedumbre de militares, curas y desocupados, que permanecen de pie envueltos en sus capas, inmóviles como estatuas. Esta multitud llega a ser tan numerosa a la caída del día que la circulación de vehículos se interrumpe. En todas las épocas de las turbulencias que han agitado España, esta plaza ha sido el teatro de los movimientos populares: es larga y estrecha, y a mi juicio merecería mucho más el nombre de encrucijada.

Las casas están defendidas, más que cerradas, por puertas de un grosor extraordinario. Su espesor no es menor en las de los pisos, y el forastero, al verlas, se asombra de que estos domicilios que tan a menudo y con tanta impunidad se violan estén fortificados como ciudadelas. Yo me creía tranquilo en el mío, e iba a reposarme de las fatigas del viaje cuando el hostelero vino a pedirme mi permiso de residencia, firmado por el comisario del barrio. No había entrado en Madrid hasta las cuatro de la tarde, y eran las nueve de la noche. ¿A quién dirigirse a esa hora, en una ciudad desconocida, para pedir

ayuda y conseguir entrar en la casa de un comisario de policía? Sin embargo, el hostelero se negaba a dejarme dormir en el hotel sin autorización, por miedo a tener que pagar la multa; y ya me veía expuesto a quedarme sin techo durante la noche, tras haber pasado todo el día retenido en la barrera. ¡Feliz estancia!, pensaba, ¡felices monarquías absolutas! ¡Qué propicias son vuestras dulzuras para encantar al viajero!

Finalmente, el hostelero tuvo a bien aceptar que mi permiso podía durar veinticuatro horas, y obtuve licencia para acostarme. ¡Pero qué sueño, aparte del de la muerte, puede resistir los ataques de los únicos seres inviolables que hay en España! Tuve que dejarles señores del campo y buscar refugio en el balcón. Desde allí, envuelto en mi capa, vi pasar por primera vez una procesión nocturna de un tipo completamente desconocido en Francia. Se componía de cuatro pertigueros con farolas y un estandarte de Nuestra Señora del Rosario, llevado por un sacristán. Les acompañaban algunos chantres, que cantaban a voz en cuello, al son de un serpentón, las letanías de la Santísima Virgen. Todo el mundo se apartaba al acercarse el cortejo, en el que no se veía ningún cura, sino mayordomos de parroquia y monaguillos. Los cánticos se interrumpían a intervalos para dejar oír los gritos repetidos de «¡Por Nuestra Señora Santísima del Carmen!», tras los cuales dos postulantes tendían la bolsa a todos los transeúntes, y entraban en las tiendas para recoger o provocar las limosnas. Esta procesión se pone en marcha regularmente todas las noches a la misma hora, con las mismas ceremonias; atraviesa la *Puerta del Sol*, donde la multitud se descubre a su paso, y vuelve a la iglesia para hacer su colecta habitual. Es un impuesto más en beneficio del clero.

El toque de retreta de la tropa suena inmediatamente después del de los curas. Ya sea por costumbre o por fanfarronería, esta retreta es tan ruidosa que puede oírse desde todos los puntos de Madrid. Sesenta tambores se reúnen con sus pífanos en la *Puerta del Sol*, ante el edificio de Correos, escoltados por un piquete de infantería, y se dividen en dos destacamentos para recorrer las diversas calles de la capital. Se creería al oírles que Madrid posee una guarnición de veinte mil hombres, cuando en realidad sólo cuenta con cuatro mil suizos franceses, cuyos tambores no salen, y dos o tres mil guardias o voluntarios realistas. La policía se hace ahora con un regimiento de seiscientos guardias, o *celadores*, creados por el señor Recacho a imagen y semejanza de la gendarmería de la ciudad de París, cuyo uniforme utilizan. Los alguaciles son oficiales de policía, del tipo que nosotros llamamos inspectores, agentes, espías o soplones, cuando

sus nombres se deslizan por azar sobre los labios de una persona honrada. En Inglaterra, el decoro apenas permite pronunciarlos.

He visto de cerca a este tipo de hombres; el forastero que se aventura por tierras de la Inquisición debe esperar encontrárselos a menudo en su camino. Ocupan todas las avenidas, tienen las llaves de todas las puertas, y sólo las abren ante una lluvia de oro. ¡Si al menos tras esas puertas se encontrasen Dánaes! ¡Pero qué Cerberos, Dios santo! ¡Qué imagen del Tártaro ofrecen estos seres inmundos!

Traducción del compilador





6. *Alexander Slidell Mackenzie (1826-1827)*

A year in Spain, by a young American se publicó anónimamente en Nueva York en 1829, y en Londres dos años después. Sólo en ediciones posteriores aparecería con el nombre del autor, Alexander Slidell Mackenzie (1803-1848), que pese al relativo éxito de su obra (y a que en 1836 publicó otro libro de viajes por España, titulado *Spain revisited*) nunca ha destacado apreciablemente en las bibliografías especializadas.

Sin embargo, *A year in Spain* no desmerece en nada de los mejores clásicos del género, y la parte dedicada a Madrid (la mitad del primero de los dos volúmenes en que se divide el libro) constituye probablemente la descripción más completa de la ciudad escrita por un norteamericano en el siglo XIX. Por la misma época que Slidell Mackenzie visitaron España sus compatriotas Washington Irving y Henry Longfellow, pero ninguno de ellos, cautivados por el edén romántico que representaban Andalucía en general y Granada en particular, escribió nada comparable sobre la capital del reino. Por eso, por la tersura de su prosa, la minuciosidad de sus descripciones y la ecuanimidad de sus comentarios, nos parece especialmente valioso el testimonio de este «joven americano».

De su obra, hasta ahora inédita en castellano, hemos traducido una serie de pasajes que configuran un brillante mosaico sobre la vida en Madrid durante la «década ominosa», en el que a la parte descriptiva de la ciudad se superpone amenamente la pintura colorista y sentimental (más que romántica) de las costumbres y diversiones de sus habitantes.



La ciudad de Madrid es la capital de Castilla la Nueva y de todo el imperio español. Está situada en la orilla izquierda del pequeño río Manzanares, sobre varias colinas de arena que constituyen la última estribación de los montes de Guadarrama. Se halla a cuarenta grados de latitud norte, a dos mil pies de altura sobre el nivel del mar y casi matemáticamente en el centro de la Península. Es la capital más alta de Europa, pues su altitud es quince veces mayor que la de París y casi el doble que la de Ginebra. El campo circundante tiene una superficie muy irregular; y está quebrado en una sucesión infinita de colinas deformes, por lo que, aunque hay casi doscientos pueblos en las cercanías de la capital, sólo cuatro o cinco pueden divisarse al mismo tiempo. La tierra es seca y árida, y no produce más que trigo, que sólo rinde diez por uno pero es muy dulce y de excelente calidad. Madrid no tiene alrededores inmediatos destacables, ninguna casa solariega de los habitantes ricos, ninguna de esas deliciosas quintas que habitualmente se encuentran apiñadas en torno a las murallas de una gran ciudad, y que combinan las ventajas de una residencia urbana con los placeres de la vida rural. Por eso, el temor a vivir retirados lleva a los habitantes a agruparse en busca de mutua protección; de forma que si uno se aleja cien yardas de las puertas de Madrid, no ve vivienda alguna que le anime a seguir adelante con la alentadora confianza de la sociedad, sino que tiene la impresión de haberse despedido de la civilización y de las moradas de los hombres. Tampoco hay bosques ni huertos que compensen la ausencia de habitantes, a menos que exceptuemos el valle del Manzanares y algunos olivos dispersos al Este, tan tristes y melancólicos de aspecto como sus propietarios, los inquilinos monacales de San Jerónimo y Atocha. Sin embargo, en otros tiempos el campo en torno a Madrid estaba cubierto de bosques en los que abundaban los jabalíes y los osos; de ahí que en el escudo de la ciudad aparezca un oso rampante, con las patas delanteras apoyadas contra un árbol. La completa desaparición de estos bosques sólo puede explicarse por ese prejuicio singular de los castellanos que ya hemos señalado.

El clima

El clima de Madrid, aunque sujeto a grandes variaciones, es no obstante saludable, y siempre ha sido ajeno a enfermedades epidémicas. Su cielo está casi siempre despejado y transparente, y el aire es tan puro que los animales muertos, a los que a menudo se deja en la

calle hasta que se pulverizan y se los lleva el viento, nunca resultan repugnantes. Los extremos normales de temperatura en Madrid son noventa grados Fahrenheit en verano y treinta y dos en invierno, pero raro es el año en que el termómetro no sube por encima de cien y no baja por debajo de catorce; pues aunque la inclinación de la ciudad facilita su ventilación, también la expone en mayor medida a los rayos ininterceptados de un sol poderoso; y en invierno, las cercanas montañas de Guadarrama envían desde sus depósitos de nieve unas brisas tan glaciales que acaso en pocos lugares sea el frío tan penetrante como en Madrid. Esto ocurrió especialmente el invierno pasado, el más inclemente que se recuerda en Europa desde hace muchos años. Varios centinelas murieron congelados en sus puestos sobre el parapeto que hay frente al palacio, dominando el barranco del Manzanares, por donde bajan los vientos del noroeste con violencia acumulada. Entre ellos se contaban dos soldados de la brigada suiza; y aunque se les relevaba cada poco tiempo, y presumiblemente no debían ser ajenos al frío, viniendo como venían de aquel país alpino, el caso es que los encontraron tiesos y exánimes en sus garitas al cabo de media hora. Igualmente varias lavanderas que acudieron como de costumbre al Manzanares (pues al ser pobres no podían dejar de trabajar a causa del tiempo) se vieron sorprendidas por la misma calamidad; por lo que la policía se vio obligada a apostar centinelas para impedir a otras que prosiguieran con sus labores ordinarias.

[...] Los madrileños tienen un miedo cerval a ese aire frío y silencioso que baja calladamente de las montañas y que, según dicen, *«mata a un hombre, y no apaga una luz»*. Cuando sopla, se ve a todo el mundo tapándose la boca con el pico de la capa o con un pañuelo, y caminando presurosamente por las calles sin volverse a la derecha ni a la izquierda, como si la muerte, en forma de pulmonía, les fuera pisando los talones. Por mi parte, nunca he sentido el frío de forma tan intensa. Parecía atravesarme la ropa como una lluvia de agujas, y descubrí que no había más forma de evitarlo que comprarme una capa tan amplia como la de John Gilpin, y arrebujarme en ella hasta volverme tan invisible como el que más.

Singularidad de Madrid como gran ciudad

Quando el forastero, recién llegado a Madrid, mira a su alrededor buscando las ventajas locales que motivaron su fundación, no es

capaz de concebir en absoluto cómo pudo convertirse en una gran ciudad. El campo circundante es tan poco adecuado a la explotación agrícola o ganadera que la carne y la fruta, y casi todo lo necesario, se trae de los confines del reino. Así, la provisión de pescado viene a lomos de mulas desde el Atlántico y el Mediterráneo; el ganado de Asturias y Galicia, y la fruta de las lejanas huertas de Andalucía y Valencia. Con estas desventajas, las manufacturas no pueden florecer nunca en Madrid; en cuanto al comercio, las montañas que forman barrera al norte y al oeste obstaculizan sus comunicaciones con la mitad de la Península, mientras que el insignificante caudal del Manzanares no ofrece ninguna posibilidad de transporte; ni de ningún otro tipo, en realidad, salvo la de procurar el agua que necesitan las lavanderas.

Aunque sólo el accidente o el capricho han dado existencia a Madrid, y aunque una ciudad encumbrada a tales cotas de riqueza y poder deberá necesariamente recaer en la insignificancia cuando los intereses de todos, y no la voluntad de uno, gobiernen los asuntos de España, con todo no deja de ser una gran ciudad. Tiene casi ocho millas de circunferencia, es cuadrada de planta y cuenta con una población de ciento cincuenta mil habitantes, que viven en ocho mil casas; de forma que tocan a unas dieciocho personas por casa, y cada casa alberga, por lo general, a tantas familias como pisos tiene. Hay en Madrid ciento cuarenta y seis templos de culto, entre colegiadas e iglesias parroquiales, conventos, *beaterios*, oratorios, capillas y ermitas. Sesenta y dos de ellos son conventos de frailes y monjas. Tiene, además, dieciocho hospitales grandes y pequeños, trece colegios mayores, quince academias, cuatro bibliotecas públicas, seis cárceles, quince puertas de granito, ochenta y cinco plazas y glorietas y cincuenta fuentes públicas, que abastecen a los habitantes de agua deliciosa, traída de manantiales de montaña a treinta millas de la ciudad.

Los aguadores

El agua la transportan siempre de las fuentes a las casas de los habitantes unos hombres dedicados a este oficio. En él trabajan varios miles de gallegos y asturianos, que lo monopolizan enteramente. De hecho, un gallego que se haya hecho con una amplia clientela, cuando consigue reunir una pequeña fortuna de doscientos o trescientos dólares con la que retirarse a sus montañas natales para for-



mar una familia, tiene el privilegio reconocido de vender su negocio o legarlo gratuitamente a un pariente. Naturalmente, para juntar dinero con sus escasas ganancias necesitan observar la más estricta economía. Por eso se les ve haciendo humildes menesteres para una familia a cambio del derecho a dormir en el suelo del zaguán, o juntándose doce o veinte para alquilar un cuartito en el ático. En cuanto a su comida, la compran en una *taberna* o a viejas que tienen fogoncillos ambulantes de tres patas en las esquinas, y comen y cenan allí mismo, o más frecuentemente sentados en sus barricas alrededor de las fuentes, dos o tres juntos, comiendo con cucharas de madera del mismo recipiente de barro. Hay otros que, en vez de acarrear agua para uso doméstico, recorren determinadas calles, teniendo buen cuidado de no invadir el terreno de un compañero, y venden el agua por vasos a los que pasan. Llevan simplemente una jarra de barro colgada a la espalda de una correa de cuero. La boca de la jarra tiene un tapón de corcho con dos cañas, una para verter el agua y la otra para dejar entrar el aire. Cuando se les pide agua, sacan un vaso de la cesta que llevan en el brazo izquierdo, e inclinándose hacia delante lo llenan con gran habilidad. Pero no suelen esperar a que el sediento los encuentre, sino que ensordecen a todos por igual con gritos en español mal pronunciado: «*¡Agua! ¡Agua fresca! ¡Que ahora mismo viene de la fuente! ¿Quién bebe, señores? ¿Quién bebe?*»

Calles y casas

Las calles de Madrid son en general rectas y más anchas que las de la mayoría de las ciudades europeas, hecho que se debe probablemente a que es una ciudad casi enteramente moderna y construida bajo patrocinio real. Todas están pavimentadas con adoquines cuadrados, y tienen aceras de unos cuatro pies de ancho al nivel de la calzada. Para evitar disputas por este angosto espacio existe la costumbre de ir siempre por la derecha; así, en una calle atestada, se pueden observar dos corrientes de gente que camina en sentido opuesto sin estorbarse entre sí. Sin embargo, esto tiene el inconveniente de que una persona no puede elegir su paso, sino que debe ajustarlo al de la multitud.

Algunos de los palacios de la alta nobleza están contruidos sobre planta cuadrangular, con un patio en el centro. Sin embargo, la mayoría de las casas particulares están contruidas de forma similar a las nuestras. Por regla general tienen tres o cuatro pisos, con una



puerta y un pequeño zaguán a un lado. Tienen un marcado aspecto de cárcel, pues las ventanas del primer piso están enrejadas con barras de hierro. Las ventanas altas tienen balcones, mientras que la sólida puerta de madera, profusamente tachonada, parece más la puerta de una ciudad fortificada que la entrada a una vivienda de pacíficos ciudadanos. Las puertas exteriores de los diferentes pisos reflejan el mismo recelo y desconfianza, y nunca se abren sin previo parlamento. Estas precauciones las hacen necesarias la abundancia y audacia de los ladrones de Madrid, que a veces entran en una casa en pleno día, cuando sólo quedan en ella las mujeres, y tras atar a sus ocupantes, que no se atreven a proferir una palabra de alarma, se sirven a placer y se marchan con el botín. Esto no es un hecho infrecuente. Apenas conozco una persona en Madrid que no haya sido robada una o más veces. Sin embargo, cuando mayor peligro hay es de noche por la calle. Conocí a un joven, nativo de Lima, que cuando se dirigía a una fiesta nocturna fue asaltado en una calle estrecha por tres hombres, que le arrastraron al recato de un portal. Uno de ellos le puso una navaja en la garganta, mientras los otros dos le despojaban de su ropa y sus galas, hasta que sólo le dejaron encima la camisa y las botas. Entonces, dándole una palmada en el *trasero*, le dijeron: «¡Vaya usted con Dios, hermano!», y ocultando el botín bajo sus capas se alejaron en otra dirección.

El Palacio Real

El edificio más noble de Madrid es con mucho el palacio real. Se yergue en el mismo lugar donde antiguamente estaba el alcázar moro. Felipe V, que lo hizo construir, concibió en principio la idea de un palacio que habría de tener cuatro *façades* de mil seiscientos pies de largo por cien de alto, con veintitrés patios y treinta y cuatro entradas. Todavía se exhibe en Madrid una maqueta de caoba del palacio proyectado, que debe de haber costado por sí sola el precio de una casa tan buena como cualquier persona modesta pueda desear. Este palacio iba a albergar el cuerpo de guardia real, los ministerios, los tribunales y, en fin, todo lo relacionado con la maquinaria del Estado. Aunque este formidable proyecto nunca se realizó, el palacio actual es con todo digno en todo sentido de un príncipe que hubiera nacido en Versalles. Consiste en un cuadrado hueco, de cuatrocientos setenta pies en el exterior y ciento cuarenta en el interior. Dentro hay una columnata con galería que circunda enteramente el patio, y por fuera

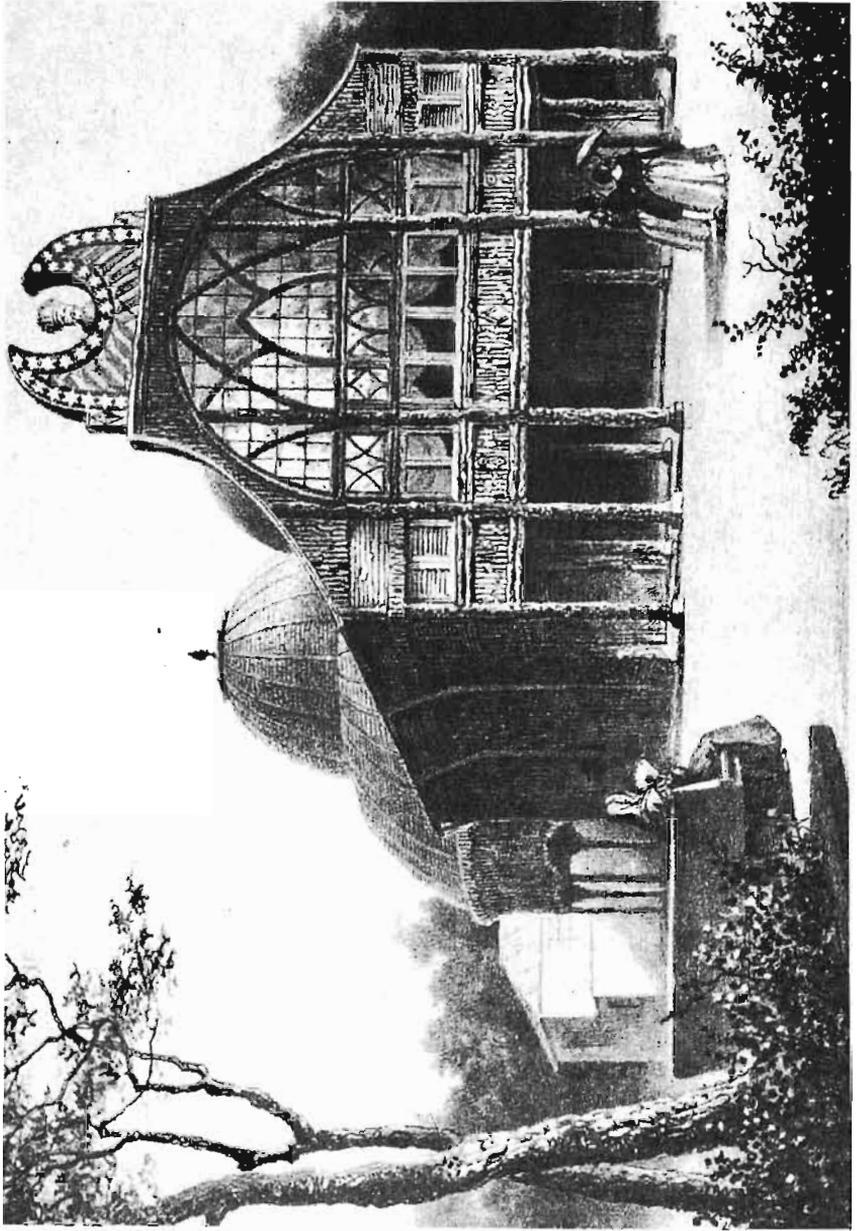


presenta una juiciosa distribución de ventanas, cornisas y columnas nada recargadas por adornos superfluos, salvo en la pesada balaustrada, que corona el edificio ocultando a la vista el tejado de plomo. La estructura de este palacio es de la clase más noble y duradera, pues no tiene nada de madera, excepto en la armazón del tejado y en puertas y ventanas. Los cimientos descansan enteramente sobre un sistema de arcos subterráneos. El primer piso está ocupado por los funcionarios y sirvientes de la corte. Una magnífica escalinata de mármol, en la que el arquitecto, el escultor y el pintor han agotado sus respectivas artes decorativas, conduce al segundo piso, que también se sostiene sobre arcos. Hay aquí una segunda columnata con galería, que da sobre el patio y que, como toda la planta, está pavimentada con mármol. Está siempre llena de grupos de guardias de corps y alabarderos de servicio, y de personas con hábito de corte que esperan a comparecer ante el soberano. Esta galería se abre sobre los apartamentos de los diferentes miembros de la familia real, la capilla y la sala de audiencias. Los techos de estas estancias están correctamente pintados por los pinceles de Mengs, Bayeux, Velázquez y Giordano, y de sus paredes cuelgan las mejores obras de Rubens, Tiziano, Murillo, Velázquez y el Españolito. El pequeño oratorio del rey es, quizá, la estancia más hermosa del palacio. Está decorada con los mármoles más ricos y elegantemente abigarrados, todos extraídos en la Península. Una simple mirada basta para convencerle a uno de que los mármoles españoles no tienen rival en el mundo. Los relojes, los muebles, los tapices, las camas, los tocadores y los espejos son del más alto estilo de magnificencia. Para hacerse una idea de ello basta mencionar que en una sala hay cuatro espejos de ciento sesenta y dos pulgadas de alto por noventa y tres de ancho. Están hechos en la fábrica real que existía antiguamente en San Ildefonso, y junto con otros salidos del mismo molde son los mayores espejos que se conocen. Este palacio, tanto si se considera su arquitectura como su decoración, es verdaderamente noble. He oído decir a quienes han visitado las principales capitales de Europa que no han visto ninguno superior a él, y aunque Versalles puede destacar en los detalles, como conjunto perfecto el palacio de Madrid puede incluso reclamar preeminencia.

El Buen Retiro y otros palacios

El palacio del Buen Retiro, donde residía la Corte antes de que se concluyera el nuevo palacio, está en el extremo este de Madrid,





Casa rústica en el Buen Retiro. Grabado de F.J. Parcerisa en Recuerdos y bellezas de España.

dominando el Prado. Consiste en varios edificios antiguos y dispares que se están convirtiendo rápidamente en ruinas, y que parecen cualquier cosa menos una residencia real. El progreso del deterioro se habría acelerado hace tiempo, demoliendo la entera fábrica, si no fuera por unas admirables pinturas al fresco que aún se distinguen en los techos medio desmoronados, y que pertenecen al mejor estilo de Giordano. [...]

El jardín del Retiro tiene una gran extensión, pero su situación es elevada y expuesta, y los paseos no son nada agradables. La actual familia ha dirigido las diferentes mejoras, si así se las puede llamar, que se están realizando aquí, y quizá en ninguna parte se ha trabajado tanto con tan pobres resultados. En un lugar hay un montículo artificial coronado por un templete chino; en otro, una chocita con una vieja de madera sentada junto a un fuego pintado, meciendo a su bebé en una cama; encima cuelgan jamones de madera y salchichas de cuero, mientras en el cuarto adyacente aparece el hombre de la casa, que yace enfermo entre las sábanas, con un cuenco de sopa al lado, y le hacen incorporarse cuando algún forastero viene a verle. En otro sitio hay un lago oblongo, cercado con un muro de piedra tallada y una rica barandilla de hierro. En uno de sus extremos hay un pequeño edificio rematado con emblemas navales y un asta de bandera, y debajo un muelle o ensenada para la galera real. La elevación del Retiro es un obstáculo para la traída de agua por tuberías para llenar el lago, por lo que esta tarea la efectúa una mula que hace girar una noria cercana, mula que está oculta bajo un cobertizo rústico adornado con pagodas egipcias. A veces los personajes reales vienen a hacer una excursión acuática por el lago. Entonces se llena la cuenca, se pone a flote en la ensenada la falúa dorada, que tiene una línea realmente clásica, y las augustas personas se embarcan y zarpán. Su perfecto contento y su sincera satisfacción, la admiración de los espectadores manifestada con ondear de sombreros y pañuelos, y si estás cerca del cobertizo de la noria, el chirrido de la maquinaria, los «¡Arre!» del mulero y los bufidos de la mula, forman en conjunto un espectáculo singular. [...]

El Casino es un palacio de juguete, del tamaño de una casa particular. Está situado en un barrio populoso de la ciudad, y decorado con mucho gusto y elegancia. A la última reina le encantaba este pequeño retiro, y pasaba allí mucho tiempo: pero desde su muerte apenas lo visita algún miembro de la familia. La Casa de Campo es otra residencia real, situada al fondo del valle del Manzanares, directamente enfrente del palacio. Sus jardines ofrecen sombra y aislamiento, pero su principal adorno es una estatua de bronce de Felipe

III, obra conjunta de Bolonia y Taca, que aunque pesa doce mil libras fue enviada como regalo desde Florencia por Cosme de Médicis. En su emplazamiento actual apenas se la ve, y sin duda hay muchas personas en Madrid que ignoran su existencia. Hay aún una quinta residencia real en los alrededores de Madrid. Está situada sobre una colina, dominando el valle del Manzanares y la arboleda de la Florida.

Iglesias y predicadores

Aunque Madrid posee en total casi ciento cincuenta lugares de culto, no puede empero jactarse de un solo templo de superior magnificencia. En la época en que se erigió la mayoría de las catedrales góticas con las que uno se topa en las más ricas ciudades europeas, Madrid era un lugar insignificante. Todavía hoy, aun siendo la capital política de España, sigue perteneciendo a la diócesis de Toledo, y no es ni siquiera sede de un obispo sufragáneo. La mayoría de sus templos son pequeños, de arquitectura neoclásica mixta, y muchos de ellos, en su aspecto exterior, apenas se distinguen de las casas particulares que los rodean. Sin embargo, su interior está generalmente decorado con numerosos adornos arquitectónicos y con profusión de cuadros y estatuas. Los jesuitas tienen con mucho la iglesia más grande e imponente de Madrid. Esta orden es la más ilustrada del clero español, y me fue muy grato ir a oírles predicar, sobre todo durante el Carnaval. Como era invierno, el suelo estaba cubierto de esteras, sobre las que se arrodillaba la multitud durante la elevación de la hostia. Una vez concluida la consagración, e iniciado el sermón, las mujeres adoptaban una postura menos penosa y más interesante, sentándose en las esteras con los pies recogidos a un lado. Si eran guapas, como solía ocurrir, dejaban asomar un pie por debajo de la basquiña, mostrándolo elegantemente enfundado en su media de hilo o seda y en su zapatito de charol, en la postura más favorable para su exhibición. Los hombres permanecían en pie entremezclados con las mujeres, o apartados en las naves y capillas laterales, o apoyados contra las columnas, componiendo en conjunto una escena muy singular, cuyo interés aumentaba no poco la profunda oscuridad, muy cercana a la tiniebla, que siempre se mantiene cuidadosamente entre los muros del templo.

Algunos de los predicadores eran muy elocuentes, y el lenguaje recio, aunque gracioso, con que se expresaban daba fuerza y belleza adicional a todo sentimiento feliz. Sin embargo, la mayor delicia es

con mucho la música encantadora que se puede escuchar en estas ocasiones. Verdaderamente en ninguna parte, quizá ni siquiera en Italia, se cuida en tal medida como en Madrid el lujo de la música sacra. El órgano se toca a la perfección, y con el fin de conseguir delicadas voces de tenor se mantiene aún una práctica que se ha abolido en Italia desde la dominación napoleónica. En el Colegio de Música de Madrid, vulgarmente llamado Colegio de los Capones, acogen a temprana edad a las víctimas mutiladas de la avaricia paterna, cuyas voces se cultivan cuidadosamente. Algunos consiguen acceder a las órdenes sagradas; eludiendo mediante un artificio de lo más peregrino el estricto canon de la Iglesia que exige perfección física a sus ministros. Otros se ganan cómodamente el pan como cantantes públicos, viviendo en el mundo, o más bien padeciendo una existencia negativa, fácilmente reconocibles por la estridencia antinatural de su voz y por su rostro imberbe, lleno y afeminado. [...]

El Museo del Prado

El museo de escultura y pintura del Prado es un edificio moderno y admirablemente ideado, que extiende su fachada a lo largo del paseo público, realizando sobremanera su elegancia. Ningún edificio podría adecuarse a la exhibición de cuadros mejor que éste, cuya construcción se inició durante el reinado de Carlos III con el propósito expreso de dedicarlo a su actual función. La colección de cuadros del Prado se reunió en épocas mejores de la monarquía española, cuando el oro de América podía ordenar la presencia y los servicios de los artistas vivos, y adquirir las obras de los muertos. Se dice que esta colección, por los nombres ilustres de los donantes y la excelencia de las obras, no es inferior a ninguna; y cuando terminen de instalar los cuadros que ahora están trayendo de los diversos palacios reales, será sin duda la primera del mundo. [...]

Instituciones caritativas

Hay un grandísimo número de instituciones caritativas en Madrid, y sería una tarea interminable enumerar los diferentes hospitales, tres de los cuales acogen por sí solos a veinte mil enfermos o indigentes cada año. Entre ellos hay casas de refugio para ancianos,



caballeros pobres, sacerdotes enfermos y actores acabados; también una o dos casas para mujeres embarazadas, en la principal de las cuales las personas decentes que llegan a esta situación por accidente se encierran en gran secreto, dando a suponer que están ausentes en el campo. Hay además varios hospitales para expósitos; uno de ellos, la Inclusa, recibe cada año un millar de niños. Tiene un portal abierto, con una capilla que de noche está iluminada por un solo farol. Allí, delante del altar, abandonan a los niños, que son recogidos a intervalos fijos durante la noche. A partir de ese momento se encomiendan en rebaño al cuidado de manos mercenarias, y caen en la condición de huérfanos; mientras las madres, a las que el crimen o la pobreza incitaron a romper el más fuerte de todos los lazos, se escabullen para reprimir los anhelos de su corazón, para arrepentirse y volver a pecar. También hay dos casas de refugio para mujeres que han sido pecadoras públicas. La primera, llamada de las Recogidas, está bajo la advocación de María Magdalena. Ninguna mujer puede acogerse a los beneficios de esta institución, pues las interñas están bien alojadas y suntuosamente alimentadas, a menos que demuestre que no ha sido mejor que la santa patrona. Tampoco pueden salir del edificio, salvo para hacerse monjas o para contraer matrimonio. Bajo el mismo techo hay un lugar de reclusión, donde se confina a las mujeres por deseo de sus maridos.

Éstas son algunas de las instituciones, llamadas caritativas, que existen en Madrid. Se sufragan con las rentas de casas legadas por sus fundadores, o mediante asignaciones sobre los ingresos de los teatros, las loterías y las corridas de toros. Muchas fundaciones similares han degenerado desde su destino primitivo en ermitas y oratorios, donde unos cuantos monjes dicen misa y engordan durante todo el año bajo el piadoso título de *Arrepentidos*, *Afligidos* o *Agonizantes*. Las que todavía existen son en su mayoría sentinas de vicio y aflicción, que indudablemente contribuyen a fomentar más que a reprimir o aliviar. No cabe decir lo mismo del *Monte de Piedad*. Es una institución que tiene por objeto aliviar las necesidades de los pobres, prestándoles dinero a cambio de prendas. Estas prendas se conservan durante un año, al cabo del cual, si no se reclaman, se venden públicamente. Una vez liquidado el préstamo, el saldo se devuelve al prestatario, que aunque haya podido salvar bien poco de la ruina, al menos ha eludido las ávidas garras del prestamista.



La Real Academia

No menos numerosas que las benéficas son las instituciones culturales de Madrid. La primera de ellas en rango y nombre es la *Real Academia Española*, que tiene por objeto pulir y perfeccionar la lengua nacional. La Academia ha cumplido cabalmente el propósito de su fundación con la publicación de una gramática, en la que todo está definido mediante reglas invariables, que se ajustan de manera excepcional a la razón y a la lógica mejor fundada. También ha editado un diccionario, que se considera el más perfecto de todos los conocidos. Indudablemente los españoles deben no poco de esa rara y admirable simetría por la que destaca su lengua a la labor de esta docta sociedad. [...]

Tales son algunos de los derechos que tiene Madrid para merecer el título de gran ciudad. En realidad, la entusiástica opinión que sus habitantes tienen de ella es tan grande que pueden llegar a decirte, con la rimbombancia en la que tienden a complacerse, que Madrid es la única capital, y que donde está Madrid debe el mundo guardar silencio: «*Sólo Madrid es Corte*», dicen, y «*Donde está Madrid, calle el mundo*».

Teatros

Actualmente hay dos teatros públicos en Madrid, el *Teatro de la Cruz* y el *Teatro del Príncipe*. Su decoración es elegante, aunque simple, y sus decorados muy buenos. Ambos tienen cabida para unas mil quinientas personas. La ordenación de estos teatros no puede superarse en lo que a comodidad y conveniencia se refiere. La mitad del patio de butacas inmediatamente detrás de la orquesta está dividida en filas de asientos, cada uno con respaldo y brazos. Además están numerados, por lo que cada cual, llegue tarde o temprano, encuentra su sitio libre. Estos asientos se llaman *lunetas*, y se alquilan por un mes o por una noche. Cuestan doce reales, es decir, sesenta centavos. La otra mitad del patio de butacas está ocupada por asientos de precio y comodidad inferiores; y más atrás hay gente que ve la obra de pie, mezclada con voluntarios realistas que están presentes para imponer y mantener el orden. Las galerías están divididas en palcos privados, que se alquilan por temporada o por una noche. Salvo en un exiguo paraíso cercano al techo, conocido con el sociable nombre de la *tertulia*, en las partes públicas del teatro los hombres se mantie-



nen separados de las mujeres. Para la acomodación de éstas existe un amplio espacio directamente enfrente del escenario. Está separado del resto del teatro, y sólo pueden entrar en él mujeres con *mantilla* negra. En los entreactos de la obra, los caballeros se levantan de sus asientos en las *lunetas* y van a visitar a sus conocidas en los palcos; o bien se quedan de pie, de espaldas al escenario, y barren todo el local con sus prismáticos. Cuando captan la mirada de una amiga, la saludan con la mano y se quitan el sombrero, saludo al que la dama responde con una inclinación de cabeza, una sonrisa, el chispear de sus ojos y una seña agradable con el abanico o los dedos. Una vez examinado todo el teatro, y concluida esta ceremonia de salutación, todos los ojos se vuelven hacia la *cazuela*, como la llaman, aunque sería mejor llamarla *jaula*. Jaula o cazuela, es en cualquier caso un lugar de lo más curioso. Al contemplar las caras pálidas, las negras *mantillas* y los ojos aun más negros, se podría casi tomarlas por una asamblea de monjas, como las que se ven en la capilla de un convento, asistiendo a través de la reja a alguna solemne ceremonia, y dirigiendo de vez en cuando una mirada furtiva y, según me ha parecido a veces, melancólica a la multitud reunida. Esta ilusión, sin embargo, es sólo momentánea, pues las ocupantes de la *cazuela* son en su mayor parte cualquier cosa menos monjas. Resulta poco halagüeño para el bello sexo observar que, mientras todo se mantiene en orden en la *lunetas*, la *cazuela* es a menudo escenario de gritos y disputas. No obstante, esto puede deberse al hecho de que están más apretadas que los hombres, y además se las deja enteramente a su solaz, mientras que los hombres están estrechamente vigilados por varios *realistas* de aspecto feroz. Sea como sea, el caso es que a veces es mucho más divertido mirar a la *cazuela* que al escenario; pues con la confusión de voces, el arreglo de cabellos y mantillas, los gestos, las miradas y la agitación de abanicos es realmente una escena singular, que bien podría compararse con los graznidos y aleteos de una colonia de grajos.

Corridas de toros

Sin embargo, la gran diversión nacional de España son las corridas de toros; una diversión que, aunque pueda condenarse como cruel y embrutecedora, es empero sin igual por su interés profundo y ansioso. El drama teatral lo debe todo al engaño, y precisamente cuando más engañados estamos, más nos divertimos. He visto a



Talma solo en el escenario describiendo la ejecución de María Estuardo mientras se desarrolla en la sala vecina. Te muestra cada movimiento de la víctima. (...) He visto esto, y lloré hasta avergonzarme. Pero este interés dramático, aunque más agradable para nuestra mejor sensibilidad, más digno de un corazón sensible, es mucho menos intenso que el que despiertan los peligros reales del ruedo.

El Prado

Los españoles utilizan la palabra *función* para designar todas las diversiones públicas, como las obras de teatro, las corridas de toros y los paseos públicos. Ya hemos hablado del teatro y las corridas; queda dar cuenta del *paseo*, practicado en Madrid a diario por las clases acomodadas, y los domingos y festivos por la entera población. Hay varios paseos públicos dentro y fuera de la ciudad, como el de la Florida, que se encuentra extramuros, a orillas del Manzanares, y el de Delicias, que empieza en la puerta de Atocha y se extiende entre una doble hilera de árboles hasta el canal de Manzanares y el Jarama. [...]

Sin embargo, el paseo principal es el Prado. El Prado comienza en la bonita puerta de Recoletos, y lleva hacia el sur, entre monasterios y palacios, hasta la calle de Alcalá, que lo atraviesa perpendicularmente. La calle de Alcalá es la más hermosa de Madrid, incluso la he oído llamar la más hermosa de Europa. Desciende en pendiente gradual desde la Puerta del Sol, ensanchándose a medida que se acerca al Prado; a cada lado hay iglesias, conventos, edificios públicos y palacios de nobles y embajadores. Tras cruzar el Prado sube en cuesta, bordeada a la derecha por la verja de hierro que rodea el jardín del Retiro, y a la izquierda por cuarteles de infantería, y termina en el arco triunfal de Alcalá. Este noble monumento forma la salida oriental de Madrid. Fue construido para conmemorar la feliz llegada de Carlos III, de su reino de Nápoles, para recibir la corona de España. Está rematado por emblemas y trofeos, y adornado con diez columnas jónicas en cuya traza se siguieron unos modelos dejados por Miguel Ángel. Considerado en conjunto, su situación favorable en la cima de un altozano y la belleza de su diseño hacen de él una obra probablemente sin igual.

En el cruce del Prado con la calle de Alcalá hay una gran fuente, toda ella de mármol. En el centro de la taza sobresale del agua una isleta rocosa, sobre la que se ve una sibila¹ en un carro arrastrado por leones. Desde aquí hasta la carrera de San Jerónimo, el Prado está

bordeado a un lado por jardines y palacios, y al otro por la verja del Retiro. Las dos avenidas de nobles árboles, que corren paralelas entre sí, delimitan un amplio espacio para el paseo, llamado el Salón, y pegada a él, una calzada para carruajes y jinetes. Aquí hay una fuente coronada por un elegante Apolo, rodeado por las Cuatro Estaciones admirablemente representadas. Enfrente se ve un objeto que despierta asociaciones menos gratas. Es un monumento inacabado a los españoles que fueron allí asesinados en masa por la orden sanguinaria de Murat, en el famoso *Dos de Mayo*.

Un poco más allá está la fuente más hermosa de Madrid. Representa a Neptuno dominando su reino acuático. Su carro es una concha apoyada sobre ruedas de álaves, en torno a las cuales el líquido elemento es arrojado a lo alto por numerosos surtidores, como si brotara del mar. Tiran de él dos caballos matinos sin riendas, tan bien esculpidos que parecen de verdad avanzar impetuosamente sobre las olas. [...]

Pasada la fuente de Neptuno, el paseo tuerce hacia el este y te lleva hasta el Museo de escultura y pintura, cuya noble columnata sigue el curso del Prado. A continuación viene el Jardín Botánico, un terreno exuberante y bien cultivado, en el que se muestran todas las especies vegetales de un imperio en el que hasta hace pocos años nunca se ponía el sol. (...) Siguiendo la verja se llega finalmente a la puerta de Atocha, donde hay otra bonita fuente, animada por los retozos amorosos de un tritón y una nereida. Tampoco acaba aquí el Prado, sino que, tras girar nuevamente hacia el este, se prolonga hasta el convento de Nuestra Señora de Atocha, cuyos pacíficos inquilinos son a menudo molestados por las revistas militares que se celebran bajo las ventanas de su santuario.

La longitud total del Prado es de poco menos de dos millas. Esta extensión ofrece tal variedad de paseos que puede agradar a gente de todo humor y carácter. Los parajes apartados de Atocha son frecuentados por curas cubiertos con amplios sombreros y capas negras, que se reúnen en sombríos grupos de tres en torno a la ermita de San Blas, para hablar de los peligros que amenazan a esta iglesia y urdir planes para apuntalar el inestable edificio cubierto de yedra. Los abatidos misántropos buscan la soledad de Recoletos, desde donde contemplan con ojos morbosos y envidiosos la alegre muchedumbre del Salón, y se regodean en el lujo de la desdicha. Las cercanías del Jardín Botánico se ven concurridas por un público muy diferente: señoras que han dejado sus coches en la puerta de Atocha y acuden con sus niños a disfrutar del aire y el ejercicio. [...]

El Salón y las madrileñas

Pero el Salón es con mucho la parte más notable del Prado. Es el lugar central en el que todo el mundo se apiña para ver y ser visto. Aquí puede encontrarse cualquier variedad de curas y frailes, desde la larga teja del párroco a la aún más larga barba del capuchino. Los militares exhiben sus estrellas, sus cruces y sus galones; el soldado de caballería hace sonar el sable, se retuerce el bigote y mira intrépidamente a su alrededor; y la mujer resplandece en todo su esplendor, una mezcla radiante de joyas y encantos. También acude aquí el pueblo, engalanado con sus mejores galas, con aires y maneras decentes, para divertirse de balde y contribuir a la alegría general con la seguridad de su ilimitada difusión. Las damas vienen generalmente al *Paseo* en grupitos de dos o más, escoltadas por una anciana tía o madre. No suelen ir acompañadas por caballeros, pero dejan libre uno de sus lados que sus amigos ocupan mientras se interesan por su salud, y dan con ellas una o dos vueltas al Salón. Después se apartan para dejar sitio a otros, y se dirigen a otro grupito para reiterar las mismas atenciones. Y llegados a este punto quizá no sea inoportuno decir algo sobre las mujeres de Madrid.

La *madrileña* es de talla más bien pequeña, y de figura impecable, lo que se aprecia diez veces mejor a través de los pliegues elásticos de la basquiña. Sin embargo, su principal preocupación es el pie. De hecho, no contenta con su belleza natural, lo ciñe con estrechas vendas de lino, para darle aún mayor relieve. Aunque su tez sea pálida, nunca la mancilla con colorete. Sus dientes son nacarados, sus labios rojos, sus ojos grandes, negros y luminosos. Así es la *madrileña* en reposo; cuando camina, cada movimiento es una estampa. Su paso, aunque rápido y resuelto, no deja de ser armonioso; y la viveza de sus brazos, cuando se arregla la mantilla o agita el abanico, no es sino indicio cabal del impaciente ardor de su temperamento. Cuando va andando mira con ojos serenos pero pensativos a los hombres que la rodean, pero si tienes la suerte de conocerla, su cara se enciende en sonrisas; te sonríe afablemente, y te devuelve el saludo con un meneo seductor de su abanico en señal de reconocimiento. Entonces, si tienes alma, la pones inmediatamente a sus pies, dispuesto a convertirte en su esclavo para siempre, y con la humildad de tu reverencia le ofreces una prenda de eterna obediencia. [...]

En estas ocasiones las mujeres van siempre vestidas con el traje nacional. De hecho, aunque en bailes y teatros las clases altas hayan adoptado las modas parisienses, en el *Paseo* no se ven sombreros, chales ni bolsitos; nada más, en suma, que el abanico, la mantilla y

la basquiña. También los hombres llevan todos amplias *capas* negras, pardas o azules, que manejan con gran destreza y disponen en mil pliegues graciosos. De hecho, en España, el manejo del abanico y el porte de la mantilla, entre las mujeres, y el garbo en el volteo de la *capa*, entre los hombres, son una especie de segunda naturaleza que se ha desarrollado con ellos; es más, se dice incluso que una mujer francesa, con toda su elegancia, no puede aprender a llevar airoosamente la mantilla, y que a un extranjero que se cubriera con una capa para pasar por nativo se le reconocería mucho más fácilmente. (...) Sin embargo, esta oscura combinación de mantillas, basquiñas y capas produce una monotonía de colorido muy desfavorable para el efecto distante de este espectáculo. Esto resultó tan llamativo para los soldados franceses, la primera vez que vinieron a Madrid, que solían decir que al fin habían llegado a una ciudad auténticamente católica, poblada sólo por frailes y monjas. [...]

En invierno, el *Paseo* comienza a mediodía y continúa hasta la hora de cenar. En primavera y verano empieza con la puesta del sol y se prolonga hasta después de medianoche; porque en la estación calurosa los españoles duermen habitualmente la siesta, después se visten y acicalan, y salen al atardecer frescos y pimpantes. (...) En esa estación, al parecer, riegan cuidadosamente por adelantado los lugares de paseo, y si es un día de fiesta, se aumenta la altura de los surtidores de las fuentes. Al atardecer están listas miles de sillas, donde las señoras se sientan en círculo y celebran sus tertulias bajo los árboles. Mozuelos destocados circulan con fósforos encendidos, para mayor comodidad de los fumadores. Abundan los *aguadores*, con agua fresca y burbujeante. Valencianos medio desnudos ofrecen naranjas y granadas. Viejas vendedoras se hacen lenguas de sus *dulces*, por los que las *madriileñas* sienten verdadera pasión, mientras los camareros de una *botillería* cercana traen helados y sorbetes para regalo del paladar de los sedientos. Por todas partes se oyen grupos ruidosos de niños, ocupados en sus juegos y pasatiempos, mientras que el pueblo llano se sienta en círculos bajo los árboles, donde rasguean sus guitarras y alzan las voces para acompañar a una pareja de pies ligeros, que baila alegremente en medio de ellos. Mientras tanto, las aguas rumorosas de las cercanas fuentes impregnan de frescor el aire, que llega del jardín vecino perfumado con aromas de todos los climas, y salpicado con los trinos del ruiseñor.

¿Quién puede decir bastante en alabanza del *Paseo*? Procura una diversión deliciosa e inocente a la vez, de la que ni siquiera los más pobres están excluidos; es una escuela en la que los modales y la moral del público se embellecen y refinan mediante el trato social y

la observación mutua; un lugar donde se encuentran unas familias con otras, y los amigos con sus amigos, como en terreno neutral; donde se informan recíprocamente de sus asuntos, sin verse constreñidos por el ceremonial, y se mantiene viva la intimidad sin las formalidades de una visita. En estas deleitosas relaciones, personas de todo rango y profesión olvidan sus pretensiones exclusivas, mientras el bello sexo, al que pertenecen los atributos de la modestia y la gracia, destierra el indecoro y derrama su encanto sobre la entera asamblea.

Mendigos

Quizá no hay nada que sorprenda y moleste tanto a un extranjero en Madrid como la extensión de la mendicidad. En realidad, hay gran número de hospitales y asilos donde los pobres de la ciudad pueden ser acogidos y cuidados. Pero no se les obliga, y es tal el encanto de la libertad que muchos prefieren vagar por las calles, sin saber si la próxima comida les llegará hoy o mañana, a disponer de un alojamiento cómodo y comidas regulares, con la contrapartida de la reclusión y la disciplina. Desgraciadamente, la facilidad que existe en España para ganarse el sustento mendigando es tan grande, en contraste con la oprimida condición del trabajador, que a pesar del orgullo nacional muchos hombres sanos prefieren este medio, con toda su degradación. (...) Por todas estas razones, Madrid abunda en mendigos. No hay ninguna calle o esquina frecuentada de la ciudad que no sea puesto habitual de algún pordiosero, y hasta los placeres del paseo se ven a menudo perturbados por su molesta intrusión. Entran descaradamente en todas las casas donde no haya portero que los detenga en el zaguán, y penetran hasta las puertas de las diferentes moradas, donde anuncian su presencia con un toque modesto. Aunque a menudo los reciben con una severa reprimenda, rara vez se van con las manos vacías, sobre todo si la destinataria de sus súplicas es una mujer; pues el corazón femenino se abre fácilmente ante una historia de desdicha. [...]



Juegos de azar y memorialistas

Al hablar de las diversiones de Madrid no debemos olvidar los juegos de azar, pues aquí, como en toda la Península, el juego es una pasión endémica, que se extiende a todas las edades, sexos y condiciones. De hecho, es tan general que se puede decir que alcanza hasta a los más indigentes; pues rara vez he paseado por las calles de Madrid sin ver a grupos de muchachos, mendigos y golfos, reunidos en algún rincón soleado, cada uno arriesgando los cuatro cuartos que posee con la esperanza de ganar los de sus compañeros. Sin embargo, la forma más usual de jugar es la lotería, que aquí, como en muchos otros países europeos, es un monopolio del Estado. La principal lotería, llamada *Lotería Moderna*, se divide en veinticinco mil billetes, que se venden a dos dólares. (...) La *Lotería Moderna* se sortea al final de cada mes, hecho del que uno nunca deja de enterarse por mediación de los mendigos ciegos, que se reúnen en torno a las puertas de los despachos de lotería y en las principales esquinas, y alborotan con su griterío la ciudad entera. [...]

Pero antes de dejar este asunto, cabe quizá dar cuenta de una lotería menor que existe en Madrid, y que puede considerarse como una miniatura de la *Lotería Moderna*, ya que los billetes, en lugar de venderse a dos dólares, cuestan otros tantos cuartos. Es la Lotería del Cerdo. Se sortea en una esquina de la Puerta del Sol, frente a la iglesia del Buen Suceso. Allí, contra la pared de la tienda de la esquina, tiene instalado su tenderete un *memorialista*, que se encarga de vender los billetes. Dado que el *memorialista* es un personaje muy importante en España, acaso no sea inoportuno decir que su oficio consiste en copiar documentos, escribir cartas o redactar solicitudes, con la debida observancia de las formas y cumplidos usuales entre sus compatriotas. Dado que está demasiado mal pagado como para poder permitirse el gasto de una oficina permanente, se contenta con una caja de madera, con la que mantiene la misma relación que una tortuga con su caparazón, desplazándola consigo a voluntad de un lado a otro, e instalándola contra una pared o en un patio por una suma nimia. [...]

Volviendo a la Puerta del Sol, de la que nos hemos apartado inadvertidamente, el *memorialista* en cuestión era, como el resto de sus colegas, un hombre andrajoso y medio muerto de hambre, que se pasaba todo el día sentado en su humilde tenderete, vendiendo los billetes de la Lotería del Cerdo. Por la mañana parecía siempre aterido y aletargado, y se iba deshelandando poco a poco hacia el mediodía, cuando asoma el sol por detrás del pórtico del Buen Suceso. También



era entonces cuando los ociosos frequentadores de la Puerta del Sol empezaban a congregarse a su alrededor, para comprar billetes o para alabar las buenas cualidades del cerdo que reposaba sobre paja en un segundo tenderete, junto al de su amo, y que era el tema general, aunque inconsciente, de la animada conversación. Y con razón, pues se trataba siempre de un animal selecto. [...]

El precio de los billetes de la Lotería del Cerdo es tan bajo que no excluye a nadie, por pobre que sea, de modo que hasta los mendigos pueden tentar la suerte. Así suelen hacerlo sobre todo los ciegos, quienes, como ya hemos visto, tienen mejor pasar en España que el resto de la fraternidad de mendicantes. Cuando uno de ellos atravesaba la Puerta del Sol, casi siempre se dirigía hacia la lotería, abriéndose paso hábilmente a través de la multitud hasta llegar al tenderete del cerdo. Entonces tanteaba con su bastón en busca del ocupante, y una vez lo había examinado suficientemente, le daba de repente un bastonazo en el lomo, para ver si gruñía bien; pues estos pobres hombres tienen mil formas de descubrir cosas de las que nosotros nada sabemos. Si el resultado respondía a sus expectativas, se le acercaba por detrás, le rascaba, le pinchaba en las costillas y luego le retorecía el rabo, hasta que el cerdo chillaba más fuerte que nunca. Hecho esto, para apaciguar al irritado y ya vociferante memorialista, se acercaba en seguida y elegía varios billetes. Una vez vendidos todos, se realiza el sorteo con la apropiada solemnidad, y el afortunado ganador, sin hacer caso de las mofas y pullas de la decepcionada multitud, se aleja triunfalmente con su premio.

Una ejecución en la plazuela de la Cebada

Aún presencié en Madrid otro espectáculo, de profundo y doloroso interés: la ejecución de dos famosos bandoleros. La mañana en que se iba a llevar a cabo, el *Diario* daba la breve noticia de que las autoridades competentes procederían a dar muerte a dos maleantes, cada uno designado con dos o tres nombres diferentes, a las diez en punto, en la plazuela de la Cebada. [...]

La plazuela de la Cebada, en ocasiones normales, es uno de los mercados principales de Madrid. En el centro hay una fuente, que representa a la Abundancia, y alrededor varias construcciones de madera ocupadas por puestos de carniceros, que exhiben un surtido escaso y mal presentado de carne de vaca y cordero. El espacio restante está lleno de vendedores y vendedoras, cada uno rodeado de



cestos de huevos o verdura, adornados con desagradables ristras de ajos; o bien atrincherado tras cónicos montones de patatas, cebollas, granadas, tomates o naranjas. También pueden verse habitualmente piaras de cerdos, todos muertos, pero rígidamente sostenidos sobre sus patas, cada uno con una mazorca en la boca, o bien colgados a horcajadas sobre una barrica, como intentando tocar el suelo con las pezuñas.

La gente que suele congregarse en esta plaza es la más humilde que se puede encontrar en Madrid, pues está en el barrio más viejo y ruinoso de la ciudad, al que sirve de mercado y lugar de reunión. Además, en esta vecindad se hallan las grasientas moradas y mataderos de los carniceros. También pasan por aquí innumerables carruajes, carros y furgones, que van o vienen de Toledo, Talavera, Aranjuez, Córdoba y Sevilla; por no mencionar las recuas de mulas y asnos que atraviesan continuamente la plaza, tanto que parecen avanzar en procesión. [...]

La mayoría de estas cosas, que hacen tan animada la plazuela en ocasiones normales, no se veía ahora por ninguna parte. Los puestos de carne estaban vacíos y desiertos; los cestos de verdura y los montones de fruta habían sido retirados, y los cerdos habían desaparecido por completo o habían sido promiscuamente amontonados a un lado de la plaza, sin prestar mucha atención a la simétrica ordenación de cabezas y pezuñas. Sin embargo, aunque faltaban muchos de los objetos que suelen encontrarse en esta plaza, había uno en cambio que nunca había visto allí antes. Era el instrumento de ejecución. [...]

Los alrededores del patíbulo estaban vigilados por *celadores*, que no dejaban acercarse a nadie, salvo al *verdugo*, el cual, cuando llegué a la plaza, subía la escalera con cuatro cuerdas en la mano, que pasó con mucho cuidado -las cuatro muy juntas- en torno al centro de la viga, por donde estaba cubierta con la piel de cordero. El oficio de *verdugo* tiene en España malísima reputación y se considera totalmente abyecto. (...) En cuanto al *verdugo* que oficiaba en esta ocasión, era un hombre robusto y bastante gordo, que parecía tener buena salud, a base de buena comida y ociosidad. Iba vestido con una simple chaqueta redonda y pantalones marrones. Una ancha faja de estambre rojo, liada en torno a la cintura, le servía de cinto y al mismo tiempo sujetaba una panza que parecía muy necesitada de tal asistencia; mientras que un sombrero de hule, de ala estrecha y copa aún más estrecha, tapaba sólo en parte sus rasgos carnosos y abotargados. Tal era el aspecto del *verdugo*.

La plazuela de la Cebada, aunque en esta ocasión le faltaba su acostumbrado bullicio y animación, no estaba en modo alguno desier-

ta. Los balcones de las casas circundantes estaban atestados de grupos de ambos sexos, configurando una vista panorámica probablemente no muy diferente de la que puede presentar la Plaza Mayor con ocasión de una corrida de toros. Debajo se apiñaban las clases bajas, mezcladas en una inmensa y abigarrada turbamulta. Abundaban los tiznados mecánicos, caldereros y zapateros, con mandiles de cuero y caras sucias; los sastres de piernas delgadas, entremezclados con andaluces vistosamente vestidos o con robustos campesinos y muleros de las cercanas llanuras de Castilla y La Mancha. Había otros hombres que se mantenían apartados, cuyo aspecto no indicaba ningún oficio concreto, y que, aunque pobres y andrajosos, parecían demasiado orgullosos para tener ninguno. Iban embozados hasta la nariz en capas harapientas, cuyo borde tocaba casi el ala del sombrero calado, y entremedias brillaban sus ojos revolviéndose de un lado a otro, con una mirada que pretendía inspirar temor pero que revelaba inquietud. Quizá fueran bandidos, compañeros de los condenados que pronto iban a sufrir, con los que acaso habían tomado parte en muchos lances peligrosos y culpables; pero que, no habiendo colmado todavía la medida de sus crímenes, habían venido a presenciar una muerte que tal vez sería pronto la suya.

Con todo, la conducta de esta multitud dispar no era indigna de la ocasión. Los que la componían parecían temerosos o reacios a hablar de los muchos crímenes de los malhechores, ya fuera porque seguían teniéndoles miedo o por si acaso les oía un compañero. Algunos estaban solos, bien embozados en sus capas, serios, pensativos y solemnes; otros formaban grupos silenciosos, mientras aquí y allá se veía algún campesino apoyado en su *borrico* inmóvil, mirando ansiosamente hacia la calle de Toledo. No se oía ningún vocerío, salvo el que producían los muchachos desperdigados por la plaza, que se subían a las *rejas* para poder ver por encima de las cabezas de la muchedumbre, peleándose por los mejores sitios y abandonando a veces, por falta de fuerzas para seguir colgados, la posición que tanto les había costado conquistar. También había algunos ciegos cantando una balada, que tenían en venta, y que consistía en plegarias por los hombres que estaban a punto de morir; y de vez en cuando pasaba entre la gente una persona que, como penitencia voluntaria, por la que quizá estaba bien pagado, iba de un lado a otro haciendo sonar una campanilla y pidiendo *cuartos* para mandar decir misas por las almas de los malhechores. [...]

Cuando llegué a la esquina de la calle de Toledo y extendí la vista sobre la multitud que la llenaba, noté que parecía agitada por un nuevo impulso. Las mujeres de los balcones no se saludaban ya de un

lado a otro de la calle, ni sacudían los abanicos en respuesta a las señas de los que pasaban por debajo. Todos los ojos miraban en la misma dirección. El objeto de esta atención general desde los balcones no se distinguía todavía desde la calle; tuvieron que pasar varios minutos hasta que divisamos, en primer lugar, a los *celadores*, con sus fajines blancos y sus sables, subiendo y bajando con el trote; y después a sus caballos, ora impacientemente retenidos, ora espoleados para apartar a la gente y abrir paso a la procesión. Detrás de los *celadores* se vieron poco después las puntas relucientes de numerosas bayonetas, que oscilaban con un movimiento acompasado de derecha a izquierda, y sólo parecían avanzar a medida que aumentaba su brillo por encima del mar de cabezas, destacando cada vez más hasta que también se vieron las armas de los que formaban la parte menos destructiva. Luego aparecieron los grandes gorros de piel de oso de los granaderos, hasta que finalmente pudimos verlos de cuerpo entero. También fue entonces cuando empezó a oírse la salmodia fúnebre cantada por los humildes frailes que asistían a los criminales, elevándose poco a poco por encima del murmullo de la multitud. [...]

La procesión entró finalmente en la plaza y ocupó el espacio reservado alrededor del patíbulo. Pusieron debajo al primer reo, y a los otros dos los desmontaron de los asnos y les hicieron sentarse en el primer peldaño de la escalera. Entonces se adelantó el *verdugo* a tomar posesión de sus víctimas. Tras subir al segundo peldaño, agarró al bellaco más menudo y culpable por debajo de los brazos y empezó a subir de espaldas, arrastrándolo consigo peldaño a peldaño, y deteniéndose un instante en cada uno, lo que producía una vibración en la escalera. Por último llegó el *verdugo* al escalón más alto, quedando su víctima un poco más abajo. Les había seguido todo el tiempo un humilde monje, vestido con un holgado hábito de arpillera ceñido con un cilicio. (...) Pero el corazón del asesino fue obstinado hasta el final, y en vano apretó el crucifijo contra sus labios para recibir un saludo de despedida.

Había llegado el último momento de su vida. El *verdugo* cogió dos de las cuerdas que colgaban de la viga, y tras comprobar una vez más que tenían la misma longitud, abrió los dogales y los ciñó al cuello del malhechor. Hecho esto descendió un peldaño, y sentándose firmemente sobre los hombros de su víctima, la aferró estrechamente por la cabeza con las piernas. Después tiró con fuerza de las cuerdas. El malhechor, medio estrangulado, hizo un intento convulsivo pero inútil por estirar hacia arriba sus brazos atados, y luego encogió el cuerpo para librarse de la tortura. El *verdugo* aprovechó este momento para lanzarse por el borde de la escalera, y ambos cayeron juntos. Estaban

a punto de darse la vuelta cuando las sogas detuvieron su caída, y al tensarse golpearon en la cara al *verdugo*, y arrojaron su sombrero entre la multitud. Pero siguió resueltamente aferrado a su presa, recuperó su posición y continuó alzándose y dejándose caer sobre los hombros del malhechor. Tampoco le dejaron solo en sus esfuerzos: sus ayudantes agarraron desde abajo las piernas de la víctima y tiraron de ellas con todas sus fuerzas. [...]

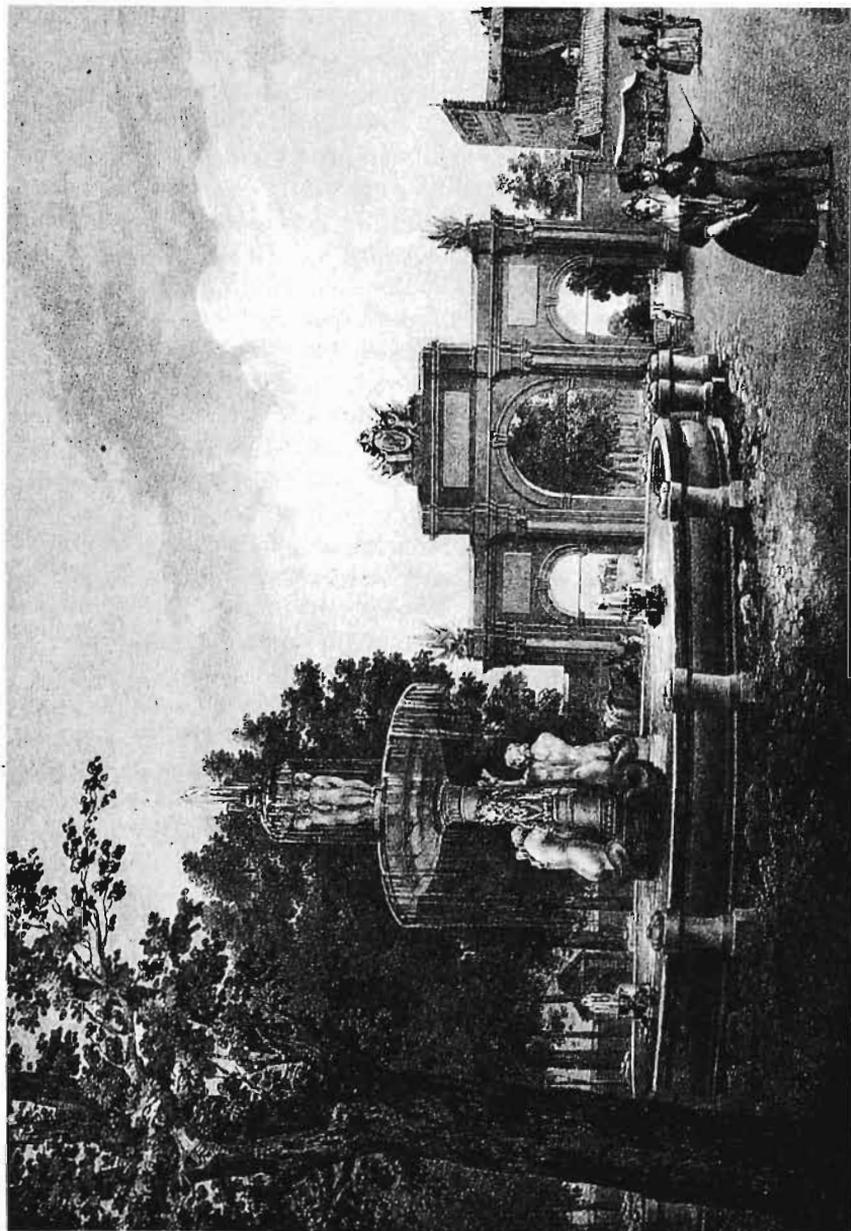
Mientras tanto, el otro malhechor seguía al pie de la escalera, cantando con su confesor un canto que constituía un acompañamiento singular y espantoso de la escena que se desarrollaba a su espalda. Pero su respiro fue breve. Las manos impacientes del *verdugo* no tardaron en agarrarle, y le fueron subiendo peldaño a peldaño, como habían hecho con su compañero. Todavía parecía aferrarse a la horrible incertidumbre de si iba realmente a morir, y forzaba la voz cantando más alto que nunca. Al tropezar en cada escalón, la sacudida añadía un nuevo temblor a su ya desgarrador falsete. Antes de que le pusieran las sogas al cuello, besó el crucifijo con ansiosa avidez, y después siguió cantando, hasta que un tirón del ejecutor quebró de golpe su canto y la ilusoria esperanza del perdón. *Verdugo* y malhechor volvieron a salir despedidos, y el segundo fue estirado y acogotado, como el cadáver ennegrecido que colgaba tieso e inmóvil junto a él.

La conducta de la multitud fue singularmente solemne. Cuando cada víctima caía al vacío desde el patíbulo, brotaba un trémulo murmullo de todos los labios, una breve plegaria por la paz del alma culpable que en aquel momento entraba en la eternidad. Todo el mundo se había desembozado, y mientras sus labios se movían suplicantes se persignaban devotamente, haciendo la señal de la cruz primero sobre la frente, después sobre la cara y finalmente sobre el pecho. Sin embargo, el *verdugo* no compartió estos sentimientos. Quizá habían sido desterrados por la parte activa que había tenido en la ejecución, o quizá habían sido siempre ajenos a su pecho. El caso es que apenas hubo bajado por última vez, empezó tranquilamente a arreglarse la ropa. También recogió su sombrero, y alisó una abolladura que le había hecho la soga; luego, sacando una colilla de la cinta, encendió una cerilla y se puso a fumar.

Traducción del compilador

NOTA: Se trata naturalmente de la Cibele. *Cybele* suena en inglés de modo parecido a *sybil*, lo que puede explicar el error del autor.





Vista de la puerta de Atocha con la fuente que se halla en sus inmediaciones en el Paseo del Prado. Grabado de Camarón



7. Prosper Mérimée (1830)

Es difícil disentir de Farinelli cuando afirma que Prosper Mérimée (1803-1870) es el autor «que, entre los franceses del siglo, más genialmente ha juzgado las costumbres de España»¹. No en vano fue España el país que inspiró sus primeras obras, tanto la comedia juvenil *El teatro de Clara Gazul* (1825) como el divertido sainete *La carroza del Santo Sacramento* (1829), ambientado en el Perú de los virreyes. Sin embargo, Mérimée no viajó a nuestro país hasta 1830, y sólo después de su segundo viaje, en 1840, publicó la novela *Carmen* (1845), su obra más célebre y la que mejor condensa en todo el siglo XIX la imagen romántica de España.

De julio a diciembre de 1830, Mérimée recorrió las dos Castillas, Andalucía y Valencia. Fruto de estos viajes fueron sus *Lettres d'Espagne* (publicadas en 1833 bajo el título de *Mosaïque*), unas cartas «gustosas y saladísimas», en palabras de Farinelli, que ejercieron una gran influencia en la literatura romántica posterior, y no sólo en los libros de viajes.

Al comienzo y al final de su itinerario español, Mérimée pasó varias semanas en Madrid, donde conoció y trató a la condesa de Montijo, madre de dos niñas, Paca y Eugenia, que con el tiempo llegarían a ser duquesa de Alba y emperatriz de Francia. Lamentablemente, quedan muy pocos testimonios de las estancias madrileñas de este escritor, entre ellos algunas cartas privadas de escaso interés para nosotros. En cuanto a las *Lettres d'Espagne*, aunque dos de las cinco publicadas se refieren a Madrid, apenas se habla en ellas de la ciudad: en la primera, titulada «*Les Combats de Taureaux*», Mérimée describe minuciosamente una corrida; y en la tercera, «*Le Musée de Madrid*», hace lo propio con el museo del Prado. Hemos elegido el comienzo de esa primera carta para que el lector, afi-

cionado o no, pueda hacerse una idea de la prosa de este primer espada de las letras románticas.

Las corridas de toros están todavía muy en boga en España; pero entre los españoles de la clase alta, hay pocos que no sientan una especie de vergüenza a la hora de confesar su afición por un tipo de espectáculo ciertamente muy cruel; por eso buscan razones de peso para justificarlo. En primer lugar es una diversión nacional. La palabra *nacional* bastaría por sí sola, pues el patriotismo de salón es tan fuerte en España como en Francia. Además, dicen, los romanos eran aun más bárbaros que nosotros, pues hacían combatir a hombres contra hombres. Finalmente, añaden los economistas, la agricultura se beneficia de esta costumbre, pues el elevado precio de los toros de lidia anima a los propietarios a criar numerosas vacadas. Es preciso saber que no todos los toros tienen el mérito de embestir contra los hombres y los caballos, y que, de veinte, apenas se encuentra uno lo bastante bravo para aparecer en una plaza; los diecinueve restantes sirven para la agricultura. El único argumento que nadie se atreva a esgrimir, y que sería sin embargo terminante, es que, cruel o no, este espectáculo es tan interesante, tan atractivo, produce emociones tan fuertes que no se puede renunciar a él cuando se ha resistido el efecto de la primera función. Los extranjeros, que nunca entran en la plaza por primera vez sin cierto horror, y sólo para cumplir en conciencia los deberes del viajero, los extranjeros, digo, se apasionan en seguida por las corridas de toros tanto como los propios españoles. Hay que reconocer, para vergüenza de la humanidad, que la guerra con todos sus horrores tiene encantos extraordinarios, sobre todo para quienes la contemplan al abrigo.

Cuenta San Agustín que, en su juventud, sentía una gran repugnancia por los combates de gladiadores, que nunca había visto. Obligado por uno de sus amigos a acompañarle a una de estas pomposas carnicerías, se juró tener los ojos cerrados durante toda la representación. Al principio mantuvo bastante bien su promesa y se esforzó por pensar en otra cosa; pero al oír un grito que lanzó la multitud al ver caer a un célebre gladiador, abrió los ojos; los abrió y no pudo volver a cerrarlos. Desde entonces, y hasta su conversión, fue uno de los aficionados más apasionados de los juegos circenses.

Después de un santo tan grande me da vergüenza citarme; sin embargo, usted sabe ² que no tengo gustos de antropófago. La primera vez que entré en la plaza de Madrid temía no poder soportar la vista de la sangre que hacen correr allí liberalmente; sobre todo

temía que mi sensibilidad, de la que desconfiaba, me llevara a hacer el ridículo ante los aficionados empedernidos que me habían cedido un sitio en su palco. No ocurrió nada. Mataron al primer toro que apareció, y ya no pensaba en salir. Transcurrieron dos horas sin el menor entreacto, y todavía no estaba cansado. Ninguna tragedia en el mundo me había interesado hasta ese punto. Durante mi estancia en España no me perdí una sola corrida, y, lo confieso con rubor, prefiero las corridas a muerte a aquellas en las que se contentan con hostigar a toros que llevan bolas en la punta de los cuernos. Hay la misma diferencia que entre los combates a ultranza y los torneos con lanzas borneadas. Sin embargo, los dos tipos de corrida se parecen mucho; solo que en las segundas el peligro para los hombres es casi nulo.

La víspera de una corrida es ya una fiesta. Para evitar accidentes, no conducen a los toros al corral de la plaza (*encierro*) hasta la noche, y la víspera del día fijado para la corrida pacen en una dehesa a poca distancia de Madrid (*el arroyo*). Es un buen paseo ir a ver a esos toros que a menudo vienen de muy lejos. Numerosos carruajes, jinetes y peatones acuden al arroyo. Muchos jóvenes visten para la ocasión el elegante traje de *majo* andaluz, y muestran una magnificencia y un lujo que la sencillez de nuestro atuendo ordinario no permite. Por lo demás, este paseo no carece de peligro: los toros están en libertad, sus guardas no se hacen obedecer fácilmente, y los curiosos deben evitar por su cuenta las cornadas. [...]

La plaza de Madrid tiene capacidad para unos siete mil espectadores, que entran y salen sin confusión por numerosas puertas. Se sientan en bancos de madera o de piedra; algunos palcos tienen sillas. El de Su Majestad Católica es el único decorado con bastante elegancia.

Traducción del compilador

NOTAS

¹A. Farinelli: *op. cit.*, p. 366.

²Las *Letres d'Espagne* de Mérimée van dirigi-

das al director de la revue de París, en la que fueron publicadas de 1831 a 1833.





8. Henry Inglis (1830)

Henry David Inglis (1795-1835) fue un escritor y periodista escocés muy aficionado a las cosas de España. En su breve vida hizo varios viajes por nuestro país y escribió una obra considerable -según parece murió a causa del exceso de trabajo-, de la que hoy sólo se recuerda el excelente relato de viajes Spain in 1830 (aunque los cervantistas ingleses quizá conozcan también sus Rambles in the Footsteps of Don Quixote, libro publicado póstumamente en 1837).

Spain in 1830 consta de dos volúmenes, en el primero de los cuales se narra por extenso la estancia del autor en Madrid. Hombre curioso y activo, buen observador, Inglis describe y comenta todo lo que le sale al paso en las calles de la ciudad, desde el atuendo de las mujeres a la variedad de las tiendas o los portales de las casas. demorándose con esmero impresionista en imágenes, olores y colores. En este sentido su sensibilidad es plenamente romántica, pero la sobriedad de su estilo, tan alejado de los excesos verbales de otros viajeros de la época, nos recuerda agradablemente a los clásicos.

Una buena muestra de la fineza de Inglis es el párrafo que dedica al Retiro: aun reconociendo que el lugar no tiene mucho interés, cuenta que iba a menudo a pasear por él «con el único fin de admirar el maravilloso cielo y las magníficas puestas de sol», pues para este escocés criado entre brumas, los cielos de Madrid son fantásticos «incluso cuando cubren un desierto».

La mantilla y el abanico

El extranjero que por primera vez recorre las calles de Madrid queda sorprendido por el sombrío panorama que se presenta ante sus ojos, pero pronto descubre que ello se debe al atuendo de las mujeres. Es la indumentaria diversa y variopinta del sexo femenino lo que da a las calles de otras grandes ciudades ese aire de alegría y viveza. Ninguna cofia rosa, verde, amarilla o azul alegra las calles de Madrid, porque las mujeres madrileñas no llevan cofia; no se ven cintas de todos los tonos del arco iris moteando el pavimento, pues las mujeres de Madrid no usan cintas. ¡Imagínense lo sombría que resulta una población que no lleva cofias ni cintas y cuyos miembros visten todos o casi todos de negro! Pues así es la población de Madrid. Todas las mujeres españolas llevan una mantilla, cuya calidad y tamaño varían según su posición social. Y para que lo entiendan aquellos que han oído hablar de la mantilla pero que no saben exactamente lo que es, pasaré a describirla: una mantilla es un chal que cubre la cabeza y los hombros y que por detrás y por los lados descende casi hasta la cintura; en la parte superior de la cabeza se alza por encima de una elevada peineta y cae hasta la frente, donde se sujeta prendiéndola con un broche, generalmente de adorno, colocado en el nacimiento del pelo. Antiguamente, en la parte delantera de la mantilla iba incorporado un velo que la usuaria manejaba a voluntad ocultándose con él el rostro o echándoselo hacia atrás. Pero ahora apenas se ven velos en España y únicamente los llevan en misa. De la mantilla pueden inferirse bastantes datos relativos al rango y a la posición social de la mujer española, aunque no debe considerarse un criterio exacto por cuanto las españolas son capaces de sacrificios extraordinarios con tal de vestir bien. Sin embargo, hay tres categorías muy claras de mantillas. Las damas de la clase alta y muchas de la clase media llevan la mantilla de encaje, hecha unas veces de blonda y otras de tul inglés bordado en España, cuyo precio oscila entre cuatro o cinco libras hasta veinte libras. Por lo común, las burguesas usan una mantilla hecha a medias de blonda y de seda, de manera que la blonda queda delante, y atrás, la seda con ribetes de encaje. Las mujeres de las clases bajas utilizan una mantilla de seda, en ciertos casos ribeteada de terciopelo. España es el único país en el que el traje nacional se extiende hasta la gente de categoría, pero esta peculiaridad empieza a desaparecer. Cierto que todavía ninguna mujer se atreve a salir a la calle sin mantilla, pero en los carruajes y teatros se las ve a menudo con sombreros franceses, y el vestido negro de seda, antes tan indispensable como la man-

tilla, es sustituido en ocasiones por sedas de otros colores, y de cuando en cuando se ve en el Prado alguna muselina estampada de procedencia francesa o inglesa.

Pero si bien al principio el sombrío atuendo de las mujeres y la consiguiente ausencia de colores vivos parecían dar un tinte fúnebre al aspecto externo de los habitantes de Madrid, al observarlo más detenidamente descubrí que poseía una variedad y un pintoresquismo que no se encuentra en ningún otro país de Europa. El vestido de las mujeres, aunque oscuro, a los ojos de un extranjero está lleno de novedad y de gracia. Y por otra parte, el sombrero redondo con el ala levantada y la faja carmesí que usan los campesinos; la chaquetilla verde, las piernas desnudas y las sandalias de los incontables aguadores que van pregonando «¡agua fresca!»; los numerosos uniformes militares y, sobre todo, los trajes grotescos de la multitud de frailes de distintas órdenes, prestan a la escena una originalidad muy específica. Pero ningún detalle del panorama que se ofrecía ante mis ojos me pareció tan insólito como el uso tan difundido del abanico: las mujeres españolas antes saldrían de casa descalzas que sin abanico, y en la calle no vi una sola fémina desprovista de tan indispensable complemento. La gruesa matrona y su hija despampanante que la sigue a seis pasos de distancia, como es costumbre en España, se abanicen mientras caminan; la niña de seis años le da una mano a su madre y con la otra se abanica; la mujer que vende higos en la calle se abanica sentada ante su tenderete; y la criada que vuelve del mercado lleva la cesta colgada de un brazo y con la otra mano se abanica. A mí, que no había visto un abanico en otras manos que no fueran las de una dama, todo eso me parecía ridículo.

Impresiones callejeras

Las calles de Madrid ofrecen un aspecto totalmente distinto según la hora del día; antes de la una de la tarde, todo es como lo he descrito: en las calles hay gran ajetreo y actividad, y están llenas de una muchedumbre de gentes de todas categorías, pertenecientes en su mayor parte al sexo femenino, pues las mujeres de Madrid pasan casi todo el tiempo en la calle yendo y viniendo de misa, comprando (un recurso siempre infalible) y yendo y viniendo del Prado. Pero desde la una a las cuatro de la tarde, el aspecto de la ciudad cambia: las tiendas permanecen cerradas o con una cortina echada delante de la puerta; se han cerrado los postigos de todas las ventanas; en las



calles apenas se divisa una sola persona respetable; los vendedores de los puestos callejeros extienden paños sobre sus mercancías y se van a dormir; se ven grupos de pobres y desocupados tendidos en la sombra, y los aguadores se cubren la cara con su chaqueta y hacen servir de almohada sus barrilitos de agua. Pero una vez terminada la siesta, retorna la vida y el bullicio; se descorren las cortinas, los balcones se llenan de damas, los durmientes se sacuden su modorra y los aguadores se entregan de nuevo a su vocación asordándonos con sus gritos de «agua fresca». Esos vendedores de agua son una raza curiosa, y resultan tan necesarios para el campesino español como lo es el vendedor de cerveza para el labrador inglés. Con una cesta y un vaso en la mano derecha y una jarra de agua sobre el hombro izquierdo, van lanzando incesantes gritos que excitan el apetito por el agua fría, y durante el verano desarrollan un comercio lucrativo. Pero el español está tan acostumbrado a consumir agua helada, que he observado que su demanda apenas decaía cuando la temperatura del aire matinal era tan baja que incluso un inglés se hubiera negado a consumir un brebaje tan poco reconfortante.

Durante mi estancia en Madrid, solía salir a menudo muy temprano por las mañanas para poder escuchar la música deliciosa que acompaña el servicio divino matinal en el convento de las Salesas, y entonces las calles presentaban un aspecto diferente: aquí y allá vivaqueaban rebaños de cabras, dispuestos a suministrar leche a quienes no podían permitirse comprar la leche de vaca. Mozos de cuerda, aguadores, vendedores de los puestos callejeros y gente del mercado se desayunaban con uvas y pan, y aquí y allá se veía a un fraile pidiendo alimentos para su convento con un saco colgado del hombro. Una mañana seguí por curiosidad a un fraile franciscano a todo lo largo de la calle de la Montera. Pidió limosna a más de cuarenta personas y entró en todas las tiendas, pero sólo dos personas respondieron a su petición. Una de ellas fue un viejo mendigo cojo sentado en el umbral de una puerta, que le puso medio cuarto en la mano, y el otro un anciano caballero que, a juzgar por su sombrero de tres picos y varias otras insignias, debía de ser un funcionario público.

Durante mi primer paseo por las calles de Madrid, observé con asombro el número extraordinario de tiendas dedicadas a la venta de peinetas. En España entera, pero sobre todo en Madrid, la peineta constituye una parte indispensable e importante del atuendo femenino, y es un acompañamiento obligado de la mantilla. Una peineta española que se precie de tal no ha de medir menos de treinta centímetros de alto y unos veinte de ancho, y ninguna mujer considera

exagerado pagar de nueve a quince dólares (de dos a tres libras) por este tocado; en consecuencia, uno de cada diez comercios es una tienda de peinetas. Otros establecimientos también muy numerosos son las librerías, y los terceros en número están repletos de retales y trozos de telas de toda clase y colores, que en parte explican el aspecto remendado de la vestimenta de los más desfavorecidos, quienes sin duda encuentran en estos almacenes el medio de reparar sus trajes raídos. Un día, por curiosidad, me dediqué a caminar lentamente a lo largo de dos de las calles comerciales más importantes y a tomar nota de las diferentes tiendas que en ellas se hallan. En la calle de Carretas conté dieciséis librerías, diez vendedores de peinetas, tres joyeros, dos cacharrerías, dos bordadores en plata y oro, dos chocolaterías, dos tiendas de abanicos, seis lenceros y comerciantes en seda, un pañero especializado en tejidos de lana, un sombrerero, un perfumista, un frutero, una imprenta, un vinatero y una tienda de medias. [...]

Cuando uno camina por las calles de Madrid, su sentido del olfato tan pronto se ve sorprendido por un agradable buen olor como por un hedor antipático; entre los primeros se hallan el fragante perfume de la canela que suelen mezclar con el chocolate: junto a la puerta de todas y cada una de las chocolaterías hay una persona que machaca la canela en un gran mortero. Otro olor agradable es el que sube de las pilas de melones que se amontonan en las calles. A propósito, esta costumbre de apilar la fruta en plena vía obliga al que no está acostumbrado a las calles de Madrid a vigilar dónde pone los pies, pues tanto melones como naranjas, manzanas y muchas clases de frutas yacen esparcidos por el suelo, y el transeúnte corre constante peligro de tropezar y caer. Entre los malos olores que le asaltan a uno el más común, y para mí el más ofensivo, es el olor del aceite que emplean para cocinar. [...]

No quiero dejar de mencionar una visión ofensiva; me refiero al hábito constante de peinarse y limpiarse los cabellos en plena calle: en la mayoría de las calles menos frecuentadas es posible contemplar, en uno de cada dos o tres portales, a gente absorta en este entretenimiento. A veces la ocupación incluye cierto escrutinio, cuya naturaleza el lector deberá contentarse con adivinar. Y aun en las calles más frecuentadas, si hay dos mujeres sentadas ante dos puestos de frutas vecinos, por lo general una se dedica a peinar, arreglar y a veces escudriñar los cabellos de la otra. [...]

Vine dispuesto a encontrar muchas más desgracias y pobreza entre el pueblo bajo de Madrid de lo que se aprecia a primera vista, o incluso de lo que realmente existe. Hay mucha miseria en Madrid,

pero se halla extendida entre otra clase distinta, de la que más adelante tendré ocasión de hablar. De momento, sólo me refiero a la clase más humilde de los habitantes, entre los cuales en toda gran ciudad hay siempre cierta cantidad de menesterosos. Varias veces caminé a propósito por los barrios más humildes de la ciudad, pero nunca advertí esas estampas de pobreza e infortunio que con tanta frecuencia se ven en París, Londres, Dublín, Manchester y otras grandes ciudades de Francia e Inglaterra. Cuando el rey llegó a Madrid procedente de La Granja, al menos había diez mil personas presenciando su *entré*e, y cuando la reina dio a luz, el número de personas que esperaban en el patio del palacio era el triple. Sin embargo no vi un solo individuo harapiento y apenas un solo mendigo. No obstante, es posible que una capa oculte muchas calamidades, y tuve un ejemplo de ello ante mis propios ojos. Paseaba yo una mañana por la parte más retirada del Prado, frente al jardín botánico, y tomé asiento sobre el muro bajo que sustenta la barandilla de hierro. A pocos pasos de distancia se hallaba sentado un hombre envuelto en una capa en buen estado y aparentemente absorto en sus pensamientos. Por lo visto se había aposentado en un lugar prohibido porque uno de los guardas se le acercó sin que él lo advirtiese y le tocó en el hombro con el mosquete. Poco importa si el sobresalto que esta intrusión le ocasionó fue lo que le desató la capa o si fueron sus manos las que, sin querer, soltaron la prenda con que se abrigaba; lo cierto es que la capa se le cayó dejándole al descubierto el tronco, y vi que aquella era su única vestimenta exceptuando la chalina. El hombre no era ningún mendigo; se cubrió rápidamente y se alejó. Probablemente pertenecía a esa clase de madrileños que lo sacrifican todo en aras del exterior, o puede que fuera uno de esos escasos castellanos que han heredado el viejo orgullo de Castilla y antes prefieren morir que pedir limosna.

[...] Madrid no tiene industria, de modo que la mano de obra no acude a la capital, donde después estaría sometida a las vicisitudes del comercio; tampoco existe el menor espíritu de empresa, actividad cuyos caprichos exigen un continuo aporte de abundante mano de obra. No sé si estas razones bastarán para explicar el hecho que pretendo justificar (...); seguramente el lector podrá añadirles otras, pero lo cierto es que en ninguna ciudad de Europa de la categoría de Madrid hay tan poco infortunio expuesto a la vista.

En cambio, en las calles de Madrid se respira una ausencia de actividad comercial como no he visto en ninguna otra ciudad; la población parece salir tan sólo a divertirse. Dos cosas sobre todo contribuyen a dar ese aire de tranquilidad y de placer a las idas y veni-



das de los habitantes de Madrid: la gran cantidad de mujeres que conforman la multitud callejera y la extremada lentitud con que se mueven. Las mujeres de Madrid no tienen nada que las retenga en casa; las damas, a diferencia de las de Londres, no ejecutan labores domésticas, y la mayoría de las burguesas no se ocupan de sus tiendas, como lo hacen las de París, de modo que la calle es su único recurso contra el *ennui*. Y en la extremada lentitud de aquel deambular hay algo del todo opuesto a los negocios y a los deberes: un andar rápido va siempre unido a algún fin necesario. Pero aquí, en cuanto uno llega a un espacio abierto, especialmente la Puerta del Sol, una plaza pequeña situada en el centro de la ciudad, divisa a cientos de caballeros parados sin más ocupación que hacer caer la ceniza de sus cigarros. También el gran número de militares que pasean cogidos del brazo, y sobre todo los incontables curas y frailes, que solemos relacionar con la imagen del ocio y la placidez, hacen que los transeúntes que pueblan las calles den esa impresión de andar buscando diversión que es tan propia de Madrid, y que tal vez no esté muy lejos de la verdad.

Calle de Alcalá

Ya que he mencionado la calle de Alcalá, permítame que hable de esta calle tal como se merece que hablen de ella. No concibo entrada más preciosa para una ciudad. (...) Si uno se coloca en esta calle tiene a derecha e izquierda el largo y ancho paseo del Prado con su cuádruple hilera de árboles que se alarga en una bonita perspectiva hasta las puertas que lo cierran; detrás tiene uno la magnífica Puerta de Alcalá, un imponente ejemplo de belleza arquitectónica; y delante se extiende la calle de Alcalá, que llega hasta el corazón de la ciudad, larga, de soberbia anchura y flanqueada por una espléndida fila de edificios sin par entre los que se encuentran las residencias de muchos de los embajadores, los dos hermosos conventos de las Calatravas y las Ballecas, y también la Aduana. Pero la calle de Alcalá es la única verdaderamente hermosa de Madrid; muchas de las otras calles están bien, y no pocas son respetables, de anchura suficiente y con edificios altos y bien construidos, pero la única calle magnífica es la de Alcalá.



El Prado

Hay una cosa muy desagradable relacionada con un paseo por el Prado, tanto si uno va en carruaje como a pie, y es la obligación de rendir honores a cualquier deudo de la familia real, sean cuales sean las veces que éste acierte a pasar. Todos los carruajes deben detenerse y sus ocupantes han de quitarse el sombrero, y si el coche es descubierto deben además ponerse en pie; en cuanto a los peatones, todos han de interrumpir su caminar, volverse hacia el personaje e inclinarse con la cabeza descubierta. (...) Una tarde me vi literalmente constreñido a abandonar el Prado debido a la molestia constante de tener que saludar cada pocos minutos a la real presencia de la esposa del infante don Francisco, que se entretuvo paseando arriba y abajo por lo menos una hora. Nadie está exento del esperado homenaje; incluso los embajadores extranjeros deben detener su carruaje, alzarse y descubrirse en cuanto acierta a pasar un retoño de la realeza por lejano que sea su parentesco con la casa real y por tierna que sea su edad. Tanto el ministro británico como el americano me dijeron que por dicha razón no iban nunca al Prado.

[...] Nadie en toda España camina por gusto; en todo caso, las mujeres no lo hacen. Creo que este hecho basta para explicar la superioridad de las españolas en el arte de andar, sin que debamos suponer por ello que las mujeres de otros países muestren deficiencia alguna en la elegancia de sus miembros o en la simetría de sus formas. Las inglesas caminan para mantenerse sanas: se ponen una cofia, un par de zapatos resistentes y un chal y salen a caminar por el campo. La naturaleza del clima las obliga a andar de prisa; nadie las mira y lo último en que piensan es en su propia manera de andar. Pero la española nunca camina para mantenerse sana o para hacer ejercicio, y únicamente sale para ir de paseo, no sin antes haber puesto un cuidado extremado en su atavío. Durante el paseo, estudia cada paso que da, porque el objeto de su salida consiste en ser vista y admirada, y la naturaleza del clima la obliga a caminar con lentitud.

El Retiro

Durante mi estancia en Madrid prefería dar mi paseo vespertino por el Retiro antes que por el Prado, que es un jardín vasto y mal trazado sembrado de arbustos, de un perímetro de cinco o seis kilóme-



tros y situado en una colina detrás del Prado; se entra por el patio del viejo palacio que fue destruido durante la guerra. El Retiro no posee ningún atractivo especial, aparte del aire fresco y la ausencia de polvo. En este jardín hay unos cuantos lugares elevados desde los que se domina un extenso panorama, que sin embargo no tiene nada de interés excepto la ciudad, y el cielo tampoco puede atraer la atención de quienes están acostumbrados a la densa atmósfera y al firmamento nuboso propios de las regiones nórdicas. Durante los meses que pasé en Madrid apenas percibí una sola nube, y a menudo me iba a caminar por el Retiro con el único fin de admirar el maravilloso cielo y las magníficas puestas de sol: esos cielos son fantásticos, incluso cuando cubren un desierto. Desde el Retiro la vista no abarca más que un desierto, que limita en un lado con la Sierra de Guadarrama y en el otro con los montes de Toledo. Y Madrid, que se yergue solitaria en medio de aquella planicie desprovista de árboles y de vida, parecía, cuando el sol poniente hacía brillar sus cúpulas y campanarios, haber sido colocada allí por arte de magia.

El teatro del Príncipe

El teatro del Príncipe es lastimosamente pequeño tratándose de un teatro metropolitano, pues en él no caben más de mil quinientas personas. Pero es claro y bonito, está pintado de blanco y dorado y alrededor de las paredes se ven los bustos de los principales poetas, dramaturgos y novelistas españoles con sus nombres inscritos debajo. Los que se hallan en la parte delantera, y que sin duda ocupan el lugar más destacado, son Calderón, Lope de Vega, Cervantes, Garcilaso, Ercilla y Tirso. Calderón y Lope están situados en el centro, donde en mi opinión debería hallarse Cervantes. La sala estaba llena; las damas en general llevaban mantillas, pero algunas iban en traje de gala, y unas pocas se habían atrevido a ponerse sombreros franceses. En los teatros españoles existe una peculiaridad que a primera vista parece incompatible con el estado de la sociedad y sus modales: excepto en los palcos privados, no hay apenas ningún sitio donde damas y caballeros puedan sentarse juntos. En Madrid los únicos lugares que cumplen este requisito no pueden contener ni treinta personas, pero por otro lado, todo está dispuesto para acomodar a las damas. La mayor parte del espacio que en un teatro inglés ocupa la primera fila de palcos, ha sido convertida aquí en un espacio único llamado «cazuela», en el que solamente pueden entrar las damas.



Las mujeres más respetables van a la cazuela y se sientan sin acompañante, pero esta disposición favorece no poco las intrigas, pues desde la cazuela se tiene acceso a todos los rincones del teatro, de modo que durante los entreactos la cazuela se ve casi desierta: algunas damas se han ido a visitar a conocidos suyos a los palcos, pero la mayoría no llega más allá del vestíbulo, donde es fácil encontrar a algún amigo. Y cuando finaliza el espectáculo, cada dama tiene un galán que la espera. Suele ocurrir también que si la cazuela está llena durante el primer acto, en el segundo está medio vacía y en el tercero, casi desierta, lo que no necesita explicación alguna.

En el teatro sólo descubrí a una belleza auténtica, pero vi varios rostros muy expresivos y algunos ojos preciosos, dignos de una serenata. Aquí el abanico resulta un compañero indispensable, pues además de sus usos más corrientes hace la vez de crítico al expresar aprobación o rechazo. Y en los entreactos presta gran ayuda al lenguaje de las miradas. [...]

Cuando hubo terminado la obra, el espectáculo prosiguió con la representación del bolero, que es una danza bailada por dos personas: el hombre va vestido de campesino andaluz (pues el bolero es un baile típico de Andalucía) con una chaquetilla oscura cubierta de bordados, un chaleco blanco también bordado, una faja carmesí, ceñidos calzones blancos y el cabello recogido con un lazo negro, mientras que su compañera luce un llamativo vestido rojo con bordados dorados. Sólo se trata de los habituales trajes de fiesta del campesinado español. El baile en sí es un vivo minué; van avanzando, retrocediendo y girando mientras repiquetean con los pies en el suelo y hacen sonar las castañuelas con las manos. Me habían comentado la falta de decoro del bolero, pero yo no hallé en este baile cosa alguna que fuera ni remotamente indecorosa.

Descripción de una casa

En Madrid, la totalidad de la clase media, y de hecho todo el mundo excepto las personas de más alto rango, viven en plantas altas o pisos, y cada piso es una casa distinta. La puerta exterior de todas las casas de Madrid es enormemente sólida, más parecida a la puerta de una prisión o de un convento que a la de una mansión particular; y en el centro tiene una mirilla de unos quince centímetros de altura por cinco de anchura, provista de una reja de hierro y un postigo corredizo. Cuando uno llama a la puerta de una casa española, al

sonar la campanilla se alza una voz que pregunta «¿Quién es?», y la persona que desea entrar debe contestar: «Gente de paz». Pero esta afirmación no le basta al que se halla en el interior; porque entonces corre el postigo, mira por la mirilla, y el coloquio habitual tiene lugar a través de ella antes de que se abra la puerta, a no ser que el sirviente conozca a la persona que espera fuera. [...]

La casa que he escogido para describir su interior, como muestra de lo que son las moradas de la clase media de Madrid, pertenecía a un caballero que ejercía un cargo público con un sueldo de cincuenta mil reales *per annum*. Con ligeras variaciones, esta casa constituye un buen ejemplo de lo que son las residencias de las personas con carreras liberales, de los *employés* y de la gente independiente que disponga de unas entradas *per annum* de quinientas a mil libras. La habitación principal es amplia y soleada, su suelo, que por lo general es de ladrillos, está enteramente recubierto por una vistosa estera de paja con un dibujo coloreado en forma de flores, tan bonita como una alfombra. En la habitación no hay chimenea. Las paredes, así como el techo, están pintados, y tan perfectamente como los que he podido ver en Inglaterra. El mobiliario consiste en un gran sofá de caoba, enguantado de crin y forrado de satén negro floreado; unas sillas de caoba con asientos de mimbre de color verde o paja; cuatro mesitas de caoba de buen material primorosamente labradas, y una gran mesa redonda en el centro de la sala, sobre la que reposa un elegante servicio de porcelana; un espejo, dos bloques de mármol entre las ventanas y unos cuantos cuadros -copias de los grandes maestros españoles- completan el mobiliario; pero no debo olvidar cinco o seis taburetes bajos esparcidos aquí y allí, pues todas las damas poseen su propio escabel para descansar los pies.

En un extremo de esta habitación se abre un hueco que tiene una superficie de entre tres y cuatro metros cuadrados y que no queda tapado por ninguna cortina. Es un dormitorio, un dormitorio que se utiliza. La cama tiene un armazón de alambre de hierro o de latón y está cubierta por una colcha guarnecida con anchas tiras de encaje. Los muebles son todos de caoba, y el aguamanil y la jofaina del lavamanos son de latón.

Una ancha arcada que se abre en el otro extremo del salón conduce a una antecámara alfombrada con la misma estera del salón y amueblada con un diván y unos sillones y escabeles tapizados de satén azul. En un lado de la antecámara hay otro hueco, sin puertas ni cortinas lo mismo que el primero, que contiene dos camas entre las que se alza un pequeño bloque de mármol con un recipiente de agua bendita; en la cabecera de las camas se ven sendos crucifijos

pequeños de marfil. Ésta es la alcoba matrimonial. El resto de la casa consta de un largo pasillo tortuoso y bastante oscuro que da a todos los demás cuartos: a saber, un pequeño saloncito o estudio, siempre muy destartado, y un tocador que contiene un diván achaparrado cubierto de satén negro, un par de escabeles, una mesa y un magnífico espejo. El suelo de esta importante habitación suele estar tapizado con una estera o bien recubierto de baldosas, y las paredes están por lo general empapeladas con papel francés y embellecidas y afeadas, depende del caso, con unas cuantas pinturas religiosas o de carácter profano, o de ambas clases, según sea el gusto de la señora.

En casi todas las casas españolas la peor habitación es el comedor, en el cual se toman todas las comidas. Por lo común el suelo no tiene estera, las paredes están desnudas, los muebles son de lo más ordinario, y la propia habitación es tan pequeña que la mesa ocupa casi todo el espacio y a su alrededor raras veces pueden sentarse más de seis personas. Este detalle revela en seguida un secreto esencial de la economía vigente en la sociedad madrileña: no cabe la menor probabilidad de que le inviten a uno a cenar. [...]

He olvidado mencionar la cocina española, que está pertrechada con una losa en la cual hay seis u ocho agujeros circulares para el carbón vegetal y numerosos recipientes de barro de la medida de esos agujeros. En general, los hogares respetables, ya estén en Madrid, Sevilla o Valencia, ofrecen una limpieza perfecta. No he visto en país alguno cocinas y dormitorios tan limpios como los que tienen en España. [...]

En Madrid, y también en toda Castilla, los manjares suelen ser algo más suculentos, aunque los españoles como nación pueden en justicia calificarse de abstemios y poco aficionados a los placeres de la mesa. La olla o puchero no es el único plato que honra la mesa de las clases media y alta; generalmente le sigue un estofado, y la comida termina siempre con pasteles, dulces y fruta. Claro está que ésta es una comida modesta para quien tiene una renta de setecientas u ochocientas libras al año. Y todavía hay en Madrid mucha gente, incluso de rango elevado, que se contenta con el puchero.

Traducción de Montserrat Serra Ramoneda



9. Marqués de Custine (1831)

El marqués Astolphe de Custine (1790-1857) es conocido en Francia principalmente por La Russie en 1839, cuya aparición en 1843 obtuvo un gran éxito de crítica y público. Sin embargo, este «viajero por excelencia», como le llamó Balzac, había publicado en 1838 otro libro de viajes monumental, L'Espagne sous Ferdinand VII, que aunque no despertó tanto entusiasmo bastaría por sí solo para considerarle uno de los más destacados representantes franceses del género.

Custine recorrió España en 1831, y pasó en Madrid casi todo el mes de abril, con una breve escapada a El Escorial. De Madrid trata buena parte del primero de los cuatro densos tomos que componen L'Espagne sous Ferdinand VII, y aunque no deja de ser significativo, lo importante no es la cantidad de páginas que dedica el viajero a la ciudad, sino la calidad del análisis que desarrolla en ellas, articulado casi siempre en torno a la política y la religión, «los únicos temas dignos de reflexión» para Custine. En este sentido el título del libro nos da ya una clave: el autor pretende ante todo estudiar el país a la luz del absolutismo impuesto por Fernando VII, cuyas manifestaciones más patentes se observan en la capital hacia los últimos años de su reinado.

El Madrid de Custine no es tan siniestro como el de Blanqui, ni tan vivazmente pintoresco como el de Inglis o el de Slidell Mackenzie; sus colores quizá sean menos brillantes, pero están más matizados. Y es que este viajero conservador, erudito y políglota, pariente espiritual de Chateaubriand y Stendhal, era además un escritor de primer orden. Sus juicios tienen una hondura conceptual nada frecuente en las obras del género, apenas empañada por su excesiva tendencia a generalizar. Tanto si nos habla del silencio de las calles de Madrid como del vistoso traje de los majos, cuando reflexiona sobre el espíritu monárquico

popular o sobre el encanto del bolero, cuando asiste a la ejecución de un librero o a una corrida de toros, Custine aporta siempre su personalísima visión de la ciudad y sus habitantes, que tan callada pero poderosamente influirá en viajeros posteriores (como Gautier y Dumas, que no dudaron en plagiarle).

Dentro de las limitaciones que impone toda compilación, hemos procurado traducir lo esencial de los capítulos de L'Espagne sous Ferdinand VII relativos a Madrid y El Escorial, sin introducir ningún epígrafe para no alterar la fluidez cronológica del relato.

Este paisaje, grandioso como los de Salvator Rosa, me llenaba de admiración, mientras nuestras ocho mulas nos llevaban al galope por las pendientes de la sierra de Guadarrama. Pasado Buitrago, la naturaleza es menos hermosa, pero quizá más extraordinaria: la tierra produce aquí el granito como en otras partes hace crecer las plantas y los árboles. Estas piedras adoptan formas tan singulares que no recuerdo nada parecido en Europa, a no ser en Provenza, en el desfiladero de Ollioules. Pero este fenómeno sólo se manifiesta allí en pequeña escala; aquí es un diluvio de rocas que han caído, o más bien que han brotado en las hondonadas y sobre una larga serie de colinas. Estas rocas tienen figuras de animales: son elefantes, hipopótamos, escarabajos gigantes, cocodrilos, caparazones de tortuga: ¡por todas partes piedras, nada más que piedras! Uno cree ver a la vieja tierra entreabrirse y mostrar su esqueleto. Es una enfermedad del globo, una lepra que ha hecho irrupción en estos parajes. Tal es el aspecto de los lugares que preceden a la llanura de Madrid.

Esta llanura no tiene ninguna belleza de ningún tipo, ni siquiera del tipo curioso. Está cultivada, pero sin variedad: se escarban los campos para sembrar un poco de trigo que en seguida se vuelve color de polvo y que se corta cuando está amarillo. La campiña no ofrece aquí a la mirada la rica apariencia de los países de buenas tierras; tampoco tiene la grandeza de una completa soledad. El viajero llega a la capital del reino no tan entristecido como aburrido. Desde la mañana no ha visto ni un árbol, y sólo ha atravesado sucias aldeas.

Madrid, 7 de abril de 1831

Cualquier rincón de España que se quiera describir suscitará sin duda interés; ninguna parte de este país recuerda al resto de Europa:



ies España, siempre España y nada más que España! Recorriendo estas regiones es imposible olvidarse por un instante del nombre del país donde uno está y del pueblo que uno ve, hasta tal punto lleva aquí cada objeto y cada persona la impronta nacional. Apenas he llegado a Madrid y ya he corregido la opinión que me había formado sobre el parecido de España con Italia. No imaginaba que los dos extremos meridionales de la Europa civilizada tuvieran tan poca relación entre sí. [...]

El aspecto de la tierra, el del cielo, donde las nubes de primavera cargadas de granizo y nieve se recortan nítidamente sobre un fondo azul oscuro, la fisionomía, el habla, el carácter de los hombres y hasta el aire que se respira, todo es áspero en España... En Italia todo es dulce y atractivo. Italia es un mundo ideal al que Dios confió, como en depósito, el secreto de las grandes obras de arte: es lo único que tenemos derecho de pedirle. España es el país de la fuerza, el cielo sólo le ordena la originalidad, la independencia: el tipo de lo bello está en otra parte. [...]

Un pueblo que sin rey, sin gobierno, sin soldados, sin dinero, sin municiones, sin víveres, sin zapatos, ha resistido con la sola energía de su voluntad a la voluntad de hierro de Bonaparte, apoyada por el mayor talento militar de la época y por la potencia que aterrorizaba a Europa, no tiene apenas relación con los italianos. [...]

Convento en que hay un gran poder de seducción en el peligro, cualquiera sea la forma en la que se nos presenta; pero este atractivo sólo puede ser reconocido por un pequeño número de almas, y aun más, sólo lo sienten en determinadas épocas de la vida. Al parecer tengo todavía la suficiente juventud para disfrutar del peligro. Esta mañana, paseando por las hermosas alamedas del Buen Retiro, pregunté si se podía venir de noche a tomar el fresco en la buena estación. Mi guía me respondió con el relato del asesinato de un correo inglés al que los matones, de los que Madrid está lleno, habían atraído *a las once de la mañana* a un paraje apartado de este jardín. ¿Me creerá usted? ¹ Al oír esto sentí mi corazón latir de alegría por estar en Madrid. Sin duda, una capital en la que se asesina en pleno día no es un lugar como cualquier otro... Pero tranquilícese: hace ya siete años que se cometió este asesinato, aunque la verdad es que no me han dicho si los culpables fueron apresados y castigados.

Al pasar por la puerta de Alcalá he visto un furgón de comercio escoltado por seis hombres armados que le acompañaban hasta las mismas murallas de la ciudad. He preguntado la causa de tamaño aparato militar, y me han respondido que ningún vehículo se atrevía a llegar a Madrid sin una protección similar.

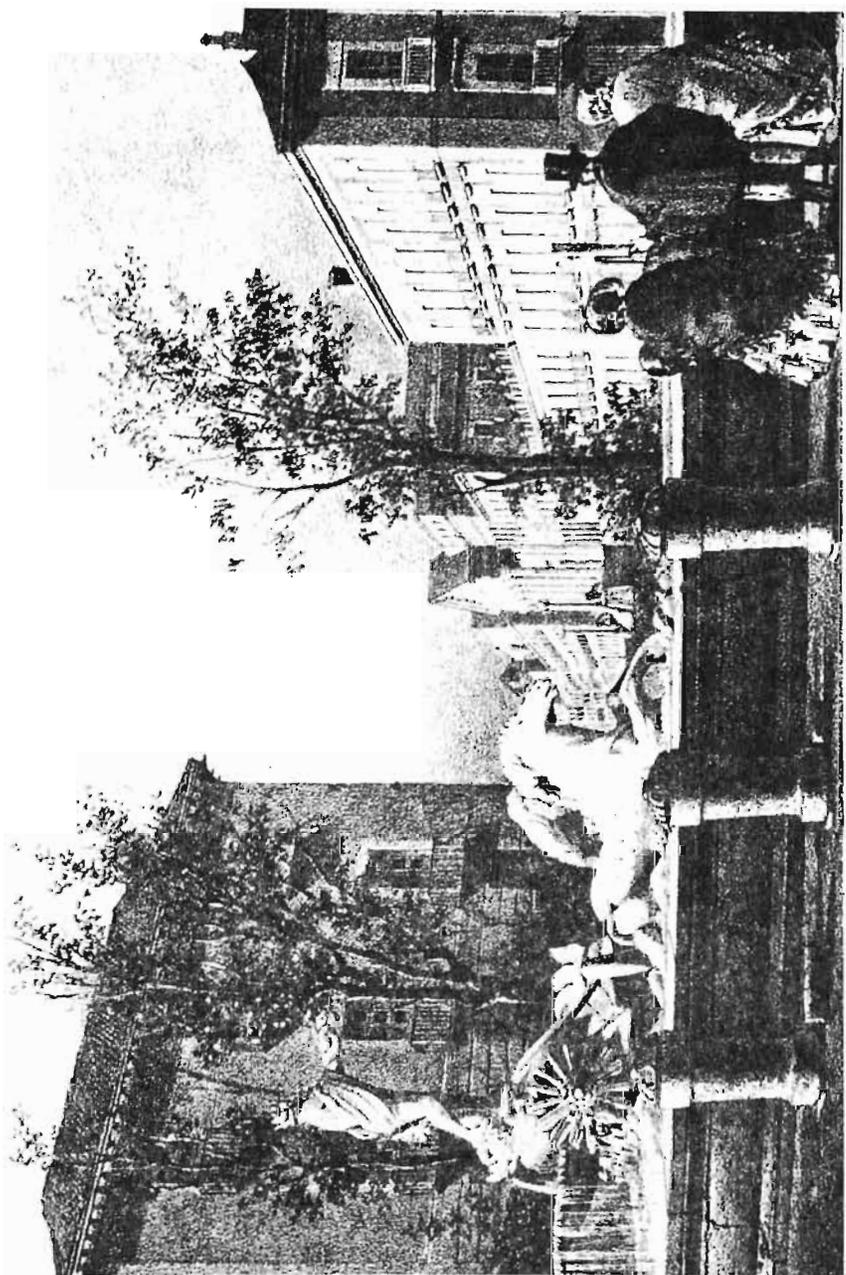
Hace poco, un distinguido extranjero había contratado una escolta considerable para viajar por España. Llegado que hubo a un cuarto de legua de la capital del reino, le pareció que seguir conservando a su guardia sería insultar al gobierno del país, por lo que despidió a los soldados que le habían protegido hasta allí; y gracias a tanta delicadeza, fue saqueado cinco minutos antes de alcanzar la puerta de Alcalá.

Un grande de España, que había invitado a cenar a algunos amigos a dos leguas de Madrid, se ocupó de hacerles escoltar en el camino de ida y en el de vuelta. Esta precaución fue admirada como una gran magnificencia, pero en modo alguno considerada un lujo inútil.

Tras escuchar unos cuantos relatos de este tipo, uno se siente transportado a la Edad Media; la imaginación se exalta, y a cada paso que da uno cree sondear el tiempo. ¿Cómo hollar sin respeto una tierra cubierta de reliquias todavía vivas del pasado? El espíritu de otras épocas, eclipsado en otras partes, lo mantiene aquí activamente un pueblo enérgico, tenaz, independiente del mundo entero. Y eso que Madrid es de lo menos nacional que hay en España.

Por mucho que esta ciudad se jacte de su origen fabuloso, sólo ha contado algo desde la época en que Carlos V y Felipe II hicieron de ella la residencia principal de los reyes. Su pueblo es sin duda original; pero el aspecto de la ciudad me recuerda un poco a las residencias alemanas, aunque en grande. Me sorprende creyéndome en Berlín o en los arrabales de Viena. El emplazamiento, mal elegido, como todos los de los lugares que pretenden crear los príncipes, recuerda los enojosos trabajos de los marqueses de Brandeburgo; otros matices, captados al vuelo por aquellos que, como yo, han adquirido la costumbre de atravesar Europa en poco tiempo, atestiguan la influencia de los príncipes alemanes; también se reconoce la de los Borbones, y el genio de Luis XIV planea sobre Madrid junto al águila imperial de Austria. Pero en país extranjero los franceses sólo siembran en la superficie, no aran profundamente la tierra: Madrid les debe un aire de pompa real, nada más.

No son las huellas de esta vanidad de príncipe lo que yo busco aquí; lo que me interesa, mucho más que las imitaciones de Versalles, es ver el espíritu monárquico en acción no en la corte, sino en los últimos reductos de la miseria. ¡Felices los países en los que el orgullo del pueblo se nutre de actos de respeto hacia el príncipe! ¡Qué grande y venerable parece la institución de la monarquía en la lealtad voluntaria y libre del ciudadano a su soberano! La generosidad no es nunca tan conmovedora como cuando se encuentra entre los pobres.



Carrera de San Jerónimo vista desde la fuente de Neptuno. Grabado de F.J. Parcerisa en Recuerdos y bellezas de España

He aquí un ejemplo de ello: recorriendo Madrid me llamaba la atención el aspecto severo y triste de las calles; sin embargo las hay muy anchas y con casas que, sin ser de arquitectura elegante, aúnan un aire de limpieza con un aspecto sólido; veía en ellas, como en el resto del país, una fisionomía romántica que deben sobre todo a sus ventanas enrejadas y a los balcones que tienen en el primer piso ². Mientras contemplaba cada vivienda con la atención que no se puede negar a todo objeto nuevo, vi una gruesa cadena de hierro colgada a modo de guirnalda a la entrada de varios palacios, y pregunté la causa de esta singularidad. Me dijeron que cuando una real persona holla el umbral de una casa española, el propietario cuelga esta cadena como trofeo encima de su puerta, uso que se remonta a una remota antigüedad... Lleva unido un privilegio: ningún ujier de justicia puede entrar en una casa protegida por esta señal del favor real.

La penúltima reina, estando embarazada, paseaba un día por Madrid cuando al fondo de una calle apartada vio a una familia pobre, cuya madre preparaba la cena en una sala baja, o más bien en una especie de cueva que daba a la calle. La comida no era más que una fritura en aceite. La reina tuvo el antojo de probarla, mandó detener la carroza y entró en la casa de esta buena gente. Cuando se hubo marchado, su primer afán fue reunir todos sus medios para procurarse los honores de la cadena, a los que tenía derecho. Este trofeo cuelga todavía a la entrada de su humilde morada. Quizá se lo envidien muchos grandes. [...]

El famoso paseo del Prado no está a la altura de su reputación; sólo tiene una alameda, parecida a los nuevos bulevares de París de la zona de los Inválidos, pero adornada con fuentes bastante hermosas. Parece desierto hasta cuando hay gente, pues se echan en falta las casas, los juegos, el movimiento, la variedad. Por lo demás, la variedad se echa en falta por todas partes en Madrid.

La calle de Alcalá, que lleva al Prado, es célebre, y me parece hermosa; es una calle en cuesta que desciende girando un poco, pero no lo suficiente para limitar la vista; termina ensanchándose majestuosamente hasta el comienzo del paseo, que corta en ángulo recto. Pese al aspecto imponente de esta calle en cuesta, hay que reconocer que sus casas son bajas, que tienen incluso un aspecto mezquino, y que su desnudez hace echar de menos el lujo arquitectónico que se admira en otros países.

Otras calles que desembocan en el Prado tienen, como la de Alcalá, un aspecto noble y triste. Reina en ellas una gran soledad, un silencio profundo; la pendiente sobre la que están trazadas contribuye a darles un aire de limpieza sin adornos bastante original; este

atractivo se ve realizado por el aspecto de su empedrado, que de lejos parece entarimado, parecido sin duda engañoso, pues es muy incómodo; pero produce un bonito efecto visual. Está compuesto por pequeñas guijas negras cortadas por bandas de grandes piedras blancas: no se las podía honrar con el nombre de losas, pues son estrechas y desiguales; sin embargo, sirven de acera a los peatones, y vistas desde el Prado producen un efecto bastante agradable. Largas recuas de asnos y mulas, atados entre sí por cuerdas y guiados por un rústico de Castilla la Nueva, dan a las calles de Madrid un aspecto más nacional que su arquitectura. Se ven pocas carrozas, hecho compensado por numerosas comitivas de pequeñas carretas uncidas a una pareja de bueyes, que causan un efecto singular. En cuanto a los principales edificios, su aspecto recuerda siempre a los arrabales de Viena.

En los albergues falta de todo, lo que quiere decir literalmente que sólo se encuentra lo necesario, y eso es poco para un europeo del Norte. Pese a los inconvenientes, bastante graves a los ojos de la gente difícil, esta ciudad tiene un atractivo del que no puedo defenderme. Reside únicamente en el carácter del pueblo interesante que la habita. Todo recuerda y atestigua este carácter. Las caras, los trajes, las fisionomías, los gestos, las costumbres, todo concuerda aquí. Nunca he visto una nación más exenta que ésta de las contradicciones de nuestras sociedades modernas; es simple y fuerte como la naturaleza: la necesidad de unidad y armonía se manifiesta en ella por todas partes; es exactamente lo contrario de Francia, donde todo es contraste e inconsecuencia; de este modo, hay tanta gravedad en España como ironía en nuestra patria. No sé si el cuerpo político es sólido, pero todos los individuos que lo componen son fuertes.

En la calle, todas las mujeres llevan el mismo atuendo; los extranjeros reprueban esta uniformidad; a mí me encanta. Admite matices, pero delicados, casi imperceptibles, por lo que tienen tanto más valor a los ojos de los que saben distinguirlos. La mantilla, que todas las mujeres se ponen en la cabeza para salir, no es la misma prenda para todas; unas la llevan como un velo; otras, como un simple adorno. Es una esclavina de tafetán negro, bordada de encaje o terciopelo, según el rango y la fortuna de la que la lleva, o incluso un velo enteramente de encaje; se pone a lo largo sobre una peineta de concha. El resto del atuendo no tiene nada de original, pues las modas europeas echan a perder a España; pero los andares, los pies, los ojos recuerdan siempre los encantos particulares de las españolas. Son más bonitas que guapas, más coquetas que tiernas, más brillantes que graciosas, o al menos su gracia es de esa que, más que

encariñar, embelesa; es lo que llaman aquí con una palabra intraducible: *ila sal española!*

La indumentaria de los hombres es más variada que la de las mujeres. Los *señores* van en general vestidos como en todas partes, cuando no llevan nuestro frac bajo su capa, complemento obligado de todo atuendo español.

Por las calles de Madrid se ven multitud de trajes de las provincias vecinas; todos difieren entre sí por la forma o el color. He visto campesinos que llevaban una chaqueta redonda, color tabaco de España como su capa, una faja de lana roja y grandes pantalones parecidos a la chaqueta. Todos llevan un sombrero de pequeña hechura redonda terminado en forma de cono, con un ala estrecha alzada todo alrededor a modo de canalón. Esta ala se baja cuando llueve. El sombrero español suele llevar adornos, se le añaden trencillas, terciopelos, cintas. Todos se parecen y todos difieren: en este país, los hombres se visten con tanto atildamiento como las mujeres. En esto se han quedado en los tiempos de la Edad Media, cuando se daba tanto valor a los trajes hermosos. Me aseguran que esta pasión por los atuendos brillantes está mucho más extendida aún en Andalucía que en Madrid.

Muchos hombres del campo meten bajo su sombrero un pañuelo de algodón de color llamativo; esta especie de pañoleta, cuyas puntas anudadas por detrás cuelgan sobre la espalda, ha sustituido, a mi juicio muy lamentablemente, a la antigua redcecilla española, de la que tan buen partido saben sacar nuestros actores y nuestros pintores: ya no se usa.

Hay un traje que se ve muy a menudo: la chaqueta y el calzón de piel de cordero negro, con ceñidores y corchetes de oro. Esta piel, muy fina, suave y abrigada, recuerda al astracán. Los que se visten con ella adoptan un aire de orgullo, de seguridad obligada que les eleva por encima de la multitud: generalmente llevan en la mano un largo bastón blanco pelado, casi tan alto como ellos, terminado en horquilla, en el que se apoyan indolentemente. Son los elegantes de la calle: aquí les llaman *majos*. Los más grandes señores no desdeñan a veces imitarles. Otros se visten con calzones cortos, con polainas de cuero bordadas que dejan entreabiertas por la pantorrilla, y no dejan de tener su gracia. Aún hay otros, y son los más distinguidos, que se engalanan con una chaquetilla de terciopelo adornada con bordados de colores diversos y ribeteada de borlitas de seda y ceñidores de oro. A veces llevan un chaleco doble; el de debajo, de tela escarlata, va estrechamente ajustado al cuerpo, poco más o menos como un corsé; el segundo chaleco, generalmente de paño pardo y parecido a

los nuestros, cubre al primero; un calzón corto del mismo paño se sujeta a unas polainas elegantes, y una chaqueta redonda, también parda, se echa al hombro izquierdo a modo de dormán. Completa el traje y sustituye a la capa. El cuello y las mangas de esta chaqueta están entretejidos con retazos de telas de colores contrastados, bastante parecidos a retales de un traje de arlequín, o más bien a las mangas de la librea de Montmorency. El traje de esta especie de *majo* de campo tiene una ligereza y una elegancia especiales.

Cuanto menos civilizado está un pueblo, más importancia da a su indumentaria. Los trajes más ricos los llevan hombres medio bárbaros. El atavío de los campesinos españoles confirma esta observación. Están alejados de la civilización, pero prefiero con mucho su manera de vestir a la nuestra. Nos hacemos una idea muy falsa de sus costumbres cuando imaginamos que están mal alimentados y mal vestidos: la pobreza del país sólo se nota un poco en el interior de las viviendas y en medio del campo; pero los pocos hombres que viven en estos campos aparentemente estériles son menos miserables que las grandes multitudes que pueblan los Estados más florecientes. Sólo se puede revolucionar España comunicándole el malestar moral; el malestar físico es aquí más raro que en los países ricos y poblados de Europa. El traje de los simples campesinos castellanos revela más opulencia que el de los ricos de nuestro país.

Me dirá usted que debería haber dirigido mi carta de hoy a un sastre, pues no hablo en ella más que de trajes; sería más cortés pedirme que la enviara a un pintor. Ponga en el sobre el nombre que desee; sea cual sea no dejará de ser cierto que el traje es una de las primeras cosas que asombran y divierten a los viajeros. El de los hombres del campo en Madrid vuelve pintoresco el aspecto de las calles. Cuando uno se pasea en medio de un pueblo tan ajeno a los otros, podrá quizá estar triste, pero no aburrirse. El atuendo y el carácter de cada hombre son aquí para mí objeto de estudio y de sorpresa. No nos quejemos de la necesidad de describir trajes diversos: muy pronto ningún viajero en Europa, y quizá en el mundo entero, tendrá que desempeñar esta tarea. Los hombres se ponen de acuerdo para vestirse igual en todas partes, como si la antigua variedad no hubiera tenido causas más legítimas que las que tendrá la uniformidad moderna.

En general, los españoles no son nada ávidos, ni siquiera aquellos con los que los extranjeros tienen relaciones obligadas; todos me parecen sinceros y moderados, hasta los criados que se alquilan, la especie más corrompida en todas partes. Esta mañana he abordado a uno de ellos; al proponerle las condiciones que me habían aconsejado como justas, este hombre me ha respondido: «Me da usted más que

muchos otros.» ¿Sería posible oír semejante frase en otra parte que no fuera España? Con mi pasión por la verdad, he encontrado al fin a mi pueblo. Me repito a menudo que prefiero que me saqueen a que me engañen.

Madrid, 10 de abril de 1831

En España, la vida es algo serio, todo lo que llama la atención es severo; el grave sentimiento de las conveniencias preside incluso la existencia de los últimos hombres del pueblo; la costumbre del respeto ha sometido los espíritus a esta disciplina social, mientras que en nuestro país el furor de la igualdad los ha endurecido hasta el punto de volverlos groseros. Una especie de prudencia religiosa constituye la norma de todas las acciones de los españoles, pero esta etiqueta moral se observa sin esfuerzo; en Madrid, el buen gusto no es en absoluto hipocresía. La dignidad está aquí en el aire que se respira; nunca un pueblo ha aunado tanta decencia con tanta inmoralidad.

El aspecto de la ciudad, la falta de adornos que se observa en sus edificios, la noble simplicidad de los paseos, las fisionomías, las conversaciones, el silencio que reina en las calles, todo revela una nación cuyo rasgo más característico es el orgullo sin presunción: éste es verdaderamente el fondo del carácter español. [...]

Nunca he visto una capital cuyas calles sean tan tristes y silenciosas como las de Madrid. Nunca un pueblo con tan buen humor ha vuelto los lugares que habita tan parecidos a cárceles. Sin embargo, la calle de Alcalá, con su suave pendiente y su empedrado recortado en casillas como un entarimado, produce un efecto original, sobre todo vista desde el paseo del Prado; más allá de esta alameda, otra calle que la corta en ángulo recto termina en la puerta de Alcalá, cuyos tres arcos aéreos forman un verdadero decorado de teatro, elegante y ligero; finalmente algunos campanarios, algunos edificios hermosos pintorescamente agrupados dan a esta entrada de la ciudad un aire noble y pomposo, aunque es verdad que las casas son demasiado bajas. No atrae la mirada ningún monumento que pueda calificarse verdaderamente de bello y grande. El conjunto de este barrio es pintoresco, más que bello. Las calles de Madrid se mantienen en general limpias.

Observando este país, no se puede soslayar un instante el recuerdo de Felipe II, como ocurre con el de Luis XIV en Versalles. El hijo de Carlos V formó el molde de la tiranía española; este tipo subsiste todavía, aunque haya cambiado varias veces de nombre. Es verdad

que el palacio de la Santa Inquisición se ha convertido en cuartel, pero el espíritu inquisitorial ha sido transmitido por los familiares del Santo Oficio a los alguaciles de la policía de los absolutistas, y los *autos de fe* políticos suceden a las ejecuciones piadosas.

La tristeza habitual de las ciudades españolas me parece en este momento aumentada por el debilitamiento del poder, cuyos temores se dejan sentir de manera espantosa sobre el espíritu del pueblo.

Madrid, 11 de abril de 1831

Esta mañana han ahorcado a un librero, hombre rico que gozaba de gran consideración en Madrid. Su ejecución ha sido anunciada en el *Diario de Madrid* aproximadamente en estos términos: «A las doce y media será ejecutado en la plaza de la Cebada el librero Myard. Cuando haya muerto se le prenderá en la cara un papel con esta inscripción: "Por crimen político".»

Dicen que este desdichado había ofrecido a sus jueces un millón y medio para salvar la vida.

He aquí su crimen, tal como me lo han contado personas dignas de crédito. Repetía con frecuencia que España necesitaba una constitución, y que ahora el país podía esperar conseguirla por intervención de Francia... Me dirá usted que soy viajero antes que hombre si le confieso que he tenido la horrible curiosidad de ir a ver pasar a este desgraciado, no tanto por verle a él como por observar las pasiones del pueblo en una ocasión tan solemne. Media hora antes del momento indicado me presenté en la plaza del mercado de la Cebada, y me situé muy cerca del cadalso. En Madrid, las ejecuciones son una ceremonia religiosa, pues el sacerdote sanciona todos los actos del poder: me impresionó el recogimiento, la calma, el silencio del populacho que se dirigía como yo hacia el lugar del suplicio.

Una hora antes de que el criminal sea conducido al patíbulo, unos hombres recorren la ciudad con una alcancía y una campanilla en la mano, pidiendo limosna en nombre del condenado. Este dinero se destina a decir misas por el descanso de su alma. Los curas acuden al mismo tiempo a todas las iglesias, donde aguardan la señal de la muerte para prestar este servicio caritativo: así, el sacrificio místico sucede inmediatamente a la realización del sacrificio legal, y atenúa su horror. La piedad necesita un rayo de esperanza: las desgracias sin remedio sólo inspiran al hombre un terror estúpido.



Al acercarme al cadalso lo encontré rodeado de un número bastante grande de soldados; esto es una innovación, pues el aparato de la fuerza militar no se despliega habitualmente en Madrid en semejantes ocasiones. A las doce y media, un ruido de tambores anunció la llegada del cortejo; los oficiales y los dragones a caballo hicieron apartarse al pueblo, que no parecía tan ávido de sangre como conmovido por la compasión: no había nadie a mi alrededor que no estuviera vivamente emocionado.

Sabía que la mujer del desdichado había estado ayer en Aranjuez para pedir su indulto; sólo se había ofendido al rey; yo no podía evitar una secreta esperanza. (...) Aseguran que si ayer hubiera hecho bueno, el condenado se habría salvado. El rey habría salido, habría encontrado a la mujer que venía a implorarlo y le habría indultado. Pero ayer llovió, y el rey se quedó en casa: ¡la lluvia ha decidido la ejecución!

Al mirar hacia el lugar por donde se acercaba la procesión vi aparecer primero a unos hombres a caballo, vestidos poco más o menos como curas. «¿Qué hacen aquí esos caballeros eclesiásticos?», pregunté al hombre que tenía al lado. «No son curas, son alguaciles.» Entonces pregunté por qué unos esbirros llevaban hábitos religiosos. No supieron responderme. Estas relaciones de todo tipo con la policía serán las que desacrediten a la religión católica en España.

El silencio se espesó a mi alrededor, la multitud estaba inmóvil. Apareció la cruz, sostenida por un grupo de hombres vestidos de negro; y tras ella, al fondo de una calle estrechada por una densa muchedumbre, vi llegar al desgraciado cuya alma iba en breve a pedir justicia contra la venganza.

Tendría unos cuarenta años; iba vestido de blanco, montado en un asno, sostenido por su confesor y asistido por otro cura. Sus manos juntas estaban negras: sólo más tarde supe la causa de este hecho, debido a la cuerda con la que se las habían atado estrechamente. El verdugo impone este dolor a la víctima para evitarle uno mayor: ¡el brazo así entumecido no siente el hachazo que corta la muñeca! Estas manos laceradas llevaban un papel en el que estaba grabada la imagen de Cristo.

En ese momento un hombre se volvió hacia mí y me dijo en francés: «¡No tiene miedo!» Pero yo no estaba libre de temor; me habían aconsejado la máxima prudencia, necesaria sobre todo a un francés expuesto a la rabia popular que podía despertarse repentinamente. En España, actualmente, las autoridades tienen tantas prevenciones contra nosotros que no intervendrían para protegernos si un grupo de furiosos nos despedazara en medio de la calle... Guardé

silencio; sólo me hubiera animado a romperlo para defender la causa de la humanidad contra el terror, lo que habría supuesto correr un riesgo inútil.

Seguía con los ojos a esta víctima del miedo. El despotismo sólo es verdaderamente temible cuando siente su debilidad.

El desdichado, aunque ya estaba muy pálido, palideció aún más al ver el cadalso: volvió la cabeza, se inclinó hacia su confesor y pareció escuchar la palabra cristiana con una piedad que me conmovió hasta las lágrimas. [...]

Cuando llegó a veinte pasos del cadalso me alejé precipitadamente, preguntándome entre dientes si el gobierno de los frailes justificaba semejantes sacrificios.

También es posible que en el siglo en que vivimos lo que se defiende con estos actos de rigor no sea un orden de cosas particular, sino la posibilidad de mantener en algún sitio un gobierno mediocre. Caminaba absorto en una serie de reflexiones contradictorias cuando un frío glacial me embargó el corazón: el tañido fúnebre de una campana me hizo saber que el suplicio había terminado. Esta campana anuncia a los curas de las principales iglesias de Madrid que es hora de concluir las plegarias por los agonizantes y de empezar la misa de difuntos.

No soy capaz de describir la mezcla de indignación y enternecimiento que me hicieron sentir una sentencia inicua y la manera conmovedora, cabe decir sublime, con que esta sociedad auténticamente cristiana acababa de ejecutarla. Ciertamente aquí las costumbres prevalecen sobre las leyes. Asistid en nuestro país al suplicio de un condenado: la brutalidad del pueblo os parecerá aumentar la dureza de las instituciones. [...]

Se habla aquí de la detención de ochenta personas por delitos políticos: diez de ellas sufrirán con toda seguridad la suerte del desdichado librero. Un terror monacal y monárquico se organiza en España. En todo el reino se ha formado un cuerpo de milicia cívica siguiendo el modelo de nuestra guardia nacional, pero con un objetivo opuesto: lo equipa el Gobierno, y los que lo componen se llaman por antonomasia *los realistas*. Un ciudadano denunciado a las comisiones militares por soldados de esta milicia tendría muchas dificultades para exculparse y podría perecer víctima de la simple declaración de un enemigo: la desconfianza está en su apogeo.

La moral pública está llegando a ser para la policía de Madrid un medio de terror como la política, o al menos de molestias. Si se sorprende a un joven por la noche con una muchacha en la calle, se le alista inmediatamente en un regimiento, y a su amante se la encierra

por la fuerza en su casa. Varios sirvientes del embajador de Francia han sido detenidos de este modo a horas que los alguaciles consideraban indebidas, y no le ha costado poco a su amo protegerles contra el celo piadoso de las autoridades españolas. Después de las ocho de la tarde la policía se incauta de todos los paquetes que llevan los transeúntes por la calle, con el pretexto de impedir el tráfico de armas.

Todas estas austeridades administrativas tienen como resultado que Madrid es el infierno de los libertinos y el paraíso de las almas apasionadas; donde es imposible distraerse, sólo los sentimientos profundos llenan la vida.

Es preciso decir que Madrid es un lugar diferente de todas las demás partes de España. Por lo que me han contado de las provincias lejanas y por lo poco que he visto, reina en la capital un despotismo desconocido o al menos muy suavizado en otras partes. Quiera Dios que las comisiones militares no sirvan para extender a todo el reino el imperio del miedo, que actualmente es soberano en Madrid.

Madrid, 12 de abril de 1831

Hay que visitar en Madrid el Museo de Artillería, que alberga una colección curiosa. Es una serie de planos en relieve de numerosas ciudades españolas; también se ven hermosos modelos de la mayoría de las máquinas de guerra conocidas. [...]

El Museo de Artillería me ha recordado escenas que nada tienen que ver con sitios y combates. El edificio donde lo han instalado es el antiguo palacio de Godoy, el más magnífico de Madrid y el mejor situado. Este edificio, verdaderamente real, no fue nunca enteramente terminado. El Príncipe de la Paz demolía el gobierno de su país y traicionaba a su rey mientras edificaba su casa: la obra de la destrucción fue más rápida que la de la construcción. Puertas de maderas preciosas, chimeneas de un lujo extraordinario, incluso para un favorito de reyes, pinturas de un refinamiento apenas conocido en España contrastan con el aparato militar de este curioso lugar. Me parecía ver el pabellón de M^{me} du Barry tomado al asalto por ingenieros y oficiales de artillería. [...]

Todo viajero, después de ver el Museo de Artillería, debe visitar también la Armería de Madrid. Esta colección recuerda a muchas otras por su aspecto, pero es única por los recuerdos históricos. ¿Dónde se podrían encontrar nombres de espadas semejantes a éstos: la



espada de Roldán (el Roldán de Ariosto), la espada del rey Pelagio I, la espada del Cid, la espada del Gran Capitán (es el nombre de Gonzalo de Córdoba en España), la espada de Hernán Cortés, la de Francisco I, la de don Juan, el héroe de Lepanto? ¡Y cuántas armaduras, cuántos cascos célebres! ¡Cuántas armas de los reyes de Granada! ¡Cuántos nombres cristianos y moros! Se ve uno transportado a tiempos que le parecen mejores porque son pasados y no se les puede hacer volver...

La novela y la historia, todo contribuye aquí a emocionarnos; todo respira la caballería, la gloria, la poesía. Es uno de los lugares más románticos del mundo; pero para disfrutar de las impresiones que en él se reciben hay que fiarse de las etiquetas de las armas. [...]

En España, todo lo regio es generalmente grande y está bien conservado: este museo me ha parecido uno de los mejor cuidados de Europa.

A la entrada de la sala hay una terraza desde donde la vista se extiende sobre el campo regado por el Manzanares, que termina con majestad al pie de la cadena de los montes de Guadarrama. En esta estación, en que los campos están todavía verdes y las montañas cubiertas de nieve, el país es de una fealdad menos desoladora que durante el resto del año. A los paisajes les falta siempre encanto, pero tienen grandeza; el aire es incómodo para respirar, pero la luz es intensa. En España todo es áspero y tiene un carácter muy marcado: se reconoce a cada paso la patria de un pueblo de pasiones violentas.

Madrid, 13 de abril de 1831

Hoy he visto el museo de pinturas y la Academia de pinturas de San Fernando, dos colecciones ricas en obras maestras. [...]

En el museo de Madrid hay hermosas obras de Leonardo de Vinci, de Tiziano, Tintoretto, Pablo Veronés, Rubens, Poussin y de muchos otros pintores, tanto alemanes como flamencos e italianos. Días enteros no bastarían para hacerse solamente una ligera idea de esta colección, una de las más bellas del mundo. Me he dedicado principalmente a examinar los cuadros españoles. Sólo aquí se puede conocer bien esta escuela, debido a la escasez de cuadros españoles en los países del norte de Europa.

Madrid, 14 de abril de 1831

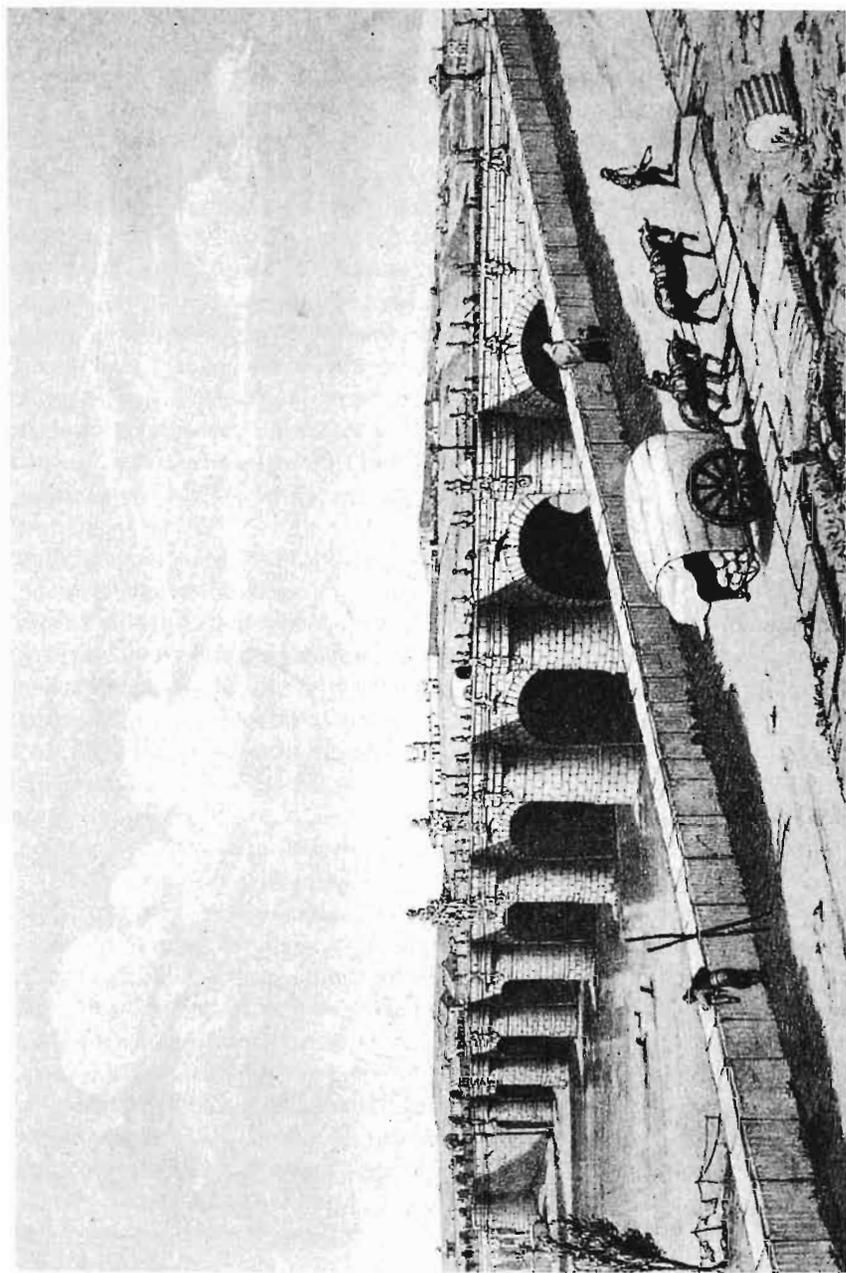
Hoy he recorrido a pie una parte de Madrid e incluso de sus alrededores. Ha sido el primer día verdaderamente hermoso que hemos tenido en España. Toda la ciudad estaba fuera y sin embargo silenciosa. No conozco ninguna capital tan poco ruidosa; la escasez de carruajes da un carácter particular a las calles de Madrid; sorprende su poca alegría, igual que en las casas asombra la pequeña cantidad de cosas que basta para que una habitación parezca habitable. Una hilera de sillas de enea colocadas contra las cuatro paredes encaladas se considera el mobiliario de un salón.

Las calles y las plazas, incluso cuando están llenas de viandantes, parecen tan desnudas como las viviendas. Son los carruajes los que dan un aspecto populoso a las grandes ciudades modernas. Muchos grandes de España tienen varios carruajes; pero, tan diferentes de los italianos en esto como en todo lo demás, desde que empieza el buen tiempo pasean a pie o a caballo, en lugar de utilizar sus carrozas. Esta costumbre se debe quizá a que la mayoría de las calles de Madrid son empinadas y están mal pavimentadas. ¡Curiosa torpeza!: han encontrado el modo de erigir una ciudad desigual en medio de una llanura ilimitada. Cualquier otro lugar que el que ocupa Madrid hubiera tenido menos inconvenientes.

El paseo en coche tiene aún otra molestia: el peligro de encontrarse con el santo sacramento. En tal caso, la costumbre exige que hasta el mismo rey se apee, se arrodille en la calle y ceda su sitio al sacerdote, portador del viático. Ya sea por orgullo, o por respeto a la etiqueta, el sacerdote nunca lo rehúsa.

Esta costumbre es un tormento y a menudo una desgracia para los cocheros; se les enseña a rehuir el encuentro con el viático, cuyo paso deben prevenir a suficiente distancia para lanzarse por cualquier calle poco frecuentada, a fin de evitar la necesidad de ceder el sitio del amo. Si el desdichado cochero no oye a tiempo la campanilla, si el santo sacramento le gana por la mano o si la calle donde se lo encuentra no tiene ninguna salida lateral, puede estar seguro de que le despedirán por haberse dejado caer así en la trampa sagrada.

El invierno pasado, la duquesa de *** volvía de un baile a las tres de la mañana, una noche de frío glacial con seis pulgadas de nieve en las calles de Madrid. Su cochero se dejó sorprender por el viático que llevaban a un enfermo. La pobre duquesa, forzada a hincarse de rodillas en medio de la calle y a ceder su carroza al cura, volvió a su casa a pie en traje de noche y en este peligroso trayecto pilló una pleuresía que creyó que iba a costarle la vida.



Puente de Toledo. J. Cebrían.

Naturalmente, el cochero culpable de tan grave torpeza fue despedido aquel mismo día.

El respeto que un español tiene por su rey se confunde en su corazón con el que le tiene a Dios; un hombre que se ha encontrado el mismo día con el cuerpo de Nuestro Señor y con la persona del rey dice con alegría al entrar en su casa: «Hoy he visto a las dos majestades». Aparte de esta profunda veneración que parece culto y sólo cuesta un movimiento del alma, el español es quizá el hombre más independiente de Europa. Hace unos años un embajador estuvo a punto de perecer entre Buitrago y Somosierra, en el mismo lugar en el que hace poco casi me arrastra la tormenta junto con la diligencia. Llegado que hubo a la posta, pidió caballos; el maestro de postas se los negó; insistieron, y el español alegó el peligro del viento. El correo del embajador creyó poder vencer a los elementos y hasta la obstinación del mulero diciendo que su señor era embajador de Nápoles en Madrid. «Y yo», respondió el español, «soy Vicente Núñez, maestro de postas en Somosierra...» El embajador se vio obligado a ceder. [...]

He salido de Madrid, quería ir a ver el Manzanares y el puente de Toledo. Esta obra de Carlos V recuerda el estilo alemán: guarda cierto parecido con el puente de Praga. En medio, sobre el pretil, se ven las estatuas de San Isidoro y su mujer, ambos patronos de Madrid ³. Este monumento es de hermoso granito, y como el Manzanares acaba de desbordarse por todas partes, el puente no parece hoy ni superfluo ni ridículo. Pero en verano riegan el lecho de este río cuando la Corte viene a pasear por sus orillas, y los campesinos que deben atravesarlo prefieren pasar al lado del puente. A la entrada de la calle de Toledo está adornado con dos pirámides góticas que producen un bonito efecto.

De regreso a la ciudad he visitado el convento de Atocha; los religiosos que habitan en él pertenecen a la orden de Santo Domingo. Les he visto salir del refectorio. Caminaban en dos filas cantando letanías; sus fisionomías y su actitud no tenían nada de edificante. Su claustro alberga una curiosa colección de retratos de reyes españoles. Estas pinturas, bastante malas, pero con las figuras vestidas a la usanza de la Edad Media, parecen una baraja de naipes pegados a la pared. La iglesia de este convento privilegiado es el depósito de las banderas conquistadas al enemigo. Los reyes la visitan con gran pompa en cada ocasión solemne.



Madrid, 23 de abril de 1831⁴

El teatro español moderno no tiene la originalidad que cabría esperar de un pueblo tan orgullosamente natural. [...]

Ayer, sin embargo, daban *La Celestina*, comedia del antiguo teatro que me divirtió mucho. Es un cuadro de costumbres magníficamente trazado. [...]

Durante el entreacto salieron una joven bailarina y un mozo a representar, más que a ejecutar, un bolero. Esta danza nacional y dramática me pareció extraordinaria; pero para que produzca todo su efecto, habría que verla *bailar* fuera del teatro. Para los españoles, el baile forma parte de la vida; pero en un escenario tiene un aire de afectación que lo estropea. Queriendo elevarlo a la dignidad de un arte, le han quitado la mayor parte de su encanto. En el fandango natural, quiero decir el de la calle, cada movimiento del cuerpo viene marcado por la música, y los bailarines parecen transformados en personajes simbólicos por las pasiones que expresan. Antes de empezar, su actitud es sencilla, casi salvaje; pero desde que el ritmo marcado por la guitarra les arrebató a sí mismos se convierten en tipos de amor, de voluptuosidad, de gracia, en alegorías vivas, en emblemas poéticos, y el alma del espectador se abandona con ellos a todo lo que parecen sentir: mirando esta danza se embriaga uno. Sin duda es arte, pero tan disfrazado que produce todo el efecto de lo natural. En ninguna parte se encuentra semejante acuerdo entre la melodía y las actitudes de la persona. Esta danza se ejecuta sobre letras apasionadas; jamás poesía alguna se ha adueñado tan vivamente de los sonidos para seducir las almas; pero todo este encanto lo destruye la exageración de los bailarines de teatro.

El espectáculo termina habitualmente con lo más original que tiene el teatro español: con un *sainete*. Estas obritas son farsas en las que una acción breve y fácilmente hilvanada sirve de marco a un cuadro de costumbres. En estas escenas hay a veces ideas maliciosas, incluso atrevidas. Las cosas santas se emplean aquí como medio cómico sin que parezcan por ello profanadas. Es privilegio exclusivo de los pueblos religiosos divertirse sin escándalo a costa de los ministros de su culto. Por un misterio incomprensible para los espíritus franceses, aquí les gusta reír de lo que respetan. Esta alegría inofensiva me parece preferible a las devastaciones de la ironía parisiense. En el *sainete* de anoche, un bobo sediento bebía el agua bendita de una devota. No puede usted imaginarse los transportes de júbilo producidos por esta burla. Pero en medio de esta explosión de hilaridad, me quedé sorprendido por el silencio que se extendió súbi-

tamente de un extremo a otro de la sala; se interrumpieron de golpe los aplausos, los gritos, las risas; no podía explicarme este paso tan brusco del jolgorio al recogimiento, y mi asombro aumentó cuando vi a toda la asamblea, espectadores y actores, hincarse de rodillas por un movimiento espontáneo. Esta escena no era de la obra: habían venido a avisar de que el santo sacramento pasaba por la calle.

¿Quién podría creer que Madrid está apenas a cuatrocientas leguas de París? Cuando el buen Dios se hubo alejado, la farsa prosiguió su curso, y las risas recomenzaron en el punto preciso en que habían sido interrumpidas por la devoción. [...]

En Madrid, las salas de espectáculo son bastante tristes; pero lo que les confiere su aspecto original es el traje nacional de las mujeres. Desgraciadamente, algunos sombreros de París se mezclan con las mantillas; esta innovación es una victoria de la vanidad femenina sobre el orgullo nacional: las mujeres creen ganar con el cambio, pero se equivocan. Echo de menos los tiempos en que un extranjero no podía pasearse por Madrid sin ir vestido a la española. Estos tiempos no son muy lejanos: hace apenas veinticinco años que el pueblo madrileño soporta la vista del traje francés en la calle. En cada sala de espectáculo de Madrid hay un lugar hacia el que mis ojos se vuelven sin cesar: es un anfiteatro en el que los hombres no entran, una especie de patio de butacas de mujeres. Este lugar reservado no está ocupado en modo alguno por las grandes damas, sino por mujeres de la clase media; al menos éstas conservan aún su traje. ¿Me creará usted? Las leyes condenan a cuatro años de galeras a todo hombre que penetre en este santuario teatral. Tanta severidad recuerda las costumbres árabes, y tiene su lado cómico... pues estas mismas virtudes de teatro, tan celosamente guardadas por la policía pública, están bastante mal defendidas fuera de la sala cuando se convierten en deberes particulares. [...]

Pese a la tendencia a la innovación en cuestión de atavíos y carruajes, el aspecto del Prado un día de fiesta le parecería todavía de una originalidad sorprendente. La calesa inglesa y el landó moderno pasan en la fila a continuación de las carrozas de M^{ms} des Ursins y del cardenal Alberoni 3; junto a un mozo de cuadra vestido de negro, un postillón de lujosa librea conduce orgullosamente un coche dorado. Esta máquina no se apoya en muelles, sino en sopandas; a ambos lados de la venerable carroza cuelgan pesados estribos sujetos por fuera, en los que podrían haber cabido dos personas. Cuando este carruaje gótico se cruza con el coche del ministro de Inglaterra, el viajero cree ver dos mundos en su presencia.

Los españoles son mejores andarines que nosotros. El Prado es notable por la multitud de peatones que uno encuentra. En los *corsi* de Italia apenas se ve gente a pie, y en Francia es raro que alguien ande sólo por andar.

No hay nada tan pintoresco como el aspecto de la calle de Alcalá a la caída de la tarde, a la hora en que se vuelve del paseo, cuando el cielo se ve animado por bellos efectos de nubes que lo adornan por encima de la puerta de Alcalá, las fuentes del Prado y los árboles del Buen Retiro. La entrada de Madrid por esta puerta es una de las cosas más imponentes y originales de Europa. Recuerda, aunque en pequeño, la avenida de los Campos Elíseos. [...]

Para terminar mi paseo fui a visitar el palacio del rey. Está situado al otro extremo de la ciudad, y es una de las residencias de soberanos más curiosas y magníficas que existen en Europa. Volví a casa sin haber sentido un solo momento de tedio, ni siquiera en la real morada.

Madrid, 17 de abril de 1831

El clima de Castilla es tan áspero, hasta cuando no hace viento, que los españoles repiten a menudo este refrán: el aire de Madrid no apaga un candil y mata a un hombre. Pese al buen tiempo, en este momento siento la verdad del dicho. Aquí se sufre sin estar enfermo.

Hoy se ha celebrado en todo Madrid la procesión del Corpus. Ceremonia conmovedora. Los enfermos que no pueden ir a la iglesia a recibir la comunión pascual la esperan en su casa; les llevan el santo sacramento con gran pompa, y toda la ciudad se alborota, se adorna, se engalana para esta fiesta de los moribundos. Cada parroquia tiene su procesión particular. El cura monta con la custodia en una magnífica carroza de la Corte, o bien de algún grande de España que solicita el honor de consagrar sus carruajes y sus criados al servicio del cuerpo de Cristo y a la salvación de las almas. Un tronco de seis mulas, numerosos lacayos con librea de gala, carrozas de la época de Felipe V de Borbón obstruyen las cercanías de las iglesias; todas las fachadas de las casas están adornadas con tapices, las flores alfombran el pavimento. Cuando el santo sacramento pasa por una calle, el aire se oscurece con una nube de estampitas de santos que lanzan desde la azotea de cada casa y que tropeles de muchachos se disputan en los balcones de todos los pisos, en la vía pública y hasta bajo las pezuñas de las mulas o entre las ruedas doradas de una vieja y majestuosa carroza de siete ventanillas.



Madrid, 18 de abril de 1831

Dicen que los más famosos toreros, picadores y matadores de España están muertos y que, compartiendo la suerte de los héroes de las edades fabulosas, han sido sustituidos por hombres de menor valía. Ignoro si estas quejas están bien fundadas; lo que sí sé es que el espectáculo de hoy en Madrid quedará grabado en mi memoria. No conozco ni puedo concebir ningún otro que produzca emociones más fuertes. Placer de pueblos todavía bárbaros y de hombres hastiados, esta diversión, más sensual que intelectual, es de éstas a las que se acude desde los dos extremos de la civilización. Agrada al mismo tiempo a las almas endurecidas por la ausencia y por el exceso de cultura. [...]

Desde la mañana del día en que se celebra la corrida, Madrid está en ebullición. Esta ciudad tan triste, tan apagada, tan muerta, parece caer en poder de un mago que finge resucitarla por un día. La multitud que desciende de Madrid hacia la puerta de Alcalá sigue una corriente rápida y regular; los trajes locales son muy atildados, sobre todo los de los hombres, que se prestan más a la variedad que los de las mujeres. Los *calesines*, especie de pequeños cabriolés góticos tirados por un caballo, van cargados de curiosos y vuelven vacíos en busca de más aficionados. Este movimiento continuo prepara a los espíritus para la solemnidad del día; el pueblo, interesado por adelantado, obstruye todas las entradas de la plaza mucho antes de que la abran. Es aquí donde los sentimientos de los hombres más apasionados de Europa se ven exasperados por la espera. Se reconoce la influencia del sol africano en todos los rostros, en todas las inflexiones de voz, y uno llega a su palco a través de una atmósfera ardiente que prepara para la fiesta y lleva la emoción de los sentidos hasta el terror. [...]

Esta ferocidad de los espectadores, más brutal que la de los toreros, la he compartido y, me sonrojo al confesarlo, volveré a compartirla todas las veces que mi insaciable necesidad de emociones pueda prometerse semejante alimento.

Por consiguiente, no tengo ya el derecho de censurar la pasión de los españoles por estas escenas sangrientas. Desde el primer día me he convertido en peor que ellos; únicamente querría que se excluyera a las mujeres de este espectáculo. Esta privación les sería provechosa; me parece imposible que un hombre ame de verdad a alguna de las feroces bellezas que han venido aquí a refocilarse como yo con sangre y horrores. Estas cómplices de mis placeres me parecen repelentes cuando veo sus caras encantadoras animadas por pasiones que jamás deberían haber conocido. [...]

Las águilas que se abaten en grandes bandadas sobre la llanura castellana se ven atraídas a menudo por las corridas de toros, y su presencia por encima de los edificios de una capital llena de vida no es uno de los episodios menos singulares del drama nacional. Estas aves proféticas planean sobre Madrid como para augurar a los monumentos de los hombres su ruina inevitable.

El Escorial, 23 de abril de 1831

Persuádase usted de que no tiene la menor idea de lo que es El Escorial. Todo lo que uno ha leído sobre esta creación de Felipe II es inexacto, o tan incompleto que la imaginación sólo puede acercarse a la verdad alejándose de las descripciones conocidas. Lo que yo le voy a decir apenas le instruirá más: hay de todo en El Escorial, y este conjunto de partes diversas no tiene nombre. ¡Es a la vez palacio, monasterio, fortaleza y catacumba! Toda España está ahí, la España de Felipe II. [...]

¡Pero qué monasterio! Desafío al hombre más frío a penetrar sin pavor y sin respeto en esta prisión real; es la fortaleza de Dios custodiada por su representante: el rey. La idea de Dios está aquí tan íntimamente unida a la de la fuerza que más que consolar espanta; uno cree, pero temblando; se siente uno transportado a los tiempos remotos en los que el cristianismo no era aún mas que una visión lejana. Se oye el trueno del legislador de los judíos y las lamentaciones de sus profetas: es Asia, Jerusalén, el Templo; es la Biblia, es la arquitectura de Nínive, es la sala del festín de Baltasar, es todo el Antiguo Testamento. Son las visiones del pintor Martin realizadas. ¿Quién podría entrar en este santuario profético y no prosternarse ante la unidad suprema apoyada en el poder real? Dios es el rey: eso es El Escorial, y eso es también toda la vieja España, reino simbólico si lo ha habido alguna vez en la tierra. [...]

No creo que se haya construido jamás un edificio tan asombroso como este monasterio real; es piedra poética, única definición que se ajusta a un monumento sin modelo y sin copia: aquí, las rocas han obedecido a una lira más poderosa que la de Anfión ⁶: al arpa de David.

En este recinto oscuro todo parece inmutable, sobrenatural, como la ley y la sociedad de los judíos; uno cree oír la voz de Jehová resonar bajo cada bóveda, cree leer en cada pilar su nombre grabado con estas palabras: «Éste es el palacio del Eterno». Al menos es el emble-



ma de su gloria, pues es aquí donde triunfaron sus sacerdotes: El Escorial fue el Capitolio de la Inquisición.

Montañas de granito forman las cúpulas del templo, escaleras de mármol descienden a los sótanos, otras escaleras similares establecen comunicaciones entre la iglesia y las capillas laterales; varias de éstas están en el segundo piso; desde allí se tiene la perspectiva más noble y pintoresca del templo: el altar mayor, ornado con un sagrario asombroso por la riqueza del material y la delicadeza del trabajo, ocupa el fondo de una de las naves; la decoración de este altar es aquí, como en la mayoría de las bellas iglesias de España, una cinceladura gótica enteramente en oro, que llena todo el coro en altura y anchura. Nada hay tan magnífico y tan noble. Las iglesias de este país tienen siempre lo que se llama un coro elevado; el de El Escorial es uno de los más grandiosos: se accede al altar por un largo tramo de escalones que abarca toda la anchura de esta parte de la iglesia. Las gradas contribuyen a la decoración y separan al Santísimo del pavimento de la nave reservada al pueblo; y los sacerdotes, dominando desde tan alto a los fieles, se presentan a la asamblea como seres sobrenaturales. [...]

Debo decir que la arquitectura de El Escorial sólo me ha parecido grande interiormente. El exterior del edificio es desagradable para la vista; es pobre y no produce ningún efecto, aunque sus dimensiones sean inmensas. Si el interior es fortaleza y palacio, el exterior tiene algo de hospital y cuartel. La forma de parrilla dada al edificio entero en memoria del martirio de San Lorenzo, patrón de El Escorial, me parece un jeroglífico de arquitecto. Por lo demás, sólo se puede apreciar subiendo a la montaña vecina, hasta un punto en que la vista abarca la planta del palacio. Es allí donde se sentaba el rey para inspeccionar las obras. Un viento furioso y una lluvia helada no nos han permitido dar un paso por el campo. Tampoco se nos ha ocurrido visitar el pudridero donde depositaban los cuerpos, que se descomponían en poco tiempo, ni la tumba de Vendôme... ¿Quién puede ver todo en El Escorial en dos días?

El aspecto de las calles de El Escorial es de una tristeza que te mete la muerte en el alma, sobre todo con el tiempo que hace hoy. Esta mañana, al levantarnos, hemos visto los tejados del monasterio y los de nuestra hostería cubiertos con tres dedos de nieve. Estamos a 21 de abril y a siete leguas de Madrid: puede que dentro de dos días estemos asfixiándonos de calor. Los vientos que reinan en El Escorial son célebres; a veces se han llevado a hombres. En este lugar tan pomposo pero tan desolado hemos encontrado una hostería pasable, e incluso una habitación con chimenea. En Madrid no tenemos este lujo; disfrutamos del fuego como exiliados que reciben noticias de su



*Monasterio del Escorial. Vista del patio de los Reyes. Bambrilla.
Colección vistas de los Sitios Reales*

país. España es Siberia hasta el día en que se convierte en África: de todos los climas de Europa, éste es el más sujeto a variaciones extremas.

Traducción del compilador

NOTAS

¹El libro de Custine está escrito en forma de cartas dirigidas a diversos personajes, en este caso Miss Bowles.

²Este balcón es un pequeño saliente que prolonga la ventana del centro; a veces está cubierto, y entonces parece un gabinete adosado a la casa; a menudo sólo está cerrado por una simple balaustrada. (Nota del autor.)

³Custine, como otros viajeros, confunde Isidro con Isidoro. La confusión es comprensible, pues ambos nombres suenan de modo parecido a los oídos de los extranjeros, y el del sabio sevillano debía resultarles más familiar que el del santo patrón de Madrid.

⁴Probable lapso cronológico del autor, que en la siguiente carta vuelve al 17 de abril.

⁵Custine quiere decir: carrozas de los tiempos de Maricastaña. Marie-Anne de la Trémoille, princesa des Ursins (1642-1722), fue una dama francesa que jugó un notable papel en las intrigas de la corte de Felipe V, mientras que el cardenal italiano Giulio Alberoni (1664- 1752), favorito de Isabel Farnesio, fue primer ministro del mismo rey y uno de los hombres más poderosos de España a comienzos del siglo XVIII.

⁶Al poeta y músico Anfión, hijo de Zeus y Antiope, se le atribuía en la mitología griega la construcción de las murallas de Tebas: las piedras se colocaban por sí solas en su sitio al son de su lira.

10. Richard Ford (1831-1833)

Richard Ford (1796-1858) es probablemente el autor inglés de libros de viajes sobre España que más fama ha alcanzado, tanto en su país como en el nuestro. Ni siquiera el gran Borrow le hace sombra. Sus obras (A Handbook for Travellers in Spain, 1845, y Gatherings from Spain, 1846) se reeditan y traducen desde hace siglo y medio con esa regularidad que suele ser privilegio de los clásicos, y el sueño de todo editor. Además tiene Ford el dudoso honor de ser el viajero que peor ha hablado de Madrid: ninguna pluma -al menos ninguna pluma culta- ha vertido tanto veneno y escarnio como la suya contra esta ciudad.

Todo ello plantea dos enigmas de difícil solución. En primer lugar, las razones de su manía: ¿por qué sentía Ford tanta inquina hacia Madrid y los madrileños (y a veces, por extensión, hacia todos los españoles)? En segundo lugar, las razones de su éxito: ¿por qué ha llegado a ser tan popular en Inglaterra, donde España ha sido desde el siglo pasado el destino favorito de muchos viajeros? Y sobre todo, ¿por qué se ha traducido y leído tanto a este autor en el propio país cuya capital denigra de modo tan minucioso y encarnizado? Intentaremos responder a estas preguntas, aun advirtiendo de entrada de que ni su vida ni su obra nos ofrecen una explicación satisfactoria.

Richard Ford, en palabras de H. V. Morton (otro viajero británico contemporáneo), era «esa gloria del siglo XIX en Inglaterra, un aficionado culto que no necesitaba ganarse la vida»¹. Es decir, era un señorito inglés bien educado, con aficiones literarias y pictóricas, amigo de Wellington y de Washington Irving, que en 1830 vino a España buscando un clima benigno para las dolencias de su mujer. Vivió en Sevilla, Madrid y Granada durante tres años, y como buen rentista ocioso, se dedicó a cazar, a pintar y a recorrer el país, anotando de

cuando en cuando sus displicentes impresiones sobre el paisaje, los monumentos y las costumbres de los nativos. De vuelta a Inglaterra, el editor John Murray le propuso escribir una guía de viajes por España; Ford, hombre concienzudo, se tomó su tiempo (más de cinco años), y el resultado fue *A Handbook for Travellers in Spain*, libro que le procuró una gran celebridad popular y la admiración de sus aristocráticos amigos.

Ahora bien, no hay ningún testimonio de que en sus numerosas pero breves estancias en Madrid (obviamente prefería vivir en Andalucía, como tantos otros viajeros románticos) se le hiciera a Ford injuria alguna; al contrario, fue muy bien acogido por el embajador inglés Henry Addington ², en cuya casa residió, y agasajado por varios señores madrileños de la época. Tampoco se sabe que tuviera úlcera de estómago o cualquier otra dolencia que pudiera haberle agriado el carácter. Entonces, repetimos, ¿por qué tanta inquina? H. V. Morton habla de «su ingenio caústico y su prontitud para fustigar cualquier cosa que le disgustara», y añade en descargo suyo: «Amaba a España como artista y estudioso, pero odiaba la miseria, la indolencia y el mal gobierno, todo lo cual encontraba frecuentemente, y cuando así le ocurría escribía exactamente lo que sentía» ³. Sin embargo, ni su irrepresible mordacidad, ni su furibundo anticatolicismo, ni las lacras demasiado evidentes del país y su capital en aquella época explican a nuestro juicio esa aversión por Madrid, tan enconada y obsesiva que parece casi patológica.

En cuanto a su éxito, cabe recordar que las guías de Murray fueron muy populares en Inglaterra hasta bien entrado este siglo, y el panfleto de Ford, disfrazado de inocuo «manual para viajeros», alcanzó una gran difusión; era el típico libro de aspecto prosaico que podía encontrarse en una estación de ferrocarril. Por otra parte, nadie puede negar la fuerza de su estilo, la vastedad de su erudición y sus otras virtudes literarias. Hugh Thomas, después de definir a Ford como «un hombre muy dotado y culto que escribió una obra muy influyente, aunque a menudo maligna y equivocada», reconoce que «como muchos, yo también he disfrutado leyendo su prosa brillante, burlona, culta y exquisita» ⁴. Thomas, como Morton, es inglés, e igual que disfruta de la brillantez de su estilo, disculpa seguramente su vitriólica malignidad; pero ¿y los españoles? ¿Por qué es tan frecuente, todavía hoy, tropezar con las obras de Ford en las librerías de Madrid, y no sólo en las de viejo? ¿Por qué es mucho más fácil que encontrar los libros de otros viajeros de la época que hablaron con simpatía de Madrid, como Slidell Mackenzie, Gautier o De Amicis? Misterio. O quizá no, quizá no sea sino otra manifestación de la vieja condena de

la raza, el mismo morbo celtibérico que aquejaba a nuestros antepasados noventayochistas, a saber: que a los españoles nos duele España, y nos encanta hurgar en nuestras heridas.

Sea como fuere, el lector tiene la última palabra. Entre las varias disponibles, hemos elegido la traducción de Jesús Pardo, revisada por Bernardo Fernández, que se publicó con el título Manual para viajeros por Castilla y lectores en casa, de la que presentamos a continuación amplios extractos.

Madrid está construido sobre varias pequeñas eminencias que caen sobre el Manzanares, el cual, por estar frecuentemente seco en el verano, apenas si merece el nombre de río. La elevación es de unos dos mil cuatrocientos pies por encima del nivel del mar; aunque sea en una aparente llanura, la cual, sin embargo, está muy cortada por barrancos que han sido excavados por los torrentes del Guadarrama y en los que languidecen, invisibles, unas doscientas aldeas escondidas en las hondonadas. Esta elevación en una llanura abierta es la razón de la derivación que se suele dar a *Majerit*, palabra que, según se dice, significa en árabe «corriente de aire fresco», es decir, algo así como *Buenos Ayres*. Sousa, sin embargo, hace derivar este nombre del árabe *Maajarit*, o sea, «aguas corrientes», de las que, por otra parte, apenas hay; y es que perversa, ciertamente, ha sido la maña de sus habitantes, que destruyeron tanto la salubridad del aire como la fertilidad del suelo; y de esta forma, la destrucción de la madera ha resultado la maldición tanto de Madrid como de Roma, las ciudades del oso y del lobo, y reductos gemelos ambos del enemigo de las libertades civil y religiosa.

La cuenca de que Madrid es la capital está limitada por la Sierra del Guadarrama y por los Montes de Toledo y Guadalupe. Consiste más que nada en formaciones terciarias, greda, yeso y piedra caliza. Esta última, hallada en *Colmenar de Oreja*, cerca de Aranjuez, es depósito de agua dulce, y por ser de buen color y consistencia, se usa mucho para los edificios de Madrid; el granito, que es excelente y abundante, procede de *Colmenar Viejo*, a cinco leguas, cerca de El Escorial. Hay muchos pueblos de este nombre cerca de Madrid, que tanto en español como en árabe significa lugar de abejas. En Vallecas, a legua y media de la capital, hay una curiosa magnesita, con huesos de mamíferos extintos.

Clima

Madrid es residencia desagradable y malsana, en la que se alternan los extremos de calor y frío, o según el adagio, hay *tres meses de invierno y nueve de infierno*. (...) Todos los años, durante varias noches, el termómetro baja a más de 32° Fahrenheit y los ríos se cubren de hielo, que suele desaparecer en el transcurso del día. La temperatura media de los tres meses del verano es de 76° 2', o sea 15° más alta que en Londres; pero durante el *Solano*, el viento del sudeste, sube con frecuencia a 90° o incluso a 100° a la sombra, mientras al sol el calor y el resol son africanos; a esto, como si fuese una burla del clima, hay que añadir los vientos siberianos, porque, estando Madrid situado sobre una meseta abierta y desnuda, se halla expuesto a las ráfagas cortantes que caen, impregnadas de muerte, de la cueva de Eolo del nevoso Guadarrama, foco de tuberculosis y *pulmonía*. La capital, aun cuando no hubiera médicos en ella, cesaría pronto de ser ciudad de gente viva si no estuviera siendo constantemente repoblada por los miles de personas que llegan de provincias, porque es la araña destructora que atrae a su tela a todos los que esperan hacer fortuna. Y, sin embargo, los indígenas no hacen sino cantar sus glorias, como los débiles mentales se muestran orgullosos de los errores mismos de que más avergonzados debieran sentirse. El verano es el período más peligroso, cuando se abren los poros, porque, con frecuencia, sopla un viento del nordeste que produce una diferencia de temperatura entre un lado de la calle y el otro de hasta veinte grados, y el incauto forastero, que sale de una calle abrasada por el sol, se ve cogido en una esquina por el mismo Eolo y llevado sin más de allí al cementerio. [...]

Seco, inquisitivo y cortante, este aliento asesino de la muerte penetra en carne y hueso, hasta llegar a la misma médula; de aquí el cuidado que ponen los naturales en cubrirse bien la boca, las mujeres con pañuelos y los hombres *embozándose en las capas*: gracias a estos respiradores no mecánicos los pulmones están protegidos, ya que *el horno se escalfa por la boca*. [...]

Es fatal sobre todo para los niños pequeños, que durante la dentición mueren *como chinches*. El siroco veraniego agosta la vegetación y, excitando a una población aficionada al cuchillo, llena los hospitales de heridos y las cárceles de asesinos. Ya queda bien parada, por tanto, esta «Buena Madre», de cuya ternura, Moya, siguiendo el principio del *delincuente honrado*, hace derivar el nombre de Madrid, en *más bien Madrastra*. La moral de casi todas las clases no es mejor que el clima, ya que Mesonero calcula que una quinta parte de todos

los nacimientos son depositados en la *Cuna*, donde quedan expuestos a una muerte casi cierta. Las familias más acomodadas se las arreglan para criar a algunos de sus encogidos hijos, poniéndolos en manos de amas saludables de Asturias, y los fastuosos vestidos de estas aristocráticas *Pasiegas* cuentan entre los ornamentos más curiosos del *Prado*.

Sólo Madrid es corte

Los habitantes de la ciudad piensan que Madrid es la «envidia y admiración» de la humanidad: hablan de ella como de la capital de *España*, es decir, del mundo, porque *Quien dice España dice todo. No hay sino un Madrid*: único, como el Fénix, Madrid es la *única* corte que hay en la tierra, *sólo Madrid es corte*. Dondequiera que se oiga su nombre el mundo enmudece de espanto, *Donde está Madrid calle el mundo*. No hay más que un paso de Madrid a *La Gloria*, o sea al cielo, en el que hay una ventana desde donde los ángeles contemplan a este paraíso en la tierra. La razón de que no haya casas de campo en las cercanías es explicada en serio por la gente diciendo que ninguna persona sensata podría pensar siquiera en abandonar este lugar de placeres sobrenaturales, aunque sólo fuese por un día; y, ciertamente, en este desierto horrible, sin hierba ni árboles ni colorido, tampoco se puede decir que haya muchas tentaciones naturales; y, además, la inseguridad de los caminos convertiría una excursión por las afueras de la ciudad en un peligro, sin que en compensación el *hidalgo* que así se aventurase pudiera sentirse mucho más seguro al volver a Madrid, porque sin duda su casa habría sido atracada y sus cucharas de plata robadas. (...) El más grande de los castigos para los Grandes de España consiste en verse exiliados de *la Corte* a sus distantes fincas; un exilio a la Alhambra es como ser enviado a Botany Bay ⁵: los verdaderos *cortezanos* sólo pueden vivir en Madrid, y en todos los demás sitios se limitan a vegetar, de lo que se deduce que solamente necesitan ázoe en vez de oxígeno para sobrevivir. Esta expresión, *la Corte*, produce en los oídos españoles una idea imposible de traducir al inglés. Es algo así como *La Cour* de Luis XIV o la residencia del sultán, el dispensador de rango y fortuna: es el centro de los *Empeños*, los cargos, las intrigas, los títulos, las condecoraciones y el pillaje; es la carroña en torno a la que se congrega la tribu de buitres de los buscadores de destinos y los *pretendientes*, cuyo número es legión; y, sin embargo, como corte fue siempre una pobre repre-



sentación de lo que se entiende por verdadera grandeza, y ahora, en comparación con otras cortes europeas, no es mucho más que una parodia. A pesar de todo es la maldición de España, y todos los españoles bien informados convienen en que los mejores de sus compatriotas se arruinan en todos los sentidos yendo a ella, tal es su atmósfera, semejante a la que emana el antiar; y, sin embargo, tal es la fuerza de la costumbre que a nadie se le ocurre escapar de allí en busca de una atmósfera más amplia y más libre. El desierto llega hasta las innobles murallas de tierra, y el campesino que rasca la tierra de los campos al otro lado de ellas es un bárbaro, a pesar de lo cual los habitantes de Madrid comparan estos alrededores con los de Palmira y Roma: pero, ¿dónde están los antiguos almenares, palacios y templos?, ¿dónde la poesía de esas ciudades solitarias de antigua grandeza, cuyo actual abandono y melancolía constituye tan apropiado marco? Todo lo que rodea a Madrid es una abominación creada por ella misma, sin recuerdos o asociaciones. Aquí tanto la naturaleza como el hombre parecen hechos la una para el otro, porque los desnudos alrededores sólo tienen mala tierra y peores cultivos.

Madrid, esta digna capital de un país de anomalías, no es siquiera una *Ciudad*; no es más que la principal de las *villas*. No tiene catedral ni obispo; se levanta con un racimo de espiras cónicas, azules, de aspecto flamenco, que, parecidas a extintores de incendios, no dejan de ser apropiadas para una ciudad en la que el clima y la policía, por igual, conspiran para acabar con la vida y la mente. Y, a pesar de todo, esta verdadera capital de España, como otros culpables recompensados, ha sido dotada de inmerecidos epítetos honorosos. Es «*Imperial, Coronada, muy Noble, Leal y Heroica*». Toda esta titulomanía suena bien, en blanco y negro, y le cae bien a una ciudad que parece haber sido erigida por un decreto en la *Gazeta*, firmado «*Yo el Rey*», el *ipse dixi y volui* del déspota. Esta pompa de epítetos hueros es al tiempo clásica y oriental, es la Augusta *invicta* del romano, la *Kaderah*, «la Victoriosa», El Cairo del árabe. Pero Madrid apenas si existía en el primer período de la historia de Castilla y fue construida cuando ya había pasado la época de las catedrales, la edad en que los edificios se levantaban en armonía con los hondos y nobles sentimientos que palpitaban en el interior de sus constructores; de aquí que tenga poco de interés para el aficionado a las antigüedades; está hinchada como un quiste, lo que indica la corrupción del sistema, y tomó la forma y la presión de la decadencia misma de la religión y el país cuyo exponente era. (...) Las iglesias, sepulcros blanqueados, son tristes muestras de una insaciable avidez de oropel y dignas de un período en el que tanto la religión como el

país mismo estaban vacíos de realidades, mientras que la parte exterior de la bandeja relucía de verdadera plata a fin de tratar de ocultar la corrupción del interior; los Borbones pusieron su granito de arena, introduciendo esa curiosa manía de edificar y dorar que es característica de *Le Grand Monarque*, mientras que Carlos III, que quiso ser el Augusto de Madrid, edificó, desgraciadamente, con ladrillo, no con mármol, y su época fue, en consecuencia, la época pobre del lugar y de lo «realacadémico». De aquí las moles sin espíritu ni sentido, las largas calles nuevas, que muestran una fachada ostentosa, levantadas para halagar el ojo real y el amor nacional por la pompa externa, mientras que detrás de ellas hay callejas angostas, mal pavimentadas, mal iluminadas y mal alcantarilladas. Estas callejas son refugio de manadas de perros escuálidos y hambrientos, que en España, como en Oriente, son los más ocupados y con frecuencia los únicos basureros. Las mejores casas de Madrid son muy altas y grandes y viven varias familias en sus diversos pisos o apartamentos, teniendo la escalera en común; cada apartamento está protegido por una puerta sólida, un «roble», en la que, generalmente, hay un portillo o postigo, como en las casas de juego, por el que los dignos pero recelosos inquilinos inspeccionan al visitante antes de dejarle entrar; y es que en esta ciudad corrompida, nadie ni nada está seguro. Los interiores, para nosotros, son incómodos y están sin terminar; las cocinas, los *oficces* y otras necesidades son los más sucios y europeos que se han visto. Hay poca variedad en su escaso *puchero* y probablemente si Asmodeo pudiera ir quitando los tejados de Madrid a la hora de cenar, vería que la mayor parte de sus habitantes están desperdiciando su tiempo y su apetito en torno al mismo *puchero* o comida de todos los días.

La buena mesa

La mejor sociedad gastronómica y de otros tipos está en las casas del escaso cuerpo diplomático, porque muchas potencias no han reconocido el actual estado de cosas; éstos son imitados por algunos pocos nobles, intrigantes e intermediarios, funcionarios, empresarios y concesionarios, así como por aquellos que han emigrado y descubierto que el arte de la cocina no se condensa, como el genio encarcelado, en una *olla*. Los grandes comen, ciertamente, con los diplomáticos extranjeros, pero con poca reciprocidad por parte de aquéllos; como los *Príncipes* de la Roma moderna, raras veces ofre-

cen, a manera de reciprocidad, siquiera un vaso de agua: su hospitalidad consiste en comer con cualquier extranjero que les invite. Pocos son los diplomáticos que, después de una larga estancia en Madrid, continúan invitando mucho a los indígenas, ya que esta ingrata tarea va a contrapelo de las costumbres. Durante la residencia de la corte en Aranjuez y La Granja tiene lugar algo más de intercomunicación, pero es de un tipo más extemporáneo y ligero, campestre, y no de comidas verdaderas y constantes de buena sociedad; todo ello se hace en pequeña escala, y realmente parece juego de niños si se compara con la forma que tenemos de hacer esto en Londres; pero, en verdad, el español, acostumbrado a su propia manera, sin método y como inconexa, casual y espontánea, apresurada y embrollada, de comer, se siente cohibido por el orden y la ceremonia y la seria importancia de una comida bien organizada, y su fidelidad a las formas se extiende solamente a las personas, no a las cosas; de manera que incluso el *grande* no tiene más que una leve capa de brillo europeo en su mesa godo-beduina, y vive y come rodeado por un humilde grupo de cortesanos, en su enorme y mal provista casa-cuartel, sin ninguna elegancia, lujo o siquiera comodidad, según sus sólidas ideas transpirenaicas: pocas son, ciertamente, las cocinas que aquí poseen un *cordón bleu*, y menos aún los amos de casa a quienes gusta de verdad una *entré*e ortodoxa, no contaminada por las herejías del ajo y el pimentón: y siempre que su cocina trata de extranjerizarse, como en otras imitaciones, acaba convirtiéndose en una copia sin aroma; pero pocas son las cosas que se hacen en España con *verdadero estilo*, es decir, con preparación y gusto. Aquí todo es provisional y hecho a la buena de Dios; el noble señor delega sus asuntos en el administrador injusto y se echa a dormir sobre su lecho de rosas, somnoliente en los negocios y despierto sólo en la intriga; su numerosa servidumbre, mal entrenada y mal surtida, no tiene la menor idea de la disciplina y la subordinación; nunca se puede contar que pongan siquiera un mantel, ya que prefieren perder el tiempo en la iglesia o en la *plaza* a cumplir con su deber, y preferirían morir de hambre para cantar, bailar y dormir mejor que comer bien y ganar su salario con un trabajo razonable; y tampoco el amo de la casa puede defenderse realmente, porque si los despide sólo conseguirá contratar otros iguales, o quizás incluso peores.

La población

Así es Madrid, desde el punto de vista moral y físico; una ciudad en la que una larga residencia acaba agostando la mente y el cuerpo. Bien podría exclamar Góngora: ¡Este es Madrid, mejor dijera *inferno!*, y, aunque el *Madrialeño* pueda pensar que es un paraíso, la capital realmente es poco querida del resto de la nación. Despierta en ellos, ciertamente, orgullo y apela a su interés, pero también es cierto que todos los individuos que contribuyen a engrosar la muchedumbre de cazadores de fortuna prefieren, en lo hondo de su corazón, la capital de su propia provincia. Muy equivocado, por tanto, estaba *Buonaparte* cuando se imaginó que la toma de Madrid serviría para conseguir el dominio sobre el país entero, como ocurrió en el caso de París, Viena y otras capitales.

El conjunto de la población de Madrid, que está formada por emigrantes de todas las otras provincias, se caracteriza por un tono metropolitano y cortesano de superioridad; hay una afectación de menosprecio de la ciudad provinciana y sus maneras y una tendencia a evitar todo lo que huelga a traje nacional: una frivolidad insincera, resultado de las falsas intrigas que tienen lugar constantemente por todas partes, le ha sido reprochada al *madrialeño*. Las mujeres no son, ni con mucho, tan atractivas como las de Valencia y Andalucía: tienen mucha menos salud y sus rostros son menos expresivos; les falta mucha de esa franqueza natural y cordial y esa falta de artificio que constituye el principal encanto de la mujer española. Como los hombres, son más *gazmoñas*, es decir, hipócritas; el *populacho*, de ambos sexos, es brutal y corrompido; el *Manolo* o la *Manola* (palabras que son abreviatura de Manuel y Manuela) son lo más digno de la atención del forastero, aunque no desde el punto de vista moral; éstos son los *Majos* y *Majas de Madrid*, pero sin la *gracia* y elegancia de los andaluces o la sencilla honradez de los *Charros* y *Charras* de León.

Madrid, desde la muerte de Fernando VII, ha mejorado tanto como ciudad que los españoles que han vuelto a ella recientemente apenas la reconocen. Su primero y gran benefactor fue el marqués de Pontejos, que fue *jefe político*. Hay también más vida y más movimiento en las calles, algunas de las cuales están más limpias y mejor pavimentadas e iluminadas; muchos de los antiguos nombres han sido cambiados por otros democráticos y patrióticos: éstos, sin embargo, a medida que los partidos se van sucediendo unos a otros en el poder, se vuelven a cambiar; y, por estar constantemente expuestos a cambios con cada alteración de la escena política, nosotros adoptaremos la nomenclatura original, con la cual además la gente está más familiari-

zada. La destrucción de los conventos ha abierto espacios y se están construyendo edificios nuevos por todas partes ⁶. [...]

El mejor lugar para obtener una vista panorámica es desde la cúspide de la torre de la iglesia de *Santa Cruz*, o bien desde el montículo que hay a la cabeza de los jardines del *Buen Retiro*. Por su forma la ciudad es casi un cuadrado con las esquinas redondeadas. Fuera de los muros de tierra, y en sus entradas principales por la parte del río, hay avenidas plantadas de árboles. Madrid les gustará más a quienes han venido directamente a España desde Francia, ya que es una ciudad verdaderamente española y, por tanto, los vestidos, el *Prado* y las corridas de toros les sorprenderán por el encanto de su novedad y lo extraño de su contraste, que, por el contrario, no llamarán la atención a los que lleguen a Madrid desde la bella Valencia, la mora Granada o la grandiosa Sevilla. Una semana bastará para ver las maravillas de la única «corte del mundo», cuyos museos están, ciertamente, entre los mejores de Europa; feliz aquel que de Madrid escape a Ávila, El Escorial y Segovia, o que se dirija hacia la romántica Cuenca por la imperial Toledo y los jardines de Aranjuez; los que se sacudan cuanto antes el polvo de sus sandalias y permanezcan el menor tiempo posible en Madrid serán, probablemente, los que con mayor satisfacción lo recuerden, porque aquí el amor, pequeño al principio, irá disminuyendo maravillosamente a medida que vaya aumentando su conocimiento. Cuanto más se conozca Madrid, tanto menos gustará.

Alojamiento, comidas y bebidas

Los hoteles, hasta hace muy poco, eran los peores de Europa, sin exageración, pero el número de compañías nuevas de coches, al traer más viajeros a la capital, ha creado una demanda de alojamiento; algunas de estas compañías han abierto posadas o *paradores* propios, y también se han instalado muchos cafés y *restaurantes* tolerables, principalmente por extranjeros, igual que ocurre en Oriente. [...]

Los que piensen quedarse tiempo en Madrid debieran buscarse habitaciones en casas privadas que, aun cuando no suelen estar «bien amuebladas», por lo menos, según nuestras ideas, son bastante tolerables para España; algunas, pocas de ellas, tienen *chimenea*. *Nota bene*: escojan siempre las que tienen chimenea, porque un buen fuego constituye un inenarrable atractivo en los países con buen clima y detestable invierno, ya que las casas allí suelen ser verdaderos pozos, sin, por ello, resultar profundos como la verdad: el hogar, con su cre-

pitir animoso, recordará al viajero su tierra inglesa, de la misma forma que un rayito de sol le recuerda España al español exiliado en Siberia. La cama suele estar puesta en una *Alcoba*, cuya puerta está vidriada; los suelos, de ladrillos o azulejos, están cubiertos de *Esteras*; para alojarse, la mejor zona es la que rodea a *La Puerta del Sol*. (...) La cocina es de segunda categoría y, sin embargo, comparada con la oscuridad gastronómica que es general en España, aquí pasa por ser de primera. Los cocineros franceses de los diplomáticos extranjeros han tenido bastante buena influencia en este asunto, pero la espina dorsal de la vida castellana sigue siendo el *Puchero*, con su insípida y correosa *vaca cocida*. Este plato, peor incluso que el *Buoilli* francés, se burla del paladar con una apariencia de alimento: puede ser comido, sin embargo, cuando no haya ninguna otra cosa. Madrid es famoso por sus espárragos, que se cultivan en Aranjuez, y su *Hojaldre*, una pasta ligera: las confiterías están, en su mayoría, en manos de extranjeros, ya que la auténtica pastelería española, como los bollos y las tarteletas de Inglaterra, recuerda a las edades oscuras, mientras que la *Pâtisserie* francesa es elegante en la forma, exquisita en su materia prima y llena de imaginación, genio y jalea de albaricoque. (...) La cerveza en botella, mezclada con zumo de limón, es otra bebida favorita en Madrid, pero como cabría esperar de sus ingredientes, no puede ser recomendada al paladar o al estómago de los ingleses.

El vino corriente, y el mejor con mucha diferencia, es el tinto espeso de Valdepeñas; sin embargo, el producto inferior de Arganda se vende constantemente en su lugar, y ambos están adulterados con cocimientos de palo de Campeche y otras abominaciones. [...]

Las nieves de los montes del Guadarrama, aunque abastecen a Madrid de ráfagas heladas y están preñadas de tuberculosis, proporcionan en contra, durante el verano, abundantes bebidas frescas y helados que venden por las calles sobre todo los valencianos. El *Agua de Cebada* es muy refrescante; también lo es la *horchata de Chufas* o *Michi michi*, es decir, «mitad y mitad», llamada así porque se hace con cebada y *chochos* (molidos), los altramuces o lupinos de los antiguos romanos, los Tirmis del árabe cairota (Lane, XII, 13). Estas bebidas de emulsión son muy clásicas, porque la *leche de Almendras*, que los médicos españoles consideran una panacea, es exactamente la que describe la *Αμνγδαλη-γαθον φαρμαχον* de Ateneo (II, 12). Ninguna bebida, sin embargo, ni medicinal ni meramente refrescante, llega a la altura del *Agraz*. Ésta refresca el cuerpo y el alma del hombre, y es deliciosa mezclada con vino de *Manzanilla*.

Puerta del Sol

VISTAS DE MADRID. Todo el mundo debe empezar por la *Puerta del Sol*, que, como nuestra Temple Bar, está en el centro de la capital, aunque en otros tiempos fuese la puerta del este, sobre la que brillaba el sol naciente; ahora se ha construido en todos sus lados y la puerta ha desaparecido, quedando solamente el nombre. La pequeña plaza está situada en el centro de una larga línea de calles que van como venas del oeste al este, del Prado, por la *Calle de Alcalá*, y de allí por la *Calle Mayor* al río; en este punto otras dos calles importantes, la *Calle de la Montera* y la *Calle de las Carretas*, o sea, la Bond Street y la Regent Street de Madrid, que van al norte y al sur, se cruzan con las otras dos casi en ángulo recto. De esta manera, la *Puerta del Sol* es el corazón donde todas las arterias principales de la circulación se encuentran y se separan, el centro donde suben y bajan el arroyo y las mareas de la vida de Madrid.

Las tiendas de las calles que salen de allí son las más elegantes; sus mercancías, expuestas al ojo del cliente, hablan por sí solas. Suelen estar cerradas desde la una, cuando la naturaleza toca la campana de la comida, hasta las tres, cuando ya se ha dormido la siesta; los escasos coches se han metido ya para entonces en sus cocheras y tanto las bestias como los conductores están en sus respectivos establos; incluso el chirrido de las ruedas de los carros ha enmudecido; las mulas y los burros, que son los que hacen el trabajo de las compañías de entrega de paquetes, las cabras, que hacen el oficio de las vacas lecheras, están todos durmiendo en compañía de sus amos sobre el lado sombreado de las calles: pero por todas partes, todo a lo largo y ancho de esta tierra, el calor del mediodía vacía las calles y fomenta el carácter lánguido, monótono, *poco-curante*, tan corriente en las viejas ciudades del interior de España, donde la tranquilidad y la escasez de la población son indicios de silenciosa decadencia y languideciente atrofia. En Madrid, por tratarse de la sede del gobierno, hay, incluso en las horas del despertar, una apariencia de vida, pero comparada con Londres o incluso con Liverpool o con Edimburgo, todo aquí parece muy de segunda mano y muy de reventa. Decepcionará, ciertamente, a los que han escuchado las grandilocuentes exageraciones de los madrileños, que por su parte se cebarán en todo extranjero que no se sienta ni más ni menos que *deslumbrado*, calificándolo de envidioso, malintencionado o tonto. [...]

El lado sur de la *Puerta del Sol* está ocupado por la *Casa de Correos*. Este grande y aislado edificio cuadrado fue edificado en



1768 por Carlos III y el arquitecto fue un cierto Jaime Marquet: su tono general y su disposición han sido justamente criticados. Siempre hay un fuerte piquete de soldados montando guardia, porque el edificio sirve también de *puesto* militar. (...) Al lado, a la derecha, en la *Casa de postas*, están los establecimientos de caballos de correos y postas. Antes, la *plaza* abierta se encontraba desfigurada por una fuente *churrigueresca*, obra del hereje Ribera. La estatua de *Venus* que remataba la fuente era llamada por la gente sencilla *Mariblanca*, es decir, que se limitaban a cambiarle el nombre, tan inveterado es el culto a la diosa en España; ahora la estatua ha sido llevada a la *Plaza de las Descalzas*.

En el lado oriental está la iglesia de *Nuestra Señora del Buen Suceso*, ruin edificio con un reloj iluminado. Aquí, a pesar de tan prometedor nombre, ocurrió un triste suceso en los anales de Madrid. Murat escogió esta iglesia y sus *patios* para hacer de ella uno de los escenarios de sus terroristas carnicerías del 2 de mayo de 1808. [...]

Aquí, por tanto, todos los que deseen estudiar el carácter y los trajes no se verán nunca faltos de temas para su pluma o su lápiz; porque el madrileño, como los antiguos, vive en la calle, *foris* en el *fórum* y, prudentemente, prefiere el sol reanimador a su propio hogar sin comodidades que no tiene chimenea. Es la oriental y clásica *το αγοραφθαι* del ateniense, que apenas hacía otra cosa que «o bien contar o bien escuchar alguna cosa nueva», y es el *vespertinum forum* del ocioso Horario, que se deleitaba en enterarse de la última noticia exacta; de la misma manera dice Addison que «no hay lugar en la ciudad que me guste tanto como el Royal Exchange». Esta costumbre anticuada de salir a dar noticias era la ocupación de los «caminantes de Pablo» de hace dos siglos. Ahora, ante el avance de la inteligencia, clubs y periódicos matutinos han acabado incluso con los paseos por Bond Street, ya que los periódicos de la mañana nos traen a la mesa del desayuno con todo detalle todo eso que los antiguos y los orientales pueden ver, oír y tocar de manera tangible sólo saliendo a la calle y al ancho mundo. En consecuencia, el español, en quien, como en muchas otras cosas, el pasado y el presente se encuentran, se sitúa en este *forum* de la *Puerta del Sol* envuelto en su capa como un romano antiguo, sin que se le vean más indicios de la civilización moderna que un puro y la *Gazeta*, que le tranquilizan con sus humos hueros. [...]

Obsérvense los curiosos grupos de hombres de aspecto pálido, descalzos, hambrientos, con aire de bandidos, con ojos fieramente relucientes y *capas* deshilachadas, que se arraciman como abejas en torno al lector de alguna «carta auténtica». Éstos constituyen dos de

las tres clases en que pueden ser divididos gran parte de los que llevan chaqueta larga: primero el *Pretendiente*, que aspira a un cargo, a ser posible una sinecura, y cuyo alimento es la esperanza; luego viene el *Empleado*, joven afortunado con la suerte de haber nacido de buena familia y cuya felicidad es la certidumbre de poder cobrar sobornos y la posibilidad de recibir el sueldo de su cargo; y finalmente el *Cesante*, es decir, uno que habiendo tenido cargos, ha sido echado de ellos, cuyo goce y beneficios han cesado, cuyo dolor es el recuerdo y su consuelo la venganza. [...]

La *Puerta del Sol* es también el punto de reunión de los petimetres, de los elegantes y de la gente de ambos sexos cuyas intrigas no son políticas. Es también lonja de mendigos. Aquí se celebran también *rifas*, una especie de loterías, que son corrientes en toda España. A veces los premios son meras fruslerías, baratijas para el bello sexo, estampas de santos para los devotos; a veces un cerdo cebado o buenas onzas de oro bajo, cebos seguros sin duda alguna para el apetito ratonero y la avaricia digna de un tiburón de los que suspiran por volverse ricos de pronto con juegos de azar o intrigas.

Calle y Puerta de Alcalá

Entramos ahora en la *Calle de Alcalá*, que, durante el efímero gobierno de Espartero, se llamaba *Calle del Duque de la Victoria*. *Nous avons changé tout cela*, dice Louis Philippe. Es ésta una de las más bellas calles de Europa; está situada en una suave cuesta y tiene justo la curva necesaria para ser grácil. Esta gran aorta se ensancha como un río, desembocando sus aguas vivas en el *Prado*. El perfecto efecto de esta calle queda estropeado por lo bajas que son algunas de las casas, que en esto no guardan la proporción debida a la anchura que bordean: los naturales, sin embargo, se extasían ante ella, porque es ancha y de aspecto *extranjero*, algo, por tanto, que no se ve en sus propias y más antiguas ciudades semimoras; pero el resol en el verano es terrible, y el Marqués de Pontejos merece elogios por haber plantado las acacias. Mientras tanto, las ráfagas heladas de las cimas nevadas del Guadarrama penetran por las calles transversales, apagando la breve vela de la vida madrileña. [...]

Siguiendo nuestro paseo llegamos a la Puerta de Alcalá, construida en 1778 para Carlos III por Sabatini. Es la mejor puerta de Madrid, y puramente ornamental; y es que las murallas, mero cinturón para la «corte única», son de tierra y podían ser saltadas por un

Remo relativamente activo; pero nunca se trató de utilizarlas como defensa contra otros invasores, que no fueran, todo lo más, cigarros puros de contrabando; y, sin embargo, aunque podrían ser echadas abajo sólo con *garbanzos*, este adorno arquitectónico fue mutilado por el invasor, cuyas deportivas balas de cañón fueron dirigidas especialmente contra él; *Te saxa loquuntur*.

Plaza de Toros

A la izquierda se encuentra la *Plaza de Toros*, que fue construida en 1749, tanto para sostener los hospitales como para proveerlos de pacientes. Tiene alrededor de mil cien pies de circunferencia y es capaz para doce mil espectadores. Desde un punto de vista arquitectónico, esta *plaza* de la corte modelo es más ruin que las de muchas ciudades provinciales: no se trató de hacer un anfiteatro clásico, de imitar al Coliseum de Roma; el exterior es desnudo y sencillo, como hecho así deliberadamente, mientras que el interior está dotado de bancos de madera y es, en realidad, poco mejor que un matadero, pero también es cierto que para eso fue diseñado y hay en él algo así como un ambiente de asesinato eficiente que revela al moro, que buscaba un deporte de sangre y muerte y no un alarde de habilidad o gusto artístico. Las corridas de toros, cosa puramente española, respiran *españolismo* desde el principio hasta el fin y rechazan incluso lo bello del extranjero como una adulteración. Las corridas de toros comienzan en abril y siguen hasta noviembre; normalmente tienen lugar los sábados y los lunes y por la tarde; pero siempre se avisa con suficiente antelación por medio de carteles. El *aficionado*, naturalmente, saldrá la mañana anterior a caballo a *El Arroyo de Abroñigal*, a fin de ver qué tal es el *Canado*; también tomará la precaución de conseguir un billete del lado de *sombra* de la *Plaza* y se situará entre la calle de Alcalá y la *Plaza* cosa de media hora antes de que abran las puertas para ver la llegada de la muchedumbre: qué alboroto y cuánto polvo, qué vestidos y qué *calesas*, qué salvajes conductores, corriendo por fuera, qué pintorescos *manolos* y *manolas* dentro...; ahora, ciertamente, estamos en España y no hay posibilidad alguna de error. El fiero sol africano, con su deslumbrante relucir, calcina los cielos y la tierra, calentando al hombre y a la bestia hasta la misma locura; y ahora vemos cómo, llevada de una feroz sed de sangre, que se ve en los ojos relucientes y en el nervioso cuchillo listo, la pasión del árabe vence a la frialdad del godo: qué



diferentes son la muchedumbre y su prisa ruidosa a la vida tranquila y la monotonía normales en estos lugares. La horrible emoción fascina a la mayoría, como la tragedia de una ejecución, porque, como observa un agudo francés, «*La réalité atroce es el recreo del salvaje y lo sublime de las almas comunes*». Los cuadrúpedos están tan excitados como los bípedos, si exceptuamos a los pobres caballos, que son más *provocados* que los toros mismos. [...]

Las corridas de Madrid son de primera clase y nada se economiza en ellas, aparte de los caballos: éste es el espectáculo nacional, y los salarios altos que se pagan en la «Corte» atraen, como es natural, igual que a nuestro Haymarket, a los artistas más distinguidos.

El Prado

Enfrente están los jardines del *Buen Retiro* y su puerta de entrada, *La glorieta*. Volviendo al Prado, la vista es muy notable. El *Prado*, nombre conocido de todo el mundo, es el Hyde-Park de Madrid; aquí, en las mañanas de invierno y las tardes de verano, aparece toda la gente importante, la belleza y la moda. Es un lugar apropiado para estudiar la ropa y las maneras y para observar esos vehículos antediluvianos con ridículos cocheros y grotescos lacayos que recuerdan a las caricaturas que entre nosotros irían a parar al Museo Británico. Estos vehículos pesadotes dan vueltas y vueltas, rutina ésta tan pesada como la monótona vida del oriental y el español, en la que el hoy es reflejo del ayer y anticipación del mañana. Las excepciones son los coches de los ministros extranjeros y de los pocos grandes y arribistas ricos que se las arreglan para comprar los de algún embajador que se va, o bien los de los que se las han arreglado para invertir sus honradas ganancias en la *Bolsa* en algún *equi-page* parisino reluciente de puro nuevo.

[...] El *Prado*, una cosa y una escena puramente españolas, es único; y como no hay nada que se le parezca en toda Europa y, oh maravilla, no hay ningún inglés en toda su extensión, resulta fascinador para todos los que cruzan los Pirineos. Su eterna igualdad se pierde para el forastero que no se queda aquí más que una semana, mientras que para el indígena esa misma igualdad tiene un encanto, porque aquí, como entre los niños y los orientales, la costumbre no se vuelve rancia y todos prefieren el mismo y antiguo juego a uno nuevo. Donde las diversiones artificiales son raras y las inquietudes intelectuales escasas, cuando el sol quema, hasta con un suave paseo a la

sombra, durante el cual el amor y el flirteo se convierten en evidente recurso y ocupación para los jóvenes de ambos sexos; y el apetito de este esparcimiento crece con lo mismo que lo alimenta, hasta que la matemática y la economía política parecen pasatiempos secos y nada incitantes: a medida que las partes envejecen, su amor por la vida va mezclándose con cierta medida de devoción, unas pocas puñaladas y mucho tabaco.

[...] El *Prado* es un escenario polvoriento y ruidoso, ya que no crece en él hierba ni hay allí nada que se parezca a un prado inglés, a pesar de su nombre, que es un modesto error; a la manera de los *Champs Elysées* del paraíso parisino. Ninguna flor esmalta este *Prado*, aparte de las que son ofrecidas por impertinentes hijas de Flora. El fuego y el agua, *iCandela y Fuego! y ¿quién quiere agua?* se oye gritar por todas partes; como éstos han sido durante largo tiempo los ingredientes esenciales de santos menesteres, las hogueras de la Inquisición y el *agua bendita* de la iglesia, resultan igualmente necesarios para encender puros y apagar la sed, y, en consecuencia, chicos que parecen salidos de cuadros de Murillo corren por todas partes con cabos de cuerda encendidos para los fumadores, es decir, para el noventa y nueve por ciento de los hombres, mientras que los *Aguadores* siguen al fuego, como bomberos, con agua fresca, ya que el español es tan adusto como su suelo y tan sediento como el Vesubio.

El Buen Retiro

Volvamos ahora hacia la izquierda y entremos en el *Buen Retiro*. Esta gran extensión de edificios arruinados y bonitos jardines fue levantada por el Conde Duque de Olivares a modo de «agradable retiro» para Felipe IV, y a fin de distraer su atención de la política y de la decadencia de su país. Este *rus* dentro del recinto amurallado de la ciudad fue ideado para evitarle la molestia de salir de la «corte única» y paraíso terrestre siquiera fuese por un solo día. Aquí fueron erigidos un palacio y un teatro en el que se representaban las comedias de Lope de Vega; el palacio, sin embargo, se incendió accidentalmente, y allí perecieron muchos hermosos cuadros de Tiziano y Velázquez; fue reconstruido por Fernando VI, y su actual estado de desolación es obra de los invasores, que escogieron su posición dominante para crear allí un fuerte puesto militar desde el que podían aterrorizar a Madrid; luego el teatro, el palacio, los jardines,



el museo y el observatorio fueron todos «vandalizados» como dice acertadamente Miñano.

Museo del Prado

Volvamos ahora al Prado y visitemos el *Museo*; allí, en la parte de fuera, se lee, inscrito, «Real Artillería Británica, 1 de septiembre de 1812, A. Ramsay». ¡Qué página de historia se condensa en esta simple constancia de un soldado raso *inglés*, que marchó desde Salamanca para liberar la capital!

El *Museo* es un edificio enorme, pesado y corriente: su pesado pórtico de granito no sostiene nada, mientras que, sobre una cornisa más pesada aún, se levanta un piso superior; ruin, bajo y sin mérito arquitectónico alguno. Esta entrada tan mal aparejada no está al nivel del edificio, iluminado por pequeñas ventanas cuadradas y desfigurado por mediocres y toscas estatuas y medallones. Este fracaso, sin embargo, es calificado por los madrileños de obra «mayestática», y que inmortaliza a su diseñador. Fue éste el académico Juan de Villanueva, que lo levantó por encargo de Carlos III para sede de la Academia y museo de historia natural: dejado sin terminar a su muerte, fue continuado lentamente por Carlos IV hasta la invasión. Entonces el enemigo comenzó por destripar el edificio, y luego lo convirtió en cuartel; más tarde le arrancaron el plomo del tejado, destruyendo también grandes sectores de él y dejándolo convertido en espectacular ruina, estado en el que continuó hasta que fue destinado a galería de pinturas, idea ésta por la que Fernando VII ha sido ampulosamente elogiado por Miñano, Mesoneros, Madrazo y otros, atribuyendo a su amor por las artes. que sólo le inspiraban indiferencia, y al afecto paternal que sentía por su pueblo, que ni siquiera le inspiraba indiferencia, el despojar a sus propios palacios de sus mejores ornamentos. y sólo por el bien público, a pesar de que el mencionado Fernando es probablemente el personaje menos estético que parió madre. [...]

Jardín Botánico

Recomenzando nuestro paseo por el viejo *Museo* y continuando *Prado* arriba, justo más allá del *Museo*, a la izquierda, está el *Jardín*



Botánico, cercado por una bella verja de hierro; fue fundado en un principio en 1755 por Fernando VI, y luego trasladado a su actual solar en 1781 por el Conde de Floridablanca. Se adoptó en él el sistema de Linneo y las plantas fueron distribuidas y clasificadas científicamente por Cavanilles, el mejor de los pocos botánicos que ha producido España. Estaba lleno de curiosos especímenes y era un verdadero oasis de Flora en pleno desierto de las Castillas. Los invasores convirtieron este Edén en un desierto, arrancando las plantas y los arbustos; las zarzas y los abrojos eran su maldición, como en Aranjuez, Abadía y otros jardines de recreo e instrucción. Cuando el Duque expulsó a los destructores, la faz de la tierra fue renovada y el arte y la naturaleza cobraron nueva vida. Ahora, una vez más, es éste un lugar encantador; el jardín se conserva en excelente orden, tanto desde el punto de vista botánico como desde el del recreo y el placer; y se vuelve doblemente agradable al contrastarlo, como en Aranjuez, con los desnudos alrededores de Madrid.

Las Delicias

Volviendo hacia el sur, hacia la puerta *De los Embajadores*, entramos en unas avenidas semejantes a desnudos Campos Elíseos, que se llaman aquí grandilocuentemente *Las Delicias*, porque incluso las delicias celestiales son relativas. Aquí está el *Casino*, que el municipio de Madrid le dio a Isabel *La Portuguesa*, segunda y mejor mujer de Fernando VII. Es un bonito juguete, con agradables jardines, invernaderos, algunas estatuas y una especie de Trianón que en otros tiempos estuvo bien equipado; los techos de las mejores estancias están pintados por Vicente López. Este Casino recibe a veces el nombre de *Las Vacas*, debido a que Su Majestad intentó producir mantequilla aquí.

El Manzanares

Ahora salen tres avenidas de los parterres circulares que hay más allá del Casino: las dos que van al oeste conducen al Manzanares, el Támesis de «la única corte», y llamado por los elegíacos *Vizconde de ríos y Duque de arroyos*; pero no es éste el único duque que ha sido deformado en sus orillas: este miserable arroyuelo, aunque apenas baste su agua para las lavanderas, ha alimentado también el humor

cortante de los ingeniosos y satíricos españoles, desde Quevedo y Góngora para abajo, durante varios siglos. Si recibe el nombre de río es por pura cortesía, porque tiene puentes, lo que la mayor parte de las aguas corrientes en España no tienen. El dilema aquí ha sido si sería mejor vender un puente o comprar agua. Estos enormes *Puentes*, sobre los que no puede haber la menor duda, no son (como en Valencia) *pontes asinorum* exactamente, ya que sirven a modo de viaductos a través de la hondonada, y a veces los torrentes de lluvia bajan del Guadarrama en tal volumen que incluso sus gigantescos muelles se ven amenazados por las inundaciones; sin embargo, el diluvio no tarda en pasar, agotado por su propia furia; y, cuandoquiera que llueve, lo que debe hacer el forastero es bajar corriendo a ver el río antes de que desaparezca. En verano el riachuelo es poco más ancho que la longitud misma de su nombre, y se dice que su lecho fue «aguado» una vez porque iba a pasar junto a él Fernando VII, para impedir que el polvo le molestara. [...]

El Manzanares comienza a unas siete leguas de Madrid y entra en el Jarama cerca de *Vacia Madrid*. Río abajo, hacia el este, está el canal sin terminar, proyectado en 1668 para unir a Madrid con el Tajo, canal que fue comenzado, como de costumbre, con entusiasmo, y, también como de costumbre, abandonado enseguida, de modo que sólo se llegaron a hacer tres leguas de todo él. Las aguas estancadas son un hervidero de fiebres y, de esta manera, están convirtiéndose en una maldición y no en un beneficio, y añadiendo su granito de arena a la insalubridad del enfermizo Madrid: hay unos pocos edificios y también una capilla para barqueros piadosos que traen cal a la capital. Cuatro puentes cruzan el Manzanares: uno de madera en el extremo oriental cruza a la ermita de *San Isidro del Campo*. La gran peregrinación a este patrono de Madrid tiene lugar el día 15 de mayo y es ciertamente un espectáculo curioso; ese día toda la población se reúne para venir aquí y el ambiente es de mucha más diversión que devoción, porque la música y la danza están a la orden el día entre los devotos que más lo parecen de Baco y de Venus. Aquí, y ningún viajero debiera perderselo, cabe estudiar la mayor parte de las costumbres, canciones y danzas de las provincias, ya que los indígenas de ellas afincados en Madrid se congregan en grupos con verdadero espíritu local, conservando cada uno sus propias peculiaridades. Es un espectáculo verdaderamente español y encantador, que supera con mucho al del Lunes Santo en Greenwich, no sólo por su amenidad, sino también por su piedad, ya que se trata de una peregrinación religiosa: de esta manera su prudente Iglesia convierte sus actos de devoción en fuentes de diversión para sus fieles; y su grey, aficionada

a festivales que se acomodan a ellos y a su clima, los preferirán durante largo tiempo a los monótonos domingos de nuestro protestantismo, aunque sea más puro, que carece de método para la canonización de los boquerones.

Puente y Puerta de Toledo

Volviendo al Manzanares, pasamos sin cruzarlo, el puente y viaducto llamado *El Puente de Toledo*, que fue construido en 1735 por Felipe V y tiene 385 pies de longitud por 36 de anchura. Nada cabe imaginar de peor gusto, aunque San Isidro y su mujer adornan la escena, en busca de agua. La puerta de la ciudad, más arriba, fue comenzada en 1813 por el Ayuntamiento de Madrid y terminada en 1827 por Antonio Aguado, en honor de la vuelta de Fernando VII y del *exterminio* de la usurpación francesa por los ejércitos españoles. Aquí tienen lugar las ejecuciones públicas, que suelen ser por *garrote*, una especie de máquina estranguladora basada en el dogal oriental; como espectáculo más agradable, el artista y amante de los campesinos pintorescos debiera visitar esta puerta al comienzo de la mañana y dibujar los grupos de gentes que van al mercado, sus bestias y sus mercancías, que se congregan por estos alrededores, esperando la ceremonia del *derecho de Puertas*. Su indignación ante los insolentes *Resguardos* da animación a sus ojos y ademanes. Este *Octroi* o arbitrio fue introducido por los franceses y conservado luego por el gobierno, por mor de los ingresos que proporcionaba, igual que ocurre en El Cairo; y en nada están tan de acuerdo los españoles y los árabes como en execrar este azote fiscal del extranjero.

Puente de Segovia

El puente siguiente, el *de Segovia*, fue diseñado para Felipe II por Herrera, y es también un enorme viaducto, por tener 695 pies de longitud por 31 de anchura. La arena acumulada, que los descuidados indígenas nunca quitan de allí, ha desvirtuado sus bellas proporciones, como ocurre con los monumentos egipcios. El palacio, verdaderamente real, levantándose por encima, reluce ahora como mármol blanco sobre el claro cielo azul. Los declives que hay debajo quedan en el abandono más desagradable, cuando podrían y debían ser, con



la mayor facilidad, convertidos en terrazas y, de esta forma, hechos jardines colgantes, cosa que la forma de pendiente sugeriría sin duda a cualquiera que no fuese un adorador de San Isidro, porque éste esperaría que los ángeles bajaran a hacer por él ese trabajo, como los esclavos de la lámpara de Aladino.

Casa de Campo

A la izquierda están los recintos malsanos de la *Casa de Campo*. Esta imitación de casa de campo era un pabellón de caza de Carlos III y comunica con el palacio por medio de un puente y un túnel, que no está realmente a la altura del que hay debajo del Támesis. Tanto la casa como los jardines fueron devastados por los invasores, pero han sido restaurados por Cristina, que hizo aquí una granja modelo y realizó otros proyectos rurales, los cuales desaparecieron, como suele ocurrir, con la mano misma a que debían su nacimiento y conservación. Los jardines están bien abastecidos de agua y hay una bella fuente italiana de mármol y un soberbio bronce ecuestre de Felipe III, vaciado por Juan de Bolonia sobre un dibujo de Pantoja. Fue compañero del de Enrique IV, en París, destruido por la revolución. Dejado sin terminar por Juan de Bolonia, fue rematado por Pedro Tacca, cuyo cuñado, Antonio Guidi, lo trajo a Madrid en 1616. En la *Casa de Campo* se dan carreras de caballos y de obstáculos y compiten por la copa de la reina los descendientes de los férreos Albas y Ponces de León, vestidos de jockeys: tal es el progreso de la anglocivilización castellana, pero tanto las carreras como la equitación son algo inferiores a las de Epsom.

Palacio Real

De aquí seguimos al palacio real, que, ciertamente, es uno de los más espléndidos del mundo. Tiene dos *plazas* abiertas: la del este, *del Oriente*, que es una especie de *Place de Carousel*, porque en ella los invasores demolieron ochenta y siete casas y dejaron el espacio convertido en un desierto de polvo y sol, e intransitable en la canícula. Fernando VII hizo despejar las ruinas y nivelar el lugar, comenzando sobre el solar un magnífico teatro y una columnata. El lugar, ciertamente, era muy práctico y cómodo para el rey, ya que estaba

cerca de su residencia, pero justo lo contrario desde el punto de vista de los ciudadanos en general, pues se halla en un ángulo lejano de la ciudad.

La *Plaza* tiene un aspecto algo francés. Se proyecta, cuando todo esté terminado, quitar el bello bronce del *Retiro*, que avergonzará a las otras estatuas, inferiores, de reyes y reinas. También se tiene el proyecto de terminar el teatro y hacer un grandioso jardín con flores, fuentes, asientos, etc., que, ciertamente, será una bendita mejora; entretanto, *Los Señores Diputados* celebran sus sesiones en uno de los salones y escenifican la farsa de un pseudo-parlamento. El local se usa también, y con más razón, para bailes públicos y de carnaval, donde, por lo menos, las tretas y el engaño están a la orden del día sin que nadie lo oculte.

Traducción de Jesús Pardo

NOTAS

¹H. V. Morton: *A Stranger in Spain*, London, Methver, 1955, p. 109.

²Cuando apareció la primera edición del *Handbook*, Addington consideró su contenido tan ofensivo para los españoles que, alarmado, convenció a Ford de que la cancelase y revisase. Ford se desquitó después incluyendo la mayor parte de los pasajes suprimidos en sus *Gatherings from Spain*.

³H. V. Morton, *op. cit.*, pp. 111-112.

⁴Hugh Thomas: *Madrid. Una antología para el viajero*, ed. cit., p. 44.

⁵Lugar en Nueva Gales del Sur, Australia,

donde los ingleses tenían una colonia penal a la que llevaban delincuentes de Inglaterra. (*N. del T.*)

⁶Aunque Ford sólo conoció personalmente el Madrid de los años 1831-1833, en la primera edición revisada de su *Handbook* (que apareció en 1845) actualizó buena parte de la información original sobre la ciudad y añadió numerosos comentarios sobre el período de las Regencias de María Cristina y Espartero (1833-1843), como los relativos a la supresión de monasterios y conventos.



11. Louis Viardot (1834)

Louis Viardot (1800-1883) fue un hispanista francés, hoy un poco olvidado, que en la época romántica gozó de considerable celebridad, aunque no tanto por sus obras como por su condición de director del Théâtre-Italien y marido de Pauline García, cantante de origen español que era hermana de la famosa Malibrán. Viardot escribió varios libros sobre la pintura en Europa e hizo una nueva traducción del Quijote, que alcanzó numerosas reediciones. Entre sus obras sobre España cabe destacar dos relatos de viajes: sus Souvenirs de chasse, de 1823, y sobre todo Retour de Madrid à Paris, en 1834. Souvenirs du choléra, publicado como el anterior en 1849.

En este último opúsculo no hay que buscar al Viardot hispanista, buen conocedor de la literatura y el arte del país, sino al hombre de bien que, quince años después, recuerda la España de 1834 devastada por el cólera. La parte dedicada a Madrid es un relato emotivo de la enfermedad y convalecencia del autor, y un sentido homenaje a la abnegación de las personas que le cuidaron. Después del odioso Madrid retratado por Richard Ford, nada mejor, para compensar, que estas páginas de Viardot en memoria de Francisco Gómez y su familia, madrileños humildes de los que no suelen aparecer en los libros de viajes.

Era el mes de mayo, y la primavera, la verdadera primavera de las regiones meridionales, que apenas se conoce a este lado de los Pirineos y de los Alpes, justificaba a los poetas de la antigüedad que nosotros acusamos, en el Norte, de ficciones pastorales y sueños dorados. Pero todos los encantos de la estación, todos los atractivos de la temporada, todos los placeres de la sociedad que ella reunía se

vieron pronto enturbiados por una triste aprensión. Como los raudales de una inundación que asciende, como las llamas de un incendio que se acerca poco a poco, el cólera avanzaba amenazador. Siguiendo un curso extraño, se había lanzado desde Francia sobre Inglaterra, después sobre Italia, saltando el mar por un lado y los Alpes por el otro; los Pirineos, al frente, lo habían detenido como un muro erigido en su camino. Pero pronto, tras pasar de Nápoles a Malta y a África, volvió hacia España por la ruta de los antiguos conquistadores árabes, y como ellos, franqueó el estrecho que abrió Alcides entre Abyla y Calpe. Ya llegaba a Andalucía, la invadía, la devastaba; ya la peste, volviendo hacia el norte, seguía las orillas del Guadalquivir, ascendía a las cumbres de Sierra Morena y se abatía sobre las llanuras de la Mancha. Ante ella avanzaba el terror. Al acercarse, Aranjuez se despobló; pronto sólo quedaron bajo su floresta bandadas de ruiseñores cantando sus amores. Todo el mundo se había refugiado en Madrid. Era alejarse una decena de leguas y acercarse a los socorros de la medicina, pero era también encerrarse en un gran centro de población más peligroso que la soledad. Más prudente, pero dando un vergonzoso ejemplo de miedo y egoísmo, la corte había huido hasta las frescas altiplanicies de la Granja, dejando en El Escorial un cordón de tropas para cortar toda comunicación entre la capital y su retiro.

Afectado por el mal en París, en 1832, yo era propenso a una recaída, y en efecto, no sé qué resentimientos interiores, precursores de la epidemia, me anunciaron por adelantado que iba a estallar. Más de quince días antes de la aparición del cólera, yo predecía ya su próxima llegada; y esto no era don de profecía, ni clarividencia, ni sueño magnético, sino una sensación física clara y segura. Tenía ya el cólera *latente*. Sin enfermedad apreciable, me sentía de golpe tan descompuesto, tan abatido, tan débil de cuerpo y espíritu, que no tenía fuerza ni ánimo para ponerme en camino y volver a Francia, completamente libre ya de la peste. En fin, un día de julio me había arrastrado penosamente hasta el palacete de la condesa de ***, el cual, refugio amable abierto a los extranjeros, está situado en la *plazuela del Ángel*, en el centro de los barrios elegantes de Madrid. Era domingo. Desde la mañana, aunque el sol estuviera oculto tras espesas nubes negras que se arrastraban pesadamente por un cielo sin aire, el calor era agobiante; uno se asfixiaba en una atmósfera abrasada, como con el mistral o el simún. Hacia las tres de la tarde estalló una tormenta terrible, espantosa, equiparable a las tempestades de los trópicos. A los torbellinos de viento y el fragor de los truenos sucedió una granizada impetuosa, que puso en fuga a los pocos seres humanos que se apresuraban jadeantes por las calles. Una

mujer cruzó la plaza corriendo. De pronto se detuvo, se tambaleó y cayó de espaldas. La vimos retorcerse con convulsiones desesperadas. Algunos transeúntes caritativos se agolparon a su alrededor. La levantaron, la sostuvieron, pero en seguida volvió a caer pesadamente. Era un cadáver. Los que se la llevaron pasaron bajo el balcón cerrado (*mirador*) desde donde mirábamos la tormenta y sus desastres. Aquella mujer, tan súbitamente herida de muerte como la mujer de Ananías, estaba ya en un estado visible de descomposición; tenía los dientes contraídos, la cara azulada, los ojos vidriosos. No cabía ninguna duda: había muerto de cólera.

En efecto, en medio de rayos y relámpagos, la peste asiática acababa de abatirse, con el granizo, sobre Madrid. Desde el principio hizo estragos espantosos. He oído decir que seis mil personas fueron afectadas a un tiempo el primer día de la invasión. Madrid cuenta apenas con doscientos mil habitantes; por lo tanto es una proporción que el mal no ha alcanzado quizá en ningún otro lugar del mundo. Pero, por una justa compensación, disminuyó inmeditamente e incluso desapareció con bastante rapidez. La población, horrorizada, montó en una de esas cóleras ciegas y terribles que las plagas despiertan en el seno de las naciones. En Madrid, como en todas las grandes ciudades, como en la propia París, se difundieron y creyeron los más peregrinos rumores sobre el origen del mal que afectaba a todas las clases y a todas las familias. Según algunos, las fuentes públicas estaban envenenadas; según otros, hogueras insalubres viciaban el aire circundante; también se decía que se había lanzado un inmenso maleficio sobre la ciudad entera. Este último juicio prevaleció; y dado que en aquel momento de efervescencia política ¹, de vuelta a las opiniones antaño proscritas y de odio por el carlismo, se señalaba a los frailes como los enemigos implacables de las innovaciones recibidas con entusiasmo por el pueblo, los frailes fueron en seguida, para la multitud, los causantes del cólera. Un largo grito de venganza sucedió al primer grito de dolor y espanto. En los barrios populosos se formaron grupos amenazadores; los hombres, fanatizados por el miedo y la pesadumbre, se incitaron al homicidio; se sacaron y afilaron las terribles *navajas*, y antes de que la autoridad, paralizada por el estupor, pudiera adoptar alguna medida de protección, las puertas de los conventos fueron derribadas, y los frailes que no pudieron huir fueron degollados como los defensores de un fuerte tomado al asalto.

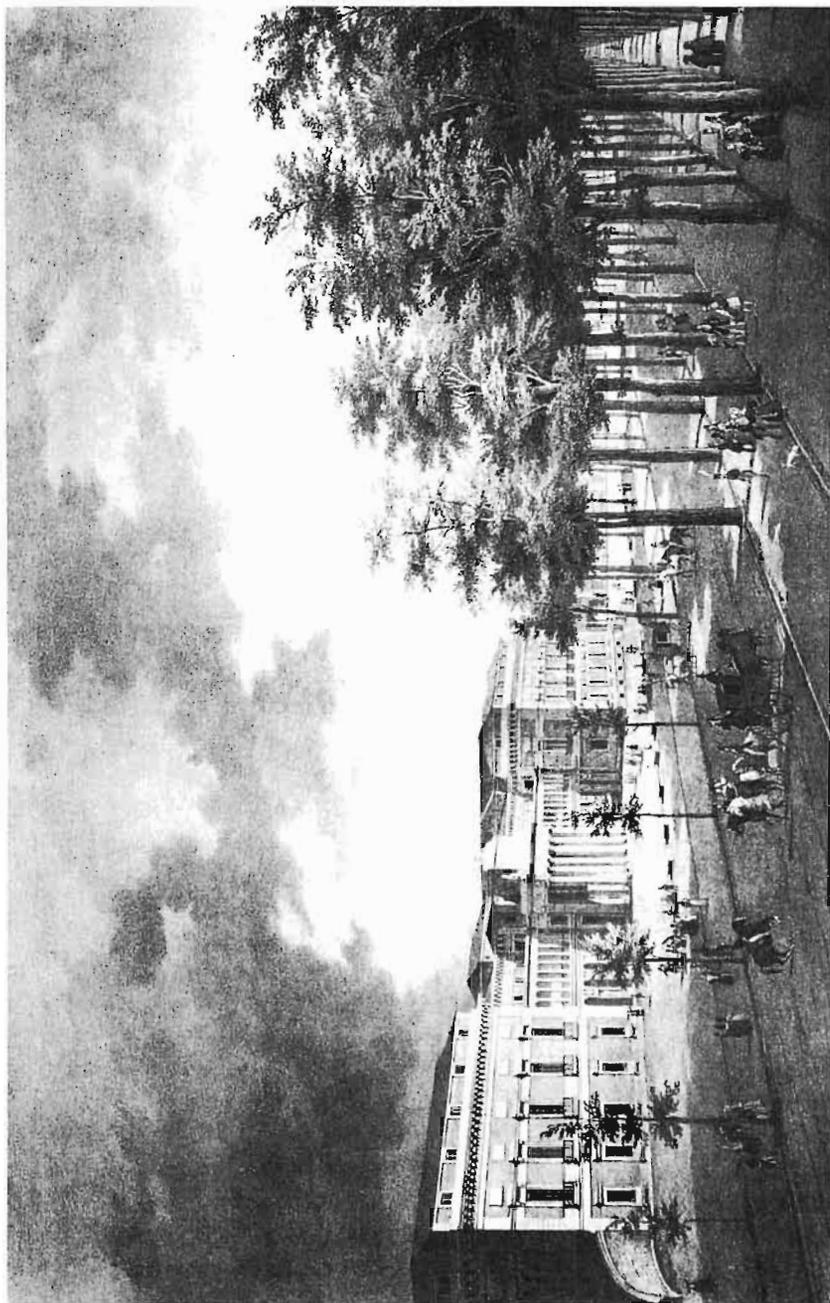
Durante estas escenas de desolación yo había vuelto a mi modesto alojamiento. Estaba situado en la *calle angosta de San Bernardo*, una de las más estrechas de Madrid, como su nombre indica, y en la



que ocurrió un fenómeno de lo más notable: durante las dos primeras semanas de la invasión colérica, el lado en el que vivía fue devastado por el mal sin que se librara una sola casa, y el otro lado de la calle se salvó enteramente. Yo ocupaba lo que en España se llama una *casa de huésped*, es decir, unas habitaciones amuebladas en la vivienda de una familia. Esta familia tenía como cabeza a un señor llamado don Francisco Gómez, y se componía de su mujer, su hija, niña de cinco o seis años, su madre, que tenía casi ochenta, y su hermana, ciega de nacimiento. Sabido es que en España las revoluciones políticas no afectan únicamente, como en todas partes, a los altos cargos gubernamentales, como los ministros y sus principales agentes, sino prácticamente a todos los empleados, de arriba abajo de la jerarquía y en todas las ramas de la administración pública; de modo que, junto al ejército activo de empleados en ejercicio, hay siempre, al servicio de la opinión vencida, todo un ejército de *cesantes* que se esfuerzan por recuperar sus puestos. Es la causa única de un doble efecto igualmente funesto: por una parte, administración deficiente, por falta de tradición, experiencia y seguridad en los que la ejercen; por otra parte, lucha incesante y mudanzas continuas, que no tienen otro origen y otra finalidad que la pérdida y la conquista de los empleos. Mi huésped, pobre empleado de Hacienda, había sido barrido en el último *quítate de ahí que me pongo yo*. Por esta razón se había retirado con todos los suyos a la cocina y a algunos cuchitriles de su piso, para alquilar a un forastero la *sala* y el *comedor*. Vivían todos de este exiguo recurso.

Nada más trabar conocimiento, cosa que en España se hace en seguida, a menos que uno esté hinchado de orgullo y acorazado de desdén, me contó sus penas, y tras sus penas, sus deseos. Todos los sueños de ambición de este buen hombre no iban más allá de un puestecito en la administración de loterías, donde la política tenía menos parte. Era algo así como jefe de oficina. En aquella época veía yo casi todos los días al conde de Toreno, que acababa de hacerse cargo de la cartera de Hacienda. Le pedí este puestecito para mi huésped. Inmediatamente hizo expedir el nombramiento, y no habían pasado veinticuatro horas desde las confidencias de Gómez cuando se vio en posesión de su magnífico empleo.

No sería fácil describir el asombro y la alegría de la familia; les parecí más poderoso y bienhechor que el califa Harún al-Rashid. Pero más difícil todavía sería describir su agradecimiento. Su ejemplo me permitió confirmar una vez más que si los españoles son enemigos encarnizados y mortales, también son amigos de una fidelidad ilimitada, hasta la muerte. Y a menudo, en España, el mismo corazón



El Museo del Prado. Bambrilla. Colección de vistas de los Sitios Reales.

alberga estos dos sentimientos, un odio implacable y un afecto fanático. Hay que saber ganárselos. Respetar siempre en ellos la dignidad del hombre, de donde viene su orgullo proverbial; deponer toda altivez y toda arrogancia, mostrarse afable, benévolo, cordial, y sobre todo serlo sinceramente: ése es el secreto, bien simple, para seducirles y atraérselos. Una palabra amable, un apretón de manos, un pequeño favor hecho oportunamente: no hace falta más para conquistar un corazón, para conseguir un amigo. Y esta palabra significa algo allí. España es todavía el Monomotapa del bueno de La Fontaine. Yo tuve buena prueba de ello. Desde el día en que proporcioné, con tan poco esfuerzo, algún desahogo a la pobre familia, no pareció ya ocuparse más que en servirme y amarme. Todos acechaban, durante el día entero, la ocasión de mostrar su solicitud y su afecto. Apenas abría los ojos, entraba de puntillas la linda niña para llevar al *caballero francés* los periódicos y el chocolate. En mi habitación, que barrían, fregaban y lustraban sin cesar, se renovaban asiduamente los ramos de flores y los racimos de frutas; y por la noche, cuando volvía de jugar un *whist* en la embajada de Francia, encontraba invariablemente, a la hora que fuese y con el tiempo que hiciese, a mi huésped en el balcón, acechando mis pasos para no hacerme esperar en la puerta, mientras que su marido, armado con un largo estoque que llevaba en un viejo bastón de junco, hacía guardia a lo largo de la estrecha calle para proteger mi vuelta contra el peligro de los rincones y los oscuros *zaguanes*. Nunca pude conseguir que renunciasen a esta costumbre.

Fue sobre todo cuando caí enfermo cuando se manifestó el amor de esta buena gente. Estaba lejos de mi familia y de mi país, solo, abandonado. Pues bien, creo que ni la propia ternura maternal hubiera podido mostrar una inquietud más vigilante, ni prestar cuidados más asiduos, más conmovedores. La mujer de Gómez, todavía joven y hermosa, se encontraba en un estado avanzado de embarazo. Pero, pese a las molestias y los dolores de su situación, pese a mis reconvencciones, ruegos y regañinas, se empeñó en ser mi única enfermera. Pasaba todas las noches junto a la cabecera de mi cama, ocupada en aplacar incesantemente la sed violenta que me oprimía, en rociar mi frente ardiente con una admirable esencia balsámica que llaman *Agua de la reina de Hungría* (en memoria de la bienhechora Isabel), cuyo efecto agradable y saludable activaba con su abanico. Su marido, olvidando la oficina de loterías, la sustituía durante el día.

Cuando el cólera se abatió sobre nuestro lado de la *calle angosta de San Bernardo*, la anciana madre de Gómez y yo caímos enfermos

al mismo tiempo. Al cabo de unos días estábamos los dos agonizantes. Cuando la pobre mujer murió en la habitación de al lado, arrebatada con mayor rapidez por el mal y la vejez, me preparé a hacer también el viaje a lo desconocido y a la eternidad; pues con el cólera, una de las pocas enfermedades que no tienen el beneficio de la fiebre, el espíritu conserva toda su fuerza y lucidez en medio de los sufrimientos y las debilidades del cuerpo. Uno se ve claramente morir. Aquel día, mientras oía a través de una puerta mal cerrada los rezos y gemidos de la familia reunida en torno a la difunta, descendí yo mismo al último escalón de la vida. Algunos amigos, que venían fielmente cada mañana a informarse sobre mi estado, creyeron no encontrar ya más que un cuerpo inanimado, o a punto de estarlo, y se fueron a difundir la noticia de mi muerte. Uno de ellos, un francés que vivía en España, encontró cerca de mi portal a un médico famoso, el doctor Drument, que unos años antes había tenido ocasión de estudiar el cólera en las Indias. Le hizo subir a verme, por si acaso, como me diría más tarde; y el doctor, tras mandar llamar a uno de esos barberos-cirujanos, esos Fígaros peculiares de España, que vivía enfrente, le indicó los remedios que podían intentarse. Había que detener con láudano la disentería, que se me llevaba como lo hubiera hecho la sangre corriendo por las cuatro venas abiertas, y, con sinapismos, ventosas y cauterizaciones, devolver a las extremidades el calor que ya las abandonaba. De modo que me quemaron sin piedad los brazos y las piernas, las palmas de las manos y las plantas de los pies. (...) No sé si las prescripciones del doctor Drument me salvaron la vida, pero suspendieron la muerte, y llegué al día siguiente sin expirar.

Por la mañana, antes de la hora de acostarse, mi huésped hizo entrar en mi habitación a tres lacayos con librea que, sin pedirme permiso, y sin que yo les preguntase lo que hacían, me envolvieron en la ropa de mi cama y me bajaron a un hermoso carruaje que llenaba toda la calle. Los caballos me llevaron al trote rápido, y al cabo de unos minutos llegué ante el edificio de la Embajada inglesa, donde me depositaron con precaución en una cama excelente instalada en medio de un elegante pabellón que se abría al jardín de la Embajada. Este traslado se había hecho como con la varita de un hada, y si mis sufrimientos me hubieran dejado dormir un momento, habría creído tener un sueño agradable. Pronto entró alguien cuya aparición, semejante a la del ángel consolador, me explicó todo. Era el señor Georges Villiers, después Lord Clarendon, entonces ministro de Inglaterra en España y actualmente virrey de Irlanda. [...]



Pero seguía todavía y seguí después teniendo como fiel acompañante a mi buen hostelero, Francisco Gómez. Sin vacilación y sin cumplidos, se había instalado a mi lado en la carroza que me había arrebatado de su casa, y después junto a la cabecera de mi cama en el pabellón de la Embajada; desde entonces no me había dejado más que mi sombra, viviendo de mi cocina de convaleciente. No había podido conseguir que se alejara un cuarto de hora para volver a su casa. Cada día recibía la visita de su mujer y su hija, que le traían mudas o pequeñas provisiones como a un preso, y que a menudo venían varias veces durante la jornada para informarse sobre mi estado, habitualmente sin entrar en la Embajada, por encima del muro del jardín donde yo intentaba dar unos pasos, apoyado en el brazo de mi pobre hospederero o de mi noble y generoso amigo.

Esta situación duró como mucho una semana. Un día en que la mujer de Gómez estaba asomada con su niña, como de costumbre, por encima del muro bajo que separaba nuestro jardín de una terraza vecina, me dio la impresión de que tenía la cara pálida y descompuesta. Ella me aseguró, sonriendo, que estaba muy bien de salud, y que la palidez que me asustaba no tenía otra causa que su estado de embarazo. Pero por la tarde vinieron a llamar a Gómez, apremiándole a que corriera a su casa. Tuve que enfadarme para obligarle a irse; sólo se alejó cuando se lo ordené formalmente. Desde entonces, ¡ay!, no he vuelto a verle, ni a él ni a ninguno de los suyos.

La pobre mujer murió aquella misma noche; su hija y su marido murieron al día siguiente, todos de cólera. De esta desgraciada familia sólo quedó la hermana ciega. La noticia de todas estas muertes me hubiera matado seguramente. Me la ocultaron, me contaron un cuento: que la mujer de Gómez había dado a luz antes de tiempo, que su marido debía quedarse en casa para cuidar a la madre y a los niños, que el doctor Alfaro les visitaba cada día; y en efecto, me daba noticias detalladas y tranquilizadoras. Así me entretuvieron hasta mi partida. No supe la cruel verdad hasta mucho después. Entonces un intendente del conde de Toreno hizo indagaciones y descubrió que la hermana ciega, la única superviviente, había sido recogida en la casa de beneficencia de Valladolid. Por el mismo conducto pude hacerle llegar la limosna de mil reales, en recuerdo del *caballero francés*.

¡Pobre gente, grande y sublime en la simplicidad de vuestro corazón y de vuestra abnegación! Desde hace catorce años nunca he podido, y nunca podré durante el resto de mi vida, pensar en vosotros sin tener el alma afligida y los ojos llenos de lágrimas.

Traducción del compilador



NOTA: 1En septiembre de 1833 había muerto Fernando VII y había comenzado la regencia de María Cristina. En mayo de 1834 se habían celebrado elecciones para diputados en Cortes, y en este mes de julio del que habla Viardot se suprimió definitivamente la Inquisición.





12. Anónimo Inglés (1835)

En 1836, los editores londinenses Saunders y Otley publicaron en dos volúmenes un libro titulado Madrid in 1835: Sketches of the metropolis of Spain and its inhabitants, and of Society and manners in the Peninsula. By a Resident Officer. No sabemos quién era este «oficial residente»; ni Foulché-Delbosch ni Farinelli, que se limitan a registrar la existencia del libro, nos dan la menor pista sobre su identidad, y del contenido de la propia obra (ochocientas apretadas páginas) sólo podemos deducir que era un inglés medianamente culto, pasablemente irónico, clasista, moralizador y buen anglicano, es decir, ferviente anticatólico.

Madrid in 1835... ofrece una descripción bastante completa de la ciudad, pero plagada de errores e inexactitudes y lastrada por una retórica excesiva. Aun así, la obra tiene buenos pasajes, como los que hemos seleccionado sobre las distintas entradas de Madrid, su caserío en verano, su aspecto cosmopolita (o más bien «portuario»), la calle de Alcalá, los «caballeros ladrones» y las tertulias madrileñas.

Ningún español, celoso de la reputación de la capital de su país, debería permitir a un extranjero que entre en ella por carretera alguna que no sea la de Alcalá de Henares. Al acercarse por este lado, el panorama es grandioso e imponente. Una vez pasada la Quinta del Espíritu Santo, Madrid empieza a desplegarse ante los ojos con todo el orgullo de una capital. Sin embargo, la inmensa Rotonda o Arena destinada a las corridas de toros, al estar situada extramuros a la derecha de la calzada, más que un regalo es una ofensa para la vista, pues obstaculiza la perspectiva y rompe la línea armoniosa de edificios y monumentos públicos que se extiende a lo lejos. Aun así, la

vista parcial pero imponente que se percibe entre los árboles y los nobles arcos de la Puerta de Alcalá, y los soberbios campanarios que atraen la mirada y cierran el largo y magnífico paseo de la Glorieta, y la calle de Alcalá, compensan con creces este inconveniente y satisfacen plenamente las expectativas del contemplador.

Los jardines privados del Retiro, sus pagodas, su torre y su magnífico templo contribuyen también a dar un aire de realeza a esta entrada, al que ninguna otra puede aspirar. Desde este punto hasta la Casa de Correos, el viajero se forma una alta idea de las metrópolis de España. Los hermosos árboles que bordean la cuesta hasta la calle de Alcalá, las avenidas del Prado y Recoletos, las nobles fuentes que refrescan y adornan aquellos umbrosos rincones, y más allá la auténtica calle real de Alcalá, forman en conjunto un panorama de lo más variado e imponente.

Si el azar o el destino encaminan los pasos del forastero, en su primera visita a Madrid, por la carretera de Valencia, el carácter del paisaje cambia por completo, reduciéndose a una solitaria y melancólica perspectiva, aún más acentuada por el recuerdo del paraíso que ha dejado a su espalda en Aranjuez. Con el frescor de las frondas exuberantes y los vastos paseos regados por el Tajo todavía presente en su mente, divisa una masa extendida de sombríos edificios de color terroso que se abre en forma de anfiteatro, con los tejados inclinados, cubiertos con las tejas gris oscuro del país, que ofrecen en conjunto un aspecto pobre y mezquino. Hasta que no pasa la puerta de Atocha no se reconcilia su mirada con los objetos que le rodean; el Prado, sus arboledas y su noble museo hacen valer su derecho a la realeza y la magnificencia.

Aunque no es en modo alguno comparable en grandeza con la entrada de la puerta de Alcalá, la de la segoviana puerta de San Vicente no carece de interés y belleza. Pocos forasteros entran en la capital por esta carretera, que atraviesa Valladolid, Segovia, el pueblo de Guadarrama y la residencia real de El Pardo. Aquí, y sólo a lo largo de esta vía, puede el amante de los verdes árboles y las refrescantes aguas esperar encontrarlos. La Florida, como se llama este paraje, lo es realmente en este árido país. El Manzanares, aunque de poco fondo y escaso caudal, es empero un arroyo de viva corriente, y los árboles que flanquean sus orillas son suficientemente abundantes para responder al doble propósito de la sombra y el paisaje.

La cercanía del pequeño y abrigado sitio real de Moncloa contribuye al aspecto boscoso de esta carretera, mientras que, al aproximarnos a la puerta de San Vicente, las largas hileras de prendas blancas y de color, camisas y almillas, enaguas y calzones, tendidas a

secar en paz y buena vecindad; las canciones de las mujeres en los lavaderos, las recuas de mulas con sus tintineantes cascabeles, los *borricos* soñolientos y las yuntas de bueyes, tumbados en torno a sus anticuados y chirriantes carros montañeses; el repiqueteo rápido y vivaz de las castañuelas, y el rasgueo de las guitarras entre los árboles, a la orilla del río; los pasos resonantes de la retozona *manola* y su bailarín escogido, ahogados a cada rato por el estallido de aplausos que se elevan cuando alguno de ellos ejecuta una combinación de pasos extravagante o especialmente habilidosa sobre una o ambas piernas, todo ello no deja de dar un aire alegre y animado a este umbroso lugar. El palacio y sus elevados cimientos ganan mucho vistos desde abajo; la avenida cuesta arriba tiene también su atractivo; pero una vez en la plaza del Prado Nuevo, las casas adquieren de nuevo un aspecto mezquino e irregular, y el encanto se desvanece. [...]

El interior de Madrid, a excepción de muy pocas calles y edificios públicos, no mitiga en modo alguno la decepción producida por la desnudez de su exterior. La mayor parte de las casas no construidas recientemente tienen un aspecto desolado, que causa una impresión muy desfavorable y despierta dudas sobre la posibilidad de encontrar un alojamiento acogedor, lo cual es un tormento para un viajero fatigado. Aunque casi todas las casas tienen balcones en el primer piso y en los superiores, que constituyen la única parte de ellas habitable durante el calor africano del verano madrileño, y pese a la consiguiente importancia de estos lugares, rara vez reciben los balcones una mano de pintura, sino que muestran los contrastes de la herrumbre y la acción de la atmósfera en todas sus variedades. El mísero aspecto de las ventanas, acristaladas con pequeños vidrios cuadrados de la peor clase y diverso color, emplomados con varillas o celosías, la falta de pintura y el descuido que revelan los marcos y el maderaje aumentan el aire fantasmal del conjunto.

Los calores veraniegos son más sofocantes en Madrid que en cualquier otra parte del reino. La falta de árboles y agua, su posición elevada en medio de una vasta meseta, desnuda como la palma de la mano, junto con la naturaleza calcárea y cretosa del terreno, la exponen a la plena acción de un sol abrasador. La noche no suele traer alivio alguno; ninguna brisa fresca renueva el aire a la hora del crepúsculo; de vez en cuando, sin duda, estalla una espantosa tormenta de truenos, como las de los trópicos, sobre las cabezas de los jadeantes habitantes, pero sin mitigar el intenso bochorno. Las barandillas de hierro de los balcones retienen tanto el calor que incluso a medianoche resulta desagradable tocarlas. El mal se reme-

dia, en la medida de lo posible, colgando ante las ventanas gruesas cortinas de lino de rayas y colores variados, que cubren al mismo tiempo los balcones. Además se esparce agua sobre los tejados y las cortinas, lo que procura un cierto frescor. Allí se reúne la gente al anochecer para respirar un poco más a gusto y comentar el calor que hace. La diversidad de cortinas que cuelgan de casi todas las ventanas da un aspecto singular y no desagradable a las calles; una casa grande con todos sus lienzos tendidos no es una mala representación de una fragata con todo el velamen desplegado. [...]

Los barrios de Madrid conocidos con el nombre de el *Rastro* o *Barrios bajos* presentan un aspecto insalubre y destartalado, pues se componen principalmente de casuchas con paredes de adobe y tejados de tejas, que sólo tienen una planta y están habitadas por la hez de la población; son semilleros de vicio y crimen, y no sólo constituyen una desgracia para la capital, sino que también lo serían para cualquier ciudad de sexta categoría del reino.

El mismo contraste domina el estilo de vida de la nobleza y las clases acomodadas: todo son extremos, tanto en lo que se refiere a las casas como a los carruajes, los vestidos, la comida y la bebida. El lujo y la miseria, la comodidad y la inmundicia se codean constantemente. Además, los habitantes muestran una acusada impronta de pintoresca originalidad. Si se llevara a un hombre vendado a España, y se le quitara la venda una vez llegado a Madrid, en su primer paseo por las calles podría muy bien creerse en una ciudad portuaria, debido a la gran variedad de atuendos europeos, orientales y españoles (y muchos con algo de los tres) que encontraría a cada paso.

El valenciano, con su pañuelo de alegres colores liado a la cabeza al modo morisco y una *manta* de rayas brillantes echada airosamente sobre el hombro; el maragato, la viva imagen en físico y vestimenta de un capitán de barco holandés bien alimentado; el nativo de Extremadura, con su ancho cinturón de piel de ante ceñido a la cintura y una ristra de salchichas en la mano; el rústico aspecto albanés del catalán, con un gorro de lana roja caído sobre el hombro al modo de los marineros napolitanos; el traje elegante del andaluz, su cara morena y sus inmensas patillas; el pesado y sucio hijo de Galicia, arrastrando tras de sí a cada paso un zapato que pesa de dos a tres libras, entre clavos, dobles suelas y otras defensas contra un pavimento traicionero y ruinoso.

Toda esta gente podría tomarse fácilmente por habitantes de regiones separadas entre sí por centenares de leguas, tan esencialmente diferentes en lengua como en vestido. El efecto producido en un extranjero por esta multitud de aspecto cosmopolita es tal, que si

no hubiera sido sacudido durante varios días en un desvencijado carruaje como para quitarle cualquier duda de estar viajando por *terra firma*, podría hacerle creer que todos estos pintorescos personajes acaban de desembarcar de diversas partes del globo para tramitar negocios y lucir sus atuendos.

Con todo, un paseo hasta el Retiro le convencerá en seguida de que ha llegado a una capital rodeada por todas partes, en promedio, por cien leguas de tierra, y de que la tierra que tiene inmediatamente ante sí está tan seca, desnuda y agostada como podría desear cualquier lagarto.

Consideradas en su conjunto, las calles de Madrid no tienen la menor similitud con las de cualquier otra capital europea, al menos tan poca como la que tiene la mayoría de la gente que camina por ellas con los habitantes de París, Londres o Viena. La *calle de Alcalá* es sin duda una vía muy bella, que cuenta con un espléndido edificio público, la Aduana, y muchas casas privadas de elevado orden arquitectónico; ello no le impide ser la calle de Madrid que presenta más anomalías. Aquí, como todo el mundo sabe, las casas no tienen entrada por el sótano, como en Londres, pues su parte inferior se dedica enteramente a trastero, bodega o almacén general de cualquier cosa. A nadie se le ocurre vivir bajo tierra; como ellos mismos dicen, *eso* llegará a su debido tiempo y mucho antes de lo que desearían. Los pisos bajos con ventanas a la calle están protegidos, como los de una cárcel, con gruesos barrotes de hierro muy apretados entre sí, aspecto que no da una idea muy favorable de la vigilancia de la policía ni de la honradez de los ciudadanos. Esta precaución, que en cualquier otro lugar disuadiría a todo el mundo de tomar una ciudadela tan bien defendida, no produce ningún efecto entre los nativos. Los bajos son tan apreciados como cualquier otro piso, y de hecho mucha gente los prefiere, debido a su frescor en verano. Tienen además la ventaja de dar alas al hombre con imaginación y raras fantasías; pues cuando esas moradas están habitadas por lindas muchachas, que pasan el día en las ventanas, mirando por las rejas como gallinas en un gallinero, un carácter poético puede muy bien sentirse transportado a aquellas bárbaras edades en que se utilizaban barrotes y candados para tener encerrada a la belleza, que requería e imploraba la ayuda de la caballería para su rescate. [...]

Aparte de dicha peculiaridad, la calle de Alcalá es famosa por sus *hosterías*, lugares de descanso para una nutrida plétora de *arrieros* (muleros) y *ordinarios* (carreteros que prestan servicio regular entre las principales ciudades). Sales de un palacio y en la puerta de al lado disfrutas del grato olor del estiércol, de los diálogos pintores-



cos y enérgicos de la mentada tribu, del tintineo de los cascabeles que llevan las mulas en torno al cuello, mientras tres o cuatro perros enormes, con la garganta protegida por collares de hierro tachonados de clavos, fingien dormir tumbados en el umbral esperando el menor pretexto para darte un susto. Dos o tres *manolas* contribuyen a la armonía de la escena riñendo ante el portón por la generosidad o fidelidad de sus *queridos*, soliviantadas por la insinuación de que la mozuela de alguna *posada* del camino ha conseguido quebrantar la constancia de su hombre. [...]

La calle que estamos describiendo, como todo el mundo debe de saber, está construida sobre un terreno ligeramente en cuesta, de forma que al llegar a la Aduana se domina la vista por ambos lados, tanto hacia el Prado como hacia la Puerta del Sol. En esta ventajosa posición se ven unos grupos de hombres fornidos envueltos en sus capas, algunos *embozados* hasta los ojos, otros que se limitan a ajustar sus amplios pliegues, tirando hábilmente por debajo del brazo izquierdo, todos ocupados de formas diversas, fumando o charlando, pero sin dejar de mirar escrutadoramente a uno y otro lado de la calle. A juzgar por sus rostros campechanos y sus floridas patillas, por la terminación cónica del sombrero, con un lazo de seda negra adornando la punta y un lado del ala alzada, por no hablar de la ancha cinta de terciopelo negro que cubre casi toda la prenda, y por el grueso puro embutido en un lado de la boca, se podría creer que son *hacendados* de Andalucía, que han venido a la ciudad a divertirse, o *chalanés* de Córdoba, que traen una reata de corceles incomparables; sus chalecos y chaquetas vistosamente bordados, que brillan por una abertura de la *capa*, y el llamativo pañuelo de seda que envuelve sus cuellos, sujeto por delante con un broche de oro, podrían incluso inducir al observador a suponer que pertenecen a casas nobiliarias de la *grandeza*, si tales formas atléticas, músculos y tendones pudieran adornar a esa raza encanijada. Sin embargo, ninguna de estas suposiciones se acerca a la verdad; son simplemente muchachos laboriosos, de elevado temple, que prefieren el *trabuco* y el sable a cualquier instrumento más mecánico. Se reúnen, mañanas y tardes, a las horas habituales de salida y llegada de los viajeros; anotan con atención sus idas y venidas, y se las arreglan para averiguar con bastante exactitud la suma de riquezas mundanas que llevan encima; después, celosos apóstoles, zarpan como «pescadores de hombres» para despojar a dichos viajeros de los bienes a los que pueden estar perniciosamente apegados, y todo ello por el bien de sus almas; en suma, son *caballeros ladrones*, que ejercen lo mejor que pueden su honrada e independiente vocación; teniendo buen

cuidado, no obstante, de observar esa atención y respeto hacia sus amigos, los *alguaciles*, que no es a fin de cuentas sino buena crianza, y la forma idónea de garantizar su longevidad y la prosperidad de sus negocios. [...]

Casi todas las casas de Madrid, desde la trastienda del bazar hasta el palacio, tienen su *tertulia*, o círculo de conocidos, que vienen a pasar la tarde sentados alrededor del *brasero* en invierno, y en los balcones en verano, cuentan chismorreos, repiten las anécdotas del día y discuten las mil y una nuevas de la calle, que sirven para deleitar a los habitantes de esta ciudad sedienta de noticias. En las pausas recurren a la ayuda amistosa de los *Havana*, *puro*, *pajilla* o *papeleta*, que poco a poco van envolviendo el círculo en una nube ambrosiaca, prestando algunos de los atributos de las diosas de la mitología antigua a las damás allí reunidas, cuyos vestidos y personas sólo son parcialmente visibles para los mortales, mientras el resto queda oculto tras un velo vaporoso nada desagradable para el olfato o los nervios. [...]

Ningún lugar ofrece una facilidad social tan perfecta como la *tertulia* española. Cualquier persona que sea presentada por cualquier otra conocida por el dueño de la casa, tiene la seguridad de que le acogerán cordialmente, y salvo en casos muy peculiares, le ofrecerán la casa, cortesía habitual que se hace a un extranjero o a un nuevo conocido. La gran desmoralización de la sociedad en España puede atribuirse, en no pequeña medida, a esta ilimitada admisión de una multitud anónima, desprovista de la menor pretensión de linaje, talento o carácter, en las mejores casas de la capital y el campo, donde se codea y es codeada por los personajes más distinguidos de la nación en un pie de la más perfecta igualdad.

Traducción del compilador



13. Antonio Ferrer (1835)

Paseo por Europa y América en 1835 y 1836 es el título de un curioso librito, firmado por «un joven habanero», cuyo único ejemplar conocido se conserva en la Hemeroteca Municipal de Madrid, procedente de la biblioteca de Mesonero Romanos. Gracias a las investigaciones de J. M. Pita Andrade, hoy sabemos que su autor fue Antonio Carlos Ferrer y Herrera (1812-1880), abogado y periodista criollo que por aquellos años, como otros jóvenes acomodados de la América latina y anglosajona (ya hemos visto el caso de Slidell Mackenzie), vino a Europa para completar su educación viajando por los principales países del Viejo Continente.

Tras rescatar el libro del olvido, Pita Andrade publicó la parte relativa a Madrid bajo el título de Paseo por Madrid en 1835. El relato nos ofrece una amplia información de primera mano sobre la ciudad y sus variopintos habitantes; a ello hay que añadir, entre sus virtudes, el donaire de la prosa de Ferrer, su capacidad de observación, su inagotable curiosidad y hasta su juvenil impertinencia. Creemos que la recuperación de esta obra es una de las mayores aportaciones recientes a la literatura de viajes sobre Madrid, por lo que reproducimos a continuación una extensa selección de su contenido.

A las diez y media de la mañana del jueves 16 de julio entramos en la coronada villa de Madrid, corte de España, por la puerta de Atocha, después de haber corrido, en cuatro días y medio, la parte de la alegre y pintoresca Andalucía, de la árida y soturna Mancha y de la despoblada Castilla, por donde está la carretera de la diligencia de Sevilla. Llamaron mi atención las alamedas que adornan las afueras de Madrid y el hermoso puente de Toledo, notable por su solidez y

dimensiones, en el que se encuentran las estatuas de San Isidro Labrador y Santa María de la Cabeza, patronos de la Villa. Por debajo corre, en invierno, el río Manzanares, que es más ridículo de lo que se pondera, y, como dijo Tirso con gracia,

Tiene vacaciones en verano

pues en semejante estación está tan enjuto, que puede atravesarse con paso cómodo sin mojarse un pie; mas esto no impide que en todo tiempo haya doscientas lavanderas, metidas en cajones, sirviéndose, arrodilladas, de sus aguas, para asear la ropa de todos los habitantes de la corte, y que se mantenga porción de barracas indecentes que sirven de baño al que quiera pagar dos reales vellón por cada uno, con la comodidad de recibir antes otro de sol, para que más bien sepa el de agua. A la izquierda, algo distante, se divisa la capilla o ermita de San Isidro, a la cual concurre gentío inmenso el 15 de mayo, día de su fiesta.

La puerta de Atocha, por donde entra y sale la diligencia de Andalucía y Valencia, es de ladrillo, fabricada en 1748, y consta de tres arcos. Su arquitectura es pésima, y a pesar de los retoques y reformas que le hizo Mariategui en 1828, se conserva feísima; pero lo son mucho más las indecorosas tapias que, como murallas, rodean a Madrid, interrumpidas a trechos por portillos o puertas de menor tamaño y elegancia. Apenas es creíble que en la corte de España se vean paredones semejantes, de piedra menuda o ladrillo, la mayor parte sin cubrir ni blanquear. De la parte de adentro, nos recogieron en la casilla de Policía nuestros pasaportes, dándonos unas papeletas para acudir con ellas, el día siguiente, a empadronarnos en casa del celador del barrio y tomar carta de seguridad o permanencia, según el tiempo que pensáramos permanecer. Concluida la ceremonia, seguimos por medio del Prado, hasta la carrera de San Jerónimo. Por la derecha, veíamos las verjas y parte del Jardín Botánico, el Establecimiento Litográfico, el hermoso edificio del Museo de Pinturas, cuya armoniosa fachada la adornan las estatuas de blanco yeso, que le dan vida y alegría. La fuente de la Alcachofa; la poco elegante de Neptuno, con su imperfecto carro tirado por caballos marinos que, aparentando nadar, tienen el agua a grande distancia del cuerpo; el famoso Salón del Prado, donde se reúne el lujo madrileño, con sus desvencijadas sillas... Todo va presentándose y desapareciendo sucesiva y rápidamente a las ansiosas miradas del recién llegado, hasta que, tomando a la izquierda, por la plaza del Estamento de procuradores, aparece la población. [...]



Primeras impresiones

En seguida éntrese por la carrera de San Jerónimo, que aunque no es la mejor para causar toda la impresión favorable que puede ofrecer Madrid, sobre todo en comparación a la calle de Alcalá, es preferible a las demás, por estar en el centro del movimiento y por adornarla buenas tiendas. El Hospitalillo de los Italianos, que se encuentra en la primera esquina, es más notable por su nombre y destino que por su apariencia, ridícula y ruin. Más adelante se pasa por el nombrado Café de la Fontana de Oro, en cierta época tertulia y escuela de políticos de un partido; a cuyo lado está la iglesia de la Victoria, y frente de ésta, la del Buen Suceso, con la principal entrada en la famosísima Puerta del Sol, punto de reunión de ociosos que buscan noticias.

La Puerta del Sol, de tanta celebridad como el Prado y sitio céntrico y el más concurrido en Madrid a todas horas y en todos tiempos, es una plaza con figura de estrella, a la cual van a parar las calles más anchas y frecuentadas, que son: de Alcalá, la Montera, el Carmen, el Arenal, Mayor, Carretas y carrera de San Jerónimo. Parece que antiguamente era éste el término de la población, y que había un castillo o puerta en la que estaba pintado un sol, de donde le quedó el nombre que tiene. Delante de la fachada del Buen Suceso hay una fuente, demasiado mezquina, llamada de Mariblanca, por una sucia y ennegrecida estatua de Venus que ocupa la columna central. En la torre de la iglesia hay un hermoso reloj de campana, el cual, aun de noche, es de utilidad, alumbrado de manera que permite ver la hora continuamente. ¡Lástima que aquel campanario no le corresponda! La iglesia del Buen Suceso goza de nombradía por las misas que hay hasta las dos de la tarde, los días de fiesta, y que son tan concurridas, particularmente de las criadas, gallegos, aguadores y mozos de cordel, vestidos con poco aseo y exhalando olores que no son aromas.

Otro frente de la plaza ocupa la Casa de Correos, donde está la guardia principal, edificio notable, pero sin gusto ni armonía. [...]

Por el costado de esta casa y del atrio o gradas de San Felipe el Real, donde vimos infinidad de personas, en pie y descansadas, leyendo los periódicos del día, pagando dos cuartos, llegamos a la casa de Postas, donde paran las diligencias, y después de haber sufrido mi maleta un ligero registro, colocándosela a la espalda un robusto gallego, me encaminé con éste al cuarto que me tenían preparado.



Grande fue la impresión que me causó Madrid: la excesiva concurrencia de toda clase de personas; las calles principales, tan hermosas, y las demás, estrechísimas y sucias; las casas de tantos pisos, con escaleras tan peligrosas y molestas, y cuyas indecentes entradas, además del sumidero o lago de aguas sucias, ofrecen el espectáculo del zapatero de viejo, que para señal de que allí trabaja cuelga una bota descosida y despedazada; del memorialista y escribiente, con su mugriento cancel o biombo; de la frutera, con sus cajones y banastas, y de tantos que se ejercitan en los oficios menudos, y que son una continua atalaya, averiguadores de cuanto pasa en la casa y en el barrio. Los coches, a escape, sin consideración a los que encuentran; los valencianos, con sus zaragüelles y su horchata; las pasiegas, con sus crías y sus vestidos de colorines; las manolas, con su descaro y sus mantillas de ancha guarnición aterciopelada; los ciegos, con sus canciones y papeles nuevos; los lechuguinos, con tan diferentes y extravagantes vestidos, con su pera y bigotes, y con corbatas de todas clases y figuras; las señoras, andando solas con la mayor libertad por todas partes y a cada instante, y, finalmente, la Puerta del Sol, que con el inmenso gentío estacionado, atravesándola cuantos carruajes entran y transitan por Madrid, es una algarabía para cualquiera. Difícil habría sido observar despacio tan variado panorama. Los objetos se sucedían velozmente, dejándome apenas tiempo para mirarlos y preguntar alguna noticia a los amigos que me acompañaron y sirvieron de directores los primeros días.

El Prado

Lleváronme la primera tarde al Prado, paseo lindísimo, cuya entrada es por el fin de las calles de Alcalá y carrera de San Jerónimo. Con justicia goza de gran fama. El Salón, parte más espaciosa y despejada, donde concurre la gente de a pie, es hermoso y cómodo, aunque comprendido en él se halla, limitado por postes, el espacio para los carruajes y caballos. La entrada por la calle de Alcalá es la mejor, y la adorna la fuente de la Cibeles, que carece de hermosura y elegancia. En la calle central, de trecho en trecho, hay otras fuentes, como las de las Estaciones, de Neptuno, de la Alcachofa, no más aventajadas en limpieza y gracia. Son impropias de aquel sitio las sillas sin pintura ni firmeza que se encuentran para los que quieran descansar, pagando dos cuartos por el uso. Esto debía mejorarse, sustituyéndolas con otras más decorosas, como se



ha hecho con los muchachos que hasta hace poco vendían la candela y el agua, quemando vestidos y aburriendo a todos, comisión que con acierto y utilidad tienen ahora los pobres de San Bernardino, vestidos con decencia y sin llevar por el servicio sino lo que quiera dar voluntariamente cada uno. El Prado es el teatro del lucimiento. Allí se pasan muy buenos ratos, ya con las conversaciones y tertulias de los amigos, ya con la vista y saludo de las damas conocidas y con la infinidad de escenas francas y joviales, serias y de cumplimiento, de respeto y de humillación, que allí pasan incesantemente. El forastero y el observador no pueden menos de divertirse, riéndose del empeño con que, en particular las señoras, ostentan sus caprichos y las mayores extravagancias; especialmente en invierno, no hay arlequinada que deje de presentarse. En esta estación, por las mañanas, y en verano por las tardes, todo Madrid asiste a este lugar para tomar el sol o el fresco y sin más fin que el de dar vueltas, buscar conversaciones y noticias, y con los planes interiores de conquistas o seducción, que no escasean y cada uno lleva.

Cafés y teatros

Del Prado, lo más general es ir al café, al principio de la noche. Los cafés de Madrid, a estas horas, también ofrecen un ancho campo para la diversión. Todos son muy concurridos; pero en verano el principal es el de Las Cuatro Estaciones, en el Prado, y en invierno, el Nuevo, en la calle de Alcalá, frente a la Aduana, y el de Lorencini, en la Puerta del Sol, al lado de la Victoria. En el primero no bastan los mozos para el servicio, y por lo regular ni se encuentran mesas donde refrescar. Los porrazos y gritos para llamar, el murmullo de las conversaciones, las disputas y altercados, el arpa del piamontés que divierte rasgueando el *Trágala* y el *Himno de Riego*, y más que todo, el continuo entrar y salir de las señoras, colocadas delante de uno, al lado o de frente, hace que se pasen las horas sin sentirlo. [...]

Dos teatros existen actualmente en la corte; pero ambos son de mal aspecto y de interior reducido, molesto y ramplón; el de la Cruz, mucho más que el del Príncipe. El de Oriente, que ha reemplazado al antiguo de los Caños del Peral, ni está concluido ni se sabe cuándo estará; como en la catedral de Cádiz, lo grandioso del plano y lo exquisito de los materiales hará irrealizable la obra, mientras no haya dinero en más abundancia. [...]



Jardines públicos

Las tardes y noches de verano, son muy concurridos los jardines públicos, donde por una peseta se goza de música, bailes, títeres, fuegos artificiales, juego de sortija, columpio, paloma y otro, y se pasa un rato divertido, desde las cinco de la tarde hasta las once de la noche. Había entonces tres: el de Apolo, el más concurrido, junto a la puerta de San Fernando o Fuencarral; Pórtici, en el Soto de Migas Calientes, a la salida de la puerta de San Vicente, y las Delicias, en la parte del Prado que llaman paseo de Recoletos. En todos hay cafés y neverías, a los precios ordinarios, y en el primero y último rifan prendas entre todos los concurrentes, que compran la suerte en la entrada. Por lo general, asisten muchas personas de todas clases, y se ve mezclada con la señorita de sombrero y chal, a la criada de grande, o a la hija del menestral con su aseada mantilla, y el caballere de brazo o haciendo figura con el hortera o dependiente. En el baile no es tan frecuente esta mezcla, a no ser que el porte fino y el vestido de los últimos los confundan con los primeros. Las mazurcas, galops y rigodón alternan con el vals, la danza española o la greca.

Calle de la Montera

Una de las cosas que más proporcionan pasatiempo y diversión es la calle de la Montera, quizá la de mayor tránsito del comercio, de la elegancia, del paseo y de la ociosidad en que viven, por lo menos, dos terceras partes de la población de la corte. Desde la fuente de la antigua Red de San Luis, a continuación de la calle de Fuencarral, donde principia, hasta la esquina de la Puerta del Sol, en que concluye, se encuentra a todas horas concurrencia de sobra. En las primeras horas de la mañana ocúpanla los vendedores de pan, que atraviesan sus caballos en las aceras, para despachar a los marchantes. Los aguadores, alrededor de la fuente, presentan todo el día escenas de holganza, o, por lo menos, de descansada ocupación; los valencianos, con sus garrafas de leche o agua fresca, pregonando con retintinados gritos, para que les compren medio cuartillo; los embarazosos carros tirados por cinco o siete mulas, que por todas partes se meten, atolondrando con sus campanillas; las destartaladas calesas; los precipitados coches; los vivarachos carteros, repartidores del correo por un cuarto de retribución, con sus uniformes y aseados cajones; la



guardia del principal, que con tambor batiente aumenta el ruido que destroza las cabezas de los que viven en aquel cuartel. Más tarde, los grupos de curiosos y desocupados que se forman delante de las tiendas, pasando el tiempo en ver los retratos de los Reyes Católicos, el de la Manzocchi, el del torero Montes, que alternan con los de los procuradores a Cortes y médicos de cámara; algunas caricaturas francesas, la escena de Fieschi, el regicida, y la multitud de objetos, todos los días nuevos, que ponen en las vidrieras de Scropp, de Monier, de la Gallarde y otros, y detienen a la doncella que va al mandado; al ordenanza que lleva el oficio; a la señora que, por salir de casa, va a comprar dos varas de cinta o un poco de gro, para hacer una bolsa; al caballero que, buscando en qué entretenerse, elige aquel sitio, y hasta el empleado que, por hacer falta en su oficina y darse importancia, como los demás, procura llegar lo más tarde posible, aunque a costa de la paciencia de cuantos tienen la desgracia de necesitarlo. De una a tres se llenan las hermosas aceras inmediatas a la Puerta del Sol con los que van a buscar noticias. La mayor parte sale de sus casas a esas horas con ese fin; otros, que lo han hecho más temprano, por costumbre o necesidad, van a contar cuanto saben o han oído. Por la tarde, a pesar de dormir todos la siesta, especialmente en verano, tampoco escasea la gente, y desde oscurecer hasta tarde de la noche, aunque todos van de paso, encuéntranse pequeños grupos de hombres, y otros de mujeres, y muchísimas solas que esperan lance, que a ratos dan paseos o se colocan en los portales: fácil es comprender a qué clase pertenecen y lo mucho que se arriesga en hacerles caso. La calle de la Montera, aunque de poca extensión, es hermosa. Alguno la ha comparado a la *rue Vivienne*, de París: para mí, es preferible la primera, y lo sería más quitándole las asquerosas ventas y posadas, las fruterías de las aceras y portales, los carros y aguadores y los cacharros y cachivaches de la feria. A mi juicio, éstas no son cosas indispensables en una calle, y menos en la principal y de paseo.

Modo de llamar en las casas

Hacía años que sabía la costumbre que hay en Londres de tener cada persona, según su clase, un modo de llamar en las casas con los aldabones de la puerta de la calle, que está siempre cerrada. En Madrid necesitase también cierto estudio para lo mismo, particularmente tarde de la noche, y en muchas, desde el oscurecer: no por



tener cada individuo diferente toque, como entre los ingleses, sino que como una casa se compone de seis u ocho cuartos, que ocupan otras tantas familias, es preciso saber cuáles son y la manera peculiar de llamar a ellos, tanto para que baje el criado a abrir la puerta, de la cual tiene llave cada vecino, como para que alumbré la escalera, pues es muy probable deshacerse la cara. Aunque, a pesar de este riesgo, no se da al alumbrado de la escalera la importancia que se juzgara indispensable en otra parte, por la sencilla razón de que en muchas hay tanta claridad a las doce del día como a medianoche en un dormitorio sin vela, y están ya acostumbrados a subir a tientas y por inferencias. No exagero.

El forastero que sin advertencia ni reflexión vaya una noche de visita a cualquiera de estas casas donde al oscurecer cierran la puerta, es probable que, o no le abran, o, si lo hace el criado de otro cuarto, a que llamó con sus golpes, sea con mal modo y gruñendo, por la equivocación. Porque es necesario saber y no olvidar que las casas de Madrid se componen de entresuelos, cuartos principales, cuartos segundos, terceros y guardillas; que generalmente cada división de éstas, que es cada piso, tiene de la izquierda y de la derecha, y muchos en el medio, que llaman interior. Por esta razón hay los diversos toques. Un solo golpe con aldabón corresponde al entresuelo, cuando lo hay; dos, al cuarto principal; tres, al segundo, y cuatro, al tercero, o a la guardilla, si no hubiere aquél. Pero como, según he dicho, cada piso tiene dos o tres cuartos, para distinguirlos, después de la señal expuesta, se agrega un repique de cuatro o seis golpes precipitados, para indicar los de la derecha, quedando los de la izquierda con los simples de la llamada. Los interiores son pocos, y su distinción, dos repiques. Mas siempre es indispensable estar cierto del cuarto, lo que sólo es fácil, los primeros días, visitando a varias personas, apuntándolo en cartera de memoria.

Valencianos y gallegos

Madrid, como la corte, contiene infinidad de habitantes de todas las provincias, y es el refugio y esperanza de los necesitados e ignorantes, tanto o más que de los ricos y sabios, pues todos ven un halago a sus deseos. Allí se encuentran a cada paso los contrastes provinciales más curiosos, y no quiero privarme del gusto de trazar algunos. El valenciano y el gallego ofrecen una diferencia singular. Vestido el primero todo el año tan ligeramente cual si nunca variara el riguroso



verano, o sea siempre agradable primavera; representa el segundo, aun en el corazón de la canícula, la imagen del invierno en toda su fuerza. Aquél, con su camisa y zaraguëlles, con medias azules que no bajan del tobillo y dejando descubierto todo el pie, para que tome fresco por el trenzado de sus sandalias; al gallego, por el contrario, como si no bastara a cubrir su cuerpo calzón y chaleco de pesado paño burdo, se le hace ligera la chaqueta, que no se desabrocha, el sombrero gacho y los zapatones, que parecen sólidas planchas de hierro. Esta diferencia del vestido indica la de su genio, ideas, inclinaciones; en una palabra: lo que llamamos el carácter. Ocúpase el valenciano en lo que sin gran fatiga le proporcione ganancia moderada, y se creería que aparenta trabajo más por honor que por afición a la utilidad, como lo demuestra la garrafa de horchata y leche, con que recorre diariamente las calles, convidando y deteniéndose a cada paso, por descanso o curiosidad; el despacho de melones y otras frutas, que son sus ejercicios preferentes. Por la inversa, el gallego, aficionado por costumbre a duros trabajos, sólo está contento cuando en éstos se emplea: el cargar agua en pesados barriles, el transporte de voluminosos equipajes, de fardos extraordinarios, que lo abruma y encorvan; el irresistible peso de un escaparate, de un piano y otros muebles que requiriendo, por lo menos, dos personas nervudas para su conducción, uno de ellos los lleva cómodamente al sitio más distante. [...]

Andaluces y castellanos

¿Y qué diremos del andaluz y del castellano viejo? Caracterizado aquél de jovial, chistoso y ligero, de falso, zalamero y charlador, es enteramente contrario al otro, que por orgullo tiene constancia, formalidad y circunspección; el ser consecuente, seco y taciturno. Los genios son tan opuestos, y no es mayor la concordancia en lo demás, incluso lo material del vestido. El primero no está en su esfera si no se halla en jarana y diversión, si el cuartillo de Valdepeñas no reemplaza la cañita de Jerez y alegra su poco asentada cabeza; requiebra hasta a su abuela, y cualquiera a quien encuentra, si se libra de chistosa agudeza, lleva, por lo menos, una burlona mirada. No así el castellano: echa un trago, va a las diversiones, enamora como de por fuerza; nada le despoja de su seriedad y honradez, y hasta el cariño que dispensa a su hijo va acompañado del ceño y de la sequedad. Vengamos a los trajes. En el sombrero calañés o de pirámide, con su



mota en la punta; en la chaquetilla corta y trenzada, la corbata al descuido, la ligereza del centro, sin los calzones hasta las rodillas del valenciano, los de bayetón del gallego, ni el poco aliño del catalán de gorro encarnado; su pantalón largo y ajustado y su zapato bien hecho, está diciendo que es la imagen de la Andalucía, aun sin llevar la característica capa. Difícil es confundir al otro. Vestido como si no estuviera en este siglo y en la Corte, muestra ignorancia de las modas y del gusto. Chaquetón largo y poco ajustado, sombrero redondo de todas épocas, anchos y fuertes pantalones oscuros, corbata perenne y ajustada, zapatos ordinarios y un bastón poco pulido: he aquí un castellano. Sucede otro tanto entre el extremeño y el asturiano, el aragonés y el catalán, el navarro y el maragato.

Lo primero que hacen estos provinciales, cuando llegan a Madrid (muchos fugándose de la casa paterna, no pocos a la mitad de sus estudios, y otros para seguir su carrera, concluidos aquéllos), es buscar destino u ocupación. Entre los muchos medios de que se valen para ofrecer sus servicios, uno de los más graciosos y de menos costo es fijar avisos en las columnas del patio del Correo, persuadidos de que entre las infinitas personas que continuamente transitan o van allí, habrá muchas que puedan aceptarlos o necesitar. [...]

Pasiegas y maragatos

De las personas que más rara impresión causan por su vestido y movimientos, son las pasiegas. Dase este nombre a las naturales de Pas, en las inmediaciones de Santander, que sirven en la corte de amas de leche o crianderas, siendo preferidas por su robustez, buena salud, genio pacífico y cariñoso. El vestido que usan es original: traje de color oscuro y, en vez de monillo o corpiño, una chaquetita algo abierta por delante; cinturón de cuatro dedos de ancho, con lazo detrás y las puntas sueltas, hasta tocar las corvas. Algunas llevan pañuelo pintado en la cabeza; otras lucen su buena peineta, o peine de concha, como allí le llaman, o sus trenzas de pelo sobre la espalda; zapatos de becerro negro con orejas, y algunas llevan delantal; pero no es lo común. Todas las amas de cría se visten como pasiegas, aunque no lo sean, y las señoras tienen como lujo el que las acompañe una de ellas. Por esto se las ve en el Prado, en el teatro, en la iglesia, en las visitas, en el vidrio del coche, en el café, en la plaza de Oriente -las noches de verano- y en todas partes.



No menos llaman la atención los maragatos, por su raro traje. Consiste en calzones anchos como sacos, hasta las pantorrillas, donde ajustan, de género negro u oscuro; chaquetas del mismo, con mangas demasiado anchas hasta el codo, y cayendo alrededor del cuerpo, como camisa de pliegues; largas melenas y sombreros de pastor. Son traficantes y generalmente los que trasladan el dinero, por su crédito y formalidad. Encuéntanse siempre en los mesones de la puerta de Segovia, sobre todo en uno que tiene su nombre. Algunos de estos traficantes suelen helarse en el rigor del invierno, en los caminos, pues no los detiene el frío, ni llevan otro abrigo sino una ligera y mala manta.

Manolas y verduleras

Desde tiempo inmemorial gozan de fama las manolas de Madrid, por su desfachatez, atrevimiento y desvergüenza. Casi en parangón con las gitanas en las astucias y raterías, las exceden en hablar mal, en revoltosas y vengativas. Con dificultad se entiende su enrevesado idioma, alternando y transponiendo las sílabas y detrás de las palabras. Es necesario oírlas para formar idea. Su vestido está algún tanto corregido, y desterrada la castaña o moño que usaban antiguamente, el principal distintivo es la mantilla de tafetán negro, con ancho ribete o guarnición de terciopelo; las puntas, cortas y cruzadas por el pecho, y enlazadas en los brazos, puestos en jarras, que les dan el aire que las caracteriza. Traje de percal oscuro con florones de colores vivos, que apenas llega a la mitad de la pierna, para dejarla ver, y la media negra, dibujada, y el zapato de tabinete o becerro, con cintas atadas al tobillo; delantal negro, y en el pecho, pañuelo bien unido, aparentando recato. Son muy aficionadas a los hombres; pero así como no les escasean cariños sin reserva, ni les guardan consecuencia, son temibles por sus venganzas cuando las abandonan o posponen. Generalmente se unen al ignorante populacho, y en las revueltas y connociones causan más daño que los hombres más ilusos y los partidarios más obcecados.

Las fruteras o verduleras forman también una clase numerosa. Se las encuentra a docenas en las plazas, en muchas calles y esquinas, embarazando el paso con sus cestas y aturdiendo con sus continuos y retumbantes pregones. Su vestido sólo tiene de particular el poco aseo y decencia, y en sus acciones se nota la misma desfachatez que en las manolas, insultándose en sus riñas de cada momento con las

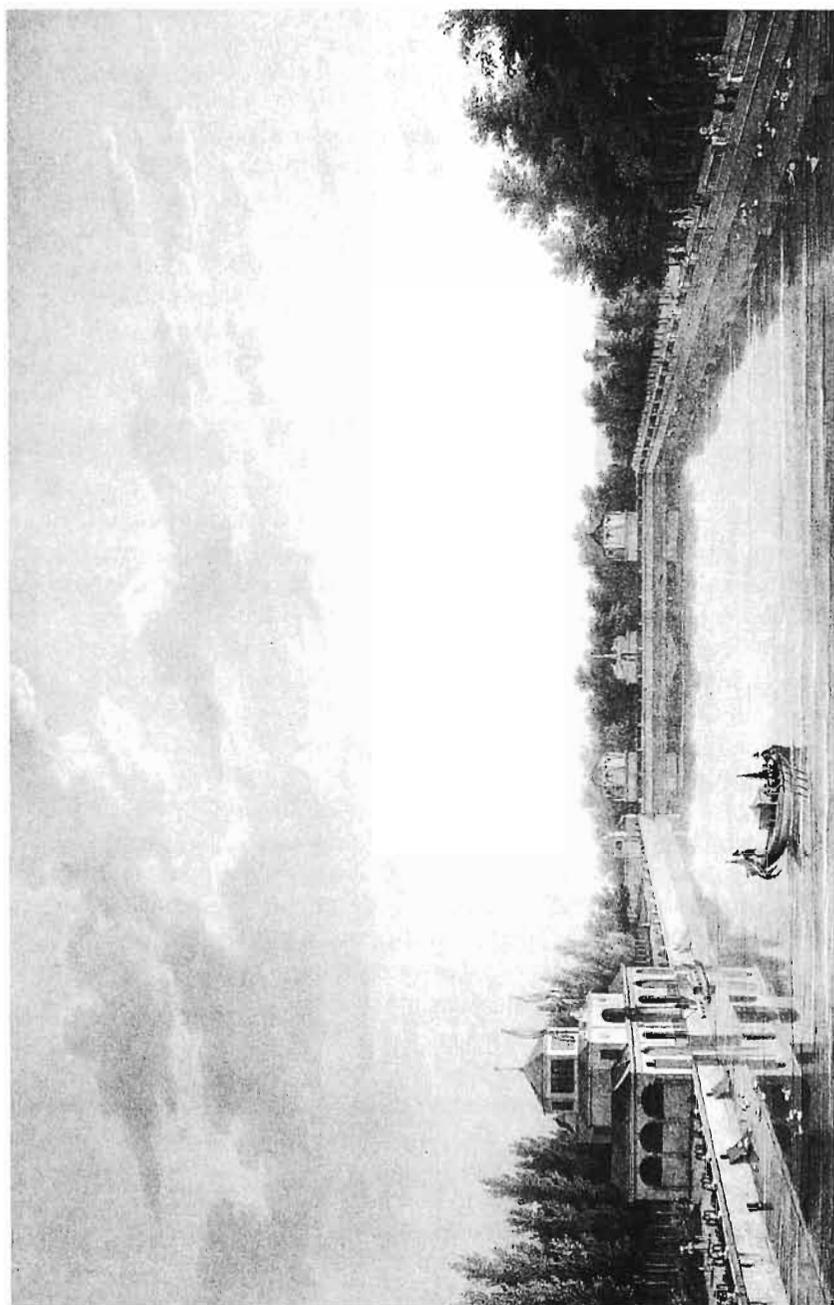


desvergüenzas más inmundas, que detienen, sin embargo, a cuantos por allí transitan. Tampoco suelen pasarlo bien los que van a comprarles, pues si no lo hacen a la primera donde llegan, o les dicen tres desahogos, o les advierten que para preguntar y saber se va a Salamanca. Sus pregones, que por la novedad parecen la primera vez agradables y graciosos, carecen de ambas circunstancias. He aquí algunos de los términos con que anuncian lo que venden: «¡Peras de Aragón, a seis cuartos libra!» «¡A cuatro, peras! ¡Y qué peras!» «¡Camuesas (una clase de manzanas) y melocotones!» «¡Albillo (uva blanca) y melares (higos pequeños)!» «¡Avellanas como leche!», vende una en una feria. «¡La piñonera!» «¡Peras de donguindo!» «¡Vendo almíbar por sandía!», grita uno. Mientras otro, con una navaja y un melón en las manos, lo ofrece: «¡A la cala! ¡A la cala!» «¡Granadas y naranjas de San Felipe de Játiva!» «¡Melocotones de Aragón!» Y todos llaman, incitan y por lo regular logran vender cuanto mercan, aunque con un tercio de rebaja del precio que piden primero.

Los traperos

Desde las diez y media o las once de la noche ocupan la vista de cuantos transitan las calles los traperos de ambos sexos, anunciando con asqueroso equipo su desaseada ocupación. Con su linterna sorda en la mano izquierda, y en la diestra el gancho para escudriñar y recoger los pedazos de trapo y de papel, se ven en medio de la calle, revolviendo los montones de basura con escrupulosidad, separándose al cabo de un cuarto de hora, para dejar libre el campo al que con igual objeto viene en pos de él, y sigue a otro, cuatro pasos más adelante, pues en Madrid es costumbre, y por cierto de las más detestables, que cada vecino deposite las basuras, al oscurecer, en medio de la calle, al frente de su casa. Y por esta causa es necesario atravesar de una acera a otra con el mayor cuidado para no desgraciar el vestido o pasar un mal rato. Estos fantasmas nocturnos repasan la mañana siguiente su recolección, separan o expurgan los trapos, que les compran en los almacenes de papel por seis u ocho cuartos la libra, para enviarlos a las fábricas de papel.





Vista del estanque grande y embarcadero del Retiro. Bambrilla. Colección de vistas de los Sitios Reales.

Palacio Real

A una extremidad de Madrid se halla el Real Palacio, que no sólo es el mejor edificio de aquella corte, sino de la mayor parte de los de su clase en las naciones de Europa civilizada. Obra grandiosa y admirable, debida a Felipe V, que hizo reedificar el antiguo alcázar, casi consumido por el incendio del año 1734. De buena arquitectura, grandes dimensiones y de excelente piedra blanca de Colmenar, compacta y limpia, presenta los cuatro frentes con toda majestad, a lo que contribuye su posición en la montañosa descampada de San Vicente. ¡Lástima que no tenga la fachada principal en la plaza de Oriente! ¡Compasión mayor, que los aires intensos y peligrosos del Guadarrama lo azoten, y a las inmediaciones, por donde es preciso transitar con toda precaución y abrigo, especialmente en el invierno!

El Palacio parece una ciudadela inexpugnable, por su solidez, aislamiento y elevación, bien que ahora lo domina el nuevo teatro de Oriente y le impide que ostente toda su hermosura, pues antes se contemplaba desde la Puerta del Sol, por la calle del Arenal, y convierte al coliseo en casa fuerte que hace frente a la habitación de los Reyes. Prescindiendo del mal efecto que produce el teatro en medio de aquella extensísima plaza, como si fuera circo para correr toros, debe lamentarse el perjuicio que causa al Palacio, librándole del más sorprendente punto de vista.

El exterior de la casa real ofrece la mayor sencillez. A excepción del atrio o pórtico de la entrada principal, las otras fachadas no presentan cosa notable. Después del pórtico se llega al vestíbulo y a la grande escalera de mármoles negros y blancos, con balaustrada de lo mismo, y a cuyo pie se ven dos hermosos leones de mármol blanco sobre columnas. Lo interior encierra pinturas al fresco y al óleo, de excelentes maestros flamencos, italianos y españoles. También se conservan allí las alhajas y joyas de la corona, las cuales es difícil verlas, así como las habitaciones reales. [...]

Armería

Frente a Palacio se encuentra la Armería, donde se conservan infinidad de armas, petos, cascos y armaduras de reyes y célebres guerreros, y algunos bustos de éstos a caballo, para mayor recuerdo y estudio, siendo los más visibles Carlos V y los Felipes. La carroza de hierro regalada en Vizcaya a Fernando VII, el año 1828, llama tanto

la atención como la de la reina Juana, las colas de los bajaes, los dardos y alabardas, los mosquetes y estandartes. El caballero mayor proporciona esquila, requisito indispensable para poderla visitar.

Biblioteca Pública

En la plaza de Oriente, esquina a la calle de la Bola, está la Biblioteca Pública, que se dice establecida por Felipe V. Consta de muchas salas espaciosas, llenas de estantes y pinturas, y encierra más de 200.000 volúmenes impresos, pues todos los editores de la Monarquía tienen obligación de remitir a ella un ejemplar de cuantas obras publican. En medio de las salas hay mesas de lectura, que por lo regular están ocupadas por jóvenes aplicados. Está abierta al público todos los días, de nueve a dos de la tarde; mas para ver el museo de medallas y examinar los manuscritos se exige permiso expreso del bibliotecario mayor, y para leer libros prohibidos, la licencia pontificia.

Museo de Pinturas

El Museo de Pinturas y Esculturas, si no de los establecimientos más útiles, es de los edificios grandiosos que embellecen la corte de España. Situado en el paseo del Prado, al fin del Salón de los elegantes, con una bonita fachada junto al Botánico, está abierto todos los miércoles y sábados, excepto si llueve. (...) Casi todos convienen -y los franceses, sobre todo, confiesan- que el Museo de Madrid es uno de los primeros gabinetes de pinturas, a pesar de las muchas buenas de que lo despojaron cuando invadieron la España. Los ingleses miranlo con envidia, e incesantemente quieren comprar los mejores cuadros, lo mismo que los de El Escorial, donde existen muchas copias u originales de éstos. (...) Por visitarlo los días que está abierto, nada se paga, ni como propina. Y, a la puerta, un empleado custodia los bastones, dando número, sin que por esto reciba un cuarto. Los extranjeros pueden verlo cualquier día, presentando su pasaporte, sin que tampoco les cueste cosa alguna.



El Retiro

En el invierno, todos salen por la mañana a tomar el sol, escogiendo al efecto el jardín del Retiro, de la otra parte del Prado, aunque lugar bastante frío y desabrigado. En otro tiempo éste era un sitio de temporada para los Reyes. Hoy el palacio sólo sirve para enseñarlo a los forasteros y curiosos, y los jardines, para pasear todo el año. El centro lo ocupa un gran estanque, que ofrece diversión, en verano, con los patos o ánades, y en invierno, cuando se hiela, viendo patinar a los aficionados. Para visitar lo reservado, que es el palacio, una casita rústica, las falúas en que han navegado los reyes en el estanque y otras frioleras, se necesita papeleta del conserje o administrador; sin olvidar nunca la propina a los guías, quienes, además, enseñan la Casa de Fieras, bastante exhausta. Ésta es pública las tardes de los jueves y domingos, y a ella van los niños por la tarde. Desde la torre del Retiro se descubre una hermosa vista de todo Madrid. Por el mismo estilo es el Casino, o casita de campo de la Reina, que queda a la salida de la puerta de San Vicente. Semejantes adornos y la propia distribución, sin otra cosa de más que invernarios con muchas plantas y arbustos frutales. También tiene su casa rústica, y en ella un guardia figurado, con lo necesario para la vida.

La Feria

El 21 de septiembre principia todos los años una temporada de quince a veinte días, que llaman la Feria, y se reduce a sacar a la calle cuanta especie de muebles quieren venderse: nuevos, viejos e indecentísimos. La calle de Alcalá, como la principal, lo es también de la Feria, hace pocos años, y en ella es en la que se ve algún orden y decencia. Desde la Puerta del Sol hasta la esquina de la calle de Cedaceros colocan en todo el lado derecho barracas de madera, cajones y puestos de frutas; en las demás calles y plazas se sacan todos los trastos y cachivaches que están de más en las casas y sirven de estorbo. En la del Ángel, por ejemplo, se ve un montón de libros, que se venden «a uno y dos reales, a escoger»; más adelante, una galería provisional de pinturas y mamarrachos. En la calle de Jacometrezo, de la Montera, del León; en todas, impiden el paso sillas viejas, cuadros incompletos y sin vidrios, mesas con tres pies, rótulos de tiendas que no existen, abalorios, braseros, juguetes, capas y ropas viejas, pedazos de clavos, llaves y cerraduras, y cuanto de malo y desecha-



ble puede pensarse. Acercándose los que pasan, revuelven, examinan y tiran, y aunque por lo regular nada compran, no falta quien algo lleve. Mas en la calle de Alcalá se ven los libros colocados en estantes y no confundidos en el suelo; se ponen pocos muebles viejos, y la mayor parte de lo que se vende son juguetes, figuras, géneros o prendas falsas y frutas. El paseo de los elegantes es en esta calle todo el día, y en particular de doce a tres de la tarde y de cinco a ocho de la noche, proporcionando ahora comodidad las nuevas aceras de dos varas y media de ancho y media cuarta elevadas del piso central; pero siempre está obstruido el paso por excesivo gentío.

Navidad

En las inmediaciones y días de pascua de Navidad hay otra feria de comestibles y renglones de aguinaldo para la Nochebuena, en la Plaza Mayor y su aneja la de Santa Cruz, donde está la Cárcel de Corte y hoy la Real Audiencia. En la primera se encuentra cuanto puede buscarse para regalo en tales días; desde dulces secos, turrones, mazapanes de todas frutas y colores, formando culebras y otros caprichos, hasta las bandadas de pavos, los montones de naranjas, limas, granadas y otras frutas. La plazuela de Santa Cruz la ocupan exclusivamente con Nacimientos, muñecos, rabeles, chicharras, panderetas y demás instrumentos rústicos y desagradables, que sirven para entretener niños o hacer ruido en la misa del gallo. Los portales están llenos de plantas, hojas y grama para adornar los nacimientos, cuya afición parece va disminuyendo. Después de Año Nuevo la plaza queda desocupada y los vendedores con algunos duros en el bolsillo, pues son raros los que la pasean que no dejen aunque sea un cuarto, en cambio de una «chicharra», u ocho reales, por media libra de dulces.

De tiempos remotos hay en Madrid la costumbre de «echar años» la víspera de I.^o de enero; diversión familiar que en muchas partes de nuestra América, y especialmente en la Habana, se llama «sacar compadre». Pocos ignoran que esta sencilla operación se reduce a extraer a la suerte el nombre de una señora y el de un caballero de los que han puesto en cántaro, que por lo regular son los presentes y, a lo más, sus conocidos, leyendo al fin de cada pareja dos versitos correspondientes. A esto le dan en muchas tertulias una importancia que yo no encuentro, ni por gracia ni en interés, como tampoco a los «estrechos», que es una repetición, el día de Reyes. [...]

Casas de huéspedes

Nada tan interesante para el que llega a cualquier punto por primera vez como llevar noticia de los medios de vivir más cómodamente; instrucción más necesaria en Madrid cuanto que no se encuentran, como en otras naciones, buenas posadas que ofrezcan ni aun moderación en el precio. Por esta razón es por la que todos habitan en casas de huéspedes o a pupilo, aun aquellas personas que por su carácter, empleo y riquezas pudieran tener más lujoso alojamiento, y que en una población de 220.000 habitantes pasan de 530 las casas que se alquilan por cuerpos o por habitaciones, con asistencia o sin ella. Mujeres de fuera de Madrid, que se anuncian como viudas de altos personajes o señoras caídas en desgracia, que han rodado coche y sonado campanillas, o las toman por su cuenta y se encargan del oficio de proveedora, asistenta, cocinera y muchas veces de sirvienta, según la categoría de los huéspedes y la cantidad de la pensión. Estas patronas, por lo general, son hacendosas, eficaces, muestran cariño, y en las enfermedades y desgracias de sus pupilos, interés y cuidado. Están instruidas de cuanto en su ramo puede ofrecerse, y no es raro verlas representar todos los papeles, menos el de tercera, del que su honradez se resiente. Lo único visible en estas casas es una sala con una docena de sillas, cuadros viejos, algún retrato de la Reina, de Fernando VII o de la hija del ama, y la chimenea para el invierno. En los cuartos no hay más que lo indispensable, y aun de esto, no todo. En algunas de más lujo se ven cortinas, espejos, tapices, pinturas; pero no es lo general. Para advertir las casas que tienen habitación de alquiler, se pone un pedazo de papel atado al extremo del balcón; y cuando se alquila un piso por entero, o lo que se llama en Madrid un cuarto, se coloca el papel en medio de los balcones. Los memorialistas y escribientes, que se encuentran en los portales a cada paso, tienen siempre noticia de las mejores de estas casas. Los precios son tan varios como los sitios, los adornos y las comodidades que se quieran. Sin embargo, por medio duro diario se encuentra una buena habitación, con regular comida y asistencia.

Vida cotidiana

La vida doméstica en Madrid se distribuye de esta manera: Hasta las ocho o las diez de la mañana, en la cama, donde muchos almuerzan, sobre todo en tiempo de invierno, y otros leen *El Eco*, *La Revista*



o el periódico a que están suscritos, y que allí es una necesidad. De doce a tres, a los Ministerios; al Consejo, para agitar las pretensiones, recordar el despacho o apresurar el informe favorable; adquirir noticias, para en seguida cambiarlas por otras en la Puerta del Sol o en el Prado; a los cafés, a los teatros y, por último, a las tertulias, hasta la una o las dos de la mañana, en que se retiran a su casa, corriendo el peligro de que en alguna de las vecinas o de las que se hallan al paso estén en la operación de la limpieza y penetre el olfato los detestables y fuertes miasmas, que desmayan al infeliz y ennegrecen todas las prendas. De cuantas incomodidades se pasan en la corte, ninguna puede compararse a una noche «de limpieza».

En las tertulias se ocupan, los viejos y desengañados, de la política y noticias del Gobierno. Las señoras de cierta edad también suelen discurrir sobre lo que han leído en los papeles de la mañana. Las señoritas, sus galanes y pretendientes bailan una mazurca, la galop o una cuadrilla, cantan el dúo de la *Norma*, el aria de los *Montescos*, algún himno o canción patriótica, que están de última moda. Quién prefiere quedarse en un rincón con su cirineo; otras forman corrillo para recordar en mala hora a sus amigas, y en las de mayor franqueza, todos bromean, incitando las mismas jóvenes a desechar el cumplimiento o mal humor. En muchas casas se juega, en otras de más reducida concurrencia hacen calceta o hilan y, a lo más, se entretienen con juegos de prendas, hasta que, sonando las once o doce de la noche, cada uno se recoge.

Las jóvenes solteras gozan de toda libertad. Reciben los amigos y visitas a solas, con desembarazo y sin necesitar a la mamá o al papá para cumplimentar y hacer los ofrecimientos de costumbre; toman parte en las conversaciones con discreción y despejo, dan bromas a los amigos, sin reserva ni hipocresía y, por último, cada vez que les acomoda, salen a la calle a compras o de paseo, sin necesidad de otra cosa que acompañarse con una hermana o amiga, o con la criada. Por esta razón se ven siempre en el Prado, en las tiendas, en los teatros, y no hay función que no presencie la población femenina de Madrid.



14. George Borrow (1836-1838)

«La Biblia en España fue, y sigue siendo, el mejor libro sobre ese país escrito por un extranjero» ¹, afirma Eileen Bigland en su interesante estudio sobre los viajes de George Borrow. Esta opinión, que algunos atribuirán al acostumbrado entusiasmo de un biógrafo por su biografiado, la comparten sin embargo muchos de los que han leído el libro de Borrow, que en España ha tenido admiradores tan incondicionales como su ilustre traductor, don Manuel Azaña. Para quienes no lo conozcan (y se pregunten qué diantre tiene que ver la Biblia con la literatura de viajes), será necesario explicar quién era George Borrow y qué vino a hacer a nuestro país.

George Henry Borrow (1803-1881), más que un gran viajero, fue durante buena parte de su vida un auténtico vagabundo. Hijo de un capitán del ejército británico, los cambios de guarnición del regimiento de su padre le hicieron pasar la infancia en diferentes lugares de Inglaterra, Escocia e Irlanda; ya adolescente, se escapó varias veces con sus amigos gitanos para viajar en sus caravanas por las ferias del país. En su primera juventud fue pasante de abogado en Norwich, donde sus inquietudes literarias y aventureras no le dejaron echar raíces. Además de francés, italiano y español, que dominaba desde niño, en aquellos años de formación aprendió alemán, galés, danés, hebreo, árabe y armenio, y publicó sus primeras traducciones. Tras un oscuro período de viajes por Europa (Borrow, mistificador de su propia vida, aseguraría siempre que le habían llevado hasta la India, China y Tartaria), en 1833 la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera contrató sus servicios para difundir por Rusia la Biblia traducida al manchú. Dos años después, satisfecha con su trabajo en tierras rusas, la Sociedad le envió a Portugal, ocasión que Borrow aprovechó para pasar a su amada España.

«En España pasé cinco años, que, si no los más accidentados, fueron, no vacilo en decirlo, los más felices de mi existencia», escribe Borrow en el prólogo de La Biblia en España. Sería demasiado prolijo referir aquí el itinerario de sus diversos -y muy accidentados- viajes por la Península; sólo la lectura del libro (un placer vivamente recomendable) puede dar una idea cabal de esta prodigiosa actividad viajera, que le llevó a los puntos más remotos del país con el fin de propagar el Nuevo Testamento en español, en una edición sin notas ni aparato crítico. A nosotros nos interesa sobre todo saber que Borrow vivió largas temporadas en Madrid entre 1836 y 1839, y que algunas de las mejores páginas de su obra están dedicadas a esta ciudad, donde siempre se le conoció como «Don Jorgito el inglés».

Es difícil definir La Biblia en España, o viajes, aventuras y prisiones de un inglés en su intento de difundir las Escrituras por la Península, como reza su título completo. Las etiquetas usuales se quedan pequeñas ante semejante obra. Sin duda es un libro de viajes, «pero hay que entenderse acerca de su calidad», como dice Azaña en la nota preliminar a su traducción. Quizá haya sido Azaña quien más se ha acercado a su esencia al afirmar que «es una obra de arte, una creación», en la que cabe apreciar valores literarios que pocas veces se encuentran en los libros de viajes, como «el novelesco interés de algunos pasajes que parecen arrancados de un libro picaresco, el movimiento de ciertos cuadros, propios de un «episodio nacional», el sabor de otras escenas de costumbres, los bosquejos de tipos y caractereres, con tantos otros méritos que es innecesario señalar».

De todo ello hay buenas muestras en las páginas siguientes, que pertenecen a capítulos del libro muy alejados entre sí. En un primer bloque se reproducen los principales pasajes del relato de Borrow sobre su estancia en Madrid de febrero a agosto de 1836, que culmina con los acontecimientos inmediatamente posteriores al motín de La Granja (capítulos 12 a 14); en el segundo se recogen sus impresiones sobre la Cárcel de la Corte, donde estuvo preso tres semanas en mayo de 1838 (capítulos 39 y 40). Juzgue el lector si el Madrid de «Don Jorgito el inglés» hace honor a esa obra maestra que es La Biblia en España.

Llegué a Madrid en los comienzos de febrero de 1836. Estuve breves días en una *posada* y me mudé a la habitación que alquilé en el número 3 de la calle de la Zarzana, calle oscura y sucia, no obstante hallarse pegada a la Puerta del Sol, punto céntrico de Madrid, donde desembocan cuatro o cinco de las vías principales y sitio de reunión, en todas las épocas del año, de los vagos de la capital, pobres o ricos.

La casa en que me alojé era bastante singular. Ocupaba yo la parte delantera del primer piso; mis habitaciones consistían en una sala inmensa con un cuarto pequeño al lado para dormir. La sala, a pesar de su tamaño, tenía muy pocos muebles: unas cuantas sillas, una mesa y un sofá componían todo su ornamento. Era muy fría y aireada, gracias a las corrientes que se colaban por tres grandes ventanas y por diversas puertas. La señora de la casa, acompañada de sus dos hijos, me condujo a mi aposento. «¿Ha visto usted nunca -me preguntó- un cuarto tan hermoso como éste? ¿Verdad que es digno de un príncipe? El invierno pasado vivió aquí el gran general Espartero.»

La patrona era una mujer de desmesurada gordura, natural de Valladolid, en Castilla la Vieja. «¿Tiene usted alguna otra familia, además de estas hijas?», le pregunté. «Dos hijos. Uno es oficial del Ejército y padre de este niño -me contestó, señalando a un muchacho de unos doce años, con cara de travieso, pero listo, que brincaba por el aposento-; el otro es el nacional más famoso de Madrid. Es sastre de oficio y se llama Baltasar. Tiene gran influencia con los otros nacionales por el liberalismo de sus opiniones y a una palabra suya toman las armas y acuden furiosos a la Puerta del Sol. Al presente guarda cama, hace una vida muy desarreglada y es muy amigo de toreros y de gentes peores aún.»

Como el principal motivo de mi visita a la capital de España era el deseo de obtener permiso del Gobierno para imprimir en castellano el Nuevo Testamento y difundirlo por el país, comencé, sin pérdida de tiempo, a dar los pasos que me parecieron necesarios.

Baltasarito, el nacional

Una mañana, mientras me desayunaba con los pies encima del *brasero*, entró la patrona en mi aposento y me dijo: «*Don Jorge*, aquí está mi hijo Baltasarito, el nacional. Ya se levanta de la cama y, al saber que teníamos un inglés en casa, me ha pedido que le presente, porque tiene mucha afición a los ingleses por sus ideas liberales. Aquí le tiene usted, ¿qué le parece?»

Me guardé de decir a su madre mi opinión. A mi parecer, hacía muy bien en llamarle Baltasarito, porque jamás el antiguo y sonoro nombre de Baltasar se habría dado a sujeto tan exiguo. Podría tener hasta cinco pies y una pulgada de altura y era más bien corpulento para su talla; el rostro amarillento y enfermizo, pero con cierta expre-

sión de fanfarronería; los ojos pardos, muy oscuros, eran vivos y brillantes. Iba vestido, o más bien desvestido, malamente, con una gorra de cuartel y un capote de reglamento, viejo y muy holgado, que hacía las veces de bata.

-Celebro mucho conocerle, *señor nacional* -le dije en cuanto su madre se retiró y así que Baltasar se hubo sentado y encendido, claro está, un cigarro de papel en el *brasero*-. Me alegro mucho de haberle conocido, sobre todo porque, según me ha dicho su señora madre, tiene usted gran influencia con los nacionales. Yo, como extranjero, puedo tener necesidad de un amigo; la fortuna me favorece al proporcionarme uno que es miembro de tan poderoso cuerpo.

Baltasar: Sí, tengo bastante mano con los otros nacionales; en Madrid no hay ninguno más conocido que Baltasar ni más temido por los carlistas. ¿Dice usted que puede hacerle falta un amigo? Pues ya sabe que dispone de mí para cuanto se le ofrezca. Tanto yo como los demás nacionales nos enorgullecemos sirviéndole a usted de *padrinos*, si tiene entre manos algún lance de honor. Pero ¿por qué no se hace usted de los nuestros? Le recibiríamos a usted con mucho gusto en el cuerpo.

Yo: ¿Son muy duras las obligaciones de un nacional?

Baltasar: Nada de eso. Estamos de servicio una vez cada quince días y luego suele haber alguna revista de poca duración. Las obligaciones son ligeras y los privilegios grandes. Por ejemplo, yo he visto a tres compañeros míos pasarse un domingo por el Prado, armados de estacas, y apalear a cuantos les parecían sospechosos. Más aún: tenemos la costumbre de rondar de noche por las calles, y cuando tropezamos con alguien que nos desagrade, caemos sobre él y, a cuchilladas o bayonetazos, le dejamos, por lo común, en el suelo revolcándose en su propia sangre. Sólo a un nacional se le permitiría hacer tales cosas.

Yo: Supongo que todos los nacionales serán de opinión liberal.

Baltasar: ¡Así debiera ser! Pero hay algunos, *don Jorge*, que no nos parecen muy de fiar. Son pocos, sin embargo, y a casi todos los conocemos. La vida que llevan es poco envidiable, porque cuando están de guardia, nos burlamos de ellos y con frecuencia los damos de palos. La ley obliga a todos los hombres de cierta edad a servir en el Ejército o a alistarse en la Guardia Nacional; por eso hay en nuestras filas algunos de esos *godos*.

Yo: ¿Hay muchos carlistas en Madrid?

Baltasar: Entre la gente joven, no; la mayor parte de los carlistas madrileños capaces de llevar armas se fueron hace tiempo a la facción. Los que quedan son casi todos viejos o curas, buenos tan sólo

para reunirse en algún café apartado y proyectar fantásticos complots. ¡Qué hablen, *don Jorge*, que hablen! Los destinos de España no dependen de los deseos de *ojalateros* y *pasteleros*, sino de las manos de los nacionales, intrépidos y firmes, como yo y mis amigos, *don Jorge*.

Yo: Por su señora madre he sabido, con pena, que hace usted una vida muy desordenada.

Baltasar: ¡Cómo! ¿Se lo ha dicho a usted, *don Jorge*? ¡Qué quiere usted, *don Jorge*! Soy joven, y la sangre joven hierve en las venas. Los nacionales me llaman el alegre Baltasar y mi popularidad se funda en la jovialidad de mi carácter y en mis ideas liberales. Cuando estoy de guardia, llevo siempre la guitarra, ¡y si viera usted qué *función* se arma! Mandamos por vino, y los nacionales se pasan la noche bebiendo y bailando, mientras Baltasarito toca la guitarra y canta canciones de *Germanía*:

Una romí sin pachí
le penó a su chindomar, etc.

Esto es gitano, *don Jorge*. Me lo han enseñado los *toreros* de Andalucía; todos hablan *gitano*, y muchos lo son de raza. Montes, Sevilla, Poquito Pan, son amigos míos. No hay *función* de toros, *don Jorge*, en que no esté Baltasar con su *amiga*. En el invierno no se dan corridas de toros, *don Jorge*, que si no, le llevaría a usted a una; por suerte, mañana hay una ejecución; una *función de la horca*, e iremos a verla, *don Jorge*.

Una ejecución

Fuimos a ver la ejecución, que no se me olvidará en mucho tiempo. Los reos eran dos jóvenes, dos hermanos, culpables de haber escalado de noche la casa de un anciano y asesínadle cruelmente para robarle. En España estrangulan a los reos de muerte contra un poste de madera en lugar de colgarlos, como en Inglaterra, o de guillotinarlos, como en Francia. Para ello, los sientan en una especie de banco, con un palo detrás, al que se fija un collar de hierro, provisto de un tornillo; con el collar se le abarca el cuello al reo, y a una señal dada, se aprieta con el tornillo hasta que el paciente expira. Mucho tiempo llevábamos ya esperando entre la multitud, cuando apareció el primer reo, montado en un asno, sin silla ni estribos, de

modo que las piernas casi le arrastraban por el suelo. Vestía una túnica de color amarillo azufre, con un gorro encarnado, alto y puntiagudo, en la rapada cabeza. Sostenía entre las manos un pergamino, en el que había escrito algo, supongo que la confesión de su delito. Dos curas llevaban al borrico por el ramal; otros dos caminaban a cada lado, cantando letanías, en las que percibí palabras de paz y tranquilidad celestiales; el delincuente se había reconciliado con la iglesia, confesado sus culpas y recibido la absolución, con promesa de ser admitido en el cielo. Sin mostrar el más leve temor, el reo se apeó y subió sin ayuda al cadalso, donde le sentaron en el banquillo y le echaron al cuello el corbatín fatal. Uno de los curas comenzó entonces a decir el Credo en voz alta, y el reo repetía las palabras. De pronto, el ejecutor, colocado detrás de él, dio vueltas al tornillo, de prodigiosa fuerza, y casi instantáneamente aquel desdichado murió. A tiempo que el tornillo giraba, el cura comenzó a gritar, *pax et misericordia et tranquillitas*, y gritando continuó, en voz cada vez más recia, hasta hacer temblar los altos muros de Madrid. Luego se inclinó, puso la boca junto al oído del reo, y de nuevo clamó, como si quisiera perseguir a su alma en su marcha hacia la eternidad y consolarla en el camino. El efecto era tremendo. Yo mismo me excité tanto, que involuntariamente exclame: *¡Misericordia!* Y lo mismo hicieron otros muchos. Nadie pensaba allí en Dios ni en Cristo; todos los pensamientos se concentraban en el cura, que en tal momento parecía el más importante de todos los seres vivos, con poder suficiente para abrir y cerrar las puertas del cielo o del infierno, según lo tuviese a bien; pasmoso ejemplo del sistema papista imperante, cuyo principal designio fue siempre mantener el ánimo del pueblo todo lo apartado de Dios que podía, y en concentrar en el clero sus esperanzas y temores. La ejecución del segundo reo fue enteramente igual; subió al patíbulo a los pocos minutos de haber expirado su hermano.

La población de Madrid

He visitado casi todas las capitales importantes del mundo; pero, en conjunto, ninguna me ha interesado tanto como la villa de Madrid, donde a la sazón me hallaba. No hablo de sus calles ni edificios, de sus plazas ni de sus fuentes, aunque algo de esto hay en Madrid digno de nota; Petersburgo tiene calles más hermosas; París y Edimburgo, edificios más suntuosos; Londres, plazas más bellas, y Shiraz puede alabarse de poseer fuentes más lujosas, aunque no



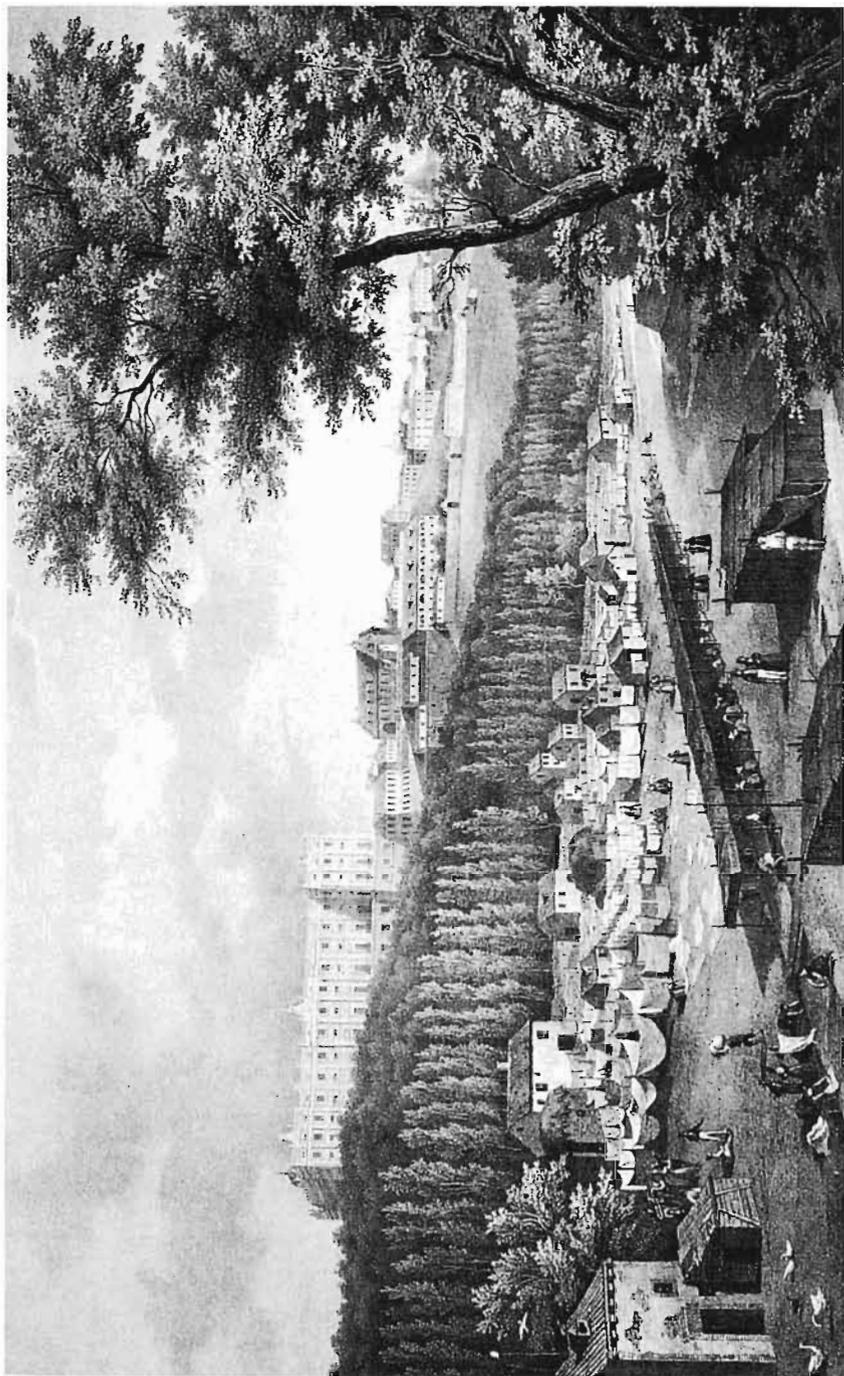
aguas más frescas. ¡Pero la población!... Cercados por un muro de tierra que apenas mide legua y media a la redonda, se agolpan doscientos mil seres humanos, que forman, con toda seguridad, la masa viviente más extraordinaria del mundo entero; y no se olvide nunca que esta masa es estrictamente española. La población de Constantinopla es harto singular, pero han contribuido a formarla veinte naciones -griegos, armenios, persas, polacos, judíos; estos últimos, de origen español, dicho sea de paso, y que aún hablan entre sí el castellano antiguo-. Pero la población de Madrid, en su totalidad, sin otra excepción que un puñado de extranjeros, principalmente sastres, guanteros y *perruquiers* franceses, es española neta, aunque buena parte de ella no haya nacido en la capital. Aquí no hay colonias de alemanes, como en San Petersburgo; ni factorías inglesas, como en Lisboa; ni multitudes de yanquis insolentes callejeando, como en La Habana, con un aire que parece decir: «Este país será nuestro en cuanto queramos apoderarnos de él»; sino una población inculta, sorprendente, formada por muy varios elementos, pero española, y que lo seguirá siendo mientras la ciudad exista. ¡Salud, *aguadores* de Asturias, que, con vuestro grosero vestido de mulatón y vuestras monteras de piel, os sentáis por centenares al lado de las fuentes, sobre las cubas vacías, o tambaleándoos bajo su peso, una vez llenas, subís hasta los últimos pisos de las casas más altas! ¡Salud, *caleseros* de Valencia, que, recostados perezosamente en vuestros carruajes, picáis tabaco para liar un cigarro de papel, en espera de parroquianos! ¡Salud, mendigos de la Mancha, hombres y mujeres que, embozados en burdas mantas, imploráis la caridad indistintamente a las puertas de los palacios o de las cárceles! ¡Salud, criados montañeses, *mayordomos* y secretarios de Vizcaya y Guipúzcoa, *toreros* de Andalucía, *reposteros* de Galicia, tenderos de Cataluña! ¡Salud, castellanos, extremeños y aragoneses, de cualquier oficio que seáis! Y, en fin, vosotros, los veinte mil *manolos* de Madrid, hijos genuinos de la capital, hez de la villa, que con vuestras terribles navajas causasteis tal estrago en las huestes de Murat el día Dos de Mayo, ¡salud! Y a las clases más elevadas -a los caballeros, a las *señoras*-, ¿las pasaré en silencio? En verdad tengo poco que decir de ellos. Apenas los traté, y lo que vi de sus costumbres no era muy a propósito para sublimarlos en mi imaginación. Yo no soy de los que, vayan donde vayan, siguen la inveterada práctica de vilipendiar a las clases altas y de exaltar a su costa al populacho. En muchas capitales, la parte más notable e interesante de la población es precisamente la aristocracia. Tal ocurre en Viena, y más especialmente en Londres. ¿Quién puede rivalizar con el aristócrata inglés en prestan-

cia, fuerza y valentía? ¿Quién monta mejores caballos? ¿Quién goza de posición más sólida? ¿Quién más amable que su esposa, su hermana o su hija? Pero tratándose de la aristocracia española, así de las *señoras* como de los caballeros, cuanto menos se diga en cada uno de los puntos aludidos será mejor. Sin embargo, sé muy poco acerca de ellos, lo confieso; quizá tengan sus admiradores, a los que cedo la tarea de escribir su panegírico. Le Sage los describió tales como eran hace casi dos siglos; sus rasgos son poco seductores, y no creo que hayan mejorado desde que el inmortal francés los retrató. Hablaré, pues, con más gusto de las clases bajas, no sólo de Madrid, sino de toda España. Un español de la clase baja, sea *manolo*, labriego o arriero, me parece mucho más interesante que un aristócrata. Es un ser poco común, un hombre extraordinario. Le faltan, es cierto, la amabilidad y la generosidad del *mujik* ruso, capaz de dar su único *rouble* antes que el forastero pase necesidad; tampoco tiene su tranquilo valor, que le hace invulnerable al miedo y le impulsa, al mando de su zar, a arrostrar cantando una muerte cierta. En el carácter español hay menos abnegación y más dureza; le anima, en cambio, un sentimiento de altiva independencia que roba la admiración. Es ignorante, por supuesto; pero, cosa singular, invariablemente he encontrado en las clases más bajas y peor educadas mayor generosidad de sentimientos que en las altas. Mucho tiempo ha sido moda hablar del fanatismo de los españoles y de su mezquino recelo de los extranjeros. Esto es verdad hasta cierto punto; pero es verdad, principalmente, respecto de las clases altas. Si el valor o el talento de los extranjeros nunca ha alcanzado en España el premio merecido, la gran masa de los españoles no tiene la culpa de ello. He oído calumniar a Wellington en el mismo soberbio teatro de sus triunfos; pero nunca por los soldados viejos de Aragón y de Asturias, que le ayudaron a vencer a los franceses en Salamanca y en los Pirineos. He oído criticar el modo de montar de un *jockey* inglés; pero el crítico era el necio heredero de los Medinaceli, no un *picador* de la plaza de Madrid.

Encuentro en una taberna

A propósito de picadores: un día, poco después de mi llegada a Madrid, estuve un par de horas callejeando, en viaje de exploración, por un barrio famoso a causa de los robos y muertes que en él se cometían y, al sentirme cansado, entré en un tabernucho a refrigerar-





El río Manzanares con fondo del Palacio Real. Bambrilla. Colección de vistas de los Sitios Reales.

me. Había muchos parroquianos, todos con caras de bandidos; a mi saludo contestaron quitándose los *sombreros* con mucha ceremonia y abriéndome calle hasta el mostrador. Vacié un vaso de *valdepeñas*, y ya iba a pagar y a marcharme, cuando un individuo de horrible catadura, vestido con un colete de ante fuerte, zajones y botas de montar que le pasaban de las rodillas y tocado con un sombrero claro, cuyas alas tenían lo menos vara y media de circunferencia, se abrió paso entre la gente y, encarándose conmigo, dijo con voz de trueno:

-¡Otra copita! ¡Vamos, inglesito, otra copita!

-Gracias, mi buen señor; es usted muy amable. Parece que me conoce usted; pero yo no tengo el honor de conocerle.

-¿No me conoce? -replicó el tal-. ¡Soy Sevilla, el *torero*! Yo le conozco a usted mucho; usted es el amigo de Baltasarito, el nacional, que es amigo mío y muy buena persona.

Volviéndose entonces a la compañía, dijo con voz sonora, arrasando la última sílaba de cada palabra, según costumbre de la *gente rufianesca* en toda España:

-Caballeros valientes: Este caballero es amigo de un amigo mío. *Es mucho hombre*. No hay en España quien le iguale. Aunque es *inglesito*, habla *gitano* cerrado.

-No lo creemos -replicaron varias voces graves-. No es posible.

-¿Decís que no es posible? Pues yo os digo que sí. Ven acá, Balseiro; tú, que te has pasado la vida en presidio y te estás alabando siempre de hablar el *gitano* cerrado, aunque no sabés palabra, ven acá y habla con su merced en *gitano* cerrado.

Un hombre pequeño, enclenque, pero vivaracho, se adelantó. Iba en mangas de camisa y llevaba una montera; era guapo, pero con cara de demonio.

Habló unas pocas palabras en la corrompida jerga gitana de las cárceles, preguntándome si había estado alguna vez en el calabozo y si sabía lo que era una *gitana*.

-Vamos, *inglesito* -gritó Sevilla con voz tonante-, respóndele al *monró* en *gitano* cerrado.

Contesté al ladrón, porque lo era en efecto, y de los que han dejado nombre duradero en la historia de la picardía madrileña ²; le contesté con alguna extensión en el dialecto de los gitanos extremeños.

-Creo que es *gitano* cerrado -musitó Balseiro-, o si no, será inglés, porque no entiendo ni una palabra.

-¿No te decía yo -exclamó el picador- que no sabes ni palabra del *gitano* cerrado? Pero el *inglesito* sí lo sabe, y yo entiendo lo que dice; *vaya*, no hay nadie como él para el *gitano* cerrado. Además, es muy buen *jinete*; después de mí, no hay quien le iguale; sólo él sabe

montar con las aciones de los estribos muy cortas. *Inglesito*, si necesitas dinero, dispón de mi bolsillo; todo cuanto tengo está a tu servicio, y no creas que es poco: acabo de ganar cuatro mil *chulés* a la lotería. Ánimo, inglés, otra copa; yo lo pago todo; yo, Sevilla.

Y se golpeaba una y otra vez el pecho con la mano, mientras repetía: «¡Yo, Sevilla! ¡Yo...!»

Un naranjero

Andaba ya por entonces muy entrada la primavera; las vertientes, aunque no las cumbres, del Guadarrama estaban desde tiempo atrás limpias de nieve; los árboles del Prado lucían ya su verde pompa y toda la *campiña* de los alrededores de Madrid mostrábase alegre y risueña. Aún no habían llegado los calores estivales, y el tiempo era, en verdad, delicioso.

Hacia el Oeste, al pie de la colina en que se alza Madrid, un canal corre durante unas cuantas leguas paralelo al Manzanares, del que le separan fértiles y amenas praderas. Las márgenes del canal, empezado por Carlos III y no concluido hasta el día, están plantadas de hermosos árboles y constituyen el paseo más ameno de las inmediaciones de la capital. Allí iba yo a perder horas y horas, mirando los bancos de peces dorados y plateados que emergían al sol en la superficie de las aguas verdosas, o escuchando, no el trinar de los pájaros -porque no es España la tierra de esos cantores alados-, sino la charla de un *naranjero*, que, además de naranjas, vendía agua junto a una casilla de registro abandonada, frontera precisamente al puente de tablas que cruzaba el canal; allí había instalado su tenducho el naranjero por parecerle la posición favorable para su comercio. Era asturiano, como de cincuenta años y de unos cinco pies de alto. Yo le compraba muchas naranjas y no tardó en sentir gran amistad por mí ni en contarme su historia; ninguna cosa notable había en ella; el suceso más importante era una aventura que le ocurrió en la sierra de Granada, donde cayó en poder de unos gitanos que le dejaron en cueros y luego le despidieron dándole de palos. «He corrido toda España -me dijo-, y en conclusión opino que sólo hay dos sitios donde se puede vivir: Málaga y Madrid. En Málaga va todo muy barato y hay tal abundancia de pescado que muchas veces lo he visto amontonado en la orilla del mar; en Madrid, como está la corte, corre el dinero y nunca me acuesto sin cenar. Lo único que me importa es vender naranjas y mi único deseo es que, cuando muera,

me entierren allí.» Al decir esto señalaba al otro lado del Manzanares, donde, en el declive de una colina, como a una legua de distancia, brillaban al sol blancos muros del *Campo Santo*.

El motín de La Granja

La Granja es un sitio real enclavado en los pinares de la vertiente norte del Guadarrama, a unas doce leguas de Madrid. La reina gobernadora Cristina se había ido a La Granja por apartarse del descontento de la capital y gozar del aire campestre y de las delicias de aquel famoso retiro, monumento del gusto y de la magnificencia del primer Borbón que ocupó el trono de España. Pero no la dejaron tranquila mucho tiempo; sus mismos guardias estaban descontentos, inclinándose a los principios de la Constitución de 1823 (sic), y no a los del gobierno monárquico absoluto, que los *moderados* intentaban resucitar en España. Una madrugada, un grupo de soldados de la guardia, capitaneados por cierto sargento García, entraron en las habitaciones de la reina y le pidieron que suscribiese aquella Constitución y jurase solemnemente mantenerla. Cristina, mujer de mucho temple, rehusó complacerlos y los mandó marcharse. Siguió una escena violenta y tumultuosa; pero como la reina se mantenía firme, lleváronla los soldados a uno de los patios del Palacio, donde estaba Muñoz, su amante, atado y con los ojos vendados. «Jura la Constitución, bribona», vociferaba el *atezado* sargento. «Jamás», exclamó la animosa hija de los Borbones de Nápoles. «Entonces morirá tu *cortejo* -replicó el sargento-. Adelante, muchachos; preparad las armas y metedle cuatro balas en la cabeza a ese individuo.» Sin tardanza pusieron a Muñoz junto al muro, le obligaron a arrodillarse, alzaron los soldados los fusiles y un momento después hubieran enviado al infeliz a la eternidad si la reina, olvidándose de todo, menos de los sentimientos de su corazón de mujer, no se hubiera adelantado, dando un chillido y gritando: «¡Alto, alto! Firmaré...»

Al día siguiente de este suceso entraba yo en la Puerta del Sol a eso del mediodía. Siempre hay allí a tales horas gran gentío, pacífico e inmóvil de ordinario, compuesto de desocupados que fuman tranquilamente o escuchan o comentan las noticias -casi siempre insípidas- de la capital; pero el día de que hablo la multitud no estaba tranquila. La gente vociferaba y gesticulaba, y muchos corrían gritando: «¡Viva la Constitución!», grito que se hubiera pagado con la vida algunos días antes, porque la ciudad había estado unas cuantas



semanas sometida a los rigores de la ley marcial. A veces oíanse estas palabras: «¡La Granja! ¡La Granja!», seguidas siempre del grito de «¡Viva la Constitución!» Frente a la *Casa de Postas* estaban formados en línea hasta doce dragones a caballo, algunos de los cuales arrojaban continuamente sus gorras al aire, sumándose a las aclamaciones generales, animados por el ejemplo de su comandante, oficial joven y guapo, que blandía la espada y gritaba con júbilo: «¡Viva la reina constitucional! ¡Viva la Constitución!»

La multitud engrosaba por momentos; varios nacionales, de uniforme, pero sin armas, porque, como ya he dicho, se las habían quitado, aparecieron. De pronto, descubrí entre los grupos a Baltasar, vestido como la primera vez que le vi: con un gran capote de regimiento, ya viejo, y la gorra de cuartel. «¿Qué ha sido del Gobierno moderado? -le pregunté- ¿Han destituido y reemplazado ya a los ministros?» «Aún no, *don Jorge* -dijo el soldadito y sastre-, aún no; esos pícaros se sostienen todavía apoyados en Quesada, que es un toro bravo, y en un poco de Infantería que les sigue fiel. Pero no hay que temer, *don Jorge*; la reina es nuestra, gracias al valor de mi amigo García; y si el toro bravo se presenta aquí, ¡oh!, *don Jorge*, verá usted entonces lo que es bueno; vengo prevenido...» Al decir esto entreabrió el capote y me dejó ver un retaco que llevaba oculto, pendiente de una correa, y, haciendo un guiño con los ojos y con la cabeza un movimiento significativo, se perdió entre la multitud.

Un instante después vi avanzar un pequeño pelotón de soldados por la *calle Mayor*, o calle principal, que corre desde la Puerta del Sol en dirección a palacio; podían ser unos veinte hombres y a su cabeza marchaba un oficial con la espada desnuda. Debían de haberlos reunido con gran precipitación, porque muchos de ellos llevaban traje de faena y gorra de cuartel. Conforme avanzaban, marchando lentamente, ni el oficial ni los soldados hacían el menor caso de los gritos de la multitud, que, agolpándose en torno suyo, no cesaba de vociferar: «¡Viva la Constitución!»; todo lo más respondían con alguna ojeada hostil, y marcharon, fruncidas las cejas y apretados los dientes, hasta llegar frente al pelotón de Caballería, donde hicieron alto y formaron las filas.

-Estos hombres no traen buenas intenciones -dije a mi amigo D..., del *Morning Chronicle*, que acababa de reunirse conmigo-. Y tenga usted por seguro que, si se lo mandan, empezarán a hacer fuego sin mirar dónde dan. Pero ¿en qué están pensando esos dragones, que, evidentemente, son del bando contrario, a juzgar por sus gritos? ¿Por qué, estando detrás de los infantes, no les dan una carga y los desbaratan? En seguida la gente les quitaría los fusiles. Yo no

soy liberal; pero ya que usted lo es, ¿cómo no se acerca al inexperto joven que manda los caballos y le da usted a tiempo un buen consejo?

D... volvió hacia mí su ancho semblante, coloradote y placentero como de buen inglés, y dirigiéndome una mirada maliciosa, que parecía significar... (lo que el amable lector crea más del caso), me agarró del brazo y dijo: «Salgamos de esta barahúnda y a ver si se encuentra una ventana donde instalarnos y desde donde yo pueda escribir lo que suceda en la plaza, porque creo, como usted, que va a pasar algo grave.» En el último piso de una casa bastante grande, frente por frente a la de Correos, había papeles en señal de que se alquilaban habitaciones; subimos al instante y contratamos con la inquilina del *étage* el uso de la habitación de la calle por aquel día; atrancamos la puerta, y el repórter requirió cuaderno y lápiz, dispuesto a tomar notas de los sucesos que ya se cernían sobre la plaza. [...]

Apenas llevábamos cinco minutos en la ventana cuando oímos de pronto el ruido de los cascos de unos caballos que bajaban corriendo por la *calle de Carretas*. La casa en que estábamos se hallaba, como ya he dicho, enfrente de la de Correos, por cuya izquierda, mirando desde el Norte, desemboca aquella vía en la *Puerta del Sol*; a medida que el ruido se acercaba apagábase el griterío de la multitud, como si un temor pánico se apoderase de ella; una o dos veces, sin embargo, percibí estas palabras «¡Quesada! ¡Quesada!» Los soldados de Infantería permanecieron en calma e inmóviles, pero los de Caballería y el joven oficial que los mandaba mostraron confusión y miedo a la vez, cambiando unos con otros palabras precipitadas.

De pronto, la gente que estaba hacia la desembocadura de la *calle de Carretas* retrocedió en desorden, dejando un vasto espacio libre, en el que al instante se precipitó Quesada a galope tendido, espada en mano y con uniforme de general, montado en un *pura sangre* inglés, bayo claro, con tal ímpetu que recordaba a un toro manchego lanzándose al redondel al ver de súbito abierta la puerta del toril.

Seguíanle muy de cerca dos oficiales a caballo y, a corta distancia, otros tantos dragones. Casi en menos tiempo que se emplea en contarlos, unos cuantos alborotadores rodaron por el suelo a los pies de los caballos de Quesada y de sus dos amigos, porque los dragones hicieron alto en cuanto entraron en la *Puerta del Sol*. Era un hermoso espectáculo ver a tres hombres, a fuerza de valor y de maestría en la equitación, sembrar el terror en otros tantos miles, cuando menos. Vi a Quesada meterse a caballo por entre la densa multitud y luego



desembarazarse de ella por modo magistral; el populacho estaba completamente atemorizado y retrocedía, retirándose por la *calle del Comercio y la calle de Alcalá*. Le vi también lanzarse de golpe contra dos nacionales que intentaban escaparse, separarlos de la multitud, envolverlos y empujarlos en otra dirección, golpeándolos despreciativamente con el sable de plano. El general gritaba: «¡Viva la reina absoluta!», cuando, precisamente por debajo de mí, en medio de unos grupos que aún no habían cedido el campo, acaso porque no tenían por dónde escapar, vi brillar por un instante el cañón de un trabuco, sonó luego una detonación aguda y una bala estuvo a punto de enviar a Quesada al otro mundo: tan cerca le pasó que le rozó el sombrero. Percibí fugazmente, hacia el sitio de donde partió el tiro, una gorra de cuartel muy conocida, luego la gente echó a correr y el tirador, quienquiera que fuese, desapareció favorecido por la confusión que se movió.

Quesada mostró inmenso desprecio ante el peligro que acababa de correr. Echó en torno suyo una mirada fiera y rápida y, dejando a los dos nacionales, que se fueron cabizbajos, como perros azotados por su amo, se dirigió al joven oficial que mandaba la caballería y que tan activo se había mostrado dando gritos en favor de la Constitución, díjole unas pocas palabras con gesto amenazador y el oficial evidentemente se sometió, pues, obedeciendo tal vez sus órdenes, resignó el mando del pelotón y se fue muy abatido; hecho esto, Quesada se apeó y estuvo paseándose arriba y abajo delante de la *Casa de Postas*, con un aire que parecía retar a toda la humanidad.

Aquél fue el día glorioso de la vida de Quesada y también su día postrero. Digo esto porque nunca se había producido en forma tan brillante y porque ya no debía ver el ocaso de otro sol. No se recuerda acción de conquistador o de héroe alguno que pueda compararse con esta escena final de la vida de Quesada. ¿Quién, por sólo su impetuosidad y su desesperado valor, ha detenido una revolución en plena marcha? Quesada lo hizo; contuvo la revolución en Madrid un día entero y restituyó las turbas hostiles y alborotadas de una gran ciudad al orden y a la quietud perfectos. Su irrupción en la *Puerta del Sol* fue de un arrojo tan tremendo y oportuno que no tiene par. Tanta admiración me produjo el valor del «toro bravo» que durante su acometida grité muchas veces: «¡Viva Quesada!», y le deseé buena fortuna. (...) La tranquilidad quedó restablecida en Madrid para el resto del día; el pelotón de infantes vivaqueó en la *Puerta del Sol*. No se oyeron más gritos de viva la Constitución; la revuelta parecía efectivamente dominada en la capital. Es lo más probable que, si los jefes del partido *moderado* llegan a tener confianza en sí mismos por

cuarenta y ocho horas más, su causa hubiera triunfado y los soldados revolucionarios de La Granja se hubieran dado por contentos devolviendo a la reina su libertad y aceptando una avenencia, porque se sabía que varios regimientos leales se acercaban a Madrid.

Pero los *moderados* no tuvieron confianza; aquella misma noche sus corazones desfallecieron y huyeron en varias direcciones: Istúriz y Galiano, a Francia; el duque de Rivas, a Gibraltar. El pánico de los colegas contagió al mismo Quesada, que huyó vestido de paisano. Pero no tuvo tanta suerte como los otros: reconocido en una aldea, a tres leguas de Madrid, fue preso por unos amigos de la Constitución. En el acto se envió a la capital noticia de la captura, y una copiosa turba de nacionales, los unos a pie, los otros a caballo, algunos en carruajes, se puso en marcha al instante. «Vienen los nacionales», dijo un *paisano* a Quesada. «Entonces -respondió- estoy perdido», y luego se preparó para la muerte.

Hay en la calle de Alcalá, de Madrid, un café famoso³ capaz para varios cientos de personas. En la tarde de aquel mismo día estaba yo sentado en el café, consumiendo una taza del oscuro brebaje, cuando sonaron en la calle ruidos y clamores estruendosos; causábanlos los nacionales, que volvían de su expedición. A los pocos minutos entró en el café un grupo de ellos; iban de dos en dos, cogidos del brazo y pisaban recio a compás. Dieron la vuelta al espacioso local, cantando a coro con fuertes voces la siguiente bárbara copla:

¿Qué es lo que abaja
por aquel cerro?
Ta ra ra ra ra
Son los huesos de Quesada,
que los trae un perro.
Ta ra ra ra ra.

Pidieron después un gran cuenco de café y, colocándolo sobre una mesa, los nacionales se sentaron en torno. Hubo un momento de silencio, interrumpido por una voz tonante: «¡El pañuelo!» Sacaron un pañuelo azul, en el que llevaban algo envuelto; lo desataron y aparecieron una mano ensangrentada y tres o cuatro dedos seccionados, con los que revolvían el contenido del cuenco. «¡Tazas, tazas!», gritaron los nacionales...

-¡Eh! *Don Jorge* -gritó Baltasarito, viniendo hacia mí con una taza de café-, hágame usted el obsequio de beber por este suceso glorioso. Hoy es un día afortunado para España y para los valientes nacionales de Madrid. He visto más de una *función* de toros, pero

ninguna me ha causado tanto placer como ésta. Ayer el toro hizo de las suyas; pero hoy los *toreros* han podido más, como usted ve, *don Jorge*. Hágame el favor de beber; ahora voy a ir en una carrera a mi casa a buscar mi *pajandi* para divertir a los compañeros tocando y cantar una copla. ¿Qué copla? ¿Una copla en *gitano*?

Una noche sinava en tucue.⁴

¿Mueve usted la cabeza, *don Jorge*? ¡Ja, ja, ja! Soy joven, y la juventud es la edad de las diversiones. Bueno, bueno; en obsequio a usted, que es inglés y *monró*, no cantaré eso, sino una canción liberal patriótica: el *Himno de Riego*. ¡Hasta después, *don Jorge*!

En la Cárcel de la Corte (1838)

Los *alguaciles* me llevaron por la plaza Mayor a la Cárcel de la Corte, que así se llama. Al cruzar la plaza recordé que, en los buenos tiempos pasados, la Inquisición de España acostumbraba a celebrar allí sus solemnes *autos de fe*, y eché una mirada a los balcones de la Casa de la Villa, desde donde presencié el último rey de la dinastía austríaca el auto más solemne que se recuerda, y, después de ver quemar por grupos de cuatro o de cinco unos treinta herejes, hombres y mujeres, se enjugó el rostro, sudoroso por el calor y ennegrecido por el humo, y tranquilamente preguntó: «¿No hay más?»; ejemplar prueba de paciencia muy aplaudida por sus curas y confesores, que, andando el tiempo le envenenaron.

«Y aquí estoy yo -iba yo pensando-, que he hecho en contra del papismo más que todos los pobres cristianos martirizados en esta maldita plaza, enviado simplemente a la cárcel, de la que estoy seguro de salir dentro de pocos días con buena opinión y aplauso. ¡Papa de Roma! Creo que sigues siendo tan maligno como siempre, pero de tan escaso poder, que da lástima. Te estás quedando paralítico, *Batuschca*, y tu cayado se ha convertido en una mula.»

Llegamos a la cárcel, sita en una calle estrecha, no lejos de la plaza Mayor. Entramos en un pasadizo oscuro, a cuyo extremo había una verja. Llamaron mis conductores, y un rostro feroz se dejó ver a través de la verja; hubo un cambio de palabras, y a los pocos momentos me encontré dentro de la cárcel de Madrid, en una especie de corredor abierto a considerable altura sobre un patio, de donde subía fuerte rumor de voces y, en ocasiones, gritos y clamores salvajes. En

el corredor, que servía como de oficina, había varias personas, una de ellas sentada detrás de un pupitre; hacia ella fueron los *alguaciles*, y, después de hablar un rato en voz baja, pusieron en sus manos la orden de arresto. La leyó con atención, y, levantándose después, se me acercó. ¡Qué tipo! Tendría unos cuarenta años, y su estatura hubiera sido de unos seis pies y dos pulgadas a no ir encorvado en forma que parecía una ese. Era más delgado que un hilo; diríase que un soplo de aire bastaba para llevárselo. Su rostro hubiera sido hermoso sin tan portentosa y extraordinaria delgadez. Tenía la nariz aguileña; los dientes, blancos como el marfil; negros los ojos -¡oh, qué negrura!-, de muy extraña expresión; atezada la piel, y el pelo de la cabeza como las plumas del cuervo. Sus facciones dilatábanse de continuo por una sonrisa profunda y tranquila, que con toda su tranquilidad era una sonrisa cruel, muy propia del semblante de un Nerón. «*Mais en revanche personne n'était plus honnête.*»

- *Caballero* -dijo-, permítame usted que me presente yo mismo; soy el *alcaide* de esta cárcel. Veo por este papel que durante cierto tiempo, muy corto, sin duda, tendré el honor de que me haga compañía bajo este techo; espero que desechará usted de su ánimo todo temor. Me encargan que le trate a usted con todo el respeto debido a la ilustre nación a que pertenece y a que tiene derecho un caballero de tan elevada condición. La verdad es que el encargo está de más, pues por mi propio impulso hubiera tenido yo gran placer en colmarle de atenciones y comodidades. *Caballero*, debe usted considerarse aquí más como huésped que como preso. Puede usted correr toda la casa a su antojo. Aquí encontrará usted cosas no del todo indignas de la atención de un espíritu reflexivo. Le ruego que disponga de los llaveros y empleados como de sus criados propios. Ahora voy a tener el honor de llevarle a su habitación, la única que hay vacía. La reservamos siempre para caballeros distinguidos. De nuevo me congratulo de que las órdenes recibidas coincidan con mi inclinación personal. No se le pondrá a usted cuenta ninguna, aunque el alquiler diario de ese cuarto llega a veces a una onza de oro. Le ruego, pues, que me siga, caballero, y me considere en todos tiempos y ocasiones como un afectísimo y obediente servidor.

Al decir esto, se quitó el sombrero y me hizo una profunda reverencia.

Tal fue el discurso del *alcaide* de la cárcel de Madrid, discurso pronunciado en puro y sonoro castellano, con mucho reposo, gravedad y casi dignidad; discurso que hubiera hecho honor a un magnate de ilustre cuna, a monsieur Bassompierre recibiendo en la Bastilla a un príncipe italiano, o al gobernador de la Torre de Londres recibien-



do a un duque inglés acusado de alta traición. Pues bien: ¿quién era este *alcaide*? Uno de los mayores tunantes de España. Un individuo que más de una vez, por su rapacidad y avaricia, y por mermar las miserables raciones de los presos, había provocado insurrecciones en el patio, sofocadas en sangre con ayuda de la fuerza militar; un tipo de baja extracción, que cinco años antes era tambor de una partida de voluntarios carlistas. Pero España es el país de los caracteres extraordinarios.

Seguí al *alcaide* hasta el final del corredor, donde había una vieja verja muy espesa, y a cada lado de ella estaba sentado un llavero, tipos de horrenda catadura. Se abrió la verja, y, volviendo a la derecha, seguimos por otro corredor, donde había mucha gente paseándose: presos políticos, según supe más tarde. Al final del corredor, que abarcaba toda la longitud del *patio*, entramos en otro; la primera habitación que encontramos era la que me habían destinado. El aposento, espacioso y alto de techo, estaba en absoluto desprovisto de muebles, con excepción de una cuba de madera, destinada a contener mi ración diaria de agua.

- *Caballero* -dijo el *alcaide*-, como usted ve, el cuarto está desamueblado. Ya son las tres de la *tarde*; por tanto, le aconsejo a usted que, sin descuidarse, envíe a buscar a su posada una cama y las demás cosas que pueda necesitar; el *llavero* le hará a usted la cama. *Caballero*, adiós, hasta otra vista.

Seguí su consejo, y escribí con lápiz una nota a María Díaz, enviándosela por el *llavero*; hecho esto, me senté en la cuba, y caí en una especie de ensueño que me duró mucho tiempo. [...]

La *Cárcel de la Corte*, donde yo estaba, aunque es la principal prisión de Madrid, no dice nada, ciertamente en favor de la capital de España. No he tenido ocasión de averiguar si fue construida precisamente para el destino que hoy tiene; lo probable es que no, porque la práctica de levantar edificios adecuados para encarcelar a los delincuentes no se ha extendido hasta estos últimos años. En todos los países ha sido costumbre convertir en prisiones los castillos, conventos y palacios abandonados, práctica todavía en vigor en la mayor parte del continente, sobre todo en España e Italia, y a la cual se debe en buena parte la inseguridad de las prisiones y la miseria, suciedad e insalubridad que generalmente reinan en ellas.

No me propongo describir detenidamente la cárcel de Madrid: verdad que sería casi imposible describir un edificio tan irregular y destartalado. Lo más característico son los dos patios, el uno detrás del otro, destinados al recreo y aireación de la masa principal de presos. Tres *calabozos* abovedados ocupan tres lados del patio, deba-

jo justamente de las galerías de que antes hablé. Esos calabozos tienen capacidad para ciento o ciento cincuenta presos cada uno, y en ellos quedan encerrados por la noche con cerrojos y barras; pero durante el día pueden vagar por los patios a su antojo. El segundo patio era mucho más grande que el primero, pero sólo contenía dos calabozos, horriblemente inmundos y repugnantes; en este segundo patio se encierra a los ladrones de ínfima categoría: uno de los calabozos es, si cabe, más horrible que el otro; le llaman la *gallinería*, y en él encerraban todas las noches la carne joven del presidio: chiquelos infelices de siete a quince años de edad, casi todos en la mayor desnudez. El lecho común de los huéspedes de estos calabozos era el suelo, sin que entre él y sus cuerpos se interpusiese nada, salvo a veces una *manta* o delgado jergón; pero este último lujo era rarísimo.

Además de los *calabozos* que daban a los patios, había otros en diversos sitios de la cárcel; algunos completamente en tinieblas, destinados a recibir a quienes parecía conveniente tratar con especial rigor. Había también un departamento para mujeres. A la galería principal daban varios aposentos pequeños, donde residían los presos por deudas o por delitos políticos. Por último había una pequeña capilla, donde los reos de muerte pasan los tres últimos días de su existencia, en compañía de sus directores espirituales.

No se me olvidará fácilmente el primer domingo que pasé en la cárcel. El domingo es día de gala en la cárcel, al menos en la de Madrid, y en ese día santo toda la ladronería de la cárcel exhibe sus galas y primores. No hay en el mundo gente más vanidosa que los ladrones, en general, ni más amiga de figurar y de llamar la atención de los camaradas por su apariencia fastuosa. En tiempos pasados, el célebre Sheppard se recreaba vistiendo un traje de terciopelo de Génova, y cuando se presentaba en público, llevaba generalmente al costado una espada con guarnición de plata. Vaux y Hayward, héroes más modernos, eran los hombres mejor vestidos en el *pavé* de Londres. Muchos bandidos italianos se engalanan con esplendidez, y hasta los ladrones gitanos sienten los encantos del vestir ricamente; sólo el gorro de Haram Pasha, jefe de la partida de gitanos caníbales que infestó a Hungría a fines del siglo pasado, llevaba adornos de oro y joyas evaluados en cuatro mil guilders. ¡Vean los frívolos y vanidosos cuán bien me armonizan el crimen y la vanidad! Los ladrones españoles son tan amigos de este género de ostentación como sus hermanos de otras tierras, y tanto en la cárcel como fuera de ella su mayor contento es lucir su profusión de ropa blanca, ya recostados al sol, ya paseándose gentilmente de aquí para allá.



Ropa blanca como la nieve; tal es el rasgo principal de la vanidad de los ladrones de España. No llevan chaqueta encima de la camisa, cuyas mangas son anchas y flotantes; sólo usan un chaleco de seda verde o azul, con muchos botones de plata, que son más de adorno que de uso, pues rara vez los abrochan. Llevan, además, calzones anchos, un poco a la manera turca; rodeada a la cintura una *faja* carmesí, y anudado en torno de la cabeza un pañuelo de vivos colores, de los telares de Barcelona; zapatos finos y medias de seda completan el arreo del ladrón. Este vestido es bastante pintoresco, y muy apropiado al tiempo soleado y brillante de la Península; pero hay en él una chispa de afeminamiento, que cuadra mal con el arriesgado oficio de ladrón. No se crea, sin embargo, que cualquier ladrón puede permitirse semejante lujo: hay varias categorías de ladrones, algunos bastante pobres, que apenas tienen un harapo para cubrirse. Quizá en la cárcel de Madrid, tan poblada, no hubiera más de veinte que aparecieran vestidos en la forma que he tratado de describir; eran *gente de reputación*, ladrones encumbrados, casi todos jóvenes, que si bien no tenían dinero propio, los sostenían en la posición sus *majas* y *amigas*, mujeres de cierta clase que traban amistad con los ladrones y cuya mayor gloria y deleite consiste en satisfacer la vanidad de sus amigos con los gajes de su propia vergüenza y envilecimiento. Estas mujeres proveen a sus *cortejos* de ropa nívea, lavada quizá por sus propias manos en las aguas del Manzanares, para la parada del domingo, momento en que ellas, vestidas *a la maja*, aparecen en las galerías altas y miran con ojos de admiración a los ladrones pavoneándose en el patio. [...]

Lo que más me sorprendió fue el buen comportamiento de los presos; lo llamo bueno después de considerar bien todas las cosas y de compararlo con el de la generalidad de los presos en otros países. Tienen en ocasiones sus estallidos de alegría salvaje, sus riñas, que habitualmente ventilan en el segundo patio cuchillo en mano; el resultado suele ser con frecuencia una muerte o algún desgarrón espantoso en la cara o en el abdomen; pero en general, su conducta era infinitamente superior a lo que podía esperarse de los huéspedes de tal lugar. Sin embargo, no era el resultado de la coacción, ni de vigilancia alguna especial que se ejerciese sobre ellos, pues quizá en ninguna parte del mundo están los presos tan abandonados a sí mismos y en tan extremado descuido como en España: las autoridades no se preocupan más que de impedir su fuga; no prestan la más mínima atención a su conducta moral, ni consagran un solo pensamiento a su salud, comodidad o mejoramiento mental mientras los tienen encerrados. Con todo, en esta cárcel de Madrid, y puede decirse que en

las prisiones españolas en general, pues he sido huésped de más de una, los oídos del visitante no se sienten nunca lastimados con las horrendas blasfemias y obscenidades que se oyen en las cárceles de otros países, especialmente en las de la civilizada Francia; ni ofendidos sus ojos e insultado personalmente, como lo sería de seguro en Bicêtre al querer mirar al patio desde las galerías, y eso que en la cárcel de Madrid se hallaban tipos de lo más perdido de España, rufianes que tenían a su cargo atrocidades y crueldades espeluznantes. Pero la gravedad y la calma son los caracteres que predominan en los españoles; y hasta el ladrón, salvo en los instantes en que está entregado a sus faenas (y entonces no lo hay más sanguinario, más despiadado ni más rapaz y ansioso de botín), puede ser hombre cortés y afable, que gusta de conducirse con templanza y decoro.

Felizmente para mí, quizá, mi conocimiento con los rufianes de España comenzó y acabó en las ciudades por donde anduve y en las prisiones en que fui arrojado por la causa del Evangelio, y, a pesar de mis frecuentes viajes, nunca me los encontré en los caminos ni en *despoblado*.

Traducción de Manuel Azaña

NOTAS

¹*Eileen Bigland: In the Steps of George Borrow*, London, Rich and Cowan, 1951, p. 205.

²Mariano Balseiro, lugarteniente del célebre Luis Candelas, fue uno de los peores criminales de la época. Entre sus especialidades, aparte del robo a mano armada, se contaban el secuestro y el asesinato. Borrow volvería a

encontrárselo dos años después en la Cárcel de la Corte: sin duda impresionado por tan feroz personaje, en el capítulo 40 de *La Biblia en España* relata sus últimas fechorías y su muerte en el patíbulo.

³Era el Café Nuevo (Knapp) (N. del T.)

⁴Una noche, estando contigo (N. del T.)



15. *Théophile Gautier (1840)*

Si en la década de 1830 Mérimée había ejercido una hegemonía indiscutible sobre temas españoles en las letras románticas, a partir de 1843, con la publicación de un libro titulado Tra-los-Montes, le surgió un formidable competidor. El libro -que después se llamaría Voyage en Espagne- era obra de Théophile Gautier (1811- 1872), uno de aquellos jóvenes militantes del Romanticismo francés que en 1830 se había distinguido por su acometividad contra las hordas clásicas en la «batalla de Hernani», y que cinco años después había logrado un éxito de escándalo con Mademoiselle de Maupin, el equivalente de Hernani en el campo de la novela.

Como hemos indicado en la Introducción, desde sus primeros trabajos periodísticos Gautier había manifestado un gran interés por España, y el mediocre ambiente hispanófilo del teatro de bulevar no hizo sino aumentar su deseo de ver con sus propios ojos el país de allende los Pirineos (o «Tra-los-Montes», en su peculiar español). Así, el 5 de mayo de 1840 partió de París con su amigo Eugène Piot (coleccionista de arte que le propuso y pagó el viaje), y el 22 de ese mes le encontramos ya en Madrid, donde permanecerá hasta el 26 de junio. Gautier volvería a visitar Madrid en 1846, con motivo de la boda de Isabel II, y en 1864, para asistir a la inauguración de la línea de ferrocarril Madrid-Hendaya; pero ninguno de estos viajes produjo un fruto literario comparable al de 1840. En cualquier caso, que la ciudad le causó una honda impresión lo confirma su novela Militona (1847), de ambiente y personajes madrileños, de la que existen varias traducciones (una de ellas con el castizo título de La maja y el torero).

El Voyage en Espagne (cuya edición definitiva data de 1845) suele considerarse una obra eminentemente romántica, incluso el libro

de viajes romántico por excelencia. Ciertamente lo es por su estilo, que lleva la impronta brillante, sensual y preciosista de la prosa de Gautier; pero no tanto por su contenido, exento de los tópicos al uso de otros viajeros de la época, ni sobre todo por el tono irónico o humorístico con que el autor se burla frecuentemente de esos mismos tópicos, como el «color local» o el «tipo español» de belleza. Por otra parte, el Gautier folletinista de pluma fácil y espíritu parisinamente frívolo, que tan cargante resulta en otras partes del relato (como las dedicadas a Andalucía) se desdibuja en Madrid frente al observador atento y perspicaz, el viajero abierto a todo lo nuevo y ajeno; el Gautier, en fin, practicante de la teoría de «l'art pour l'art», dispuesto a disfrutar y sacar partido de todas las sensaciones que se le ofrecen, desde el color y la emoción de una buena corrida al sabor exquisito de una horchata mezclada con nieve. En este sentido, el Madrid de Gautier justifica el juicio -contundente pero sutil- que de él hizo Ezra Pound en una carta a Joyce de junio de 1920, en la que afirma que el francés era un hombre singular, porque «se dedicó al periodismo durante años sin convertirse en una mierda absoluta»¹.

Del *Voyage en Espagne* de Gautier hemos traducido los pasajes más interesantes sobre Madrid (capítulos V a VIII) y *El Escorial* (capítulo IX).

Madrid, como Roma, está rodeada de una campiña desierta, de una aridez, sequedad y desolación de las que nada puede dar idea: ni un árbol, ni una gota de agua, ni una planta verde, ni una apariencia de humedad, nada más que arena amarilla y rocas de un gris de hierro. Al alejarse de la montaña no son ya ni siquiera rocas, sino grandes piedras; de tarde en tarde una *venta* polvorienta, un campanario de color de corcho cuya punta asoma al borde del horizonte, grandes bueyes de aire melancólico que tiran de esos carros cuya descripción ya hemos dado; un campesino a caballo o a lomos de una mula, con su carabina en el arzón, el *sombrero* sobre los ojos y el rostro huraño; o bien largas reatas de asnos blancuzcos que llevan paja cortada, atada con redecillas de cordel; y eso es todo; el asno que va delante, el asno *coronel*, lleva siempre un pequeño plumero o una borla que indica su superperiodidad en la jerarquía de la gente de largas orejas.

Al cabo de varias horas, que la impaciencia por llegar hacía aún más largas, divisamos por fin Madrid con bastante claridad. Pocos minutos después entramos en la capital de España por la *puerta de Hierro*; el carruaje embocó primero una avenida con árboles desmochados y achaparrados, flanqueada por torrecillas de ladrillo que sir-

ven para elevar el agua. Y hablando de agua, aunque esta transición no sea muy feliz, olvidaba decirnos que habíamos cruzado el Manzanares por un puente digno de un río más serio; después pasamos ante el palacio de la reina, que es uno de esos edificios que se ha convenido en llamar de buen gusto. Las inmensas terrazas que lo elevan le dan un aspecto bastante grandioso.

Tras padecer la inspección de la aduana, fuimos a instalarnos muy cerca de la *calle de Alcalá* y del Prado, en la *fonda de la Amistad* de la *calle Caballero de Gracia*, donde se alojaba precisamente la señora Espartero, duquesa de la Victoria, y nada nos corrió más prisa que enviar a Manuel, nuestro doméstico local, *aficionado* y tauromaquista consumado, a comprarnos las entradas para la próxima corrida de toros. [...]

En España apenas se emplea la palabra *matador* para designar al que mata al toro; se le llama *espada*, lo cual es más noble y tiene más carácter; tampoco se dice *toreador*, sino *torero*. Doy, de pasada, esta útil información a los que hacen color local en las novelas y en las óperas cómicas. A la corrida se la llama *media corrida* porque antaño había dos todos los lunes, una por la mañana y otra a las cinco de la tarde, y en eso consistía la corrida entera; sólo se ha conservado la corrida de la tarde.

Se ha dicho y repetido por todas partes que el gusto por las corridas de toros se estaba perdiendo en España, y que la civilización las haría desaparecer bien pronto. Si la civilización hace eso, tanto peor para ella, pues una corrida de toros es uno de los espectáculos más hermosos que el hombre puede imaginar; pero ese día no ha llegado todavía, y los escritores delicados que afirman lo contrario no tienen más que acercarse un lunes, entre las cuatro y las cinco por la puerta de Alcalá para convencerse de que el gusto por esta «feroz» diversión no corre aún ningún riesgo de perderse.

Día de toros

El lunes, *día de toros*, es un día festivo; nadie trabaja, toda la ciudad está alborotada; los que todavía no han adquirido sus entradas caminan a grandes pasos hacia la *calle de Carretas*, donde están las taquillas de venta, con la esperanza de encontrar algún sitio libre; pues, por una disposición digna de toda alabanza, este enorme anfiteatro está enteramente numerado y dividido en compartimientos, práctica que se debería imitar en los teatros de Francia. La calle de



Alcalá, que es la arteria donde desembocan las calles populosas de la ciudad, está llena de peatones, jinetes y carruajes; con motivo de esta solemnidad salen de sus cocheras polvorientas los *calesines* y carricoches más barrocos y extravagantes, y se muestran a la luz los tiros de caballos más fantásticos, las mulas más fenomenales. Los calesines recuerdan a los *corricoli* de Nápoles: grandes ruedas rojas, una caja sin muelles, decorada con pinturas más o menos alegóricas y forrada de viejo damasco o de sarga ajada con caireles y flecos de seda, y en conjunto con cierto aire rococó que resulta de lo más divertido; el conductor va sentado sobre el varal, desde donde puede arrear y apalar a su mula con toda comodidad, y deja así una plaza más a sus clientes. La mula va engalanada con todos los plumeros, las borlas, los madroños, caireles y cascabeles que se pueden colgar de los arrosos de un cuadrúpedo. Un *calesín* transporta habitualmente a una *manola* y su amiga, con su *manolo*, sin contar un racimo de *muchachos* colgados de la trasera. Todo esto avanza como el viento en medio de un torbellino de gritos y de polvo. También hay carrozas de cuatro o cinco mulas como ya sólo se encuentran en los cuadros de Van der Meulen que representan las conquistas y las cacerías de Luis XIV. Se echa mano de todos los vehículos, pues para las *manolas*, que son las modistillas de Madrid, tener mucha clase significa ir en calesín a la *plaza de Toros*; empeñan sus colchones para tener dinero ese día, y sin ser precisamente virtuosas el resto de la semana, sin duda lo son mucho menos el domingo y el lunes. También se ve gente del campo que llega a caballo, con la carabina en el arzón de la silla; otros a lomos de asnos, solos o con sus mujeres; todo ello sin contar las calesas de la gente de la alta sociedad, y una muchedumbre de honrados ciudadanos y *señoras* con mantilla que se apresuran y aprietan el paso; pues ya se ve el destacamento de la guardia nacional que se adelanta, con las trompetas al frente, para hacer evacuar el ruedo, y nadie querría perderse por nada en el mundo el desalojo del ruedo y la huida precipitada del alguacil, una vez ha arrojado el mozo de chiquero la llave del *toril* donde están encerrados los gladiadores con cuernos. El *toril* está enfrente del *matadero*, donde se desuellan los animales muertos. Los toros los traen la víspera por la noche a un prado cercano a Madrid, que llaman *el arroyo*, destino de paseo para los *aficionados*; un paseo no exento de peligro, pues los toros están en libertad y sus mayores tienen que bregar bastante para que no se les desmanden. Después los llevan al *encierro* (el establo de la plaza) guiados por viejos bueyes acostumbrados a esta tarea, para la que se los mezcla con el rebaño feroz.



La *plaza de Toros* está situada a mano izquierda al exterior de la puerta de Alcalá, que, dicho sea de paso, es una puerta bastante hermosa en forma de arco de triunfo, con trofeos y otros adornos heroicos; es un circo enorme cuyo exterior no tiene nada de notable, y cuyos muros están blanqueados con cal. Como todo el mundo ha adquirido su billete con antelación, la entrada se efectúa sin el menor desorden; cada cual sube a su sitio y se sienta donde indica su número. [...]

Cuando salí del pasillo para sentarme en mi sitio, sentí una especie de deslumbramiento vertiginoso. Torrentes de luz inundaban la plaza, pues el sol es una lámpara superior que tiene la ventaja de no desprender aceite, y que ni siquiera el gas oscurecerá durante mucho tiempo. Un inmenso rumor flotaba como una neblina de ruido por encima del ruedo. En la parte del sol palpitaban y centelleaban miles de abanicos y de pequeñas sombrillas redondas con mango de caña; parecían bandadas de pájaros de colores cambiantes que intentaban remontar el vuelo: no había un solo sitio vacío. Os aseguro que es ya un espectáculo admirable doce mil espectadores en un teatro tan vasto que sólo Dios puede pintar el techo con el azul espléndido que extrae de la urna de la eternidad. [...]

La corrida había sido buena: ocho toros y catorce caballos muertos, un *chulo* ligeramente herido; no se podía desear nada mejor. Cada corrida debe proporcionar veinte o veinticinco mil francos; es una concesión otorgada por la Reina al gran hospital, donde los *toreros* heridos reciben todos los auxilios imaginables; un cura y un médico hacen guardia en una estancia de la *plaza de Toros*, el primero dispuesto a administrar los remedios del alma, y el segundo los remedios del cuerpo; antaño se decía, y creo que se sigue diciendo, una misa por los toreros durante la corrida. Ya ven ustedes que nada se descuida, y que los empresarios son gente previsora. Una vez muerto el último toro, todo el mundo salta al ruedo para verlo más de cerca, y los espectadores se retiran disertando sobre el mérito de las diversas *suertes* o *cogidas* que más les han impresionado. ¿Y las mujeres, me dirán ustedes, cómo son?, pues es una de las primeras preguntas que se le hace a un viajero. Les confieso que no lo sé. Tengo una vaga idea de que las había muy guapas cerca de mí, pero no podría afirmarlo.

Vayamos al Prado para aclarar esta importante cuestión.

El Prado

Cuando se habla de Madrid, las dos primeras ideas que esa palabra despierta en la imaginación son el Prado y la *Puerta del Sol*: ya que nos vemos arrastrados, vayamos al Prado, que es la hora en que empieza el paseo. El Prado, compuesto de varios paseos y calles laterales, con una calzada en medio para los vehículos, está sombreado por árboles desmochados y achaparrados, cuyo pie se baña en un alcorque rodeado de ladrillos al que unas regueras conducen el agua a las horas de riego; sin esta precaución no tardarían en ser devorados por el polvo y achicharrados por el sol. El paseo empieza en el convento de Atocha, pasa ante la puerta homónima y la puerta de Alcalá, y termina en la puerta de Recoletos. Pero la buena sociedad se limita a un espacio circunscrito por la fuente de Cibeles y la de Neptuno, desde la puerta de Alcalá hasta la *Carrera de San Jerónimo*. Hay allí un gran espacio llamado *salón*, enteramente cercado de sillas, como el gran paseo de las Tullerías; en la parte del *salón* hay un paseo lateral que lleva el nombre de París; es el bulevar de Gante² del lugar, el punto de cita de la gente de moda de Madrid; y como la imaginación de la gente de moda no brilla precisamente por su pintoresquismo, han elegido el lugar más polvoriento, menos umbroso y menos cómodo de todo el paseo. La muchedumbre es tan densa en este estrecho espacio, apretado entre el *salón* y la calzada de los carruajes, que a duras penas puede uno llevarse la mano al bolsillo para sacar el pañuelo; hay que ajustar el paso y seguir la fila como en la cola de un teatro (en los tiempos en que se formaban colas ante los teatros). La única razón que puede haber hecho elegir este sitio es que en él se puede ver y saludar a la gente que pasa en calesa por la calzada (siempre es honorable para un peatón saludar a un coche). Los carruajes no son muy brillantes; la mayoría van tirados por mulas cuyo pelaje negruzco, grueso vientre y orejas puntiagudas producen un efecto de lo más lamentable: recuerdan a los coches de luto que siguen a las carrozas fúnebres. La propia carroza de la reina no tiene nada que no sea muy simple y muy burgués. Un inglés un poco millonario seguramente la desdeñaría; sin duda hay algunas excepciones, pero son raras. Los que son encantadores son los hermosos caballos de silla andaluces, sobre los que se pavonean los exquisitos de Madrid. Es imposible ver algo más elegante, más noble y más gracioso que un semental andaluz con su bella crin trenzada, su larga cola bien poblada que pende hasta el suelo, sus jaeces adornados con borlas rojas, su cabeza acarnerada, sus ojos centelleantes y su cuello hinchado y tornasolado. Vi uno montado por una mujer que



era rosa (el caballo, no la mujer) como una rosa de Bengala escarchada de plata, y de una belleza maravillosa. ¡Qué diferencia entre estos nobles animales que han conservado su hermosa forma primitiva y esas máquinas locomotoras de músculos y huesos, los caballos de carreras ingleses, que no tienen ya de caballo más que cuatro patas y una espina dorsal para asiento del jockey!

La vista del Prado es realmente una de las más animadas que quepa encontrar, y es uno de los paseos más bellos del mundo; no por el lugar, que es de lo más corriente, pese a todos los esfuerzos que ha podido hacer Carlos III para corregir sus defectos, sino por la asombrosa concurrencia que se congrega allí todas las tardes de siete y media a diez.

La mantilla, el abanico

En el Prado se ven pocos sombreros de señora; a excepción de algunas tortas de un amarillo azufrado, que debieron adornar en otros tiempos a asnos instruidos, no hay más que mantillas. Así pues, la mantilla española es una realidad; yo creí que sólo existía en las novelas de Crevel de Charlemagne. Es de encaje negro o blanco, por lo general negro, y se coloca en la parte de atrás de la cabeza sobre la peineta; algunas flores prendidas sobre las sienas completan este tocado, que es de lo más encantador que se pueda imaginar. Con una mantilla tiene una mujer que ser más fea que las tres virtudes teológicas para no parecer bonita; por desgracia, ésta es la única prenda que se conserva del traje español: el resto es *a la francesa*. Los últimos pliegues de la mantilla flotan sobre un chal, y éste va acompañado de un traje de tela cualquiera, que en nada recuerda a la basquiña. No puedo evitar asombrarme de semejante ceguera, y no comprendo que las mujeres, normalmente perspicaces en lo que atañe a su belleza, no se den cuenta de que su supremo esfuerzo de elegancia consigue como mucho hacerlas parecerse a una «exquisita» de provincias, resultado mediocre. El traje antiguo resulta tan perfectamente apropiado para el carácter de belleza y para las proporciones y costumbres de las españolas que es, en realidad, el único posible. El abanico corrige un poco esta pretensión de *parisianismo*. Una mujer sin abanico es algo que no he visto aún en este bendito país; las he visto que llevaban zapatos de raso sin medias, pero tenían un abanico; el abanico las acompaña a todas partes, incluso a las iglesias, en donde se ven grupos de mujeres de todas las edades, arrodilladas o



sentadas sobre los talones, que rezan y se abanican con fervor, persignándose de tanto en tanto con esos signos de la cruz españoles que son mucho más complicados que los nuestros, y que ellas ejecutan con una precisión y una rapidez dignas de soldados prusianos. El manejo del abanico es un arte totalmente desconocido en Francia. Las españolas sobresalen en él; el abanico se abre, se cierra, se revuelve en sus dedos con tanta viveza, con tanta ligereza, que un prestidigitador no lo haría mejor. Algunos elegantes hacen colecciones de abanicos de muchísimo valor; hemos visto una que contaba con más de cien de diferentes estilos; había de todos los países y épocas, de marfil, carey, madera de sándalo, lentejuelas, aguadas de los tiempos de Luis XIV y Luis XV, papel de arroz de Japón y de China, no faltaba nada; algunos aparecían constelados de rubíes, diamantes y otras piedras preciosas: es un lujo de buen gusto y una manía encantadora para una mujer bonita. Los abanicos que se cierran y se abren producen un silbido que, repetido más de mil veces por minuto, lanza su nota a través del confuso rumor que flota sobre el paseo, y tiene algo de extraño para un oído francés. Cuando una mujer encuentra a algún conocido le hace un pequeño gesto con el abanico, y al pasar le lanza la palabra *agur*, que se pronuncia *agour*. Ocupémonos ahora de las bellezas españolas.

Las madrileñas

Lo que nosotros entendemos en Francia por tipo español no existe en España, o por lo menos yo no lo he encontrado todavía. Cuando se dice *señora* y *mantilla*, se imagina uno normalmente un óvalo alargado y pálido, grandes ojos negros coronados por cejas de terciopelo, una nariz fina ligeramente arqueada, una boca roja como una granada, y además de todo esto, un tono de piel caliente y dorado que justifique el verso de la romanza: «*Elle est jaune comme une orange*»³. Éste es el tipo árabe o morisco, no el tipo español. Las madrileñas son encantadoras en toda la acepción de la palabra; de cuatro, tres son bonitas; pero no responden en nada a la idea que uno se hace de ellas. Son menudas, lindas, bien torneadas, el pie pequeño, el talle cimbreado, el pecho bastante abundante; pero tienen la piel muy blanca, los rasgos delicados y poco acentuados, la boca en forma de corazón, y recuerdan vivamente a algunos retratos de la Regencia. Muchas tienen el pelo castaño claro, y no daréis dos vueltas por el Prado sin encontrar siete u ocho rubias de todos los tonos, desde el



rubio ceniza al rojo vehemente, el rojo de la barba de Carlos V. Es un error creer que en España no hay rubias. También abundan los ojos azules, pero no son tan estimados como los negros.

Al principio nos costaba un poco acostumbrarnos a ver mujeres escotadas como para un baile, con los brazos desnudos, calzadas con zapatos de raso, con flores en la cabeza y el abanico en la mano, paseando solas por un lugar público, pues aquí no se da el brazo a las mujeres a menos que se sea su marido o un pariente cercano: uno se contenta con caminar a su lado, al menos mientras es de día; pues, llegada la noche, son menos rigurosas en esta cuestión de etiqueta, sobre todo con los extranjeros que no tienen la costumbre.

La última manola

Mucho nos habían alabado a las *manolas* de Madrid: pues bien, la *manola* es un tipo desaparecido como la modistilla de París, o como las transtiberianas de Roma; todavía existe, pero despojada de su carácter primitivo. No lleva ya su traje atrevido y pintoresco; la innoble indiana ha sustituido a las faldas de colores brillantes, bordadas de ramajes profusos; el horroroso zapato de piel ha suplantado a las zapatillas de raso, y, cosa espantosa, la falda se ha alargado más de dos dedos. En otro tiempo daban variedad al aspecto del Prado con su paso vivaracho y su traje singular; hoy cuesta distinguir las de las burguesitas y de las mujeres de los comerciantes. He buscado a la *manola* «pura sangre» por todos los rincones de Madrid, en la corrida de toros, en el jardín de *las Delicias*, en el *Nuevo Recreo*, en la fiesta de San Antonio, y no he encontrado nunca ninguna cabal. Una vez que andaba recorriendo el barrio del *Rastro*, el Temple de Madrid ⁴, tras pasar por encima de gran número de mendigos que dormían tendidos por tierra en medio de andrajos espantosos, me encontré en una callejuela desierta y allí vi, por primera y última vez, a la *manola* anhelada. Era una joven bien plantada de unos veinticuatro años, la máxima vejez que pueden alcanzar las *manolas* y las modistillas. Tenía la tez morena, la mirada firme y triste, la boca un poco gruesa y un no sé qué de africano en la construcción del rostro. Una enorme trenza de cabellos azules a fuerza de ser negros, trenzados como los juncos de un cesto, le rodeaba la cabeza y venía a sujetarse con una gran peineta; racimos de cuentas de coral le colgaban de las orejas; su cuello leonado estaba adornado con la misma materia; una mantilla de terciopelo negro le ceñía la cabeza y los hombros; su falda, tan

corta como la de las suizas del cantón de Berna, era de paño bordado, y dejaba ver unas piernas finas y nerviosas enfundadas en medias de seda negra bien tersa; los zapatos eran de raso, a la antigua moda; un abanico rojo temblaba como una mariposa de cinabrio entre sus dedos cargados de sortijas de plata. La última *manola* volvió la esquina de la callejuela y desapareció ante mis ojos, maravillados de haber visto por una vez pasearse por el mundo vivito y coleando a un traje de Duponchel, un disfraz de la Ópera. Vi también en el Prado a algunas *pasiegas* de Santander con su traje regional; estas *pasiegas* tienen fama de ser las mejores nodrizas de España, y el cariño que les tienen a los niños es proverbial, como la honradez de los auverneses en Francia. Llevan una falda de paño rojo fruncida con gruesos pliegues y ribeteada con una ancha trencilla, un corpiño de terciopelo negro también ribeteado de oro, y un tocado de madrás abigarrado de colores brillantes, todo ello acompañado de alhajas de plata y otros aderezos salvajes. Estas mujeres son muy guapas, tienen un carácter de fuerza y grandeza muy patente. La costumbre de mecer a los niños en brazos les da un porte arqueado, echado hacia atrás, que casa bien con el desarrollo de su pecho. Tener una *pasiega* ataviada con su traje es un lujo comparable al de llevar un bandolero en la traseña del carruaje.

No os he dicho nada sobre el traje de los hombres: mirad los grabados de modas aparecidos hace seis meses, en el escaparate de un sastre o de algún gabinete de lectura, y os haréis una perfecta idea. París es la imagen que ocupa a todo el mundo, y recuerdo haber leído sobre el tenderete de un limpiabotas: «Aquí se lustran las botas al estilo de París». Gavarni y sus deliciosos dibujos, ése es el modesto objetivo que pretenden alcanzar los hidalgos modernos; no saben que sólo la flor y nata de los exquisitos de París puede lograrlo. Sin embargo, para hacerles justicia como se merecen, diremos que se visten mucho mejor que las mujeres: sus zapatos de charol y sus guantes blancos son impecables. Sus trajes son correctos y sus pantalones loables; pero la corbata no está a la misma altura, y el chaleco, la única prenda del traje moderno en la que puede explayarse la fantasía, no es siempre de un gusto irreprochable.

Los aguadores

Existe en Madrid un comercio del que no hay idea en París: los vendedores de agua al por menor. Su tienda consiste en un cántaro de

tierra blanca, un cestillo de mimbre o de hojalata que contiene dos o tres vasos, algunos *azucarillos* (barritas de azúcar acaramelada y porosa), y a veces un par de naranjas o limones; otros tienen pequeñas barricas rodeadas de hojas que llevan a la espalda; incluso algunos, por ejemplo en el Prado, tienen puestos engalanados y rematados con figuras de latón con banderas, que no tienen nada que envidiar a las magnificencias de los vendedores de coco de París. Estos vendedores de agua son, por lo general, *muchachos* gallegos vestidos con una chaqueta de color tabaco, calzón corto, polainas negras y sombrero puntiagudo; también hay algunos *valencianos* con sus gregüescos de lienzo blanco, un trozo de tela echado sobre la espalda, las piernas bronceadas y unas *alpargatas* ribeteadas de azul. Algunas mujeres y chicas, vestidas de modo insignificante, se dedican también al comercio de agua. Se les llama, según su sexo, *aguadores* o *aguadoras*; por todos los rincones de la ciudad se oyen sus gritos agudos, modulados en todos los tonos y variados de cien mil maneras: «*Agua, agua, ¿quién quiere agua? ¡Agua helada, fresquita como la nieve!*» Esto dura desde las cinco de la mañana hasta las diez de la noche; estos gritos han inspirado a Bretón de los Herreros, poeta estimado de Madrid, una canción titulada *La aguadora*, que tiene mucho éxito en toda España. Esta sed desmedida de Madrid es realmente algo extraordinario: toda el agua de las fuentes, toda la nieve de las montañas de Guadarrama no bastan para aplacarla. Se han hecho muchos chistes sobre el pobre Manzanares y la urna seca de su náyade; me gustaría ver el papelón que haría cualquier otro río en una ciudad devorada por semejante sed. Al Manzanares se lo beben desde su fuente; los *aguadores* acechan con ansiedad la más mínima gota de agua, la más leve humedad que aflora entre sus orillas reseca, y se la llevan en sus *cántaros* y jofainas; las lavanderas lavan la ropa con arena, y ni siquiera en medio del lecho del río encontraría un mahometano con qué hacer sus abluciones. Seguramente recordaréis ese delicioso folletín de Méry sobre la gran sed de Marsella; pues bien, multiplicadla por seis y no tendréis más que una ligera idea de la sed de Madrid. El vaso de agua se vende a un cuarto (aproximadamente dos ochavos). Lo que más necesita Madrid, después del agua, es fuego para encender los cigarros; así es que el grito «*Fuego, fuego*» se oye por todas partes y se mezcla incessantemente con el de «*Agua, agua*». Es una lucha encarnizada entre los dos elementos, por ver cuál mete más bulla; este fuego, más inextinguible que el de Vesta, lo llevan unos golfillos en copas llenas de carbón y de ceniza, con un mango para no quemarse los dedos.



Cafés y refrescos

Son ya las nueve y media, el Prado empieza a despoblarse y la muchedumbre se encamina hacia los cafés y las *botillerías* que flanquean la gran calle de Alcalá y las calles vecinas.

A nosotros, acostumbrados al lujo deslumbrante y mágico de los cafés de París, los cafés de Madrid nos parecen auténticos merenderos de ínfimo orden; la manera en que están decorados recuerda vivamente a las barracas de feria donde se exhiben mujeres barbudas y sirenas vivas; pero esta falta de lujo está compensada con creces por la excelencia y variedad de los refrescos que en ellos se sirven. Hay que admitirlo: París, tan superior en todo, está atrasado a este respecto; el arte del cafetero está todavía en su infancia. Los cafés más famosos son el café de la *Bolsa*, en la esquina de la calle Carretas; el café *Nuevo*, donde se reúnen los *exaltados*; el café de ... (he olvidado el nombre), lugar de cita habitual de los adeptos a la facción moderada, a los que llaman *cangrejos*; y el de *Levante*, muy cerca de la *Puerta del Sol*. Ello no quiere decir que los otros no sean buenos, pero éstos son los más frecuentados. No olvidemos el café *del Príncipe*, junto al teatro del mismo nombre, lugar de cita habitual de artistas y literatos.

Si os parece bien, vamos a entrar en el café de la *Bolsa*, decorado con pequeños espejos calados por debajo para formar dibujos, como los que se ven en algunos cristales alemanes. He aquí la carta de *bebidas heladas, sorbetes y quesitos*. La *bebida helada* se sirve en vasos que pueden ser *grandes* o *chicos*, y ofrece una gran variedad; hay la *bebida de naranja*, la de *limón*, de *fresa* y de *guindas*, que son tan superiores a esas horribles garrafas de grosella agria y ácido cítrico que sirven en París sin ninguna vergüenza en los cafés más espléndidos como lo es el auténtico vino de Jerez al auténtico vino de Brie; es una especie de helado líquido, de puré nevoso de exquisito sabor. La *bebida de almendra blanca* es un refresco delicioso desconocido en Francia, donde con el nombre de horchata se ingieren no sé qué abominables brebajes medicinales. También tienen leche helada mitad y mitad con fresa o cereza, que mientras tu cuerpo permanece en la zona tórrida hace gozar a tu gástrico de todas las nieves y las escarchas de Groenlandia. Durante el día, cuando los helados no están aún preparados, se bebe el *agraz*, bebida hecha con uvas verdes que se conserva en botellas de gollete desmesurado; el gusto ligeramente acidulado del *agraz* es de lo más agradable. También se puede pedir una botella de *cerveza de Santa Bárbara con limón*, pero esto requiere algunos preparativos: primero te traen una cubeta y un

cucharón, como los que se utilizan para remover el ponche; después aparece un camarero con la botella sellada con alambre, y la descorcha con precauciones infinitas; una vez extraído el corcho, se vierte la cerveza en la cubeta, donde previamente se ha vaciado una garrafitita de limonada; después se remueve la mezcla con el cucharón, se llena el vaso y se bebe. Si esta mezcla no es de vuestro agrado, no tenéis más que entrar en las *horchaterías de chufas*, regentadas generalmente por valencianos. La *chufa* es una baya pequeña, una especie de almendra que crece en los alrededores de Valencia y con la que, una vez tostada y machacada, se hace una bebida exquisita, sobre todo cuando se sirve mezclada con nieve: este preparado es sumamente refrescante.

Para terminar con los cafés, diremos que los *sorbetes* se diferencian de los de Francia en que tienen más consistencia; que los *quesitos* son pequeños helados duros, moldeados en forma de queso; los hay de toda clase, de albaricoque, de piña, de naranja, como en París; pero también se hacen con *manteca* y con huevos aún no formados, que se sacan del cuerpo de las gallinas destripadas, lo cual es peculiar de España, pues sólo en Madrid he oído yo hablar de este curioso refinamiento. También sirven *espumas* de chocolate, de café y de otros gustos; son una especie de cremas batidas y heladas, de extrema ligereza, que a veces se espolvorean con canela muy finamente rayada, todo ello acompañado de *barquillos*, obleas enrolladas en largos cucuruchos con los que uno toma su *bebida*, como con un sifón, sorbiendo lentamente por uno de los extremos; pequeño refinamiento que permite saborear prolongadamente la frescura de la bebida. El café no se toma en tazas, sino en vasos; por lo demás, se consume muy poco. Puede que todos estos detalles os parezcan fastidiosos; pero si estuviéseris expuestos, como nosotros, a un calor de 30 a 35 grados os resultarían sumamente interesantes. Se ven muchas más mujeres en los cafés de Madrid que en los de París, aunque allí fumen cigarrillos y hasta puros de La Habana. Los periódicos que se encuentran con más frecuencia son el *Eco del Comercio*, el *Nacional* y el *Diario*, que indica las onomásticas, los horarios de misas y sermones, los grados de temperatura, los perros perdidos, las jóvenes campesinas que se ofrecen como nodrizas, las *criadas* que buscan una colocación, etc., etc. Pero ya están dando las once, es hora de retirarse; sólo unos cuantos paseantes rezagados recorren la calle de Alcalá. Sólo quedan en la calle los *serenos* con su linterna en la punta del chuzo, su capa color de muralla y su grito mesurado; sólo se oye un coro de grillos que cantan su endecha bisilábica en sus jaulitas, adornadas con abalorios. En Madrid tienen afición a los grillos; cada

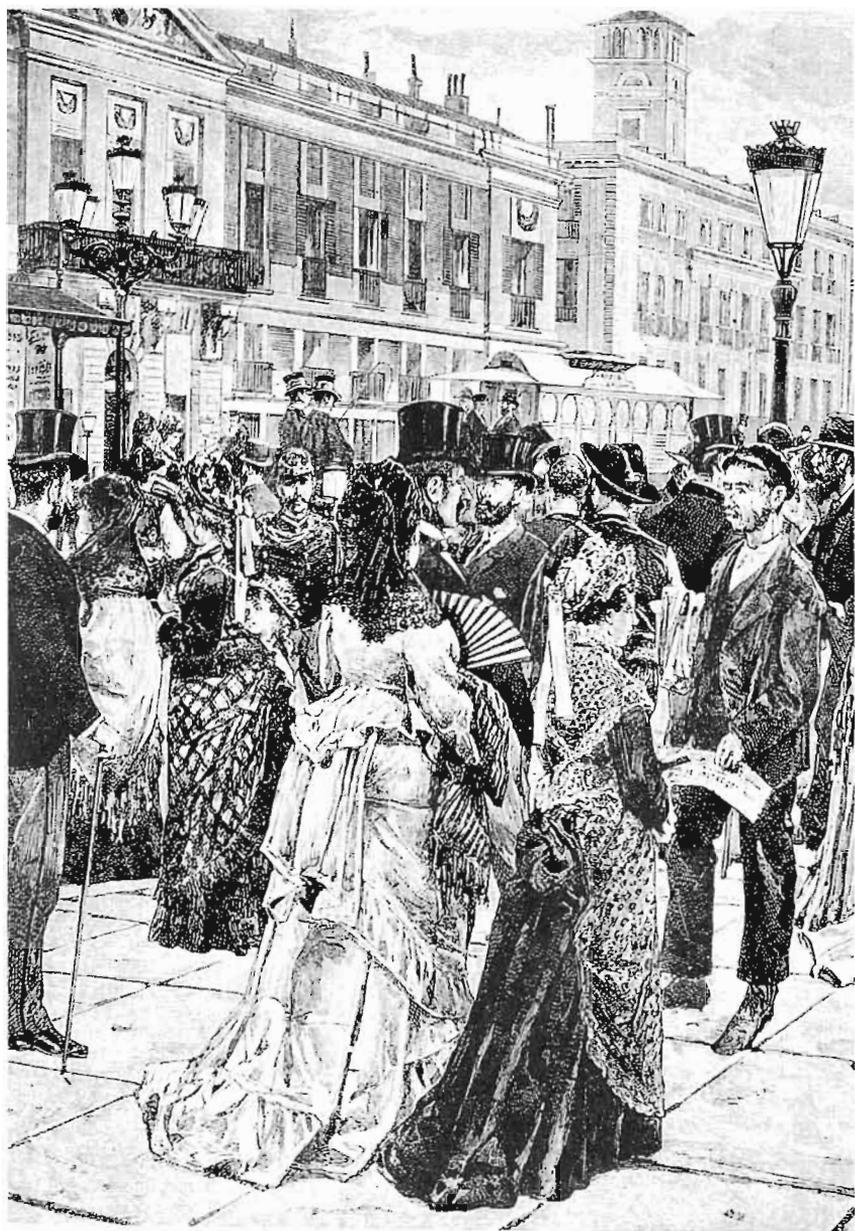


casa tiene el suyo colgado de la ventana en una jaula en miniatura de madera o alambre; también tienen una curiosa pasión por las codornices, que encierran en cestos de mimbre calado y que, con su semipiterno *pío-pío-pío*, varían agradablemente el *cri-cri* de los grillos. [...]

La Puerta del Sol

La *Puerta del Sol* es el punto de cita de los ociosos de la ciudad, y debe de haber muchos, pues desde las ocho de la mañana la llena una multitud compacta. Todos estos graves personajes están de pie, envueltos en sus capas aunque haga un calor atroz, con el frívolo pretexto de que lo que protege del frío protege también del calor. De cuando en cuando se ven salir de entre los pliegues rectos e inmóviles de la capa un pulgar y un índice, amarillos como el oro, que lían un *papelito* con algunas pulgaradas de tabaco picado, y al rato se eleva de la boca del grave personaje una nube de humo que demuestra que está dotado de respiración, de lo que habría podido dudarse al ver su completa inmovilidad. A propósito del *papel español para cigarritos*, diré de pasada que todavía no he visto un solo librito; los naturales del país utilizan papel de escribir corriente cortado en trocitos; esos libritos teñidos de regaliz, abigarrados de arabesos y adornados con romanzas bufas se envían a Francia a los aficionados al color local. La política es el tema general de conversación, el teatro de la guerra ocupa mucho las imaginaciones, y en la *Puerta del Sol* se hace más estrategia que en todos los campos de batalla y en todas las campañas del mundo. Balmaseda, Cabrera, Palillos y otros jefes de facción más o menos importantes se traen constantemente a colación; se cuentan cosas estremecedoras, crueldades pasadas de moda y consideradas de mal gusto desde hace tiempo por los caribes y los cheroquis. (...) Antaño, y todavía hoy, los grandes señores iban a las tiendas que dan a la *Puerta del Sol*, pedían una silla y se quedaban allí buena parte de la jornada, hablando con los parroquianos para gran disgusto del tendero, afligido por semejante muestra de familiaridad.





Paseo por la Puerta del Sol. Dibujo de Pellicer publicado en la Ilustración Española y Americana.

Casas y locales

Ahora recorramos la ciudad al azar, pues el azar es el mejor guía, sobre todo teniendo en cuenta que Madrid no abunda en magnificencias arquitectónicas, y que una calle es tan curiosa como cualquier otra. Lo primero que se ve al alzar la vista en la esquina de una casa o de una calle es un azulejo en el que está escrito: *Manzana. vivitac. gener.* Estos azulejos servían antaño para numerar las casas agrupadas en manzanas. Hoy día todo está numerado como en París. También sorprende la cantidad de seguros contra incendio que adornan las fachadas de las casas, sobre todo en un país donde no hay chimeneas y donde nunca se enciende el fuego. Todo está asegurado, hasta los monumentos públicos, hasta las iglesias; dicen que la guerra civil es la causa de este gran celo por asegurarse: como nadie está seguro de no ir a acabar quemado vivo por un Balmaseda cualquiera, cada cual intenta salvar al menos su casa.

Las casas de Madrid están construidas con maderos y ladrillos o mampostería, salvo las jambas, las cadenas y los estribos, que a veces son de granito gris o azul; todo ello está cuidadosamente revocado y pintado de colores bastante caprichosos, como verde celadón, azul ceniza, vientre de cierva, cola de canario, rosa pompadour y otros tonos más o menos anacreónticos. Las ventanas están enmarcadas por ornamentos y molduras disimuladas bajo una profusión de volutas, roleos, amorcillos y tientos de flores, y guarnecidas de persianas venecianas con anchas rayas blancas y azules o de esteras de esparto que se riegan para impregnar de humedad y frescor el aire que las atraviesa. Las casas más modernas se contentan con estar enjalbegadas con cal o enlucidas con lechada, como las de París. Los voladizos de los balcones y de los *miradores* rompen un poco la monotonía de las líneas rectas que proyectan sombras recortadas, y diversifican el aspecto naturalmente anodino de construcciones cuyos relieves están pintados y trabajados como decorados de teatro. Iluminad todo ello con un sol deslumbrante, colocad de trecho en trecho, en estas calles anegadas de luz, algunas *señoras* con largos velos que sostienen el abanico abierto contra la mejilla a modo de parasol; algunos mendigos renegridos, arrugados, vestidos con jirones de tela y andrajos reducidos casi a yesca; algunos valencianos medio desnudos con porte de beduinos; haced surgir entre los tejados las cupulitas gibosas, los campaniles hinchados y rematados con bolas de plomo de una iglesia o un convento, y tendréis una perspectiva bastante extraña, que os demostrará que al fin no estáis ya en la rue Laffitte, y que habéis abandonado decididamente el asfalto, si es que



vuestros pies destrozados por los guijarros puntiagudos del empedrado de Madrid no os habían convencido todavía.

Una cosa que resulta verdaderamente sorprendente es la frecuencia de la siguiente inscripción: *Juego de villar*, que aparece cada veinte pasos. Para que no os imaginéis que hay algo misterioso en estas tres palabras sacramentales me apresuro a traducirlas: significan simplemente *jeu de billard*. No concibo para qué demonios pueden servir tantos billares; el universo entero podría jugar aquí su partida. Después de los *juegos de villar*, la inscripción más frecuente es la de *despacho de vino*. En estos despachos venden Valdepeñas y vinos generosos. Los mostradores están pintados de colores brillantes, y adornados con colgaduras y follaje. También abundan las *confiterías* y *pastelerías*, que están muy lindamente decoradas. Las confituras españolas merecen especial mención; las que se conocen con el nombre de *cabello de ángel* son exquisitas. La repostería es todo lo buena que puede ser en un país donde no hay mantequilla, o es tan cara y de tan mala calidad que apenas se utiliza; se parece a lo que nosotros llamamos *petit four* (pastas). Todos estos letreros están escritos con caracteres abreviados, con letras entrelazadas entre sí que al principio los hacen difíciles de entender para los extranjeros, grandes lectores de letreros si los hay.

El interior de las casas es amplio y cómodo; los techos son elevados y no se escatima el espacio en ninguna parte. En París se podría construir una casa entera en la caja de algunas de estas escaleras. Se atraviesan largas hileras de habitaciones antes de llegar a la parte realmente habitada, pues el único mobiliario de estos cuartos es su enlucido con cal o con pintura de un tono amarillo o azul uniforme, realzado con molduras de color y paneles de madera simulada. De las paredes cuelgan cuadros ahumados y negruzcos, que representan la decapitación o el destripamiento de algún mártir, temas favoritos de los pintores españoles; la mayoría no tienen marco y están completamente arrugados sobre sus bastidores. El parquet es algo desconocido en España, o al menos yo no lo he visto nunca. El suelo de todas las habitaciones es de baldosas, pero como estas baldosas están cubiertas de esteras de caña en invierno y de junco en verano, el inconveniente es mucho menor; estas esteras de caña y de junco están trenzadas con mucho gusto. [...]



Los búcaros

El calor es excesivo en Madrid. Sobreviene de golpe sin la transición de la primavera; así, de la temperatura de Madrid se dice: tres meses de invierno, nueve meses de infierno. Sólo puede uno resguardarse de esta lluvia de fuego permaneciendo en habitaciones bajas, donde reina una oscuridad casi completa, y donde el riego constante mantiene la humedad. Esta necesidad de frescor ha hecho nacer la moda de los *búcaros*, curioso y salvaje refinamiento que no sería nada agradable para nuestras amas de casa francesas, pero que a las bellas españolas les parece una exquisitez del mejor gusto.

Los *búcaros* son una especie de vasijas de arcilla de América, muy parecida a la que se utiliza para hacer el tubo de las pipas turcas. Los hay de todas las formas y tamaños, algunos están decorados con franjas doradas y con flores toscamente pintadas. Como ya no se fabrican en América, los *búcaros* empiezan a ser raros, y dentro de unos años serán tan fabulosos y difíciles de encontrar como la antigua porcelana de Sèvres; entonces los tendrá todo el mundo.

Cuando se quieren utilizar los *búcaros*, se colocan siete u ocho sobre el mármol de los veladores o las rinconeras, se llenan de agua y va uno a sentarse en un canapé para esperar que produzcan su efecto y saborear su placer con el debido recogimiento. La arcilla adquiere entonces un tono más oscuro, el agua penetra en sus poros y los *búcaros* no tardan en empezar a rezumar y a esparcir un perfume que recuerda el olor del yeso mojado o de un sótano húmedo que lleva largo tiempo cerrado. Esta transpiración de los *búcaros* es tan abundante que al cabo de una hora la mitad del agua se ha evaporado; la que queda en la vasija está fría como el hielo, y ha adquirido un sabor de pozo y cisterna bastante nauseabundo, pero que a los *aficionados* les parece delicioso. Media docena de *búcaros* basta para impregnar el aire de un saloncito de tal humedad que te sobrecoge al entrar; es una especie de baño de vapor en frío. No contentas con aspirar el perfume, con beber el agua, algunas personas mastican pequeños fragmentos de *búcaros*, los reducen a polvo y terminan tragándoselos.

Relaciones entre los sexos

En cuanto a las costumbres, en seis semanas no se puede penetrar en el carácter de un pueblo ni en los usos de una sociedad. Sin embargo, la novedad produce una impresión que se borra durante una



larga estancia. Me ha parecido que en España las mujeres tienen vara alta y disfrutan de más libertad que en Francia. La actitud de los hombres hacia ellas me ha parecido muy humilde y sumisa; presentan sus respetos con una exactitud y una puntualidad escrupulosas, y declaran su pasión con versos de toda medida, rimados, asonantes, *suelos* y otros; desde el momento en que ponen su corazón a los pies de una belleza, sólo les está permitido bailar con tatarabuelas. Sólo se les consiente la conversación con mujeres de cincuenta años, y de una fealdad comprobada. No pueden ya hacer visitas a las casas donde hay una muchacha: un visitante de los más asiduos desaparece de repente y vuelve al cabo de seis meses o de un año, porque su amante le había prohibido esa casa; le reciben como si hubiera venido la víspera, es algo perfectamente admitido. Por lo que se puede juzgar a primera vista, las españolas no son caprichosas en amor, y las relaciones que establecen duran a menudo muchos años. Al cabo de varias veladas pasadas en una reunión, las parejas se distinguen fácilmente y se reconocen a simple vista. Si se quiere contar con la Sra. *** hay que invitar al Sr. ***, y a la inversa; los maridos son admirablemente civilizados y equiparables a los maridos parisienses más bonachones: ninguna apariencia de esos antiguos celos españoles, tema de tantos dramas y melodramas. [...]

Monumentos

El palacio de la reina es un gran edificio muy cuadrado, muy sólido, de hermosas piedras bien unidas, con muchas ventanas, un número equivalente de puertas, columnas jónicas, pilastras dóricas, todo lo que constituye un monumento de buen gusto. Las inmensas terrazas que lo sostienen y las montañas de Guadarrama cargadas de nieve contra las que se recorta realzan lo que su silueta podría tener de aburrido y vulgar. Velázquez, Maella, Bayeu y Tiépolo han pintado en él bellos techos más o menos alegóricos; la gran escalinata es muy hermosa, y a Napoleón le pareció preferible a la de las Tullerías.

En el edificio donde se reúnen las Cortes se entremezclan columnas paestumianas y leones con peluca de un gusto de lo más abominable: dudo de que se puedan hacer buenas leyes con una arquitectura semejante. Frente a las Cortes, en medio de la plaza, se yergue una estatua de bronce de Miguel de Cervantes; sin duda es encomiable erigir una estatua al inmortal autor de *Don Quijote*, pero deberían haberla hecho mejor.



El monumento a las víctimas del *Dos de Mayo* está situado en el Prado, no lejos del museo de pintura; al divisarlo me he creído por un momento transportado a la plaza de la Concordia, en París, y he visto, como en un espejismo fantástico, el venerable obelisco de Luxor, cuyas inquietudes viajeras no había sospechado hasta ahora. Es una especie de cipo de granito gris, sobre el que se yergue un obelisco de granito rojizo bastante semejante de tono al de la aguja egipcia; el efecto es bastante bello y no carece de cierta gravedad fúnebre. Es lamentable que el obelisco no sea de una sola pieza; en los lados del pedestal están grabadas en letras de oro inscripciones en honor de las víctimas. El *Dos de Mayo* es un episodio heroico y glorioso, del que los españoles abusan ligeramente; por todas partes se ven grabados y cuadros sobre este asunto. No os costará creer que en ellos no nos representan bajo un aspecto favorable: nos retratan tan horribles como a los prusianos del Circo Olímpico.

El Buen Retiro

Señalemos de pasada, y a título de inventario, algunas fuentes de un rococó muy corrompido, pero bastante divertido; el puente de Toledo, de mal gusto, muy rico y decorado, con pebeteros, óvolos y escarolas; algunas iglesias curiosamente abigarradas y coronadas por campaniles moscovitas; y encaminémonos hacia el *Buen Retiro*, residencia real situada a pocos pasos del Prado. Nosotros, los franceses, que tenemos Versalles y Saint-Cloud, que hemos tenido Marly, somos exigentes en materia de residencias reales: el *Buen Retiro* nos parece la realización cabal del sueño de un tendero rico. Es un jardín lleno de flores ordinarias, pero «vistosas», de estanquitos adornados con rocallas y almohadillados vermiculados con surtidores, al gusto de los escaparates de algunas tiendas de comestibles, de balsas de agua verdosa donde flotan cisnes de madera pintados de blanco y barnizados, y otras maravillas de gusto mediocre. Los naturales del país caen en éxtasis ante cierto pabellón rústico construido con leños, cuyo interior tiene pretensiones bastante injustificadas; el primer jardín turco, el jardín turco ingenuo y patriarcal, con quioscos acristalados con vidrios de color por los que se veían paisajes azules, verdes y rojos, era muy superior en gusto y magnificencia. [...]

Museos

El museo de Madrid, cuya descripción exigiría un volumen entero, es de una riqueza extrema: en él abundan los Tizianos, los Rafaeles, los Pablo Veronés, los Rubens, los Velázquez, los Riberas y los Murillos; los cuadros están muy bien iluminados, y la arquitectura del edificio no carece de estilo, sobre todo en el interior. La fachada que da al Prado es de bastante mal gusto, pero la construcción en su conjunto honra al arquitecto Villanueva, de quien es la traza. Una vez visitado el museo, id a ver en el gabinete de historia natural el mastodonte o *dinotherium giganteum*, fósil maravilloso con huesos como barras de bronce, que debe ser por lo menos el Behemot de la Biblia ⁵; un trozo de oro puro que pesa dieciséis libras; los gongs chinos cuyo sonido, digan lo que digan, se parece mucho al que producen los calderos cuando se les da una patada; y una serie de cuadros que representan todas las variedades que pueden nacer del cruce de las razas blancas, negras y cobrizas. No olvidéis en la Academia tres admirables cuadros de Murillo (...); y una encantadora mujer con traje español, tendida en un diván, del bueno y viejo Goya, el pintor nacional por excelencia, que parece haber venido al mundo expresamente para recoger los últimos vestigios de antiguas costumbres que iban a desaparecer.

Francisco Goya y Lucientes es el nieto todavía reconocible de Velázquez. Después de él vienen los Aparicio, los López; la decadencia es completa, el ciclo del arte se cierra. ¿Quién volverá a abrirlo?

Goya es un pintor extraño, un genio singular. Nunca ha habido una originalidad tan contrastada, ningún artista español fue nunca tal local. Un croquis de Goya, cuatro toques de buril en una nube de aguafuerte, dicen más sobre las costumbres del país que las descripciones más prolifas. Por su existencia aventurera, por su fogosidad, por sus múltiples talentos, Goya parece pertenecer a las épocas doradas del arte, y sin embargo es, en cierto modo, un contemporáneo: murió en Burdeos en 1828.

El Escorial

Para ir a El Escorial alquilamos uno de esos coches fantásticos recargados de amoreillos a la grisalla y otros adornos pompadour de los que ya hemos tenido ocasión de hablar; todo ello tirado por cuatro mulas y engalanado por un *zagal* bastante bien disfrazado. El

Escorial está situado a siete u ocho leguas de Madrid, no lejos del Guadarrama, al pie de una cadena de montañas; no cabe imaginar nada más árido y desolado que el campo que hay que atravesar para llegar allí: ni un árbol, ni una casa; grandes pendientes que se superponen entre sí, barrancos resecos, que la presencia de varios puentes señala como lechos de torrentes, y aquí y allá una vista de montañas azuladas coronadas de nieve o de nubes. Sin embargo, aun siendo así, este paisaje no carece de grandeza: la ausencia de toda vegetación da a las líneas del terreno una severidad y una franqueza extraordinarias. A medida que uno se aleja de Madrid, las piedras que cubren el campo se hacen más grandes y muestran la ambición de ser rocas; estas piedras, de un gris azulino que escama el suelo descarnado, parecen verrugas sobre el lomo rugoso de un cocodrilo centenario; troquelan mil curiosas desportilladuras sobre el perfil de los cerros, que recuerdan escombros de edificios gigantescos.

A mitad de camino, al final de una cuesta bastante empinada, se encuentra una pobre casa aislada, la única que hay en un espacio de ocho leguas, frente a una fuente que filtra gota a gota un agua pura y glacial; se beben tantos vasos de agua como hay en el manantial, se deja respirar a las mulas y después se reanuda la marcha; y no se tarda en divisar, recortado sobre el fondo vaporoso de la montaña por un brillante rayo de sol, El Escorial, ese Leviatán de la arquitectura. La impresión, de lejos, es muy bella: parece un inmenso palacio oriental; la cúpula de piedra y las bolas que rematan todas las puntas contribuyen en gran medida a esta ilusión. Antes de llegar se atraviesa un gran bosque de olivos, adornado con cruces curiosamente encaramadas sobre trozos de grandes rocas, que producen un efecto de lo más pintoresco; una vez cruzado el olivar, se llega al pueblo y se encuentra uno cara a cara con el coloso, que visto de cerca pierde mucho, como todos los colosos de este mundo. Lo primero que me llamó la atención fue la inmensa cantidad de golondrinas y vencejos que daban vueltas por el aire en bandadas innumerables, lanzando gritos agudos y estridentes. Estos pobres pajaritos parecían asustados por el silencio de muerte que reina en esta tebaida, y se esforzaban por crear un poco de ruido y animación.

[...] El Escorial, comenzado por Juan Bautista y terminado por Herrera, es seguramente, después de las pirámides de Egipto, la mayor masa de granito que existe en la tierra. En España lo llaman la octava maravilla del mundo; cada país tiene su octava maravilla, lo que supone al menos treinta octavas maravillas del mundo.

Estoy demasiado turbado para decir mi opinión sobre El Escorial. Tantas personas serias y bien situadas, que prefiero creer que nunca

lo vieron, han hablado de él como de una obra maestra y un supremo esfuerzo del genio humano, que puede parecer que yo, pobre diablo de folletinista errante, quiero presentar mis prejuicios como originalidades, complaciéndome en llevar la contraria a la opinión general. Pero a fuer de ser honrado, no puedo evitar que El Escorial me parezca el monumento más fastidioso y desabrido que hayan podido concebir, para la mortificación de sus semejantes, un monje taciturno y un tirano receloso. Bien sé que El Escorial tenía un destino austero y religioso; pero la gravedad no es la sequedad, la melancolía no es el marasmo, el recogimiento no es el tedio, y la belleza de las formas puede siempre armonizar felizmente con la elevación de la idea.

[...] A la gente que ama el «buen gusto» y la «sobriedad» en arquitectura, El Escorial debe parecerles algo perfecto, pues la única línea utilizada es la línea recta, y el único orden el dórico, el más triste y pobre de todos.

Una cosa que al principio os llama desagradablemente la atención es el color amarillo terroso de los muros, que podrían parecer de adobe, si las juntas de las piedras, marcadas por líneas de un blanco chillón, no demostrasen lo contrario. No hay nada tan monótono para la vista como estos cuerpos de edificio de seis o siete pisos sin molduras, sin pilastras, sin columnas, con sus ventanitas aplastadas que recuerdan los agujeros de una colmena. Es el ideal del cuartel y del hospital; el único mérito de todo esto es que está construido en granito. Mérito perdido, pues a cien pasos puede parecer barro cocido. [...]

El cicerone que nos condujo al interior del edificio era ciego, y era verdaderamente maravilloso ver con qué precisión se detenía ante los cuadros, de los que nos indicaba el asunto y el pintor sin vacilar ni equivocarse nunca. Nos hizo subir a la cúpula y nos paseó por una infinidad de corredores ascendentes y descendentes que igualaban en complicación *El confesionario de los Penitentes Negros* o *El castillo de los Pirineos* de Anne Radcliffe ⁶. Este buen hombre se llamaba Cornelio, estaba de un humor excelente y parecía muy contento de su invalidez.

[...] En la iglesia de El Escorial se siente uno tan abatido y abrumado, se siente hasta tal punto bajo el dominio de un poder inflexible y sombrío, que parece evidente la inutilidad de la oración. El Dios de un templo como éste no se dejará conmovir jamás.

Tras visitar la iglesia, bajamos al Panteón. Llamen así a la cueva donde están sepultados los cuerpos de los reyes; es una sala octogonal de treinta y seis pies de diámetro por treinta y ocho de altura, exactamente situada bajo el altar principal, de modo que el sacerdo-

te, cuando dice misa, tiene los pies sobre la piedra que forma la clave de bóveda. Se baja por una escalera de granito y mármol de color, cerrada por una hermosa verja de bronce. El panteón está enteramente cubierto de jaspe, pórvido y otros mármoles no menos preciosos. En los muros se abren nichos con cipos de forma antigua destinados a albergar los cuerpos de los reyes y las reinas que dejaron sucesión. En esta cueva hace un frío penetrante y mortal, los mármoles pulidos espejean y se estraían de reflejos bajo los rayos vacilantes de la antorcha; se diría que chorrean agua, y podría uno creerse en una gruta submarina. El monstruoso edificio pesa sobre uno con todo su peso; te rodea, te aprieta y te ahoga; te sientes apresado como entre los tentáculos de un gigantesco pulpo de granito. Los muertos que encierran las urnas sepulcrales parecen más muertos que todos los demás, y cuesta creer que vayan nunca a resucitar. Aquí, como en la iglesia, la impresión es siniestra, desesperada; en todas estas bóvedas sombrías no hay un solo agujero por el que se pueda ver el cielo. [...]

Salí de este desierto de granito, de esta necrópolis monacal, con una extraordinaria sensación de satisfacción y alivio; me parecía renacer a la vida, que todavía podría ser joven y regocijarme con la creación de Dios, de lo que había perdido toda esperanza bajo aquellas bóvedas fúnebres. El aire tibio y luminoso me envolvía como una tela suave de lana fina y calentaba mi cuerpo helado por aquella atmósfera cadavérica; estaba libre de aquella pesadilla arquitectónica, que creía que nunca terminaría. Aconsejo a esas personas que tienen la fatuidad de pretender que se aburren que vayan a pasar tres o cuatro días a El Escorial; allí aprenderán lo que es el verdadero aburrimiento, y se divertirán durante el resto de su vida pensando que podrían estar en El Escorial y que no están.

Traducción del compilador

NOTAS

¹Citado por Serge Fauchereau: *Théophile Gautier*, París, Denoël, 1972, p. 79.

²*Boulevard de Gand*: antiguo nombre del *boulevard des Italiens*, que era entonces y sigue siendo uno de los más animados de París.

³«Es amarilla como una naranja.» Este verso pertenece al poema titulado Madrid, de Alfred de Musset (*Premières Poésies*).

⁴El *Boulevard du Temple* da nombre a un barrio muy popular de París.

⁵«*Behemot*», que significa en hebreo la bestia por excelencia, es la palabra con que se nombra en el Libro de Job al hipopótamo de Egipto (Job, XL, 15- 24).

⁶Anne Ward Radcliffe (1764- 1823), célebre escritora inglesa de novela gótica, ambientó a menudo la enrevesada trama de sus obras en España e Italia durante las épocas más negras de la Inquisición.



16. Edgar Quinet (1843)

Edgar Quinet (1803-1875) fue un historiador y germanista francés que participó activamente en la vida pública de su país. Su liberalismo romántico y su encendido anticlericalismo le valieron ser elegido representante del pueblo en la revolución de 1848, pero tras el golpe de Estado de 1851 le condenaron a un largo exilio. De vuelta a Francia en 1870, fue nuevamente diputado y ejerció una notable influencia ideológica en la naciente Tercera República Francesa.

*En 1843, unas lecciones de Quinet sobre los jesuitas impartidas en el Collège de France provocaron tal escándalo que el profesor fue expulsado temporalmente de la ilustre institución. Quinet aprovechó estas vacaciones forzosas para viajar durante unos meses por Castilla y Andalucía; de ahí la ironía del título del libro que escribió sobre este viaje: *Mes vacances en Espagne (1846)*. Este libro, lastrado por un exceso de disertaciones políticas y de consejos paternalistas a los españoles, tiene sin embargo buenos pasajes narrativos, en los que Quinet da rienda suelta a su sensibilidad romántica con un lenguaje mucho más expresivo que el que solía utilizar en sus sesudos estudios históricos.*

De la parte dedicada a Madrid hemos seleccionado el relato de una corrida de toros celebrada en noviembre de 1843 para festejar la declaración de la mayoría de edad de Isabel II, con la que se inició su reinado. Hacemos, pues, una excepción a nuestra norma restrictiva en materia de espectáculos taurinos, porque el que cuenta Quinet, con sus notas tragicómicas y el bárbaro lirismo de esos bailes folclóricos «sobre la arena todavía tibia y ensangrentada», interesará seguramente al lector.

El temor que debía tener al viajar en esta estación era perderme las corridas de toros. Durante el invierno, para engañar o excitar la impaciencia de los habitantes de Madrid, se contentan habitualmente con soltarles *novillos*, es decir, toros que todavía no han llegado a la edad de muerte, y que vienen a probar sus cuernos y su furia en juegos preliminares a menudo más peligrosos que el combate a ultranza, pues yo he visto en ellos matar a un hombre. Esperaba como mucho asistir a algunas de estas diversiones de la infancia del Cid; cuál no sería mi sorpresa, por tanto, cuando esta mañana Gomero, con su acostumbrada dignidad, me ha traído el programa con el que el *ayuntamiento*, verdaderamente *excelentísimo*, anuncia para hoy una *corrida* solemne de auténticos toros de muerte, descendientes de *las vacas más acreditadas de España*. La corrida irá acompañada de una escena mitológica en la que Vulcano, en medio de sus cíclopes, debe representar el papel de Matador ante los ojos de su *odioso rival*, que le disputa a la bella Leonor: todo ello concebido para mayor gloria de la mayoría de edad y del juramento de S.M. la reina Isabel II.

Estoy ansioso por ver a este pueblo en medio de la carnicería que le prometen, pues es infalible que varios hombres resultarán heridos. No, no puedo imaginarme los ojos de los ángeles del Prado clavados en esa arena enrojecida. Menos aún soy capaz de adivinar lo que sentiré yo...

Si sigo en este momento a la multitud, ¿es verdaderamente para estudiarla? ¡Oh, mentira pedantesca! El extranjero que se jacta anteriormente de la mansedumbre de sus inclinaciones innatas no deja de ser siempre el primero en estas citas de muerte. Ante la noticia de que a tal hora la sangre del Minotauro va a ser derramada, el hombre pagano se reencuentra enteramente, sobresaltado; retrocede en un momento tres mil años; siente en el fondo del corazón la alegría salvaje de volver, durante una hora, a su antro de Centauro.

La plaza se llena: aseguran que tiene cabida para diez mil espectadores. El palco de la reina está vacío, pero su retrato la sustituye, y las autoridades políticas de Madrid, rodeadas de un suntuoso estado mayor, están en su sitio. Dos jinetes enteramente vestidos de negro, con la esclavina de Felipe II, avanzan al paso. Se detienen ante el palco del excelentísimo jefe político; se quitan el gran sombrero, se lo vuelven a poner gravemente; las autoridades saludan a su vez, tras lo cual desaparecen los jinetes negros. Miles de abanicos se agitan impacientemente.

El enjambre jaspeado de los *banderilleros* se esparce por el ruedo, agitando sus banderillas de mil colores. Los dos *picadores*, naturales de Oviedo y Valladolid, montados en sus caballos se sitúan,

pica en ristre, en los dos lados de la barrera. El traje de uno de ellos es carmesí, con anchas franjas de plata; el del otro es azul, con franjas de oro. Suena un toque de trompeta, se abre la barrera, se abalanza un enorme toro negro; se llama *Mercenario*, y lleva al cuello la divisa celeste y rosa. Tiene los cuernos largos y afilados, la cabeza grande, los ojos encendidos, los flancos inmensos, las patas rechonchas, la cara salvaje. En tres saltos gana el centro del ruedo; la falange de *banderilleros* se dispersa; el toro se vuelve, divisa al jinete vestido de azul y oro, se precipita; de una cabezada levanta al caballo y al hombre, los tiene un momento suspendidos y los hace rodar el uno sobre el otro. Se queda mirando al hombre tendido a sus pies; el hombre permanece inmóvil y se hace el muerto; el toro pasa. El caballo es el primero que intenta levantarse; cae de costado; todos sus miembros se agitan con un temblor convulsivo que termina bruscamente con la muerte.

El segundo picador (carmesí y oro) ve ya acercarse a la *bestia*; adelanta el caballo al trote, con la punta de la pica baja; en el momento en que el toro embiste, le clava en el cuello la puya, que deja chirriando una banderola en la herida. El toro responde con un furioso derrote: aprieta, aplasta los flancos del caballo contra las tablas; hurga en la profunda herida, en la que desaparece su largo cuerno. El caballo y el jinete están todavía en pie, pero de la herida monstruosa se ven colgar las entrañas, lo que no impide al picador espolear de nuevo su montura. Con el movimiento, las entrañas se desenrollan y se arrastran por la arena; el caballo se enreda en ellas las patas, se las arranca de los flancos y continúa su trote desesperado. Los ojos inmóviles de las espectadoras soportan intrépidamente esta vista; se oyen risotadas: «¡Que lo lleven al toro, *al toro!*!», es el grito que brota de mil bocas. El picador obedece y conduce una última vez al combate al pobre caballo castellano, con los ojos vendados, que avanza paso a paso, con la resignación de un condenado. Este asalto acaba con él. Pero el picador tampoco se levanta, y su inmovilidad no es fingida; ha recibido una herida en la pierna que le ha dejado aturdido. Se lo llevan desmayado a la enfermería. El movimiento de los abanicos arrecia; los vendedores aprovechan este intervalo para ofrecer sus refrescos. «¿Quién quiere agua?» Pues una sed febril empieza a reseca los labios de las muchachas y de todos aquellos que asisten por primera vez a este espectáculo.

Suena otro toque de trompeta. Aparece el *matador*; lleva en la mano izquierda la muleta roja desplegada, en la mano derecha una larga espada. Desde el momento en que sale este hombre, el toro se da cuenta de que le ha llegado el momento trágico. Los falsos ataques

de los *banderilleros* no consiguen ya distraerle; deja de embestir a ciegas; ahorra sus fuerzas; mide, medita sus acometidas, se pega a su adversario. Parado a cuatro pasos del *matador*, duda entre la muleta y la espada, amenazando por turno con los ojos a una y a otra. Finalmente se decide, baja la cabeza, arremete contra la muleta. El *matador* ha elegido ese momento para clavarle la espada; pero el toro se la sacude, consigue liberarse de ella y la arroja lejos, toda ensangrentada, sobre la arena, a los pies de su adversario. El *matador* la recoge. Se reanuda el duelo. Cinco veces penetra la espada en la carne, cinco veces la repele sobre la arena el heroico animal. Los silbidos y las imprecaciones de la multitud prorrumpen por todas partes. Una especie de rabia posee a los espectadores. El *matador* se percata de que hay que acabar. El toro vuelve a embestir, y esta vez la espada entera se hunde, de *una buena y regular*, en su vasta cerviz.

Nada más extraño que el apaciguamiento que se siente en seguida en el hervidero de la multitud. El gran corazón del toro se prodiga hasta el último momento; ya no embiste, pero tampoco retrocede. Traspasado de medio a medio por la espada, de la que sólo sobresale la empuñadura, sigue caminando hacia adelante. Escarba en la tierra, amenaza todavía. Le rodean, les hace frente por todas partes. Termina por encontrar uno de los caballos muertos; se detiene, husmea al vencido; se tumba de costado, tranquilo y rumiante, con la cabeza derecha, como en medio de las flores en sus praderas natales, a orillas del Guadalquivir. El *matador* le acecha por detrás; lo remata con la puntilla, con la postura de los bajorrelieves del dios Mitra. Un tronco pacífico de seis mulas, regimiento enjaezadas, entra en el campo de la matanza; al son de la charanga arrastran por la arena el cuerpo del héroe.

El segundo toro (su nombre es *Peinado*, y su divisa azul y blanca) irrumpe con la misma furia que el primero; también es negro, con una raya blanca en el pecho. Pero al principio muestra un carácter completamente opuesto. El picador le espera con porte altivo. Con el primer puyazo, la pica se clava firmemente en la cerviz. En lugar de embestir, el toro recula... Un abucheo clamoroso se eleva de todos los rincones del anfiteatro... El toro sigue reculando; pero de repente, con un derrote lateral, derriba traicioneramente por tierra al quebrantado jinete y a su montura agonizante. Este pérfido ataque sólo restablece su reputación por un momento. El enjambre de avispas de los *banderilleros* le hostiga. «¡El fuego!, ¡fuego!, ¡ilos perros!» Este grito pasa de boca en boca. Los peones y los picadores le prenden por turno al cuello un collar de dardos. Estos dardos llevan petardos

que estallan en la herida. El toro, espantado, ebrio de furor por estas explosiones de barreno que le laceran por dentro los flancos, se revuelve sobre sí mismo. El sudor, la espuma, el fuego y la sangre brotan de su herida y sus ollares; sus ojos refulgen como tizones en su negra cara. En su rabia indecible, se abalanza sobre los espectadores, salta la barrera, desaparece en el callejón. Vuelve a irrumpir en el ruedo, brota un mugido de toda la concurrencia. El alma del toro ha pasado a la asamblea. El mugido humano de la multitud se mezcla con sus silbidos. Las miradas sangrientas de todo el pueblo persiguen, aplastan, fascinan las miradas furiosas y desesperadas del animal. Durante un momento se realiza el intercambio entre el alma de un pueblo y el alma de un toro. ¡Impresiones de tiempos antehistóricos! ¡Júpiter con cabeza de buey, Isis mugiente, centauros, lapitas, Pasifae, imágenes que nacen de este vapor de sudor y sangre que respiro!

Al final, el alma de cólera de la multitud penetra en el corazón b centauro y le embriaga. La vergüenza mezclada con el dolor eleva su frenesí al paroxismo; arremete con la misma violencia ciega contra todo lo que encuentra, contra un trozo de papel, una cáscara de naranja, un harapo; contra los cadáveres yacentes de los caballos que ha despanzurrado, y que vuelve a cornear cobardemente.

Suena la trompeta; aparece el matador y se dirige resueltamente hacia la bestia furiosa. Ante la mirada del hombre, el frenesí del animal se hiela; se queda un momento mirando la punta centelleante de la espada, después aparta lentamente los ojos. Todo ensangrentado, echa a correr alrededor del ruedo; huye, pide gracia. «*¡La media luna!*», responde mugiendo la multitud, que le reserva una muerte infame. Uno de los *banderilleros* se le acerca armado de un cuchillo curvo insertado en la punta de una larga pica; por detrás, de un solo tajo, corta los jarretes del cobarde. El gran toro suplicante cae, se arrastra de rodillas alrededor del ruedo. En ese momento, un tropel de espectadores, arrebatados por la rabia y el desprecio, se precipita en el ruedo; se abalanzan atropelladamente y montan a horcajadas, unos encima de otros, sobre esa masa ensangrentada, que todavía arrastra un rato esa carga de furiosos bajo la que termina por desplomarse y queda sepultada.

Todo lo anterior no era más que un preludeo a la entrada triunfal de Vulcano sobre su carro arrastrado por una veintena de cíclopes. Bajo su capa púrpura, Vulcano mostraba una gravedad muy castellana desconocida en Homero, y los cíclopes reajustaban lo mejor que podían su gran ojo en lo alto de la frente. Tras un paseo heroico, los obreros de Lemnos empiezan a forjar la lanza del dios, al son del Himno de Riego. En el momento en que, según el programa real, eje-

cutaban estas disposiciones, el toro más espantoso que hayan amamantado los flancos de la Samotracia, y que hacía el mayor honor a la divisa blanca y oro de Don Antonio de Palacio, se abalanza sobre el cortejo olímpico. El dios salta renqueando de su carro; los obreros se dispersan; el toro se precipita sobre el carro y la fragua, los hace astillas. En el desorden cae uno de los cíclopes; el toro arremete contra él, le pateo, le cornea por delante, se ceba; con la segunda cornada le entierra en la arena y se va a otra parte. Espero que una vez más, según la comedia acostumbrada, el hombre herido va a levantarse, pero no. La triste falange se lo lleva exánime a la sala de la extremaunción. «*Está muerto*», me dice tranquilamente mi vecino. Ni una sola mirada se aparta del horroroso ruedo. El público está demasiado ansioso por saber si el dios va a vengarse prontamente. Tiene en la mano su corta espada griega; avanza gravemente hacia el toro, se planta a tres pasos, le presenta la capa a modo de estandarte, falla la estocada, vuelve a intentarlo. La espada se hunde enteramente hasta la empuñadura. El toro se queda en pie, inmóvil; parece clavado sobre cuatro patas de bronce. En un abrir y cerrar de ojos cae muerto y se queda tieso, vuelto de costado. Resuena un largo aplauso...

Apenas se han llevado las mulas los cadáveres, se oye un sonido de castañuelas. Vuelve a abrirse la barrera; sale un largo cortejo de bailarines y bailarinas, divididos en tantos grupos como provincias hay en España. Cada grupo lleva el traje de una provincia. Hay vascos con largas trenzas sobre los hombros, valencianos medio árabes, con la manta a guisa de alborno, catalanes con anchas fajas abigarradas, asturianos y gallegos con capas oscuras. Los más floridos y vistosos son los andaluces, con grandes sombreros, ligeras *alpargatas* y mil adornos, mezclados con ceñidores de acero. Todos desfilan pomposamente, el pueblo les mira con orgullo; sobre la arena todavía tibia y ensangrentada vuelven a empezar las danzas. El *fandango* y el *bolero* se suceden con una monotonía arrebatadora. La *jota* aragonesa recuerda a las nobles bacantes de los jarrones antiguos. De la indolencia a la gravedad, de la gravedad a la languidez, a la embriaguez, al desmayo de la pasión, el baile recorre todos los tonos del genio español.

Hay un momento que encandila a la concurrencia: cada bailarín andaluz se inclina hasta el suelo, como para recoger unas flores que luego esparce sobre la cabeza de su bailarina. Después apoya la cabeza inclinada en el dorso de la mano, el codo en el hombro de la andaluza, y se queda inmóvil. ¡Oh silencio, ensñaciones, meditaciones de amor al atardecer de un día de Andalucía, bajo las estrellas de Granada! ¿Qué poeta las pintaría mejor? No sé si este detalle forma parte habitualmente de este tipo de baile, o si fue improvisado; pero la

gracia, la nobleza, el amor; la inspiración de este único movimiento arrebataron a la vez a los diez mil espectadores. ¡Se levantaron arrobados! Prorrumpieron en gritos de entusiasmo, que salían del alma, como nunca había oído. Esta nación dividida, desgarrada, que se busca inútilmente en tantas otras cosas, acababa de reconocerse, de reencontrarse, de despertar toda viva en una impresión innata de belleza y amor. No había allí un hombre del pueblo que no hubiera sentido hasta el fondo esta poesía sin palabras. Todas las provincias de la vieja España se reencontraban fundidas en este instante que nada puede describir: unidad, fraternidad de imaginación. Una rápida exhalación de felicidad brotó de la multitud.

La conciencia de nuestros pueblos del Norte se manifiesta en el sentimiento de un principio, de un derecho adquirido, en la aquiescencia a un razonamiento. Pero un ademán, un movimiento gracioso y natural, una flor que se coge de cierta manera, una actitud, un gesto de la cabeza: eso es lo que hace soñar y pensar a los pueblos del otro lado de los Pirineos. Pues ese ademán, esa actitud, es para ellos un idioma universal que se nos escapa; es el recuerdo de la provincia, de la aldea, amor, patria, nación; mejor aún, es el conjunto de todo eso, es la palabra eterna de todas las Españas, viejas y nuevas.

Reaparecen los toros y continúa la matanza; los bailarines suben al anfiteatro; sólo que, para este último juego, la punta afilada de los cuernos aparece tapada por una bola. En ese momento, esperado con impaciencia por los *aficionados*, son los espectadores quienes hacen el espectáculo. Los más ágiles, los más jóvenes se arrojan en tropel al ruedo; improvisan un capote con su capa y desafían al animal *embolado*. Tropiezan, caen, se hacen el muerto, se levantan magullados o quebrantados, vuelven al ataque, cansan al toro y no se cansan. Finalmente entra una manada de cabestros al son de las esquilas que llevan colgadas al cuello. Con este sonido rústico acaba la guerra; el toro, agotado, se retira; la plaza vomita a la multitud por sus treinta bocas; la sombra oblicua invade el ruedo; ha llegado la noche.

Me quedo solo, clavado en mi asiento; tengo todos los miembros agarrotados por la fiebre. Esta mezcla de atrocidad, gracia, encanto, matanza y baile me deja postrado y anonadado. Veo aún esa sangre, esas sonrisas, esas horribles heridas, esas odiosas agonías, el estremecimiento del fandango, el andaluz que se detiene a soñar... ¡Oigo esos mugidos y esos sueños! Paso del círculo de los Centauros de Dante al cielo del Corán. Ningún ensueño me ha llevado nunca tan rápidamente a los dos extremos del infinito.

Traducción del compilador



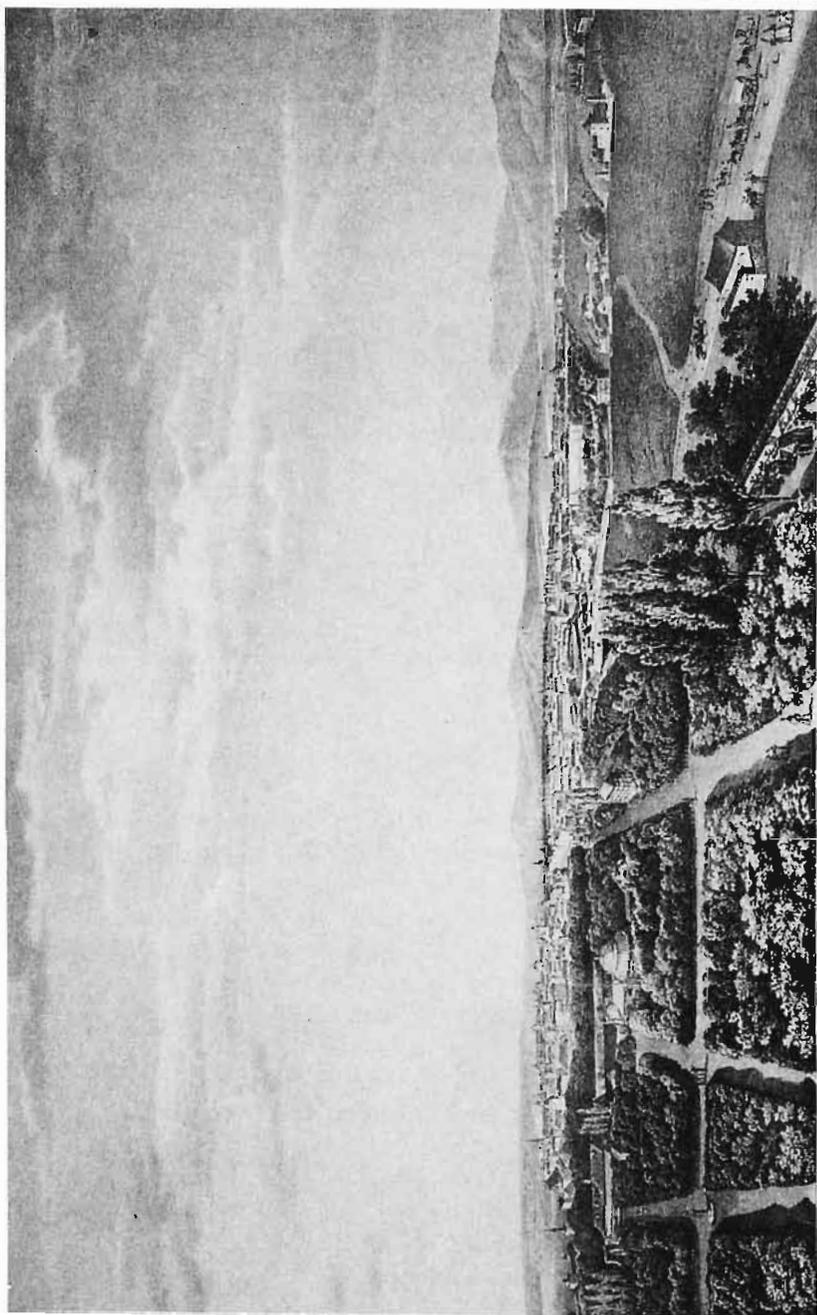


17. Alexandre Dumas (1846)

Era inevitable que Alexandre Dumas (1802-1870), el escritor más prolífico y popular de la época romántica, viajara también a España para contar después a sus lectores sus impresiones sobre aquel pintoresco país. Pero la gran vedette literaria del momento no podía viajar como un turista cualquiera, su grandeur -sólo comparable a la de Francia- exigía que le invitaran y recibieran por todo lo alto. ¿Y qué mejor ocasión que unas nupcias reales? Así, Dumas vino a Madrid para asistir a las bodas de la reina Isabel II con su primo Francisco de Asís y de su hermana Luisa con Antoine d'Orléans, duque de Montpensier e hijo del rey Louis- Philippe, que fue quien le invitó.

El doble matrimonio se celebró en la iglesia de Nuestra Señora de Atocha el 10 de octubre de 1846, y allí estaba Dumas rodeado de su propio séquito de mosqueteros. Pues ha de saberse que el gran prócer de las letras francesas llegó a Madrid acompañado de su hijo Alexandre, el poeta Auguste Mequet, el pintor Louis Boulanger, el escritor Amédée Achard y un joven criado negro que atendía por Paul. En Madrid se les unieron otros dos mosqueteros, los artistas Adolphe Desbarolles y Eugène Giraud, con los que después de los festejos nupciales siguieron viaje camino de Andalucía.

Las aventuras del grupo por tierras españolas (muchas de ellas imaginarias) se cuentan en Impressions de voyage. De Paris à Cadix, obra publicada entre 1847 y 1848 nada menos que en cinco volúmenes. Aparentemente, Dumas dedica a Madrid centenares de páginas, pero no hay que engañarse: en ellas apenas habla de la ciudad, sino de sí mismo, de su ingenio y ocurrencias, de sus francachelas con sus amigos, de sus relaciones con duques y duquesas, de los agasajos que recibe; así, ad nauseam. Tamaño autobombo, expresado con una retórica tan suntuosa como estomagante, no se había desplegado jamás en un libro de viajes.



Vista general de Madrid desde la montaña del Reiro. Bambrilla. Colección de vistas de los Sitios Reales.

Si no fuera por algunas páginas -de las que hemos seleccionado unas muestras- en las que describe brillantemente aquellos festejos, no merecería la pena mencionar siquiera el libro. Sin embargo, habrá sin duda lectores que disculpen tanta vanidad y vacuidad por lo bien que habla Dumas de Madrid, donde, en un momento de entusiasmo, dice que le gustaría quedarse a vivir. Afortunadamente para los madrileños decimonónicos, ese deseo era también pura retórica.

Por la mañana, al despertarnos, vimos en el horizonte de un inmenso desierto algunos puntos blancos que destacaban en medio de una bruma violeta: era Madrid. Una hora más tarde entrábamos en la capital de las Españas por la puerta de Alcalá, la más bella de sus puertas, y nos apeábamos en el patio de la casa de postas. Pero haber llegado no era todo, había que encontrar alojamiento; ahora bien, un alojamiento en aquella época, en semejante circunstancia, no era cosa fácil. [...]

En Madrid, el cocinero y la cocinera, salvo en las grandes casas, están reducidos al estado de mito. Por tanto no había ni que pensar en contratar a un cocinero o a una cocinera. En Madrid, quienes quieren comer, por supuesto los extranjeros, van al mercado o mandan a sus criados; después asan o guisan ellos mismos los alimentos adquiridos para su consumo. [...]

En Italia, donde se come mal, los buenos restaurantes son franceses; en España, donde no se come en absoluto, los buenos restaurantes son italianos. [...]

Olvidaba decir que además de mi invitación particular a cenar y de la invitación general para la velada, traía entradas para todas las *funciones reales*, y sobre todo un balcón para la gran corrida de toros que se celebrará dentro de tres o cuatro días en la Plaza Mayor.

Nos prometen maravillas de esta corrida, que se realiza en condiciones de esplendor y originalidad que sólo se dan con motivo de los nacimientos y las bodas de las infantas. Hace dieciséis años que no se celebra una corrida de este tipo en Madrid. Sin embargo, los aficionados menean la cabeza y hacen con la boca ese chasquidito que indica duda. Como soy muy curioso, me he informado de lo que quería decir esa doble negación, y me he enterado de que el recinto de la Plaza Mayor les parece demasiado grande.

En efecto, parece, señora ¹, que cuanto más grande es el recinto en el que se enfrentan el toro y sus enemigos, menos encarnizada es la lucha, pues hay mayor espacio para la huida. Por lo tanto, durante los cuatro días que durarán estas fiestas estamos amenazados con ver

matar únicamente dos o trescientos caballos, y herir sólo a diez o doce hombres. En una plaza normal se podría contar con el doble. [...]

Otra cosa que hemos buscado en vano es el Manzanares. Habría que ponerse de acuerdo de una vez por todas en lo que se refiere a los ríos. En nuestro país, cuando se ejercen funciones públicas, no se sale nunca de casa sin decir adónde se va. [...]

Esta mañana Madrid se ha despertado en fiestas. Todos los teatros y plazas que vimos vacíos ayer, cuando llegamos, bullían hoy de gente a las seis de la mañana, los teatros llenos de actores y las plazas de espectadores. En cada uno de estos teatros se bailaba por turno la danza nacional de cada una de las catorce grandes provincias de España: Cataluña, Valencia, Aragón, Andalucía, Castilla la Vieja, Castilla la Nueva, Murcia, Extremadura, León, Galicia, Asturias, Navarra, La Mancha y Vizcaya. Todos los bailarines, hombres y mujeres, con las castañuelas de rigor en las manos, iban vestidos con trajes nacionales que en España, como en todas partes, ¡ay!, van desapareciendo de día en día, pero que para esta ocasión reaparecían con toda su pureza natural. Cada grupo de bailarines era realmente de la región que representaba.

Aquí hubiera admirado usted ese curioso sentimiento del color que la naturaleza ha puesto en la mirada armoniosa de estos hijos del sol. Quizá, señora, haya reparado usted en el hecho de que a medida que uno viaja desde el sur hacia el norte, los tonos de los vestidos van perdiendo su valor, hasta que finalmente, en las latitudes septentrionales, se degradan por completo. Rubens, ese pintor con nombre y corazón de llama, debió sentirse muy feliz cuando, enviado a España como embajador, vio flamear ante sus ojos ese magnífico arco iris que forma la abigarrada población de Madrid. Aquí, cada vestido parece una paleta cargada con los tonos más atrevidos, que se combinan sin desentonar jamás. Si se pudieran ver las calles de Madrid pasando a vuelo de pájaro a un cuarto de legua por encima de ellas, estoy seguro de que parecerían un inmenso parterre enteramente sembrado de flores.

Como no hay suficientes bailarines para llenar todos los estrados a la vez, cuando un grupo ha realizado en una calle o en una plaza el número de figuras que debe ejecutar, se pone en marcha, con la música a la cabeza, para ir a buscar otro teatro y otros espectadores. Entonces, por todo el camino, las ventanas se engalanan de cabezas de mujeres con los hombros desnudos, con los cabellos lisos y relucientes como alas de cuervo; sobre estos cabellos, de un negro azulado, se abre encendida una rosa púrpura, una camelia rojo cereza o un

clavel carmesí. Una mantilla cubre todo ello sin ocultar nada, y en medio tremolan los abanicos con su ruidito provocador, abriéndose y cerrándose sin cesar, desplegándose entre los dedos delgados que los agitan con una increíble destreza y una adorable coquetería.

Pero el teatro abandonado no queda vacío por mucho tiempo: los combates suceden a las danzas; moros tocados con turbantes y armados con cimitarras, caballeros con faldones azules, cotas de malla, penachos de plumas y espadas en cruz, como los que se llevaban hace veinte años en la Gaîté y el Ambigu, que interpretan a los soldados del rey Boabdil y a los cruzados del rey Fernando, ocupan los escenarios y representan mal que bien la toma de Granada y las hazañas del Gran Capitán. Para animarlos, una música compuesta de tambores y trompetas resuena sin cesar, chispeante y bárbara, hasta que uno se imagina que en lugar de asistir al sitio de Granada asiste a la toma de Jericó.

En otros estrados vimos a chinos con sus sombreros en forma de pagoda, sus ojos rasgados, sus largos bigotes y sus sedosos vestidos rutilantes de cascabeles. Pero la verdad me obliga a decir que los honores de la jornada se los llevaban en general los bailarines y los moros. Los chinos, sin verse completamente abandonados, me parecieron un poco envejecidos, incluso en España.

A través de esta muchedumbre febril, surcada a cada instante por carrozas que parecían sacadas de las caballerizas de Luis XIV, y que pasaban con gran estruendo tiradas por caballos o mulas empenachados, llegamos a la iglesia de Atocha, donde se celebran normalmente las bodas de los infantes y las infantas de España. Creo que jamás tanta gente ha ocupado un espacio tan pequeño y ostentado tanto oro sobre sus trajes de gala. [...]

Es verdaderamente un espectáculo curioso, señora, el que ofrece Madrid camino de una corrida de toros. Parece un río desbordado que corre por una pendiente. Esas almas que vio Dante, tras cruzar el umbral desesperado del infierno, que el viento empujaba ante él como un torbellino de hojas, no atravesaban el espacio con más rapidez y empeño que esta multitud dividida entre tantos espectáculos, y que llegaba tarde, como nosotros, a su espectáculo favorito. Toda esta calle de Alcalá, tan ancha como nuestra avenida de los Campos Elíseos, y que termina en una puerta casi tan gigantesca como nuestro arco triunfal de la Estrella, parecía un campo de hombres y mujeres tan apretados como el trigo en una llanura, e inclinados todos del mismo lado por el viento febril de la curiosidad.

Para este gran día habían hecho salir de sus cocheras carrozas como las que ya sólo se encuentran en los cuadros de Vandermeulen,

y calesines que no se ven en ninguna parte. Entre las ruedas de estos coches, entre las multitudes de este pueblo, pasaban a caballo sin chocarse con nadie, y ya es milagro, los campesinos de los alrededores de Madrid, con la carabina en el arzón de la silla y un aire tan feroz como si se tratara de conquistar, y no de pagar, ese sitio que vienen a buscar en la plaza. Por último, en medio de toda esta barahúnda de peatones con trajes abigarrados, carrozas macizas, calesines de ruedas inmensas y jinetes a lomos de caballos andaluces, pasaba el ómnibus con una celeridad inusual, cargado con tantos curiosos como puede contener no sólo su interior, sino también su imperial, abriéndose paso a través de este oleaje humano como el Leviatán por el mar. [...]

Decididamente, señora, Madrid es la ciudad de los milagros. No sé si Madrid tiene siempre semejantes iluminaciones, semejantes bailes, semejantes mujeres; sólo sé que, ahora que mi existencia material está asegurada, gracias a las precauciones tomadas, me dan unas ganas terribles de hacerme naturalizar español y de elegir domicilio en Madrid.

Quien no haya visto el Prado iluminado ayer por la noche, no puede imaginarse lo que es una iluminación; quien no haya visto pasar, bajo el resplandor de estas iluminaciones, a las veinte mujeres encantadoras cuyos nombres podría decirle, no puede imaginarse lo que es una reunión de hadas; quien no haya entrado en el teatro del Circo y no haya visto bailar el *jaleo* a la Guy Stephen, no puede imaginarse lo que es el baile. [...]

Ayer, señora, al salir de palacio me hice conducir al Prado. Su larga avenida, parecida a la de los Campos Elíseos, estaba en llamas; sólo que estas llamas, en lugar de representar los festones tradicionales y los arcos oficiales del 1 de mayo y del 29 de julio 2, brotaban de todos los colores y adoptaban todas las formas: catedrales, flores, castillos góticos, palacios moriscos, guirnaldas, estrellas, soles; era como si nuestro entero sistema planetario se hubiera reunido para dar una fiesta a nuestro pobre globo. [...]

Y además, señora, en el interior del recinto encuadrado por estas iluminaciones, pasaban tantas criaturas admirables a pie por los paseos laterales, tantas bellezas maravillosas en coche, que la única forma de expresar mi pensamiento es decir que en Madrid son las mujeres feas las que llaman la atención y atraen las miradas. En cuanto a las otras, a fe mía, hay demasiado trabajo y uno renuncia. [...]

Salimos hacia la Plaza Mayor. Diez minutos después estábamos instalados en el balcón más hermoso de la plaza: decididamente, Su

Majestad Felipe IV hacía bien las cosas. La Plaza Mayor, como indica su nombre, es la más grande de Madrid, y como en la época de Felipe IV el espacio no faltaba, la Plaza Mayor es inmensa. Hacía un mes que habían empezado los preparativos; estos preparativos consisten en levantar los adoquines, cubrir la plaza de arena en lugar de piedras, erigir barreras todo alrededor, habilitar entradas para los caballos y los toros vivos, y salidas para los toros y los caballos muertos, y montar las gradas.

Estas gradas llegaban solamente al primer piso de las casas. A partir de este primer piso, las ventanas servían de palcos. Nosotros estábamos situados en medio de una de las cuatro fachadas de la plaza, con el palco real a la izquierda. Debajo del palco real, que está adosado a la sala de San Jerónimo, cerrando una abertura de la plaza que podía tener sus buenos treinta pasos de anchura, había una compañía de alabarderos. Pasara lo que pasara, estos alabarderos debían permanecer tan inmóviles como el muro que representaban; si el toro les embestía debían detenerlo presentándole las alabardas; y si en la lucha mataban al toro, se lo quedaban como trofeo.

Frente a ellos, a lomos de caballos negros, y vestidos también de negro de los pies a la cabeza, había seis alguaciles con su antiguo traje; estos seis alguaciles, que no tienen más arma que una espada al costado y una fusta en la mano, parecen puestos allí para dar al pueblo la comedia junto con la tragedia. En efecto, el toro, que no comprende nada de esos hombres con fusta y traje negro, y que por otra parte quizá tiene algo personal contra los alguaciles, disfruta travesadamente arremetiendo contra ellos, lo que provoca carreras y volteos que deleitan al buen pueblo de Madrid.

La plaza ofrecía un panorama único, con sus gradas, balcones, ventanas y tejados cargados de espectadores; dominando la plaza destacan uno o dos campanarios; en cada saliente de estos campanarios estaba colgado un hombre o un niño. Más de cien mil personas estaban a la vista y podían ver. Imagínese las tres filas de balcones de la plaza tapizadas de colgaduras rojas y amarillas, las rojas bordadas de una ancha cenefa de oro y las amarillas de plata. Imagínese esa variedad de colores que es el encanto de los trajes españoles. Imagínese el movimiento constante de cien mil personas que pugnan por invadir el sitio de sus vecinos, imagínese los rumores que producen esas cien mil voces, y su imaginación, por rica que sea, señora, quedará muy por debajo de la realidad.

Traducción del compilador



NOTAS

¹El relato del viaje de Dumas está escrito en forma de cartas dirigidas a una señora cuyo nombre no se menciona.

²Aniversario de la revolución burguesa de 1830, que provocó la abdicación de Charles X y la llegada al trono de Louis-Philippe.



18. Anónimo Alemán (1853-1854)

En la Biblioteca Regional de Madrid se conserva un libro anónimo, pobremente editado por la casa madrileña Bailly-Bailliere e hijos en 1904, que lleva por título Madrid hace cincuenta años a los ojos de un diplomático extranjero. En la portada, debajo de este título, aparecen unas complejas indicaciones sobre el origen del texto, a saber: «Obra alemana anónima escrita y publicada hacia el año 1854 / Traducida al inglés en 1856 con el título de / The Attaché in Madrid / Por otro anónimo / Y de este último idioma al castellano / Por / Don Ramiro / Con un prólogo, notas y comentarios del mismo». Dos anónimos y un seudónimo en cascada como presentación de un libro deben ser un bocado exquisito para cualquier bibliófilo aficionado a las investigaciones esotéricas; quizá fuera uno de ellos (también anónimo) quien ha dejado una serie de notas manuscritas en la anteportada, la primera de las cuales nos desvela el nombre del traductor castellano: «Don Ramiro es Don Cristóbal de Reina».

Por su parte, las bibliografías especializadas no arrojan ninguna luz sobre esta obra. Ni Foulché-Delbosc ni Farinelli la mencionan, aunque el primero, en el número 441 de su ordenación cronológica, reseña un libro titulado The attaché in Madrid; or Sketches of the court of Isabella II, obra de John Esaias Warren publicada en Nueva York en 1856. Las fechas coinciden, y además Foulché-Delbosc señala que Warren fue agregado en la legación de Estados Unidos en Madrid, lo que hace pensar que quizá sea el mismo «diplomático extranjero» cuya obra tradujo Cristóbal de Reina. Por desgracia, el texto no nos da ninguna pista decisiva sobre su nacionalidad, y para evitar disquisiciones ociosas hemos decidido respetar la atribución alemana de «Don Ramiro».

En cualquier caso, Madrid hace cincuenta años... es un libro muy interesante, de los pocos, además, cuyo tema exclusivo es la ciudad y sus alrededores, que no se consideran ya como una etapa más o menos larga de un viaje por España. Mediante el relato de un año de residencia en la corte (de octubre a junio), el autor nos presenta una variada serie de cuadros de costumbres y descripciones de lugares, casi siempre asociados a reuniones mundanas y fiestas populares. En conjunto, una visión risueña y muy atractiva de Madrid, trazada por un joven diplomático que debió disfrutar a fondo de su destino en una capital donde «no cabe estar triste con cielo tan alegre».

Ayer fuimos al Prado, como os dije. Hoy, habiéndome hecho de un buen caballo, volví allí con Mr. M..., que es el mejor de los ciceros. Como hacía un calor sofocante, había todavía muy poca gente cuando llegamos, que serían las cinco de la tarde.

Iba yo en un caballo andaluz, negro, de larga cola y hermosa estampa, que no hubiera cambiado por el bayo inglés que llevaba mi amigo.

Bajamos por la calle de Alcalá, que es una calle de palacios. Va a dar al Prado y a la Fuente Castellana (los dos mejores paseos de Madrid); los cruza y sigue a la puerta de Alcalá, que está sobre el camino de Aragón y Cataluña. Es ésta una magnífica puerta, a modo de arco de triunfo, erigida en tiempo de Carlos III, para conmemorar su llegada a la «heroica villa», por el arquitecto Don Francisco Sabatini. Consta de cinco huecos: los tres de en medio en forma de arco, los dos de los extremos rectangulares. Adórnanla bonitos pilares jónicos, cuyos capiteles imitan a los que puso Miguel Angel en el Capitolio romano. Sobre la cornisa hay un frontispicio con las armas reales. Tiene la puerta setenta pies de alto y es del granito más fino. Lleva en ambos frentes esta inscripción: *Carolo III, Anno 1778*.

Impacientábanse nuestras cabalgaduras, deseosas, por lo visto, de lucirse en el paseo; dimos, pues, la vuelta y bajamos a la *Cibeles*, fuente magnífica en que está representada la diosa sentada en un carro tirado por leones. Está siempre la fuente rodeada de aguadores llenando sus cubas.

Ya allí, sorteando la multitud de coches ocupados por *elegantes*, que bajaban por la calle de Alcalá, tomamos a la derecha hacia la Fuente Castellana.

El día había sido en extremo caluroso, pero a la tarde se levantó una ligera brisa que refrescó el ambiente. El cielo ostentaba un azul intenso y purísimo, sin siquiera una nube que lo empañara.

El paseo, que es hermoso, se llama las *Delicias de Isabel II*, y acababan de regarlo. Muchas lindas muchachas, en elegantes trajes de amazona, galopaban acompañadas de sus *caballeros*. Veíanse pocas mantillas. Dan demasiado calor en este tiempo, y sólo se las usa con traje de mañana. En su lugar llevaban las señoras ligeras tocas o gorras francesas, o unos tocados todavía más airosos, que consisten en unos velitos de encaje o tul negro sujetos por alfileres de oro a la parte posterior de la cabeza. Aseguro que no conozco adorno de cabeza tan bonito como ése, ni más a propósito para lucir las graciosas facciones, hermosos ojos y opulentas cabelleras de sus portadoras; cabelleras que, por otra parte, suelen llevar admirablemente peinadas.

Me asombré de la riqueza de los vestidos. M... me dijo que el lujo con que aquí se visten hoy las mujeres es extraordinario.

Para demostrarte que no me ciega mi pasión por España hasta el punto de no ver lo malo donde lo hay, o donde se me hace notar a lo menos, confesaré que las francesas tienen idea más exacta que las españolas de la propiedad y oportunidad del traje, y que pecan estas últimas de una falta de sencillez de muy mal gusto.

Aludo más especialmente a las que van a pie. Los ricos vestidos de seda y brocado que arrastran por el paseo las españolas, ocultando sus pies pequeñísimos, sólo se usarían en París para ir en coche al Bosque de Boloña o a los Campos Elíseos.

Aquí hasta las mujeres e hijas de los más humildes tenderos desdénan el percal y la zaraza. Todo lo que no sea seda o terciopelo lo tienen por indecoroso para salir a la calle.

Pero aunque sea lo dicho rigurosamente cierto, hay que convenir en lo hermoso del efecto general, y hay que reconocer también que en ninguna parte del mundo abundan tanto como aquí las mujeres bonitas de cara y airosas de cuerpo; todavía más las airosas que las bonitas.

Por lo que hace a los hombres, son, a mi parecer, los mejor vestidos de Europa; tan distantes del *petimetrismo* de los franceses como del descuido de los ingleses.

El Prado

Nos detuvimos a contemplar el obelisco (erigido para conmemorar el nacimiento de la actual soberana), y la fuente de las *Esfinges*, de cuyas bocas de bronce brotaban chorros de agua cristalina.



Muchos coches se habían detenido en el espacio circular que hay en torno de la fuente y del obelisco, mientras sus dueños paseaban a pie por la alameda y el *parterre*; pero como casi todo el mundo se dirigía hacia el Prado, dimos la vuelta y seguimos la corriente de la multitud.

Aquí tienen también que agradecer los madrileños a Carlos III el haber convertido en un precioso paseo el terreno inculto que se extendía en el lugar donde está al presente el Prado, para lo que hubo que levantar el nivel del suelo, plantarlo de árboles y adornarlo con fuentes.

Comienza el Prado en el convento de Atocha, y pasando por la puerta de este nombre, sigue hasta la calle de Alcalá, que se extiende más allá de ella hasta la puerta de Recoletos.

Hay en el centro un paseo ancho para los coches, y sendas a ambos lados de él, plantadas de bonitos árboles, para la gente a pie. Desde la calle llamada *Carrera de San Jerónimo* hasta la de Alcalá se dilata el espacio ocupado por el paseo, que lleva en esa parte el nombre de *Salón*. El conjunto del paseo, con los preciosos jardines y hermosos edificios con que se tropieza la vista por donde quiera que se dirija; con las buenas calles que a él afluyen y con las lindas fuentes que lo adornan, es de lo más hermoso que puede imaginarse.

A la entrada del *Salón*, enfrente de la Carrera de San Jerónimo, se halla la fuente de *Neptuno*, en el centro de cuya taza se alza la estatua del dios, de pie en un carro de forma de concha tirado por caballos marinos y rodeado de delfines y tritones. Es una bonita obra artística debida a D. Pascual de Mena, según me dijo M... Más allá está la fuente de *Apolo*, que lleva en lo alto una estatua de esa divinidad pagana, en torno de la cual hay otras cuatro que dan frente a los puntos cardinales y que representan las estaciones. El agua cae de taza en taza en mesurada cadencia en honor de la divinidad musical.

Merece señalarse una circunstancia: el orden perfecto que reina en estos paseos, en medio del aparente barullo de los coches y caballos y del gentío; orden que se debe a la cuidadosa vigilancia de los guardias de a caballo, que andan de continuo de acá para allá para evitar que los coches se salgan de la fila. Dos larguísimas de ellos se extendían hasta el convento de Atocha. El *Salón*, donde se aglomeraba tanto la gente como en cualquier asamblea pública de Londres, presentaba en verdad uno de los más brillantes espectáculos que haya yo contemplado en mi vida.

Entre las filas de los coches circulaban centenares de jóvenes a caballo: muchos de ellos al lado de los coches, que, a causa de las

apreturas, iban al paso. En medio del *Salón* se agolpaba inmensa muchedumbre de todas clases, sexos y edades. Muchas lindas muchachas con el gracioso velo de encaje de que atrás he hablado en la cabeza, se paseaban indolentemente saludando a sus amigos con un leve movimiento de abanico (apéndice éste tan indispensable en el atavío de las mujeres de esta tierra como la falda o los zapatos), y grupos de jóvenes esparcían el ánimo contemplando tanta hermosura. Si no he mencionado a las madres y acompañantes, no es porque faltasen; no habiendo caso de que muchacha alguna salga aquí sola y sin ir cuidadosamente vigilada.

Codeándose con la gente más distinguida veíase a la del pueblo llano, abundando tanto allí las chaquetas y los *calañeses* como las levitas y los guantes claros de cabritilla.

Multitud de graciosos chiquitines y de nodrizas pasiegas, ellos envueltos en capas blanquísimas y ellas con pañuelos de colores chillones en la cabeza y trenzas hasta los pies, vestidas de colores vivos, con zagalejos orlados de terciopelo negro, oro, y plata, contribuían a animar la escena.

Todas las sillas que había a lo largo del paseo en múltiples y prolongadas hileras y todos los bancos de piedra estaban ocupados. Los que estaban sentados en las sillas formaban corros o grupos, charlando, abanicándose y disfrutando de los atractivos de la sociedad sin ahogarse en el estrecho recinto de una sala.

Póngase ahora por dosel a toda esa escena ese cielo immaculado y diáfano tan común aquí, ilumínesela con los rayos del sol poniente, imagínese el ruido de las conversaciones y de las risas, los desaforados gritos de los vendedores de agua, los suaves perfumes de los jardines cercanos, la mezcolanza de gentes de tan diversas clases y condiciones, la variedad de trajes y uniformes, los elegantes trenes y briosos caballos, y se comprenderá su incomparable efecto, de que ni *Hyde Park* de Londres ni los *Campos Elíseos* de París pueden dar idea. *Hyde Park* es un paseo sólo para gente de alta clase, y los *Campos Elíseos* un lugar de esparcimiento encantador, en que se recrea la vista contemplando elegancias aristocráticas admiradas del mundo entero. El *Prater* de Viena ofrece unos puntos de semejanza con el Prado de Madrid, pero la diferencia entre el pueblo alemán y el español es demasiado profunda para que quepa establecer comparación de ningún género.

A los toros

Prescindiendo de la parte moral, y sin pretender estudiar la influencia que las corridas de toros ejerzan en las costumbres del pueblo, digo que, como espectáculo, dudo que haya otro que pueda comparársele. [...]

Antiguamente sólo se celebraban estas fiestas una o dos veces al año en grandes ocasiones en la Plaza Mayor; al presente hay por lo menos doce corridas al año desde marzo a octubre, las cuales suelen verificarse los lunes por la tarde.

Desde días antes de la función puede verse a la gente leyendo los carteles en que se la anuncia, y en que se especifican los nombres de los propietarios de los toros y los de los espadas y picadores que han de tomar parte en ella. En lo que a toros atañe, reina general armonía y unidad de sentimientos. He oído decir que nunca ha habido cuestiones en las corridas de toros.

Invitado por Salamanca montamos ambos en un coche y, atravesando la Puerta del Sol, seguimos por la calle de Alcalá, que lleva derechamente a la plaza. Íbamos tan a prisa como nos lo consentía la muchedumbre que, afluyendo de todos los barrios de la villa, a pie, a caballo y en vehículos de toda clase, aristocráticos y populares -berlinas, ómnibus, landós, etc.-, se apiñaba en el trayecto.

Imposible sería concebir unión más íntima de todas las clases sociales. Los trenes más elegantes y los más humildes, las manolas y las duquesas, formaban un conjunto armónico animado por un mismo sentimiento de alegría bulliciosa y de deliciosa esperanza. La reina no asistió a la corrida a causa de su estado, pero sí el infante, que fue a la plaza desde su palacio de San Juan en un coche de gala tirado por seis caballos y con lucida escolta.

Sorprendióme la grandiosidad del espectáculo. La inmensa plaza, capaz de más de doce mil personas, estaba llena. Véase en los palcos cubiertos a lo más elegante y distinguido de Madrid, sin exceptuarse las señoras del cuerpo diplomático. Como todos los palcos son de propiedad particular, el extranjero que desee asistir desde ellos a la corrida tiene que contar con algún abonado que lo invite.

Pero lo más notable y pintoresco del espectáculo está en las gradas descubiertas que ocupan el espacio que hay entre las barreras y los palcos, donde se extiende un mar de cabezas y se apiña una muchedumbre vestida de chaquetas y de trajes de colores, y cubierta de sombreros españoles y de mantillas, en cuya confusa masa se percibe el constante agitarse de millares de abanicos. Las manolas de ojos deslumbradores, los jóvenes elegantes del pueblo con sus cha-





el café de Levante
que tiene y
el café de Levante

MADRID. RINCÓN DEL CAFÉ DE LEVANTE. c.1850?

Al Café de Levante, en Madrid, acudía esa gente pacífica, de pasiones claras y ademanos torpes que ya Balzac, en su *Comédie humaine*, calificó de burguesía *sin principios*. Ganaderos con el dinero de una venta feliz en la carrera. Viejos pensionistas cuya única depravación era la asistencia a un baile de candil. Señoras machuchas retiradas del servicio de Venus. Milita-

El café Levante hacia 1850. Museo Municipal de Madrid.

quetas bordadas y corbatas de vivos colores; el pueblo, en fin, en su traje de día de fiesta y con los semblantes rebosando buen humor y alegría, se amontona en esas gradas formando una masa impenetrable. Toda esa gente está dispuesta a aplaudir, a censurar y a divertirse con la más absoluta y soberana independencia. [...]

Una tertulia

La noche que estuve en su casa, la tertulia era sólo de hombres y ninguno llegó antes de la una.

No hay idea de libertad como la de que allí se gozaba. Se entraba y salía sin saludar, se fumaba, se charlaba, se callaba, se paseaba... hasta había quien se echaba a dormir. Hacía cada cual lo que le daba la gana, en la más absoluta extensión de la palabra. Lo menos extraordinario de aquella reunión es que la señora de la casa comience a recibir después de la media noche.

Al entrar entreví como en un sueño a una muchacha muy joven y muy linda, sobrina, según me han dicho, de la dueña de la casa, pero que no asiste a sus tertulias.

La independencia con que se hablaba en una reunión como aquélla, en que había hombres de todos los partidos políticos, le daba un carácter no menos original que divertido. Nadie se recataba de manifestar claramente sus opiniones, aunque estuviese presente un ministro; al contrario, contribuía esa circunstancia a hacer la conversación más picante.

Plaza de Oriente

La plaza de Oriente, en que vivo, es, a mi juicio, uno de los sitios mejores de Madrid, aunque me han dicho que en época anterior era de los más ingratos y abandonados. Creo que en invierno debe de tener el inconveniente de estar expuesta al aire frío y sutil del nevado Guadarrama. Fórmanla buenos edificios dispuestos en semicírculo frente al Palacio real. Ocupa su centro un jardín o glorieta, como lo llaman, poblado de árboles frutales y de flores de todos matices y de deliciosa fragancia. Es esa glorieta de forma elíptica y tiene el piso algo más alto que el nivel de la plaza. Todo en redondo de ella, hay un paseo ancho bordeado de árboles y de cuarenta y ocho estatuas

colosales construidas en tiempo de Felipe V, que representan a los reyes de España. Fueron hechas para adornar la cornisa del Palacio real; de modo que se encuentran fuera de su sitio. [...]

Corona el pedestal la estatua ecuestre de bronce de Felipe IV, que fue trasladada allí desde el Buen Retiro. Es obra del florentino Pedro Tacca, como lo dice una inscripción grabada en el caballo. La actitud arrogante del noble animal, la apostura del caballero y lo bien acabado de la obra hasta en sus más menudos detalles hacen de ella una de las más notables estatuas ecuestres de los tiempos modernos.

Todas estas observaciones las hice esta mañana a una hora desusada, porque M... se presentó a las seis en mi habitación y se empeñó en llevarme de buen o mal grado a dar un paseo matutino. Andarán incansable, y poco conforme con el sistema madrileño de hacer de la noche día y vivecersa, no admitió excusa y me sacó a la calle.

Puerta del Sol

La Puerta del Sol, que es el lugar más animado de la villa, estaba ya llena de gente a pesar de lo temprano de la hora, aunque no por la que suele concurrir allí a medio día. No es a la verdad ni grande ni bonita, ni le cuadra el nombre de *Puerta del Sol* que lleva, y que, según mi cicerone, tiene por razón el haber habido allí en el siglo XVI un castillo en que estaba pintado un sol. Sus ventajas consisten, creo yo, en su posición céntrica y en estar formada por la confluencia de las calles principales de Madrid: Mayor, Alcalá, Carretas, San Jerónimo, Montera, Carmen y Arenal.

Dando frente al oeste de la plaza está la iglesia del Buen Suceso, edificio mezquino y pobre, en que hay un reloj, iluminado por la noche, que indica la hora en que viven a los vagos que pasan allí el tiempo oyendo y comentando las noticias, chismes y cuentos del día. ¡Cuántas horas se han perdido allí de esa manera!

Pasamos por varios palacios de grandes, notables casi todos por su aspecto antiguo y maciza construcción. Entre ellos está el del conde de Oñate, edificio inmenso del siglo XVI, desde cuyo balcón principal solían antiguamente los reyes presenciar el paso de las procesiones por la calle Mayor.

Recorrimos la calle de Alcalá, verdadera calle de palacios. [...]

El Retiro

Seguimos andando hasta llegar al Retiro, en el cual entramos por la puerta de la Glorieta, que está contigua a la de Alcalá. Estuvimos unas cuantas horas paseando por sus magníficos jardines y arboledas, sin encontrar sino niños y nodrizas y algunos contados madrugadores que tenían el buen gusto de preferir el aire delicioso de la mañana al sofocante de la tarde, que es la hora a que la gente elegante acude al Retiro, antes de la que la costumbre tiene señalada para ir al Prado o a la Fuente Castellana.

Atrajo especialmente mi atención el magnífico jardín llamado el *Parterre*, lleno de rosas de todas clases, jazmines, heliotropos, violetas y otras flores de exquisita fragancia.

Pasamos por la orilla del estanque grande. En la opuesta están los jardines particulares de S. M. El estanque es bastante hondo para botes pequeños, varios de los cuales se guardan en el embarcadero chino, situado en la orilla de enfrente y destinado a la familia real. Al presente está entregado el estanque a una tribu de patos blancos, a los cuales se entretenían unos niños en echar pedazos de pan cuando nosotros pasábamos. Bordéanlo anchos paseos y más allá de ellos hay otros que conducen al lugar ocupado antiguamente por su famosa fábrica de porcelana.

Desde allí nos dirigimos a la izquierda y llegamos a una casa en que se encierra una bonita colección de fieras; pero no se nos ocurrió entrar a verlas, porque pensamos que las fieras, como los hombres civilizados, son iguales en todas partes.

Teatros

El tiempo se pasa aquí muy a prisa. Entre las obligaciones de mi cargo, tertulias, comidas, el Casino, la Ópera, los teatros, pasear a caballo o en coche y hacer excursiones al campo, se me hacen muy cortos los días, aun contando en ellos buena parte de las noches, según aquí se acostumbra.

He dedicado muchos de mis ratos de ocio a visitar el Museo, del cual trataré cualquier día de daros una idea; aunque es difícil hacer una descripción, como quiera que sea, de una galería de cuadros que creo de veras la primera de Europa.

Uno de los teatritos más divertidos de aquí es el *Circo*, que tuvo en otro tiempo el destino que su nombre indica, bajo la dirección

de la compañía francesa de Paul, Avrillon y otros; más adelante dedicado a ópera italiana, y ahora a un entretenimiento de nuevo género: a una especie de ópera cómica española que llaman *zarzuela*. El teatro es de forma inconveniente, especialmente para los que ocupan los palcos; pero goza, con todo, de gran favor con el público, por ser ligera y bonita la música que allí se oye, y buena la ejecución de las piezas que se representan. [...]

La zarzuela de anoche era *Don Simón*, farsa risueña que fue ejecutada con mucha gracia. El canto de uno de los principales actores, que tiene por letra: «Soy la nata y flor del amor», fue aplaudido estrepitosamente y hecho repetir. Debo advertir, sin embargo, que los españoles, como auditores, son más bien fríos, o quizás estaría mejor dicho críticos. Es tanta su afición a la música y tan recto su juicio, que no tolerarían un cantante mediano. Las galerías están generalmente atestadas de gente de chaqueta y sombrero español con sus familias, y hasta me han dicho que hay muchos que se pasan allí la noche, tanto por divertirse como por conveniencia, encontrando que les sale más barato estar en una sala bien alumbrada y oír buena música que encender las lámparas y los braseros de sus casas. [...]

El *Teatro del Príncipe* es de otro estilo. Es grande y está bien adornado, y se representan en él las mejores piezas modernas de la escuela española. [...]

El teatro de *Lope de Vega* tiene la ventaja de contar en su compañía con los dos hermanos Romeas, actores muy buenos ambos. Representáanse en él las mejores obras de Lope de Vega, Moratín, Calderón de la Barca y otros grandes autores dramáticos españoles. Puede considerársele, pues, como más nacional que el del *Príncipe*; pero en la representación fiel de las costumbres nacionales del día y del actual pueblo de Madrid, el primero es el *Circo*.

Día de Difuntos

Ayer fue día de Difuntos, festividad que se celebra aquí rigurosamente, acudiendo todo el pueblo a los cementerios a rezar por los muertos. La turba, a pie o en coche, y con un aire de seriedad, raro en los españoles, impreso en los semblantes, inundaba las iglesias y los *camposantos*, con gran orden y recogimiento.

Todas las calles que conducen a los cementerios estaban llenas de peregrinos; familias enteras, hombres, mujeres y niños, se

dirigían a las necrópolis. Era toda una ciudad de vivos visitando a una ciudad de muertos.

Quedó la villa casi desierta, mientras miles de coches se apiñaban en los caminos de extramuros.

Estaban los sepulcros adornados de flores, coronas de siemprevivas y ramos de rosas. Innumerables candelas de cera ardían delante de cada monumento, y los himnos fúnebres resonaban dentro de las iglesias. [...]

Tenemos ahora tiempo seco y despejado y sin trazas de lluvia. El cielo no puede ser más diáfano, lo que influye en el carácter y humor del pueblo, pues no cabe estar triste con cielo tan alegre.

Museo del Prado

Todavía no os he hablado del *Museo Real*, porque cada vez que lo visito descubro en él nuevas bellezas, pareciéndome que toda descripción que de él haga ha de ser pálida e imperfecta para dar idea de lo que es y de lo que vale.

Está dispuesto de modo que se puede estar allí horas enteras sin sufrir cansancio ni helarse como en la *Academia*.

Las vastas galerías están caldeadas, disfrutándose en ellas una temperatura agradable. Hay además sillas y bancos de terciopelo carmesí colocados a lo largo de los muros, reinando en sus salas el orden y tranquilidad más perfectos.

En el *Louvre* me he helado, y en *Versalles*, además de helarme, me he cansado, sin poder desquitarme del mal rato. [...]

La colección de pinturas puede ser considerada hoy como la primera del mundo; lo que no es sorprendente si se tiene en cuenta que, además de la protección concedida por los monarcas españoles a los artistas que ilustraron las tres escuelas nacionales de Sevilla, Madrid y Valencia, todos los grandes maestros de los reinos que formaban sus dominios en la edad de oro de la pintura contribuyeron a enriquecer sus iglesias y palacios con las mejores producciones del arte, ofreciendo los más nobles esfuerzos de sus ingenios a los reyes de la casa de Austria.

No tiene, pues, rival el *Museo* en lo que llaman los españoles *conjunto*, o sea en la reunión de las principales obras de muchos grandes maestros, no sólo de las escuelas españolas, como Murillo, Velázquez, Juanes, Ribera, etc., sino de las italiana, flamenca, holandesa y francesa, como Rafael, Rubens, Van Dick, Tiziano, Tenier, Leonardo de Vinci y otros muchos.

Entierro de la Sardina

Hay aquí una costumbre extraña en el primer día de la Cuaresma.

Después de la misa y de la bendición de la Ceniza, todo el pueblo de Madrid acude al *Canal* a celebrar la ceremonia llamada *Entierro de la Sardina*.

Miles de personas, algunas de ellas enmascaradas, se dirigen allí en tumulto, llevando en procesión una sardina encerrada en una cajita. Hay muchas familias que llevan sus correspondientes cestas de provisiones para comérselas *al fresco* a la orilla del agua.

La ceremonia es extraña por varios conceptos, y principalmente por lo inoportuna, después de empezada la Cuaresma, pero es curioso ver el orden y el entusiasmo que reinan en ella. [...]

Estas mujeres del pueblo tienen el timbre de voz más bonito y dulce que puede imaginarse. Las manolas hablan en tono mucho más suave que las señoras de clase más alta. La cosa parecerá extraña, pero es cierta.

Si en alguna ocasión se muestra grave y serio el populacho de Madrid es cuando baila. En cuanto suena la guitarra, se forman grupos; cada cual ocupa su puesto como cosa de rúbrica, y comienzan a bailar la jota, el bolero o el fandango, bailando los hombres unos con otros si faltan mujeres. No parecen cansarse nunca. Sus semblantes, aunque serios, demuestran la satisfacción más completa. Los espectadores aplauden a los que mejor bailan. Se guarda gran decoro y compostura en esos bailes, mucho más que en la polka y en el cotillón alemán de los saraos de tono.

Alrededores de Madrid

Hace un tiempo primaveral. Los árboles comienzan a florecer, y en los mercados y en las esquinas de las calles se venden ya ramilletes de flores tempranas.

El campo que rodea a Madrid es árido y desolado por falta de agua. La naturaleza ha puesto aquí muy poco de su parte. Han cultivado los labriegos todo pedazo de tierra susceptible de serlo, pero ni hay árboles ni se ven tampoco quintas ni viviendas de importancia por estos alrededores.

A los españoles no les gusta la vida campestre. Para ellos, vivir en el campo es privarse de todo y habitar casas desnudas y mal per-

geñadas. Habrá quien tenga caballos y escopetas para pasearse y cazar donde haya qué, pero carecerá de todas las comodidades y lujos de la población, que en el campo de aquí son completamente desconocidos.

A quien haya visto las casas de campo de los madrileños no puede sorprenderle que no les guste el campo. Para ellos Madrid es el centro de la moda, de la elegancia, de la alegría, de la comodidad y del lujo. Los nobles van de cuando en cuando a sus residencias campestres por capricho, a cazar, pasear a caballo o jugar al billar; pero se figuran que todo el tiempo que se han pasado en el campo se han estado embruteciendo, y se apresuran a volver a sus cómodas casas de la villa, tostados por el sol y cansados por el ejercicio.

Lo que podría lograr el arte, sin embargo, ayudando a la naturaleza, o a veces contrariándola, puede comprenderse viendo algunas quintas de los alrededores de Madrid. [...]

Cabalgamos ayer M..., yo y dos o tres más, y nos dirigimos al palacio campestre del duque de Osuna que lleva por nombre la *Alameda* o el *Capricho*.

Salimos de Madrid por la puerta de Alcalá, siguiendo el ancho camino real, arenoso y polvoriento, aunque en bastante buen estado, que atraviesa unos campos bien poco interesantes, cuya monotonía rompen las montañas que a lo lejos se divisan. Todo, sin embargo, está cultivado: hasta las peladas rocas; pero ni árboles ni agua dan vida al triste paisaje.

Después de una hora de trote llegamos a las puertas del *Capricho*.

La fortuna y el buen gusto han hecho allí maravillas, convirtiendo el yermo en un jardín florido. A fuerza de dinero se ha llevado agua a esos lugares. Un profundo arroyo atraviesa el vergel, y frondosos árboles de grandes copas se reflejan en las aguas cristalinas de un espacioso estanque.

El palacio es un edificio hermoso y esbelto y muy bien situado, tanto por la vista que presenta como por la que desde él se disfruta.

Semana Santa

Nada cabe más solemne ni más imponente que las ceremonias de la Semana Santa en Madrid. Las iglesias están llenas desde la mañana a la noche, y hay grandísima devoción en el público.

A pesar del gentío y de las apreturas, la costumbre que hay en los hombres de dejar adelantarse a las mujeres hace que estén separados de ellas. Más de la mitad de la nave desde el altar mayor hacia atrás

está, por lo general, ocupada por mujeres, y el resto hasta la puerta por hombres.

Predícanse dos sermones al día en todas las iglesias; se dicen misas desde las seis hasta las dos; se expone el Santísimo Sacramento; se celebran novenas, y en ciertas iglesias hay *Cuarenta Horas y Reservas*, que duran hasta después de anochecido.

Cuando encuentra la reina al Santísimo en la calle, se baja del coche, entrando en él el sacerdote con el viático, y ella sigue detrás a pie, a veces por las calles peores y más sucias de la villa, hasta la casa del moribundo.

Romería de San Isidro

Fui ayer a la fiesta campestre de San Isidro, llamada la *Romería*.

Todo el pueblo de Madrid estaba bailando jotas, fandangos y boleros a la orilla del río. Por todas partes se oían guitarras y castañuelas, y se veían *manolos* y *manolas* locos de alegría.

El traje del *manolo*, así como su carácter y costumbres, han cambiado mucho, sin duda, desde que D. Ramón de la Cruz introdujo el tipo en sus divertidos *sainetes* (así se llaman las farsas españolas). Hoy viste chaqueta corta y ceñida, con muchos botones de plata; chaleco, también abierto, con innumerables botones; camisa bordada con el cuello forrado de encarnado y ceñido por un pañuelo de colores vivos, cuyos extremos pasan por una sortija; cinturón escarlata o amarillo; pantalones anchos; medias blancas y elegantes zapatos. Un sombrero *calañés* de copa llana, con las alas vueltas hacia arriba todo en redondo, ha venido a sustituir al antiguo de copa alta y puntiaguda, poco usado ahora, pero que era más gracioso. Un palo en la mano y un cuchillo al costado completan el traje actual del manolo, sea zapatero, carnicero, *calesero* o cualquiera otro su oficio o tráfico.

La *manola*, proverbial por su gracia, agudeza e independencia, por su indomable insolencia, ignorancia, odio a los extranjeros y costumbres viciosas y disipadas, constituye aún un tipo especial, pero ha experimentado muchos cambios desde aquellos días en que el pasar por ciertos lugares de Madrid, en que solían ellas reunirse, era hasta peligroso, especialmente para los extranjeros.

En vano han tratado señoras de más alta clase de imitar a las manolas en gracia, agudeza, respuestas chistosas y oportunas, traje y demás peculiaridades que las distinguen, como la falda acampanada y bordada, las medias de color de perla, el zapato de corte alto, la

rayada mantilla echada atrás con aire inimitable, el trenzado pelo, el andar especial suyo y, especialmente, la voz meliflua y de modulación prolongada con que pronuncia sus agudos e insolentes dicharachos y réplicas.

Vendedoras de flores y frutas o cigarreras, algunas de esas manolas fueron celebradas por su gracia y su belleza: *Jeroma la castañera*, *Pepa la naranjera*, *María la bordadora*, tuvieron sus días de fama y atrajeron a su clientela a los pollos más distinguidos de la capital. En los últimos años, sin embargo, su fiereza en ciertos motines y revoluciones, en que probaron ser dignas rivales de las *poissardes* francesas, atrajo la atención de la autoridad. El progreso de la civilización ha alcanzado a esta temible clase de gente. Sus hijos se han educado en escuelas gratuitas, y el tipo original va desapareciendo poco a poco. Un extranjero bien vestido puede andar ahora por el distrito llamado *Lavapiés* sin que se le insulte.

Aranjuez

El último miércoles nos reunimos unos cuantos del cuerpo diplomático para hacer una expedición a Aranjuez, lugar de ideal hermosura.

Así como El Escorial es la más grande y sombría de las residencias reales, así es Aranjuez la más encantadora; un verdadero templo del placer. El Escorial es muy propio para sepulcro de los reyes de España, Aranjuez para teatro de sus diversiones.

El ferrocarril no es, ciertamente, un medio muy poético de ir a esos jardines de Armida; pero como los coches son cómodos, espaciosos y bien arreglados, y conducen al viajero con la velocidad del pensamiento a través de un campo polvoriento y poco interesante, no hay a qué quejarse de ese medio de locomoción.

Hacía calor, pero no con exceso, y desde que llegamos a Aranjuez respiramos un aire embalsamado por la fragancia de las flores. [...]

Siguiendo los consejos del conde G..., que nos guiaba, nos dirigimos a los preciosos jardines del Príncipe. En ellos está la llamada *Casa del Labrador*, irónicamente sin duda, porque es un pequeño palacio lleno de curiosidades y objetos preciosos.

Fue construida por Carlos IV, y es una linda casa de campo entre florestas y vergeles. Está llena de objetos de arte, todos de fabricación española. Las salas son largas y bajas de techo; algunas pequeñísimas, y todas cubiertas de pinturas, muchas de ellas de

Luca Giordani. Las escaleras son estrechas, y sus balaustradas doradas. [...]

La casa es, en conjunto, un juguete raro y costoso. Recorrimos muy de prisa sus numerosos departamentos y salimos a dar un paseo por los jardines del Príncipe, verdadero laberinto de árboles altísimos, corpulentos y frondosos, llevados allí de todas partes del mundo y que prosperan en aquel privilegiado suelo como en el suyo propio, y de flores las más brillantes y variadas.

Admiramos particularmente los gigantescos álamos y cedros, cuyos troncos apenas pueden abarcar cinco hombres. La fragancia de aquellas flores es exquisita. El ambiente está saturado de esencia de rosas y de jazmines.

Los jardines, a pesar de su inmensa extensión, pues tienen unas cuantas millas de circuito, están perfectamente cuidados. Un fuerte malecón de mampostería los defiende de las riadas del Tajo. Cultívanse en ellos frutas de todas clases; hay lagos cristalinos, islas umbrosas, fuentes de hermosa arquitectura; todo embelesa allí el ánimo y acaricia los ojos con la continuada y placentera variedad de las escenas.

A medio día molestaba el calor, a pesar de los árboles y fuentes, y propusieron las señoras que volviéramos a montar en los coches y fuéramos al *Jardín de la Isla*.

El Tajo tenía ahora un color oscuro y parecía como fangoso, pero el agua de las cascadas que hay frente al hermoso palacio real, situado en su orilla, estaba clara como el cristal.

El palacio es una residencia encantadora. Sus salas son grandes y altas de techo, y desde sus ventanas se deleita la vista al esparcirse sobre una masa de vergeles, fuentes y flores de los colores más vivos. Esa brillantez extremada de colores en la vegetación es notable y fue motivo de asombro para todos los excursionistas de la partida. Hay en esos colores algo de tropical: las rosas son más encarnadas, los claveles de un carmesí más vivo, los árboles de un verde más intenso que los de otras partes. [...]

Pero nada hay en Aranjuez tan encantador como el *Jardín de la Isla*. Está formada esa isla por la confluencia del río y un canal. Ni en la fantasía soñadora de los poetas pueden encontrar mejor modelo los fabulosos jardines de Armida, que inevitablemente recuerda el que recorre estos vergeles. La sombra deliciosa de los árboles altos y frondosos, impenetrables a los rayos del sol; los templetos, fuentes y estatuas marmóreas; el lejano rumor de las cascadas; los cantos de miles de pájaros, habitantes por nadie molestados de estas arboledas; la exquisita fragancia de la atmósfera; todo cuanto puede encantar

los sentidos, se reúne en estos lugares en grado superior a cuanto puede imaginarse.

Verbena de San Juan

Estuve la noche víspera de San Juan en la *verbena*.

¡Cómo se divierte este buen pueblo de Madrid! Con sus fiestas, teatros, ferias, corridas de toros y bailes a la luz de la luna hay bastante para desesperar a todos los utilitaristas del mundo. Puede decirse que se pasa la vida en una fiesta continua. No puedo figurarme a este pueblo en revolución. Creo que se pondría a bailar la jota. ¡Y qué gente tan guapa, tan franca y tan independiente hasta en su modo de divertirse! ¡Qué vehemente de carácter, qué alegre sin frivolidad ni ligereza, qué decente y decorosa en todos sus actos!

Hacía una noche de luna clarísima. El Prado estaba de gente que no se podía dar un paso. Por acá se tocaba la guitarra, por allá se cantaban aires nacionales, por acullá se bailaban *jotas* o *manchegas*. Unos se entretenían en engullir una especie de tortas de harina que llaman *buñuelos*, conforme iban sacándolas de las sartenes llenas de aceite hirviendo colocadas en fogones portátiles en que se las freía; otros, en los aguaduchos, tomaban agua teñida con vino tinto o acompañada de unos panales de azúcar que llaman *azucarillos*.

Las mujeres del pueblo iban vestidas con sus trajes ordinarios de faena. Los bailarines, muy serios, como de costumbre, y sin demostrar atención alguna a lo que pasase alrededor suyo, se esforzaban en sobresalirse unos a otros por la variedad y complicación de las figuras y pasos. Vimos a un muchacho bailando tan admirablemente *manchegas*, que fue varias veces calurosamente aplaudido. Nos encontramos filas de muchachas enlazadas por los brazos y tocando las castañuelas ellas solas por falta de parejas. Todos eran incansables: músicos, danzantes, compradores y vendedores.

Estuvimos en la verbena hasta las tres de la madrugada, sin que ocurriera en todo ese tiempo el menor desorden. Probablemente al acabarse la fiesta sería mayor el bullicio.

Traducción de Cristóbal de Reina



19. Hans Christian Andersen (1862)

El gran cuentista danés Hans Christian Andersen (1805-1875) tuvo desde la infancia un vivo interés por España, «ese país mágico tras los altos Pirineos», como dice en un verso de un poema juvenil. Temas españoles aparecen frecuentemente en su obra, y el deseo de conocer el país no le abandonó hasta que en 1862 pudo por fin realizarlo. De septiembre a diciembre de ese año viajó Andersen por Cataluña, Valencia y Andalucía, y al final, de vuelta ya hacia el norte, pasó unas semanas en Madrid. El fruto literario de este viaje fue I Spanien (1863), libro que Marisa Rey tradujo hace pocos años con el título de Viaje por España.

Los capítulos de esta obra relativos a las regiones levantinas y andaluzas, llenos de entusiasmo y lirismo, forman un notable contraste con el dedicado a Madrid. En efecto, Madrid decepcionó a Andersen por dos razones muy diversas: la primera fue el clima, pues lo que menos se hubiera esperado este autor venido del frío era encontrar nuestra «sureña» capital cubierta de nieve; la segunda fue la tibia acogida que le dispensaron los literatos de la ciudad, como Hartzenbusch y el duque de Rivas, para quienes aquel viajero danés era un perfecto desconocido. La vanidad de Andersen, acostumbrada a los halagos y los mimos de otras cortes europeas (donde gozaba ya de una justa celebridad), salió muy maltrecha de estos encuentros, lo que no contribuyó a embellecer las escasas páginas que escribió sobre Madrid. Con todo, en algunos de los pasajes que hemos seleccionado (como la evocación de Cervantes) queda patente la grandeza del escritor.

El primer día preferí quedarme en casa para descansar bien. El día amaneció crudo y desapacible, y ¡oh sorpresa!, los tejados estaban blancos de nieve; había llegado el invierno a Madrid. Abajo, en la plaza donde convergen las vías principales de la ciudad, estaba todo negro y fangoso; carros de mulas con alegres campanillas, cocheros y simones, iban y venían. Pasaban soldados a pie, otros a caballo; campesinos envueltos en sus amplias mantas rojas y con boinas vascas color de fuego; señoras, aunque no muchas, pues el tiempo era demasiado desagradable para ellas; caballeros embozados en sus capas hasta la nariz. Nada, en suma, nuevo o singular descubrí aquí, y eso que era la plaza más concurrida de Madrid, el corazón de la ciudad, la Puerta del Sol. La primera ojeada al exterior no era muy prometedora, pero todo puede cambiar para mejor, quien sabe, a lo mejor echábamos raíces en Madrid y nos quedábamos aquí todo el invierno. ¡Qué optimista! [...]

El tiempo era frío y desabrido; la nieve de los tejados se derretía, claro que al día siguiente volvían a estar cubiertos de nieve recién caída. Por fin, el cielo se tornó de un nítido azul; pero soplaba un viento que yo mismo, que procedo de uno de los puntos cardinales del viento -del norte- encontré diabólico. Era tan frío, tan penetrante, tan seco, como lo dicen los españoles:

«El aire de Madrid es tan sutil
que mata a un hombre
y no apaga un candil.»

[...] En el norte, país de las nubes, vive el viento en la playa abierta y en cada esquina de las calles; hay muchas esquinas y en cada una vive también un poeta. Si es un poeta bien nacido y como Dios manda, entonces arde en deseos de belleza, está pleno de avidez de lo romántico; dejadle que venga aquí, dejad a todos ellos que vengan directamente a Madrid en la época del año que les apetezca. Vienen en verano, el sol los derretirá; vienen en invierno, recibirán la caricia de los témpanos de hielo, se les helarán los dedos y el agua-nieve les penetrará por la parte superior del cuero de las botas hasta los chanclos, y en caso de quedarse en Madrid, ¿qué habrían visto de España? Madrid no tiene carácter de ciudad española, y mucho menos de capital de España. El que lo sea, se debe a un capricho de Felipe II, y seguro que hubo de helarse y sudar por cumplir con su real voluntad.

Una sorprendente joya tiene a pesar de todo Madrid, única en su clase: la galería de arte, una perla, tesoro digno de verse, merece la

pena venir a Madrid sólo por eso. Durante nuestra estancia aquí disfrutamos todavía de otro gran acontecimiento artístico: la ópera italiana. Pero habiendo señalado ésta y el museo, ya no hay nada más interesante o de mérito que contar. Fuera del teatro hacía un frío crudo, dentro se estaba en una sauna, envuelto en humo y vapor. La espesa niebla del humo del tabaco de los muchos cigarros que fumaba la gente en los descansos, y el tufo del gas, penetraba todos los palcos. A pesar de todo se quedaba uno aguantando hasta medianoche, fascinado con aquella riqueza musical con que nos obsequiaba la «signora» La Grange. [...]

La ópera y la galería de arte, esta última una delicia para la eternidad, deberían ciertamente dar a Madrid algo que la pusiese a la cabeza de otras ciudades, digo yo. Mas ocurre con las ciudades como con la gente: o le atraen a uno o lo rechazan. París no será un lugar que yo elija por gusto; Venecia no me agradó nunca, tenía allí de continuo la impresión de hallarme en los restos de un naufragio en el mar. Madrid para mí es un camello derrumbado en el desierto; yo tomé asiento sobre una de sus gibas y oteé los alrededores, pero me sentía incómodamente sentado y el asiento salía muy caro.

Además de la Puerta del Sol, la plaza donde vivíamos, hay en Madrid un par de plazas más dignas de mención, cada una con su peculiaridad propia. La más bonita es la amplia y frondosa Plaza de Oriente, frente al Palacio Real; bajo la espesura del follaje de los árboles se yergue un corro de estatuas de reyes y reinas de León y Castilla. El palacio en sí es un edificio grande y compacto, pero desde la terraza y desde una parte de la misma plaza, se domina un panorama amplio y bello por encima del jardín hasta los campos que descienden hacia el Manzanares, con las montañas que asoman por detrás de El Escorial, de fondo. En esta época estaban cubiertas de nieve, y cuando el cielo estaba claro y azul ofrecían un aspecto pintoresco.

La Plaza Mayor, que se encuentra cerca de aquí, es algo totalmente diferente; en ella se siente uno oprimido como en el patio de una cárcel, mas no puede negarse que es la más peculiar de todas las plazas madrileñas. Tiene un aspecto medieval; es más larga que ancha y en su centro tiene una estatua ecuestre de bronce de Felipe III. Bajo los altos soportales que rodean su ámbito hay solamente pequeños e insignificantes comercios, donde se venden gorras, pañuelos de lana y objetos de ferretería. Antiguamente esta plaza fue escenario de las sangrientas corridas de toros y los execrables autos de fe; todavía se alza aquí el antiguo edificio con sus torres y alféizares artísticamente labrados, desde cuyos balcones presenciaba el rey

de España con toda su corte, el espectáculo de los toros y de la quema de las víctimas de la Inquisición; el esquilon que daba la señal de muerte cuelga todavía de uno de los muros. En esta plaza vi a menudo grandes grupos de soldados haciendo corro en torno a algún titiritero que allí mostraba su arte; al anochecer los chicos pobres encendían una hoguera para calentarse. En el escalón, al pie de la arcada, había sentadas dos figuras miserables: una vieja harapienta y un viejo de pelo blanco, envuelto en una capa toda rota y sucia; ambos tocaban un instrumento ronco y cantaban con una voz igual de ronca. Ninguno de los transeúntes que pasaban por delante de ellos les daba nada; de todos modos, ellos seguían aguantando, como si el tiempo crudo les hubiese dejado pegados a la piedra húmeda; tal vez cantasen el romance del Cid o algo sobre la felicidad del amor.

La Plaza de las Cortes es una plaza insignificante, tan sólo un ensanche irregular de la calle delante del edificio donde se reúne la Junta de Gobierno en el Palacio de los Diputados; pero para el forastero no tiene esa plaza más mérito que un monumento: la estatua de un hombre en uniforme militar, a la usanza española antigua, con gola y estoque. El monumento en sí carece ciertamente de grandeza, se pasa por delante y no le da uno importancia, como si se tratase de un militar cualquiera que ya nadie recuerda. Mas, oyendo su nombre, al momento nos detenemos embargados por un sentimiento de agradecimiento y de dicha; la estatua que ante nosotros tenemos caminó en carne y hueso un día por la tierra, fue un rey del ingenio cuyas obras iluminaron todo el orbe culto; su memoria es una bendición. Con toda la facultad de su fuerza viril arrastró cadenas de esclavo; por su patria, por España, sacrificó en la lucha su brazo izquierdo; y sus contemporáneos le dejaron pasar hambre y miseria, le trataron con indiferencia, no supieron reconocer y apreciar su valía. Ahora, aquí esta el monumento con la inscripción:

«A Miguel de Cervantes Saavedra
príncipe de los ingenios españoles.»

Traducción de Marisa Rey





Alzamiento del pueblo de Madrid en la Plaza Mayor en 1854.



20. Jean-Charles Davillier (1862)

L'Espagne, obra escrita por el barón Jean-Charles Davillier (1823-1883) e ilustrada por el gran artista Paul-Gustave Doré (1832-1883), es uno de los libros de viajes más célebres, leídos y traducidos del siglo XIX, y sin duda uno de los más hermosos en su edición original. Obra monumental (800 páginas en cuarto mayor), en la que se relata exhaustivamente el largo viaje que hicieron Davillier y Doré en 1862 por todas las regiones españolas, fue publicada por entregas en la revista «Le Tour du Monde» de París de 1862 a 1873; su primera edición en forma de libro, con 309 grabados sobre madera, data de 1874. En fin, es una de esas joyas codiciadas por los bibliófilos que producen la misma impresión que las grandes catedrales góticas: admiración reverencial ante su tamaño y riqueza, acompañada por la melancólica conciencia de que hoy día sería imposible realizar una obra semejante.

La parte dedicada a Madrid no desmerece del conjunto en densidad y amenidad, como demuestran los pasajes que hemos seleccionado. Es verdad que Davillier no es muy original, que abusa un poco del dato erudito y de las fuentes ajenas, y que su prosa, sin los magníficos grabados de Doré, parece sin duda menos brillante; pero su interés por lo popular, la riqueza de sus descripciones y la plasticidad de sus cuadros de costumbres madrileñas compensan con creces al lector.

¿Es saludable el clima de Madrid? Es una cuestión muy controvertida. Unos pretenden que el aire, que es muy fino, es también muy sano: esta razón, dicen, decidió a Felipe II a hacer de ella la capital del reino. Antiguamente se enviaba aquí a las reinas a dar a luz, para que los príncipes respirasen un aire puro desde su nacimiento. Por

otra parte, buen número de refranes dan a entender que esta fama es exagerada; sobre todo aquel según el cual:

*El aire de Madrid es tan sutil,
Que mata a un hombre
Y no apaga un candil.*

Es de las montañas de Guadarrama, cubiertas de nieve hasta la primavera, de donde viene este soplo pérfido; así, la mayoría de los habitantes tiene la precaución de *embozarse en la capa*, tapándose la boca con el pico. Lo cierto es que los cambios de temperatura son muy frecuentes y muy bruscos, lo que según aseguran ocasiona ciertas enfermedades, sobre todo hacia el final del invierno, la más peligrosa de las cuales es la *pulmonía*. Sin duda es la frecuencia de estas enfermedades la que ha dado origen a este refrán:

*Aun las personas más sanas,
Si son en Madrid nacidas,
Tienen que hacer sus comidas
De píldoras y tisanas.*

Si el frío es muy intenso en invierno, los calores del verano son a menudo insoportables en Madrid, lo que hace decir que hay *tres meses de invierno y nueve meses de infierno*. Por lo demás, buen número de escritores satíricos españoles han ejercido su inspiración sobre la capital, empezando por Góngora, quien pretendía que merecía el nombre de infierno. «*Éste es Madrid*», dice el poeta, «*¡mejor dijera infierno!*» Sea como sea, con sus recientes mejoras, Madrid es hoy una de las primeras ciudades de Europa, sobre todo desde el punto de vista intelectual: hay pocas que posean los recursos que ofrecen sus bibliotecas y museos a los artistas y a los sabios; lo cual sea dicho, no obstante, sin ir tan lejos como esos entusiastas que pretenden que el mundo entero debe callarse ante Madrid: *¡Donde está Madrid, calle el mundo!*

Puerta del Sol

La *Puerta del Sol* es aquí lo que el *Ágora* era en Atenas y el Foro en la Ciudad Eterna: es el corazón en el que desembocan las arterias de la ciudad, el centro de la vida y el movimiento, el lugar de cita de

los paseantes, los ociosos y los buscadores de noticias. Por lo tanto empezaremos por esta célebre plaza nuestra revista de la capital de España. Digamos de entrada que la Puerta del Sol, pese a su nombre, no es una puerta, sino una plaza. Como corresponde a una plaza tan famosa, tiene títulos de nobleza auténticos y suficientemente antiguos, pues se remontan por lo menos al siglo XV. (...) Desde hace unos años, el aspecto de la Puerta del Sol ha cambiado por completo: en el solar del Buen Suceso se ha erigido un inmenso edificio, que alberga el mayor hotel y el mayor café de la ciudad; las construcciones miserables han sido derribadas y sustituidas por casas regulares; al mismo tiempo, varias de las calles contiguas, estrechas, sucias y tortuosas, han sido alineadas y reconstruidas. La fuente de antaño ha sido reemplazada por un gran pilón del que brota un altísimo surtidor. La *Gobernación*, imponente edificio del siglo pasado, que ocupa uno de los lados de la plaza, contribuye a dar al conjunto un aspecto monumental.

Los alquileres son carísimos en Madrid; los terrenos cercanos a la Puerta del Sol alcanzan casi los precios de París: el *solar*, como se dice aquí, que se vende por pies castellanos, sobrepasa a veces los ciento cincuenta francos por metro cuadrado. Además los materiales, que proceden en su mayor parte del extranjero, son sumamente caros, sobre todo la piedra, que viene -cosa curiosa- de las canteras cercanas a Angers y Angulema, desde donde se envía por ferrocarril. (...) Los locales de la Puerta del Sol y de las calles contiguas se alquilan a precios exorbitantes; están ocupados por cafés, sastrerías, tiendas de novedades, sombrererías y platerías. También se ven *tien- das de quincalla*, en las que se vende toda clase de mercancías, pero principalmente los objetos conocidos con el nombre de «artículos de París». Junto a estas tiendas ricas y elegantes, numerosos industria- les ejercen al aire libre; los más ruidosos de todos son los vendedores de periódicos, generalmente mujeres y niños que se desgañitan anun- ciando, sobre todo a la caída de la tarde, los diarios que acaban de publicarse: «*¡Que acaba de salir ahora!*» A los gritos de los vendedo- res de periódicos se suman los de los *cerilleros*, que venden pequeños fósforos de cera, los únicos que se usan en España. Apenas vestidos, calzados con pobres *alpargatas*, cuando no van descalzos, su negocio consiste en una caja que llevan colgada del cuello con un cordel, y compiten en gritar con voz estridente: «*¡A dos y a tres, cerillas!*» Después viene el *aguador*, que lanza a cada instante su grito bien conocido: «*¡Agua! ¿Quién quiere agua?*», o bien: «*¡El aguador! ¡Agua y azucarillos!*» En una mano lleva un *porrón* de barro con ancha boca y estrecho gollete, y en la otra una mesita baja de hojala-



ta o latón, en la que están los *azucarillos* y unos vasos de formidable tamaño, pues los madrileños son grandes bebedores de agua. La más apreciada es la de la *Fuente del Berro*; un escritor del siglo XVII cuenta que al cardenal infante le gustaba tanto el agua de Madrid que se la hacía enviar a Flandes en cántaros de gres. Más allá están los *mozos de cordel* agrupados en una esquina. Se les llama así por el rollo de cuerda de esparto que llevan encima, a veces en torno al cuerpo, a veces colgado del hombro, y que utilizan para atar los bultos. Suelen ser robustos asturianos, cuyo tipo guarda cierta semejanza con el de nuestros recaderos auverneses, y que, como ellos, son célebres por su honradez. He aquí un *quita-manchas*, limpiador ambulante, que vende *pastillas* para quitar las manchas; acullá un chiquillo que anuncia *ipapel de hilo*, *papel de Alcoy!*, y otro que pregona *polvos* para limpiar el cobre y la plata. Acerquémonos a este grupo de gente que conversa animadamente delante del *Café Imperial*; sólo entendemos algunas palabras sueltas, como *volapié*, *muleta*, *puyazo* y *vara*; son *hombres de capa y calañés*. gente *torera*, como dicen aquí. Por lo demás, por su pantalón ajustado sujeto con faja de seda, por su chaquetilla, su sombrero andaluz y su coleta en la nuca, ya les habíamos reconocido como *toreros*. Indiferentes a la multitud que circula a su alrededor, parecen enteramente absortos en su discusión tauromáquica, en su *puro* o su cigarrillo, y sólo vuelven la cabeza cuando se oye a flor de acera el frufrú de un vestido de seda.

Palacios

Dejando a nuestra espalda la *Puerta del Sol*, entramos en la *calle de Alcalá*, la más hermosa y ancha de Madrid. A nuestra izquierda se eleva la fachada monumental de la antigua *Aduana*, hoy día sede común de la *Hacienda* (Ministerio de Finanzas), el *Cabinete de Historia natural* y la Academia de *San Fernando*. [...]

Seguimos por la *carrera de San Gerónimo*, una de las calles más elegantes y frecuentadas de Madrid, y tras cruzar de nuevo la Puerta del Sol entramos en la *calle Mayor*. La *casa de Oñate*, que ocupa la esquina de la plaza, es una vasta construcción del siglo XVII, que da una perfecta idea de lo que eran en aquella época las grandes viviendas de Madrid. Ya lo hemos dicho: la riqueza de las casas de Madrid en el siglo XVII era prodigiosa. [...]

Entre las grandes viviendas de Madrid citaremos también los palacios de Osuna y de Medina-Celi, que poseen una *armería* y una

biblioteca; los de los duques de Frías, de Liria, de Vista-Hermosa y de Abrantes, los de los marqueses de Alcañices y de Casa-Riera, sin contar varios otros, en los que hemos visto buenos cuadros y esos espléndidos tapices que se exponen el día del Corpus.

Teatros

Según una estadística reciente, España sería, después de Francia e Italia, el país de Europa más rico en teatros. Entre los de Madrid hay que citar en primer lugar la Ópera italiana, verdaderamente digna de una gran capital, donde hemos hallado una comodidad bastante rara en los teatros de París. Viene después el *Teatro del Príncipe*, dedicado al drama español; el de la *Zarzuela*, las *Variedades*, el *Circo*, las *Novedades* y el *Teatro de Lope de Vega*, donde se representan diferentes géneros, incluidos los *sainetes*. Por mucho que se haya dicho de los teatros de Madrid, la verdad es que difieren muy poco de los nuestros. Se compran dos billetes, uno para la *entrada* y otro para el sitio que se debe ocupar. Añadamos que la *claque* es desconocida, aunque probablemente sea originaria de Madrid. [...]

Plaza y Calle Mayor

Después de la *Puerta del Sol*, la *Plaza Mayor* es una de las plazas más grandes de Madrid. Ha conservado perfectamente su antiguo aspecto, y la descripción que de ella hizo Saint-Simon sigue siendo exacta. [...]

En medio de la Plaza Mayor se eleva una estatua de bronce muy hermosa, que representa a Felipe III a caballo. Los soportales que rodean la plaza están ocupados por tiendas donde se venden diversos productos de la industria local, como *monteras* o gorros de piel, ligas adornadas con divisas, castañuelas, cuchillos y toda clase de mercerías. En algunos almacenes, donde se venden *blondas de Almagro* y encajes de Cataluña, se ha conservado en toda su pureza la antigua costumbre de alabar desmesuradamente la mercancía. Algunos burgueses sentados bajo los soportales, ante los gabinetes de lectura, se entregan con ardor a la lectura de los periódicos. En general, los españoles han sentido siempre pasión por la política; entre los *madriños*, la *politicomanía* existe en estado crónico. [...]

La Calle Mayor es una de las más comerciales de Madrid. En la parte baja, no lejos de la Embajada de Francia, hay varios locales de *escribanos*, situados en los bajos, encima de los cuales se lee el siguiente rótulo: *Escribanía*. [...]

Los escribanos comparten con los empleados y la gente de pluma en general el apodo irreverente, pero expresivo, de *cagatintas*. Este mote se aplica especialmente a los *escribientes-memorialistas*, que protegidos tras un viejo *biombo* ponen su talento caligráfico y su discreción, como nuestros escribanos públicos, a la disposición de la gente iletrada.

Volvamos a la Calle Mayor; he aquí la *Casa de los Lujanes*, un antiguo palacio de la familia de Luján, que apenas llamaría la atención si no hubiera servido de cárcel a Francisco I, cuando llegó a Madrid en 1525. El recuerdo del cautiverio del rey de Francia fue popular durante largo tiempo en España. [...]

Calle de Toledo

Pasemos de la Calle Mayor a la *Calle de Toledo*, una de las más ruidosas de Madrid, donde las mantas de Valencia, Palencia y Burgos, colgadas al aire libre junto a *aparejos* de mulas de tonos brillantes, ofrecen un panorama digno del pincel de un colorista. No lejos de aquí, en la *calle de Segovia*, están los *mesones* donde se alojan los *arrieros* y la gente del pueblo que viene de provincias; estos mesones no han cambiado nada desde los tiempos de Don Quijote, y su aspecto no es precisamente seductor. Unos establecimientos mucho más limpios, que por lo demás se encuentran también en los barrios más elegantes, son las *chuferías* valencianas, donde se venden a buen precio toda clase de bebidas refrescantes. Cuando llega el otoño, la tienda cambia de aspecto y se llena de fruta variada: granadas de Valencia, uvas de La Mancha, monstruosos melones de Tembleque. En invierno se venden *esteras* de junco fabricadas en Andalucía; en primavera llega el turno de las naranjas y los limones. Los refrescos los sirven jóvenes valencianas vestidas con su gracioso traje nacional. Mientras bebíamos nuestros vasos de *horchata de chufas*, Doré tuvo tiempo de dibujar a una de estas valencianas, mucha alta de brazos desnudos y talle juncal.

Escenas pintorescas

En los barrios populares de Madrid abundan las escenas pintorescas. Para empezar están los *barberillos*, que afeitan a sus clientes en plena calle; he aquí un *jarrero* que pasa, cargado con numerosos cántaros de barro bajo los cuales desaparece casi enteramente. Más allá, unos *carboneros* pesan sacos de carbón por medio de una especie de romana, y utilizan sus cuerpos como contrapeso, apoyándose con todas sus fuerzas contra una garrocha que sirve de palanca. Esta operación, a veces molesta para los transeúntes, se cuenta entre los *peligros de Madrid*, pues la capital de España tiene sus estorbos igual que París. Ora es una reata de asnos que se desbandan, ora un *panadero* cuyo caballo se desboca y vuelca a su paso toda su carga, pues las dos enormes alforjas donde lleva el pan sobresalen a cada lado de la montura, como las ruedas de un barco de vapor; o bien es un *aguador* que, con el barril lleno de agua que lleva a la espalda, va repartiendo golpazos a los transeúntes sin inmutarse. Los gritos de Madrid son muy numerosos, y completamente ininteligibles para los extranjeros. Cada vendedor tiene el suyo, que lanza con la nota más aguda: la *Fuencarralera*, que trae hortalizas de un pueblo cercano, grita con todas sus fuerzas: «*¡La rica judía, como la seda! ¡Y rábanos, y rábanos! ¡Vaya el peregil! ¡Nuevas avellanas, como la leche!*» El *melonero* pregona sus «*¡melones a cata!*»; el *pavero*, sus «*¡pavos cebados!*» (engordados con cebada); la *castañera*, sus castañas: «*¡Calentitas, ¡cuántas!*» También está el *arenero*, que va a buscar una arena muy fina al lecho del Manzanares: «*¡Arena, arena!*»; la *ramillettera*, que vende toda clase de flores: «*¡Qué clavel!*»; el *naranjero*, casi siempre andaluz; el *piñonero*, cargado de piñas de pino, etc.

El Rastro

Arriesguémonos ahora a internarnos en el *Rastro*, que recuerda a la vez al Temple, a la plaza Maubert y a la antigua Cité. El *Rastro* es el barrio del vicio y la miseria, la morada de los revendedores, los traperos, los chatarreros, los ropavejeros; los *prestamistas*, que prestan con fianza al cinco por ciento... semanal, abundan más aquí que en el resto de la ciudad, ilo que no es decir poco! A cada paso vemos un *despacho de vino*, donde el vino se vende en odres y cántaros de barro, o bien una *taberna* cuya cocina poco apetitosa recuerda la bazofia que dan en algunos tugurios de París. Estas *ermitas de Baco*,

como las llamaba Cervantes, son frecuentadas por una población enfermiza y mal vestida, parte de la cual pertenece al gremio de los ladrones, numeroso y temible aquí como en casi todas las grandes ciudades, y que se llama en jerga la *cherinola*. Cada especialidad tiene su nombre particular: así, el que indica los golpes se llama *el piloto*; el que roba entre la muchedumbre, *buzo*; el que trabaja entrando por las ventanas, *ventoso*; el ladronzuelo que actúa solo recibe el nombre de *ratero, ratón o raterillo*; el encubridor, el de *aliviador*, etc. La jerga de los ladrones o *germanía* no es menos pintoresca que la de Francia; así que volveremos sobre este asunto, que nos ofrecerá curiosos paralelismos desde el punto de vista filológico. En el mismo barrio se halla la *Fábrica de tabacos*, enorme edificio cuya entrada principal da a la *Calle de Embajadores*, y en el que trabajan tres mil obreros. Los españoles son grandes fumadores; ya en el siglo XVII, nos asegura un autor antiguo, el tabaco proporcionaba a España seis millones limpios de polvo y paja, suma considerable para la época. Hoy día, según un dicho popular, esta pasión, junto a las de los toros, el juego y el vino, es una de las causas que conducen a San Bernardino, es decir, al hospital:

*Tabaco, toros, naipes y vino,
llevan al hombre a San Bernardino.*

La *cigarrera* de Madrid es uno de los tipos más característicos de la capital, y el único que recuerda a las *manolas* de antaño, *las difuntas manolas*, desaparecidas desde hace una treintena de años, como las modistillas de París. Este apodo y su masculino *Manolo* no son sino una abreviatura de un nombre muy común en Madrid, *Manuel*. La *manola*, retratada por Th. Gautier en su *Militona*, era la leona popular, apasionada por los toros, a los que iba en *calesín*, un vehículo también desaparecido, que recordaba al *corricolo* napolitano. Su recuerdo, que se borra de día en día, apenas pervive ya más que en las canciones populares:

*¡Alza! ¡Hola!
¡Vale un mundo mi manola!*

El Prado

Abandonemos los barrios populares para dirigirnos al paseo de moda. El *Prado*, lugar de cita de las carrozas, los jinetes y los elegantes, fue en tiempos, como su nombre indica, un simple prado que Carlos III transformó en un paseo muy agradable, que hoy bordea durante casi cuatro kilómetros el casco urbano de la capital. Partiendo de Nuestra Señora de Atocha, se recorre primero la parte que toma el nombre de esta iglesia, y después se llega al *Paseo del Prado*, cuyo comienzo, paralelo al Jardín Botánico, se llama *Paseo Botánico*; tras dejar a la derecha la imponente fachada del Museo, se llega a la *Fuente de Neptuno*, donde empieza el *Salón del Prado*, que se prolonga hasta la *Fuente de Cibeles*, en el cruce con la calle de Alcalá; a continuación viene el *Prado de Recoletos*, seguido por la *Fuente Castellana*. En el *Salón del Prado* y en la *Fuente Castellana* es donde, en los largos atardeceres de verano y en los buenos días de invierno, se reúne la población elegante de Madrid. Se engañaría uno de medio a medio si esperase encontrar aquí abundante color local: hace ya mucho tiempo que las modas francesas han destronado a la mantilla, y sin los gritos de los *cerilleros*, los *aguadores* y las *ramilleras* podría uno perfectamente creerse en un paseo de París.

Hace tiempo que la influencia francesa ha empezado a dejarse sentir en Madrid, si no en las costumbres, al menos en las modas. Un escritor del siglo XVII decía que los españoles comenzaban a afrancesarse; el verbo *afrancesar* no se aplica sólo a la política, sino que también significa dar un sesgo francés al lenguaje, introducir en él galicismos y seguir o copiar servilmente nuestras costumbres y modas. [...]

Volvamos al Prado y encaminémonos hacia la *Fuente Castellana*, a la sombra de hermosos árboles cuyo pie se baña en un alcorque redondo protegido por ladrillos, al que unas regueras llevan el agua: precaución indispensable aquí, pues el clima de Madrid es tan seco que sin agua las raíces se secarían en seguida. El paseo de la *Fuente Castellana*, de reciente creación, está adornado por las bonitas fuentes *del Cisne* y *del Obelisco*, y es el paseo de moda de los jinetes y las carrozas. Esta parte de Madrid, donde se alzan bellas casas, tiende a convertirse en un barrio elegante, del tipo de nuestros Campos Elíseos o el West-End de Londres. El *Paseo de Atocha* se utiliza en septiembre como emplazamiento de la *Feria*, que atrae una nutrida afluencia de paseantes. La feria de Madrid se celebraba antiguamente en la *Plazuela de la Cebada*, como se ve en un curioso cuadro del museo. Como antaño, la Feria ofrece el panorama de un conjunto de

puestecillos de tablas donde se venden telas baratas, trajes confeccionados, juguetes de niños, *loza valenciana*, *cacharros*, mercerías y otros objetos modestos. Es un cuadro pintoresco y lleno de animación: todos los vendedores ambulantes, gritando a cual mejor, ofrecen sus mercancías a los paseantes. [...]

El Retiro

Volviendo sobre nuestros pasos, bordeamos la verja del *Jardín Botánico*, y tras dejar atrás el Museo y el monumento al *Dos de Mayo*, subimos por un ancho paseo que conduce a los jardines del *Buen Retiro*. Estos jardines datan del reinado de Felipe IV; el conde-duque de Olivares hizo construir en ellos un palacio que a Saint-Simon le parecía tan magnífico, mayor y más agradable que el antiguo palacio de Madrid. (...) El palacio fue quemado en 1734, y lo más lamentable de este incendio es que en él quedaron completamente destruidos numerosos cuadros, principalmente de Tiziano y Velázquez. Frondosas arboledas y umbrosos senderos hacen del Buen Retiro un lugar de paseo sumamente agradable durante los calores del verano. (...) Al fondo de la avenida principal se extiende un gran estanque, *el Estanque*, donde cabecean algunos barcos liliputienses. El estanque del Retiro no es de creación reciente: en el museo de Madrid hay una vista de él pintada por Velázquez, y tenemos delante un grabado antiguo de la época de Felipe V, en el que también aparece la pequeña flotilla. La primera vez que vimos el estanque fue una bonita mañana de invierno, y estaba cubierto de patinadores, lo que apenas nos sorprendió, pues en el escaparate de una tienda de la Puerta del Sol habíamos leído este significativo letrero: *Aviso a los patinadores*. Madrid está situado en la misma latitud que Nápoles, pero debido a su elevación sobre el nivel del mar y al viento glacial del Guadarrama, los inviernos suelen ser muy rigurosos. [...]

Romería de San Isidro

Antes de abandonar las orillas del Manzanares, digamos unas palabras sobre la *Romería de San Isidro*, que se celebra en la ribera del río. Desde por la mañana se requisan todos los vehículos para transportar a la multitud hasta la ermita del patrón de Madrid: simo-



nes, ómnibus, diligencias con largo tiro de mulas, antiguos *calesines* de grandes ruedas con la caja pintada de amarillo; no hay ya ninguna tarifa para los coches, y los cocheros tienen derecho a pedir los precios más fantásticos por una carrera de apenas media hora. La romería sólo es un pretexto para ir a merendar y a bailar en la *pradera*, cuya hierba no se ha secado aún del todo. Nada más cruzar el puente de Segovia se oye ya el rasgueo lejano de las guitarras, mezclado con el sonido gangoso de la gaita gallega y con el repiqueteo de las castañuelas. En cuanto a la música, se compone principalmente de *jotas* y de algunos *cantos madrileños* que se acompañan con la guitarra y la *bandurria*. La flauta, el triángulo y la *pandereta* son los otros instrumentos en boga, sin olvidar el *pito*, pequeño silbato de hojalata, y las *campanillas* de San Isidro, de terracota, que es obligado comprar y que desempeñan el mismo papel que las flautas de caña de Saint-Cloud. Todo este pueblo se divierte de verdad: ved esos grupos de bailarines entre los que destacan sobre todo los soldados y las *criadas*; más allá, unos buenos burgueses sentados en la hierba, en torno a una hoguera improvisada; cocinan al aire libre, y esa enorme *bota* llena de vino, que vemos colgada de una rama, empezará en seguida a pasar de mano en mano para regar la *merienda* campestre, y no tardará en deshincharse a ojos vista. ¿Oís esos gritos alegres? Acerquémonos: son *cigarreras* que se entregan al placer de columpiarse, pues el *columpio* es una diversión indispensable en toda fiesta campestre. Un *volatinero*, vestido como nuestros saltimbanquis con un pantalón de lentejuelas, hace ejercicios de equilibrio; un *guitarrero* ciego canta los *romances* vendidos por la vieja que le sirve de guía. Abundan las tiendas al aire libre, y los gritos de los vendedores se mezclan con los de la multitud: ved los vendedores de *alcarrazas*, que exponen en el suelo sus cacharros; ved los *fondines*, que despiden un fuerte olor a fritura, y los *puestos* donde se venden toda clase de bebidas, entre ellas vino y *aguardiente*. Para los más sobrios, el *altramucero* vende lupinos cocidos. Por supuesto, no pasa el día sin alguna *broma* en la que se reparten numerosos porrazos, y por la noche, cuando las *botas* están vacías, la policía se lleva a más de un borracho; pero son pequeños incidentes que apenas enturbian la alegría de la fiesta de San Isidro.

Otras fiestas

Madrid tiene muchas otras fiestas, por ejemplo las *verbenas*, que se celebran la víspera de las fiestas de San Antonio, San Pedro y San Juan. Las *noches de verbena* son grandes ocasiones de regocijo, y la gente va a a pasarlas al Prado, donde se baila la *jota* al son de las guitarras y a la luz de los farolillos venecianos. La palabra *verbena* viene de una antigua costumbre, recuerdo del paganismo, que consistía en ir a coger la verbena. Durante el carnaval *-carnestolendas-*, las calles de Madrid se llenan de máscaras cubiertas de los obligados oropeles y lentejuelas. Se cantan *estudiantinas*, se consumen grandes cantidades de *valdepeñas* y *cariñena*, se baila en las calles, en las casas, en los teatros y en los *salones de baile*. El miércoles de ceniza la multitud acude a la orilla del Manzanares para asistir a la fiesta grotesca del entierro de la *sardina*. El domingo siguiente se llama *domingo de piñata*, por las peladillas de pasta de piñón que se comen ese día. Por la noche, en las *tertulias de brasero*, se meten los *dulces de piñata* en una vasija de arcilla, y son para el invitado que, con los ojos vendados, consigue romperla con un bastón. No olvidemos la *Nochebuena*, en Navidad: toda la semana es una época de alegría para los madrileños; las tiendas están repletas de alimentos, y por la calle se cantan las coplas de *Nochebuena*. La Noche de Reyes se gasta una vieja broma que se repite cada año: se trata de un *aguardor* novicio, al que sus compañeros hacen creer que van a llegar los *reyes magos*, y que acude corriendo a todas las puertas de la ciudad, cargado con una escalera, para verles llegar de lejos. El ingenuo *gallego* va acompañado en esta carrera sin tregua por sus camaradas, por gente del pueblo que le alumbrá con antorchas y por pilluelos que siguen el cortejo dando unos gritos tremendos y golpeando con todas su fuerzas sobre viejas cacerolas.

Traducción del compilador



21. Elizabeth Herbert (1866)

Lady Elizabeth Herbert era una dama inglesa de excelente familia, católica y muy piadosa, sin mucho sentido del humor pero con sinceras inquietudes artísticas y literarias. Poco más sabemos de ella (Foulché-Delbosc ni siquiera está seguro de su fecha de nacimiento, hacia 1826), salvo que en 1866 hizo un viaje por España con unos amigos y escribió un librito, Impressions of Spain in 1866, que Richard Bertley publicaría en Londres al año siguiente.

Como tantos otros viajeros de la época, Lady Herbert sólo se detuvo unos días en Madrid, ansiosa como estaba por llegar a Andalucía. Lo que vio no le gustó demasiado; sólo el museo del Prado, las caballerizas reales y las instituciones caritativas merecen algún elogio de su pluma, tan displicente y desabrida.

El tren nocturno llevó a nuestros viajeros sin ningún percance hasta Madrid, donde encontraron un hotel muy cómodo, el Ville de Paris, abierto recientemente por un francés emprendedor en la Puerta del Sol, y recibieron una bienvenida de lo más amable por parte del ministro inglés, el conde T.D., y otros viejos amigos. Era domingo por la mañana, y su primera meta fue encontrar una iglesia a mano. Iglesias no faltan en Madrid, pero todas son modernas y pocas están hechas con buen gusto; la más bonita y mejor atendida es sin duda la de St. Louis des Français, aunque llegar a ella por el mercado atestado es bastante desagradable a primera hora de la mañana. El ingenioso autor de las *Cartas de España* dice atinadamente: «Madrid es moderno, limpio, civilizado, rectangular; no dice nada al corazón»¹. En cuanto al clima, es detestable: glacial en invierno, cuando el viento del Este exagera toda articulación reumática del cuerpo, y

azota despiadadamente por las esquinas de cada calle; abrasador en verano, con un fulgor y un polvo casi equiparables a los de El Cairo durante un simún.

Sin embargo, el Museo lo compensa todo. Nuestros viajeros habían pasado meses en Florencia, Roma y Dresde, e imaginaban que nada podía compararse con la galería Pitti, los Oficios o el Vaticano, que ninguna pintura podía igualar al San Sixto; pero descubrieron que todavía tenían mucho que aprender. [...]

Pero aparte de sus museos, Madrid es decepcionante; ninguna de sus iglesias o edificios públicos tiene antigüedad ni interés. La diversión de cada tarde es el paseo por el Prado, lugar quizá divertido para la plebe, pero en el que todo traje nacional, exceptuando el de las nodrizas, ha desaparecido. Apenas se ven algunas mantillas; sólo cofias del Faubourg St. Germain, de colores mal combinados, y horribles y exagerados miriñaques, que han sustituido a los vestidos sueltos, negros y suaves del sur. En realidad es un mal refrito del Bois de Boulogne. La reina, en una carroza tirada por seis u ocho mulas, rodeada por su escolta y anunciada por trompeteros, y las infantas, que la siguen en carrozas semejantes, constituyen el único «acontecimiento» de la tarde. Pobre mujer, qué harta debe estar de este paseo. (...) Los sábados, la reina y la familia real van siempre a Atocha, una iglesia situada al final del Prado, de muy mal gusto, pero en la que se encuentra la famosa imagen de la Virgen, patrona de España, de la que toda la familia real es especialmente devota. Es una talla negra, pero casi invisible debido a las magníficas joyas y vestidos que la adornan.

Una de las atracciones de Madrid son las caballerizas reales, que bien merecen una visita. Hay en ellas más de 250 caballos y 200 buenas mulas; los lomos de éstas están siempre esquilados hasta cierto punto, lo que les da un aspecto desagradable a los ojos ingleses, pero es la costumbre en toda España. Una dama escritora asegura que «es más recatado». En una cuadrita encantadora, perteneciente al príncipe imperial, hay dos mulas enanas no mayores que perros, pero de perfectas proporciones, del tamaño requerido para tirar de un cochecito de niño. Algunos de los caballos son ingleses y de pura sangre, pero la mayoría son de tipo velazqueño, con espesas crines. Los carruajes son de todas las épocas, y muy curiosos. Entre ellos hay uno en el que cuentan que fue envenenado Felipe I (el Hermoso), y en el que su esposa, Juana la Loca, insistía en sacarle a pasear, creyendo que estaba sólo dormido.

Más interesantes que los caballos y los establos para algunos de nuestro grupo fueron las instituciones caritativas de Madrid, que son

admirables y muy numerosas (...) Las hermanas de la Caridad tienen a su cargo la magnífica Inclusa, que acoge a más de mil niños; el hospital llamado de las Recogidas, para penitentes; el Hospital General, donde se cuida admirablemente a los enfermos, y donde hay un ala para pacientes acomodados, que pagan una pequeña suma semanal y tienen todas las ventajas de la medicina inteligente y de la atenta asistencia del hospital (un sistema que lamentablemente se echa en falta en nuestros hospitales ingleses); el Hospicio de Santa María del Carmen, fundado por la caridad privada, para ancianos e incurables; la escuela de párvulos, donde se da de comer a los niños, además de instruirlos; y el Albergue de los Pobres, equivalente a lo que en Inglaterra llamaríamos orfanato, pero que no podemos profanar con ese nombre cuando hablamos de una institución regida por las normas más nobles y elevadas de la caridad cristiana, en la que los huérfanos no sólo encuentran cuidados amorosos y tierna vigilancia, sino también una admirable formación laboral, que les capacita para ejercer dignamente cualquier oficio al que se sientan naturalmente inclinados.

Traducción del compilador

NOTA: ¹No hemos encontrado estas frases en ninguna parte de la obra de Blanco White.



22. Eugène-Louis Poitou (c. 1867)

El polígrafo francés Eugène-Louis Poitou (1815-1880), hoy justamente olvidado, publicó en Tours en 1869 un Voyage en Espagne, en cuya portada, a guisa de tarjeta de presentación, informa al lector de su rimbombante título de «Conseiller à la Cour Impériale d'Angers». Poitou hizo el viaje hacia 1867, siguiendo el itinerario clásico que va de Irún a Gibraltar con paradas en las principales ciudades andaluzas, y un fulgurante paso por Madrid con el que seguramente estableció el récord de estancia mínima de un viajero decimonónico en la capital de España: apenas dos días.

Ello no le impidió sentar cátedra sobre la ciudad, que evidentemente no fue de su agrado. En lo que atañe a Madrid, Poitou pertenece a la escuela denigratoria cuyo máximo representante es Richard Ford, con la diferencia de que el inglés, aunque injusto, era un hombre bastante ingenioso. En fin, una vez más es el museo del Prado lo único que escapa al desdén de un viajero apresurado.

Madrid es una ciudad bastante triste y una capital bastante mezquina. Carece tanto de encanto como de grandeza. No tiene ni la belleza del emplazamiento, pues sus alrededores son un desierto; ni las ventajas o el atractivo de un río, pues el Manzanares está sin agua las tres cuartas partes del año; ni recuerdos, pues es una ciudad que apenas data de ayer; ni monumentos, pues es inútil buscar una iglesia o un edificio público que merezca algún interés. Hace tres siglos Madrid era una aldea sin nombre. (...) Pero ha ocurrido con Madrid lo que ocurre con todas las ciudades fundadas pretenciosamente por el capricho de un soberano sin tener en cuenta la naturaleza de las cosas: como Berlín y Washington, es una creación artificial, que tiene

una vida totalmente ficticia. Madrid, sin comercio ni industria, sin tradición ni historia, sin movimiento intelectual o político propio, sólo es una capital nominal, que recibe de fuera la vida o el impulso, en lugar de darlos. Es *la corte*, como dicen en España, es decir, la residencia real; no es ni la cabeza ni el corazón del país. Desde hace cincuenta años los hechos lo han demostrado suficientemente.

El aspecto general es pequeño y vulgar. Las calles están mal pavimentadas, las aceras son raras y estrechas. El escaso número de tiendas brilla con un lujo prestado, que viene de París. Bruselas es más animada, y Burdeos tiene más aire de gran ciudad. *La Puerta del Sol*, que admiran los españoles, es una plaza irregular y bastante fea, más pequeña que la plaza de la Bolsa de París. Su *Prado*, tan ensalzado, no tiene ningún encanto. El monumento del Dos de Mayo, que lo decora, es una pobre pirámide hecha con morrillos, de quince a veinte pies de altura, con algunas estatuas mediocres. En cuanto a sus fuentes, son de un gusto horrible: una representa a una tosca Cibeles, que el escultor hizo pesada creyendo hacerla majestuosa; la otra a un Neptuno que tiene aire de dios de teatro, colocado sobre dos ruedas de barco de vapor. Me dicen que hay que ver el Prado en los hermosos atardeceres de verano, cuando lo anima la multitud de los paseantes, cuando todas las mujeres bonitas de Madrid vienen aquí a desplegar sus gracias picantes y a rivalizar en coquetería. No puedo pronunciarme al respecto: el tiempo era frío y lluvioso cuando atravesé Madrid por primera vez, y casi igual de malo a mi vuelta. No obstante, estoy dispuesto a creer todo lo que me cuentan de los encantos de las madrileñas. Que me alaben sus bellos ojos, no lo discutiré; pero que no me alaben más el Prado.

El clima de Madrid es extremo, y por ello detestable: el invierno es más frío que en París, el verano más caluroso que en Alicante. La cercanía del Guadarrama determina variaciones de temperatura bruscas y peligrosas. Hay un refrán que dice: «En Madrid, el viento no apaga un candil, pero mata a un hombre».

[...] Madrid no tiene más que su museo, pero sólo por este museo vale la pena hacer el viaje. Sólo lo vi fugazmente en dos breves visitas. ¡Cuántas maravillas! Salí deslumbrado, con los ojos llenos de imágenes luminosas, la memoria atestada de obras maestras, el espíritu fatigado de admiración. Hay allí tesoros que serían el orgullo de diez museos.

Traducción del compilador



23. Costa Godolphim (1871)

Pese a la cercanía geográfica, son relativamente pocos los viajeros portugueses que escribieron sobre Madrid en el siglo XIX. Aun conociendo las quisquillosas razones por las que España y Portugal han vivido tanto tiempo dándose la espalda, el hecho no deja de sorprender si pensamos que Madrid era paso obligado para los artistas y literatos lusitanos que viajaban a París, la Meca cultural del siglo. Por eso es tan grato descubrir un libro publicado en Lisboa en 1871 con el título de Visita a Madrid, aunque nada sepamos de su autor, Costa Godolphim. En efecto, Farinelli se limita a registrar la existencia del libro, Foulché-Delbosc ni siquiera lo menciona, y las enciclopedias sólo nos informan de que el apellido Godolphim pertenece a una ilustre familia lisboeta de origen inglés.

Por el prólogo nos enteramos de que el autor vino a Madrid en mayo de 1871, en compañía de numerosos compatriotas, para participar en un encuentro hispano-luso de intelectuales organizado por Ángel Fernández de los Ríos. Ciertamente, en Visita a Madrid se habla mucho de banquetes y discursos, pero también se describe la ciudad con profusión de epítetos y juicios de valor, no exentos de gracia. Especialmete divertido nos parece el empeño de Godolphim por comparar los encantos de Madrid con los de Lisboa, comparación de la que nuestra capital no sale tan mal librada como a primera vista pudiera parecer.

Por la tarde llegamos a Aranjuez. Hermosa residencia. ¡Panorama espléndido! No es simplemente la naturaleza, sino la mano del hombre que ha aprovechado sus dones para crear un marco sorprendente, elegante y encantador. Es una residencia digna de un walí que, can-

sado de batallas, quisiera ir a gozar del descanso a la sombra de sus laureles, dejándose adormecer en brazos de alguna hurí que se llame Zahra o Noemi.

Aquí la ansiedad nos dominaba ya a todos. Dos o tres horas más tarde estaríamos en nuestro destino deseado. Y esto, cuando se va a visitar una capital por primera vez, es como la grata impresión que nos causa la lectura de la primera carta de una mujer que empezamos a amar. Y para nosotros era además la primera vez que íbamos a estrechar la mano de un pueblo vecino, pero cuyo nombre proferían nuestros abuelos como si fuese el del coco. Qué digo nuestros abuelos, todavía hoy hay mucha gente que imagina a todos los españoles siempre con el puñal en ristre y una mirada amenazadora, como los salteadores de Calabria. Y a fin de cuentas son hombres de casaca, guantes y bastón como lo somos nosotros, como lo son todos los hombres civilizados de Europa.

La vista que se tiene al acercarse a la estación es agradable: se atraviesa un campo bastante extenso al fondo del cual aparece la ciudad, nuestro sueño dorado donde esperábamos disfrutar de unos días que nos dejarían recuerdos deleitosos e indelebles. [...]

Al salir de la estación nos vimos asaltados por un tropel de mozos de cuerda que querían llevarnos las maletas, y sumergidos en una ingente muchedumbre de viandantes, guardias civiles y malditos cocheros de ómnibus, con su griterío infernal, el restallar incesante de sus látigos y el tintineo de sus cabalgaduras cubiertas de campanillas; en fin, el día del juicio.

Además, los tunantes cicerones, que en todas partes son iguales, nos estorbaban el paso queriéndonos llevar a las fondas de las que eran agentes. Pero una invasión de trescientos y pico pasajeros, aparte de los que venían de otras regiones de España para asistir a la romería de San Isidro, desbordaba los hoteles, de modo que muchos de los viajeros, como yo, no encontraron alojamiento hasta las ocho. Es verdad que fuimos a parar a un buen hostel en la *Carrera de San Gerónimo*, junto a la *Puerta del Sol*, plaza en la que había un castillo construido en 1520 en cuya puerta estaba pintada la imagen del sol. [...]

Al día siguiente, lunes, me levanté muy pronto y lleno de curiosidad por ver Madrid, ciudad situada en la orilla izquierda del Manzanares, edificada sobre varias colinas de poca altura, en medio de una extensa planicie, limitada por las montañas de Guadarrama y Somosierra. No podía ser mejor ocasión: era un día de fiesta popular. Salí del hostel y al llegar a la *Puerta del Sol* me quedé pasmado de aquel extraordinario movimiento. En este punto se cruza toda la

población, que según una nota que tengo delante asciende a 457.905 habitantes, y todos los vehículos, los vendedores de agua fresca, los repartidores de periódicos y de todo, en fin, con lo que se comercia en una plaza. Por un momento perturba y hasta molesta ver a tanta gente atravesando de un lado a otro.

Madrid, capital de España desde 1560, es una ciudad pequeña, con mucha población agrupada además en un pequeño círculo. No tiene la forma regular de Lisboa, ni tampoco, para ser sincero, aunque peque de inmodestia, la belleza de nuestras calles y plazas. [...]

Aparte de esto, Madrid es una ciudad llana, y la nuestra está entre siete colinas, desde las que se disfruta de un panorama deslumbrante. Mar, campo y ciudad, todo abarcamos en una ojeada. La calle de Alcalá, aunque no toda, tiene un bonito aspecto y muchos edificios encantadores, y al fondo de ella empieza a formarse como una nueva ciudad, que acaso más tarde contribuya a disminuir la gran concurrencia que tiene la *Puerta del Sol*, adonde afluye toda la población madrileña a todas horas del día y la noche. [...]

En general, las calles del resto de la ciudad son feas, oscuras y estrechas, y tienen todavía la impronta de los tiempos moriscos. Vimos algunas fuentes bonitas, y la *Puerta del Sol*, pese a no ser una plaza regular como la nuestra de Don Pedro, que es un paralelogramo y aquélla un polígono, por su movimiento y gran número de comercios, tiene un bonito aspecto tanto de día como de noche. Otra cosa fea que vimos fue el mercado; no se puede comparar con el de nuestra plaza de Figueira. Ciertamente, esto nos admiró bastante.

En fin, repetimos, la ciudad tiene aún forma antigua con adornos modernos. Los templos tampoco nos gustaron; ni en el exterior ni por dentro tienen la elegancia y la belleza de los nuestros.

Finalmente, a Madrid le falta el Tajo, que es el más antiguo apóstol ibérico, que baña con sus ondas de plata nuestra Lisboa, la cual, a semejanza de una hurí, se inclina a escuchar sus melodiosos secretos. [...]

Permítame el lector que diga algo sobre la romería de San Isidro, que pone en movimiento a casi toda la población, llegándose a reunir de ocho a diez mil personas en el lugar de la fiesta y en el trayecto. La concurrencia es admirable; el ferrial es una gran explanada, curva en el centro, que forma un ángulo, toda llena de gente, de carruajes, de ómnibus, de barracas con variadísimos objetos, donde hay un ruido increíble, producido por el griterío de los cocheros y por las dulzainas, los pitos y todos los instrumentos que quepa imaginar en una feria. La ermita está situada en un monte, punto desde el que se ve toda la ciudad. La gente se divierte, ríe, canta, pasa y vuelve a

pasar por aquella amplia explanada, y así se festeja al patrón de Madrid, San Isidro, como nosotros festejamos a San Antonio, San Juan y San Pedro. [...]

Vi casi todos los teatros y advertí en ellos bellas formas, elegancia, casi lujo. El gran teatro de la Ópera es inmenso, con una decoración muy hermosa; posee una guardarropía variadísima. El Circo de Madrid es un bonito teatro con buenas condiciones acústicas; en él vi *Los amores del diablo*, cuyos decorados eran sorprendentes. Tiene una especie de balconada, pero como el recinto es muy grande resulta elegante, no como nuestro teatro de la Trinidad, cuyas plateas parecen estar en un foso. Un teatro también muy elegante es el de los Campos Elíseos, donde vi representar *Barba Azul*; es casa de espectáculos para el verano, donde se representa por la tarde; un local espacioso, a pesar de ser cuadrado, en el que se oye perfectamente desde todos los puntos en que uno esté. El de la Alhambra también es bonito, y en él se reúne la sociedad elegante de Madrid.

Después de los teatros tengo que hablar de otro espectáculo que se puede considerar una verdadera antítesis del que ofrecen aquellos: ilos toros!

En España los toros tienen un eco universal. Confieso de entrada que es un espectáculo con el que no simpatizo, ni siquiera en mi país. Con todo, como todavía no había visto una corrida a la española, no perdí la ocasión. Así, el jueves de la Ascensión, mientras nuestro pueblo paseaba por los campos recogiendo las doradas espigas, yo estaba en una plaza de toros, viendo cómo treinta mil personas presenciaban un espectáculo estúpidamente bárbaro. Cada toro son cinco o seis caballos buscando la muerte en los cuernos de estos pobres animales, que al final sufren la misma pena. ¡Bonito cuadro, los pobres rocines con el vientre rasgado y corriendo por la plaza hasta caer sin vida! Parece increíble que todavía en estos tiempos un pueblo civilizado disfrute presenciando estas escenas. [...]

Ahora voy a hablar de unas cosas que, si pudiera, me traería a Lisboa, y que ciertamente todos me agradecerían: ilos Campos Elíseos, el Buen Retiro y el Prado! El Prado, que no se puede describir fielmente, que seduce y encanta.

Allí se reúnen todas las beldades de Madrid, airoosas, graciosas, fugitivas y seductoras. Quien no haya visto este paseo no puede hacerse una idea de la vida, la animación y las gratas escenas de que se disfruta en una tarde, en todas las tardes que se pasan allí. No sé si en Madrid hay mujeres feas, pero en el Prado sólo vi mujeres elegantes, de ojos negros y expresivos, cabezas artísticamente peinadas y con la graciosa mantilla con que sólo ellas se saben adornar, del

mismo modo que ninguna otra mujer maneja un abanico como la española.

En el Prado hay siempre una concurrencia como la que puede tener nuestro Paseo Público en los días de fiesta. Digamos la verdad, Lisboa es una ciudad bonita, pero sus habitantes son unos simples, lo que le da un aspecto muchas veces monótono. Nuestras elegantes van al paseo, se sientan en una silla de asilo de mendigos y se pasan muchas veces horas sin decir palabra, mirándose unas a otras, fijándose en los vestidos y haciendo cábalas sobre la modista o cosas semejantes. Y esto rebaja en un diez por ciento la belleza de la mujer portuguesa. La española no; está llena de vida, en cada mirada envía un pensamiento diabólico, en cada sonrisa una tentación, en cada palabra un soplo que levanta un incendio en un corazón portugués. Y la mantilla, y la cintura breve y airosa, y el andar veloz y elegante, todo esto es una declaración de desafío para un lusitano de postín.

Los Campos Elíseos y el Buen Retiro son paseos para poetas, que a la sombra de aquellos bellos y frondosos árboles sienten la poesía renacerles en el alma. Comparado con ellos, nuestro Paseo Público parece un jardín cuidado con mal gusto; es como si fuese una parte de una de sus calles. En los Campos Elíseos hay un lago, que tiene aproximadamente la anchura y la largura de nuestra plaza de Don Pedro, y donde hay barcos de recreo.

Los cafés son también sorprendentes, tanto por la elegancia como por el extraordinario movimiento que hay en ellos a toda hora y todos los días. Cuando llegué a Madrid y al día siguiente, pensé que aquella extraordinaria concurrencia que anegaba la *Puerta del Sol* se debía a la fiesta popular de San Isidro. Pero no, porque todos los días, e incluso cuando ya habían vuelto a Lisboa casi todos los portugueses, había siempre el mismo movimiento. A las once de la mañana, a la una y las dos de la madrugada, están los cafés completamente llenos de gente. A veces se para uno a pensar y se pregunta: ¿Qué hace toda esta población, que vive paseando desde la mañana hasta altas horas de la noche?

Algunas noches, en el café de Fornos, de las Columnas o algún otro, me acordaba de nuestro Martinho, que de día está desierto, y a las diez de la noche no está mucho más poblado. En Lisboa, a medianoche, incluso en verano, están las calles vacías, y un pobre hombre que vaya hacia casa a esa hora va escuchando el eco de sus pasos, como si caminase por una callejuela de aldea. Pero ya nuestros abuelos eran así, y no veo modo de que cambiemos de costumbres. Sin embargo, a decir verdad, aquello sí que es vivir, buscando un antídoto para tantas contrariedades como hay en el mundo.



Esto de que un hombre esté agarrado al hogar doméstico como un caracol a su casa ambulante es sumamente prosaico: en Madrid se vive en la calle, en los cafés y los teatros; la casa es para comer y dormir. Quien desea descansar de las fatigas del día, después de cenar va a sentarse al Prado o a los Campos Elíseos. Quien quiere conversar va a los cafés, quien quiere reír va a los teatros, quien es político va a los clubs y asociaciones. De este modo no se echa en falta a los que mueren, y lo que es más, así debe un hombre encontrarse en el otro mundo sin saber cómo, porque la misma víspera estaba en el café de las Columnas o en el teatro, viendo bailar boleos. De esta manera es como me parece posible vivir en este mundo sublunar, pues ciertamente es triste estar con la ampollita de la vida en la mano, viendo la velocidad con que pasan los días, los meses, los años... y la humanidad entera.

Traducción del compilador



24. Manuel Pinheiro Chagas (c. 1871)

Manuel Joaquim Pinheiro Chagas (1842-1895) fue uno de los más insignes personajes de la vida pública portuguesa del siglo pasado. Se distinguió como escritor, periodista, político, dramaturgo y orador, y tuvo además unas privilegiadas relaciones con España. Pinheiro Chagas visitó Madrid en numerosas ocasiones, entre ellas dos memorables: en 1883, cuando obtuvo un gran éxito en un banquete celebrado en el Teatro de la Zarzuela en el que midió sus dotes oratorias con las de Castelar; y en 1892, cuando representó a su país en las fiestas conmemorativas del cuarto centenario del Descubrimiento de América. Sin embargo, su contribución a la literatura viajera sobre la ciudad, un libro titulado simplemente Madrid, data de una visita anterior cuya fecha ignoramos, pues no consta en la obra, aunque varias referencias al reinado de Amadeo de Saboya nos permiten situarla hacia 1871, seguramente coincidiendo con la estancia de Godolphim.

En cualquier caso, el Madrid de Pinheiro Chagas es una obra meritoria, cuyas observaciones, aparentemente escritas a vuelapluma, tienen empero toda la penetración, el colorido y la amenidad de la mejor prosa de viaje romántica. Entre los pasajes que hemos seleccionado nos parecen especialmente interesantes los relativos al «genio expansivo» de los madrileños, al simbolismo de las tres plazas principales de la ciudad y a su brillante vida nocturna.

El tren se detiene. A nuestra derecha vemos un espeso arbolado: es Aranjuez. Oasis fugitivo, que enseguida se pierde en las tinieblas, como los desiertos que atravesamos. Por ahí discurre veloz hacia Portugal el Tajo infantil, que saludamos alborozados, y que se nos esconde avergonzado de que lo hayamos sorprendido en su humilde

cuna. Ya la fatiga se apodera de nosotros; treinta y cinco horas de viaje! Pero se divisan luces en el horizonte. ¡Madrid! ¡Madrid! ¡Henos aquí!

[...] Un complicado carricoche, al que subimos como buenamente podemos, nos transporta al centro de Madrid. El cochero anima a los caballos con unos gritos extraños que suenan salvajemente a nuestros oídos. Atravesamos rápidamente una parte del Prado; pasan por delante de nosotros las casas de la Carrera de San Jerónimo. Algunas, llenas de luz, de ruido, de movimiento, llaman nuestra atención, un poco distraída por los cuidados que solicita nuestra propia existencia, que nos parece en peligro en lo alto del traspuntín del cochero, donde el azar nos colocó. Son los cafés. Henos al fin en la Puerta del Sol. Dos pasos más y el *coche* nos deposita, sanos y salvos, en la puerta del hotel de Oriente, *calle del Arenal*. [...]

Cuando al día siguiente los rayos de oro de un sol peninsular nos despertaron y, después de levantarnos, nos asomamos a la ventana, sentimos un verdadero deslumbramiento. Estábamos alojados en el corazón de la ciudad. Veíamos la Puerta del Sol, con su fuente central, y el palacio del ministerio de la *Gobernación*; y todas las calles que van a desembocar en la célebre plaza chorreaban, por así decirlo, gente a borbotones. Los carruajes se cruzaban en todos los sentidos, unos ómnibus muy elegantes llenos de pasajeros se deslizaban velozmente por los *rails* de la ferrovía americana. Salimos. Montamos en coches de punto, baratos y sometidos a la acción vigilante de la policía, y fuimos a recorrer la ciudad un poco à l'*aventure*.

Quien está acostumbrado a la grandiosidad orgullosa y melancólica de Lisboa no puede entender el bullicio de la vida madrileña. Ciudad esencialmente moderna por los hábitos y las tendencias, pequeñita, con una población aglomeradísima que necesita desahogarse, encerrada como se halla en edificios donde anidan multitudes de familias, Madrid ve sus calles incesantemente cruzadas por sus habitantes. Casi se puede decir que por la Puerta del Sol pasa todos los días la mayor parte de la población de la capital. El extranjero que pasea por la plaza tiene por tanto ante sí un espectáculo animadísimo, que se vuelve aún más alegre por el genio expansivo de los madrileños. No gozan de la misma fama los habitantes de las dos Castillas; el castellano tradicional es un sujeto grave, taciturno, que se envuelve orgullosamente en su capa y respeta la etiqueta como se respeta a un dios. De todas estas características, lo único que los madrileños parecen conservar es el secreto de embozarse con un donaire especial en sus amplias capas. Tal vez la fiebre de la vida

moderna, concentrada en este foco de Madrid, los transformó, o bien el castellano legendario, dejándose corregir por el andaluz, imitando un poco al parisino, se despabiló a la luz de la civilización moderna y salió, cual alegre mariposa, de la vieja crisálida española.

La capa y la mantilla siguen imperando sin rivales en Madrid, digan lo que digan los viajeros, que consideran su deber consagrar sistemáticamente un episodio a la desaparecida mantilla. Mujeres más o menos gentiles pasaban constantemente a nuestro lado, y en sus cabellos rubios o negros llevaban siempre prendida, leve, aérea, vaporosa, la negra y fluctuante mantilla, que sólo ellas saben ponerse de un modo gracioso que les moldea las facciones y las trenzas con una línea sinuosa y delicada. También pasaban hombres, envueltos casi todos en la airosa capa, y llevando en los labios el *cigarrito* o el *puro*. Entre esas vestimentas negras destacaban los colores vivos de los uniformes militares, los calzones bermejos de la infantería, el quepis galoneado de plata de los oficiales de estado mayor. Los *curas*, que así es como se les llama a todos los padres, atravesaban, gordos y floridos, la multitud apresurada. No les faltaba el sombrero tradicional de Don Basilio. Más elegante, más corto, con las alas recurvadas, no deja empero de arrancarnos una sonrisa y de incitarnos a acompañar con música de Rossini el paseo de los sacerdotes; los guardias civiles, cuyos uniformes conocen tan bien los *dilettanti*, caminando siempre emparejados, vienen a completar la ilusión. Decididamente, nos parece que hemos sido transportados a una ciudad de ópera cómica, que no nos rodean paseantes sino coros de zarzuela y que, a una señal dada, empezará a oírse una orquesta escondida, las manos enguantadas de las damas con mantilla surgirán armadas de castañuelas, de debajo de la capa de los elegantes saltará la guitarra de Almaviva y todo Madrid romperá en una *malgueña*, en una *jota*, en una *cachucha* desordenada.

Madrid no nos seduce por su aspecto monumental, pero, para compensar, no le falta ni una sola de las seducciones de la belleza moderna. No se encuentran los mármoles, los edificios grandiosos, la cantería majestuosa a la que estamos acostumbrados los portugueses, pero en cambio, las paredes de las calles desaparecen bajo los paños, las quincallas, los *montres* de los orfebres, debajo incluso de los espejos que las cubren. Todo se expande, todo se exhibe, todo encuentra un lugar al sol, y los ojos de los paseantes quedan realmente encantados con ese nuevo aspecto. Cualquier rincón es aprovechado por los libreros de viejo, que a lo largo de los paseos arrian a las paredes de las casas sus largos anaqueles cargados de libros, cuyas encuadernaciones añaden otro matiz abigarrado a la

paleta que ostentan los muros de la ciudad. Este sistema da realmente a Madrid un aspecto encantador a primera vista.

Seguimos por la *calle* del Arenal hacia el lado de la plaza de Oriente donde está situado el palacio de los soberanos de España, que tiene poco más de un siglo desde que fuera completamente reconstruido, pero que ya ha visto pasar por sus salones, inaugurados por Carlos III, a los representantes de tres dinastías. Allí moraron los Borbones, esos degenerados descendientes de Enrique IV de Francia; aquí vivió su rápido y maravilloso sueño, que terminó con el estruendo del rayo, como el sueño de Athalia, el pálido hermano de Bonaparte; aquí busca ahora conciliar las viejas tradiciones de la monárquica España con las arrojadas aspiraciones de la moderna democracia el príncipe saboyano, rey no por la gracia de Dios sino por elección popular.

En este primer paseo vimos las tres principales plazas de la capital: la *Puerta del Sol*, *forum* de Madrid, plaza donde el comercio agita sus *réclames*, donde las revoluciones lanzan al viento, que se se lleva, sus esperanzadores programas por boca de sus tribunos; aquí se intercambian las noticias políticas, las novedades teatrales, aquí se ve pasar camino del Prado a las elegantes madrileñas, por aquí se dirigen hacia el Congreso los diputados o los que se interesan por las discusiones parlamentarias; es éste el centro, el corazón donde late la vida de la ciudad; es la plaza moderna, tumultuosa, agitada, llena de movimiento y de vida.

La Plaza Mayor es la plaza de las vetustas tradiciones, melancólica y un poco sombría; todavía anublan el cielo que la cubre las últimas columnas de humo de los autos de fe, pues allí se celebraban otrora esas horribles solemnidades. Allí se daban también las corridas de toros en honor de la corte; allí parece que se representaban al aire libre, como complemento artístico de las lúgubres ceremonias de la Inquisición, los autos sacramentales de Lope de Vega, en cuyos versos, tan fácilmente escritos, muchas veces parece reflejarse la luz roja de las llamaradas.

Un poco apartada del movimiento general de Madrid, orgullosa de sus arcadas majestuosas, de su estatua de Felipe III, comunicando con las calles vecinas a través de unos arcos por los que no pasan los carruajes, y gozando por tanto siempre, a dos pasos del torbellino vertiginoso de la capital, de un silencio relativo, la Plaza Mayor parece albergar, en su recóndito y majestuoso tabernáculo, el arca preciosa de las viejas remembranzas. Por la noche anidan en aquel recinto los siglos transcurridos, y los fantasmas de la antigua monarquía, alejados de la Puerta del Sol por el bullicio y la luz brillantísima de las

farolas, deben recorrer las arcadas de la Plaza Mayor oyendo de lejos con espanto el tumulto de la ciudad moderna.

La *Panadería*, casa monumental, cuyo destino lo indica su propio nombre, ocupa uno de los lados de la Plaza Mayor y completa el conjunto de símbolos de este recinto aislado. *Pan y toros, quemadero y autos sacramentales...*, ¿no se resume en estas cuatro palabras la España que legaron a los descendientes de Enrique IV de Francia los descendientes de Carlos V de Alemania?

Si dijéramos que la *Puerta del Sol* es la plaza republicana y la *Plaza Mayor* la del viejo absolutismo teocrático, podemos decir que la *Plaza de Oriente* es la plaza de la monarquía constitucional.

La Plaza de Oriente es pacata y ordenada, tiene en el centro un jardincito, antes llamado *square*, donde algunos ancianos toman el sol y juegan algunos niños. Al fondo, el palacio real presenta un aspecto majestuoso. Sin embargo, no hay mucho movimiento en sus alrededores. Los soldados de la guardia pasean con desgana y contemplan distraídamente a los extranjeros que pasan. El simbolismo de la plaza está representado por el rey Felipe IV rodeado de un parlamento de estatutas. ¡Un parlamento mudo! ¡Oh ministerios! ¡Qué ideal supremo!

La estatua de Felipe IV, que se exhibe en el medio de la plaza, hecha por un escultor italiano, está considerada justamente como la mejor de Madrid, lo que, en mi opinión, dice más en contra de Madrid que a favor de la estatua. Sin ser entendedor, me atrevo a decir que el caballo me parece mejor tratado que el caballero. [...]

La hora de las sesiones del Congreso es un síntoma del modo de existencia de Madrid. En la capital de España la vida cotidiana comienza tarde y acaba tarde también. Un día en que, con la intención de ir a Toledo, perdimos el tren de la mañana, anduvimos, para distraernos, recorriendo al azar las calles de Madrid. Dormía la ciudad *la grasse matinée*; sólo después de haber dado un paseo de casi una hora empezaron a aparecer en los mercados, que se instalan en calles estrechas, las criadas para hacer sus compras. Se almuerza tarde y se cena tarde también; después del teatro se prolonga la velada en los cafés hasta casi la madrugada. Y es que Madrid tiene todos los hábitos de una corte; se aglomeran allí los trabajadores de la inteligencia, los empleados y los vagabundos, gente toda a quien horripilan las madrugadas y con una afección particular por los candeleros nocturnos. Madrid tiene un cierto parecido con el Washington de los Estados Unidos. ¿Por qué la eligieron como capital? Porque está en el centro de España, y también para ahorrarse los soberanos el engorro de escoger entre tantas ciudades que se podrían considerar con

derecho a la primacía. ¿Habrían optado por Sevilla, que es el esplendor, por Toledo, que es la tradición, por Barcelona, que es la riqueza? Por ninguna de ellas. Se acordaron de Madrid, crearon allí un municipio neutro, formaron una noble y artificial ciudad, un campamento perpetuo, pero un *Camp du drap d'or*, donde se reúnen todas las magnificencias mas donde falta el trabajo, una ciudad de consumidores donde escasea la producción.

En esta ciudad en la que se acumulan, venidas de todos los rincones de España, ambiciones febriles y aspiraciones inquietas, no sorprende que la política impere sin rival en todos los ánimos. Y efectivamente, desde la mañana hasta la noche no se piensa en otra cosa. Las sesiones del Congreso se siguen con una asiduidad que nos maravilla. Las galerías están constantemente abarrotadas. Los cafés nunca se encuentran vacíos. Todos discuten, hablan todos, cada uno tiene un sistema, cada cual su política. Los radicales y los republicanos predominan; los grandes centros son siempre progresistas; es en el campo donde domina normalmente el elemento conservador. Sin embargo, Madrid no es sólo una ciudad charlatana; adquirió noblemente el derecho de expresar su voto y de manifestar su voluntad. Más de una vez sus calles fueron regadas con sangre de sus habitantes. Nunca escasearon allí los mártires de las sagradas causas de independencia y libertad. Dan fe de ello mayo de 1808 y junio de 1866. Sus adoquines tienen todavía impresas las herraduras de los caballos de los dragones de Murat; en las paredes de sus casas quedan aún vestigios de la metralla de O'Donnell. [...]

Es por la noche cuando se deja sentir la vida de Madrid en todo su esplendor. Manan por todas partes torrentes de luz, y la Puerta del Sol presenta un aspecto mágico. Las tiendas, magníficas y numerosas, entre las que nos llama la atención por su elegancia y buen gusto la chocolatería del célebre Matías López, contribuyen a la iluminación de la plaza tanto como la propia municipalidad. Los cafés inundan de esplendor los paseos. En esta claridad casi solar circulan montones de personas con aire apresurado. Se oye el rodar de los carruajes, el pregón gutural de las mujeres y de los niños que venden la *Correspondencia* y panfletos de todos los colores políticos. El *réclame* se deja oír en toda su magnificencia en la Puerta del Sol. Una vez me detuve con curiosidad a mirar a dos marineros que estaban desenrollando un pendón carmesí con letras de oro, semejante a los de las procesiones. Cuando lo enarbolaron, vi que estaba en presencia del cartel anunciador de una compañía que vendía no sé qué géneros pasmosamente baratos. La fiebre del anuncio todavía no ha alcanzado entre nosotros tales proporciones.

Es en los cafés donde se concentra principalmente la vida nocturna de Madrid. Son todos brillantísimos; el café Imperial en la esquina de la Puerta del Sol y de la Carrera de San Jerónimo y el café de Fornos en la calle de Alcalá son suntuosos. Una cantidad tremenda de lámparas de gas inunda de luz las salas; los espejos reflejan y multiplican hasta el infinito ese mágico panorama. A pesar de su vastedad, los dos cafés están siempre repletos de parroquianos de ambos sexos. Todos hablan en voz alta, ríen y discuten de manera tal que la gente se zambulle con placer en ese torbellino, sintiendo cómo se disipan los soplos de tristeza que puedan enturbiar sus pensamientos.

Guarda mi estómago un recuerdo nostálgico de los cafés de Madrid. Gastronómicamente fui muy infeliz en España; la refacción nocturna me estaba prohibida; tostadas horriblemente duras, té detestable, café inicuo, y el chocolate... delicioso, según afirman, pero a mí, ¡oh dioses!, no me gusta el chocolate. ¡Ah!, tuve sin embargo una noche la inspiración de pedir un sorbete. ¡Oh sultanas de Granada, moras ardientes que preparabais tal vez en la Alhambra, con vuestras delicadas manos, los sorbetes perfumados con vainilla para los lidiadores de la vega, que regresaban sofocados de sus torneos con los cristianos!, ¿fuisteis vosotras quienes enseñasteis a los botilleros españoles el secreto de estos adorables helados? Yo, al menos, saboreando mi sorbete de flor de naranja en aquellas salas llenas de luz, oyendo la melodía gutural de las voces españolas, me sentía transportado al patio de los Leones o a los jardines de Lindaraja. ¡Oh, es que el estómago también tiene su poesía y sus devaneos! Quien bebe cerveza se siente por fuerza ensimismado y taciturno como un holandés, y brutal como un pomerano; quien saborea un sorbete aromático y fresco, se siente luego impregnado de la languidez lasciva de las brisas orientales. [...]

Hasta ahora hemos presentado el Madrid nocturno bajo su aspecto deslumbrante; el esplendor de los cafés, la magnificencia de las tiendas, la suntuosidad del teatro de Oriente, la animación de la Puerta del Sol, todo esto hace de Madrid una ciudad de hadas; pero a la par de este lujo, ¡cuánta pobreza, cuánta miseria! Una noche en que regresábamos del teatro de Oriente vimos una pobre niña, una vendedora de la *Correspondencia*, durmiendo sentada en el escalón de una puerta. El frío era cortante, nosotros nos arropábamos cuanto podíamos con nuestros chaquetones y capas; la pobre criatura, vestida andrajosamente, dormía al aire gélido de la noche, en el umbral de una puerta, el sueño de la miseria y de la fatiga. Y veníamos de un teatro donde se abusaba escandalosamente del terciopelo, donde

abundaban hasta el exceso los dorados, donde corrían ríos de diamantes en torno al cuello de las señoras, recostadas en los mullidos sofás de la sala de espera mientras llegaban sus magníficos carruajes. El contraste era sobrecogedor.

[...] En Madrid el contraste es casi tan patente como en Inglaterra. Junto a las grandes riquezas hay una profundísima miseria.

Traducción de Pedro Leoz



25. Edmondo de Amicis (1872)

«En la literatura italiana escasean en general las relaciones de viaje», dice alguien tan informado como Farinelli ¹, confirmando la impresión que en este sentido produce su bibliografía. Una ilustre excepción a este hecho general es la obra de Edmondo de Amicis (1846-1908), el autor de *Corazón* y otros clásicos lacrimógenos de la narrativa infantil decimonónica, que fue también un prolífico escritor de libros de viajes. Sin duda el más popular de todos los que dio a la imprenta fue su *Spagna* (1873), un auténtico éxito editorial que ya en el siglo pasado se reeditó incesablemente y se tradujo a media docena de lenguas (entre ellas al español, tres veces en sólo dos décadas). Como muestra de la difusión de este libro cabe señalar que ha sido durante años lectura obligada para los escolares italianos, al incluirse en una popular colección de «Narrativa moderna per la Scuola Media».

De Amicis llegó a Madrid a comienzos de 1872 y permaneció en la ciudad tres meses largos. El relato de su estancia viene a ser el negativo fotográfico de la obra de Richard Ford, es decir: una exaltación de Madrid en todos sus aspectos, un extenso panegírico de sus calles y monumentos, de sus habitantes y costumbres. Ningún viajero ha dedicado tantos y tan encendidos elogios a la capital de España; su entusiasmo es tan desmedido que le hace caer en frecuentes exageraciones, a veces un poco pueriles. No cabe duda de que la animación de la vida madrileña embriagó a De Amicis desde el instante en que se apeó del tren, como cuenta el propio escritor. El ritmo del relato se acelera, el estilo se vuelve florido y chispeante, los epítetos se disparan por doquier como fuegos artificiales. Un comentarista italiano, al hablar de este capítulo, señala atinadamente que «esta euforia, esta sensación de júbilo, de alegría y de placer de vivir, se reflejan perfectamente en

todas sus frases, en cada una de sus expresiones» 2. En efecto, la embriaguez madrileña de *De Amicis* se contagia al lector gracias a su prosa vivaz y exuberante, que es una de las mayores virtudes del texto.

Sin duda son posibles otras valoraciones críticas, pero no seremos nosotros quienes arrojemos piedras sobre los tejados de la ciudad tan idílicamente pintada por *De Amicis*. A continuación presentamos una nueva traducción de los principales pasajes de *Spagna* dedicados a Madrid y -como lóbrego contraste frente a tanta alegría- a *El Escorial*.

Era ya de día cuando uno de mis vecinos me gritó al oído: «¡Caballero!» «¿Estamos en Madrid?», pregunté despertándome. «Todavía no», me respondió, «pero imire!» Me volví hacia el campo y vi a media milla de distancia, en la falda de un alto monte, el monasterio de El Escorial, iluminado por los primeros rayos del sol. *Le plus grand tas de granit qui existe sur la terre*, como lo llamó un viajero ilustre 3, no me pareció, a primera vista, ese inmenso edificio que el pueblo español considera la octava maravilla del mundo. Aun así proferí mi «¡Oh!», como otros viajeros que lo veían por primera vez, reservando toda mi admiración para el día en que lo contemplara de cerca. De El Escorial a Madrid la vía férrea atraviesa una llanura árida, que recuerda a la de Roma. «¿Usted no ha visto nunca Madrid?», me preguntó mi vecino. Respondí que no. «*iParece imposible!*», exclamó el buen español, y me miró con aire de curiosidad, casi diciendo para sí: «Veamos cómo está hecho un hombre que nunca ha visto Madrid.» Después empezó a enumerarme las grandes cosas que vería: «¡Qué paseos!, ¡qué cafés!, ¡qué teatros!, ¡qué mujeres! Para quien tenga trescientas mil liras que gastar, no hay nada mejor que Madrid: es un gran monstruo que vive de patrimonios; si estuviera en su lugar, me daría el gusto de echarle en las fauces también el mío.» Apreté con la mano mi flácida bolsa, y murmuré: «¡Pobre monstruo!» «¡Ya estamos!», gritó el español, «imire fuera!» Asomé la cabeza por la ventanilla. «¡Aquello es el palacio real!» Vi en un alto una mole inmensa, pero en seguida cerré los ojos, pues el sol me daba en la cara. Todos se levantaron, y empezó el acostumbrado vaivén

«De capas, chales y otras prendas»

que casi siempre impide la primera vista de las ciudades. El tren se detiene; me apeo, y me encuentro en una plaza llena de carruajes, en

medio de una ruidosa multitud; cien manos se alargan hacia mi maleta, cien bocas me gritan al oído; es una barahúnda del diablo de mozos de cuerda, cocheros, cicerones, recaderos de *casas de huéspedes*, guardias y muchachos. Me abro paso a codazos, me precipito en un ómnibus lleno de gente, y partimos. Se sube por una avenida, se atraviesa una gran plaza, se recorre una calle ancha y recta y se llega a la *Puerta del Sol*. ¡Es un panorama magnífico! Es una vastísima plaza semicircular, rodeada de altos edificios, en la que desembocan, como diez torrentes, diez grandes calles, y por cada calle una oleada continua y ruidosa de gente y carruajes; y todo lo que se ve guarda proporción con la vastedad del lugar: las aceras anchas como calles, los cafés amplios como plazas, una taza de fuente grande como un lago; y en todas partes una muchedumbre densa y sumamente móvil, un griterío ensordecedor, un no sé qué de alegre y festivo en las caras, en los gestos, en los colores, que hace que no os parezca extranjera ni la gente ni la ciudad, y que os infunde un afán de mezclarnos en ese estrépito, de saludar a todo el mundo, de correr de acá para allá para reconocer cosas y personas, más que para verlas por primera vez. Me alojo en una fonda, salgo en seguida, me pongo a pasear al azar por la ciudad. No veo grandes palacios, ni antiguos monumentos artísticos, sino calles espaciosas, limpias, alegres, flanqueadas por casas pintadas de vivos colores, cortadas por plazas de mil formas diversas, como trazadas al acaso, y en cada plaza un jardín, una fuente, una estatua. Algunas calles están ligeramente en cuesta, de forma que al entrar en ellas se ve al fondo el cielo, y parece que desembocan en campo abierto; pero cuando se llega al punto más alto, otra ancha calle se extiende ante los ojos. A cada poco, encrucijadas de cinco, seis y hasta ocho calles, y en ellas un tráfico continuo de gente y carruajes; las paredes, cubiertas durante largos tramos de carteles de espectáculos; en las tiendas, un vaivén incesante; los cafés, rebosantes; en todas partes, el hormigueo de una gran ciudad. La calle de Alcalá, anchísima, tanto que casi parece una plaza rectangular, divide Madrid por la mitad, desde la *Puerta del Sol* hacia Oriente, y desemboca en una vasta llanura, que se extiende a lo largo de todo un lado de la ciudad, y contiene jardines, paseos, plazas, teatros, plaza de toros, arcos triunfales, museos, palacetes y fuentes. Me monto en un coche de punto, y le digo al cochero: «¡Vuela!» Paso junto a la estatua de Murillo, subo de nuevo por la calle de Alcalá, emboco la calle del Turco, atravieso la plaza de las Cortes, donde se alza la estatua de Miguel de Cervantes; desemboco en la plaza Mayor, donde encendía sus hogueras la Inquisición; doy media vuelta, y paso ante la casa de Lope de Vega; llego a la inmensa



plaza de Oriente, frente al palacio real, donde se yergue la estatua ecuestre de Felipe IV en medio de un jardín rodeado de cuarenta estatuas colosales; vuelvo hacia el centro, atravesando otras calles anchas, y plazas alegres, y cruces llenos de gente; finalmente regreso a la fonda, diciéndome que Madrid es grande, alegre, rica, populosa y simpática, y que quiero verla entera, y quedarme una temporada, y gozar de ella hasta que lo permitan mis fondos y la bonanza de la estación.

Casa y cocina

Al cabo de pocos días, un buen amigo me encontró una *casa de huéspedes*, y fui a instalarme en ella. Estas casas de huéspedes no son sino familias que dan comida y alojamiento a estudiantes, artistas y forasteros; a precios diferentes, se entiende, según como se duerma o se coma, pero siempre a mejor precio que en las fondas, con la inestimable ventaja de que en ellas se respira un aire hogareño, se estrechan amistades y se os trata como a gente de la familia, más que como a pensionistas. La patrona de la casa era una buena señora que rondaría los cincuenta, viuda de un pintor que había estudiado en Roma, Florencia y Nápoles, y que había conservado durante toda la vida un recuerdo grato y afectuoso de Italia. También ella, naturalmente, sentía una vivísima simpatía por nuestro país, y me lo demostró asistiendo cada día a mi comida y contándome la vida, muerte y milagros de todos sus parientes y de todos sus amigos, como si fuera el único confidente que tenía en Madrid. [...]

Pasando de la lengua al paladar, me hizo falta un poco de buena voluntad para acostumbrarme a algunas salsas, aliños y condimentos de la cocina española, pero me acostumbré. Los franceses, que en lo que toca a comer son quisquillosos como niños malcriados, ponen el grito en el cielo al hablar de ella; Dumas dice que en España pasó hambre; en un libro sobre España que tengo delante está escrito que los españoles viven únicamente de miel, setas, huevos y caracoles. No son más que sandeces. Ellos pueden decir lo mismo de nuestra cocina: he conocido muchos españoles a los que ver comer macarrones con tomate les revolvió el estómago. Es verdad que mezclan las cosas un poco al buen tuntún, que abusan un poco de las grasas, que condimentan un poco en exceso; pero quíá, ¿tanto como para que consiguieran quitarle el apetito a Dumas? ⁴ Son maestros en dulces, entre otras cosas. De su *puchero*, el plato nacional que come todo el

mundo, todos los días, en todo el país, debo decir en verdad que lo devoraba con glotonería rossiniana ⁵. El *puchero* es, con respecto al arte culinario, lo que es una antología con respecto a la literatura: hay en él un poco de todo, y de lo mejor. Un buen pedazo de carne de vaca cocida forma el núcleo del plato; alrededor, un ala de pollo, un trozo de *chorizo*, tocino, verduras, jamón; debajo, encima y en todos los intersticios, *garbanzos*. Los buenos gastrónomos pronuncian con reverencia la palabra *garbanzos*. Son como nuestros garbanzos, pero mayores, más tiernos y sabrosos; garbanzos, diría un extravagante, caídos aquí abajo de un mundo donde una vegetación igual a la nuestra es fecundada por un sol más potente. Éste es el *puchero* habitual, pero cada familia lo modifica según su bolsa; el pobre se contenta con la carne y los *garbanzos*, y el señor añade cien bocados exquisitos. En el fondo, más que un plato es una comida; un buen puchero y una botella de *Valdepeñas* pueden bastar a quien sea. No hablo de las naranjas, las uvas de Málaga, los espárragos, las alcachofas y toda clase de legumbres y frutas, pues todo el mundo sabe que en España son hermosísimas y buenísimas. Sin embargo, los españoles comen poco; y aunque en su cocina dominen la pimienta, las salsas fuertes y la carne salada, aunque coman *chorizos* que, como dicen ellos, *levantan las piedras*, es decir, queman los intestinos, beben poquísimos vino.

Puerta del Sol

Hallada la casa y la cocina, no me quedó ya otra ocupación que la de deambular por la ciudad con la guía en el bolsillo y un cigarro en la boca. Los primeros días no podía alejarme de la plaza de la *Puerta del Sol*; pasaba allí horas y horas, y me divertía tanto que hubiera querido quedarme el día entero. Es una plaza digna de su fama; no tanto por su grandeza y su belleza como por la variedad del espectáculo que presenta a todas las horas del día. No es una plaza como las demás: es al mismo tiempo un salón, un paseo, un teatro, una academia, un jardín, una plaza de armas, un mercado. Desde que despunta el día hasta una hora después de la medianoche hay en ella una multitud inmóvil, y una multitud que va y viene por las diez grandes calles que en ella desembocan, y un tráfigo, un entrecruzarse de carruajes que marea. Allí se reúnen los negociantes, los demagogos ociosos, los empleados cesantes, los viejos jubilados, los jóvenes elegantes; allí se comercia, se habla de política, se pasea, se lee



el periódico, se da caza a los morosos, se busca a los amigos, se preparan las manifestaciones contra el Ministerio, se acuñan las falsas noticias que dan la vuelta a España, se teje la crónica escandalosa de la ciudad. En las aceras, tan anchas que pueden pasar cuatro carrozas de frente, hay que abrirse paso a la fuerza; en el espacio de una losa se ve a un guardia civil, un vendedor de cerillas, un intermediario, un pobre y un soldado, todos apiñados. Pasan grupos de estudiantes, criadas, generales, ministros, campesinos, *toreros*, señoras; vagabundos misérrimos que os piden una limosna al oído por no hacerse notar, mujeres livianas que os tocan el codo; por todas partes sombreros que se alzan, sonrisas, apretones de manos, saludos alegres, gritos de «¡Paso!» de mozos cargados y de buhoneros con el maletín colgado al cuello; gritos de vendedores de periódicos, vocerío de aguadores, bocinazos de las diligencias, restallidos de fusta, ruido de sables, rasgueo de guitarras, cantares de ciego. Después pasan regimientos con bandas de música, pasa el Rey, riegan la plaza con larguísimos chorros de agua que se entrecruzan en el aire, llegan los portadores de avisos a anunciar los espectáculos, irrumpen bandadas de golfllos con brazadas de hojas volantes, sale un ejército de empleados de los ministerios, vuelven a pasar las bandas musicales, se iluminan las tiendas, la multitud se hace más densa, menudean los codazos, aumenta el griterío, el estrépito, el movimiento. Y no es un movimiento de pueblo atareado; es vivacidad de gente alegre, es jolgorio carnavalesco, ocio inquieto, efervescencia, fiebre de placer que se os pega y os deja parados u os impulsa a girar en círculos, como un huso, sin dejaros salir de la plaza; una curiosidad que nunca se agota, unas benditas ganas de pasarlo bien, de no pensar en nada, de escuchar pláticas, de brujulear, de reír. Así es la famosa *Puerta del Sol*.

El Prado

Para pasar revista al bello sexo madrileño hay que ir al paseo del *Prado*, que es para Madrid lo que son las Cascine para Florencia ⁶. El *Prado* propiamente dicho es una anchísima alameda, no muy larga, flanqueada por paseos menores, que se extiende al oriente de la ciudad, junto al famoso jardín del *Buen Retiro*, y está cerrada en los extremos por dos enormes fuentes de piedra, una presidida por una Cibeles colosal, sentada en una carroza tirada por caballos marinos, y la otra por un Neptuno de igual grandeza ⁷; coronan ambas

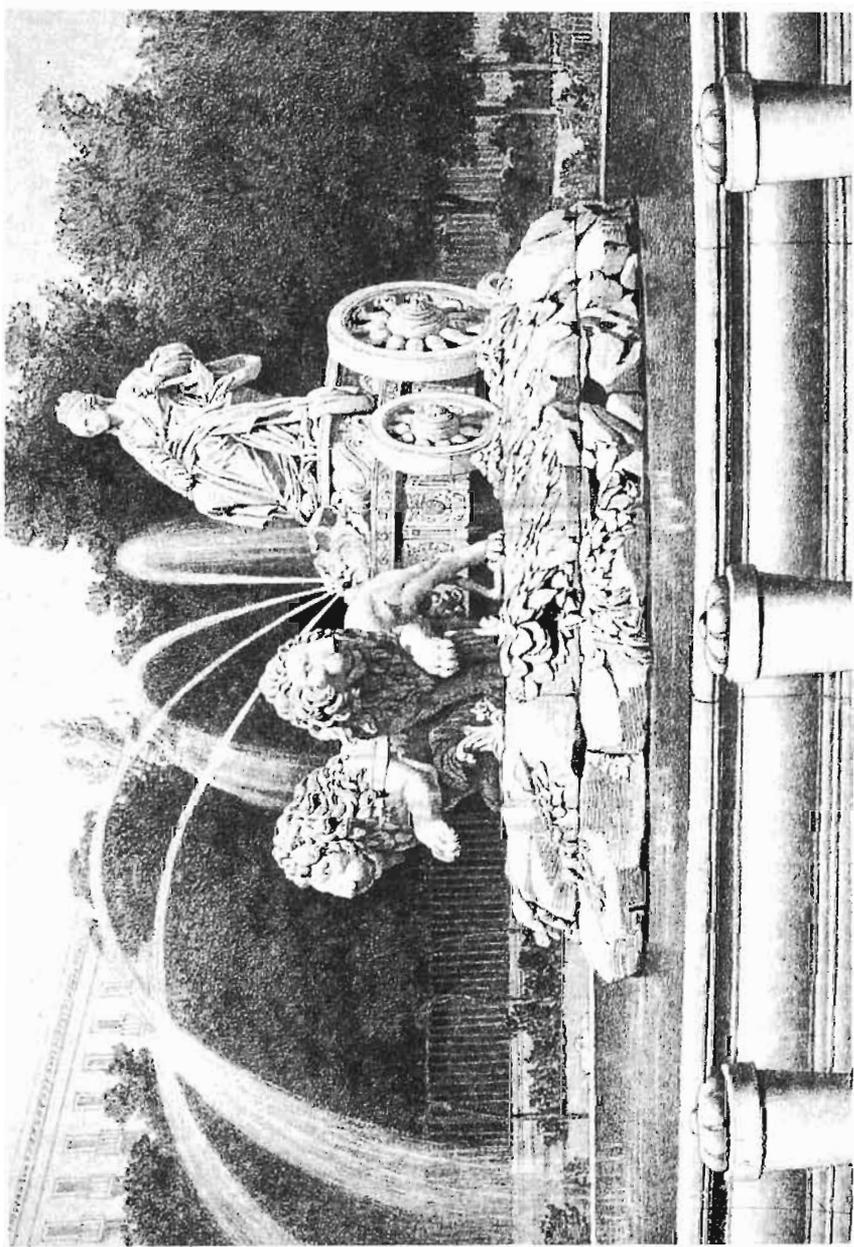


estatuas copiosos surtidores que se entrecruzan y caen graciosamente con alegre murmullo. Esta gran alameda, bordeada a ambos lados por millares de sillas y centenares de puestos de aguadores y vendedores de naranjas, es la parte más frecuentada del *Prado*, y se llama el *Salón del Prado*. Pero el paseo prosigue más allá de la fuente de Neptuno, donde hay otras alamedas, otras fuentes, otras estatuas; se va entre árboles y surtidores hasta la iglesia de Nuestra Señora de Atocha. Desde allí se abarca con la mirada una gran extensión del desierto campo de Madrid y las montañas nevadas del Guadarrama. Pero el *Prado* es el paseo más famoso, no el más hermoso ni el más grande de la ciudad. En la prolongación del Salón, pasada la fuente de Cibeles, se extiende como unas dos millas el paseo de *Recoletos*, limitado a la derecha por el risueño barrio de Salamanca, el barrio de los ricos, los diputados y los poetas; y a la izquierda por una larguísima cadena de palacetes, mansiones, teatros y edificios nuevos pintados de vivos colores. No es un solo paseo, son diez, uno junto al otro, y cada uno más hermoso que el anterior; calzada para las carrozas, calzada para los caballos, calles para la gente que busca la multitud, calles para los solitarios, separadas por altos setos de mirto, bordeadas y cortadas por jardines y arboledas, en los que surgen estatuas y fuentes y se entrecruzan senderos misteriosos. Los días de fiesta se goza aquí de un espectáculo encantador: de un lado a otro de la alameda, son dos procesiones opuestas de gente, carrozas y caballos; apenas se puede caminar en el Prado; los jardines están invadidos por millares de críos; suenan las músicas de los teatros diurnos; en todas partes se oye un murmullo de fuentes, un frufrú de vestidos, un griterío de muchachos, un piafar de caballos; y no es sólo el movimiento y la alegría de un paseo: es el lujo, el estrépito, el torbellino, la alegría febril de una fiesta. La ciudad, a esa hora, está desierta. Al anochecer, toda esa inmensa multitud se vuelca sobre la gran calle de Alcalá, y entonces desde la fuente de Cibeles hasta la Puerta del Sol no se ve más que un mar de cabezas, surcado por una fila de carruajes, hasta donde se pierde la vista.

Teatros

Del mismo modo que por los paseos, sin duda es también Madrid por sus teatros y espectáculos una de las primeras ciudades del mundo. Sin contar el teatro de la Ópera, que es muy grande y lujoso; sin hablar de la Comedia, la Zarzuela y el Circo de Madrid, teatros





Fuente de Cibele.

todos de primer orden por su magnitud, elegancia y concurrencia; prescindiendo de todos éstos, tiene infinidad de teatros secundarios para las compañías dramáticas y ecuestres, academias musicales y vodeviles, todos con su bonita sala de espectáculos, sus palcos y galerías, nobles o plebeyos, al alcance de todas las fortunas, para todos los gustos y a cualquier hora de la noche, y cabe señalar que ninguno deja de llenarse todos los días.

Existen además el Circo de gallos, la Plaza de toros, los bailes populares, los juegos. Cada día se ofrecen veinte espectáculos diversos desde el mediodía al amanecer.

El espectáculo de la ópera, que inspira al pueblo español auténtica pasión, es siempre espléndido, no sólo en temporada de Carnaval, sino en todas las estaciones. Cuando estuve en Madrid, cantaba la Fricci en el teatro de la Zarzuela, y Stagno en el Circo, rodeados ambos de artistas de mucho mérito, con excelentes orquestas y grandioso aparato.

Los más celebres cantantes desean darse a conocer en la capital de España, porque allí los artistas son festejados y queridos. Sólo su pasión por la música puede hacer olvidar a los madrileños su afición a los toros. [...]

Tienen también los españoles mucha afición a la zarzuela, que suele representarse en el teatro que lleva su nombre. Viene a ser una composición intermedia entre la comedia y el melodrama, entre la ópera y el vodevil, en la que se alternan de modo agradable la prosa y el verso, el recitado y el canto, lo serio y lo bufo; composición esencialmente española y muy entretenida. Otros teatros ponen en escena comedias políticas con intermedios de canciones y prosa al estilo de las revistas de Scavini; también dan bailes, danzas chuscas y pantomimas de todo tipo. En los teatros pequeños se suceden cada noche tres o cuatro representaciones. En el famoso teatro de Capellanes se baila todas las noches del año el cancan, cuyo carácter escandaloso sobrepasa en obscenidad cuanto pueda imaginarse, y que congrega a los jóvenes más disolutos de ambos sexos, y a viejos libertinos de narices arrugadas provistos de lentes, anteojos, gemelos de ópera y toda clase de instrumentos ópticos que sirven para acercar, como diría Aleardi, las figuras que se exhiben en el escenario.

El sereno

Después del teatro se encuentran todos los cafés llenos de gente, la ciudad iluminada, las calles surcadas por innumerables carruajes, como a la caída de la tarde. Al salir del teatro en un país extranjero se siente uno un poco triste: ¡se han visto tantas hermosas criaturas, y ninguna se ha dignado dirigirnos una mirada! Pero un italiano, en Madrid, encuentra un consuelo. Se cantan casi siempre óperas italianas, y se cantan en italiano; de modo que al volver a casa oís canturrear con las palabras de vuestra lengua las arias que os son familiares desde la infancia; oís un *palpito* por aquí, un *fiero genitor* por allá, una *tremenda vendetta* más adelante; y estas palabras os sientan como saludos de gente amiga. Finalmente llegáis ante vuestra casa, pero no tenéis la llave del portal. «No se preocupe», os dice el primer ciudadano que encontráis, «¿ve aquella linterna, al fondo de la calle? El hombre que la lleva es un *sereno*, y los *serenos* tienen las llaves de todas las casas.» Entonces gritáis bien alto: «¡Sereno!», y la linterna se acerca. Es un hombre con un enorme manojó de llaves entre las manos, que os da una ojeada escrutadora, os abre la puerta, os ilumina hasta el primer piso y os desea las buenas noches. Así todas las noches: con una lira al mes os libráis del fastidio de llevar en el bolsillo las llaves de casa. El *sereno* es un empleado del Municipio; hay uno por cada calle y cada uno tiene un silbato; si se os incendia la casa o los ladrones hacen saltar vuestra cerradura, no tenéis más que asomaros a la ventana y gritar: «¡Sereno! ¡Auxilio!» El sereno que está en la calle silba, silban los serenos de las calles vecinas, y en pocos minutos acuden en vuestra ayuda todos los serenos del barrio. A cualquier hora de la noche que os despertéis, oís la voz del sereno que os la anuncia, añadiendo que hace buen tiempo, que llueve o que está a punto de llover. ¡Cuántas cosas sabe y cuántas calla este centinela nocturno! Cuántos adioses amorosos susurrados debe de oír, cuántas cartitas verá caer de las ventanas, y llavecitas tintinear sobre el empedrado, y manos cortar el aire con gestos misteriosos, y amantes embozados deslizarse puertas adentro, y ventanucos iluminados que se oscurecen de pronto.

Cafés y estancos

Habría que emborronar mucho papel para describir los grandes suburbios de Madrid, las puertas, los parajes de las afueras, las pla-



zas, las calles históricas; y quien no quisiera omitir nada, los espléndidos cafés: el *Imperial* en la Puerta de Sol, el *Fornos* en la calle de Alcalá, dos salas enormes en las que, retirando las mesitas, podría maniobrar un escuadrón de caballería; y muchísimos otros que se encuentran a cada paso, en los que bailarían cómodamente cien parejas de bailarines; las tiendas lujosas que ocupan toda la planta baja de inmensos edificios, entre ellas las grandes expendurías de tabaco de La Habana, lugares de cita de los señores, llenos de infinidad de cigarros pequeñísimos, grandes, enormes, cilíndricos, planos, en forma de sierpe, de arco, de gancho, de todas las formas, sabores y precios, capaces de contentar la más loca fantasía de un fumador y de embriagar a toda la población de una ciudad; los espaciosos mercados, los cuarteles militares, el gran palacio real, en el que podrían esconderse el Quirinal y el Pitti sin temor a ser descubiertos⁸; la gran calle de Atocha que atraviesa la ciudad, el inmenso jardín del *Buen Retiro*, con su gran lago, sus altozanos coronados de quioscos, sus millares de pájaros peregrinos... Pero más que ninguna otra cosa merecen atención los museos de armas, de pintura y de la marina, a cada uno de los cuales sería poco dedicar un volumen.

Museos

La Armería de Madrid es una de las más hermosas del mundo. Al entrar por primera vez en la enorme sala, el corazón te da un salto, la sangre se te hiela y te quedas parado en el umbral como un lerdo. Un entero ejército de caballeros cubiertos de hierro, con las espadas empuñadas, las lanzas en ristre, resplandecientes, formidables, se abalanza contra ti como una legión de espectros. Es un ejército de emperadores, de reyes, de duques, encerrados en las más espléndidas armaduras que hayan salido jamás de la mano del hombre, sobre las que dieciocho grandes ventanales vierten un torrente de luz, produciendo un centelleo de chispas, destellos y colores que da vértigo. [...]

En el Museo Naval de Madrid se siente profundamente la atmósfera virgen de la América salvaje, y la presencia arcana de Colón. Hay en él una sala llamada Gabinete de los Descubridores: el poeta, al entrar, si tiene de verdad alma de poeta, se quitará el sombrero con veneración. En cualquier punto de la sala donde se pose la mirada, se ve una imagen que hace latir el corazón; ya no se está en



Europa, ni en este siglo; se está en la América del siglo XV, se respira aquel aire, se ven aquellos lugares, se siente aquella vida. [...]

Hay también en Madrid un gran Museo de Artillería, un inmenso Museo de Ingeniería, un bello Museo Arqueológico, un notable Museo de Historia Natural; hay muchas otras cosas dignas de verse, cuya descripción, no obstante, es preciso sacrificar al maravilloso Museo de Pintura.

El día en que se entra por primera vez en un Museo como el de Madrid constituye una fecha histórica en la vida de un hombre; es un acontecimiento tan importante como la boda, el nacimiento de un hijo, la obtención de una herencia: sus efectos se sienten hasta la muerte. (...) Iba hilvanando estos pensamientos mientras me dirigía a buen paso hacia el edificio del Museo de Pintura, situado a la izquierda del Prado según se viene de la calle de Alcalá; y era tanta la alegría que me agitaba, que al llegar a la puerta me detuve, y dije para mí: «¡Veamos! ¿Qué has hecho tú en la vida para merecer entrar ahí dentro? ¡Nada! Pues bien, el día en que te ocurra una desgracia, agacha la cabeza, y ten tu cuenta por saldada.»

Entré y me quité el sombrero sin darme cuenta: el corazón me latía con fuerza y un leve temblor me recorría de pies a cabeza. En la primera sala sólo hay algunos cuadros grandes de Lucas Giordano: seguí adelante. En la segunda empecé a no ser ya yo, y en lugar de ponerme a mirar cuadro por cuadro, dejé el examen para más tarde, y di la vuelta al Museo casi corriendo. [...]

El rey Amadeo

Pocos días después de mi llegada a Madrid vi por primera vez, saliendo por la calle de Alcalá a la *Puerta el Sol*, al rey Amadeo^o. Sentí un placer vivísimo, como si me hubiera encontrado con mi mejor amigo. ¡Es curioso eso de estar en un país donde la única persona que se conoce es el Rey! Me dieron ganas de echar a correr tras él gritando: «¡Majestad! ¡Soy yo, he llegado!»¹⁰

Don Amadeo seguía en Madrid las costumbres paternas. Se levantaba al amanecer y salía a dar un paseo por los jardines del Moro, que se extienden entre el Palacio Real y el Manzanares; o iba a visitar los museos, atravesando la ciudad a pie, con un solo ayudante de campo. *Las criadas*, cuando volvían jadeantes a casa con la cesta llena, contaban a sus señoras mal despiertas que le habían visto, que habían pasado a su lado, que le habían tenido al alcance de la mano;

y las señoras republicanas decían: «*Así debe hacer*», y las carlistas torcían la boca murmurando: «*¡Qué clase de rey!*», o como oí decir una vez: «*Quiere a toda costa que le peguen un tiro*». [...]

Hacia las tres salía de Palacio a caballo, sonaban las trombas de la Guardia, un sirviente vestido de rojo le seguía a cincuenta pasos. Al verle se habría dicho que no sabía que era el Rey: se quedaba mirando los niños que pasaban, los carteles de las tiendas, los soldados, las diligencias y las fuentes con una expresión de curiosidad casi infantil. Recorría toda la calle de Alcalá, lentamente, como un ciudadano desconocido que pensase en sus cosas; y se iba al Prado a disfrutar de su parte de aire y de sol. Los ministros ponían el grito en el cielo; los borbones, acostumbrados al imponente cortejo de Isabel, decían que arrastraba por la calle la majestad del trono de San Fernando; hasta el lacayo que lo seguía miraba a su alrededor con aire mortificado, como diciendo: «*¡Fijaos qué locura!*» Pero dijeran lo que dijeran, el rey no podía adquirir la costumbre de tener miedo. Y los españoles, todo hay que decirlo, le hacían justicia; cualquiera fuese el juicio que les mereciera su mente, su conducta o su gobierno, nunca dejaban de añadir: «*Eso sí, en cuanto a valor no hay nada que decir*».

Corridas de toros

La inauguración de las corridas de toros en Madrid es bastante más importante que un cambio de gobierno. Un mes antes se ha extendido la noticia por toda España; de Cádiz a Barcelona, de Bilbao a Almería, en los palacios de los grandes y en los tugurios de los pobres, se habla de los artistas y de la casta de los toros; se establecen carreras de placer entre las provincias y la Capital; quien está mal de cuartos, ahorra para poder conseguir un buen sitio en la plaza el día solemne; los padres y las madres prometen a los críos estudiosos que les llevarán; los amantes se lo prometen a sus amadas; los diarios aseguran que será una buena temporada; se señala con el dedo a los *toreros* contratados, que se ven ya por Madrid; corre la voz de que los toros ya han llegado, hay quien los ha visto, se hace lo que sea por ir a verlos: son toros de las ganaderías del duque de Veragua, del marqués de la Merced, de la excelentísima señora viuda de Villaseca, estupendos, formidables; se abre el despacho de abonos, acuden en tropel los aficionados, los servidores de las familias nobles, los amigos encargados por los ausentes; el primer día el



empresario ha ingresado cincuenta mil liras, el segundo treinta mil, en una semana cien mil; ha llegado Frascuelo, el famoso matador; ha llegado el Cuco, ha llegado el Calderón; ya están todos, ¡y todavía tres días! Miles de personas no hablan de otra cosa, hay señoras que sueñan con la plaza, ministros que no tienen ya la cabeza en sus asuntos, viejos aficionados que no caben ya en su pellejo; obreros, pobres que no fuman ya su *cigarrito* para tener ese poco dinero el día del espectáculo. Finalmente llega la víspera: el sábado por la mañana, antes del amanecer, en una planta baja de la calle de Alcalá empiezan a venderse los billetes; hay ya una multitud apiñada antes de que se abra la puerta; gritan, se empujan, se pegan; veinte guardias civiles con el revólver al cinto se las ven y se las desean para poner un poco de paz; hay un ir y venir incesante hasta el anochecer. Despunta el día tan ansiado: el espectáculo empieza a las tres, pero a partir del mediodía afluye gente de todas partes hacia la plaza; la plaza está al extremo del barrio de Salamanca, pasado el Prado, más allá de la Puerta de Alcalá; todas las calles que conducen a ella están atestadas por una procesión tumultuosa; los alrededores del edificio hormiguean de gente; llegan compañías de soldados, precedidas por bandas de música; una turba de aguadores y naranjeros llena el aire de gritos; los revendedores de billetes corren de un lado a otro llamados por cien voces. ¡Desdichado aquel que no tenga aún su entrada! ¡Pagaré el doble, el triple, el cuádruple! Pero ¿qué importa? ¡Se llegan a pagar hasta cincuenta, hasta ochenta liras por una entrada! Se espera al Rey, se dice que también vendrá la Reina; empiezan a llegar las carrozas de los peces gordos; el duque Fernán Núñez, el duque de Abrantes, el marqués de la Vega de Armijo, una multitud de grandes de España, las diosas de la aristocracia; los ministros, los generales, los embajadores, todo lo que hay de hermoso, espléndido y poderoso en la gran ciudad. [...]

La plaza está llena hasta la bandera y ofrece un espectáculo imposible de imaginar a quien no lo haya visto; es un mar de cabezas, de sombreros, de abanicos, de manos que se agitan en el aire; en la parte de la sombra, donde están los señores, todo negro; en la parte del sol, donde está el pueblo llano, mil colores vivísimos de vestidos, sombrillas, abanicos de papel, una inmensa mascarada; ya no hay sitio ni para un crío; la muchedumbre es compacta como una falange, nadie puede subir, cuesta mover los brazos. Y no es un hervidero, un estrépito como en los otros teatros; es diferente, es una agitación, una vida realmente característica de la plaza; todos gritan, se llaman y saludan con una alegría frenética; los niños y las mujeres chillan, los hombres más serios tontean como jovencitos; los jóvenes,

en grupos de veinte y treinta, vocean a coro y golpean las gradas con sus bastones para advertir al representante del Ayuntamiento de que ya es la hora; en los palcos hay un guirigay de gallinero de teatro diurno; al clamor ensordecedor de la multitud se suma el griterío de un centenar de vendedores que lanzan naranjas por todas partes; toca la banda, mugen los toros, se oye el rumor del gentío acalorado de fuera; es un espectáculo que da vértigo; antes de que empiece la corrida está uno ya cansado, ebrio, aturdido. [...]

Es bonito ver salir la gente; son diez torrentes que brotan de diez puertas y anegan en pocos minutos el barrio de Salamanca, el Prado, los senderos de Recoletos, la calle de Alcalá; miles de carrozas esperan en los alrededores de la plaza; durante una hora, hacia cualquier parte que uno se vuelva, sólo ve una multitud hormigueante hasta donde se pierde la vista; las emociones han agotado a todos; sólo se oye el ruido de los pasos; parece como si la muchedumbre quisiera diluirse furtivamente; una especie de tristeza sucede a la clamorosa alegría de poco antes. [...]

Pero en fin, se me exige un juicio final sobre las corridas de toros. ¿Son o no algo bárbaro, indigno de un pueblo civilizado? ¿Son o no un espectáculo que amarga el corazón? ¡Venga, pronúnciate claramente! ¿Claramente? No quiero, respondiendo de un modo, ganarme un diluvio de invectivas, ni respondiendo de otro modo, tirar piedras sobre mi propio tejado, pues debo confesar que fui a los toros todos los domingos. He narrado y descrito, el lector sabe tanto como yo, que juzgue él y me permita no añadir ni una palabra más.

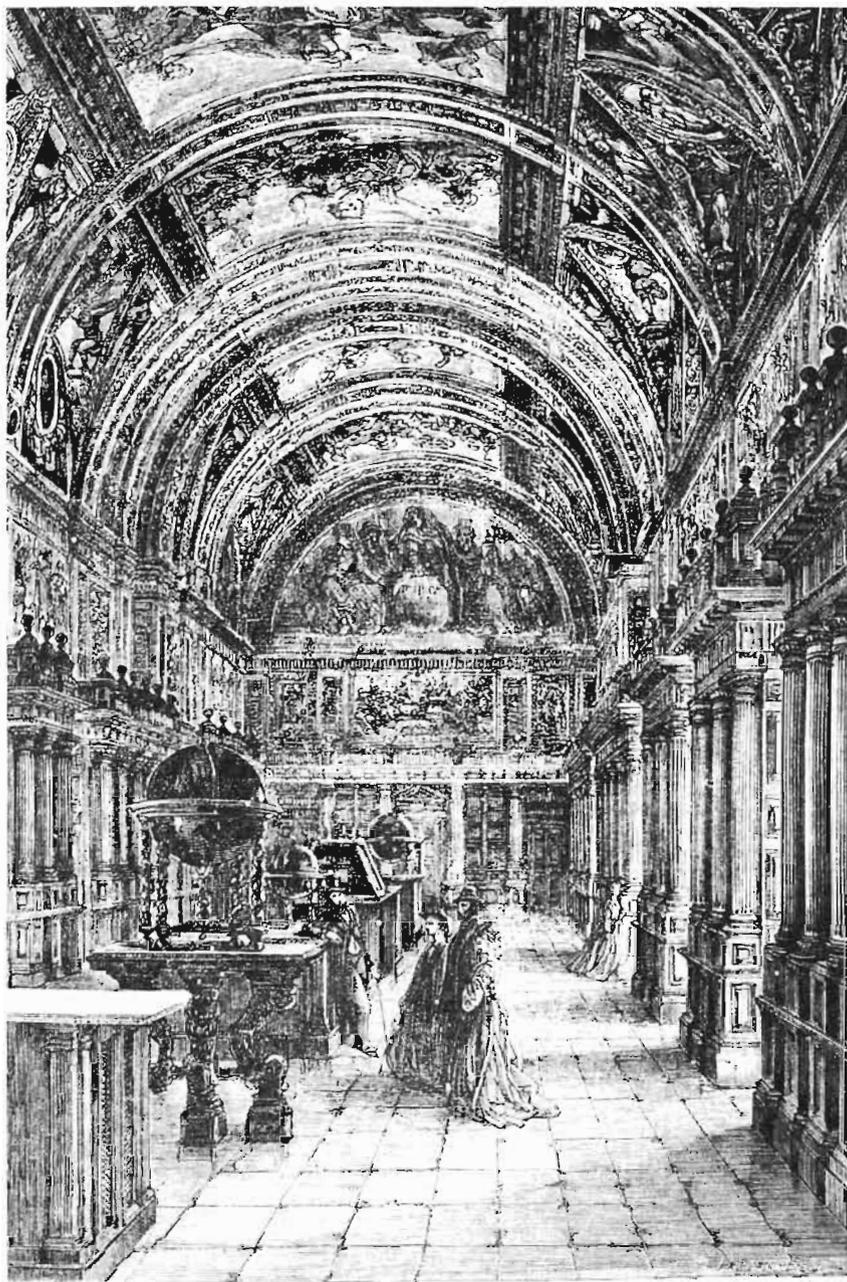
El Escorial

Antes de partir hacia Andalucía fui a ver el famoso monasterio de El Escorial, el Leviatán de la arquitectura, la octava maravilla del mundo, la mayor masa de granito que existe en la Tierra, y si queréis otras denominaciones grandiosas, imaginad la que os plazca, que no encontraréis ninguna que no le haya sido ya aplicada. Salí de Madrid a primera hora de la mañana. El pueblo de El Escorial, que dio nombre al monasterio, está a ocho leguas de la ciudad, a poca distancia del Guadarrama; la carretera atraviesa un paisaje árido y despoblado, cerrado en el horizonte por montes cubiertos de nieve. Cuando llegué a la estación de El Escorial caía una llovizna densa y fría que daba escalofríos. De la estación al pueblo hay media milla de subida; tomé una diligencia, y a los pocos minutos me apeé en una calle solitaria,



flanqueada a la izquierda por el monasterio, a la derecha por las casas del pueblo, y cerrada al fondo por la montaña. A primera vista no se entiende nada; se creía ir a ver un edificio, y se ve una ciudad; no se sabe si uno está ya dentro del monasterio, o todavía fuera; por todas partes se ven esos muros; se sigue adelante, se encuentra uno en una plaza, mira alrededor y ve calles; todavía no hemos entrado y ya el monasterio nos rodea, hemos perdido la brújula y ya no sabemos hacia dónde volvernos. La primera impresión es triste: todo el edificio es de piedra de color terroso, con rayas blancas entre piedra y piedra; los techos están cubiertos de láminas de plomo. Parece un edificio de tierra. Los muros son altísimos, sin adornos, y tienen numerosas ventanas que parecen aspilleras. Más que un monasterio, se diría que es una cárcel. Por todas partes se ve ese color muerto; no hay un alma, reina un silencio de fortaleza abandonada; y más allá de los tejados negros, la negra montaña, que parece inclinarse sobre el edificio y le da un aire de misteriosa soledad. El lugar, las formas, los colores, todo parece elegido por quien fundó el edificio con la intención de ofrecer a los ojos de los hombres un espectáculo triste y solemne. Antes de entrar ya ha perdido uno la alegría; ya no sonrío, piensa. [...]

El guardián entró, le seguí y me encontré en medio de los sepulcros, o más bien en un sepulcro oscuro y frío como una gruta de montaña. Es una sala octogonal, toda de mármol, con un altarcillo en la pared del fondo, frente a la puerta, y las restantes cubiertas de tumbas del suelo a la bóveda, una encima de otra, diferenciadas por adornos de bronce y bajorrelieves. La bóveda está situada bajo el altar mayor de la iglesia. A la derecha del altarcillo están sepultados Carlos V, Felipe II, Felipe III, Felipe IV, Luis I, los tres Don Carlos, Fernando VII; a la izquierda, las emperatrices y las reinas. El guardián acercó la antorcha a la tumba de Doña María Luisa de Saboya, esposa de Carlos III, y me dijo con aire misterioso: «Lea». El mármol estaba rayado con varios trazos; con un poco de atención conseguí distinguir cinco letras: era el nombre -Luisa- escrito por la propia reina Luisa con la punta de unas tijeras. De pronto el guardián apagó la antorcha y nos quedamos a oscuras: se me heló la sangre en las venas. «¡Encienda!», grité. El guardián soltó una larga y lúgubre risotada, que me pareció el estertor de un moribundo, y contestó: «¡Mire!» Miré: un debilísimo rayo de luz, que descendía por la pared desde una apertura junto a la bóveda, hasta alcanzar casi el pavimento, iluminaba tenuemente algunas tumbas de reinas, dejando apenas verlas; parecía un rayo de luna, y los bajorrelieves y los bronces de las tumbas brillaban de forma extraña bajo aquella incierta claridad,



La Biblioteca del Monasterio del Escorial. Dibujo de Gustavo Doré publicado en el Viaje por España de Davillier.

como si rezumasen agua. En aquel momento sentí por primera vez el olor de aquel aire sepulcral, y me dio un escalofrío; penetré con la imaginación en aquellas tumbas, y vi todos aquellos cadáveres envueltos; busqué una salida por encima de la bóveda, me encontré solo en la iglesia; escapé de la iglesia, me perdí en los laberintos del monasterio; volví a verme en medio de aquellas tumbas, y sentí que verdaderamente estaba en el corazón del monstruoso edificio, en la parte más profunda, en el rincón más gélido, en el intersticio más recóndito; y me pareció estar preso, sepultado en aquel gran monte de granito, que gravitaba sobre mí con todo su peso, y me apretaba por todas partes, y me cerraba la salida; y pensé en el cielo, en el campo, en el aire libre como en un mundo remoto, con un inefable sentimiento de congoja. «¡Señor!», me dijo solemnemente el guardián antes de salir, tendiendo la mano hacia la tumba de Carlos V. «El emperador está ahí igual que cuando le enterraron, con los ojos todavía abiertos, tal que parece vivo. ¡Es un milagro de Dios que tiene su porqué! ¡Quién viva lo verá!» Al decir esto bajó la voz como si temiese que el emperador le oyera, y tras santiguarse me precedió escaleras arriba.

Después de la iglesia y la sacristía, se visita el Museo de pintura, que contiene numerosos cuadros de artistas de todos los países; no ya los mejores, que fueron trasladados al Museo de Madrid, pero sí dignos de que se les dedique una visita atenta de media jornada. Del Museo de pintura se va a la Biblioteca, pasando por la gran escalera cubierta por una inmensa bóveda pintada enteramente al fresco por Lucas Giordano. La Biblioteca está compuesta por una vasta sala decorada con grandes pinturas alegóricas, que alberga más de cincuenta mil volúmenes valiosísimos, cuatro mil de los cuales donados por Felipe II, y por otra sala en la que se conserva una riquísima colección de manuscritos. De la Biblioteca se va al monasterio.

Aquí la imaginación humana se extravía. (...) Entrás por un largo pasadizo subterráneo, tan estrecho que se tocan las paredes con los codos, tan bajo que se da casi con la cabeza en el techo, tan húmedo como una gruta submarina. Llegas al fondo, tuerces y te ves en otro corredor. Sigues adelante, encuentras puertas, miras: otros corredores se extienden ante ti hasta donde se pierde la vista. Al fondo de unos se ve una luz mortecina, al fondo de otros una puerta abierta que deja entrever una sucesión de estancias. De cuando en cuando oyes ruido de pasos, te detienes, ya no lo oyes; después vuelves a oírlo; no sabes si es encima de tu cabeza, a la derecha, a la izquierda, detrás o delante. Te asomas a una puerta, retrocedes asustado: al fondo del interminable pasillo donde se ha perdido tu mirada has visto a un

hombre inmóvil, como un espectro, que te miraba. Sigues caminando, sales a un patio angosto, rodeado de muros altísimos, herboso, resonante, iluminado por una luz turbia que parece venir de un sol ignoto; un patio que recuerda a una de esas corralizas de brujas que nos describían de niños. Sales del patio, subes por unas escaleras, llegas a una galería, te asomas: es otro patio desierto y silencioso. Te internas por otro pasadizo, bajas otras escaleras, te encuentras en un tercer patio; después más pasillos y escaleras y sucesiones de salas vacías y patios angostos, y por todas partes granito, hierba, luz mortecina, silencio sepulcral. Durante un rato te parece que conseguirás volver sobre tus pasos; después la memoria se te nubla, y ya no te acuerdas de nada; te parece haber caminado diez millas, que estás en aquel laberinto desde hace un mes, que no vas a poder salir. Te asomas a un patio y piensas: ¡Ya lo he visto! No, te engañas, es otro. Crees estar en tal o cual parte del edificio, y estás en la opuesta. Preguntas al guía dónde está el claustro, te responde: «Aquí mismo», y camináis todavía durante media hora. [...]

Entonces querrías rebelarte, elevar el pensamiento al Dios de tu corazón y tus esperanzas, y vencer el terror misterioso que el lugar te inspira, pero no puedes; El Escorial te rodea, te posee, te aplasta; el frío de sus piedras te penetra en los huesos; la tristeza de sus laberintos sepulcrales te invade el alma; si estás con un amigo, le dices: «Salgamos»; si estuvieras con tu amante, la estrecharías contra tu pecho con una sensación de angustia; si estuvieras solo echarías a correr. Finalmente subes unas escaleras, entras en una estancia, te asomas a una ventana y saludas con un impulso de gratitud a los montes, al sol, a la libertad, al Dios grande y benévolo que ama y perdona.

¡Qué resoplido se da en aquella ventana!

[...] Un viajero ilustre¹¹ dijo que tras haber pasado un día en el monasterio de El Escorial, debe uno sentirse feliz toda la vida, sólo con pensar que podría estar aún entre aquellos muros y que no está. Es casi verdad. Todavía hoy, después de tanto tiempo, en los días lluviosos, cuando estoy triste, pienso en El Escorial, luego miro las paredes de mi cuarto y me alegro; en las noches de insomnio, veo los patios de El Escorial; cuando estoy enfermo y duermo con sueño febril y penoso, sueño que estoy dando vueltas por aquellos corredores, solo, a oscuras, seguido por el fantasma de un viejo monje, gritando y golpeando en todas las puertas, sin encontrar la salida, hasta que termino cayendo de cabeza en el Panteón y la puerta se cierra estruendosamente a mis espaldas y quedo sepultado entre las tumbas. ¡Con qué placer volví a ver las mil luces de la *Puerta del Sol*, los

cafés llenos de gente, la grande y ruidosa calle de Alcalá! Al entrar en casa hice tal estrépito que la criada, que era una gallega buena y simple, corrió toda agitada hasta la patrona y le dijo: «*iMe parece que el italiano se ha vuelto loco!*» [...]

Los diputados de las Cortes me divertieron más aún que los toros.

[...] Después de tres meses largos de estancia en Madrid, debí partir para que no me cogiera luego el verano en el sur de España. Recordaré siempre aquella hermosa mañana de mayo en la que abandoné, quizá para siempre, mi querida Madrid. Partía para ir a ver Andalucía, la tierra prometida de los viajeros, la fantástica Andalucía cuyas maravillas había oído tantas veces alabar, en Italia y en España, a novelistas y poetas; la Andalucía por la que puedo decir que había emprendido el viaje; y sin embargo estaba triste. ¡Había pasado tantos buenos días en Madrid! ¡Dejaba allí tantos amigos queridos!

Para ir a la estación de ferrocarril del sur, recorrí la calle de Alcalá, saludé de lejos los jardines de Recoletos, pasé ante el edificio del Museo de pintura, me detuve a mirar una vez más la estatua de Murillo, y llegué a la estación con el corazón encogido. ¿Tres meses?, me preguntaba momentos antes de que saliera el tren, ¿ya han pasado tres meses? ¿No ha sido un sueño? ¡Pues eso parece, como si lo hubiera soñado! ¡Quizá nunca volveré a ver a mi buena patrona, nunca más a la niña del Señor Saavedra, nunca más el rostro afable y sereno del Guerra, ni a los amigos del café Fornos, a nadie! ¡Pero bueno! ¿Es que no podré volver? ¡Volver! ¡Oh, no! ¡Sé bien que no podré volver! Y entonces... ¡adiós, amigos! ¡Adiós, Madrid! ¡Adiós a mi cuartito de la calle de la Aduana! En este momento siento como si me arrancasen una fibra del corazón, y tengo que taparme la cara.

Traducción del compilador

NOTAS

¹A. Farinelli, *op. cit.*, p. 358.

²Tanì Curi, en *Edmundo de Amicis: Spagna*, Padova, R.A.D.A.R., 1966, p. 93.

³"La mayor masa de granito que existe en la Tierra". El viajero ilustre es Gautier (véase capítulo 15), cuyo *Voyage en Espagne* debió consultar frecuentemente De Amicis, pues lo cita varias veces sin mencionar al autor.

⁴El lector ya ha tenido ocasión (véase capítulo 17) de comprobar algunas de las san-

deces que dice Alejandro Dumas sobre la cocina española.

⁵Gioacchino Rossini (1792- 1868), el célebre compositor, era también un famoso glotón y gastrónomo, de cuyo talento culinario nos queda en los libros de cocina la conocida receta de sus canelones.

⁶Las Cascine eran unas antiguas granjas ducales, situadas a orillas del Arno, adonde iban los florentinos a pasear y tomar el fresco.

Hoy día, convertido el terreno en parque municipal, sigue siendo uno de sus lugares favoritos de esparcimiento.

⁷De Amicis, mezclando ambas fuentes en su memoria, confunde con caballos marinos los leones madrileños si los hay que tiran del carro de la Cibeles.

⁸Como en tantos otros pasajes, su entusiasmo por Madrid hace exagerar a De Amicis: el Palacio del Quirinal es uno de los más imponentes de Roma, y el Palacio Pitti el mayor de Florencia. Ambos fueron residencia de los reyes de Italia (el del Quirinal lo es hoy del Presidente de la República), y ninguno de los dos desmerece en tamaño ni en riqueza del

Palacio Real de Madrid.

⁹Amadeo de Saboya (1845-1890) había llegado a Madrid tan sólo un año antes que De Amicis, el 30 de diciembre de 1870 (el mismo día en que fue asesinado Prim, el hombre que le hizo reinar); y apenas un año después, en febrero de 1873, habría de abdicar y volver a Italia.

¹⁰Pese a tamaña familiaridad, no parece que De Amicis conociera personalmente a Amadeo I antes de venir a Madrid, ni hay constancia de que le fuera presentado durante su estancia.

¹¹Se trata nuevamente de Gautier (véase capítulo 15).



26. *Louis Teste (1872)*

No se puede decir que el nombre de Louis Teste, autor de L'Espagne contemporaine. Journal d'un voyageur (París, 1872), haya pasado honrosamente a la historia de la literatura, pues ni siquiera figura en un discreto rincón de las enciclopedias francesas. Creemos sin embargo que su obra, traducida a nuestra lengua con el título de Viaje por España, tiene suficiente interés para hacerle un hueco en la presente antología.

Teste estuvo en Madrid en marzo de 1872. Francés hasta los tuétanos, interesado más que nada por los atuendos, los peinados y las maneras de las nativas, lastrado en sus juicios -como la mayoría de sus compatriotas- por las constantes comparaciones con París, era no obstante un buen observador, como demuestra su excelente descripción del paseo del Prado. El Madrid de Teste es una ciudad en pleno crecimiento, en la que el lector atento puede detenerse a escuchar, junto a los gritos de los vendedores, los martillazos de los obreros que por aquellas fechas construían la Biblioteca Nacional y el Viaducto.

Si se conoce la campiña romana se conoce la de Madrid, y no creo que la supere en nada esta última. Desde El Escorial es inverosímilmente fea. No parece sino que titanes, encaramados sobre las sierras de los alrededores, se hayan lanzado unos a otros grandes rocas; que sus discordias fratricidas hayan condenado a la tierra a una esterilidad perpetua y que los restos de sus homéricos combates se amontonen por doquier. Había ya oído hablar de esta fealdad, pero la realidad me pareció hasta tal punto sobrepasar esa fama que llegué a Madrid descorazonado y con ganas de volverme atrás.

Era de noche; las tiendas estaban cerradas; las calles, iluminadas como las de París desde que tenemos un Concejo Municipal. El coche siguió por un barrio que me recordó Montrouge, y cuando desembocó en la *Puerta del Sol* no podía dar crédito a mis ojos. ¡Con que ésta es la famosa *Puerta del Sol*, conocida desde Moscú a Birmingham, esta especie de bulevar de los Italianos, esto era el corazón de Madrid, el punto de reunión de la moda, de la política, el *forum* donde los grandes de España se codean con los *arrieros*, los *mozos de cordel*, los *gallegos*, los vendedores de *fósforos* y de *palillos*! ¡He ahí *las farolas* de dos escuchimizados mecheros desde donde los tribunos arengan al pueblo, representado por tres o cuatro docenas de castellanos famélicos; la estrecha fuente, queriendo rivalizar con los grandes surtidores de los grandes palacios! ¿Dónde están sus elegantes carruajes, sus bellas *señoras*, su lujo, sus luces, su resplandor, su ruido; en fin, la locura de la *Puerta del Sol*? En realidad no hay tal sol ni tal puerta. Estaba furioso; y si hubiese existido un tren que me hubiese llevado telegráficamente a París, le doy mi palabra de honor que no hubiera abierto la maleta. Afortunadamente, pues me hubiese arrepentido, eran necesarias treinta y seis horas para recorrer los 1.460 kilómetros que nos separan. Me limité a meterme en el Hotel de París y ni tan siquiera miré por la ventana esa *Puerta del Sol* que yo consideraba como una miserable plazuela. [...]

Madrid no me ha parecido justificar completamente el dicho: *No hay sino un Madrid*. Es una ciudad grande, menos bonita que Lyon. Bien es verdad que todavía no la conozco más que de un modo superficial, pero vista en conjunto, rápidamente, me dio esa impresión. Las calles no tienen nada de particular en su trazado, las casas son bastante vulgares y todas están amarillentas; pocos monumentos, pocas iglesias de interés, cosa rara en España. En nuestras exploraciones a vista de pájaro fue ésa la impresión general que me causó Madrid [...]

Caminando, me congracié con la *calle de Alcalá* y la *Puerta del Sol* que había juzgado mal el domingo. Desde las tres de la tarde hasta la noche, ambas están llenas de coches que van al Prado o vienen de él, prestándoles una animación que recuerda más o menos la de los bulevares desde la calle Drouot hasta la Magdalena. Son el punto de reunión de todo lo más elegante de Madrid. [...]

Asistí, a las seis, a casa del señor Valldeperas, y si cometo la indiscreción de hablar a usted de su casa es para contarle las costumbres en boga de la sociedad de Madrid. Estas reuniones son bastante numerosas. Se charla, se toca el piano, cosa bastante corriente allende los montes, se baila algunas veces, cosa habitual en todas partes, pero jóvenes poetisas recitan versos debidos a su musa y las

señoritas cantan, cosa que no es tan corriente, ya que las jóvenes en general no poseen la lira de Apolo ni la voz de la curruca. (...) Estas veladas suelen terminar a medianoche, y se repiten periódicamente. El lunes se asiste a un salón; el martes a otro, y así la sociedad madrileña está en continuo intercambio de visitas. Estas incesantes relaciones se convierten, por tal razón, en íntimas y sencillas relaciones de familia. Se recibe a los extranjeros afablemente. Basta ser presentado en alguna parte para poder gozar desde el primer día de la misma acogida que se da a los íntimos y frecuentar los salones de los amigos de la *casa*.

El Prado

No hay sino un Prado. Existen cincuenta ciudades en Europa más interesantes que Madrid. Pero sólo hay un Prado.

Al Este de la ciudad, en un pequeño valle formado por la colina de los barrios elegantes y las alturas que ocupan el *Barrio de Salamanca* y el parque del *Buen Retiro*, se extiende, desde la *Puerta de Atocha* a la *Puerta de Recoletos*, en el recorrido de cuatro kilómetros, un ancho bulevar con doble hilera de árboles a cada lado. Estos árboles vegetan en una tierra ingrata y son raquíticos. Se les ha practicado en la base un hoyo circular cubierto de ladrillos; en ese recipiente se les sirve la bebida durante la estación calurosa. De trecho en trecho, hay plazuelas plantadas con pinos, acacias, sicomoros, arbustos odoríferos, césped, macizos de flores y cercadas por una cintura de naranjos recortados en seto, sirven de lugar de descanso. Estos jardincillos están bastante mal cuidados desde la caída de la reina Isabel, como lo están todos los de la ciudad, que tendrían gran necesidad de ser podados y regados.

La parte comprendida entre la *Carrera de San Jerónimo* y la *calle de Alcalá* se ensancha y toma un aire festivo. El suelo está apisonado como la era de una granja. Las bellas paseantes hubieran seguramente preferido la arena; pero en los días de tormenta correrían el peligro de quedar cegadas por este suelo simbólico y movedizo. En un extremo se halla la fuente de la Cibeles y en otro la de Neptuno, que proyectan sus blancos chorros sobre un fondo verde y luminoso. A este sitio se le llama el *Salón*. A lo largo del Prado se extiende una tercera avenida, el *Paseo*, reservado a jinetes y Amazonas. Finalmente, a derecha e izquierda, se alzan los hoteles que aquí llaman palacios, ya que en Madrid toda vivienda que pertenezca a un hombre de alcurnia



es un palacio. Así, me mostraron el palacio del general Serrano, cerca de la plaza de Toros; es una casita de ladrillo, de dos pisos, como la que se construiría en Romainville un negociante de la calle de Sentier si hubiese tenido suerte en los negocios. Al lado de los palacios, jardines y capillas, el Jardín Botánico, la Casa de la Moneda, el Museo Real y los cimientos de una vasta biblioteca que se está construyendo. Es una combinación de Campos Elíseos y de Bulevar.

Los paseantes acuden tan pronto a un sitio como a otro, según la moda. En verano van invariablemente al *Salón* al anochecer. Puede uno sentarse en sillas o sillones de hierro. La gente permanece allí hasta bien avanzada la noche, bajo la discreta claridad de los faroles. En invierno y primavera el paseo varía. Un mes comienza en la *calle de Alcalá* y va hasta la Casa de la Moneda; otro mes se sitúa más allá de la *Carrera*. En estos momentos, empieza en la Casa de la Moneda y termina en el Obelisco. ¿Por qué? No tengo la menor idea ni los paseantes tampoco. Está de moda venir a la *Fuente Castellana*, y eso es todo lo que le puedo decir. [...]

En el *Paseo*, corceles de pura sangre, fogosos, esbeltos, vivos, obedientes a la espuela, piafantes, impacientes, domados a la alta escuela, caracolean, husmean los olores del jardín, enervados por el ruido. Los jinetes, audaces y tranquilos; las amazonas, ligeras cual pájaros, vivarachas y hábiles. Con el sombrero negro rodeado con una pluma, largo vestido entallado, agitando la fusta y con una blanca camelia al pecho, galopan, trotan, van al paso, arrancan como una flecha, vuelven, se detienen en seco, sin que las sacudidas de la silla les hagan perder sus graciosos movimientos. Los caballeros van solos, por parejas o en caravanas. Entonces, se reúnen diez o quince bajo un árbol del *Paseo* y, cuando se da la señal, el escuadrón se precipita en una carrera desenfundada, sus monturas no tocan el suelo, las bufandas vuelan al viento, hasta que a una nueva señal vuelven a rienda suelta al sitio de partida. De vez en cuando, un inglés de cara alargada, tipo flemático y aire observador, se destaca entre los españoles, de facciones acentuadas, morenos, inquietos, de mirada penetrante. O bien un alazán de redondeadas ancas, larga cola flotante, cascos inmaculados cual babucha de princesa, se pasea perezosamente en medio de esos fogosos y sombríos corceles; luego, escapándose del paseo, caracolea ante la portezuela del coche de una *señora*, saludándola con los movimientos de su inteligente cabeza y con significativos resoplidos. [...]

El Prado es un salón o, mejor dicho, un teatro. Las madrileñas vienen a lucir su belleza o la riqueza de sus atuendos. Creo que la

vida aquí es más bien exterior y que en el hogar se hacen algunos sacrificios para que la cola del vestido sea más amplia y el encaje más costoso; pero, en fin, eso no me atañe. Lo que compruebo es que las *señoras* reservan para ir al Prado lo mejor de su guardarropa; y que si se quiere saber cuál es la última moda hay que ir al Prado; es un hecho que la señora duquesa y la señora del mariscal estrenan sus vestidos en el Prado y no en su casa o en el teatro; tampoco creo que lo hagan en la corte saboyana, adonde no van casi nunca. Es difícil brillar en la corte; el círculo es demasiado restringido, las rivales demasiado escogidas. Al teatro acude el público de la corte y de los salones, todavía demasiado limitado. Los vestidos se arrugan en los palcos, el resplandor de las arañas no es suficiente para hacer resaltar los encantos. En casa, no se atreven por miedo de humillar a los invitados. En casa de los demás, son demasiado conocidas para sorprender a nadie. Pero en el Prado, bajo el resplandeciente sol de Castilla la Nueva, a la sombra de sus árboles, entre los elegantes carruajes, ante el aglomerado gentío, bajo las sorprendidas miradas de los extranjeros, ¡cuán fuerte salta y late el corazón de estas castellanitas! Muellemente reclinadas en sus landós, sobre sedosas pieles o paseándose con abandono como sierpes, parecen decir: «¿Verdad que soy bonita, que mi terciopelo, mi satén, mis encajes, mis diamantes y mis perlas hacen resaltar el brillo de mis ojos, la palidez de mis mejillas y la pureza de mi alma?» No lo juréis, bella condesa; quizá algún día tendréis que mojar vuestros labios en la fuente de Cibeles.

Le confieso que comparto la opinión de las *señoras* -dícese que en política hay que tener siempre la opinión de las mujeres-; no podrían haber encontrado ni corte, ni salón, ni teatro donde mejor poder desplegar sus armas que en el Prado, y, si usted las conociese, les perdonaría muy pronto esa vanidad. No exagero diciendo que en el Prado, de cada cinco mujeres, cuatro son bonitas. Un error generalmente esparcido consiste en creer que las madrileñas son secas, renegridas, semimulatas. Pues bien, imagínese usted a una mujer ni grande ni pequeña, ni gorda ni flaca, pero de talle fino y bien proporcionado, llenita y apetitosa; el pie podría meterse en un estuche; la cabeza ovalada, las mejillas blancas y frescas, los labios rosados, los dientes de nácar, los ojos negros, húmedos y profundos; las pestañas y cejas negras y negro azulado el abundante cabello. He aquí el tipo de la española que se ve en el Prado. Este fondo moreno y mate se presta a que alguna de ellas tenga un ligero bozo que a veces llega a convertirse en barba; he visto a una señorita que poseía unas patillas que hubiesen sido el orgullo de cualquier empleado; pero sin duda esto es un accidente. Otras, en reducido número, son rubias y se mar-

chitan como las rosas bajo este clima precoz. Existen en minoría algunas que tienen los cabellos rojos y son bonitas a pesar de este color poco apreciado. Pero la inmensa mayoría reproduce invariablemente el esquema que le he descrito al principio. Es un tipo indudablemente de una gran belleza, de atracción irresistible y suprema distinción. Tiene un defecto, el reverso de la medalla. Le desafío a que me diga si esta castellana de veinticinco años está casada o si aún está en estado de merecer; si verdaderamente tiene esa edad o tiene treinta, treinta y cinco o cuarenta. Cuando llegan a este período de la vida, se transforman en estatuas de mármol, estatua viva (¡oh, muy viva!), sensible, apasionada, en fin, una estatua que, durante quince o veinte años, soporta el buen tiempo y el malo sin envejecer.

Le he llevado al Prado, si mal no recuerdo, para examinar sus atuendos. Dos puntos las caracterizan: el peinado y el corte de los vestidos. Usted sabe que la mayor parte de las madrileñas llevan mantilla, es decir, un velo de tul ilusión o la verdadera mantilla de blonda negra, sujeta al cabello, prendida con un broche sobre el hombro y caída después sobre los brazos como una estola. Su tocado consiste en eso solamente. La cabeza la llevan casi descubierta. Por esa razón, las mujeres se esmeran en dar a sus peinados las formas más agradables. La mitad del día está dedicada a las peñadoras que, desde la mañana a la noche, y desde la duquesa a la obrera, trenzan, ondulan, alisan, ahuecan. Tres peinados se disputan en este momento la admiración de la calle: los cabellos hacia arriba y luego retorcidos y dispuestos en corona; los cabellos atados como un ramo encima de la cabeza dejando escapar ligeros rizos; un racimo de ellos sobre la frente. Algunos peinados a la inglesa, los bandós lisos de las damas de cierta edad, dos o tres peinados a lo *chien*, y ya sabe usted tanto como el perfecto peluquero de Madrid del año de gracia de 1872, en un 13 de marzo. Las elegantes añaden desde hace poco la peñeta. La *peñeta* es un peine gigantesco de concha que se coloca detrás, delante o de lado en los peinados. (...) Me fijó también con pena en los sombreros calesa, las tocas y los *invraisemblables* a la francesa que tienden a relegar la mantilla, bajo la cual una mujer, aun fea, parece agradable. Muchas jovencitas no la llevan, y dentro de dos generaciones lloraremos su desaparición. ¡Graciosa mantilla, nube de tules y de encajes! ¡Alas de mariposa, que acariciáis esas negras cabelleras, esos rostros satinados, esos vibrantes hombros, no, no hayáis para no volver!

[...] Así pues, cierre usted los ojos; y, retirándose a ese aposento semioscuro que la imaginación se arregla en un rincón del cerebro humano, evoque usted todos los vestidos de terciopelo verde, rojo,

cereza, grosella, algarrobo, punzó, naranja, fuego, vientre de cierva, granate, avellana, azul, violeta, amaranto, negro, blanco, aurora y arco iris. Acaricie entre sus manos todos los satenes y sedas más deslumbrantes y más exquisitamente bordados; los más ricos tejidos de las fábricas de Lyon, de Zurich, de la China y del Japón; compre usted todos los encajes y blondas de Malinas, de Bruselas, de París y de Inglaterra. Saquee usted a todos los joyeros de la *rue de la Paix* y adorne con todas esas telas y deslumbrantes alhajas a las paseantes del Prado. Todo eso lo verá usted transformado en espléndidos vestidos de cola, de baile, en trajes de varias formas, en faldas y sobrefaldas, estolas, basquiñas, blusas, corpiños, cinturones y abrigos. Estos vistosos colores van y vienen constituyéndose en una comedia de magia, en un campo de flores que ondula al viento. Los coches, en su marcha, los hacen brillar al sol. Allí va una encantadora *señorita* que me presentaron el otro día en un salón. Va vestida de terciopelo color malva; apoyada sobre una piel, lleva una camelia en los cabellos, pues, en viniendo la primavera, las damas se adornan con flores naturales. El coche va al paso. Ve que la miro y sonrío. Me acerco. Diré a usted que los peatones, cosa halagüeña para ellos, hablan con los que pasean en coche, y desde los andenes a la calzada y al *Paseo* es un continuo intercambio de venias, saludos, sonrisas, apretones de mano. Es tal el gentío, que no pudiendo avanzar los carruajes se detienen. Ofrezco a la *señorita* un ramito de violetas. Ella se lo prende en el busto. Esto se estila mucho en el Prado.

Un día fantástico

He pasado hoy lo que se puede llamar un día fantástico: me he pasmado en los barrios excéntricos del viejo Madrid; he observado, junto con otros mirones, cómo colocaban las piezas de hierro fundido del puente destinado a unir el Palacio Real con el barrio de San Francisco; he charlado con las lavanderas del Manzanares; he escudriñado el *Rastro* o *América* y tres tiendas de anticuarios; he oído un sermón; he fumado un cigarrillo en el *Buen Retiro*; he dado azúcar a los pensionistas del Jardín de Aclimatación; he visitado las construcciones obreras del *barrio de Salamanca*; he hablado durante una hora con un oficial de Artillería; he dado una vuelta por la *Castellana*; he cenado con un hidalgo español; he pasado la tarde con un ingeniero francés; he asistido a la audición de una composición de Enrique Spira, ejecutada en un instrumento indio, el xilo; he tomado té con

una familia austríaca, y he rodado hasta las tres de la mañana por los cafés de la *calle de Alcalá*, la *calle Mayor*, la *Carrera de San Jerónimo* y alrededores de la *Puerta del Sol*, a fin de instruirme sobre las costumbres nocturnas de Madrid.

Tan pronto como se ha dejado atrás la iglesia de San Sebastián, el aspecto de Madrid cambia como por encanto. Parece que recorramos las calles escalonadas cerca de las lomas de Montmartre, tanto porque están trazadas sobre un terreno accidentado -lo que hace decir a los madrileños que Madrid está construido, como Roma, sobre siete colinas- como por tener el aspecto de ese barrio parisién. No se ve ningún carruaje ni ninguna señora bien vestida. Sus casas, bajas, bastante limpias, están habitadas por comerciantes y familias de obreros.

Al extremo, en la vecindad del río Manzanares, las casas no tienen más que un piso. Son pobres, pero no sórdidas ni repelentes como los tugurios que se ven al final de Menilmontant y en las cercanías del Père Lachaise. Se les da el nombre de casas domingueras, pues los desgraciados que viven en ellas pagan el alquiler los domingos. Esta población obrera no tiene sello particular ni en sus tipos, ni en sus trajes, ni en sus costumbres. Como en las calles no transitan más que rebaños de burras que llevan la leche al centro de la ciudad, o algunas mulas adornadas de pompones rojos, cargadas con la alabarda o acarreando sobre el lomo haces de heno y paja, apretujados en una red, mujeres y niños viven mucho más en la calle que en su *casa*. Las madres y las mocitas, con un pañuelo de indiana anudado a la cabeza, cosen o remiendan la ropa, o ponen un parche al chaleco amarillo del padre que está trabajando; los niños juegan, se pelean, lloran, cantan y pululan en el pavimento. Estos arrabales son muy prolíficos y no permitirán que Madrid se quede sin gente.

En general, el rasgo más notable de estos chiquillos son sus preciosos ojos. Durante el día, se ven pocos hombres, a no ser los arrieros o campesinos que fuman a la puerta de los *paradores*, antiguas y pintorescas posadas que tienden a desaparecer; algunos chiquillos que venden buñuelos ensartados en un junco; los aguadores que llenan sus toneles en los sucios grifos que alimenta el canal de Lozoya; payasos vestidos de arlequín haciendo muecas a la entrada de los bazares donde se venden telas baratas para atraer a los chalanes, y hortelanos de blusa blanca con pasamanería negra en las mangas y cuello: he ahí los tipos que se ven durante el día en esta parte de la ciudad. La calle de Toledo, por ser la más concurrida, podría por sí sola resumir su idiosincrasia. Mas, cuando viene la noche, los obreros acuden de todos lados para ir a sus casas a descansar y comer el



Verbena de San Antonio de la Florida. Grabado de la Ilustración Española y Americana, 1873.

detestable *puchero* que se sirve en Madrid, desde la calle del Perro y la del Gato hasta la *calle de Alcalá* y la *Puerta del Sol*; en la escudilla del mendigo y en la mesa del ministro. Este barrio es también de donde, en tiempos de motín, salen las banderas revolucionarias; y, en esta misma calle de Toledo, me mostraron el *despacho de vino* del tabernero a quien la revolución de 1868 hizo administrador general de los bienes patrimoniales, burla menos siniestra que aquella de Gambetta trazando planos de batalla.

Un rincón curioso para el extranjero es el *Rastro*, que ocupa todo un barrio, al otro lado de la calle de Toledo. Todas las antiguallas de la capital vienen a acumularse aquí: los muebles vendidos en subasta, relojes destartados, libros roídos por la polilla, hierro viejo, armas abolladas, marcos desdorados, cuadros rotos, sombreros viejos, trajes viejos, botas viejas y viejos guñapos. Bullen allí la vida, el amor, la muerte, el esplendor, la miseria y, sobre todo, mucha mugre. Víctor Hugo encontraría tema para cuatro o cinco volúmenes *in quarto* popular. A este baratillo también se le llama *América*, porque a veces se encuentran a precio ínfimo objetos de valor que han venido a parar por casualidad en medio de tanta basura.

Semana Santa

Heme aquí muy lejos de los museos, teatros y Semana Santa, durante la cual cierran todos los espectáculos, salvo las salas populares donde se representa la *Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo*. Los españoles sienten tal avidez por los espectáculos, teatros y fiestas, que no pueden pasarse sin ellos durante ocho días. Tres cuartas partes de su vida las pasan en público; gastan las tres cuartas partes de su fortuna en vestirse y hasta sus viviendas están mejor adornadas para recibir que para la propia comodidad. En Madrid se conserva una vieja costumbre, pues España es el país de la tradición. El Jueves y Viernes Santo, a las tres de la tarde, toda la sociedad madrileña acude a la *Carrera de San Jerónimo*. Están prohibidos los carruajes. Los hombres se detienen en hileras delante de los almacenes. Las damas, el Jueves, visten coloreados trajes; el Viernes van de negro. Ambos días llevan la mantilla. La mantilla es de rigor tres veces al año: estos dos días y el 2 de Mayo, aniversario del levantamiento de Madrid contra los franceses, cuando la guerra de la Independencia. Las señoras se pasean de una acera a la otra, formando así una cadena sin fin, y es costumbre echarles una flor cuando



pasan. Se llama *echar una flor* a decir una galantería. Se ha llegado incluso a ver a un hombre del pueblo desplegar su *capa* a los pies de una *señorita* para que ésta pisase con su lindo pie la caballeresca alfombra.

Este paseo por la *Carrera* es poco más o menos la única distracción de la Semana Santa. Los Divinos Oficios la llenan, a pesar de que Madrid sea la ciudad española menos religiosa y las ceremonias estén lejos de poder compararse con las de Toledo y Sevilla, en donde los habitantes observan las prácticas religiosas mucho más. Existen muchos curas, aunque, a raíz de los acontecimientos de 1835, las Cortes han hecho cerrar los conventos, que verdaderamente eran demasiado numerosos, y disgregaron a los frailes que pululaban por todas partes. [...]

El Jueves Santo, a las ocho o nueve de la noche, entré en una iglesia. Me había apenas acomodado cuando oí algo así como un granizo de piedras que caía de la bóveda: ¡Vaya! -me dije-, por una vez que entro en la iglesia después de la puesta del sol, voy a ser aplastado. Era la oración llamada de las Tinieblas. Cada cual agita una carraca para ahuyentar los demonios. Esto dura media hora. Viejos y jóvenes, hombres y mujeres, agitan sus carracas con la mayor seriedad del mundo. Puede usted imaginar cuán armonioso resulta esto. Luego, siempre sacudiendo los destemplados instrumentos, desfilan delante de un Cristo de cera, de tamaño natural, y le besan los pies. Los besos le han impreso una especie de capa negra. De todos modos, aparte de las carracas y otras demostraciones que indican cierta atracción a lo maravilloso e imaginativo, todos aquí creen en Dios y lo adoran públicamente.

Traducción de Sara Struck



27. Theodor Simons (1877)

El alemán Theodor Simons es otro viajero postromántico que no ha dejado tras de sí la menor huella biográfica. Sólo nos queda su obra, un libro de viajes por España publicado en Berlín sin fecha (según Foulché-Delbosc en 1881) bajo el título de Spanien; se trata de un grueso infolio bellamente editado con 335 grabados y láminas de Alexander Wagner, en general de excelente factura. Existe una traducción francesa de Marcel Lemerrier, publicada en París el mismo año, que conserva los grabados de Wagner, y que es la que hemos utilizado para nuestra selección.

Del texto se infiere que Simons viajó por España en 1877 y pasó una larga temporada en Madrid. Es el primer viajero que advierte la importancia del ferrocarril en los profundos cambios que en esta segunda mitad del siglo van a convertir a la ciudad en la capital económica -no sólo ya administrativa y cultural- de la nación. Pero junto a su admiración por la eficiencia de las oficinas ferroviarias madrileñas, Simons manifiesta también su interés por las indolentes bellezas del Prado, su repulsa por la penosa situación de los mendigos de la calle de Alcalá, su curiosidad por los toreros que se reúnen en el Café de París... El Madrid antiguo y moderno se funde en su descripción merced a una prosa elegante que difumina engañosamente los contrastes.

Bajo la influencia de los ferrocarriles, que enlazan hoy la capital de España con los cuatro puntos cardinales del país, Madrid ha terminado por convertirse en el auténtico centro de la vida nacional y en el corazón del reino. Es el foco donde todo converge: autoridades superiores y grandes administraciones, transacciones comerciales e

intereses privados, asuntos políticos y problemas sociales, esperanzas, intrigas, revoluciones y todo lo demás, sin olvidar en primera línea, como uno de los principales elementos de la prosperidad pública, los teatros y los placeres de toda clase que el español no encuentra en ninguna parte tan abundantemente agrupados como en su capital. En suma, Madrid es para los habitantes de la Península lo que La Meca es para los fieles de Mahoma, un lugar de peregrinación, que nadie puede dejar de visitar al menos una vez durante el curso de su existencia, aunque sólo sea para venir a olvidar, entre los goces fáciles de una gran ciudad, todas las penas de la vida cotidiana.

Pero una vez más, si Madrid se ha convertido en una verdadera capital, un gran centro de actividad intelectual y material, un poderoso foco de atracción, se debe únicamente a la creación de los ferrocarriles que la comunican con todas partes, pues antes de esta época la insuficiencia de vías de comunicación hacía muy difícil el acceso a la capital de España. Lejos de ofrecer, como Lisboa, las ventajas inherentes a todo puerto marítimo, ni siquiera posee una verdadera vía fluvial. En efecto, todo el mundo sabe que el Manzanares no merece francamente el honor de ser considerado como un río y de atravesar una ciudad tan brillante como Madrid. No es, sobre todo en verano, más que una triste ciénaga, en cuyas orillas las lavanderas consiguen reunir con pequeños diques los pocos litros de agua necesarios para el ejercicio de su profesión; y tras buscar inútilmente el agua en este arroyo, siempre se contemplan con profunda estupefacción los puentes grandiosos construidos sobre su lecho.

En España, la falta de agua ha tenido como primera causa la completa desaparición de toda explotación forestal, y con algunas excepciones felices, el problema del agua es actualmente en todas las ciudades uno de los más graves y difíciles de resolver.

Madrid ocupa a 700 metros sobre el nivel del mar el centro de una inmensa meseta inculta, que difumina entre las brumas grisáceas del horizonte sus soledades fuertemente impregnadas del carácter del paisaje castellano. Una cadena de colinas arenosas, que siguen río arriba el curso del Manzanares, configura el fondo del panorama de la capital, y hacia el norte se divisan los montes de Somosierra y Guadarrama, cuyo blanco manto de nieve se conserva intacto hasta bien entrado el verano. Estas cimas impregnan de un frío glacial los vientos del Norte que pasan por encima de ellas, y cuando después se abaten sobre la capital, apenas distante cuarenta kilómetros, provocan esos bruscos cambios de temperatura cuyos efectos, sobre

todo en los días más tórridos del verano, son tan sensibles y peligrosos para todos. [...]

Pese a las nuevas galas con que se ha revestido en los tiempos modernos, Madrid sigue siendo, tanto en su carácter como en su individualidad, una de las viejas ciudades de España. Todas las nacionalidades están representadas en ella, y sin embargo cada una conserva sin mezcla toda su originalidad. El observador puede aquí estudiar cómodamente los trajes y el dialecto de cada una de las provincias del reino, y comprobar sin esfuerzo que, pese a la influencia innegable de la moda francesa, el madrileño sigue siendo indiscutiblemente un español de pura sangre: incapaz de disimular por un instante su ardor y su patriotismo, manifiesta en estas cualidades dos de los rasgos principales del verdadero carácter nacional que posee en máximo grado.

Es principalmente al aire libre donde hay que buscar la vida de Madrid. A cualquier hora del día y de la noche, casi siempre hasta las tres de la madrugada, las grandes arterias de la ciudad están atestadas de hombres, animales y vehículos de todo tipo. Después de esa hora matinal, la multitud de paseantes desaparece rápidamente para dar paso a los barrenderos y también a las carretas y las mulas de los campesinos, que traen a la capital los víveres de la jornada; pero es fácil comprender que con semejante movimiento nocturno cuesta mucho, al menos en las calles principales, conciliar el sueño antes de la aurora.

El Prado

Para contemplar a gusto a la gente elegante de Madrid basta con ir al atardecer al Prado, la *Alameda* de la capital española. Este paseo, situado al extremo oriental de la ciudad, se extiende de Sur a Norte desde la antigua puerta de Atocha, junto a la estación de ferrocarril, hasta la puerta de Recoletos, bordea el Jardín Botánico y el Museo Real y atraviesa la Carrera de San Gerónimo y la magnífica calle de Alcalá. La parte del Prado comúnmente designada con el nombre de Salón consiste en un paseo para los peatones, abundantemente flanqueado por asientos elegantes y separado por una verja de las calzadas reservadas a los jinetes y los coches, que circulan en tropel en todas las direcciones.

Éste es el lugar de cita de la *high-life* madrileña. Aquí, más que en ninguna otra parte, se exhiben las brillantes modas parisinas, y

sólo la mantilla negra, además del *abanico*, sigue gozando de la estima de las *señoras*, como la última prenda del traje nacional español que se ha librado de la ruina general.

En Madrid el *abanico* es un instrumento indispensable, no sólo para las mujeres sino también para los hombres. Lejos de servir únicamente para abanicarse, no es menos útil para otros fines diversos. La española habla, hace melindres, saluda con su abanico; la protege contra todas las molestias; se tapa la cara con él para poder observar a placer o despertar la curiosidad. Las mendigas, las cocineras que van al mercado llevan todas su abanico en la mano, y prefieren mil veces ir sin medias que sin *abanico*. Por lo demás, entre los españoles es un arte innato manejar el abanico con gracia: se abre y se cierra con soltura ora a la derecha, ora a la izquierda; todas sus diversas posturas y movimientos expresan pensamientos claramente definidos, y es difícil para un profano imaginarse qué desahogos íntimos se intercambian mediante este manejo tan inocente en apariencia, qué combates libran las *señoras* con su ayuda, qué habilidad poseen para expresar con el menor movimiento el amor, los ardores de la pasión, el odio, el dolor. Por eso los *abanicos* son en España un artículo de grandísima producción, y en la provincia de Valencia, que produce más que ninguna otra, hay poblaciones enteras dedicadas exclusivamente a su fabricación.

Si no fuera por la fisionomía y el peinado de los paseantes, podríamos casi creernos transportados de la *Alameda* de Madrid al corazón de los Campos Elíseos. Pero incluso en este lugar, comprobamos una vez más la indolencia de los meridionales. Aquí la gente no pasea como en nuestro país, no se toma la molestia, después del descanso de la jornada, de procurar al cuerpo un poco de ejercicio. En lugar de eso, los elegantes, sentados en sillones y poltronas, juguetean con el abanico, bostezan y se aburren visiblemente. Como mucho puede uno sorprender de vez en cuando un ligero saludo con el abanico o una ojeada distraídamente dirigida al paseo de los jinetes, donde la juventud dorada caracolea sobre magníficos corceles andaluces; después todo vuelve a sumirse en la apatía y la pereza intelectual más completas.

La *Alameda* es, en el sentido literal de la palabra, un salón donde cada cual luce sus galas y no goza de otro placer que el de tomar el fresco. Es un medio de matar el tiempo, una costumbre de todos los días, y nada más. Para el extranjero, es un muestrario de vestidos suntuosos, de caras bonitas, y en este sentido es ciertamente un lugar incomparable. Sin embargo, se engañaría uno si quisiera estudiar aquí el carácter de las españolas o sondear sus pasiones, pues en el

Salón parecen siempre tranquilas, flemáticas y hastiadas en grado supremo. Para calar a fondo en el temperamento de estas beldades, que están aquí tan apaciblemente tendidas en sus confidentes, es necesario verlas en la plaza de toros, donde pronto tendremos la ocasión de admirar su sobreexcitación nerviosa.

Mujeres y niños

La idea que generalmente se tiene en el extranjero de la fisionomía de las españolas se modifica siempre, salvo en lo que atañe a los habitantes de las provincias meridionales, cuando se estudia más a fondo, y diría incluso que casi siempre conduce a una desilusión.

Esos grandes ojos negros y ardientes, rasgados en forma de almendra y velados por largas pestañas, esos hermosos cabellos negros y esa tez morena, que configuran a nuestros ojos el famoso tipo español presente en todos los espíritus, no pertenecen en modo alguno a la raza árabe, ni tampoco a la familia ibérica, ni mucho menos a la sangre madrileña. La cara, las manos y la piel de las mujeres de la capital son menos oscuras que todo eso, y generalmente están muy cuidadas. Los negros cabellos de ébano que han pintado los novelistas pierden mucho de su color azabache tras una inspección minuciosa, y al menos son más raros de lo que normalmente se cree. Predomina el color castaño; se encuentran tonos más claros con bastante frecuencia; los ojos azules son muy apreciados. Por lo demás, un pueblo en cuyo seno ha debido producirse durante siglos una mezcla de sangre romana, gótica, árabe y francesa, no puede constituir a fin de cuentas una raza demasiado pura.

Las mujeres de Madrid son indiscutiblemente guapas, llenas de gracia y atractivo, siempre y cuando no hayan pasado de veintiún años. Después de esa edad muestran una marcada tendencia a engordar, favorecida en buena medida por su indolencia natural. En la época de la vida en que las mujeres del Norte están precisamente en la plenitud de sus encantos, la española se encuentra ya en el declive de su belleza, y cuando se buscan las causas de esta rápida degeneración, cabe la tentación de atribuirla en parte a su estado continuo de transpiración, que llega incluso a hacer imposible el uso de guantes de piel. [...]

Pero abandonemos por unos instantes el Salón y el mundo femenino y crucemos la calzada para llegar a la Fuente de Apolo, con sus estatuas alegóricas de las cuatro estaciones. Aquí bulle un mundo

muy diferente, lleno de gracia y buen humor, de vida y animación meridional; aquí reinan como soberanas niñeras y nodrizas, y en la arena de este circo encantador se agitan en tropel *niñas* y *niños*, desde el lactante a la chiquilla y el adolescente. La pelota y la comba, el aro y el globo, la muñeca y el caballo de madera ejercen su mágico poder sobre toda esta gente menuda, y a la vista de esta juventud tan fresca, tan rosada y encantadora, en seguida olvidamos a todas las personas de edad más madura que acabamos de ver al otro lado de la calzada.

Sobre todo las niñitas, con sus vistosos vestidos y los colores brillantes que tanto gustan al meridional, con sus chaquetitas cortas, su juego de encajes y su fino zapatito francés, que resalta la forma preciosa de su piecicito, con sus hermosos rizos oscuros y sus ojos chispeantes, cautivan la mirada del observador, tanto por su vivacidad natural como por la gracia de sus movimientos.

Fuentes

La más bella obra de arte que exhibe el Prado a los ojos de los aficionados es sin duda la fuente de Cibeles, situada a la entrada de la calle de Alcalá. La diosa la preside majestuosamente sobre un carro tirado por leones, y las figuras del grupo, debidas a los cinceles de Francisco Gutiérrez y Roberto Michel, son todas de gran belleza clásica.

La fuente de Neptuno, obra de Pascual de Mena, muestra al dios de pie sobre un carro en forma de concha arrastrado por dos gigantescos corceles, y tiene también un alto valor artístico. Lo que no está muy claro es si estas estatuas colosales, que representan a Apolo, Neptuno y Cibeles con una indumentaria de lo más ligero, están adecuadamente emplazadas en un lugar dedicado al bello sexo y a la infancia.

A la derecha del Salón se extiende una serie ininterrumpida de palacios. Al otro lado se eleva el bello y triste monumento al Dos de Mayo, sencillo obelisco que se yergue sobre un sarcófago y que todo español contempla con orgullo. En efecto, esta plaza sombreada por olmos lleva el nombre de *Campo de la lealtad*, y fue aquí donde, el 2 de mayo de 1808, Murat hizo fusilar, en cumplimiento de las sentencias dictadas por su consejo de guerra, a numerosas personas acusadas de haber tomado parte en el alzamiento popular contra la dominación francesa. [...]

La perspectiva que se tiene desde esta plaza sobre la calle de Alcalá es verdaderamente magnífica, y los palacios y jardines imprimen a este barrio de la ciudad un carácter incomparable.

Pasado el cruce con la calle de Alcalá, la prolongación del Prado, que aquí toma el nombre de Paseo de Recoletos, atrae al visitante tanto por la belleza de sus bosquecillos de acacias como por el canto armonioso de los ruiseñores, y desemboca a su vez en un tercer paseo, el de la Fuente Castellana, donde las *limonadieras* permanecen todo el día junto a sus puestecillos. No cabe sino admirar la sencillez de los procedimientos utilizados por estas buenas mujeres para preparar *in situ* diversas bebidas refrescantes. Unos cuantos *cántaros* refrigerantes llenos de agua helada, terrones de azúcar, limones, media docena de vasos con su correspondiente pajita: tales son las materias primas de la fabricación. Abrid sobre todo ello una gran sombrilla y tendréis delante, listo para funcionar, el laboratorio completo de la *limonadiera*. En cuanto a la bebida preparada en estas condiciones ante los ojos del consumidor, no se puede imaginar nada más fresco.

Igual que el anterior, el paseo designado con el nombre de *Delicias de Isabel II* no es más que una prolongación del Prado, y posee también dos fuentes: la *del Cisne* y la del Obelisco. En verdad, Madrid puede estar orgullosa de su riqueza en monumentos de este tipo.

El agua necesaria para el consumo de la capital procede del Lozoya, que pasa a 22 kilómetros de la ciudad, y que se trae a Madrid por un vasto sistema de tuberías. En efecto, todos los intentos hechos anteriormente para cavar pozos artesanos habían dado malos resultados, y el Manzanares, con su lecho siempre seco, no podía satisfacer las necesidades de la población madrileña. Por eso las fuentes de la ciudad están asediadas noche y día por multitud de *aguadores*, que comercian con agua al por mayor y al por menor, y llenan continuamente las calles con el sonido de su grito monótono: «*Quién quiere agua?*»

Mendigos

En Madrid, como en todas partes, los extremos se tocan. En efecto, al lado mismo del lugar de cita de la juventud aristocrática, hay otro centro muy diferente, quizá más interesante y atractivo que el primero a los ojos del observador y del artista: es el punto de reunión

de la miseria más abyecta. Nos proponemos hablar aquí del cuartel general de los mendigos de Murillo y de los golfillos de la calle; nos referimos a las aceras y el empedrado de la calle de Alcalá, que dan asilo a centenares de estos individuos. Y cuando hablamos de asilo, lo hacemos desgraciadamente con todo derecho, pues todas estas pobres criaturas velan, duermen, viven y mueren en su rincón acotado, sobre los pocos pies de macadán o empedrado que les legaron sus ancestros junto con su oficio, si es que en el caso de estos infelices se puede hablar de otro oficio que no sea el de buscar por todas partes el alimento necesario para no morir literalmente de hambre.

Estos críos mendicantes, o mejor dicho, estos explotadores públicos recuerdan por muchos conceptos a esas jaurías de perros que en las calles de Constantinopla rechazan con ladridos y mordiscos toda tentativa de invasión de su terreno. Muy pobremente vestidos, incluso a menudo cubiertos de pintoresos harapos, sin calzado y sin otro tocado que una cabellera hirsuta que nunca conoció el peine, la mirada siempre al acecho, la lengua siempre lista para la réplica o la chanza, asedian a todas horas los pasos y las esquinas de las calles más frecuentadas, ofreciendo con gritos que dominan todos los demás ruidos de la calzada, unos, cerillas y fuego; otros, periódicos y folletos; éstos, mondadientes o castañas asadas; aquéllos, entradas para las corridas de toros; otros, en fin, alfileres, naranjas, limones, ramos de flores o *papelillos para cigarritos*.

Mendigando en las terrazas de los numerosos cafés de la calle de Alcalá terrones de azúcar que no tienen empacho en revender en otra parte, recogiendo por las aceras las colillas de cigarrillos que tiran los paseantes, hurgando ávidamente en los montones de basura en busca de viejos restos, sacando brillo a los zapatos y cepillando los trajes de los viandantes, están noche y día en su puesto, soportando con la misma indiferencia todas las inclemencias de las estaciones, y expuestos muchas veces a los ardores de un sol tórrido, que quema cada día más su tez ya curtida. El divino pincel de Murillo supo reproducir de forma magistral las cabezas verdaderamente típicas de algunos de estos golfillos de Madrid, pero para cualquiera que no sea este artista inmortal es muy difícil captar al vuelo a estos espíritus inquietos y constantemente en movimiento que, con los brazos siempre tendidos hacia el cliente que persiguen con sus ofertas, se escurren entre la multitud con la soltura y la agilidad de un lagarto.

En las calles de Madrid hay otros tipos populares que no son menos curiosos. Hablamos ahora de los ciegos, los mancos, los tullidos, los paráliticos y todos esos mendigos, en una palabra, que dejados por sus parientes desde la mañana en los portales de las casas, a

la entrada de los hoteles o en las escaleras de los monumentos, se quedan en el mismo lugar hasta horas avanzadas de la noche, pregonando su infortunio, mediante todas las frases posibles y en todos los tonos imaginables, para atraer al público caritativo. También se ven pobres hombres inválidos en sus tres cuartas partes, músicos ambulantes que tocan en plena calle la trompeta, el organillo y a veces hasta el piano, e incluso mujeres desdichadas que cantan alguna cantinela monótona, con acompañamiento de bandurria y pandereta.

La benignidad del clima meridional, junto con la brevedad del invierno, favorecen su existencia al aire libre, sin hacerles sufrir por la penuria de su vestimenta; su templanza natural les impide muchas veces sentir los ataques del hambre, y quienquiera que tenga ocasión de observar durante algún tiempo a estas miserables criaturas, no podrá dejar de admirar su presteza, su perseverancia y su sobriedad.

Toreros

Como en todas las regiones meridionales, los cafés presentan en Madrid una gran animación. En medio de la sala, sobre un estrado, se encuentra generalmente un piano, que destinado a deleitar a los consumidores con conciertos nocturnos, causa al mismo tiempo la desesperación de todos los durmientes del vecindario. Todos estos cafés tienen sus parroquianos, que se dan cita en ellos para jugar o hablar de negocios, y la clientela de cada establecimiento está casi siempre claramente diferenciada por su color político. Así, en la Puerta del Sol, el Café de París es el cuartel general de los *aficionados* y de sus amigos los *toreros*, fácilmente reconocibles por el carácter particular de su traje de calle: chaquetilla de terciopelo, pantalón bordado con una fila de botones, faja y sombrero. Allí, apoyados contra las jambas de las puertas, pasan sus numerosas horas de libertad liando cigarrillos, y también es allí adonde vienen a buscarlos los empresarios para cerrar sus contratos.

Las ganancias de los *toreros* aumentan con su celebridad, y los *espadas* de moda ganan hasta mil francos por toro, es decir, de dos a tres mil francos limpios por corrida. Cuando se encargan ellos mismos de componer su *cuadrilla*, exigen generalmente de tres mil a tres mil quinientos francos por toro, y entonces pagan a cada banderillero de cien a ciento veinticinco francos.

En estas condiciones, el público madrileño exige que los empresarios le presenten sólo toros excelentes, de las ganaderías más céle-

bres, y sin duda es por eso por lo que en el programa de la corrida se indica siempre la procedencia y el origen de cada animal. El precio de un toro de lidia, entregado en la plaza, varía según la raza de setecientos a dos mil francos.

Puerta del Sol

La Puerta del Sol, hermosa plaza rodeada de edificios de aspecto monumental y adornada en medio por una fuente con surtidor, es a cualquier hora del día el lugar de cita de los hombres de negocios, los bolsistas y los ociosos.

La concurrencia y el movimiento que en ella se observan se deben en buena medida a la presencia de algunas oficinas de ferrocarril, cuya admirable instalación debería servir de modelo a todos los países civilizados. No sólo se facturan allí equipajes y mercancías para todos los destinos, sino que además se expiden billetes por adelantado para todos los trenes posibles y correspondencias para todos los ómnibus que los comunican. Si a esto se añade que, en las propias estaciones, unos mozos especiales, mediante el pago de una módica tarifa, se encargan de todas las penosas formalidades generalmente impuestas al viajero, habrá que convenir en que al público español, en este sentido, se le trata bastante mejor que a muchos otros.

En la Puerta del Sol desembocan las principales arterias de la ciudad, entre ellas la Carrera de San Jerónimo, la Calle de Alcalá y la calle de la Montera.

Entre todas estas calles, la de Alcalá puede considerarse el Boulevard des Italiens de la capital española. Muy ancha y surcada en el centro de la calzada por los raíles de un tranvía, esta calle está constantemente animada por una activa circulación de hombres, animales y vehículos de toda clase: calesas, cabriolés, simones, carretas, pesados tranvías tirados por cuatro mulas, etc. En cuanto a la calle de la Montera, es ante todo el barrio de las buenas tiendas, y por tanto está muy frecuentada por las señoras, que vienen aquí a buscar, en los mostradores más ricamente surtidos, los mil y un artículos indispensables para el atavío de una elegante.

Plaza Mayor

Saliendo de la Puerta del Sol y girando al Oeste por la Calle Mayor, nos vemos en seguida arrastrados por la muchedumbre hasta la Plaza Mayor. Vasto paralelogramo formado por una larga sucesión de palacios y construcciones de aspecto venerable, esta plaza ha visto desarrollarse los más tristes episodios de la historia de España, y ha sido escenario no sólo de las famosas sesiones del tribunal de la Inquisición, sino también de los autos de fe y otras ejecuciones religiosas de aquella época siniestra.

Los edificios de la Plaza Mayor, como todavía hoy puede verse, estaban admirablemente dispuestos para asistir con comodidad a estos espectáculos religiosos. Grandes balcones, corridos a lo largo de todos los pisos y todas las fachadas, albergaban a la multitud de curiosos tras tapices y guirnaldas de flores, y como en ellos se veía codo con codo a ricos y pobres, obreros y burgueses, grandes señores y villanos, el espectáculo que ellos mismos ofrecían al público amontonado en la plaza no debía seguramente carecer de grandeza y atractivo.

Desgraciadamente, la Inquisición no puede borrarse de la historia de la Península.

Traducción del compilador





Biblioteca Virtual

COMISIÓN DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

28. Adolfo de Foresta (1877)

El conde Adolfo de Foresta (1829-1902) hizo en 1877 un largo viaje por España, cuyo relato publicó años después en su Bolonia natal en tres densos volúmenes. En el primero de ellos, titulado La Spagna. Da Irún a Málaga, dedica a Madrid un capítulo no muy extenso, y además plagado de inexactitudes, pero que incluye noticias bastante curiosas sobre la ciudad.

De Foresta estuvo en Madrid sólo cinco años después que su compatriota De Amicis; sin embargo, la capital que nos describe -de modo un tanto confuso, todo hay que decirlo- parece haber sufrido grandes transformaciones. Muestra de ello es el espacio que dedica al nuevo barrio de Salamanca, «destinado a convertirse con el tiempo en la zona más espléndida y elegante de la ciudad». Por otra parte, aun lamentándose de la escasez de monumentos del pasado, De Foresta es el primer viajero que repara admirado en dos elementos característicos del paisaje urbano del futuro: la luz eléctrica y los tranvías.

El aspecto de Madrid como ciudad, haciendo abstracción de sus alrededores, es agradable. Construida sobre un terreno elevado y ondulado, se compone sumariamente del Palacio Real, que tiene una gran plaza delante y está, por así decirlo, a la cabecera de la ciudad por su lado oriental, con el famoso cuartel de San Gil a la izquierda y tras él un altiplano, sobre el cual se extiende el *barrio* de Chamberí. De esta plaza, que lleva el nombre de *plaza de Oriente*, salen dos anchas calles, la *calle Mayor* y la *calle del Arenal*, que se dirigen a poniente, primero cuesta arriba y luego cuesta abajo, hasta la célebre *Puerta del Sol*, de donde parten, tam-

bién cuesta abajo y hacia poniente, otras dos grandes arterias, que son la *calle de Alcalá* y la *carrera de San Jerónimo* ¹.

Una idea bastante exacta de estas cuatro calles, que cortan el centro de Madrid de oriente a poniente, pasando por la plaza de la *Puerta del Sol*, puede darla una tijera semiabierta, que teniendo dicha plaza como perno, o eje central, encontraría en el tramo superior izquierdo la *calle del Arenal*, que una vez atravesada la *Puerta del Sol* terminaría como hoja en la *carrera de San Jerónimo* hasta el Prado, y en el tramo superior derecho la *calle Mayor*, que se prolongaría como hoja en la grandiosa *calle de Alcalá* ².

Puerta del Sol

La *Puerta del Sol* es una plaza que tiene forma de raja de melón y en la que desembocan no menos de quince de las principales calles de Madrid. En medio de esta plaza, o como quizá sería mejor decir, de esta encrucijada de la *Puerta del Sol*, hay una gran fuente, de cuyo centro brota un alto surtidor. En la abundancia de agua Madrid se parece a Roma; pocas ciudades se riegan tan regular y frecuentemente como Madrid, mediante tubos de gutapercha, según se usa actualmente en las grandes ciudades. Se cree que la mucha humedad producida por estos riegos y que sube constantemente del suelo, provoca ciertas enfermedades a las mujeres, que caminan con demasiada frecuencia sobre las losas de la ciudad. La *Puerta del Sol* se llama así porque antiguamente había en este lugar una puerta árabe, precisamente de cara a oriente, como otra que todavía hoy se ve en Toledo, y que lleva el mismo nombre de *puerta del sol*. Es un error, en cambio, que el nombre proceda de un sol gigantesco que estaba pintado en la fachada de una iglesia allí existente, como creen algunos.

Esta plaza es grande y elegante, pero hay mucha exageración en la fama que le han dado las pomposas descripciones de algunos escritores. Su mayor mérito es el de ser central y constituir el punto de encuentro de todos los madrileños. Se diría que cada día la mayor parte de la población de Madrid pasa por la *Puerta del Sol*, tanto es el movimiento que en ella se ve. El forastero que deambula por esta plaza o que, sentado junto a la ventana de un café, observa el continuo ir y venir de la gente, disfruta de un espectáculo curioso, y puede fácilmente hacerse una idea del tipo de la población madrileña, generalmente briosa y alegre. Hete aquí la mujer de condición burguesa con la mantilla negra, que le cubre apenas la cabeza, ágil,

vivaracha y generalmente guapa, aunque sea exagerado el dicho de Dumas, según el cual en Madrid sólo llaman la atención las mujeres feas, pues las guapas son tantas que sería demasiado trabajo mirarlas a todas; más allá la mujer del pueblo con dos pañuelos de seda de colores brillantes, uno sobre la cabeza y el otro sobre los hombros; el campesino envuelto en su *capa*, con el *calañés* en la cabeza; los jóvenes que, aun vestidos con prosaicos trajes modernos y con sombrero de copa, de noche y en los días fríos llevan la *capa* tradicional; el *cura*, *padre* o *presbítero*, que así llaman aquí al sacerdote, el cual, tocado con el ya famoso sombrero de Don Basilio, va de paseo, a veces con un cigarrillo en la boca; el soldado con calzones rojos y largo capote azul, el oficial con su brillante uniforme, el torero con zahones hasta media pierna, chaquetilla ajustada y sombrero de ala ancha; en suma, aquí se pueden observar en pocas horas los más variados tipos de hombres y mujeres que existen en Madrid. La Puerta del Sol es el *Forum* de Madrid, el lugar donde se exponen las mejores mercancías, donde empiezan las revoluciones, donde se divulgan las noticias políticas y teatrales, donde se entrecruzan las elegantes carrozas de las señoras, que van al Prado, y de los ministros y diputados, que van al Congreso; aquí, en una palabra, late el corazón de Madrid.

La hora en que la Puerta del Sol es más alegre es cuando se hace de noche y se encienden las luces. Un verdadero mar de luz brota de las farolas públicas, que ahora son eléctricas, como las de la *place de l'Opéra* de París, y de las lámparas de las tiendas y los cafés; un tropel de gente irrumpe por todas las calles y llena el espacio; numerosos carruajes de todo tipo y los coches del tranvía la atraviesan en todos los sentidos, hay un continuo ir y venir, un ajeteo, un griterío, un encontrarse de gente, un vivísimo movimiento hasta altas horas de la noche.

Nombres de calles

A propósito de las calles de Madrid, me parece oportuno señalar la variedad de denominaciones que se les da, o si puedo decirlo así, indicar cuál es la jerarquía topográfica de la capital. Existe la *calle*, la *carrera*, la *corredera*, el *callejón* y la *travesía*, como existen las *plazas* y las *plazuelas*, la *cuesta* y la *costanilla*, el *campo* y el *campillo*, la *puerta* y la *portilla*. Sin embargo, estas denominaciones no siempre se aplican rigurosamente conforme a su significado; así, la de San

Jerónimo es una *calle*, como la de Alcalá, ancha, hermosa y elegante, pero la llaman *carrera*, porque en el pasado se celebraban allí carreras y torneos, como en Roma se ha dado a la gran arteria central de la ciudad el nombre de *corso*, debido al espectáculo de los caballos llamados *barberos* y a la carrera de carruajes del carnaval. Una cosa óptima que he notado en Madrid, y que pasa quizá inadvertida a la mayoría de los que visitan esta ciudad, es la abundancia de travesías, callejuelas y pasajes que comunican una gran arteria con otra, y por los que se puede ir directamente adonde se quiera, evitando grandes rodeos y calles demasiado frecuentadas, lo que no siempre es fácil de conseguir en otras ciudades en las cuales, como en Turín, las manzanas del caserío son mayores.

El nuevo Madrid

Saliendo de la Puerta del Sol por la calle de Alcalá se llega a los paseos del *Prado* y de *Recoletos*, de los que hablaré luego; más allá de este último, que se prolonga con el nombre de *Castellana*, se encuentran las grandes y magníficas barriadas en construcción del nuevo Madrid, que forman el llamado *barrio de Salamanca*. Las calles anchas, rectilíneas, regulares, ya casi todas abiertas y flanqueadas de grandes edificios y graciosos palacetes, construidos con planta moderna y generalmente con estilo italiano, equiparan este suburbio con los barrios más hermosos de otras grandes ciudades modernas, y no cabe duda de que está destinado a convertirse con el tiempo en la zona más espléndida y elegante de la ciudad. Este barrio recuerda mucho a las nuevas edificaciones del Esquilino y el Macao en Roma.

Siguiendo por la calle arbolada de Alcalá, que corta, o mejor dicho, separa el *Prado* de *Recoletos*, se encuentra al fondo de la misma (en un *rond-point* que se asemeja, en menores proporciones, al del Arco de la Estrella de París) un grandioso arco triunfal de piedra blanca, llamado *Puerta de Alcalá*, que hizo construir Carlos III. Pasando el arco se llega a una gran avenida, que conduce a la *plaza de toros*, y a cuya derecha se extiende el paseo del *Retiro*, con todas las largas alamedas y los jardines a la inglesa recientemente añadidos. A la izquierda, desde la Puerta de Alcalá, se abre la larguísima calle arbolada de *Serrano*, que atraviesa con sus raíles del tranvía todo el barrio de Salamanca, y a la derecha la *calle de Granada*, también rectilínea, que separa a poniente el mencionado parque del

Retiro de las nuevas construcciones emprendidas entre este jardín público, el *Prado* y las alamedas de *Atocha*, que conducen a la estación ferroviaria del *mediodía*.

Las casas, incluso en esta parte mejor de la ciudad, no tienen mucho mérito. Aparte de algunos edificios más elegantes de la calle de Alcalá, sólo se ven caserones altos, sin adornos ni arquitectura, con muchísimas ventanas y numerosos balcones, o casas estrechas, con dos o tres ventanas en la fachada.

Penuria de monumentos

Lo que sorprende además en esta ciudad, que sin embargo ha sido capital de uno de los estados más ricos y grandes del mundo, y que lo es todavía de una nación de diecisiete millones y medio de habitantes, es no ver en todo Madrid un solo monumento que resalte a los ojos del extranjero y sea verdaderamente notable. Ni una iglesia rica en arte, ni una bella estatua, ni una columna, una fuente o algo similar que pueda llamar la atención del artista. Nada que se salga de lo ordinario y merezca, no ya admiración, sino ni siquiera una observación atenta. No hablo, por supuesto, de los museos, las galerías, la Armería, el interior de los palacios, las colecciones y todo lo demás, sino únicamente de las obras de arte y construcciones exteriores a las que se da el nombre de monumentos. Es verdad que hay edificios bastante grandiosos, como el Palacio Real, el de las Cortes, el de la Universidad, los de varios ministerios, el de los tribunales, etc.; pero aunque algunos de éstos no carezcan de cierta grandeza, no pueden empero suscitar la admiración del forastero, que por lo general no encuentra en ellos ni pureza arquitectónica, ni novedad de formas, ni riqueza de mármoles y adornos; nada, en fin, de lo que constituye la esplendidez y la elegancia de estas edificaciones en otras grandes ciudades.

El empedrado de Madrid es horrendo; está formado por guijarros de pedernal con muchas puntas, sobre los que se camina muy mal. Las aceras, salvo las de la Puerta del Sol, la calle de Alcalá, etc., son estrechas y parecidas a las de las calles antiguas del viejo París.

Además de la plaza de la Puerta del Sol, hay otras dos que merecen especial mención, a saber: la *plaza de Oriente* y la *Plaza Mayor*.

Plaza de Oriente

La *plaza de Oriente* se extiende casi en hemicírculo desde el lado occidental del Palacio Real hacia la ciudad. Al fondo de ella está el Teatro de la Ópera y se abre, como he dicho, la calle del *Arenal*. Esta plaza está adornada con árboles y tiene arriates de flores cercados por verjas, que se apoyan de trecho en trecho en grandes pedestales, cada uno de los cuales sostiene una estatua colosal de piedra de los reyes de España. En medio se alza la ecuestre de bronce de Felipe IV, obra de un escultor italiano que se considera la mejor de las que existen en Madrid, aunque a mí no me parece que sea una obra maestra. Lo más notable de este monumento es la actitud vivaz del caballo. Realmente es preciso un prodigio de equilibrio para que se tenga en pie. La cabeza del soberano es un tanto raquítica; sin embargo, se aduce en defensa del artista que se atuvo más a la verdad histórica que a la perfección artística.

Plaza Mayor

La *plaza Mayor*, que oficialmente tiene el nombre de *plaza de la Constitución*, se encuentra a la derecha de la calle *Mayor* mirando hacia la Puerta del Sol. Es una plaza regular, con soportales alrededor, sombría y melancólica, tanto por sí misma como por el recuerdo de los feroces *autos de fe* que aquí se celebraban en tiempos pasados, de los que hablaré en otro volumen, cuando trate brevemente de la Inquisición. Un tanto al margen del gran movimiento de Madrid, esta plaza, con sus pórticos, con la arquitectura severa de sus edificios, con su *square*, en medio del cual se alza la estatua de Felipe III (que se cree fue comenzada por Gian Bologna y terminada por Pietro Tacca, y que vale mucho menos que la de Felipe IV), que comunica con las calles adyacentes sólo por medio de arcadas; esta plaza, digo, aunque a pocos pasos del estruendo de la ciudad moderna, parece cosa de otros tiempos y destinada más a conservar sus recuerdos que a participar en el solaz y la vitalidad de los habitantes actuales. La *Panadería*, casa monumental cuyo destino enuncia el propio nombre del edificio, ocupa uno de los lados de la plaza Mayor, y completa, por así decirlo, el significado simbólico de este recinto aislado: *¡Pan y toros, quemadero y autos sacramentales!* También hay en medio dos fuentes vulgares y alrededor bancos de piedra, donde por la tarde se sienta la gente.

De la *plaza Mayor* se sale a la *calle de Toledo*, que es una de las más largas y frecuentadas de Madrid, no por los señores y los paseantes, sino por los comerciantes, el pueblo y los campesinos. A poca distancia, a mano derecha, se encuentra la plaza de la *Cebada*, donde antiguamente se daba muerte con ejecuciones capitales, y hoy se da la vida, porque en esta plaza tiene ahora sede el gran mercado de abastos. Al final de la calle de Toledo se eleva el arco construido en 1827 como monumento de gloria nacional, llamado *Puerta de Toledo*, el cual rivaliza con la Puerta de Alcalá, que como he dicho se encuentra al otro lado de la capital. [...]

Paseos y alamedas

Pasando de las plazas a los jardines, las alamedas y los paseos que se extienden al sudoeste de Madrid, es justo señalar que estos paseos constituyen un conjunto del que pueden realmente vanagloriarse los madrileños. En medio de ellos, como dije antes, destaca la *Puerta de Alcalá*. Tiene un siglo de existencia, pues fue construida en 1778 por orden de Carlos III, al que se deben las mejores cosas hechas en España. Esta puerta, que es un arco de triunfo aislado, como el de la Puerta de Toledo, y todo de piedra, con cinco arcos coronados por trofeos y estatuas alegóricas, presenta un aspecto bastante grandioso, aunque el estilo sea bastante barroco; pero dada la penuria casi absoluta de monumentos en Madrid, produce cierto efecto, y de ella se puede decir por analogía lo que a veces decimos en latín un tanto tosco: *beati monoculi in terra caecorum*³.

El *Salón del Prado*, que es el primero a la derecha de los dos paseos que se encuentran bajando por la calle de Alcalá, consiste en un amplio paralelogramo, separado por una verja de hierro dorado de las alamedas por las que pasan de un lado a otro carrozas y caballos, y flanqueado en ambos extremos por una fuente monumental: la fuente de Cibeles, que representa a la diosa sobre un carro tirado por dos leones, y la de la Alcachofa, formada por un tritón y una nereida abrazados a una columna, sobre la que un grupo de genios sostiene una taza, en medio de la cual está la alcachofa que da nombre a la fuente, de cuyas hojas, como de los bordes de la taza, cae el agua todo alrededor. El interior del Prado está ocupado por millares de sillas de hierro, en las que la gente se sienta a oír música, tomar el fresco, conversar y ver pasar los elegantes carruajes y los brillantes jinetes que circulan en torno, bebiendo a veces un vaso de agua endulzado con un *azucarillo*.

Recoletos se extiende a la izquierda del Prado, y consiste en un ancho paseo con árboles y flores, senderos y bancos, bordeado a un lado por una fila de casas, de las que está separado por una calle, y al otro por una amplia avenida con doble hilera de árboles, más allá de la cual se extienden las nuevas construcciones del barrio de Salamanca.

La *Castellana* es una prolongación del paseo precedente, y toma este nombre de una antigua fuente que se hallaba al fondo del mismo, llamada *Fuente Castellana*. Ahora, en lugar de aquella fuente se alza un obelisco; el paseo se prolonga después hacia poniente, donde recientemente se ha habilitado el nuevo y extenso campo para las carreras de caballos, el *Hipódromo*, y se alargará de forma que, con el tiempo, pueda llegar hasta el bosque de la *Casa de Campo*, que está al otro lado del *Manzanares*, en la parte opuesta de Madrid.

El *Buen Retiro* está a la derecha y más arriba de la Puerta de Alcalá. Fue durante mucho tiempo el jardín privado y la residencia de los reyes de España. (...) Ahora forma un magnífico paseo, en el que hay anchas alamedas, terrenos arbolados, como en las *cascine* de Florencia, jardines de estilo francés, con senderos regulares, quioscos que sirven de cafés, un *skating ring*, una colección zoológica, estatuas, aunque la mayoría son de mal gusto y nada valiosas, y finalmente un magnífico estanque central llamado *Estanque grande*, que tiene 600 metros de largo y 400 de ancho, donde se encuentran canoas y barcas de todas las formas para uso del público. Este parque va adquiriendo de día en día mayor extensión; más allá de él se han abierto inmensas avenidas y se han plantado pinos y otros árboles, que crecen muy bien y demuestran que los áridos terrenos que rodean Madrid podrían convertirse en bosques y llegar a ser provechosos y amenos.

Tranvías

Madrid tiene un buen servicio de *tramways*, llamados aquí *tranvías*, que ya está bastante desarrollado y va extendiéndose por todas las partes de la ciudad. Hace ya siete años que una compañía inglesa introdujo este nuevo sistema de locomoción; las líneas en funcionamiento abarcan un espacio de siete kilómetros, pero se están construyendo muchas otras. Los vehículos del tranvía son como los de Turín, se utilizan bastante y el servicio es regular y eficiente; el precio del billete es de un *real* (25 céntimos).



¡Cosa singular! En Madrid no existen, ni han existido nunca, ómnibus para el servicio de la ciudad, y se ha pasado directamente de la ausencia absoluta de estos medios de transporte tan populares y baratos a la última forma de los mismos, es decir, al tranvía.

Los coches de alquiler son buenos, numerosos y de precio módico; se aplica una tarifa de una lira por carrera y una lira y media por hora. Los cocheros van generalmente sucios y mal vestidos; por lo demás son corteses, poco exigentes y honrados.

Las calles de la ciudad están limpias y siempre animadas; aunque la población sobrepasa en poco las trescientas mil almas, en todo el amplio recinto de Madrid hay un continuo ir y venir de gente, como en las mayores capitales; el español ama mucho el aire y la luz y vive más en la calle, en los cafés y en los paseos que en su casa. Especialmente de las cuatro a las seis de la tarde, todos los habitantes de Madrid están fuera de casa; se diría que ninguno puede cenar sin haber dado antes su paseíto: ello se debe también a que la mayor parte de los madrileños viven en malas casas, y no se preocupan de las comodidades de la vivienda.

Por lo demás, los alquileres, la comida, la ropa y el resto son carísimos. Me dijeron que, aparte de Petroburgo, hay pocas capitales en las que la vida sea tan cara como en Madrid para quien quiere disfrutar de las debidas comodidades. También es curioso que las cosas cambian de valor, por así decirlo, según quién las compre; el forastero y las personas ricas pagan todo más caro; es verdad que lo mismo ocurre en muchos otros sitios.

Los españoles son buenos, amables, vivaces, se entienden fácilmente, aman poco el trabajo y más la diversión, pero son poco amigos del alboroto y la disputa; no se emborrachan nunca, por lo que es raro que haya reyertas y heridos; su mayor placer es el paseo y el cigarrillo; leen mucho y discuten gustosos de política. Nunca se oye silbar ni cantar por la calle.

Traducción del compilador

NOTAS

¹Este párrafo es un buen ejemplo de los despropósitos que puede inspirar a un viajero despistado el equívoco nombre de la plaza de Oriente. Como se sabe, esta plaza está al oeste del antiguo casco urbano. Además, la calle Mayor no sale de ella, sino que termina en la de Bailén. Para acabar de arreglar la descripción de De Foresta, sustituyase «oriental» por «occidental» y «poniente» por «oriente».

²La gráfica imagen de la tijera sería en efecto bastante exacta si, nuevamente, sustituyéramos «oriente» por «poniente», «izquierdo» por «derecho» y viceversa. En las páginas siguientes hay otras muestras de la misma confusión.

³Es decir, «en el país de los ciegos el tuerto es rey».





29. *María Bashkirtseff (1881)*

«Una adolescente romántica, extraña, curiosamente tensa y violenta, una rusa, bella y algo exótica en París, desea la fama, la gloria o, por lo menos, la mirada sorprendida de sus contemporáneos.» Así describe un redactor anónimo a María Bashkirtseff (1860-1884), la desdichada autora de ese clásico de la literatura autobiográfica que es Diario de mi vida. La descripción quedaría incompleta si no añadiéramos que esta joven apasionada, macilento retoño de una vieja familia rusa, aprendiz de pintora y viajera incansable por la Europa mundana de los albores del decadentismo, murió de tisis en París, tras una penosa agonía, sin llegar a cumplir los 24 años.

María Bashkirtseff visitó Madrid en octubre de 1881. En su Diario recoge puntualmente las impresiones que le causó la ciudad, cuyo carácter un tanto caprichoso y superficial queda compensado por la encantadora vehemencia de sus juicios y arrebatos estéticos, dignos de un personaje de Dostoievski. Especialmente interesante nos parece su cambio gradual de actitud hacia las corridas de toros (que comparte con tantos otros viajeros), desde la repulsa inicial ante lo que llama «infamia sangrienta» hasta su reconocimiento casi entusiasta de la belleza y emoción del espectáculo.

Madrid. Domingo 2 de octubre. Esta infamia sangrienta parece un sueño. ¡Corrida de toros! Execrable matanza de animales, donde los hombres parecen no correr ningún peligro mientras juegan un papel innoble. Lo único que me interesó fue ver rodar por tierra algunos hombres; uno fue pisoteado por el toro y escapó con vida milagrosamente: recibió una ovación.

Arrojan cigarros y sombreros que son devueltos con toda habilidad. Los pañuelos se agitan mientras se profieren salvajes alaridos.

Es un entretenimiento cruel, ¿será divertido? ¡Pues no! Ni apasionante ni entretenido: es espantoso y ruin...

Hice un boceto de la catedral... ¿Podré describirla? Es un conjunto de ornamentaciones, de esculturas pintadas, de doradas molduras, de *florituras*, de frivolidades: el resultado es algo imponente. ¡Ah, las capillas en penumbras, las enormes rejas; realmente es una maravilla! Y el sello del romanticismo religioso. Es al atardecer cuando se acentúa más la poesía de las iglesias de España. En la catedral puede verse la célebre Magdalena de Leonardo de Vinci. ¡Horror! Me voy a animar a decir que no me gusta, que no me dice nada, como los Rafael.

Estamos en Madrid desde ayer. Esta mañana fui al museo. A su lado el Louvre desaparece; Rubens, Felipe de Champagne... Y Van Dyck y los italianos. Nada puede ser comparado con Velázquez, pero aún estoy demasiado fascinada como para poder juzgar. ¡Rivera! ¡Mi dios! ¡Éstos son los verdaderos naturalistas! ¡Nada puede ser más verdadero, más incomparablemente verdadero! ¡Más sublime, más verdaderamente verdadero! ¡Ah, qué emoción y qué desdicha experimento al ver tantas cosas! ¡Cómo quisiera tener talento! ¡Y todavía se atreven a elogiar las palideces de Rafael y las frías pinturas de la escuela francesa! ¡Ah, el color! ¡Es imposible sentir el color y no hacerlo! [...]

Miércoles 5 de octubre. Esperen, terminemos de hablar del día de ayer. Desde el Buen Retiro fuimos a ver a unas gitanas que bailaban y cantaban en un café.

Es un espectáculo extrañísimo: un hombre rasguea una guitarra y cerca de una docena de mujeres baten palmas siguiendo el compás. De improviso una de ellas se pone a cantar en una forma que es imposible de describir: se trata de algo completamente árabe; después de una hora ya se tiene suficiente. Las mujeres visten bata con pañoleta y llevan flores en la cabeza. Los trajes no permiten ver los característicos movimientos de las caderas. Las mujeres son interesantes para pintar, pero no son bonitas..., aunque, ¡qué colores, qué ojos! Al verlas se entiende la pintura española. ¡Es algo... magnífico!

Jueves 6 de octubre. Vestida de negro y con mantilla como todas las mujeres españolas, copié la mano a Velázquez. Me miraban mucho, especialmente un hombre. Aparentemente aquí son peores que en Italia. Persisten los paseos bajo las rejas, las guitarras, los piropos. En las iglesias se intercambian mensajes y las

niñas tienen cinco o seis pretendientes. Los hombres son extraordinariamente galantes y nada ofensivos; el «demi monde» no existe. *Esas mujeres* son muy mal consideradas; y por la calle le dicen a una mujer que es hermosa, que la adoran y solicitan su permiso para hacerle compañía, ¡aunque se sepa que es una dama *en tout bien tout honneur!*

Algunos hombres extienden sus capas en el suelo para que una les pase por encima; es delicioso. Cuando salgo, muy sencilla pero elegante, me miran, se paran y yo revivo. Es una existencia romántica, con algo de la caballería medieval. [...]

Las iglesias españolas son algo indescriptible: guías harapientos, sacristanes vestidos de terciopelo, extranjeros, perros que vagan y ladran: todo tiene un misterioso encanto. Se diría que al salir de una capilla, detrás de un pilar, uno va a encontrarse el ídolo del alma.

¡Parece mentira que un país tan cercano al centro de la corrupción europea aún permanezca tan incontaminado, tan salvaje! [...]

Sábado 15 de octubre. Estuve todo el día con mi tía en El Escorial. (...) Finalmente logré ver ese inmenso bloque imponente de granito. Lo vi como en un sueño: triste, grandioso. Me pareció magnífico y su majestuosa melancolía me fascinó. El palacio se inspira en la forma de la parrilla de San Lorenzo (vean las guías), lo que le da un cierto aire de cuartel (perdón por la palabra). Se eleva sobre un campo reseco, sombrío, ondulado como un mar que se mece, e impresiona intensamente con sus muros de granito, sus celdas, sus columnas, sus galerías y patios, terrazas y estanques. Es frío, dicen, es triste. En efecto, pero resulta un descanso después de las irritantes imágenes de Toledo. Conocimos los departamentos reales, cubiertos de tapices desagradables y chillones... Pero el gabinete del rey es una joya: tiene puertas de madera con adornos de hierro pulido y oro puro...; después un oratorio tapizado en seda bordada, maravilloso. ¡Qué diferencia con el cuarto de Felipe II! Ese déspota habitaba una celda desnuda y pobre, que salía a una pequeña capilla de mármol comunicada directamente con la iglesia. Podía oír misa desde la cama. Es imposible recordar la cantidad de salas, escalinatas y claustros que debimos atravesar. ¡Es inmenso! ¡Y las espaciosas galerías de enormes ventanas cerradas con postigos de madera y puertas sólidas desprovistas de adornos!

La iglesia es admirable en su sencillez. Las bóvedas producen un efecto imponente, magníficas y severas. La cripta y las escalinatas que conducen a ella están realizadas en ricos mármoles de diferentes tipos.

Los magníficos sepulcros son de mármol de Toledo adornado con cobre repujado. Sólo hay cinco lugares vacíos. La tierna Mercedes aguarda en una pequeña capilla lateral que se reconstruya la cripta de los infantes de las reinas sin descendencia.

El coro es de madera lisa y en el centro se encuentra un atril hermosísimo con libros altos como yo.

Aunque no entiendo mucho he admirado los manuscritos de la biblioteca. [...]

Domingo 16 de octubre. Una de las cosas curiosas que vi es el *Rastro*; se trata de una calle repleta de barracas, como las ferias rusas de los pueblos, donde siempre se encuentra de todo. Bajo ese sol abrasador bulle la vida. ¡Es asombroso! Estas riquísimas compraventas están ubicadas en casas viejas y sucias, con escaleras y trastiendas de leyenda. Allí se amontonan las telas bordadas y los tapices en una cantidad que es como para volverse loca.

Esos desdichados parecen despreocuparse de todo: agujerean ricas telas para colgarlas y ubicar en ellas viejos cuadros, caminan por encima de las telas bordadas; y se mezclan en desorden muebles antiguos, esculturas, objetos de plata, clavos enmohecidos, cajas para reliquias... Compré una cortina de seda bordada color rojo salmón (de 700 francos me la dejaron en 150) y una lindísima falda con flores pálidas (me pidieron 20 francos y terminé llevándomela por 100 céntimos).

Es una desgracia no tener un millón de francos: podría arreglarse un estudio... ¡Y aun con cien mil compraría muchas cosas!

Vamos a la corrida de toros con Escobar. Ocupamos un palco con Martínez, su hija y otras dos personas. Quise tener una segunda impresión. Es el último domingo y se anunciaban ocho toros. El espectáculo es brillante. Están presentes el rey, la reina y los infantes. Música, sol, gritos de multitud enardecida, silbidos y pataleos, pañuelos y sombreros al aire. La atracción que despierta esta clase de fiesta no puede compararse con nada. Por fin me pongo a tono y comienzo a interesarme. Había ido con un escalofrío de disgusto, pero nada dejé traslucir ante esa carnicería refinada. Puede ser muy bello si es que uno no ve nada... Sin embargo, acaba por atraer y hasta se toma un aire valiente frente a la representación de tanta ignominia. Al salir estaba como borracha de sangre: hubiera deseado clavar banderillas en la nuca a todo el que se me cruzaba.

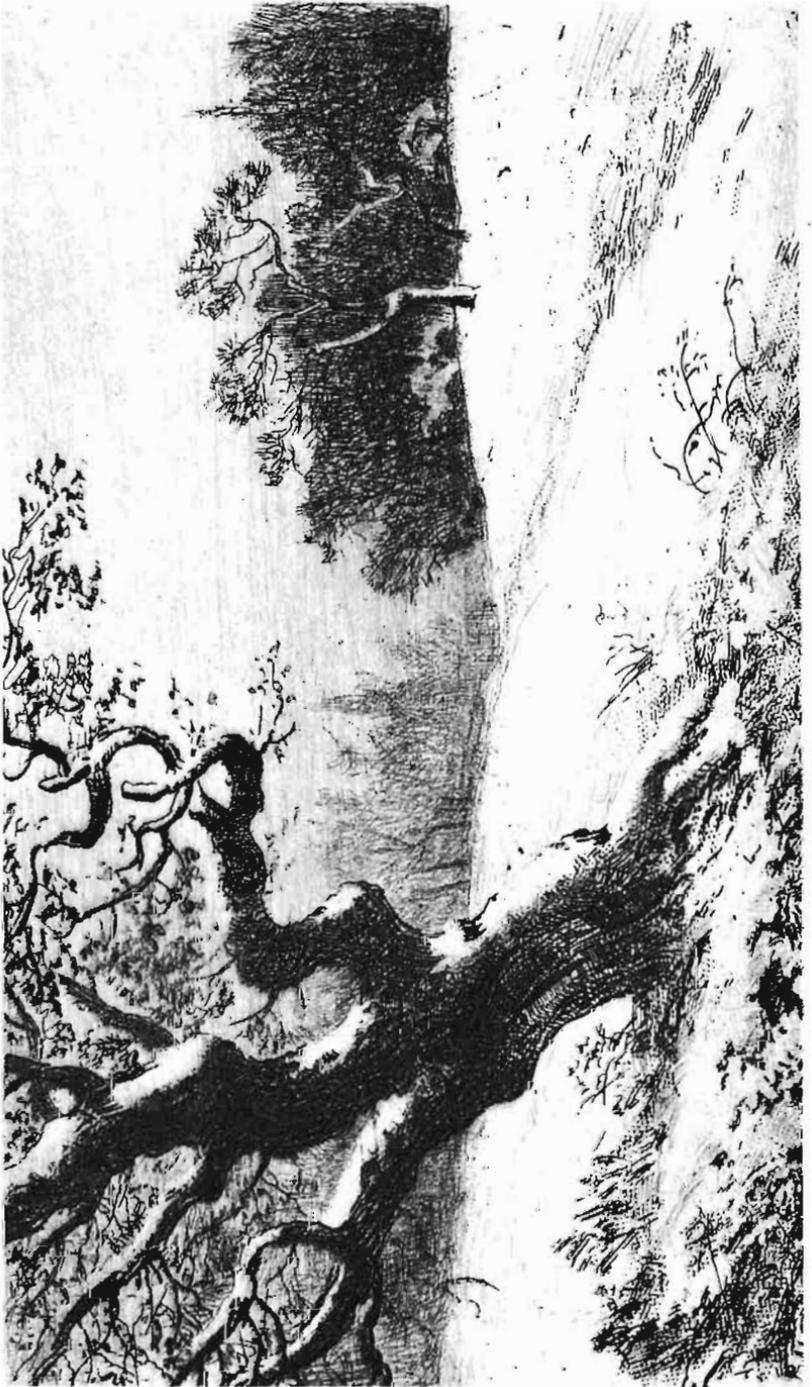
Cuando en la mesa corté el melón me pareció que plantaba una banderilla. Y tenía la sensación de que la carne que comía acababa de salir toda temblorosa de la cabeza del toro. ¡Oh, esta escuela de asesinos crispa las piernas y estruja las sienes! Claro que, sin duda,

los hombres tienen elegancia y armonía en sus movimientos y una actitud digna pese a su extrema agilidad.

El duelo del hombre con la enorme bestia me parece espléndido, pero siempre se sabe quién es el que va a sucumbir. Debo reconocer que cuando aparece el matador, con el traje de luces que ciñe sus formas, y saluda tan peculiarmente, doblando el brazo en alto, sereno y frío, con la capa y la espada..., el espectáculo es brillante. No se derrama casi nada de sangre; es algo verdaderamente asombroso. Tampoco a los españoles les complace el papel que juegan los caballos. ¿Es que estaré reconciliándome con esta diversión salvaje? No lo creo, pero hay algo hermoso, magnífico: la arena, la multitud de espectadores; parece una escena de la antigüedad a la que tanto admiro. Y el lado sanguinario, terrible, ruin... Si los hombres no fueran tan hábiles, si a menudo sufrieran grandes heridas, no diría nada, porque lo que me subleva es la cobardía humana, aunque dicen que hay que tener un coraje de león... Pero no, son muy diestros para evitar los ataques tremendos pero inocentes, previstos y provocados, del animal. Los que corren verdadero peligro son los banderilleros, que salen al encuentro de la bestia y, cuando ésta va a cornear, le plantan sus banderillas en el lomo. Para ello se necesita una valentía excepcional y una gran pericia.

Traducción de Bettina Pla





el Pardo. Grabado de Rafael Montleón, 1890.

30. Charles Boghe Luffmann (1893)

Una mañana de agosto de 1893, los campesinos alcarreños que faenaban en la cosecha a orillas del Henares, entre Guadalajara y Alcalá, vieron pasar a un vagabundo larguirucho, cargado con una mochila, que sudaba copiosamente bajo el sol estival de la meseta. Algunos a quienes saludó repararon en su fuerte acento extranjero, y si hubieran podido leer el pasaporte que llevaba en el bolsillo, expedido por el Viceconsulado Británico de San Sebastián, se habrían enterado de que «el Señor Don Carlos B. Luffmann... súbdito de Su Majestad Británica... antiguo funcionario de los gobiernos de Nueva Zelanda, Victoria y Sur de Australia, geólogo, entomologista, naturalista y periodista, desea viajar a pie desde Burdeos a Gibraltar vía Biarritz, Pamplona, Zaragoza, Valencia, Madrid, Toledo, Sevilla, Granada y la Alhambra, etc. El objeto del viaje del Sr. Luffmann es el de investigar todo cuanto se refiere al desarrollo de la agricultura y los procedimientos empleados en este territorio, para la publicación de un tratado y un libro de viajes.»¹

En efecto, aquel verano el trotamundos inglés Charles Bogue Luffmann atravesó a pie la Península de norte a sur, durmiendo muchas noches al raso y alimentándose frugalmente con los escasos recursos de su bolsa, como correspondía a su aspecto digno pero un tanto desharrapado. No sabemos si después llegó a publicar algún tratado sobre labores agrícolas, pero el libro de viajes anunciado vio efectivamente la luz en 1895 con el título A Vagabond in Spain. Obra amena y original, en ella se relatan con humor las aventuras españolas de este esforzado andarín, tan diferente de los turistas de su época y curioso precursor de los jóvenes mochileros que visitan Madrid en la nuestra.

Pero la originalidad de Luffmann no se limita a su modo de locomoción. Tampoco su mirada es la de un viajero convencional, como demuestra su interés por los lugares y las personas humildes que le salen al paso. Así, creemos que es la primera vez que en un libro de viajes se habla, aunque sea mal, de las Ventas del Espíritu Santo, paraje a la sazón del extrarradio madrileño, o de un pueblo tan poco turístico como el pulquérrimo Pinto.

Alcalá de Henares

¡Ay Cervantes! Quién me iba a decir a mí, mientras reía y lloraba con tu «Don» inmortal, que un día iba a estar ante la casa que te vio nacer en tu pueblo natal, Alcalá de Henares. [...]

Y hete aquí que en el año de gracia de 1893, ante la Calle Mayor, a la sombra de la gran Iglesia del Magistral, en una callejuela de empedrado grande y desigual y entre casas no muy distintas de la primera que albergara a nuestro propio Shakespeare, allí estaba yo, ante la casa de Cervantes.

Nadie supo relatarme la más mínima anécdota sobre tan ilustre soldado. Y es que trescientos años son muchos años para la memoria y, en la España de hoy, la lucha por la supervivencia es más urgente que el deseo de aprender o de reír.

Dudo que fueran los propios españoles los artífices de la grandeza de Cervantes. Soy lo bastante mezquino como para pensar que el español actual no tiene ni la capacidad ni las ganas necesarias para descubrir la auténtica genialidad de nadie. [...]

Visité la magnífica Iglesia del Magistral, donde fue bautizado Cervantes. Sus muros están cubiertos de exquisitos tapices moriscos, españoles e italianos que representan escenas bíblicas, históricas y hasta de caza. Sus vivos colores -naranja, púrpura y azul celeste- son de una calidad e irradian una fuerza que nunca podrá alcanzar el arte moderno.

La iglesia está cuajada de objetos preciosos -esculturas de mármol y alabastro, esbeltas tallas de madera, túnicas de pedrería, reliquias sagradas- y, entre tanta belleza y suntuosidad, vírgenes ataviadas con vestiduras modernas, de una vulgaridad que hasta resultaría excesiva para una obrera. Yo estaba extasiado con los tapices y dejé que mi cansado espíritu fuera transportado por las arrebatadoras notas del órgano y del coro.

Pero a pesar de las muchas evocaciones históricas de Alcalá, tuve que desviar mi atención hacia necesidades más prosaicas. En el pueblo de Cervantes gasté tres perras en pescado frito, pan y vino, y estoy convencido de que si el viejo filósofo leyera mi referencia a su cuna, no la tacharía de demasiado pobre, teniendo en cuenta que no soy sino un simple vagabundo.

La lluvia de ayer no se dejó sentir en los caminos. Seguían tan polvorientos como siempre, el cielo igual de claro y el sol igual de implacable. Anduve por terrenos escabrosos donde no crecían más que cuatro vides y algunas huertas, y a primera hora de la tarde llegué al Jarama. Éste sí que es un río de verdad, con un agua de gran calidad. Decidí lavar todos mis avíos antes de entrar en la capital. En la orilla había un grupo de *lavanderas* frotando y restregando ropa contra piedras y tablas acanaladas. Miraron compasivas mis esfuerzos. Una de ellas, moza amable, insistió en lavarme dos camisas. No llegó a dejarlas limpias, y a pesar de mis protestas de que estaban «no limpia», las escurrió y las tendió sobre el puente. [...]

Entrada en Madrid

Pronto estuvo a la vista Madrid. Se desplegaba en la lejanía como una población australiana, libre de humos y chimeneas, aunque envuelta en una neblina de un azul más intenso que el cielo raso.

Hice un alto en las Ventas, paraje suburbano al que acuden los excursionistas madrileños para beber, fumar y comer poca cantidad a mucho precio. Había toda una suerte de «exhibiciones» y «variedades», pero la gran atracción parecía ser el arroyo, una hondonada inmunda por la que discurría un hilillo repugnante de agua contaminada. Gentes bien vestidas paseaban por la orilla de semejante pebetero, imaginándose en pleno campo. Aunque las Ventas daban náuseas, Madrid propiamente dicho resultó ser un lugar maravillosamente limpio.

A medida que bajaba por el Camino de Alcalá, pasando junto a la Plaza de Toros, los Jardines del Retiro y el Prado, el cuadro iba haciéndose más y más grandioso. Había entrado en Madrid por la puerta acertada. Es la entrada más impresionante que nunca haya hecho. Y por fin llegué a la Puerta del Sol, el corazón de España, y con ello a la mitad de mi viaje.

Mi primera gestión fue localizar una modesta casa de huéspedes en la calle de Hortaleza, regentada por una viuda llamada Clotilde,

que se apresuró a asegurarme que había «conocido tiempos mejores». [...]

Aquí, durante algún tiempo, dejé de interpretar mi papel de vago y me dediqué a descubrir el Viejo Madrid. No sé por qué lo llaman «viejo», ya que es una de las ciudades de aspecto más moderno que he conocido. Es un París en miniatura; las avenidas, el estilo arquitectónico y el gentío de las calles: todo me recuerda la capital francesa.

Mañana dominical

Bajo la protección de un guapo muchacho de mirada seria llamado Julián, hijo de mi patrona, que iba de lo más favorecido con un traje marinero azul y blanco y una gorra enorme, recorrí las maravillas de la ciudad: sus bellos paseos, los jardines del Buen Retiro y la iglesia de San Francisco, en cuya restauración están gastando treinta y tres millones de reales. Los siete pórticos de entrada exhiben figuras labradas en relieve que representan escenas bíblicas o acontecimientos de la historia eclesiástica. Es una obra realmente grandiosa. Es como un Ghiberti moderno, de calidad comparable al viejo maestro. Uno se ve obligado a recordar las célebres puertas del «Baptisterio», aunque las de San Francisco son totalmente originales.

Los domingos por la mañana, Madrid tiene el acierto de abrir temprano sus museos, galerías y jardines, para que los que lo deseen puedan disfrutar de una hora de comunión con los viejos maestros o de la fragancia de las rosas del Buen Retiro, antes de desayunar. El Museo es una auténtica delicia para los amantes del arte, independientemente de lo que éstos hayan visto o visitado. La colección de obras maestras italianas es más valiosa que la de cualquier galería italiana. [...]

Mi mañana dominical en el museo fue como un gran festín. Ante mis ojos había desfilado un kaleidoscopio del mundo y aunque «la fatalidad de todas las cosas» me entristeciera por un momento, el mundo sigue siendo real para aquellos que saben cómo sacarle partido, y esta grandiosa galería de Madrid había contribuido a hacerlo más grande y más valioso.

Palacio de la Moncloa

El Palacio Real de Madrid pertenece a esa categoría de monumentos que siempre se describen como «el más bello del mundo»; hay en cambio un palacio pequeño, casi desconocido, del que no dan eco las guías turísticas y al que los turistas acuden muy raramente. Esta joya es el Palacio de la Moncloa, situado en las inmediaciones de Madrid, en dirección al Escorial. Por fuera no puede ser más sencillo, pero el interior es de ensueño. No mayor que una casa de campo, sus pocas habitaciones están recubiertas por una delicada tela de araña, en cuyos márgenes y diagonales resplandecen rayos de sol, arcos iris, el plumaje de aves llamativas y guirnaldas tan bellas y realistas que parecen perfumar las paredes y columnas a las que se ciñen. Hadas y amorcillos revolotean por los aires o descansan sobre mullidas masas de nubes bajo doseles de un azul celestial. ¿Que qué quiere decir todo esto? Sencillamente que el palacio está revestido de paneles de seda trabajados por manos primorosas, expertas en el arte de tejer flores. Es tal la delicadeza del trabajo y la perfección de los contrastes y combinaciones de colores que queda uno fascinado con el entorno. (...) Este palacete es testimonio fehaciente de que Fernando VII sabía captar la belleza y de que amaba el lujo, acaso demasiado.

Una corrida

Estaba anunciada una gran corrida para la tarde del domingo; y como quería ver España en todas sus facetas, me faltó tiempo para reservar un asiento en la Plaza de Toros. La de Madrid tiene doce mil localidades, todas visibles desde cualquier punto del ruedo. Es de sólido granito gris y estilo árabe, sin apenas color en el interior; pero cuando está llena de gente, con doce mil abanicos de colores y otros tantos sombreros, gorras, vestidos y sombrillas, las cuarenta y ocho mil tonalidades forman un cuadro irrepitible.

Se escuchó unos instantes el agudo sonido de una campanilla, anunciando que el presidente había tomado asiento y, acto seguido, dos jinetes vestidos de terciopelo negro y sombrero de tres picos con plumas blancas y rojas, montados en espléndidos caballos, entraron en el ruedo y saludaron al presidente, quien les respondió lanzando la llave del toril a la arena. A continuación, la charanga se arrancó con la tonadilla de costumbre, «Pan y Toros», y el inmenso edificio



pareció vibrar y agitarse con los pateos, el estridente griterío y el revoloteo de abanicos de la multitud. Un momento después se hizo el silencio más profundo, mientras los dos jinetes galopaban hasta el centro, se descubrían, saludaban al presidente y se retiraban para dar paso a la reluciente procesión de toreros. [...]

El espectáculo que vino a continuación fue fascinante en extremo, pero horriblemente cruel. Caballos y toros están sentenciados. No hay valor o arte que pueda librarles de la muerte; de ahí que, en el fondo, siempre sea injusto. Como espectáculo es soberbio. No es posible imaginar, sin haber sido testigo presencial, que doce o quince hombres, unos pocos caballos y un solo toro puedan formar un cuadro de este calibre. Pero es así; y no es de extrañar que en una tierra en la que la religión no tiene nada mejor que enseñar que el amor propio y se deleita ante los despliegues de atrocidades, los toros tengan un atractivo extraordinario para la gente.

En esta ocasión, seis toros mataron a quince caballos y casi «terminaron» con uno de los artistas. Un banderillero de gran apostura, elegantemente vestido de oro y grana, fue lanzado tres veces por los aires, y tres veces giró como una peonza y recibió cornadas certeras en el tronco y el muslo, dando con la frente en el suelo. Miles de mujeres contemplaban aparentemente impasibles aquel horrible espectáculo. Muchos de los dirigentes de la sociedad estaban allí, complacidos con aquel espectáculo «de primera».

Es el público el que prácticamente controla el ruedo, marcando su aprobación o reprobación con los gritos más frenéticos. Resulta sobrecogedor, especialmente cuando alguno de los ejecutantes se salta alguna norma o hace un mal movimiento.

El público lanza al ruedo botellas, fruta, dulces, sombreros, gorras, abanicos, parasoles y cualquier cosa que tenga entre las manos. En un momento dado salieron volando cientos de cojines, a pesar de los elevados precios que sus propietarios habían pagado por el placer de sentarse en ellos. Toda aquella quincalla fue retirada en un abrir y cerrar de ojos, y al final de una «suerte» cayó al ruedo una lluvia de paquetes y cajas con regalos para los maestros más afortunados. Un joven que debutaba esa tarde mostró algunos de sus regalos allí mismo, y pude observar que casi todo era oro y plata. Si estos hombres aguantan seis u ocho años ante el público, tienen garantizado un retiro desahogado. Pero es un «si» de lo más incierto. [...]

Aquella noche soñé con cuerpos mutilados de caballos, toros y hombres, y me desperté sin el menor deseo de volver a presenciar tan inhumano espectáculo. Me pareció que lo más adecuado para recuperarme sería una excursión a los montes de Ávila y al Escorial.

El Escorial

El monótono paisaje de los alrededores de Madrid no era nada sugerente, como tampoco el discurrir del tren, que tardó tres horas en recorrer una distancia de 46 millas.

El Escorial está a casi cuatro mil pies sobre el nivel del mar, en una pequeña planicie que surge inopinadamente entre los picos desnudos y escarpados de la sierra de Guadarrama.

Cuando Felipe II (el marido de nuestra «Bloody Mary») lo eligió como retiro espiritual, era un lugar solitario y silencioso. Pero el silencio ha desaparecido. El Escorial ya no es una edificación solitaria, es todo un pueblo. Las vías del ferrocarril discurren al pie de la sierra. Por encima de las fábricas de chocolate se yerguen altas chimeneas, y calles de tiendas y casas privadas deniegan su pretensión de silencio. Las casas de huéspedes, los hoteles y las mansiones son más protagonistas que el palacio en sí. El Escorial es un gran edificio, sí, pero ni bello ni sugerente.

En contra de lo que muchos afirman, la planta del edificio no tiene forma de parrilla, sino que es más bien cuadrada, con una iglesia y un patio casi en el medio y tres torres que se alzan desde la fachada. Hileras de ventanucos recorren sus muros de granito gris oscuro y confieren a la construcción aspecto de prisión, impresión a la que contribuyen los vientos fríos y estridentes que silban por sus esquinas. En la entrada principal se puede ver una estatua de San Lorenzo, a quien está dedicado el edificio, sujetando una parrilla como aquella en la que fue achicharrado.

El Escorial contiene muchos tesoros artísticos, pero, para desgracia de este vagabundo, aquel día estaban todos bajo llave por ser la festividad de San Lorenzo, y sólo quedaban abiertas las puertas de la iglesia. [...]

La fiesta de San Lorenzo atrajo a visitantes de todas partes. No sólo excursionistas de Madrid; también acudieron hombres y mujeres medio salvajes, medio desnudos y extrañamente ataviados, procedentes de los pueblos de la sierra. Estos campesinos tienen el tipo de cabeza más primitivo que he visto en España. Tienen la cara redonda y mofletuda, la boca hociocuda y con los labios replegados hacia atrás, dejando a la vista unos dientes prominentes, estrechos, de alimaña. De pómulos altos y ojos pequeños y apagados, la frente estrecha tiene oblicuamente hacia la coronilla de una cabeza de forma cónica. Con su andar desgarrado, parecen un bulto informe de harapos de tela y cuero. (...) Madrid y su influjo civilizador no parecen haberles alcanzado.

Noche de fiesta

Volví a Madrid a tiempo de cenar con unos agradables amigos en el hotel que hiciera famoso «Pigott», y pasé la velada entre el animado gentío que convierte la noche en pleno día bajo los árboles y las farolas del Prado. Este paseo «en olor de multitudes» tiene lugar entre las once de la noche y las tres o cuatro de la mañana, y parece la hora del recreo de los niños de Madrid. El clima caluroso y enervante es la causa de tan nocturnos hábitos. [...]

Estaba celebrándose un gran festejo en un barrio de la ciudad y todas las calles estaban adornadas con banderas, farolillos de colores y lámparas de aceite. Sólo quedaban abiertas al tráfico rodado las calles principales. Las demás se habían convertido en salones de baile, escenarios o zonas reservadas para todo tipo de juegos, exhibiciones y orquestas. Recorrí calles y más calles, y no dejaban de surgir ante mí panoramas nuevos, ni cesaban el baile, los cánticos o la multitud. [...]

Pinto

Tras diez días de esparcimiento en el viejo Madrid -que, como sabe cualquiera que haya estado, es, de todas las capitales antiguas del mundo, la de aspecto más moderno-, me puse otra vez en camino y tomé la ruta hacia Toledo, vía Aranjuez. La carretera era espantosamente mala. Tuve que abrirme paso, milla tras milla, entre una polvareda compacta de varias capas de espesor. En seguida tuve los pies desollados y doloridos, así que no disfruté de las quince millas de caminata que había hasta el primer pueblo. ¡Pero qué pueblo! No puede haber nada igual en ninguna otra parte. Imagínense, ¡Pinto se jacta de ser «el centro del mundo»! Para un español, España es siempre «el mundo». El lugar es -creo- el centro exacto de España, y con tal memorable motivo sus habitantes de antaño plantaron una ermita en el cerro más próximo. Se ha convertido en un santuario en el que, según dicen, la Virgen y San José realizan portentosos e incomparables prodigios. Si clavas un bastón en Pinto, sea la hora que sea, no se verá la sombra, porque el sol siempre está justo encima. Me lo contó un posadero. Yo no le contradije -tenía otras cosas que hacer-, aunque me quedé perplejo preguntándome por qué clase de imbécil me había tomado.



El alcalde de Pinto me procuró un camastro en la posada. Estaba claro que aquel alcalde era un hombre generoso. Tenía diecinueve hijos, algunos ya casados, que junto a sus mujeres y niños -treinta y siete en total- vivían bajo su no muy espacioso techo. Conocí en la intimidad a aquella gran familia, y entre ellos reinaba la paz y la armonía. La ración de trabajo de cada día se engranaba como un mecanismo de relojería, curiosa imagen doméstica para la vieja España. Con tantas bocas que alimentar resultaba de lo más oportuno que el alcalde fuera el principal panadero de Pinto.

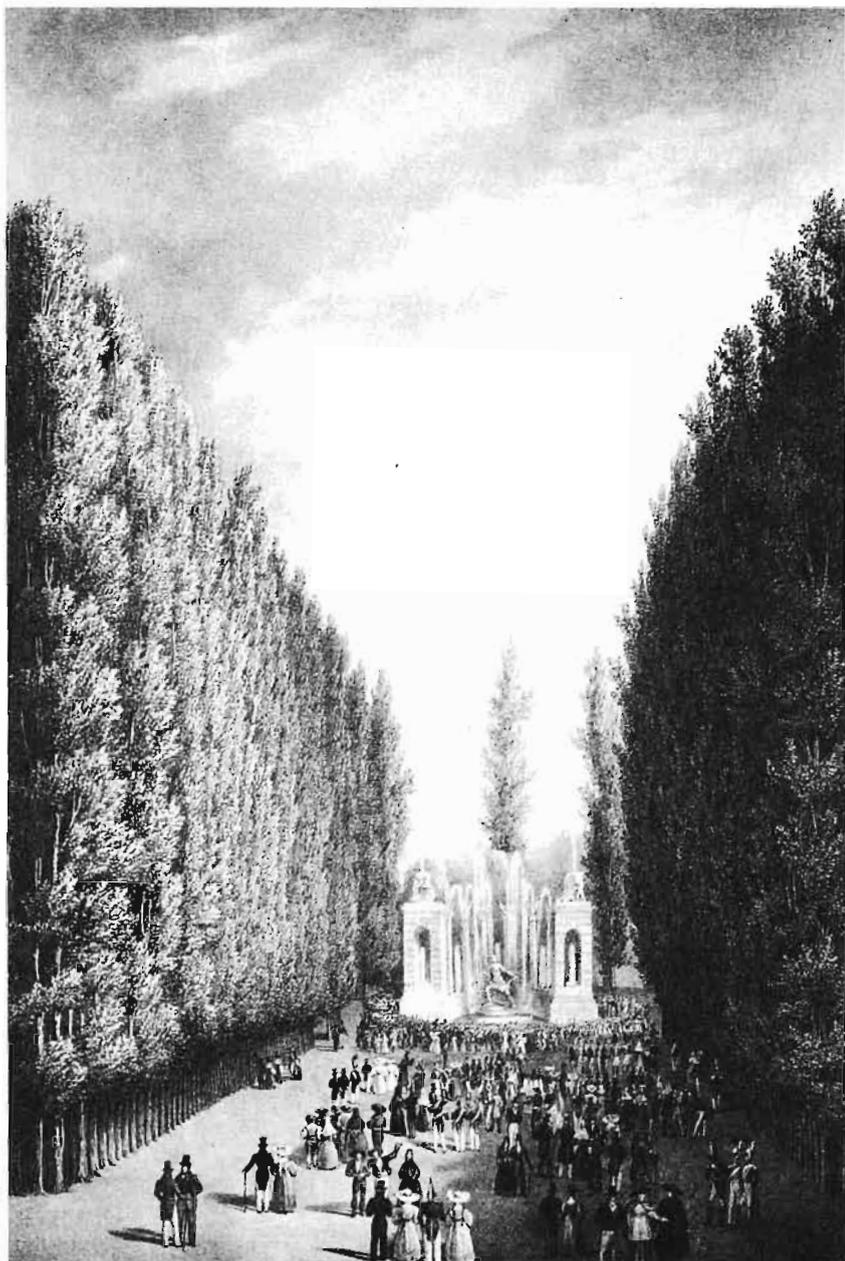
La iglesia parroquial es un edificio viejo y de aspecto siniestro, situado en un promontorio artificial y rodeado de murallas. Probablemente sirvió de fortín en tiempos pasados. (...) Otra cosa más en favor de Pinto: es el pueblo más limpio que he conocido. Todas las casas están encaladas por dentro y por fuera; sus habitantes parecen austeros y tienen un aspecto muy aseado. El trigo, el vino y el aceite son los principales productos de la región, salvo que la cosecha de milagros de la iglesia situada «en el centro del mundo» pueda rivalizar con ellos en riqueza.

Muy satisfecho de Pinto -un vagabundo siempre queda satisfecho cuando le tratan bien-, partí hacia Aranjuez. Tras atravesar una zona miserable en la que crecían malamente unos cuantos olivos raquíuticos y, de vez en cuando, algún trigal, divisé el pueblo de Valdemoro, rodeado de yacimientos de mica y arcilla y de olivos. El camino no era mejor. Abriéndome paso entre la polvareda y abrasado por el sol, seguí viaje entre gruñidos y sofocos. A mi alrededor todo eran trigales, que se extendían sin cercas ni setos divisorios, y a lo lejos, las colinas desnudas y ardientes. La mochila me pesaba una tonelada sobre los hombros, así que acepté agradecido montar en un carro de mulas que me llevó hasta el gran puente, el «Puente Largo» que cruza el Jarama.

Aranjuez

¡Cuánto cambia una tierra con la vegetación y el suave susurro de los árboles! Desde el Puente Largo hasta el pueblo hay quince millas, pero entre tanta armonía parecía estar a tiro de piedra, y en seguida llegué a los recintos sagrados del retiro campestre de la realeza española. Es una corte de juguete, muy apropiada para el actual niño- rey. Aranjuez es un pueblecito precioso, todo él palacio, partes, veredas de mármol y centenares de estatuas y cascadas. Pero





*Vista de la fuente de Apolo en el Real Sitio de Aranjuez. Bambrilla.
Colección de vistas de los Sitios Reales.*

nada parece de verdad. Aquí se podría cambiar la intención original y exclamar «No soñaba con ruinas, quien de este modo pudo construir». He olvidado el nombre del rey que, enamorado de la confluencia de los ríos Tajo y Jarama, fundó Aranjuez sobre la meseta divisoria, pero seguro que nunca olvidaré algunas de sus fantásticas concepciones. Me acordaré de los doce caminos que parten de un círculo de cien pies de diámetro, caminos que en su mayoría no llevan a ninguna parte, aunque ocho o diez de ellos forman avenidas; de la explanada pantanosa en la que, para poder escuchar la cascada artificial del Tajo, está construido el palacio; de las largas veredas en sombra, bordeadas de feos muros de piedra sobre los que no ha podido crecer la masa protectora y lenitiva de la hiedra; de las mil y una estatuas fantasmales que miran furtivas entre el ramaje de arbustos y árboles de hoja perenne: todo esto estará presente en mi memoria cuando figuras más nobles se hayan desvanecido. [...]

Dormí en el patio trasero de una posada y, por la mañana temprano, me levanté para ver Aranjuez a la luz del día. En realidad no es apacible, pero lo parece. Encanta a todo aquel que lo contempla porque es un valle verde, un paisaje casi insólito en España. Hay algo en este sitio que lo hace acogedor y atractivo, incluso para un extranjero. Paseé arriba y abajo por sus muchos claros y arboledas, junto a veloces arroyos y norias, y deambulé por las orillas del negro Tajo. Más que atraer, inspiraba miedo: sus aguas parecían terriblemente traicioneras, y lo cierto es que lo son.

Traducción de Beatriz Muñoz Pérez

NOTA: 'Facsimile del pasaporte del autor (*A Vagabond's Passport*) recogido en *A Vagabond in Spain*, Londres, John Murray, 1895, p. 7.





31. René Bazin (1894)

René Bazin (1853-1932) fue un escritor francés bastante leído hacia finales de siglo, aunque sus obras sólo se encuentran hoy en las librerías de viejo. Autor de numerosas novelas de ambiente rural, abordó también el género de viajes con singular maestría, y en 1895, tras un amplio recorrido por la Península, publicó un libro titulado Terre d'Espagne, en el que dedica a Madrid un capítulo muy ameno.

La mirada de Bazin sobre la ciudad es amable sin ser complaciente, y su prosa elegante, con toques mesurados de lirismo, le sitúa en las antípodas de los plúmbeos autores de guías que por aquella época empezaban a imponerse. Después de un siglo de tópicos costumbristas, es admirable que en 1894 pueda todavía alguien transmitirnos una visión fresca e íntima de la calle de Alcalá y la Puerta del Sol; no menos sorprendente es que un francés hable de los madrileños con tanta simpatía y perspicacia.

Creo que ni las calles de Madrid ni sus monumentos han maravillado nunca a nadie. Está llena de vida, pero le falta color en casi todas partes. La he recorrido en todos los sentidos, y aunque he presenciado muchas escenas de costumbres, más o menos curiosas, sólo he descubierto en mis paseos dos o tres paisajes verdaderamente hermosos. Uno de ellos es la vista desde la terraza del Palacio Real. Se atraviesa el patio de armas, donde cada mañana se celebra la parada militar; se entra en la galería que cierra hacia Poniente el palacio y la ciudad, y entre los blancos pilares de las arcadas se enmarca todo un valle verde, valle profundo que desciende escalonadamente hasta el Manzanares, cubierto de parques y jardines, que se eleva por la otra orilla, y tras una sucesión de arboledas y grandes bosques llega

hasta las montañas, rocosas en sus cimas. Las líneas son muy nobles, el color general sumamente curioso. Ayuda a comprender los cuadros de Velázquez, que pintaba lejanías inmensas, de un verde triste lindando con azules sin brillo.

También me gusta singularmente la calle de Alcalá. Hay que verla a última hora del día, y desde abajo, desde la plaza de la Independencia. En la subida hacia la Puerta del Sol tuerce ligeramente. Es una calle ancha, bordeada de palacios. Por la tarde, uno de sus lados está en sombra; el otro, de tono amarillo claro, se curva con una gracia feliz, cortado aquí y allá por una fachada rosa, y en lo alto, donde los tejados tocan el vasto cielo despejado, el polvo del día lo corona como con una aureola. He pasado largos cuartos de hora mirando esta hermosa calle en cuesta. Las madrileñas que frecuentan el Prado, correteando delante de sus madres, ponían cara de no entender.

Además, esta calle de Alcalá es una de las más animadas de Madrid. Los tranvías la recorren camino del Prado, del jardín del Buen Retiro, de la Plaza de Toros. Posee varios de los cafés más frecuentados de la ciudad, la Academia de Bellas Artes con la *Santa Isabel* de Murillo, dos o tres ministerios, el local estrecho y serio en el que Mariquita vende el mejor chocolate de España, y también la iglesia de Calatrava, donde los domingos, hacia las nueve, se ve llegar a tantas bellas madrileñas, muy puntuales, para oír misa, y a tantos apuestos señores, que llegan tarde para esperar la salida. En fin, es una de las diez calles que, de día y de noche, vierten al pueblo de Madrid en la Puerta del Sol.

No creo que se pueda evitar este lugar famoso, estrecho, atestado de carruajes, vendedores ambulantes, rateros, innumerables transeúntes y grupos de ociosos que forman como islas entre estas negras corrientes. Ha sido demasiado celebrada por méritos que no tiene. El aspecto es mediocre: una plaza más o menos ovalada, con una fuente en medio y casas todo alrededor; hoteles, bancos o palacios de la misma altura y revocados de rosa claro. Ninguna abertura al campo o a un jardín, ningún monumento artístico. Ni el hormigueo de la muchedumbre, ni su bullicio, ni el polvo que levanta me parecen justificar los asombros literarios que nos han prodigado. Pero la Puerta del Sol es divertida porque tiene sus asiduos, un régimen, casi una filosofía. Yo la he estudiado, desde mi ventana del Hotel de la Paz, a menudo guiado por los consejos de un madrileño erudito. Es todo un mundo. De seis a ocho de la mañana pertenece a los vendedores de café y buñuelos, a su clientela obrera, a los *novios* que creerían haber perdido la jornada si no la comenzasen con unas palabras de amor a

la *novia*. ¡Cuántos de estos idilios breves se ven en las esquinas de las calles, al abrigo de los portales, alrededor de las fuentes! ¡Cuántas cosas tiernas se murmuran, siempre las mismas, antes de que despierte la gran ciudad! Sólo se oyen más en los bosques en época de nidos. Se separan con un gesto de la mano, se vuelven, se miran una vez más. El empleado corre a su oficina, la obrera a su taller. Hacia las nueve el calor es suave. Los aficionados al sol, que han dormido en los bancos o junto a las puertas, y que la noche anterior cenaron un pobre *puchero* con entresijos de pollo, se reúnen en la acera del Hotel de la Paz. Tienen un aire ensimismado, y capas miserables. Tres o cuatro agentes de policía, también asiduos, se comunican sus impresiones matinales y observan con miradas de tutores inquietos las primeras joyas hermosas con las que un extranjero se arriesga a adentrarse en la muchedumbre de pícaros. Un grupo de eclesiásticos con levita, sombrero de seda y alzacuello espera en la parada del tranvía. La plaza se llena por momentos de una ingente multitud de seres humanos. Hacia las cinco de la tarde es un hormiguero. Ya no se ve el adoquinado: sólo cabezas en movimiento alrededor de escasos puntos fijos, cuyos complicados deslizamientos y revueltas, difíciles de seguir, recuerdan a los remolinos de las esclusas, cuando todas las compuertas están abiertas. Los cafés están atestados. Toreros con chaquetilla y gran sombrero gris charlan ante la puerta del *Levante*. Se pregonan billetes de lotería, el programa de la próxima corrida, flores, novelas ilustradas, agua fresca, los periódicos del día. Los carruajes cruzan al paso. Las grandes damas van de visita, o a dar una vuelta a Recoletos, o a tomar un consomé a Lhardy. A los ociosos de la mañana se han unido los errabundos de la política, los asiduos más numerosos de la Puerta del Sol, los fieles de los ministerios caídos, los devotos menesterosos de la santa esperanza: los *cesantes*.

En Francia conocemos por desgracia al obrero sin trabajo. Pero Madrid nos ofrece otro tipo: el empleado sin despacho. A cada cambio de ministerio el personal se renueva. Conservadores, liberales, radicales, todos los jefes de grupo tienen su clientela de chupatintas, contables, ordenanzas y estafetas que expulsa a los que ocupaban el puesto, triunfa con el ministerio y sucumbe con él. Antaño, los puestos más humildes estaban también sometidos a la ley cruel de las resacas parlamentarias. Todo caía a la vez. Los barrenderos cedían la escoba cuando el ministro cedía la cartera. Actualmente el mal es menor. Los puestos más insignificantes se han consolidado. Sin embargo, por las calles de Madrid siguen deambulando veinte mil hombres, cesantes desposeídos del escritorio oficial, aspirantes per-

petuos, vigías de nubes políticas, cuya vida es precaria y cuyo futuro se juega en la bolsa de las noticias. Toman el aire de la política en la Puerta del Sol. No tienen otro oficio. Son burócratas en suspenso. Su antigua dignidad, siempre a punto de reaparecer, les prohíbe cualquier trabajo manual. Su presente miseria les da excusa para los pequeños recursos, la mendicidad disfrazada, los expedientes dudosos, el *sablazo*, que dan con maestría. Uno de ellos, por ejemplo (me conozco el asunto), un viejo muy digno y de buen aspecto, os aborda con la mano tendida. «¡Eh! Amigo, ¿cómo está usted?» «Pero señor...» «¿No se acuerda de mí? El viejo picador del café de Madrid, con quien charló usted...» «Perdone, pero...» «¡Me ha olvidado usted, ya lo veo! Yo soy, señor, un pobre empleado, que espera la caída de Sagasta...» Tendrá para cenar esta noche, y quizá para comprar una entrada de sol para los *toros* de mañana.

Hacia la misma hora, los sábados, la reina regente atraviesa con gran pompa la Puerta del Sol para ir a la iglesia del Buen Suceso, que es actualmente la parroquia del Palacio Real. Asiste al canto de la *Salve Regina*, siguiendo una costumbre muy antigua con la que los soberanos españoles han cumplido siempre, durante su estancia en Madrid, desde el reinado de Felipe IV. Sólo es una rápida cabalgada, un corte brillante en los oscuros remolinos que se agitan. Un instante después, la plaza recupera su aspecto habitual.

Y así es hasta una hora muy avanzada de la noche. Porque Madrid, sobre todo en verano, es noctámbulo. Las vendedoras de flores se hacen más frecuentes. Sólo llevan tres ramitos de nardos marchitos para justificar su paseo entre los grupos. Pasan mujeres de dos en dos, un poco rígidas, con la cabeza cubierta por la mantilla. Una es joven, la otra podría ser su madre, y por desgracia quizá lo sea. El polvo hace temblar las estrellas por encima de la Puerta del Sol y las calles cercanas. Para que se pose habrá que esperar a que esté a punto de nacer el día. [...]

Las casas de Madrid suelen ser muy altas. Los pisos se designan así: *primero, principal, segundo, tercero*, etc. El *principal* corresponde a nuestro primero, en las buenas calles. Todos los inquilinos se conocen. Al menos la costumbre les da ocasión para conocerse. Cuando alguien toma posesión de un apartamento, envía su tarjeta a los habitantes de los otros pisos, que en seguida pasan a visitarle. (...) En toda España, la etiqueta exige que no se acabe esta primera entrevista sin haber dicho: «Me es usted muy simpático; recuerde usted que en el número seis (o en el quince, o en el nueve, o en el tercer piso) tiene usted su casa y un amigo.» ¿No es una bonita cortesía?

El mismo sentimiento caballeresco y magnífico preside este pequeño debate, completamente formal, que se repite cada día. Admira usted cualquier fruslería, un cuadro, una sortija. El propietario debe apresurarse a decir: «¡Es suyo!», y usted a responder: «¡Mil gracias, está muy bien donde está!»

En el paseo, en las puertas de las iglesias, cuando pasa una muchacha o una mujer joven, siempre se oye una de estas exclamaciones: «¡Qué guapa es! ¡Pero vean qué gracia, qué belleza! ¡Qué vestido más bien elegido! *¡Qué bonita! ¡Qué guapa!*» Las madres oyen, y mantienen su porte digno; las muchachas escuchan, y miran con el rabillo del ojo. Pregunto a un elegante de Madrid:

-¿Conoce usted a la señorita X...?

-No, ya ha visto que no la he saludado.

-Y ha dicho: *¡Qué guapa!*

-Es la costumbre.

-Pero luego ha dicho a su acompañante: *¡Qué bonita!* Y no lo era tanto. ¿Dónde está la sinceridad?

-Qué quiere usted, nosotros, en Madrid, no podemos callarnos: itodas tienen algo! [...]

En el teatro Apolo se representa ahora, con gran éxito, *La Verbena de la Paloma*, es decir, la fiesta de la Virgen de la Paloma, una especie de vodevil popular, género al que los españoles tienen mucha afición. Se ve en escena un boticario guasón y chismoso, un viejo juerguista al que una muchacha abandona por un joven enamorado, una buena tabernera que se apiada en seguida de las desdichas del corazón, bebedores, mantillas, comadres de barrio bajo que todavía bailan al son de una guitarra, serenos con su linterna. Y todo el mundo ríe. Las muchachas se saben la partitura de memoria, y si fuera necesario la cantarían con los actores. He pasado una hora muy agradable, en una bonita sala, por el módico precio de sesenta y cinco céntimos. La velada estaba dividida en cuatro espectáculos diferentes. Se podía sacar entrada para una u otra de las cuatro obras. El teatro estaba lleno, y he esperado bajo el peristilo. Los espectadores de la primera obra han salido por una puerta, nosotros hemos entrado por otra. No se ha producido ningún empujón. Me gusta mucho esta forma de ver teatro en pequeñas sesiones, a la hora que uno elige, por una suma que nunca se lamenta.

Salvo excepciones -y citaré entre ellas a los políticos, que han adquirido costumbres cosmopolitas-, los españoles no suelen acoger a un extranjero a su mesa. Le invitan al hotel. ¿Por qué? En primer lugar, porque el lujo de las comidas está menos extendido en España que entre nosotros; y además por otra razón, a mi juicio más profunda

y auténtica: porque la intimidad es tradicionalmente más estrecha, y está mejor protegida. Prefieren recibir por la tarde, con mucha sencillez, sin pasteles ni té. Hacia las diez se pasa un vaso de agua. La conversación es cordial, alegre, a menudo espiritual. Las mujeres poseen un repertorio muy amplio de historias locales, pues en Madrid se conoce un poco a todo el mundo y todos los mundos. [...]

Entre los franceses que viven en Madrid, varios me han hecho el elogio de esta gran ciudad. «Es difícil que haya otra», me han dicho, «en la que la vida sea más fácil, más simple, más colmada. Las relaciones son aquí las más llanas del mundo, y en seguida se convierten en amistades, con una condición: la de comprender el carácter español y aceptar las costumbres, junto con la lengua y el clima. Bajo la corteza un poco ruda de los hombres hemos descubierto en seguida temperamentos eminentemente generosos y adictos. Hemos tenido lutos familiares, y le aseguro que en Francia las simpatías no hubieran sido más numerosas y vivas que las que aquí nos han prodigado. Las diferentes clases sociales se mezclan con más facilidad que entre nosotros. La grandeza no se muestra nada altiva con los humildes. Todo el mundo se codea, se saluda y fraterniza por lo menos con un pequeño gesto, al pasar, en el paseo. Ya es algo. Cuando volvamos a Francia echaremos de menos esta atmósfera de cordialidad. Es posible que también echemos de menos el buen humor de este pueblo pobre, que no necesita que le diviertan, que es uno de los últimos que todavía sabe divertirse solo, dejar el trabajo cuando le place y decretar domingo cada vez que tiene ocasión.»

Traducción del compilador



32. Eusebio Blasco (1894)

Terminamos esta antología como la iniciamos, con un autor español que pasó buena parte de su vida en el extranjero. Ésa es, en realidad, la única afinidad perceptible entre José Blanco White y Eusebio Blasco, periodista aragonés que desarrolló el grueso de su actividad profesional en el París finisecular. Si nos interesa su testimonio no es precisamente por su valor histórico ni por su calidad literaria, sino porque resulta cabalmente representativo del brioso y obcecado casticismo en que degeneró la tendencia costumbrista de los viajeros románticos.

A raíz de una visita a Madrid en 1894, Blasco escribió unos Recuerdos en los que compara las costumbres españolas con las francesas. El comienzo del libro es una exaltada celebración de la vida en Madrid, compendiada en un programa de actividades que se presenta como alternativa a los propuestos por las guías al uso. La visión de Blasco refleja obviamente la nostalgia del viajero por los lugares donde transcurrió su juventud; pero su jactancia madrileñista, su insistencia en lo castizo, su desinterés por los nuevos barrios de la que «parece ya gran ciudad» indican hasta qué punto nos está ocultando una realidad urbana plural y cambiante, so capa de ensalzar el Madrid idealizado del costumbrismo decimonónico. Ese Madrid que en el umbral del siglo XX estaba ya irremediablemente condenado a desaparecer, y que sólo pervivirá, para solaz de unos pocos, en los cuadros de época, en la imaginación de los autores de zarzuelas y en los anaqueles donde acumulan polvo los libros de viajes.

El emperador de Alemania, cuando recibe a un extranjero, habla siempre tan en posesivo, que no se diría sino que todo lo que le rodea es suyo.

Dice siempre *mi* ciudad de Berlín, *mi* teatro de la Ópera, *mis* soldados...

Quisiera yo hablar hoy del mismo modo, aunque con intención distinta. Quisiera yo repetir mil veces que estoy en *mi* Madrid, tomando *mi* sol, viendo a *mis* chulas y abrazando a *mis* madrileños.

Porque aquí todo es *mío*. El aire, la lengua, las afecciones, el tiempo, el espacio.

Y éste es el mismísimo Madrid que yo dejé, con sus calles llenas de gente, que va andando sin prisa, y sus plazuelas llenas de encapotados tomando el sol, y sus balcones llenos de jaulas y de ropa tendida y tientos de albahaca, y los vendedores que gritan a la mañana el «De Miraflores, y a prueba», y la ristra de ajos y el conejo de monte. Siguen aquellos organillos despertándome con los vales de Chueca, y las billeteras ofreciéndome el gordo, y los pobres pidiéndome limosna, teniendo *todos* siete hermanitos; y los novios hablando desde la calle con la novia, que está en el primer piso; y todo ello está bañado por un sol, ¡oh, el sol! Por él vine, y el día me lo paso bebiendo sus rayos, sin comprender ya por qué se vive aquí de noche, siendo tan hermosos los días.

Contraste melancólico forma todo esto con las grandes ciudades modernas. Somos, sin duda, más antiguos, pero tenemos nuestro sello especial y nuestro color, que no hay para qué perder, porque si fuéramos como los demás, ya no seríamos nosotros, y yo creo que los pueblos deben tener su *personalidad*.

Pues desde que vine andan buscándome unos y otros, no comprendiendo dónde me meto. Mis primeras salidas han sido a los sitios aquellos donde pasé mis juventudes, y mis primeras visitas a los rincones que encierran mis grandes recuerdos. Otros vienen a Madrid a ver los museos y los palacios y las novedades de la ciudad. Todo eso lo hay en París, y en Berlín y en Viena. Yo me salgo por el Campo del Moro al camino de El Pardo y me paro ante San Antonio de la Florida, y paso al puente de Segovia y de allí a ver a las que lavan y cantan, y luego vengo dando la vuelta por el cerro de las Vistillas y contemplo mi Madrid de siempre, siempre igual, siempre tomando el sol y cada vez más nuevo cuanto más viejo.

¿Pues qué diré de la familiaridad con que trato a las gentes y me tratan ellas, que no parece sino que todos seamos una familia? El cochero simón que ni regatea ni discute la propina, el mozo del restaurant que habla conmigo de Cánovas y Sagasta mientras almuerzo, el conductor del tranvía que guía sus caballos y canta tangos o malagueñas, la chula de los tres pañuelos y medio, uno para el cuerpo, otro para el cuello, otro para la cabeza y la mitad del mantón para

tapar la cara, el centinela que dice en voz baja, aunque lo fusilen «¡Benditas sean las personas *asin!*», el transeúnte que me pide o me da fuego y la criada del hotel que me cuida como una madre... todo esto me hace olvidar la vida vertiginosa de allá, el ruido y la balumba del Gran Boulevard, la prisa de la vida moderna...

Porque en este Madrid mío de mi alma, no hay nunca prisa, y una de las cosas que más me llaman la atención es la lentitud con que todo el mundo anda... Dijérase que todas las horas del día son horas de paseo, y que todo el mundo es millonario.

¡Y lo son, vaya si lo son cuantos van por la calle!

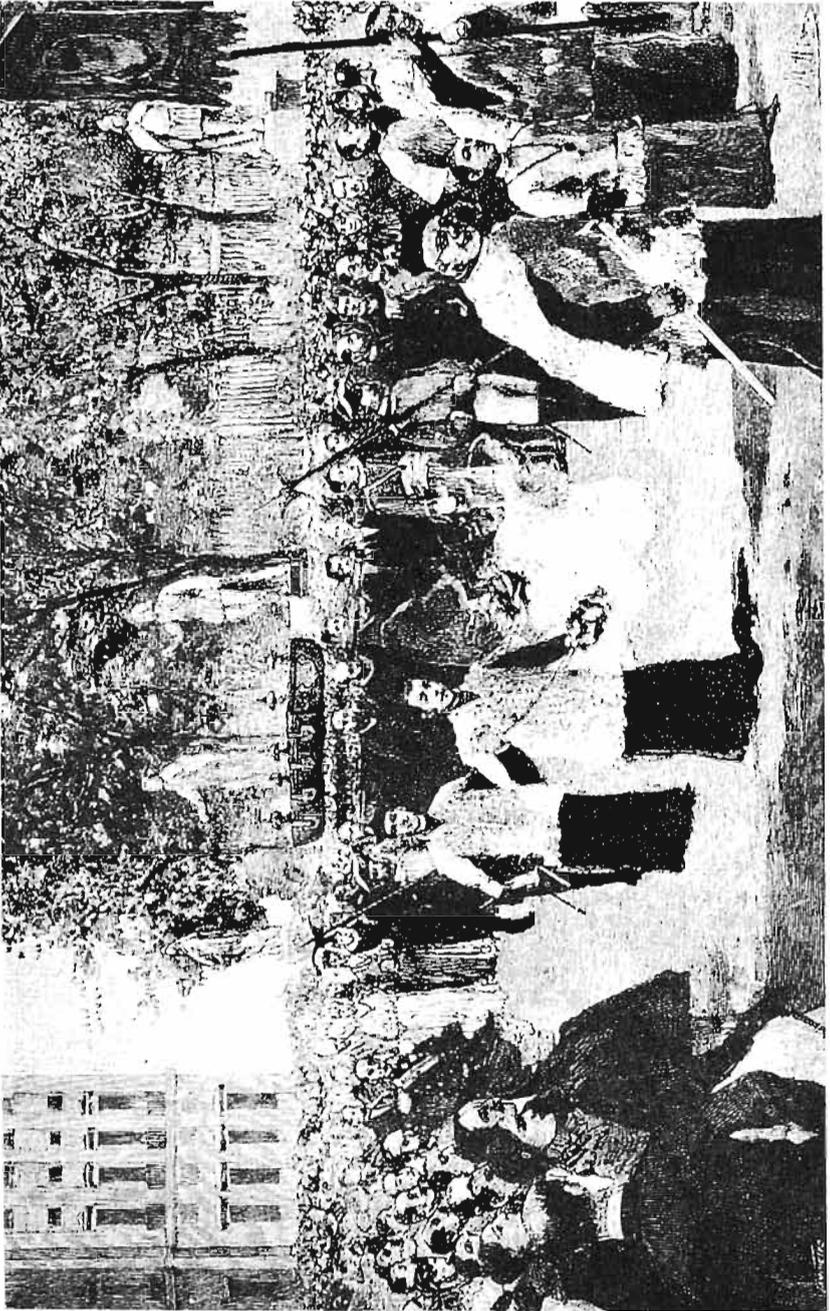
¿Qué es, en qué consiste la riqueza sino en la carencia de necesidades? En la plaza de la Armería o en la entrada del Retiro he visto sentadas al sol personas de todas las clases sociales. Un cura, tres militares, seis amas de cría, uno así como cesante con buena ropa, viejos bien vestidos y niños sueltos cantando y bailando; gente *sobrada*, que toma el aire y el sol sin afares ni ambiciones. Bástale al día su propio afán, dice el Evangelio, y ellos también.

Mi Madrid ha mejorado por el Prado y parece ya gran ciudad. ¿A mí qué me importa? Mi Madrid es el otro: el de los merenderos y los barquillos, de los paveros y de las capas, de la parada y del sereno. A medida que progrese, perderá su color, y el día en que no se vean por las calles niñas bonitas que lo venden todo, pero acompañadas de una vieja, que es la dueña aquella de las comedias de capa y espada, se parecerá a Londres o a París y adiós mi dinero. En mi Madrid, los pobres piden limosna con guitarra, me llaman democráticamente y con lenguaje cristianísimo *hermano*; los balcones de las casas están siempre con mujeres asomadas, viendo pasar a la gente, lo mismo el día de fiesta que el día de trabajo; por donde quiera que se pasa hay una iglesia, una taberna y un ciudadano arrimado a la pared sin hacer nada; chiquillos que juegan al toro y voceadores de la Lotería. ¡Madrid puro!

Las guías impresas en francés o en castellano indican a los viajeros lo que hay que ver en Madrid y dan el programa de un día o de una semana. Mi guía es otra, y a todo el que haya pasado años sin ver la capital de España, le diré yo lo que ha de hacer, que es lo que hago yo para descansar de otras capitales, refrescar la memoria, renovar los afectos y gozar de la vida.

Por la mañana temprano. Abrir el balcón, recibir una ducha de sol, oír a los vendedores con sus músicas especiales. Tomar chocolate, *con buñuelos*.

A las diez. Ir a oír una misa española en una iglesia apartada, donde no haya sillas ni suizos con cachiporra y sombrero de tres



Procesión en honor a San Isidro Labrador. Grabado publicado en la Ilustración Española y Americana.

picos, ni curas que pidan dinero tres veces durante la celebración del Santo sacrificio, ni pronuncien el latín sino como es. Una iglesia con bancos, y ruedos de estera, y monaguillos colorados y vírgenes rodeadas de flores. ¡Eso!

A las once. Ir a ver relevar la guardia. Oír las marchas de Chueca o de Barbieri a las músicas de regimiento, ver marchar a los pistoles, que marchan como ninguno y pasan atronando la calle.

A las doce. Almorzar cosas de acá, aceitunas *zapateras*, huevos *revueltos*, bacalao a *la vizcaína*, chuletas requemadas, almendras tostadas, queso manchego; y dejar decir.

Por la tarde. Dar una vuelta por aquella sala del Museo, donde están los Velázquez, los Murillos y los Goyas, y donde no entrarán jamás, ni lo permita Dios, los impresionistas, realistas, pardistas y obscuristas modernos.

Ir al Retiro a ver caras bonitas; esas facciones finas, esos ojos negros, esos pies chiquititos. Lástima que se vean tantos sombreros sobre las cabezas femeninas, porque aunque sean de París, caen siempre mal. La mantilla se inventó por algo y olvidarla es pecado. Volver por la Carrera de San Jerónimo y oír al paso las conversaciones. Si el viajero ha corrido mundo, podrá observar que en todas las ciudades del mundo la gente va de prisa y habla siempre de dinero, negocios, francos, dollars, libras esterlinas. ¡Aquí no! Balanceándose y arrastrando los pies, los transeúntes hablan de *lo otro*. Que si el Gobierno caerá; que si la Fulana está con Fulano; que estoy perdido por la tal; que al tío aquél le voy a dar dos bofetadas. ¡Cosas naturales!

Comer en el seno de una familia de ésas que tienen siempre su puerta abierta y ni convidan ni desean otra cosa que ver llegar gente a comer. Una de esas casas o de grandes de España, que son democráticos sin saberlo, o de compañeros que parten con gusto su pan y su buen cocido. Comer el plato nacional, hablando de todo y todos a la vez, con vino del país y con ruido.

¡Por la noche, a los teatros donde se hagan dramas o comedias escritas en versos españoles, o zarzuelas de ésas en que los compositores populares han echado todo lo que saben, y después del teatro... a todas partes! A empezar a vivir, hablando, y chismorreando, y riendo hasta las cuatro de la mañana, como si el tiempo no fuera nada, ni el sueño no fuese necesario, ni al día siguiente hubiese que hacer algo...

¿Ni quién piensa en trabajar, ni en hacer nada con esta luz? ¿Ni qué falta hace? Ved los lirios del campo cómo crecen... decía el Cristo, y así decimos nosotros, eternamente los mismos. Y así dirá el

que vuelva, como yo ahora, a esta tierra de promisión, y tendrá que volver a repetir el posesivo y gritar con toda su alma: ¡Oh, cielo mío, tierra mía, Madrid mío!...



Bibliografía

Obras incluidas en la presente antología

- AMICIS, Edmondo de: *Spagna*, Florencia, G. Barbèra, 1873. Numerosas ediciones posteriores. Traducciones al francés, inglés, alemán, neerlandés y danés. Varias traducciones al español, entre ellas la de Augusto Suárez de Figueroa: *España. Viaje durante el reinado de D. Amadeo I* (Madrid, El Imparcial, 1877); la de H. Giner de los Ríos: *España* (Madrid, A. J. Alaria, 1884); y la de Cátulo Arroita: *España. Impresiones de un viaje hecho durante el reinado de D. Amadeo I* (Barcelona, Maucci, s.a.)
- ANDERSEN, Hans Christian: *I Spanien*, Copenhague, C.A. Reitzel, 1863. Traducciones al alemán y al inglés. Traducción española de Marisa Rey: *Viaje por España*, Madrid, Alianza, 1988.
- ANÓNIMO: *Madrid hace cincuenta años a los ojos de un diplomático extranjero*, obra alemana anónima escrita y publicada hacia el año 1854, traducida al inglés en 1856 con el título de *The Attaché in Madrid*, por otro anónimo, y de este último idioma al castellano por Don Ramiro (Cristóbal de Reina), con un prólogo, notas y comentarios del mismo, Madrid, Bailly-Bailliere e hijos, 1904.
- ANÓNIMO: *Madrid in 1835. Sketches of the metropolis of Spain and its inhabitants, and of Society and manners in the Peninsula, by a*

- Resident Officer*, Londres, Saunders and Otley, 1836.
- BASHKIRTSEFF, Marie: *Journal*, París, 1877. Numerosas ediciones posteriores. Traducciones al inglés, alemán e italiano. Traducción española de Bettina Pla: *Diario de mi vida*, Madrid, Espasa-Calpe, 1962, y también en Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1977.
- BAZIN, René: *Terre d'Espagne*, París, Calmann- Lévy, 1895.
- BLANCO WHITE, José: *Letters from Spain*, by don Leucadio Doblado, Londres, Henry Colburn and Co, 1822. Traducción alemana de 1824. Traducción española de Antonio Garnica: *Cartas de España*, Madrid, Alianza, 1972.
- BLANQUI, Adolphe: *Voyage à Madrid (août et septembre 1826)*, París, Dondey-Dupré père et fils, 1826.
- BLASCO, Eusebio: *Recuerdos. Notas íntimas de Francia y España*, Madrid, Librería de Fernando Fé, 1894.
- BORROW, George: *The Bible in Spain; or the journeys, adventures, and imprisonments of an Englishman, in an attempt to circulate the Scriptures in the Peninsula*, Londres, John Murray, 1842, 3 vols. Numerosas ediciones posteriores. Traducciones al alemán y al francés. Traducción española de Manuel Azaña: *La Biblia en España, o viajes, aventuras y prisiones de un inglés en su intento de difundir las Escrituras por la Península*, Madrid, Colección Granada, 1920; nuevamente editada en Madrid, Alianza, 1970.
- BOUFFLEUR, Charles: *Journal*, Manchester, 1912.
- CUSTINE, Astolphe, Marqués de: *L'Espagne sous Ferdinand VII*, París, Ladvoat, 1838, 4 vols. Edición casi simultánea en Bruselas, Ad. Wahler et Cie, 1838, 2 vols. Recientemente editado en París, François Bourin, 1991.
- CHAMPAGNY, Clerjon de: *Album d'un soldat pendant la campagne d'Espagne en 1823*, París, Imprimerie de Cosson, 1829. Traducción española: *Álbum de un soldado durante la campaña de 1823 en España*, Madrid, Atlas, 1988, 2 vols.
- DAVILLIER, Charles, Barón: *L'Espagne, illustré de 309 gravures dessinées sur bois par Gustave Doré*, París, Hachette et Cie, 1874. Traducciones al italiano, inglés y danés. Traducción española: *Viaje por España*, Madrid, 1984.
- DUMAS, Alexandre: *Impressions de voyage. De Paris à Cadix*, París,

- Delloye-Garnier, 1847-1848, 5 vols. Numerosas ediciones posteriores, la más reciente en París, François Bourin, 1989. Varias traducciones al español, entre ellas la de Víctor Balaguer: *De París a Granada. Impresiones de viaje, acompañada de una refutación del traductor* (Barcelona, Vda. e hijos de Mayol, 1847), y la de R. Marquina: *De París a Cádiz. Viaje por España* (Madrid, Espasa- Calpe, 1929).
- FERRER, Antonio Carlos: *Paseo por Madrid en 1835*, ed. de J.M. Pita Andrade, Madrid, Colección Almenara; extraído de *Paseo por Europa y América en 1835 y 1836, por un joven habanero*, Madrid, I. Sancha, 1838.
- FORD, Richard: *A Hand-Book for Travellers in Spain and Readers at Home*, Londres, John Murray, 1845, 2 vols. Numerosas ediciones posteriores. Varias traducciones al español, la más reciente de Jesús Pardo, revisada por Bernardo Fernández: *Manual para viajeros por Castilla y lectores en casa*, Madrid, Turner, 1981, 2 vols. (Vol. I: Madrid); y también *Manual para viajeros por España y lectores en casa*, que describe el país y sus ciudades, los nativos y sus costumbres; las antigüedades, religión, leyendas, bellas artes, literatura, deportes y gastronomía, Madrid, Turner, 1982.
- FORESTA, Adolfo de: *La Spagna. Da Irún a Málaga*, Bolonia, Nicola Zanichelli, 1879.
- GAUTIER, Théophile: *Voyage en Espagne*, París, Charpentier, 1845. Numerosas ediciones posteriores, la más reciente en París, Gallimard, 1981. Traducciones al alemán y al inglés. Traducción española de Enrique de Mesa: *Viaje por España*, Madrid, 1920. Nueva edición en Barcelona, 1985.
- GODOLPHIM, Costa: *Visita a Madrid*, Lisboa, Thomaz Quintino Antunes, 1871.
- HAUTEFORT, Charles-V. d': *Coup d'oeil sur Lisbonne et Madrid en 1814, suivi d'un Mémoire politique concernant la Constitution promulguée par les Cortes à Cadix, et d'une Notice sur l'état moderne des Sciences mathématiques et physiques en Espagne*, París, Delaunay, 1820.
- HERBERT, Elizabeth, Lady: *Impressions of Spain in 1866*, Londres, Richard Bentley, 1867. Otra edición en Nueva York, The Catholic Publication Society, 1867.

- INGLIS, Henry David: *Spain in 1830*, Londres, Whittaker, Treacher and Co., 1831, 2 vols.
- LUFFMANN, C. Bogue: *A vagabond in Spain*, Londres, John Murray, 1895.
- MÉRIMÉE, Prosper: *Lettres adressées d'Espagne au directeur de la revue de Paris, en Mosaïque*, París 1833. Edición definitiva: *Lettres d'Espagne (1830-1833)*, París, Lamargot, 1927. Varias traducciones parciales al español.
- PINHEIRO CHAGAS, Manuel Joaquim: *Madrid*, Lisboa, C.S. Afra & Comp., s.a.
- POITOU, Eugène: *Voyage en Espagne*, illustration par V. Foulquier, Tours, Alfred Mame et fils, 1849.
- QUINET, Edgard: *Mes vacances en Espagne*, París, Comon et Cie, 1846.
- SIMONS, Theodor: *Spanien. In Schilderungen von Theodor Simons. Reich illustriert von Professor Alexander Wagner in München*, Berlín, Gebrüder Pätel, s.a. (1881). Traducción francesa de Marcel Lemercier: *L'Espagne*, París, F. Ebhardt, 1881.
- SLIDELL MACKENZIE, Alexander: *A year in Spain, by a young American*, Nueva York, G. & C. & H. Carvill, 1829, 2 vols. Varias ediciones posteriores, una en Londres, John Murray, 1831, 2 vols.
- TESTE, Louis: *L'Espagne contemporaine. Journal d'un voyageur*, París, Germer-Baillièrre, 1872. Traducción española de Sara Struck: *Viaje por España* (1872), Valencia, Castalia, 1959.
- VIARDOT, Louis: *Retour de Madrid à Paris en 1834, Souvenirs du choléra*, París, Plon frères, 1849.

Bibliografía sobre los principales autores

BLANCO WHITE

LLORENS, Vicente: *Introducción a las Cartas de España*, Madrid, Alianza, 1972.

BORROW

KNAPP, William I.: *Life, Writings and Correspondence of George Borrow*, Londres, John Murray, 1899.

BIGLAND, Eileen: *In the Steps of George Borrow*, Londres, Rich and

Cowan, 1951.

AZAÑA, Manuel: Nota preliminar a *La Biblia en España*, Madrid, Alianza, 1970.

CUSTINE

LUPPÉ, Marquis de: *Astolphe de Custine*, Mónaco, Ed. du Rocher, 1957.

TARN, Julien-Frédéric: *Le Marquis de Custine ou les Malheurs de l'exactitude*, París, Fayard, 1985.

DUMAS

SARRAILH, Jean: «Le voyage en Espagne d'Alexandre Dumas père», *Bulletin Hispanique*, t. XXX, París, 1928, pp. 289- 327.

FORD

MORTON, H.V.: *A Stranger in Spain*, Londres, Methver, 1955.

ROBERTSON, Ian: *Los curiosos impertinentes. Viajeros ingleses por España, 1760-1855*, Madrid, 1976.

GAUTIER

GUILLAUMIE-REICHER, Gilberte: *Théophile Gautier et l'Espagne, París*, Hachette, 1935.

REVEL, Jean-François: «Théophile Gautier et le goût pour l'Espagne en France au XIXe siècle», en *Voyage en Espagne*, París, Julliard, 1964. BERTHIER, Patrick: Prefacio al *Voyage en Espagne*, París, Gallimard, 1981.

MÉRIMÉE

SÁNCHEZ RIVERO, Ángel: «Mérimée en España - 1830», *Revista de Occidente*, Madrid, 1923, t.II, pp. 115- 120.

BATAILLON, Marcel: «L'Espagne de Mérimée d'après sa correspondance», *Revue de Littérature Comparée*, t.XXII, París, 1848, pp.35- 66.

Fuentes no incluidas en la presente antología

ABRANTES, Laure Junot, duchesse d': *Souvenirs d'une ambassade et d'un séjour en Espagne et en Portugal, de 1808 à 1811*, París, Ollivier, 1837.

ACHARD, Amédée: *Un mois en Espagne* (octubre 1846), París, Ernest Bourdin, 1847.

- ANÓNIMO: *Journal of a soldier of the seventy-first, or Glasgow Regiment, Highland Light Infantry, from 1806 to 1815*, Glasgow, James Brash and Co., 1819.
- ANÓNIMO: *Tirocinium eines deutschen Officiers in Spanien*, Stuttgart, Karl Göpel, 1841.
- ANÓNIMO: *Souvenirs d'Espagne. Lettres à un ami*. Lettres publiées par le Journal de Saint-Petersbourg (septembre-octobre 1861), San Petersburgo, Imprimerie de F. Bellizard, 1861.
- ARNIM, C.O.L. von: *Flüchtige Bemerkungen eines Flüchtling-Reisenden. Reise nach Paris, Granada, Sevilla und Madrid zu Anfange des Jahres 1841*, Berlín, Alexander Duncker, 1841.
- BARRÈS, Maurice: *Du sang, de la volupté et de la mort*, París, G. Charpentier et E. Fasquelle, 1894.
- BLAZE, Marie-Sébastien: *Mémoires d'un apothicaire sur la guerre d'Espagne, pendant les années 1808 à 1814*, París, Ladvoat, 1828.
- BÉGIN, Auguste-Émile: *Voyage pittoresque en Espagne et en Portugal*, París, Belin- Leprieur et Morizot, 1852.
- BOUCHER DE PERTHES, Jacques: *Voyage en Espagne et en Algérie, en 1855*, París, Treuttel et Wurtz, 1859.
- BOURGOINC, Adolphe de: *L'Espagne. Souvenirs de 1823 et de 1833*, París, P. Dufart, Delaunay, 1834.
- BROEKERE, Stanislaus vom: *Memorien aus dem Feldzuge in Spanien (1808-1814)*, Posen, Druck von F. Chocieszyński, 1883.
- COOK WIDDRINGTON, Samuel Edward: *Spain and the Spaniards, in 1843*, Londres, T. and W. Boopa, 1844.
- CORDEIRO, Luciano: *Viagens. Hespanha e França*, Lisboa, Imprensa de J.G. de Sousa Neves, 1874.
- CUMPLIDO, Ignacio: *Impresiones de viaje*, Méjico, Tip. de I. Cumplido, 1884.
- CUSHING, Caleb: *Reminiscences of Spain, the country, its people, history, and monuments*, Boston, Carter, Hendee and Co., 1833.
- CHATEAUBRIAND, François-Auguste: *Itinéraire de Paris à Jerusalem en revenant par l'Égypte, la Barbarie et l'Espagne*, París, 1811.
- DEMBOWSKI, Charles: *Deux ans en Espagne et en Portugal pendant la guerre civile, 1838-1840*, París, Charles Gosselin, 1841.
- DESBARROLES, Adolphe, y GIRAUD, Eugène: *Les deux artistes en*

- Espagne*, París, George Barba, 1855.
- DESCAMPS, Maxime: *Souvenirs d'Espagne et de Portugal*, Lille, Imprimerie L. Danel, 1892.
- DEVERELL, F.H.: *All round Spain by road and rail*, Londres, Sampson Low, Marston, Searle & Rivington, 1884.
- ELLIOT, Frances: *Diary of and idle woman in Spain*, Londres, F.V. White and Co., 1884.
- FAURE, Raymond: *Souvenirs du Midi, ou l'Espagne telle qu'elle est sous ses pouvoirs religieux et monarchiques*, París, Chatet, Delaunay, Delangle, 1831.
- GARAUDÉ, Alexis de: *L'Espagne en 1851, ou impressions de voyage d'un touriste dans les diverses provinces de ce royaume*, París, E. Dentu, 1852.
- HUGO, Joseph-Léopold-Sigisbert: *Mémoires du général Hugo, gouverneur de plusieurs provinces et aide-major général des armées en Espagne*, París, Ladvocat, 1823.
- ILCHESTER, Count of: *The Spanish Journal of Elizabeth, Lady Holland*, Londres, Longmans, Green and Co., 1910.
- KINKAID, Captain John: *Adventures in the Rifle Brigade in the Peninsula, France and the Netherlands, from the years 1809 to 1815*, Londres, T. and W. Boone, 1830.
- KRAEMER, Robert von: *Två Resor i Spanien*, Estocolmo, P.A. Huldbergs, bokhandel, 1860.
- LABORDE, Alexandre-Louis-Joseph de: *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*, París, Pierre Didot l'ainé, 1806-1820.
- MACKIE, John Milton: *Cosas de España; or going to Madrid via Barcelona, Nueva York*, Redfield, 1855.
- MACHADO, Julio Cesar: *Em Hespanha, scenas de viagem*, Lisboa, A.M. Pereira, 1865.
- MIOT, André-François, comte de Melito: *Mémoires du comte Miot de Melito, ancien ministre, ambassadeur, conseiller d'État et membre de l'Institut*, París, Michel Lévy frères, 1858.
- MOHL, Ottmar von: *Wanderungen durch Spanien*, Leipzig, Duncker & Humblot, 1878.
- MURAT, Joachim: *Correspondance de Joachim, roi de Naples*, Turín, 1899.
- NAPOLEÓN I: *Correspondance inédité*, París, Léon Lecestre, ed., 1912.



- O'SHEA, John Augustus: *Romantic Spain: A record of personal experiences*, Londres, Ward and Downey, 1887.
- PECCHIO, Giuseppe: *Sei mesi in Spagna. Lettere di Giuseppe Pecchio a Ledi G.O.*, Madrid, Michele di Burgos, 1821.
- QUESADA, Vicente: *Recuerdos de España*, Buenos Aires, Imprenta del Mercurio, 1879.
- QUIN, Michael Joseph: *A Visit to Spain, detailing the transactions which occurred during a residence in that country, in the latter part of 1822, and the first four months of 1823. With an account of the removal of the court from Madrid to Seville; and general notices of the manners, customs, costume and music of the country*, Londres, Hurst, Robinson and Co., 1823.
- ROBIDA, Albert: *Les vieilles villes d'Espagne. Notes et souvenirs*, París, Maurice Dreyfous, 1880.
- ROSCOE, Thomas: *The tourist in Spain. Biscay and the Castiles*, Londres, Robert Jennings and Co., 1837.
- ROTHSCHILD, Henry de: *Souvenirs d'Espagne*. Avril 1889-Mars 1890, Mácon Protat frères, 1890.
- ROUTIER, Gaston: *De Paris à Huelva. Les fêtes du 4e centenaire de la découverte de l'Amérique en Espagne. Notes d'un voyageur*, Lille, Imprimerie Danel, 1894.
- SANCHES DE FRIAS, C.: *Notas a lapis. Passeios e digressões peninsulares*, Lisboa, A.M. Pereira, 1886.
- TAYLOR, Isidore-Séverin-Justin: *Voyage pittoresque en Espagne, en Portugal et sur la côte d'Afrique, de Tanger à Tetouan*, París, Gide fils, 1827?
- VARVARO POJERO, Francesco: *A traverso la Spagna*, Milán, Fratelli Treves, 1882.
- VIGNERON, Lucien: *A travers l'Espagne et le Portugal*, París, Delhomme et Briguet, 1883.
- WELLINGTON, Duke of: *Selections from the Dispatches & Orders of... Lieutenant Colonel Gurwood*, ed., Londres, 1841.
- ZIEGLER, Alexander: *Reise in Spanien. Mit Berücksichtigung der national-ökonomischen Interessen*, Leipzig, Friedrich Fleischer, 1852.

Bibliografía general

- AGULLÓ, Mercedes: *Bibliografía madrileña*, Madrid, Revista de Bibliotecas, Archivos y Museos del Ayuntamiento de Madrid, 1955.
- ARTOLA, Miguel: *Historia de España* Alfaguara V. La burguesía revolucionaria (1808-1874), Madrid, Alianza, 1976.
- BENÑASSAR, Bartolomé: *L'Homme espagnol, attitudes et mentalités, XVIe-XIXe siècle*, París, Hachette, 1975.
- BESAS, Peter: *Strange Vignettes of Old Madrid*, Madrid, ed. del autor, 1969.
- BRANDIS, Dolores: *El paisaje residencial en Madrid*, Madrid, Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, 1983.
- CARO BAROJA, Julio: *Una imagen del mundo perdida*, Santander, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 1979.
- CARR, Raymond: *Spain 1808-1975*, Oxford History of Modern Europe, Claredon Press, 1982.
- COSSÍO, F. De: *Los toros. Tratado técnico e histórico*, Madrid, Espasa-Calpe, 1961.
- DÍAZ PLAJA, Fernando: *La historia de España en sus documentos*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1954-1958.
- EXPOSICIÓN. *Exposición del antiguo Madrid*, Catálogo General Ilustrado, Madrid, 1926.

- EXPOSICIÓN. *Viajeros impenitentes. Madrid visto por los viajeros extranjeros en los siglos XVII, XVIII y XIX*, Madrid, Consejería de Cultura de la Comunidad de Madrid, 1984.
- FARINELLI, Arturo: *Viajes por España y Portugal*, Madrid, 1920.
- FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel: *Guía de Madrid, manual del madrileño y del forastero*, edición facsimilar de la editada por primera vez en Madrid en el año de 1876, Madrid, 1975.
- FERNÁNDEZ HERR, Elena: *Les origines de l'Espagne romantique-Les récits de voyage (1755- 1823)*, París, Didier, 1973.
- FOULCHÉ- DELBOSCH, R.: *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal*, París, Welter, 1896. Reedición en *Revue Hispanique*, núm. 3, París, 1986.
- GARCÍA CÁRCEL, Ricardo: *La Leyenda Negra. Historia y opinión*, Madrid, Alianza, 1992.
- GARCÍA MERCADAL, José: *España vista por los extranjeros*, Madrid, 1919.
- GARCÍA MERCADAL, José: *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Madrid, 1952-1962.
- GÓMEZ MENDOZA, Josefina, y otros: *Viajeros y paisajes, Madrid*, Alianza, 1988.
- HIDALGO MONTEAGUDO, Ramón, y otros: *Madrid del siglo XIX: El Ensanche*, Madrid, Ed. La Librería, 1990.
- HOFFMANN, Léon-François: *Romantique Espagne-L'image de l'Espagne en France entre 1800 et 1850*, París, Presses Universitaires de France, 1961.
- LLEÓ CAÑAL, V.: «*España y los viajeros Románticos*», en *Estudios Turísticos*, núm. 83, Madrid, 1984, p. 45-53.
- MADOZ, Pascual: *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, Madrid, 1846-1850.
- MADRID. Madrid. *Testimonios de su historia*, Madrid, Museo Municipal, 1979.
- MARTÍNEZ CUADRADO, Miguel: *Historia de España* Alfaguara VI. La burguesía conservadora (1874-1931), Madrid, Alianza, 1976.
- MESONERO ROMANOS, Ramón de: *El Antiguo Madrid. Paseos histórico-anecdóticos por las calles y casas de esta villa*, edición facsimilar de la editada por primera vez en Madrid en el año 1861, Madrid, 1976.

- MILLARES, Agustín: *Contribuciones documentales a la historia de Madrid*, Madrid, 1971.
- OLIVA, José Luis: *Bibliografía de Madrid y su provincia*, Madrid, I.E.A., Biblioteca de Estudios madrileños, 1967.
- ORTEGA CANTERO, Nicolás: «*La Institución Libre de Enseñanza y el entendimiento del paisaje madrileño*», en *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, núm. 6, Madrid, 1986, pp. 81-98.
- PÉREZ PASTOR, Cristóbal: *Bibliografía madrileña*, Madrid, 1907.
- RÉPIDE, Pedro de: *Las calles de Madrid*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1981.
- RINGROSE, David: *Madrid y la economía española, 1560-1850. Ciudad, Corte y País en el Antiguo Régimen*, Madrid, 1985.
- ROBERTSON, Ian: *Los curiosos impertinentes. Viajeros ingleses por España, 1760-1855*, Madrid, 1976.
- SÁINZ DE ROBLES, Federico: *Breve historia de Madrid*, Madrid, Austral, 1970.
- THOMAS, Hugh: *Madrid: una antología para el viajero*, Barcelona, Grijalbo, 1988.



Índice de ilustraciones

<i>La Plaza Mayor de Madrid el 24 de Agosto de 1808, día de la proclamación de Fernando VII.</i>	11
<i>El dos de Mayo de 1808 en Madrid.</i>	20
<i>El Palacio de Aranjuez visto desde el jardín de la Isla. Bambrilla. Colección de vistas de los Sitios Reales.</i>	32
<i>Casa rústica en el Buen Retiro. Grabado de F.J. Parcerisa en Recuerdos y bellezas de España.</i>	46
<i>Vista de la puerta de Atocha con la fuente que se halla en sus inmediaciones en el Paseo del Prado. Grabado de Camarón.</i> .	64
<i>Carrera de San Jerónimo vista desde la fuente de Neptuno. Grabado de F.J. Parcerisa en Recuerdos y bellezas de España.</i>	85
<i>Puente de Toledo. J. Cebrián.</i>	97
<i>Monasterio del Escorial. Vista del patio de los Reyes. Bambrilla. Colección vistas de los Sitios Reales.</i>	105
<i>El Museo del Prado. Bambrilla. Colección de vistas de los Sitios Reales.</i>	135

<i>Vista del estanque grande y embarcadero del Retiro.</i> Bambrilla. Colección de vistas de los Sitios Reales.	161
<i>El río Manzanares con fondo del Palacio Real.</i> Bambrilla. Colección de vistas de los Sitios Reales.	177
<i>Paseo por la Puerta del Sol.</i> Dibujo de Pellicer publicado en la Ilustración Española y Americana.	205
<i>Vista general de Madrid desde la montaña del Retiro.</i> Bambrilla. Colección de vistas de los Sitios Reales.	224
<i>El café Levante hacia 1850.</i> Museo Municipal de Madrid.	237
<i>Alzamiento del pueblo de Madrid en la Plaza Mayor en 1854.</i>	253
<i>Fuente de Cibeles.</i>	294
<i>La Biblioteca del Monasterio del Escorial.</i> Dibujo de Gustavo Doré publicado en el Viaje por España de Davillier.	303
<i>Verbena de San Antonio de la Florida.</i> Grabado de la Ilustración Española y Americana, 1873.	317
<i>Invierno en el Pardo.</i> Grabado de Rafael Monleón, 1890.	348
<i>Vista de la fuente de Apolo en el Real Sitio de Aranjuez.</i> Bambrilla. Colección de vistas de los Sitios Reales.	358
<i>Procesión en honor a San Isidro Labrador.</i> Grabado publicado en la Ilustración Española y Americana.	370

Índice

Presentación.....	VII
Introducción.....	IX
1. José Blanco White (1807- 1808)	1
2. Charles Bouffleur (1812)	21
3. Charles d’Hautefort (1814)	25
4. Clerjon de Champagny (1823)	29
5. Adolphe Blanqui (1825)	33
6. Alexander Slidell Mackenzie (1826- 1827)	39
7. Prosper Mérimée (1830)	65
8. Henry Inglis (1830)	69
9. Marqués de Custine (1831)	81
10. Richard Ford (1831- 1833)	107
11. Louis Viardot (1834)	131
12. Anónimo inglés (1835)	141
13. Antonio Ferrer (1835)	149
14. George Borrow (1836- 1838)	169
15. Théophile Gautier (1840)	191
16. Edgar Quinet (1843)	215
17. Alexandre Dumas (1846)	223
18. Anónimo alemán (1853- 1854)	231
19. Hans Christian Andersen (1862)	249

20. Jean- Charles Davillier (1862)	255
21. Elizabeth Herbert (1866)	267
22. Eugène- Louis Poitou (c. 1867)	271
23. Costa Godolphim (1871)	273
24. Manuel Pinheiro Chagas (c. 1871)	279
25. Edmondo de Amicis (1872)	287
26. Louis Teste (1872)	309
27. Theodor Simons (1877)	321
28. Adolfo de Foresta (1877)	333
29. María Bashkirtseff (1881)	349
30. Charles Bogue Luffmann (1893)	361
31. René Bazin (1894)	361
32. Eusebio Blasco (1894)	367
Índice de ilustraciones	385
Bibliografía	373

Este libro, *Madrid en la prosa de Viaje III*,
se acabó de imprimir el día 15 de abril
de 1994, en la imprenta de la
Comunidad de Madrid











MADRID EN LA PROSA DE VIAJE III

El presente volumen, el tercero dedicado a la prosa de viaje, recoge una amplia selección de la literatura viajera decimonónica consagrada a Madrid y su comunidad. Ante la abundancia de textos disponibles, su valor literario, así como su interés histórico, nos ha parecido el criterio más adecuado para decidir su inclusión en la presente antología, que refleja con claridad la evolución temática y estilística de las obras escritas sobre Madrid a lo largo del siglo pasado. Por otra parte, quince de los textos escogidos no estaban hasta la fecha, que sepamos, traducidos al español; entre ellos destacan los de Mackenzie, Custine, Simons y Luffmann. En cualquier caso, todos los autores incluidos ofrecen visiones singulares de Madrid, "la masa viviente más extraordinaria del mundo entero", en palabras de Borrow.

Comunidad de Madrid
Consejería de Educación y Cultura



9 788445 107980